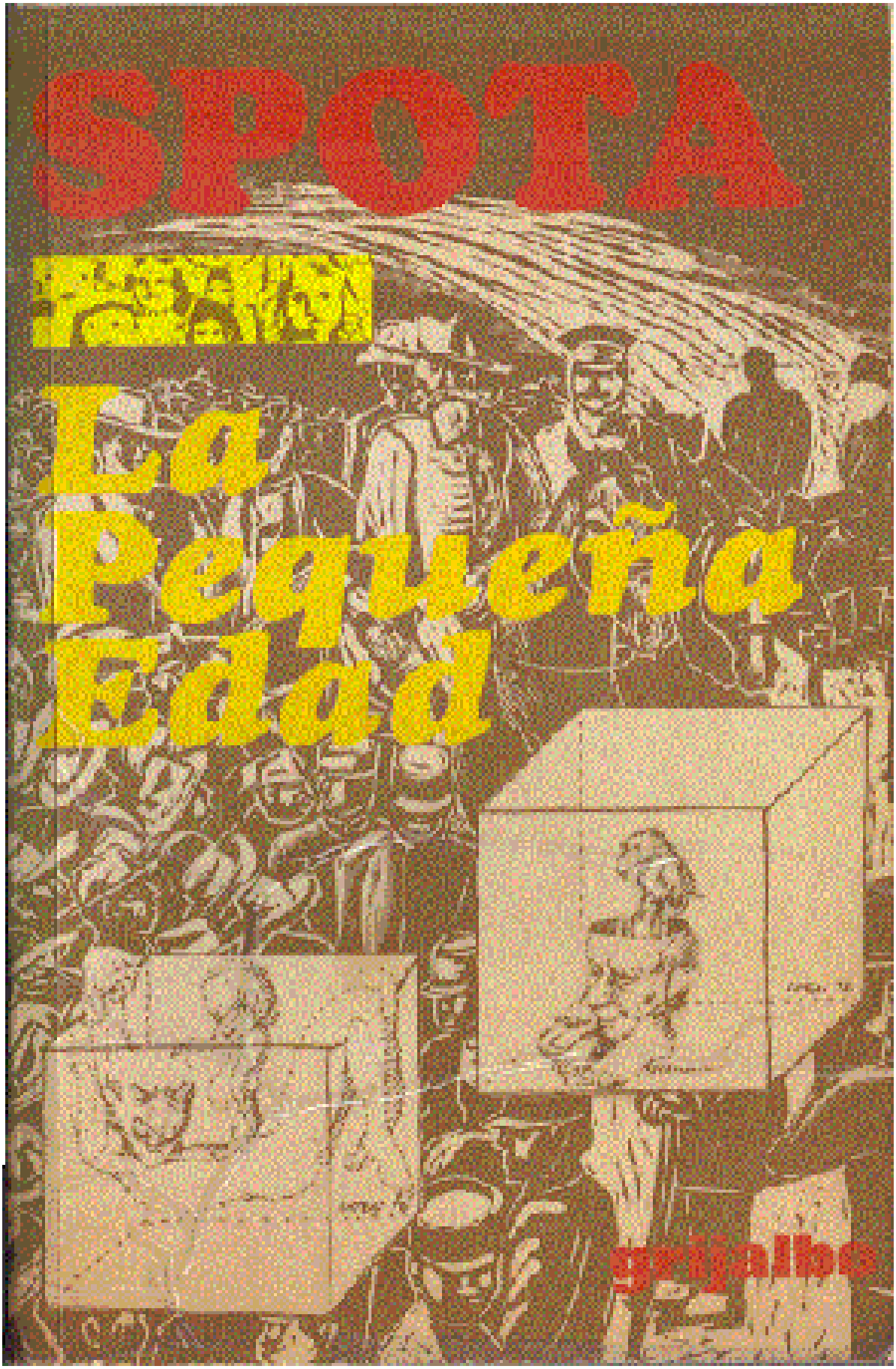
SPOTA
La Pequeña Edad
grijalbo

Luis Spota

LA PEQUEÑA EDAD

LA PEQUEÑA EDAD
(edición original del Fondo de Cultura Económica)
© 1964, Luis Spota.
D.R. © 1979 EDITORIAL GRIJALBO, S.A.

Calz. San Bartolo Naucalpan No. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

QUINTA EDICIÓN

IMPRESO EN MÉXICO

A
GABRIELA
MI HIJA

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Al que se fue por unas horas
y nadie sabe dónde se ha perdido
ni a qué silencio entró.
De sobremesa, cada noche,
la pausa sin color que da el varío
o la frase sin fin que cuelga a medias
del hilo de la araña del silencio
abren un corredor para el que vuelve:
suenan sus pasos, sube, se detiene...

OCTAVIO PAZ

I

1

DESNUDO en la cama, cubiertas de polvo de haba las pequeñas ámpulas de la viruela loca, el niño observaba a su padre y al doctor Cobo. Habían abierto apenas un par de centímetros las puertas del balcón (cuyos cristales veló personalmente doña María con rojos pliegos de papel de china para proteger al chico de la agresión de la luz) y escrutaban la calle a través de la estrecha rendija. No era miedo, si acaso sólo vaga ansiedad, lo que de sus rostros trascendía: rostros escarlata, como si acabasen de emerger de una pileta de sangre. Estaban muy serios los dos hombres; en silencio, inmóviles, atentos a determinar qué eran y de dónde provenían las sordas, rápidas, lejanas explosiones que un minuto antes habían interrumpido su charla. ¡Qué distintas parecíanle a Luis Felipe esas caras adultas! Mediterránea y hermosa, la de Aldo Rossi; de vieja tierra con sed, la del médico de la familia.

—¿Cohetes? —dijo, entre pregunta y afirmación, el doctor Cobo.

—O balazos...

Había calma en el exterior, bajo la luz que cegaba. Las personas que iban a misa o volvían de ella, o que se dirigían a la avenida para abordar algún vehículo que las condujera al Bosque de Chapultepec o a los frescos suburbios —paseos tradicionales de las familias las mañanas de domingo— caminaban tranquilamente, sin que las inquietaran los estallidos que parecían estar produciéndose en el Zócalo o en sus alrededores; o como si supieran que el estrépito que alarmaba el aire era el de cohetes lanzados al espacio desde Catedral o alguna otra iglesia del centro. Solas o en parejas, o en grupos de tres o cuatro, marchaban con la parsimonia de quienes no tienen miedo. Sin la esponja de una nube que la absorbiera, la lumbre del sol comenzaba a calentar ya los hierros de rejas y ventanas y a ablandar el asfalto del arroyo.

Nuevas explosiones tornaron a dejarse oír. Fueron quizá un centenar, o más; ya no intermitentes como en el periodo anterior, sino agrupadas, igual que una ristra de petardos estallando al mismo tiempo. Rossi dudaba que se tratara de ellos. Le hacían recordar más bien el eco de disparos, el grito bronco de armas de fuego. Hubo una breve pausa y luego el estruendo volvió a repetirse con idéntica cadencia.

—Balazos no son...

—Pues cohetes tampoco —insistió Aldo.

Cerró la puerta del balcón y su rostro se convirtió en una sólida masa purpúrea. A contraluz, las enhiestas guías de su bigote *a la kaiser* refulgieron como navajas. Gustaba a Luis Felipe la fiereza que el formidable mostacho negrísimo proporcionaba a la cara grande y fuerte de su padre, y le maravillaba que lo mantuviera así todo el día con sólo retorcerlo, de vez en vez, con los dedos índice y pulgar de cada mano. A los ojos del chico, papá revestíase al hacerlo de una especie de majestuosa superioridad sobre los demás hombres, fueran o no lampiños; una suerte de poder del que carecían, por ejemplo, el tío Alfonso, Ausencio o el doctor Cobo. Mientras aguzaba reposada y pensativamente las erguidas púas de pelo, Rossi comentó que los que oían no eran triquitraques, sino disparos de rifle.

—Y tal vez hasta de ametralladora...

—Cuando hay tiros en las calles, Aldo, la gente se alarma y corre y se refugia en cualquier agujero que le brinde seguridad. La que hemos visto no está asustada. ¿*O* cree usted que ya olvidaron los últimos días de noviembre de 1910?

Con los índices metidos en las bolsitas del chaleco, Rossi movió la cabeza resistiéndose a admitir los argumentos de Cobo.

—Si no son cohetes, doctor, ni tampoco balazos, ¿qué son esos ruidos?

—Ah... *¡Chi lo sa!*

De dos zancadas Rossi cruzó la habitación, que normalmente le servía de oficina o despacho y que se había convertido en dormitorio temporal de Luis Felipe desde que en la piel de éste aparecieron las primeras ámpulas y el médico ordenó que se le apartara de los demás moradores de la casa. Echó un vistazo al almanaque que colgaba de la pared, junto al escritorio de cortina y un poco arriba de la cabecera de la cama de latón en la cual su hijo convalecía de las viruelas. La fecha —domingo 9 de febrero de 1913— no era la de ningún día patrio, pero quizá fuera la de alguna efemérides religiosa que él, por ser hombre poco afecto a asuntos de iglesia, desconocía. Se aproximó a leer lo que estaba escrito, con tipo menudo, bajo el número 9. Preguntó al doctor quién había sido San Nicéforo y si los católicos lo festejaban con salvas y repiques de campana.

—¿San Nicéforo? Un ilustre santo desconocido, me parece...

—Entonces, doctor, lo que oímos fueron balazos.

—¿Qué le permite suponerlo, señor Rossi?

—Digamos que una corazonada... y lo que usted me contó ayer.

—Oh, ¿eso? —Cobo vertió un poco de alcohol en el hueco de su mano izquierda; con la derecha colocó la botella encima del buró y luego procedió lentamente a desinfectarse ambas—. ¿Hace usted caso a los rumores que corren por ahí?

—Usted dijo que el general Huerta conspira contra el Presidente.

—Lo dije, sí, y no porque me conste, sino porque tal cosa se cuenta en todas partes. Pero prestar oídos a chismes de cantina...

—Chismes o no, los clientes que vienen a la tienda hablan también de que el general Huerta está en tratos con los que quieren echar al señor Madero. La semana pasada, el jueves, usted me dijo: "Don Aldo, muy pronto tendremos un gran jaleo. ¡Muy pronto...! El espiritista de Palacio va a llevarse un susto cuando se le aparezcan los fantasmas..."

Condescendió al doctor Cobo:

—Sí, y también que al embajador americano no le gusta la forma en que Madero está gobernando... Pero que haya un poco de ruido allá fuera y muchas habladurías en la ciudad no significa que nos amenace un *cuartelazo...* Éstos son tiempos de paz. La

sangre de 1910 aún huele y no es cuestión, creo yo, de verter más. Cierto que el Presidente, con sus fallas, su blandura, su falta absoluta de coraje para imponerse, se ha hecho de enemigos, de enemigos más poderosos que él...

Continuó hablando mientras reacomodaba en el maletín cuanto había sacado de él para curar a Luis Felipe. Hacía lo uno y lo otro con calma de hombre viejo y metódico; hombre, gustaba decir, nacido y educado en tiempo mejor que el presente; en los áureos años de un orden en el que sólo las *buenas familias* gozaban de privilegios económicos y, por lo mismo, del derecho de acceso a los más selectos círculos sociales y políticos. El doctor Cobo disimulaba invariablemente sus sentimientos hacia el nuevo régimen y su crítica era comedida, a veces mordaz; pero nunca grosera, cual corresponde a quien, como él, vivía con los ojos puestos en un presente al que era necesario adaptarse para no perder lo que había conseguido salvar de la hecatombe revolucionaria. No había sido muy difícil para el médico de tantos ilustres porfiristas, amoldar su vida al estilo que imponían las circunstancias del momento. En cierta forma, no había habido cambios fundamentales en la estructura de la sociedad mexicana: sólo un ajuste, una redistribución de sus elementos. Los que hasta noviembre de 1910 se desempeñaban en los planos inferiores de la corte oficial (esto es: sumisos al grupo de aristócratas y ricos burgueses que integraban el séquito del dictador) al ocurrir el colapso del Héroe pudieron remontar fácilmente el camino de la cumbre en la que ahora se hallaban y en la que actuaban de idéntica forma a como habían actuado sus predecesores. Por su parte, éstos habían hecho lo único que les era posible: en apariencia aceptar la derrota; apretar filas y desdeñar a los advenedizos, en espera de un pronto retorno al edén del que los habían expulsado las coléricas turbas forjadas que creían en la promesa del pequeño apóstol: medir a todos, sin distingo de linaje y fortuna, con el mismo rasero. El doctor Cobo' continuó ejerciendo en un ambiente que le era familiar pero que hallaba, sin embargo, no poco enrarecido. Su fama de médico predilecto de la *élite* en desgracia, lejos de perjudicarlo, le sirvió para acrecentar su clientela y sus ingresos. No se acostumbraba, empero, que lo llamaran a consulta individuos que jamás superaron la modesta jerarquía de ratas de ministerio y que ahora, por gracia del movimiento igualador del señor Madero, eran personajes de polendas e influencia. Más que consejo profesional, esos prósperos pacientes buscaban su amistad por el prestigio que, suponían, les otorgaba la de quien había sido doctor de confianza de los más famosos príncipes del porfirismo.

Cobo no había interrumpido sus relaciones con los amigos en apuros y no les escatimaba, si para ello lo requerían, su auxilio económico; o algo aún más valioso en esos años difíciles —una palabra oportunamente dicha ante quien podía cambiar la suerte del que solicitaba. Gracias a sus buenos oficios, algunos recuperaron la situación perdida o hallaron medios de crearse otra, siempre dentro del Gobierno, sirviendo a quienes detestaban. Admiraba al médico que la Revolución no hubiese sido cruel con el adversario en derrota, como deben serlo las que desean sobrevivir. Juzgaba débil a Madero porque era magnánimo y estúpido porque creía en la buena fe del género humano. Parecíale absurdo que el Presidente no quisiera ejercer la cabal autoridad de su cargo y grave error que prefiriera compartirla con sus colaboradores, aun a sabiendas de que no todos eran de fiar. El Apóstol había cometido, además, otra torpeza: llamar a los mismos funcionarios del antiguo sistema para que le brindaran la ayuda de su experiencia administrativa.

Tal conducta encolerizaba a quienes creían tener merecimientos, o por lo menos derecho, a ocupar los puestos clave que el señor Madero, con increíble falta de visión

política, devolvía a sus enemigos. El descontento se propagaba con gran rapidez entre los burócratas menores y, lo que era en verdad muy alarmante, entre los oficiales de rango intermedio —de mayor a coronel.

Lejos de aplacar tales sentimientos hostiles, que aparentemente los amenazaban, los nuevos gobernantes de origen porfirista los fomentaban sin recato a fin de provocar un estallido tan violento como el que había expulsado del poder a la dictadura. De ahí que jugaran el doble juego de ayudar a Madero, en tanto que pactaban compromisos de traición con muchos de los generales, fuertes, ambiciosos y de nulos escrúpulos, a quienes sabían capaces, cuando se les ordenara, de insurreccionarse contra el joven régimen revolucionario.

—Éstos son tiempos de paz, señor Rossi; y nada, créame, la amenaza —suspiró Cobo, consciente de que mentía.

Rossi se había sentado en el borde del lecho, y las manitas de su hijo, llenas de las pecas del yodo que el doctor acababa de aplicarle, se perdieron en la gran palma de su mano derecha: mano de gruesos dedos de uñas cuadradas y ásperos pelos en las falanges. Aldo escuchaba hablar a Cobo con la secreta admiración que dispensaba invariablemente a quienes poseían la virtud de expresarse con fluidez. La amistad de ambos databa del tiempo en que el italiano cortejaba a la que ahora era su esposa. Al casar María, el médico de la familia Alard—Torre de Caballeros pasó a serlo del próspero tendero y de su unigénito: ese Luis Felipe, tan propenso a contraer enfermedades, al que había ayudado a venir al mundo, tras un doloroso parto interminable. Si a Rossi le agradaba el facultativo, a éste le gustaba el trato del maduro extranjero que en unos años de esfuerzo y sacrificio había podido hacerse de una sólida fortuna. Que ambos, tan diferentes en cultura y origen social, fueran amigos, buenos amigos, era algo que la señora Rossi no lograba comprender.

Reanudó el doctor Cobo su discurso. Se había quitado los lentes y con un pañuelo de seda los limpiaba. Sin los quevedos, su cara antojábase incompleta y desnuda; pequeñísimos los ojos, más aguda la nariz, apenas visibles los labios. Con rigor de maestro, analizó uno a uno los grandes problemas que el señor Madero no había podido resolver y atribuyó a su absoluta falta de capacidad personal la multiplicación de los que llamaban *malestares del pueblo.* Interrumpiéndolo por primera vez, Aldo subrayó lo que para él tenía máxima importancia:

—El Ejército apoya al gobierno. Y eso pesa mucho.

—En apariencia, los generales están con el Gobierno, y por eso el Gobierno continúa firme. Ahora bien, ¿por cuánto tiempo? —y se respondió a sí mismo—. Por el tiempo, querido amigo, que a la casta guerrera le convenga seguir siendo leal.

—Las tropas son maderistas.

—Las tropas no son el Ejército. El *Ejército* no lo constituyen los millares de anónimos revolucionarios que pelearon en los campos por el señor Madero y que todavía andan por aquí, con sus grandes sombreros de palma y sus cartucheras cruzadas sobre el pecho. No. El *Ejército* son los caudillos de águila dorada en la gorra; y su columna vertebral, los veinte, treinta o cincuenta generales con mando de fuerzas. La lealtad de esa minoría es la que importa conservar, la que conviene asegurar por todos los medios posibles. Ahora bien, pregunto, don Aldo, ¿puede confiarse en la de nuestros generales? —y antes de que Rossi pudiese responder, el doctor Cobo agregó—. El Presidente, éste o cualquier Presidente, peligra si no los tiene por completo adictos. ¿Puede Madero afirmar que sus generales son fieles a su régimen? ¿Olvida usted que

dos de ellos, Félix Díaz y Bernardo Reyes, están en prisión precisamente porque conspiraban para derrocar al Gobierno?

—Presos no pueden hacer nada... y ellos dos son los únicos —aventuró el italiano con timidez.

—Eso creen todos, el Presidente inclusive. Y, sin embargo, desde sus celdas, Reyes y el sobrino de don Porfirio continúan organizando una insurrección.

Creyendo coger en falta al doctor Cobo, Rossi dijo:

—Entonces ¿sí hay peligro de otra revolución?

Asintió el médico ambiguamente:

—Que haya o no peligro, es cosa difícil de asegurar. Lo que sí es evidente, y ello puede provocar el desastre, es que la autoridad política y militar de Madero es nula. Apena decirlo, pero el hombre está solo porque no tiene amigos. Pocos, o ninguno de los que lo rodean, son de confianza. Lo abandonarán, ya lo verá usted, cuando más los necesite.

Reiteró Rossi que de acuerdo con lo que publicaban los periódicos, y lo que constantemente decían en público los voceros de Palacio, los generales, los gobernadores y los comandantes provincianos continuaban siendo leales a Madero.

—La realidad es muy otra... —indicó el doctor, con pesimismo—. Esos mismos hombres que hace dos años lo ayudaron a mandar al destierro al Héroe de La Carbonera se disponen hoy a traicionar a Madero. ¿Por qué, se preguntará usted, si ya la Revolución se convirtió en gobierno? Porque desean ser ellos los que detenten el poder, los que manden, los que se enriquezcan. Madero no manda ni les permite que se forren el riñon. *Ergo:* es peligroso, hay que eliminarlo. Sencilla regla de tres. Tomemos, por ejemplo, a Huerta. Don Victoriano Huerta...

Lo conocía bien Aldo Rossi. Era uno de los clientes habituales de su tienda. Dos veces por semana, el auto *Protos* del general llegábase a la puerta del establecimiento y un ordenanza entraba a comprar tres botellas de coñac. Ocasionalmente, Huerta en persona se acercaba al mostrador. Era un hombre extraño; alto sin serlo demasiado; parco de palabras, envuelto siempre en un aura de reserva helada. Frisaría en los sesenta años, aunque resultara muy difícil asegurar que ésos fueran los de su edad. Ocultaban sus ojos unas gafas oscuras, color *humo de Londres,* que usaba más para esconderlos al examen de los ajenos que para protegerlos de la luz.

—El Presidente —expresó Rossi con gran candidez— estima mucho al general Huerta.

—Judas era uno de los discípulos predilectos del Señor —le recordó Cobo sentenciosamente—. Es de entre nuestros amigos, Aldo, de donde sale siempre el que nos traiciona. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Huerta, si halla ocasión, apuñale por la espalda a Madero? Por supuesto que cuanto he dicho es lo que dicen las bocas de la ciudad, tan afectas a tramar intrigas… reales o imaginarias. A lo que parece, al general Huerta le corre prisa por convertirse en Presidente de la República *antes* de que don Panchito termine su periodo constitucional... Cuando los generales mexicanos tienen al Ejército de su parte suelen no aguardar al tiempo de los comicios para disputar el poder presidencial. Es más fácil, por medio de un golpe de estado, apoderarse de él... El camino de la obediencia es largo; más corto es el de la traición, sobre todo si la fuerza de las armas allana los obstáculos.

Cobo se expresaba con franqueza. De cuanto decía, nada era imposible que sucediera. Sonrió con amargura sardónica:

—En nuestros tiempos basta que uno o dos generales de primera fila no apoyen al gobierno, para que éste se tambalee.

Terminó el doctor Cobo de doblar sobre sus antiguos pliegues el pañuelo de seda color obispo y lo devolvió a su sitio habitual: la bolsa anterior de su levita parda. Para escuchar mejor el estruendo que de nuevo los perturbaba y hacía difícil la continuidad de la charla, ambos guardaron silencio. Más intenso que antes ascendía de la calle el rumor de que no sabían con certeza si eran petardos o disparos de fusil. Siempre con las manos puestas en las de su padre, Luis Felipe miraba alternativamente a los dos hombres y le pareció, así lo disimularan, que se hallaban muy preocupados. Como el ruido, lejos de cesar, aumentara, Cobo volvió al balcón y, de perfil a Rossi y al niño, permaneció en él un tiempo, casi apoyada al cristal su oreja derecha.

—Tiene usted razón, Aldo. No son cohetes.

Rossi y Cobo se miraron más aprensivos. Siguiendo un impulso, el italiano dejó al niño y abrió las puertas del balcón, ya no como antes un par de centímetros, sino por completo. Un torrente de limpísima luz entró en la pieza. El aire estaba lleno de estrépitos, y una ansiedad compulsiva aguijoneaba a los transeúntes y los hacía correr, huyendo sin saber de qué, de la callecita a la avenida o en sentido inverso. Era ya el golpe del pánico, el terror que tomaba por asalto a la metrópoli, el miedo que desbordaba a los hombres en peligro.

—Juraría, ahora sí, que se trata de una ametralladora. De una ametralladora grande. Y de acuerdo al rumbo de donde viene el ruido, debe estar disparando en San Francisco o en el Zócalo.

Aldo se alarmó. Si, como el médico conjeturaba, el tiroteo estaba ocurriendo en la calle de San Francisco o en el Zócalo, esto es: en la calle y en la plaza principales de la ciudad, ello significaba que su esposa —que había salido muy temprano, según su costumbre, para oír misa en Catedral—se hallaba en grave peligro. Que la acompañara Matilde, la joven sirvienta *yaqui,* no la ponía a salvo del riesgo inminente de resultar herida o muerta.

—Y María está allá. .. —informó Aldo, señalando vagamente con el brazo hacia el exterior.

El doctor Cobo dijo entonces, dramáticamente:

—Este es ya el *cuartelazo* de que tanto se hablaba. Y yo ¡me voy...!

Hombre siempre calmado, Cobo comenzaba a sufrir un agudo ataque de nerviosismo. Debía marcharse inmediatamente; buscar, como las asustadas personas que corrían de un extremo a otro de la calle y de la cercana avenida, el seguro refugio de su propia casa. Aunque ignorase con exactitud dónde se disparaba, y por cuánto tiempo continuaría la escaramuza, parecíale insensato afrontar riesgos innecesarios retrasando su partida.

—¿No espera a María, doctor?

—No, Aldo; debo, aún, hacer otras visitas...

Mentía. Cancelar todas las que tenía pendientes por la mañana fue lo primero que decidió en cuanto no le quedaron dudas respecto a la naturaleza de las explosiones. A partir de ese momento, el valor de cada minuto era incalculable, y perderlo en espera de María, poco cuerdo. Tomó su maletín, reiteró su consejo respecto al tratamiento a que debía someterse a Luis Felipe por unos días más, dio al chico una palmadita en las mejillas y, con Aldo, salió al corredor. La puerta que comunicaba con éste había sido también velada con rojo papel china por la previsora señora Rossi. Bajo el alero, docenas de canarios y zenzontles gorjeaban en sus jaulas inmaculadas.

Al fondo escuchábase el crepitar de los chiles mulatos que doña Albina, la cocinera, asaba a fuego lento y con los cuales la señora Rossi prepararía la salsa del *ragout* dominical.

Luego de haber bajado de prisa los peldaños de la ancha escalera, cruzaron el patio sin agregar nuevos comentarios a los que habían hecho en la habitación de Luis Felipe. Ausencio, el mozo, cesó de barrer las baldosas con su escoba de varas y corrió a abrirles la puerta del zaguán. El doctor Cobo abordó su *tilbury;* con una voz despertó al caballejo, reiteró sus recuerdos para María y formuló un buen deseo antes de partir:

—Ojalá y las cosas no pasen a mayores...

Ya totalmente solo en ella, a Rossi parecíale que la calle había cambiado por completo en la última media hora. Jamás la había visto tan desierta y silenciosa. El peso de la limpia luz de febrero era denso y agobiador. Miró las fachadas de las casas, los letreros de los comercios, los toldos de lona, viejos unos, nuevos otros, de las tiendas; los recios portones de las añosas mansiones de estilo francés, con la curiosidad con que se ve lo que se desconoce. Todo era igual, todo estaba en su sitio, nada era distinto; y, sin embargo, experimentaba la sensación de hallarse en una calle nunca antes vista.

—¿Oyó los balazos, patrón? —comentó el mozo, aproximándose.

—Sí.

—Y siguen, pero muy lejos.

Por un momento, Aldo consideró la conveniencia de ir a buscar a su esposa y a la sirvienta. Eran poco más de las diez de la mañana en su *Longines* de números romanos y abultada tapa de oro macizo, en cuya parte interior había un retrato de María Alard—Torre de Caballeros que se tomó después de la ceremonia de sus bodas en el templo de La Profesa. Sonreía la novia ("una de las pocas sonrisas no amainas que le he visto"), pero de sus ojos no se tonaba la lívida expresión que siempre los endurecía y que intimidaba a quienes la miraran, así fuese en un grabado.

—¿Vamos a buscar a la señora? —preguntó Ausencio, que parecía estar leyéndole el pensamiento.

Dio Aldo una excusa pueril:

—No podemos dejar la casa sola.

—Si quiere, voy yo...

—No. La esperaremos aquí...

—Con suerte le pasa algo malo...

—Ella sabe cuidarse sola...

En el trasfondo de su pensamiento, Aldo deseó no ver más a María; deseó que no regresara; que fuera una de las víctimas que el tiroteo irremisiblemente habría de causar. Nunca antes, reflexionó, había deseado la muerte de nadie; ni siquiera la de María, a la que detestaba por ser siempre por ella detestado. ¿Por qué ahora entonces alentaba la esperanza de que muriese esa mañana? Saberla en peligro, sola en el riesgo de las balas, más que angustiarlo producíale regocijo. ¿Acaso porque su vida conyugal no era feliz? ¿Porque frente a la orgullosa, altanera, aristocrática y glacial hija de la viuda Alard, él, su marido, sufría siempre la humillación intolerable de sentirse inferior en todos los órdenes? O, más que por otra causa, ¿porque de todas las que habían cruzado por su vida era María precisamente la única mujer a la que no había podido conquistar —la única que rechazaba con asco sus impetuosas acometidas viriles?

Cada una de ésas podía ser, y de hecho era, razón suficiente para que Aldo deseara, en el secreto de su pensamiento, sin pudor o pesar de ninguna especie, la muerte de su mujer. Imaginó cómo sería su vida sin la señora Rossi gobernándola, libre de su tiránico albedrío. Una vida sin temor a las querellas, limpia de sospechas, no presidida por la cólera. Una vida, en fin, distinta, tranquila, como la que, estaba seguro, el Destino le depararía si pudiese compartirla con Betina. *¡Si la señora Rossi muriese*...! Un levísimo mareo de siniestro optimismo lo perturbó por varios segundos. *¡Si una bala segase su existencia en la calle*...! Los efectos del mareo se acentuaron, y le fue necesario sacudir la cabeza, llenarse los pulmones de aire y expelerlo firmemente para apartar de su cerebro aquel morbo.

Los puños en jarras. Aldo se puso a admirar su propiedad. Era ésta una buena y sólida casa de dos pisos, con balcones altos, perpetuamente velados por visillos que habían pertenecido a la residencia de *Mamacita* y que María se empeñó en conservar, no porque a su marido le faltase con qué comprar otros, también en París, sino porque usándolos guardaba intacta la ilusión de que la luz que por ellos se filtraba era la misma luz de los años, más felices, previos a su matrimonio. La entrada principal se hallaba justo a la izquierda de las puertas, tres y más grandes, de la tienda. Encima de ellas, a todo lo ancho de la fachada, un rótulo:

SORRENTO
Abarrotes italianos finos — Aldo Rossi, prop.

No brillaban ya, con la viveza que a él le gustaba, las letras color oro viejo pintadas sobre un fondo cárdeno de marmajas que habían sido negras y centelleantes. Volviéndose, dijo a Ausencio: —Recuérdame, mañana, mandarlo repintar.

2

EL RUDO portazo que sacudió los muros despertó a Luis Felipe e interrumpió, a mitad de su desarrollo sonoro, el aria de *Pagliacci* que Aldo cantaba, al unísono con Enrico Caruso, en la pieza contigua. Enmudecieron, sobresaltados, los pájaros; cesó doña Albina de hablar a solas mientras preparaba la comida, y Ausencio de silbar una de las viejas y melancólicas tonadas campiranas que tan de su agrado eran. El breve periodo de libertad que todas las mañanas les concedía el ama cuando se marchaba a misa, había terminado; a partir de ese momento, el patrón, el niño, los criados y las aves quedaban otra vez a merced de las imprevisibles mutaciones del carácter de la señora, que no soportaba que se hiciera ruido, se hablara más de la cuenta, o se quebrantara en cualquiera forma el silencio monástico de su casa.

En el amplio eco de silencio, dentro del cual la voz de Caruso resultaba ser un parche, se escucharon los firmes pasos de María. Cruzaron el patio, ascendieron la escalera, picotearon, *tic, tic, tic, tic, tic,* los ladrillos rojos y limpísimos del corredor; pasaron sin detenerse ante las habitaciones de Aldo y Luis Felipe, y entraron por último a la suya, seguidos por los de Matilde, al trote.

Quedaron en labios de Aldo las palabras de saludo que no alcanzó a pronunciar cuando su esposa, sin mirarle, siguió de largo. Al ver lo pálido de su rostro y lo agitado de sus movimientos, comprendió que se hallaba bajo los efectos de una emoción intensísima que sólo podría ser la del terror. Ir tras ella fue su primer impulso; pero desistió. Era preferible, razonó, dejar que se calmara por sí misma y no arriesgarse a

provocar —con preguntas que seguramente resultarían inoportunas en tales circunstancias— uno de sus tormentosos arrebatos de furor.

—Papá... —se oyó la pequeña voz alarmada y soñolienta de Luis Felipe, llamándolo; pero Aldo no acudió a la alcoba de su hijo; lentamente volvió al interior de la suya a ponerse la chaqueta.

Pasada la conmoción que a todos causó el tempestuoso arribo de la señora Rossi, las aves reanudaron sus gorjeos, y sus afanes, la cocinera. Con un revuelo de faldas negras, la sirvienta *yaqui* salió de la recámara de su ama y se dirigió a las dependencias del fondo.

—Matilde —la llamó Aldo—. ¿Qué le pasa a la señora?

—La pobrecita está muy asustada, patrón.

—¿Por qué?

—Ay, señor. Fue horrible, horrible... —gimoteó la muchacha, tan lívido como el de María su semblante, y sin añadir más, reanudó la carrerita que había interrumpido para responder a las preguntas de Rossi.

Aprensivamente, sin hacer ruido, Aldo hizo girar el picaporte de la puerta de la alcoba de su esposa. Con los ojos cerrados y las manos apoyadas en las gorgonas de los descansabrazos de su mecedora, María respiraba con dificultad. Sus labios exangües movíanse como si estuvieran recitando una oración. En la muñeca izquierda conservaba el brazalete de fe de un rosario; en el regazo, junto al velillo negro, el libro de oraciones.

—María... —se anunció con un susurro. Ella no se movió, como si no hubiese oído la palabra de Aldo. O, quizá, disimulara. Fingir que no los veía, tal que si fueran transparentes, o que no los escuchaba si le hablaban, era uno de sus recursos favoritos para hacer sentir su desdén a quienes la disgustaban. Tal vez, se dijo él, María quisiera hacerle comprender con su obstinado silencio que rechazaba su compasión, si compasión era lo que él iba a ofrecerle. Mirándola así, rígida y transfigurada por el miedo, experimentó Rossi cierta piedad por su esposa, de suyo tan fuerte, y que ahora parecía hallarse al borde de un colapso. En la penumbra mate de la recámara, no se escuchaba otro ruido que el zumbido de la luz que rezumaban las cortinas, y el jadeo irregular de la mujer.

Indeciso, temiendo importunarla, Rossi continuaba en el umbral: un pie dentro de la alcoba; el otro en el corredor. De súbito comenzó a sentirse vagamente culpable ¿por no haber ido en su busca?, ¿por haber deseado que muriese?, ¿por haber sentido un poco de desencanto cuando volvió, desalada de pánico? Se estremeció María en un largo suspiro, como si estuviera aún en el peligro que, de seguro, hubo de afrontar en el curso del tiroteo. Era una mujer alta, de armoniosa esbeltez; marfileña la piel del rostro y de las manos; netos los rasgos aristocráticos; en la frente el suave fulgor de plata de las primeras canas de sus treinta y ocho años; el pelo recogido en la nuca, con severidad monjil. Al centro de su pecho, que jamás un escote reveló a nadie, subía y bajaba, en la dinámica de su respiración desacompasada, el hermoso relicario de oro, perlas y rubíes que guardaba el retrato de *Mamacita:* su madre, muerta apenas un lustro antes. *¡Mamacita,* síntesis de perfecciones; palabra única, dicha y hecha decir con el devoto respeto con que se nombra a Dios, que designaba a doña María de Jesús Torre de Caballeros, viuda de Alard, nieta de un Grande de España!

—Entra o sal, pero cierra esa puerta... —chilló abruptamente, casi sin despegar los labios plegados en un rictus iracundo, y añadió en tono quejumbroso— ténme, siquiera, un poco de consideración...

Obedeció él, entrando precipitadamente. Mientras cerraba la puerta con muchas precauciones, buscó palabras para iniciar un diálogo; pero ninguna de las que se le ocurrieron le pareció adecuada. Temía irritar a su esposa, precipitar la explosión de sus reproches, dar pie, con una frase sin tino, a una ruda querella. Optó por callar porque callar había sido siempre su más eficaz defensa. En el silencio que se alargó un par de incómodos minutos, Aldo tuvo tiempo de pensar, como tantas veces antes, que su matrimonio había llegado ya al punto muerto; a ese punto de divorcio espiritual al que arriban, así que ya nada tienen que decirse, el hombre y la mujer. Una mueca de indefinible desprecio apareció en labios de María cuando, sin abrir los ojos, dijo en tono recriminatorio:

—¿No preguntas siquiera qué me pasó?

En su acento había un retintín de amenaza que Rossi percibió muy clara por el modo en que fueron dichas las seis palabras. Así empezaban siempre las disputas: con una frase en apariencia inocua, pero que en realidad era una trampa que ella tendía para que Aldo, de no acertar a responder lo que de él esperaba, cayera cándidamente. A esa frase se agregaban otras, esas sí, ofensivas, crueles, sarcásticas, por las que después, aplacado ya su mal humor, no demandaría perdón ni ofrecería excusa. Los años vividos, padecidos, con esa mujer habíanle enseñado a Rossi a defenderse, dominándose. No importaba que María —en el paroxismo de la cólera— le escupiese al rostro el insulto de llamarlo abarrotero, patán, campesino, o que le recriminara lo humilde de su origen. Callaba, aun a riesgo de irritarla más, y así lo hizo cuando le preguntó por segunda vez:

—¿No te interesa saber en qué peligro estuve?

El recelo de ser imprudente lo enmudecía. Quizá ella lo incitaba a preguntar para reñirle. Cauteloso se acercó a la mujer e hincó una rodilla junto a la mecedora. Sin acercársele, para no ofenderla con el agrio olor a tabaco de su aliento —que en la prisa por acudir se había olvidado disimular con una pastilla de menta— le habló con fingida ternura.

—¿Estás bien... ahora?

Un suspiro, al que siguió otro estremecimiento, fue la única respuesta de María. Tras de vencer su leve resistencia, tomó él una de sus manos. Con el bigote rozó, al besarla, la piel palidísima de esa mano que se rehusaba a aceptar el homenaje de la caricia.

—Déjame... —exigió María retirándola bruscamente. Para que Aldo viera cuánto asco le había causado aquel beso, frotó su mano con la tela de la falda.

Si se le rechazaba de manera tan abierta, ¿a qué insistir?, pensó él. Se puso en pie y se dirigió al balcón. Apartó la cortina para atisbar al exterior.

—¿Qué sucedió en la calle? —quiso saber, impersonalmente, como si pidiese informes a una extraña—. ¿Hubo balazos?

Abrió ella entonces los ojos y los mantuvo firmes, fijos como muertos, en la imagen de Cristo de Limpias (tan venerado por *Mamacita)* que le ofrecía el albergue de sus agónicos brazos. Como no respondiera, él se volvió para buscar en la expresión del rostro de su mujer la respuesta que su voz le negaba. Frente a los suyos encontró los ojos de María que lo miraban, ahora, con incisiva fiereza: "ojos crueles igual que látigos", los llamaba Alfonso; hostiles a la amistad y al afecto, que no expresaban, como los de Betina por ejemplo, calor o gusto; o algo que no fuese cólera.

—Nada... nada sucedió que valga la pena decir... —repuso al fin María, con los dientes apretados.

¿Qué hacer o decir después de tan seca y tajante respuesta? Incómodo y disminuido, sin otras palabras que agregar, volvió al refugio de su silencio. Los labios de la mujer seguían moviéndose, aunque no emitieran sonidos. De cada uno de sus ojos escurrió una lágrima que él vio rodar por las flacas mejillas y ser absorbidas, después, por la tela del traje de luto que María invariablemente usaba. Sólo en una ocasión, la mañana de sus bodas, recordaba Aldo haberla visto con ropas que no fueran negras. Para no continuar estúpidamente callado mientras se agrandaba el embarazo de ese minuto detestable, hizo un último intento de anudar los cabos de la charla y le preguntó si deseaba beber una copita de coñac, o aspirar sales, o...

María rechazó el tímido y cortés ofrecimiento de su marido. Respiró hondamente, como si hubiera al fin terminado su plegaria mental, y alivió un poco a su cuerpo de la tensión que lo mantenía erecto, en penitencia casi, sin apoyarse en el respaldo. Entró la *yaqui* Matilde, portadora de una charolita de plata; en la charola, el pomo de las sales, el frasco de Agua de Benjuí para las fricciones, la rebanada de pan francés y la magnesia para la bilis; todo ello dispuesto en escrupuloso orden sobre la servilleta de lino.

Con la presteza de quien está habituado a hacer lo mismo con frecuencia, la sirvienta aflojó las cintas de los botines de su ama y luego de exigir a Aldo, con una mirada de soslayo, que no espiara, comenzó a ungir las piernas de María; unas piernas cuya albura lechosa afeaban los derrames violáceos que habían dejado en ellas la flebitis, a raíz del alumbramiento de Luis Felipe. De tiempo en tiempo, María aspiraba las sales y se enjugaba las lágrimas. También preocupada por los efectos del ataque de nervios que su señora no conseguía aún superar, la muchacha le rogaba cariñosamente.

—La magnesia, doña María. Coma un poquito siquiera...

Igual a una chiquita que accede a obedecer un ruego, así obedecía la señora Rossi las súplicas de Matilde. Remilgosa, mascaba la blanca, porosa e insípida sustancia, y era precisa una nueva insistencia de la sirvienta para que aceptara mordisquear, diríase que con voluble frivolidad, otro pequeño trozo de magnesia, o la miga tierna del pan.

—¿Ya está más tranquilita? —preguntaba Matilde cada dos o tres minutos.

—Sí, ya un poquito... —respondía su ama, con infantil voz desfalleciente.

Le parecía a Rossi que su mujer, toda ella mohines, representaba una comedia. Fingirse víctima de todo y de todos era otro de los ardides que más gustaba de usar para convertirse en centro de la atención ajena —resabio del tiempo, ya remoto, en que *Mamacita,* el coronel Alard y Alfonso sometíanse a su tiranía de niña descontentadiza y emocionalmente inestable, colmándola de mimos, compasiones y caricias. Uno de los primeros consejos que Aldo recibió de su cuñado fue: "Cuando se ponga así, no le hagas caso. Le encanta, haciéndose la enferma o dramatizando sus problemas, así sean éstos mínimos, ganarse la piedad de quienes la rodean. Ha sido siempre una hábil simuladora: tan hábil, que aun *Mamacita,* a la que era muy difícil engañar, creía sus embustes..."

Pero esa mañana, viéndola tan aterrada, le resultaba difícil a Rossi precisar hasta qué punto, en verdad, era presa María del pánico irrefrenable. Quizá su comportamiento, objetivamente juzgado, pareciese melodramático en exceso; aunque era obvio, al mismo tiempo, que una profunda y auténtica desazón desequilibraba sus emociones. Una conmovedora palidez, opaca y cerúlea, como la que hay en el de los viejos santos, había en su rostro cuando abrió los ojos y ordenó a Matilde, con leve ademán, que cesara de sobarla y se marchase. Del comedor escurrió once veces el latir de la hora que marcaba puntual el reloj de péndulo al tiempo que, próximos, quizá de la

avenida o de más cerca, entraban a la habitación los ahogados rumores de algunos gritos y de nuevos estallidos.

—Empiezan otra vez los balazos... —indicó Aldo, y espió, atento, la cara de su esposa para ver qué reacción aparecía en ella.

—Sí, otra vez... —repuso María. Su semblante no se había alterado; sólo su cuerpo volvió a endurecerse, puestos otra vez en tensión total sus nervios.

—Están disparando no muy lejos de aquí.

—Shhh... —le impuso silencio la señora Rossi.

Muy tiesa en la mecedora, continuaba mirando al Cristo de Limpias, que *Mamacita* había hecho bendecir en Notre—Dame de París durante aquel inolvidable viaje de 1903. Con sus exvotos de oro y plata recamando su marco sobredorado, el Cristo ocupaba el centro del que no era un altar, aunque lo pareciera, y frente al cual, en el viejo reclinatorio que perteneció también a la abuela de Luis Felipe, pasaba María muchas horas cada noche. Imagen confidente de su amargura; depositaría de los secretos de su inmensa desdicha conyugal. Interlocutora pacientísima en el silencioso diálogo nocturno de los pensamientos. Para los demás, la señora Rossi podía ser, y de hecho era, hermética; mas no con el Cristo. A él se mostraba, abierto el corazón, como era: reseca, rencorosa, egoísta, incapaz de amar, o de fingir amor; y de él recibía ánimo para sobrellevar, con cristiana conformidad, la agobiadora cruz de su pena. De pronto, comenzó a hablar:

—Cruzábamos el Zócalo después de oír misa en Catedral, pues hoy no fuimos a la Profesa ni a San Francisco, cuando llegaron ellos.

— ¿Quiénes?

—Ellos. No sé quiénes... Llegaron a caballo, unos; los más a pié. Al frente de todos un hombre alto, de barba gris —hablaba sin emoción, la voz descolorida por el terror de los recuerdos; pareja y monótona como el chirrido del disco de Caruso que giraba, olvidado por Aldo, en el fonógrafo— Y de pronto comenzaron los tiros...

— ¿Contra Palacio?

—Si, contra Palacio. Frente a éste, tendidos en el suelo, había soldados con rifles y ametralladoras. Parecía como si estuvieran esperando a los que vimos llegar... —Se oprimió los oídos con las manos descarnadas. No quería escuchar, otra vez, el estallido brutal de las explosiones, ni las furiosas voces de la turba en cuyas filas abrían grandes huecos de muerte las certeras descargas de los defensores—. El hombre de la barba, que montaba un gran caballo negro, fue el primero en caer. Después, todos se dispersaron, corriendo por las calles, escondiéndose en el jardín, ganando los Portales... Muy cerca de mí, una bala alcanzó a un señor... Lo vi morir entre borbotones de la sangre que le manaba del pecho...

Tan bruscamente como habían empezado, cesaron de fluir sus palabras. Estaba temblando. Reunió fuerzas para expresar:

—Fue espantoso... —con un desgarrador acento de miedo.

Rossi se acercó a María, le rodeó los hombros con el brazo, la apretó contra su cuerpo para aliviarla, así fuera extemporáneamente, de aquel terror que revivía con el recuerdo. Pero ella (espíritu contradictorio que buscaba siempre despertar la compasión y que la rechazaba cuando era concedida), sin disimular el disgusto que le causaba que él se hubiese atrevido a tocarla, se inclinó a arreglar un pliegue de su falda para librarse así de las manos de Aldo.

—Dice el doctor Cobo que habrá revolución otra vez... —indicó él, sin molestarse porque María lo hubiese apartado.

Rencorosamente pronunció ella:

—Todo por culpa de ese hombre...

Ese hombre era Madero. Al aludirlo, siempre, con encono, lo llamaba: *ese hombre.* Por haber derrumbado al viejo orden al que por origen también él pertenecía, la señora Rossi odiaba a Madero y lo culpaba, así se supiera injusta, de la mayor parte de sus desventuras, inclusive las conyugales. Madero era la Revolución, y la Revolución de 1910, al cambiarlo todo, había cambiado su vida, ya que no sus costumbres, y cuanto de hermoso, plácido y cordial contenía.

—¿Y qué culpa tiene el señor Madero?

Detestaba María las opiniones políticas de Aldo, que, por no tenerlas propias, se limitaba a repetir las de su cuñado Alfonso y, lo que era aún peor, las de los ociosos que harían tertulia con él en la tienda. La encolerizaba más, sin embargo, que su hermano, ¡un Alard—Torre de Caballeros! dijera con gran convicción: "El mundo en que vivíamos estaba podrido desde los cimientos y era lógico que se desplomara estrepitosamente. Había demasiada miseria de un lado y demasiada riqueza de otro, para que no ocurriera lo que ocurrió. Convéncete mujer: Madero fue sólo el instrumento de que se sirvió el Destino para echarnos; de no haber sido él hubiese sido otro..."

—La de habernos llevado a la miseria...

—¿A ti también, María?

—A todos...

—Tú no puedes quejarte —dijo Aldo, planteando un tema desagradable que ella siempre estaba dispuesta a olvidar—, porque ahora tienes más, mucho más, de lo que tenías cuando eras soltera...

Dolida por aquel alfilerazo, por aquellas palabras, al parecer inocentes, pero cargadas del veneno cándido de la ironía, la señora Rossi apretó los labios. En la esgrima de las ofensas, Aldo sabía también cuáles inferíanle a su orgullo de aristócrata venida a menos. ¿Qué mejor para lastimarla y hacerla callar como ahora, que recordarle que gracias a su matrimonio con él —un patán, un tendero adinerado— había podido seguir viviendo en la riqueza de otros tiempos? Era, admitíalo, un recurso de mala ley y de pésimo gusto, pero el único eficaz para someter a María cuando, con sus mordacidades, le colmaba la paciencia.

—No me refiero a mí —repuso ella, batiéndose en retirada— sino a tantas otras familias a las cuales *ese hombre,* con sus ideas de loco, ha llevado a la ruina.

La breve escaramuza la había alterado, por más que disimulara. Llevó una de sus manos a las sienes y las oprimió con los dedos unos segundos. Parecía meditar. De la cocina, muy claro, llegó a la alcoba el rumor de unas risas. Haciendo eco a la pastosa de la vieja, percibíase clara y muy alegre la de Matilde; grave como el zumbar de un enjambre, cubría a las de ambas la de Ausencio.

—Oh, esas gentes que no respetan a nadie... —gimió María, sacudiendo la cabeza con desesperación iracunda.

—Les diré que callen.

—Déjalas, déjalas. No les impidas reír, ahora que todos, criados y patrones, somos iguales. ¡Faltaba más!

—¿Por qué no te recuestas un poco?

—La cama está hecha, y no voy a destenderla para acostarme. Estoy bien aquí. Si lo que deseas es irte, hazlo... ¡y déjame en paz!

—Oh, María, ¡por Dios...! Sólo digo que...

Tomó ella la campanita de plata que tenía al alcance de la mano sobre la mesa de centro y la tañó enérgicamente. Unos segundos después apareció Matilde. Conservaba en su oscuro rostro indígena, y en particular en sus grandes ojos verdes, jirones de alegría que tanto había irritado a su ama.

—Ordena a la cocinera que termine de preparar las cosas del *ragoüt.* Ahora iré yo...

—Sí, señora María.

—Lárgate, pues...

—Sí, señora María...

A solas otra vez con su mujer, Aldo le preguntó muy comedido:

—¿Se te ofrece algo más?

María no respondió. Había vuelto a cerrar los ojos, como si durmiera. En realidad, abstrayéndose, evitaba continuar la desapacible conversación con su marido. Con un suspiro de alivio, él salió de puntillas.

3

AL TÉRMINO de la comida dominical (espléndido festín de manjares italianos: ricas carnes, exquisitas ensaladas, barrocas salsas, finísimos vinos, delicados postres y fuerte café en abundancia, al cual nunca dejaba de asistir, como tampoco al más modesto, pero no por ello menos opíparo, de los jueves) Alfonso salió con Aldo al corredor. Como de costumbre, la señora Rossi fue a encerrarse en su recámara para no tener que soportar durante una hora o dos el desagradable tufo de los grandes cigarros puros que encendían después de la última copa de coñac, y que fumaban lentamente, con morosa delectación, así que hablaban, haciéndose confidencias, contándose chascarrillos de subido color o, como esa tarde, teorizando en torno a la política.

Con su cigarro puro entre los dientes —las cabezas un poco hacia adelante, las manos enlazadas por la espalda, mirándose al caminar las lustrosas punteras de los borceguíes *lengua de gato;* en los cerebros la grata pesantez del vino de Italia y del licor de Francia; en los estómagos la hartura de las viandas gustadas con fruición de sibaritas— los cuñados charlaban a murmullos. Era Alfonso, casi siempre, como ocurría cuando estaban juntos, quien encauzaba la charla por los caminos de la amenidad. Aldo, para estimular el diálogo, había dicho que dudaba que los disturbios matutinos fueran, así Alfonso lo asegurara, el prólogo de un *cuartelazo.*

—Aldo, Aldo, no seas ingenuo.

—¿Qué pruebas hay? ¿Unos cuantos balazos en el Zócalo?

—¿Necesitas otra?

—Las revoluciones, en México, no terminan en media hora.

—¿Y quién dice que ésta ha terminado?

—Los rebeldes huyeron.

—Di mejor: se retiraron a una posición más estratégica.

—Cuando el que ataca corre, es que ha perdido.

—Quisiera creerlo.

—Entre nos, Alfonso —preguntó Aldo, muy seriamente—¿habrá revolución?

—Sí. La habrá. Empezó hoy. Se sabía, desde la semana pasada, que éste era el día señalado para el levantamiento. Se sabía, asimismo, que Reyes y Félix Díaz iban a escapar, como escaparon, por la mañana, de la cárcel. El Presidente estaba advertido y, ya viste, nada hizo para impedirlo...

La noche anterior, noche de sábado, había sido de sigilosos movimientos de tropas en el suburbio de Tlalpan y en el de Tacubaya —situado éste a tiro de fusil del Castillo de Chapultepec donde habitaba el Presidente. En cafés y cantinas, en teatros y burdeles, en pastelerías como *El Globo* o en restaurantes como *Gambrinus, Sylvain o Prendes,* y en todos los sitios que frecuentaban políticos y militares, periodistas y chulos, tiples y toreros, hablábase de la conjura y de la forma en que habrían de desarrollarse los acontecimientos.

—Se apostaba, inclusive, sobre la hora exacta en que comenzaría el ataque a Palacio.

—¿Por qué el gobierno, los dejó hacer?

—¿Por qué, por qué? Es lo que todos nos preguntamos. ¿Por qué? Quizá porque el bueno del señor Madero, como el cornudo del cuento, era el único que no lo sabía... o que no deseaba creerlo.

Enarbolando la batuta de su habano para subrayar los pasajes sobresalientes del discurso, Alfonso Alard decía:

—No se equivocaron quienes vaticinaban bronca para hoy. Con el apoyo del general Mondragón, un bribonzuelo hijo de madre soltera y padre seguramente desconocido, o sea: de un auténtico hijo de puta, Félix Díaz y Bernardo Reyes, generales como él, iniciaron su cuartelada después de su teatral escapatoria del presidio. Que Reyes haya muerto a las primeras de cambio no modifica, en lo fundamental, los planes de los traidores. El verdadero enemigo de Madero es Victoriano Huerta, que goza de la confianza del Presidente aunque todo el mundo sabe que el indio borracho se entiende, y no de ahora, con los *felicistas*. Don Francisco, ¿hombre de escasa malicia y enorme corazón?, no lo cree y, ¿sabes qué hace inmediatamente después de que Reyes y Díaz atacan el Palacio? Nombra a Huerta, el Judas del Gobierno, Comandante en Jefe del Ejército...

—¿Por qué no al general Felipe Ángeles, que es su amigo?

—Otra vez, ¿por qué, por qué? Sólo el señor Madero lo sabe.

Con placer de diletante Alfonso Alard se detuvo para gozar el encanto de la bellísima nota, increíblemente alta y sostenida, que uno de los canarios lanzaba en ese momento. Al apagarse, y luego de un comentario a propósito de la admirable ejecución del trino, reasumió su muy seria actitud dogmática:

—Mucho me temo que Madero haya cometido el peor error de toda su vida, un error que puede ser trágico, poniéndose en manos de Huerta, quien, como para nadie es secreto, sueña con ser Presidente de México sin que le importe cómo...

Por un buen rato los dos hombres continuaron tejiendo y destejiendo sus lentos pasos por la galería. La tarde, en el principio de su dorada madurez, era hermosa: temperatura tibia y limpio cielo azul. El viento de febrero, áspero ya para esas fechas, no soplaba aún con fuerza y era, apenas, una brisa muy suave que no levantaba remolinos de polvo, ni hacía volar los sombreros hongo de los caballeros, ni untaba las faldas a los muslos de las mujeres, ni esparcía sobre la ciudad la tristeza sucia de la basura.

—Pobre hombre... —suspiró Aldo.

—Sí, pobre hombre, que habrá de ser víctima de su bondad.

—¿Será tan ciego que no ve las cosas?

—Más que ciego, el señor Madero es bueno, ay, demasiado bueno.

Agradaba a Rossi la amistad sincera, profunda, fraternal de su cuñado. Muchas cosas tenían en común —inclusive, temer a la misma enemiga. Alfonso era sencillo,

generoso con su afecto, totalmente distinto, aunque llevaran idéntico apellido, a su hermana. Cuanto en ésta era prejuicio, era indulgencia en él. Una era complicada, ceñuda, amarga y rencorosa; seca y hermética; el otro, llano, humilde en su hidalguía de gran señor que no alardeaba de lo artistocrático de su linaje; fácil para la risa y para el trato; devoto de vivir, y dejar vivir, sin preocupaciones. Ganaba su pan en el modesto empleo de vendedor en la Casa Sommer, ferreteros de abolengo.

—También Félix Díaz ha cometido otro error, Alfonso: encerrarse en La Ciudadela.

Pensativamente, Alard comentó:

—¿Error? Según como lo veas.

—¿Qué puede hacer, metido allí, con unos cuantos hombres?

—Quinientos, más o menos, lo siguieron.

—Muy pocos para defender esa ratonera.

Era La Ciudadela una vieja fortaleza, chata e indefendible, ubicada casi en el centro de la metrópoli, a no más de quince minutos de marcha de la casa de Rossi. Alzaba sus muros de tezontle pardo—rojizo frente a un parque de prados sin cuidar y a corta distancia, ciento cincuenta metros a lo sumo, del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, y a no más de trescientos de dos de los símbolos más sombríos de la Dictadura: la Cárcel de Belén, a su espalda; y la Sexta Demarcación de Policía a su flanco.

—Ninguno de esos quinientos, Alfonso, saldrá vivo.

—Si el gobierno se lo propone, seguramente que no.

—Si los dejaron dar el *cuartelazo* no les dejarán, ténlo seguro, escapar nuevamente.

—Quisiera creerlo... —volvió a decir Alfonso.

—La Ciudadela es fácil de tomar.

—Si se quiere, sí. Si se quiere, Aldo.

—¿Cuántos soldados puede haber, leales al gobierno, en la ciudad?

—No menos, según se dice, de diez mil, contando también a los *rurales.*

—¿Crees tú que diez mil, vaya, cinco mil, no puedan acabar en un credo con quinientos?

—Pueden, sí, con la mano en la cintura. El gobierno, sé a donde quieres llegar, tiene más artillería, rifles, ametralladoras y parque, para no hablar de provisiones de boca y tropas de refuerzo, de los que guarda Félix Díaz de La Ciudadela. Vistas las cosas desde ese ángulo, la situación de los rebeldes es desesperada...

—Claro que lo es. A golpes de gorra, los soldados de Madero acabarán con ellos.

Sonrió Alfonso, exponiendo sus dudas:

—Mas, ¿dará Huerta tal orden?

—Si no Huerta, la dará Madero.

—El que manda, no olvides, es Huerta.

—Madero es el Presidente.

—Y Huerta, el amo del Ejército y, por ello mismo, del Destino.

Dio fuego nuevamente a su habano y continuó:

—En apariencia, los rebeldes están perdidos porque dejaron de ser los que atacaban y se convirtieron en los atacados. Es un modo de decir, Aldo, porque aún no los atacan y no creo que lo hagan, al menos pronto. Entre cuatro paredes no están en condiciones de resistir una acometida firme. Se les puede aplastar en unas cuantas horas...

En un arrebato de lírico entusiasmo marcial, Aldo metió baza para exponer lo que él, de ser el Comandante en Jefe, haría para aniquilar al enemigo:

—Con diez cañones, un regimiento de caballería rural y quinientos soldados, me comprometo a no dejar piedra sana de La Ciudadela ni hombre vivo. En un par de horas, a lo sumo en tres...

Lo atajó Alfonso:

—Eso harías si fueras *tú* el comandante; pero quien lo es de verdad, quizá piense de otro modo.

—Huerta, ¿es o no un buen general?

—Lo demostró batiendo a Pascual Orozco, que vale por cien Félix Díaz juntos.

—¿Entonces?

—Si es buen general, también es ambicioso político; un ¿cómo te diría?, un oportunista que aprovecha al vuelo todo lo que lo beneficie. Esta revolución le resulta ideal para sacar, con la mano de gato de Félix, la castaña del fuego. Si a Huerta le conviniera tomar La Ciudadela, ten por seguro que ya la habría tomado; que estaría tomándola en estos momentos. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Qué y por qué espera? Tengo para mí que el borrachín, taimado como es...

—Indio tenía que ser...

—...ha comenzado a jugar su juego; tal vez le convenga ayudar a Félix; tal vez no.

—Si Félix organizó el golpe, no creo que se deje arrebatar el mando por Huerta.

—Félix cuenta ya sólo como comparsa. Huerta es ahora quien mueve los títeres: el Presidente es uno de ellos. El otro es el Pelma de La Ciudadela.

—¿Y si éste ganara?

—Aldo, ¡no digas pendejadas! Pase lo que pase, será Huerta, sólo él, quien gane. Ni Madero ni Félix: Huerta.

—¿Quieres decir que Félix y Reyes se alzaron en armas para ayudar a que Huerta sea el Presidente?

—Claro que no. Pero Huerta se aprovechará de eso. Vaya: te lo diré más claro: Huerta esperó que otros sirvieran la mesa. Esos otros fueron Reyes y su compinche, Félix. Servida la mesa, Huerta va a comer el guisado. O sea: que los dos generales estaban, sin saberlo, ayudando a un tercero.

—¿Por qué no se juntó a ellos desde el principio?

—Porque es más listo. Que otro haga el trabajo sucio, debe haber pensado, para que yo más fácilmente recoja la cosecha. Al organizar la revolución, Félix y don Bernardo trataban, ¿sabes? de facilitar el retorno de don Porfirio.

Una breve, sonora carcajada retumbó por toda la casa. Aldo Rossi reía de lo que acababa de decir, con gran convicción, su cuñado Alard. Éste lo miró entre parpadeos perplejos:

—¿Y de qué te ríes?

—Querido Alfonso: eres tú quien está ahora diciendo pendejadas. ¿Traer a don Porfirio?

Levemente picado, indicó Alfonso:

—Puede parecer ilógico lo que he dicho, pero es verdad. Los que ayudaron a Félix y a Reyes son los que suspiran porque retorne El Viejo. Este vive muy a gusto en París, sí, pero no ha perdido el apetito del poder. ¡Ése no lo pierde nunca quien lo ha gustado treinta largos años! El Gobierno actual, de revolucionario recalcitrante que era en 1910, se convirtió, esto es obvio, puedes verlo, en un gobierno porfirista. Porfiristas hay en la burocracia, en el gabinete, en las Cámaras, en el Ejército. En cierta forma, nunca ha dejado de ser un Gobierno porfirista.

—Nombres, nombres.

—¿Para qué citarlos? Los conoces tan bien como yo, como todo el país... Si Madero es Presidente de un gobierno porfirista, ¿qué de extraño tiene, Aldo, que las ovejas deseen la vuelta del Pastor?

—Entonces resulta que es don Porfirio el que ha organizado todo, ¿eh? —preguntó Aldo, en tono zumbón.

—Sí, señor. Directa o indirectamente es suya la mano que mueve el agua. No olvides, Aldo, la triste y lamentable realidad. Ni Madero, ni Huerta, ni mucho menos Félix tienen tamaños para gobernar a un país como México. Para eso hace falta un hombre grande, de temple, con los cojones en su sitio. Y el único que los tiene, debemos admitirlo aunque nos duela, es don Porfirio.

—El pueblo... —comenzó Aldo a decir, pero su cuñado lo atajó vivamente:

—El pueblo aplaudirá al Viejo apenas sus bigotes blancos aparezcan en el balcón de Palacio. Al pueblo no le gustan blanduras como las de Madero, que está para que lo defiendan. Don Porfirio, así nos choque, era todo un tío: mano dura, palabra bronca, actitudes definidas. Nada de titubeos ni sensiblerías. Paz de sepulcros, si quieres, pero paz. La gente está de democracia hasta la coronilla. Don Porfirio es como esos maridos que le zurran a sus mujeres un día sí y otro también, y que son amados por ellas. Pronto, recuerda lo que te digo, el Dictador estará de vuelta.

—Hablas como si ya Félix o Huerta, o los dos, hubiesen derrocado al Presidente.

Lúgubremente dijo Alard:

—Lo derrocarán si se descuida. Hay, ya, demasiadas fuerzas unidas en su contra —y citó, como ya lo había hecho por la mañana el doctor Cobo, el nombre de la más peligrosa de esas fuerzas: el embajador norteamericano: Henry Lane Wilson.

Siguieron caminando otros minutos en sombrío silencio. Sonó la hora en el reloj del comedor y los dos hombres, como si estuviesen de acuerdo, sacaron los suyos del bolsillo y compararon entre sí la exactitud de la hora:

—Las cinco...

—En punto.

—Bien, Aldo; dentro de una hora, según anunciaron los *felicistas,* comenzarán a bombardear el Palacio Nacional.

—¡Están locos!

—Por estarlo, son capaces de cumplir su amenaza. Me queda, pues, el tiempo justo para ver a Luis Felipe antes de irme a casa.

Apagaron sus habanos clavándolos en la tierra negra de una maceta. Al hacerlo miraron, con temor a ser descubiertos y reñidos, hacia la recámara de María. Luego, cómplices de tan execrable acción, contraria a las buenas costumbres de la casa, se dirigieron al despacho—dormitorio.

4

CON UNAS tijeras y una página de *El Imparcial,* Alfonso asombraba y divertía a Luis Felipe, fabricando —dedos los suyos dóciles a la imaginación— innumerables figurillas de papel, como la ronda de hombrecitos siameses, mágicamente unidos por las manos, que en ese momento terminaba de recortar.

—¿Te gustan? —le preguntó, él mismo satisfecho de su obra.

—¡Ahora yo, ahora yo, tío Alfonso! —apremió la voz del niño en tanto que sus manos, tendidas hacia él, aleteaban ansiosas.

—Bueno. Tú...

Le entregó las tijeras y al hacerlo su mirada tropezó con la de María, dura, desaprobatoria, muy inquieta.

—Se va a cortar... —dijo.

—Nada le pasará, mujer.

—Es muy torpe, y las tijeras tienen mucho filo.

—Te preocupas demasiado por él.

—Es una criatura, y tú... y su padre, quieren verlo y tratarlo como si fuera mayor.

—Oh, déjalo en paz, María.

Hubiese querido ella protestar con mayor vehemencia; arrebatar de las manos de Luis Felipe las afiladas tijeras que le había entregado, con tan escaso sentido del peligro, el tío Alfonso. Pero éste, quizá para impedírselo, la miraba, y su mirada la detenía en su propósito. Nerviosa, preocupadísima por el accidente que imaginaba inevitable, reanudó su tejido de gancho. ¿Por qué a fuerza de consentir al niño, de permitirle hacer lo que su madre le vedaba, los demás —esposo, tío, criados— la ponían siempre en ascuas de alarma?

—Si el niño se corta, la culpa será tuya, Alfonso —prorrumpió después de unos momentos.

—Tranquila, María tranquila... —repuso él, sin hacer mayor caso a su aprensión.

—Dale, si quieres, una pistola —agregó la señora Rossi con rencor.

Aldo no estaba presente, como no lo estaba casi nunca que los hermanos Alard se hallaban juntos. Ausentándose, como ahora, para reposar en su recámara o trabajar un poco en los libros de la tienda, los dejaba solos para que charlaran sin testigos.

—Ese niño —volvió a decir María, dejando de lado su labor de tejido— se va a lastimar. Ya lo estoy viendo, Alfonso. ¡Se va a herir una mano!

Por toda respuesta, Alfonso emitió un gruñido y tomando las manos inseguras de Luis Felipe lo ayudó a cortar, a titubeantes tijerazos, un ser descomunal, que lo mismo podía ser un perro que un dinosauro. Tío y sobrino miraron aquel extraño animalejo, tratando de encontrarle semejanza con alguno que conocieran.

—¿Qué es tío?

—Un gato, se me figura.

—¿No es un elefante? Tiene trompa.

—¿Y esos bigotes?

—Son cuernos.

—Entonces es un toro.

Intervino la señora Alard:

—¿Por qué dejas que se haga tonto, Alfonso?

—¿Tonto?

—Tonto, sí, llenándose de fantasías. Luego no duerme.

—Las fantasías no hacen daño.

—A Luis Felipe, sí. Dice cada cosa que la deja a una fría. A ti y a su padre les encanta ponerle la cabeza a pájaros.

—¿Y qué niño no la tiene?

—Quiero que sea una criatura normal.

Cansinamente Alfonso asintió y dijo:

—Sí, *Mamacita* —con un retintín burlón.

Como todos cuantos la trataban, Alfonso sentíase incómodo en presencia de su hermana. Incómodo igual que se había sentido siempre desde la infancia. Aunque lo aventajara en edad sólo cuatro años, María comportábase a semejanza de una madre

hosca, intolerante y deseontentadiza. Más hosca, intolerante y descontentadiza de lo que jamás fue *Mamacita,* a la que respetaba, sí, pero a la que no llegó a temer a ese extremo.

—Aunque te mofes, Alfonso...

—Sí, *Mamacita...* —reiteró él, para molestarla.

Perfectamente comprendía ella por qué Alfonso la llamaba *Mamacita,* en ese tono festivo y desdeñoso a la vez. Lejos de molestarla, llenábala de íntimo orgullo que su hermano la comparara con quien, para ella, era sinónimo de orden, carácter, disciplina, moralidad y soberbia. Sinónimo, también, de lo que es estable, eterno, puro. Que Alfonso encontrara en su persona, en su conducta, en lo que podía llamarse *su estilo de vida,* similitudes con la Viuda de Alard, reafirmaban su convicción de que era digna hija suya; *Mamacita* rediviva, prolongada, en la sacerdotiza única de su culto.

—Alfonso —habló María en tono desusadamente amable—¿estás enfermo?

—¿Enfermo?

—Te veo tan flaco... —hizo una leve pausa, para añadir después con insidia— ¡tan viejo...!

—Somos casi de la misma edad, recuérdalo.

Pasó ella por alto la alusión.

—Flaco y viejo; marchito, descuidado.

Se encogió de hombros, la miró un momento y tornó a jugar con el sobrino. María contempló largamente a su hermano. ¡Cómo le recordaba, en algunos rasgos, en el porte y en el tono castaño de su pelo ondulado, a *Mamacita!* Lástima que tal parecido fuera nada más en el físico. Alfonso, el *calavera.* Alfonso, la—cabra—que—siempre—tira—al—monte. Alfonso, la secreta vergüenza de los Alard—Torre de Caballeros. *Mamacita* había fracasado en su afán de hacer de él un señor, digno de su ilustre nombre; un varón como los de su añeja estirpe: serio, formal en todos los órdenes, cristiano y temeroso de Dios; de austero vivir, cortés y discreto, galante, como habían sido los antepasados que emigraron de Castilla, a principios del XVIII en pos de la aventura indiana. Pero Alfonso prefirió, a la disciplina, la bohemia; a la austeridad, el despilfarro; al recato, la frívola francachela. En suma: un botarate alegre y simpático, soñador e inútil; violento y sentimental. Con el propósito de formarle un *carácter, Mamacita* lo hizo ingresar a la milicia. Tres años de cuartel no bastaron, como tampoco hubiesen bastado ciento, para que Alfonso olvidará sus malos hábitos ¿en qué empleó su tiempo durante ese periodo? En jugar a las cartas, amancebarse con bataclanas, fraternizar con pintores, músicos, poetas, fulleros y demás individuos de la canalla. Y beber champaña en el ombligo de las tiples, y componer versos, y armar trifulcas en los cafés y ¡escándalo, horror, bochorno para la familia!, pasear en bicicleta, los domingos, por la calle de Plateros, a la hora de misa de doce, la más concurrida.

Mamacita, alarmada por conducta tan irregular, buscó para el juerguista el camino del exilio, y obtuvo para él un puesto diplomático en La Habana. Pero en La Habana prosiguió Alfonso, con mayores bríos, estimulada por el sol, el ron y la jarana, su vida licenciosa. Sus trifulcas de taberna, sus tormentosos concubinatos con hembras de trueno, sus duelos por un—quítame—estas—pajas, sus informalidades en el trabajo, sus deudas de juego, y hasta un fallido intento de suicidio, convirtieron al joven aprendiz en persona *non grata,* a la que hubieron de dar de baja del Servicio con cierta discreción.

Quedaba un recurso para hacerlo sentar cabeza: el matrimonio. *Mamacita* escogió de entre las amigas de María a la que creyó ideal: una Aurorita Manríquez, que si bien

era fea, poseía, en cambio, otras virtudes: ser muy católica, y heredera única de una sólida fortuna en haciendas pulque—ras.

Antes de someterse a la voluntad de su madre y contraer nupcias con la muchacha, Alfonso pidió una última gracia. Ir a París. Se le propuso que viajara después de la boda. Patéticamente, en farsa memorable que se convirtió en anécdota, rogó, suplicó, lloriqueó, imploró, mendigó unos meses, pocos, de libertad; los suficientes, dijo, para perfeccionar el rudimentario francés que hablaba.

No pulió su francés, pero sí aprendió alemán; porque alemana fue la amante que compartió con él aquellos meses de despreocupada libertad: Inge era su nombre, una dulce rubia de Colonia, de suntuosas formas, bovino mirar azul y ardoroso temperamento, con la cual hacer el amor, más que arte, resultaba deporte. En brazos de su *walkiria,* un océano de epidermis rosáceay floral, olvidó Alfonso que debía volver a México. Las cartas de su madre y las de Aurorita se empolvaban, sin abrir, en el buró de su alcoba. Cada noche, antes de que lo venciera la fatiga del ajenjo y del placer, se proponía contestarlas a la mañana siguiente. Mas, ¿cómo puede escribir un joven que aún no conoce todos los secretos del cuerpo que duerme junto al suyo cubierto de la misma sábana? *Mamacita,* en tanto, declinaba. Una de sus misivas (que le fue entregada por el agente del Banco que le pagaba su pensión mensual) lo impresionó de tal suerte que su buen carácter perdió, por unas semanas, su brillo; se tornó melancólico y, a veces, sombrío. Bebía hasta caerse, fornicaba hasta el colapso, ayunaba hasta el desmayo. Los ratones del remordimiento le roían, tenaces, la fibra más sensible. Llegó, de tanto repetirlas, a aprenderse de memoria estas palabras, escritas por la mano ya no firme de *Mamacita: "Siento que la muerte se acerca. Segura estoy de que no son ya muchos los días que me restan de vida. No quisiera partir, hijo mío, sin verte convertido en persona formal; en esposo fiel de Aurorita a la que, sabes, estimo grandemente y he comenzado a querer como hija. Vuelve, Alfonso, vuelve a cumplir el compromiso que contraje en tu nombre y en el mío. No demores tu regreso, por favor. . ."*

Un viaje por Alemania (Munich la señorial; el Rin romántico con sus rocas y castillos densos de leyenda; Colonia, de las mil sorpresas); viaje largamente proyectado y muchas veces aplazado que inició con Inge al principio de la primavera, sirvió de excusa para que Alfonso no regresara a su patria, con la urgencia que su madre lo exigía; y, lo que es más, para que olvidara contestar la carta. La viuda, al no tener noticias directas de su hijo y sí los malos informes de la casa bancaria, recurrió entonces a otra medida extrema, la única eficaz para forzarlo a salir a escape de Europa: suprimirle toda ayuda económica.

Durante diez días —los que faltaban para que partiera el barco— Alfonso e Inge vivieron en el aturdimiento de los placeres; en una continua orgía de ajenjo y lágrimas; de besos y coñac; de suspiros y champaña. Seguros de que nunca habrían de volverse a ver, apuraban a grandes tragos los restos de su felicidad; hacían balance de aquella maravillosa temporada de aventuras; atesoraban para la inevitable nostalgia, sensaciones que recordar, lugares que evocar; encantos que añorar.

Amarga fue la despedida en el muelle de Cherburgo. Una figura que se empequeñece, un pañuelo que vibra, cada vez más débilmente, en la distancia soleada. Después, el tedio de la navegación; y la angustia del remordimiento; y los sanos propósitos de enmienda.

Alfonso llegó a la capital de México la noche en que se rezaba el último rosario de difuntos por *Mamacita.* No hubo para él sonrisas de bienvenida; sólo la acritud de su

hermana, sus mudos reproches por no haber estado con ella en el trágico instante en que comenzó su orfandad. Era tal el resentimiento de la joven señorita, que podía creerse que la madre era sólo suya, y no también del que volvía.

Ya sin *Mamacita,* correspondió a María ejercer, sin restricciones, la autoridad familiar. La disciplina de la vieja mansión de la Colonia Juárez, la de mayor prosapia en la ciudad, no se relajó. Por el contrario, *el estilo* de la solterona de treinta años resultó ser, en la práctica, más duro, más frío, más deshumanizado que el de la finada. Como deber, impúsose María el de reformar a su hermano. Si *Mamacita* había sido blanda y tolerante dentro de su dureza con él, ella no lo sería. En dramática entrevista lo llamó al orden: fustigó su orgullo, le exigió trabajar por primera vez en su vida.

Poseían los Alard un patrimonio respetable: a más de la casona, tres magníficas fincas pulqueras en el Estado de Hidalgo, que producían poco porque no se las administraba adecuadamente. Dispuso María que Alfonso se encargara de tal menester. Vivió él varios años en el nuevo destierro. Detestaba el campo y añoraba la vida muelle de la capital. La peor de las enfermedades, el hastío, comenzó a achatarle el ánimo. Para no aburrirse, bebía; para no beber, se aburría. Círculo vicioso. La situación financiera de las heredades fue empeorando, porque el señorito dedicaba cada vez menos tiempos a mejorarla.

En un viaje que hizo a la ciudad, su hermana lo sorprendió con una noticia que lo dejó estupefacto.

—Voy a casarme —le anunció sencillamente.

—¿Con quién? —se atrevió él a preguntar, luego de que se hubo repuesto del asombro.

—Con un viudo.

—¿María, qué dices? ¿Con un viudo?

—Tiene una hija de veinte años y vive con él. Es hombre serio, formal, rico.

—¿Alguien que yo conozca?

—No.

—¿Quién es él?

La respuesta de su hermana fue aún más sorprendente que el anuncio mismo de la boda:

—Un tendero. Un comerciante. El italiano de *Sorrento.*

—¿Al que se le compran los quesos y los vinos?

—Ese.

—¿Por qué él? ¿Por qué no alguno, Luis de la Riva Lomelí, o Andrés Campuzano y Robles, o Angelito de la Torre, o don Teodoro Bracamontes, de los que te cortejaban? ¿ Por qué un tendero, María?

—Porque ése es el que he escogido.

—¿Te has enamorado al fin?

—No he dicho tal cosa —repuso María fríamente—. Sólo que he decidido casarme; porque en la familia, Alfonso, hace falta un hombre...

Muerta *Mamacita,* Alfonso no demostró interés por desposar a Aurorita Manríquez. Ésta pasaba una temporada en Suiza, con sus padres. Volvería a unir su apellido y su fortuna a la de Alard, en la primavera de 1910. El retorno de los Manríquez se aplazó, sin embargo, varios meses. En noviembre comenzó la Revolución y el ritmo vital de los mexicanos se alteró radicalmente. El feudo pulquero de la familia fue arrasado por las hordas, como las llamaba María. (Más tarde pasaría a ser propiedad de un general revolucionario). La residencia de México desapareció a causa de un incendio. De su

antigua grandeza quedaron sólo ruinas carbonizadas, humo y miseria. Alfonso recibió asilo en el hogar de los Rossi. De esa época databa el afecto que sentía por Aldo. Viviendo cerca de él aprendió a estimar a ese hombre sencillo, generoso y noblote, y a compadecerlo por el error que había cometido al casar con mujer tan insoportable como María. En esa temporada de penuria (que pudo soportar gracias a la esplendidez discretísima de su cuñado) Alfonso conoció a Conchita Espíritu —una morena y jacarandosa mesera del café *El Globo,* buena como el pan, magnífica de estampa, bulliciosa de carácter, a la que enamoró y a la que llevó a vivir, sin pasar antes por el Registro Civil o por la iglesia, a una modesta vecindad de las Calles del 57. Colérica por tan escandalosa conducta, María riñó con su hermano y lo conminó a dejar a su querida. Alfonso no titubeó en su elección. La señora Rossi, en violento rapto de ira, le prohibió volver a poner pie en su casa. Al cabo de dos años, y gracias a los cabildeos de Aldo, los Alard se reconciliaron; mas no por ello aceptó la madre de Luis Felipe el trato con la fregona de frágil moral.

Como si Alfonso estuviese enterado, ya, de lo que iba a decirle, la señora Rossi le informó:

—Me ha escrito. Ayer recibí carta suya. ¿Quieres leerla...?

—¿Quién? —preguntó él en su turno, sin volverse.

—Ella. Aurorita Manríquez.

—Oh, Aurorita. ¿Todavía vive?

—Ha escrito.

—Debe estar hecha una anciana.

—¡Alfonso...!

—¿Qué dice?

—Anuncia que vuelve pronto.

—Está volviendo desde hace años,

—Ahora va en serio. Viene, la pobre, a ver qué le han dejado los bandidos.

—Revolucionarios, mujer.

—Son la misma cosa. Revolucionarios. Bandidos... —hizo una pausa y agregó, muy lentamente—: Pregunta si te has casado. Ella sigue soltera. Un poco por culpa tuya.

—Tanta fidelidad me conmueve. Un poco, diría yo, por su cara. ¡Es fea con ganas!

—Alfonso —lo riñó su hermana—: como si lo único precioso de una mujer fuera su belleza.

—Que sean bellas las hace soportables... a veces.

—Aunque empobrecida, Aurorita sigue siendo una mujer rica. No tiene tanto como antes, pero más que la mayoría.

—Buen cuidado tuvo el pulquero, su padre, en poner a salvo el oro.

—La pregunta de Aurorita, respecto a tu soltería, tiene, me parece, una segunda intención. ¿La adivinas?

—Perfectamente.

—¿Estás seguro, Alfonso?

—Como de que hoy es domingo.

—A decir verdad, Aurorita me pide saber si tú deseas cumplir la palabra de matrimonio que le diste hace tres años.

Rió él brevemente.

—Las circunstancias han cambiado. Yo he cambiado. Ya no soy el que era.

—Sigues siendo soltero.

—A medias.

Apretó ella los finos labios; cesó de mover el gancho al tiempo que una luz de furia ardía por unos segundos en sus ojos. Casi resopló:

—El hombre que no ha legalizado ante Dios su unión con la mujer a la que presenta, indebidamente, como esposa, sigue siendo, para mí, soltero...

Imperturbable sostuvo Alfonso, con la suya, la mirada punzante de María. Alusiones de tal naturaleza no lo lastimaban ya. Sonrió con desenfado:

—Tu criterio, María, cada vez se hace más estrecho; más ñoño...

—Firmeza de criterio, no es estrechez. La moral...

—Oh, no empecemos.

—Callaré, pues te molesta hablar de cosas serias; pero no por ello dejaré de pensar lo que pienso respecto a ti... y a esa... señora.

—Será mejor —dijo Alfonso, ya un poco agresivo.

Después de un tiempo, de un silencio hostil, María quiso saber en tono de súplica y reproche simultáneos:

—¿Cuándo vas a ordenar tu vida, Alfonso?

—La he ordenado al fin, y no quiero que nadie la perturbe.

—Si te enoja que trate de ayudarte a salir del fango, ¡está bien, está bien! No volveré a mencionar el asunto —expresó María, asumiendo la actitud de una persona ofendida.

—Mucho te agradeceré que guardes tus opiniones y tus consejos.

Rumió María por unos minutos su malhumor. Alfonso continuó ayudando a Luis Felipe a recortar otras figurillas de papel. Cuando, al parecer, el tema de Aurorita Manríquez había sido suficientemente discutido y no esperaba, por lo mismo, que su hermana volviera sobre él, Alfonso la escuchó interrogarlo:

—¿Qué he de responderle a Aurorita?

—Díle a tu virtuosa amiga... —comenzó él, pausadamente, pero María lo interrumpió con énfasis:

—¿Tiene algo de malo ser virtuosa?

—Díle que no pierda su tiempo esperándome, porque no he de casarme con ella. Díle, y de paso entérate también tú, que Conchita y yo esperamos nuestro primer hijo para agosto...

María abrió la boca en un gesto de inmenso asombro. Sus ojos, instantáneamente, se arrasaron de lágrimas rabiosas: odio líquido, ira húmeda. Como si adivinara qué palabras brotarían de los labios de su hermana, apenas se repusiera del estupor, Alfonso comentó:

—¡Oh, si *Mamacita* viviera...!

—Pero no vive, gracias a Dios, para ser víctima de esta ofensa... —masculló la señora Rossi, con la respiración alterada por el coraje.

En el exterior, la luz de la tarde menguaba rápidamente y el terciopelo de la penumbra color violeta comenzó a envolver personas y objetos. Era imposible seguir tejiendo y María recogió hilo, muestra y gancho, y los guardó en la cestita de mimbre. Arrebató de manos de Luis Felipe las tijeras y, sin disimular su disgusto, se dio a recoger los muchos pedacitos de papel que tío y sobrino habían dispersado sobre la cama, y, en torno a ésta, sobre el piso.

Entró Aldo, *Longines* en mano, y dijo:

—Son las siete, Alfonso, y no han comenzado los cañonazos.

Comprobó Alfonso con su propio reloj que eran, en efecto, las siete de la tarde, e hizo un comentario socarrón:

—Quizá el reloj de La Ciudadela atrase.

María miró de soslayo a su esposo. Se había vestido con su mejor traje y sostenía en la mano izquierda el sombrero bombín, en la derecha el bastón de caña de bambú y empuñadura de oro, y apestaba fuertemente a agua de colonia. El cosmético centelleaba en las puntas de su mostacho y en su rostro recién afeitado era aún visible la tenue sombra del talco aromático.

Se puso en pie Alfonso. Aldo estaba, era obvio, ansioso por marcharse, y él no deseaba ser causa de que se demorara. Besó a María en la frente, con mucha frialdad:

—Nos veremos el jueves... *Mamacita.*

Expresó Aldo, procurando hacer muy convincente su mentira:

—Alfonso y yo iremos a dar una vuelta.

—Sí, claro. Una vuelta. Un par de horas. ¿No es así, Aldo?

—A lo sumo.

—Que les vaya bien. Que se diviertan... —les deseó María, trémula y sin embargo indiferente, para que ambos creyeran, ¡como si fuera tan fácil!, que la habían engañado.

Dejó Aldo un beso cariñoso en las mejillas de Luis Felipe; hizo una cortés caravanita de despedida a su mujer y, con Alfonso tomado del brazo, salió al corredor.

Profundamente odiaba María a ambos en ese momento. A Alfonso por encubrir los deslices de Aldo. A éste, por su cinismo. *Dar la vuelta,* era el pueril pretexto que su marido invocaba todos los atardeceres para ausentarse de casa; para correr en busca de esa catalana, Betina de nombre, con la que se había amancebado el último otoño.

Cuando el rudo golpe de la puerta del zaguán le indicó que los dos hombres habían salido de la casa, la señora Rossi corrió a su habitación. De hinojos ante el Cristo, comenzó a musitar algo que era fácil confundir con la alegría:

—Gracias, Señor de los Cielos —con lenta, fervorosa, sincera unción—, gracias por concederme el placer de sufrir esta pena. Gracias por la tortura de celos y asco a que me sometes. Bendito sea Tu Nombre...

II

1

DESAYUNABAN. María en un extremo de la mesa. Aldo en el opuesto. Entre ambos, páramo de silencio, la blancura inmaculada del mantel. Ya no buscaban, como en otros tiempos, palabras que animasen los minutos que pasaban juntos a la hora de las comidas. Sólo cuando Luis Felipe estaba presente decrecía la tensión, y era el niño el tema único de la charla de sus padres.

Serían las nueve, y el canto de los pájaros, con su metálica sonoridad, acentuaba la tristeza de aquel silencio al que estaban condenados y que no se esforzaban ya por superar. De tiempo en tiempo, piedras que caen dentro de un profundo pozo sin agua, algunas preguntas triviales los arrancaban de su ensimismamiento:

—¿Quieres más café?

—¿Te sirvo más leche?

—¿Otra rebanadita de queso?

Respondíanse con monosílabos; se miraban, desconfiados, por el rabillo del ojo, y volvían al limbo del tedio. Aldo a pensar en los problemas de la tienda (subían los

precios, aumentaban los impuestos, demoraban su pago los deudores) y en los encantos de Betina, la ilusión viva, riente, fogosa, que le daba sentido vital a sus cincuenta años. María a consumirse, con placer no exento de morbosidad, en el recuento de sus desdichas: vida gris la suya, sin esperanza, sin más futuro que el mediocre presente. Ensombrecida por la amargura y por los celos.

—No te sentí volver anoche... —dijo ella, haciendo un gran esfuerzo para formar una frase completa.

—Llegué temprano... —respondió él sin comprometerse.

Lo que no era exacto y ambos lo sabían. Mentir, disimular, en ocasiones dar a la verdad matiz de embuste, era para Rossi un hábito; no porque fuera de natural insincero, sino porque, manejando lo cierto o lo falso según el talante de su esposa, buscaba la manera de no irritarla, y por ello trataba de dar la respuesta que María, de acuerdo al dictado de su intención, deseaba escuchar. Juego lleno de graves riesgos; acrobacia continua en la cuerda floja del error.

—Bastante temprano —agregó, añadiendo otro al primer engaño.

Había vuelto, en realidad, a las cinco de la madrugada, luego de haber recorrido a pie —pues le fue imposible hallar un vehículo de alquiler— las desiertas calles anegadas de plata lunar que separaban su casa de la de huéspedes en que vivía Betina. ¿A qué mentir si su esposa jamás demandaba explicaciones? No preguntar dónde, en qué y menos con quién pasaba Aldo horas fuera de su hogar, era norma fielmente observada por María, y él gozaba de la irrestricta libertad de tener una existencia secreta (de la cual su mujer estaba al tanto) mientras guardara a su familia un mínimo de respeto. Aldo no abusaba, salvo rara vez, de esa suerte de derecho y procuraba, cosa que la madre de su hijo le agradecía en su fuero interno, no descararse.

Entró Matilde con una fuente de pastelillos de miel y nuez y trató de servir, antes que el amo, a doña María. Con una mirada de hielo, la paralizó ésta:

—¿Cuántas veces he de decirte —la reconvino con mucha lentitud— que primero se le sirve al señor?

Sofocada de susto, farfulló Matilde:

—Sí, sí, señora...

Ese albo mantel que mediaba entre ellos era la representación, por así decirlo, de la vida conyugal de los Rossi. Enemigos en la cama, distantes en la mesa, extraños en el afecto; sin palabras para disimular sus sentimientos; sin deseos, siquiera de disimularlos. Si pudiesen hablar, resultaríales menos penosa la tarea de soportarse.

—Ya no más, Matilde.

—Sí, señor...

Al principio de su matrimonio, cuando aún no se tenían confianza para ser descorteses, tanto él como ella procuraban plantear temas cuya discusión los mantuviera ocupados, charlando, durante la reunión en la mesa; y en particular después de la cena, antes de dirigirse, juntos, no sin cierto nerviosismo que en María degeneraba en angustia, a la alcoba.

—Puedes retirarte, Matilde.

—Sí, señora...

Después, cuando dejaron de compartir el mismo lecho y él volvió a ocupar en la alcoba próxima el de sus solitarios años de viudo, ambos hallaron que el silencio era un cómodo refugio; una lápida de piedad y elegancia que ocultaba a sus propios ojos la grieta profundísima del fracaso de sus cuerpos. No hablar, les servía para dejar de lado

lo que de otro modo hubiese sido necesario dirimir. Imaginaba Aldo que evitando rozar el problema de su frustración (ella era frígida, témpano insensible a las caricias) su esposa sentiríase menos infeliz, menos culpable por su total incapacidad erótica. Claro que no era ése el único tema de charla que juntos podían compartir; pero era el único que realmente, obsesivamente, interesaba al señor Rossi. Creía que el amor que aún profesaba a su mujer estaría incompleto, y en grave peligro de extinguirse, en tanto ella no descubriese las emociones del placer carnal. Pero María, con su activa actitud de rechazo, manteníalo a distancia. Amor se convirtió, pues, en tema prohibido. Al silencio en torno a él se agregó, luego, la pereza; y los motivos para el diálogo comenzaron, primero, a reducirse, y luego a escasear, de tal modo que les resultaba fácil, y hasta grato, pasar la velada sin decir una palabra; sin que fuese necesario decirla.

—¿Llegó el periódico?

—Aún no.

Notó ella un leve gesto de contrariedad en su marido, quien acostumbraba leer el diario, invariablemente después del desayuno, en el retrete; por más que eso fuera, en su opinión, no sólo muestra de pésimo gusto, sino descortesía para quienes lo leerían más tarde.

—¿Ha ido Ausencio a buscarlo?

—Ningún periódico se publicó hoy.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Es día de fiesta?

—No sé.

Sin prisa y sin pausa apuró Aldo toda la leche de su vaso, y con el último sorbo se enjuagó la boca. Era ése otro de los detestables vicios que su mujer, pese a sus esfuerzos, no había conseguido quitarle y en el cual él insistía, pensaba ella, sólo por molestarla. De la bolsa de su chaqueta de pana negro—ceniza sacó un puro. Lo recortó cuidadosamente por las puntas con la tijerita asida a la gruesa cadena de oro, y lo colocó entre sus recios y parejos dientes.

No pensaba encenderlo aún —la señora Rossi no toleraba se fumara en su presencia— pero tales preparativos tenían por fin apremiarla a levantarse de la mesa.

—¿Piensas abrir hoy la tienda?

—¿Y por qué no? —la miró él, curiosamente, retorciéndose las puntas del mostacho—. Es lunes.

—Todo el comercio del centro está cerrado.

—¿Por lo de ayer?

—Supongo que sí. El miedo se huele en las calles. —Bah.

—No se ve a nadie en ellas. Me consta. Cuando salí a misa...

—¿Fuiste?

—¿Cuándo he faltado?

Sólo en dos ocasiones había quebrantado María su inveterada costumbre de oír misa: a la mañana que siguió a su noche de bodas y durante la semana anterior y las seis posteriores al nacimiento de Luis Felipe. Ese día, como todos, la señora Rossi y Matilde habían ido a Catedral, mientras Aldo descansaba de la fatiga del adulterio.

—En todas las calles hay soldados.

—¿Todavía?

—Nunca he visto tantos. Los hay en San Francisco, en la Alameda, en el Zócalo, en los Portales. Igual que en 1910. Igual que en los tiempos de la Revolución. En el atrio de Catedral han puesto cañones y ametralladoras.

Los había ahí, y en casi toda la ciudad, mirando con sus ojos ciegos hacia la invisible Ciudadela. Pocos eran los civiles que deambulaban por el Zócalo y las calles adyacentes; y esos pocos buscaban el amparo de los muros, como si temieran que de pronto volviera a estallar otra tormenta de pólvora y balas.

—Ya habían retirado los muertos que hubo en el Zócalo.

—No iban a dejarlos de muestra...

Poco después del alba, el espectáculo de la capital en pie de guerra era deprimente. Patrullas siniestras en las esquinas. Vivaques en los jardines. Compañías de hombres friolentos construyendo barricadas. Transportes del Ejército en continuo ir y venir. Pero más deprimente le pareció la tristeza desierta del templo. Dentro de las naves, excepto por un anciano vagabundo andrajoso y dos cabos arrebujados en sus capotes verdeolivo cerca de la puerta principal, sólo había mujeres —unas diez o quince beatas; negros pajarracos rezadores que trasminaban sueño, peste a sobaco y fervor hipócrita. Hilaban oraciones entre la luz grisácea que se colaba por el cedazo múltiple de los altos ventanales. Oficiaba el Padre Paz. No del modo lento y solemne que le era propio, sino de prisa, como si la tuviera por marcharse.

—Tal vez tenía hambre... —apuntó Aldo, mordaz.

—Tan de prisa —siguió ella— que la misa duró menos de media hora; lo que es increíble diciéndola el Padre.

Habló con él, poco más tarde, en la lobreguez helada de la sacristía. Estaba muy nervioso, aunque menos que el sacerdote que comenzaba a revestirse para la siguiente misa. Hasta en ese lugar sagrado, fragante a incienso y a cedro, siempre tranquilo y bello, sentíase la presencia del miedo; de *eso* intangible, amenazador, que abrumaba a todos. Las noticias que el Padre cuchicheó al oído de María fueron poco tranquilizadoras. La noche anterior, así que la marejada de la rebelión cundía no sólo en la ciudad sino en todo el país, el Presidente había pedido asilo para su familia en la imperial embajada del Japón: síntoma inequívoco de que el fin del desastre estaba próximo.

—Y el Padre Paz, lo conoces, no es afecto a exagerar.

—Del señor Madero, ¿qué más dijo?

Centellearon de placer los ojos sombríos de la señora Rossi; los alegró un lúgubre fulgor de satisfacción:

—*Ese hombre* ha huido. Dejó a los suyos en la embajada y salió de la ciudad anoche mismo. Adonde, nadie lo sabe.

—No lo creo.

—El Padre lo dijo...

—El Padre... el Padre... —gruñó Aldo, a quien encolerizaba que María, viniera o no a caso, citara a Paz por cualquier motivo.

—Sí, el Padre —replicó ella, agria.

El Padre Paz (setenta años de edad; frágil de cuerpo, asmático por temporadas, tozudo de carácter; agudo de juicio; gallego de origen, así en su habla no se advirtiese ya el rudo ceceo galaico) era su amigo, el depositario de su confianza, la única persona humana que conocía la íntima causa de su infortunio. Sin él que la aconsejara, sin la ayuda de su sabia palabra y su buen sentido práctico, María habría rodado desde tiempo atrás por la brusca pendiente de la amargura. Por ser Paz su último asidero,

sólo él merecíale crédito; sólo de él acataba órdenes; a él sólo, sin discutir, dudar o reflexionar, obedecía.

—El señor Madero no es de los que huyen, y menos dejando a su familia...

—Pues lo hizo, lo creas o no. Dijo el Padre, además, que el gobierno va a caer hoy.

—El Padre está loco.

—Dice, también, que las horas de *ese hombre* están contadas...

¡Qué maligno regocijo el suyo al augurar que eran inevitables el derrumbamiento político, y quizá la muerte, del aristócrata que había traicionado a su casta para encabezar las chusmas asesinas, incendiarias y ladronas que señoreaban el país desde aquel trágico noviembre de 1910! Para María Alard—Torre de Caballeros, el peor de los canallas, el más abominable de los criminales, era Madero: insensato, demente y ambicioso hombrecito que desencadenó la tormenta de la destrucción —pequeño Zeus que dispersó los rayos de la venganza, que soliviantó al pueblo y se valió de él para arruinar un sistema social que a ella le parecía perfecto: el de la dulce dictadura paternal de la que había sido caudillo, por treinta magníficos años, el Héroe vencedor de los franceses.

—Y Félix, Félix Díaz, fue quien lo echó... Porque no ignoraba que las familias de Félix Díaz y *Mamacita* habían cultivado relaciones de amistad y porque no ignoraba tampoco que en más de un sarao aquel generalito incipientemente obeso, de cara gorda y estúpida y nulo talento había sido pareja de baile de la señorita Alard, Aldo hizo un comentario sarcástico:

—Félix Díaz es un imbécil, y quien lo cree capaz de ser inteligente, lo es más que él...

Picada, María respondió:

—¿Qué sabes tú de Félix? ¿Lo has tratado, acaso?

—Sé lo que todos saben, su tío entre ellos: que es tonto de donde no se tiene remedio: de la cabeza... María, por favor, usa la tuya y díme: ¿crees que un hombre que está encerrado dentro de un agujero, con otros quinientos locos, es capaz, de hacer huir a un Presidente, que tiene miles de soldados a sus órdenes? ¿Lo crees, María?

Se encogió ella de hombros y dijo:

—No sé. No sé. Ni me importa... —como decía siempre que se hallaba sin argumentos de peso para sostener sus afirmaciones.

—Repites, como perico, lo que otros dicen, y no te tomas siquiera la molestia de pensar si es o puede ser verdad.

—He dicho que no sé.

—Dices: *El Gobierno va a caer hoy. Las horas de ese hombre están contadas. Félix Díaz lo echó,* no porque eso sea cierto, o pueda serlo; sólo porque el Padre Paz te lo dijo.

María sonrió en plan de reto. La veracidad de tales noticias era, para ella, absoluta. Habiéndolas recibido en confidencia del Padre Paz no tenía por qué ponerlas en tela de juicio.

—Cree lo que quieras, Aldo. Duda de mí. Oféndeme si gustas y di que soy estúpida.

—Sólo quiero hacerte comprender que...

—Sigue pensando que el Padre no está en sus cabales. En una palabra, lo que se te antoje... que al fin y al cabo, ni tú ni yo habremos de cambiar las cosas. Lo que ha de suceder, sucederá.

—Menos lo imposible, María. Menos eso.

Cuatro rudos aldabonazos se escucharon en la puerta de la casa. Instantes después, mientras los Rossi intercambiaban miradas de extrañeza, llegó hasta ellos la voluta sonora de un confuso rumor de voces masculinas. Sin aliento, porque a trancos había subido la escalera, apareció Ausencio en el corredor. Al situarse en el umbral, su cuerpo interrumpió el paso de la luz.

—Ahí lo buscan, patrón.

—¿Quiénes?

—Unos militares.

Miró Aldo a su mujer, que puesta ya de pie lo miraba a su vez, mientras dos acusadas líneas de preocupación aparecían en su frente. Esas repentinas visitas de militares resultaban siempre desagradables; y si en épocas de paz era motivo de zozobra, ¿qué si no pánico, podían producir en momentos de incertidumbre como ésos?

—Iré a verlos.

Hizo ella un gesto y un sencillo ademán que Aldo le agradeció, por espontáneos y desusados. El gesto quería decir: "No vayas" y el ademán (apoyar su mano en el hombro de su marido): "Permanece aquí". Acarició él con los suyos los dedos de su mujer; volvió a clavar entre sus recios dientes el puro, y la tranquilizó con una sonrisa:

—No te preocupes.

Intuía él también que el peligro lo amenazaba. ¿Qué de bueno puede augurar la visita de una partida de uniformados que irrumpe en una casa exigiendo la inmediata comparecencia del dueño?

—¿Cuántos son, Ausencio?

El mozo informó:

—Varios. Tres o cuatro, y otros se quedaron en la calle, en un coche.

Un alarmado pensamiento cruzó por la mente de Rossi. ¿Volvían otra vez los tiempos de secuestros, cáteos y atropellos, en los cuales son los extranjeros ricos, como lo fueron apenas tres años antes, las primeras víctimas?

—Iré yo... —anunció María, autoritaria. Ella había pensado, temido lo mismo. Si aquellos individuos que se presentaban con tal despliegue de fuerzas venían a apresar a Aldo, no era prudente que él mismo, saliéndoles al encuentro, se pusiera en sus manos. Si era ella quien primero los recibía, y si sus intenciones eran las de secuestrar al tendero, el señor Rossi dispondría de uno o dos minutos para escapar por las azoteas.

—María, ¡por favor!

—Si vienen por tí, huye. Llévate al niño. Yo me las arreglaré con esos individuos.

—¿Estás loca?

—No es hora de valentías, Aldo. Esos hombres, lo presiento, no vienen a nada bueno. Recuerda lo que pasó en 1910.

Rossi, apartándola, salió al corredor. Rápidamente fue a su despacho. Luis Felipe mataba el tiempo rascándose, cosa que tenía estrictamente prohibido por mamá, las costras secas de las ámpulas. Escondió las manos por la espalda y fingió indiferencia.

—¿Jugamos, papá?

—Después.

Amorosamente miró al niño escarlata, todo él ojos y amor: su pelo rubio arena, un copo de algodón de azúcar, así que abría la cortina del escritorio de encino; extrajo de una gaveta el revólver niquelado y una caja de balas. Colocó cinco de éstas en el cilindro del arma, que se guardó luego entre el cinto y la camisa; abotonó su chaqueta

para disimular la gran empuñadura de concha nácar. Cerró el mueble. Fue a la cama de Luis Felipe. Se inclinó para dejar un beso en cada mejilla, en una suerte de adiós. Ya para salir, como era costumbre que lo hiciera por las mañanas, arrancó la hojita del almanaque.

Comenzaba el décimo día de febrero de 1913.

Los oficiales eran tres: un teniente coronel y dos mayores. Se hallaban en el cubo del zaguán, con los tacones de sus botas lustrosas apoyados en la pared. Como había dicho Ausencio, en la calle, otros dos (quizá de menor jerarquía) aguardaban en el asiento delantero de un enorme automóvil *Lancia.*

—Buenos días, caballeros —les deseó el italiano, apenas hubo puesto pie en el patio de baldosas recién barridas.

A su voz, los tres oficiales se volvieron a mirarlo. En sus rostros había sonrisas. Su actitud tranquila y el hecho de que no se hicieran acompañar de un pelotón de soldados en armas, lo usual en casos de secuestro o allanamiento de morada, apaciguó un poco los temores de Rossi.

—Buenos días... —le respondieron, simultáneamente.

De los oficiales, uno (ojos vivaces, rostro atezado; bigotillo negro; flamante uniforme) no le era por completo desconocido. Recordaba haberlo visto antes, pero no dónde.

—A sus órdenes, señores.

El del bigote negro —gusano de pelo sobre el labio indígena— tendió su diestra, amistoso. A la manera de los prusianos entrechocó los tacones de sus botas y mecánicamente inclinó la cabeza. Debajo del brazo izquierdo llevaba un fuete con una cincelada garra de águila en la empuñadura.

En el centro de su quepí militar brillaba, solitaria, una estrella de metal amarillo, símbolo de su grado.

—Soy el mayor Lima, señor Rossi.

—Mucho gusto, mayor.

—Los señores son... —aludió al que tenía a la derecha y luego al que estaba a su izquierda—. El teniente coronel Aguayo. El mayor Jiménez.

—Para servirlos, caballeros.

Después de los rápidos apretones de manos, el mayor Lima preguntó abruptamente:

—¿Ya no me recuerda, verdad?

—Bueno, sí. Usted es...

—Fui presentado a usted, hace tiempo, aquí mismo en la tienda, por nuestro común amigo don Ángel Rivaplata.

—Oh, sí. ¡Cómo no, cómo no! —exclamó Aldo, que seguía sin recordar a Lima, pero ante quien debía fingir que eran antiguos conocidos—. ¡Don Ángel Rivaplata, excelente amigo!

—De primera...

—Y, bien señores ustedes mandan...

Aunque estaba presente un oficial de mayor rango que él, era Lima el único que hablaba, valido quizá de que conocía a Rossi. Con una sonrisita no exenta de cinismo juguetón, dijo ambiguamente:

—Venimos de La Ciudadela.

—¿De La Ciudadela? Entonces, ¿todo ha terminado allá, verdad?

Tres sonrisas amplias, que rozaron casi la carcajada, vio Aldo dibujarse a un tiempo en las bocas de los militares, como si hubiese dicho algo muy gracioso. En tono áspero, mas no agresivo, habló por primera vez el teniente coronel Aguayo:

—¿Terminar, qué?

—Digo, pues, el *cuartelazo.*

Quizá para ahorrarle bochornos ulteriores, Lima aclaró a Rossi:

—El teniente coronel, el mayor y un servidor, pertenecemos, don Aldo, a las fuerzas del señor general Félix Díaz.

—Oh...

Tontamente, sin reflexionar en el alcance de sus palabras, Aldo preguntó extrañadísimo:

—¿Y qué hacen aquí?

—Hemos venido a comprar algunas cosillas que necesitamos *allá adentro.* Vinos, jamones, latería surtida. Mientras se pueda, hay que pasarla bien. ¿No le parece?

—Claro, claro —comentó Aldo, a quien otra preocupación comenzaba a embargar: la de que esos hombres saquearan su almacén y se marcharan sin pagar; o pagándole, que equivalía a lo mismo, con *vales,* papeluchos sin valor, como lo habían hecho los primeros revolucionarios. Si tal intentaran, ¿qué podía hacer?

El mayor Lima, como si interpretara sus pensamientos, se apresuró a decirle:

—Pagaremos en efectivo. Ahora mismo, señor Rossi, y no *al triunfo de la causa,* como hacían los maderistas.

Festivo, y más tranquilo, Aldo informó:

—Tengo varios kilos de ese papel moneda —los invitó a seguirlo al interior de la tienda. Abrió la puertecita que comunicaba al patio y se adelantó luego de pedir excusa por ello, a encender la luz—. Pasen, pasen, por favor.

Era una tienda grande, ricamente surtida, y envanecía a su propietario que aun sus competidores la consideraban como una de las dos o tres mejores de la ciudad. Abundaban sus espaciosos anaqueles en abarrotes finos y surtidos; en licores de marcas de prestigio y alto precio, su bodega del fondo. Lima llevaba una lista.

—Esto es, señor Rossi, lo que necesitamos por ahora.

—Muy bien, muy bien... —echó Aldo un vistazo a la lista escrita a máquina, y asomándose al patio llamó a Ausencio para que lo ayudara.

Chiantis, Borgoñas, Barberas, Moselas, Anjous, Lacrima Christis, Resinas, coñaques, ginebras, oportos, benedictinos, cremas de menta, café y cacao, champañas secas y dulces, entre los caldos; jamones, tocinos, embutidos de todo tipo y origen; aceitunas, sardinas, pulpos del Egeo, ostras ahumadas, pepinillos agrios; quesos, caramelos, chocolates, frutas en cristal de azúcar, entre los manjares. Diligente y silencioso, sin dejar de ver de reojo a los clientes de uniforme, Ausencio apilaba latas y botellas, cestas y perniles sobre el mostrador. Mientras Lima cuidaba que no fuera olvidado ni un sólo de los artículos de la lista, sus dos compañeros husmeaban en torno, gustando al azar de una pizca de *Roquefort,* de un racimo de pasas italianas, de alguna nuez del Brasil, o, lo que parecía deleitarles, de no pocos bombones parisienses.

—Como la batalla puede ser larga, ¿quién lo sabe? —comentó con guasa el mayor— hay que nutrirse bien.

—Mucha razón tiene usted; mucha... —sonreía Rossi, a medida que colgaba uno bajo el otro, en la nota de envío, el precio correspondiente a cada mercancía.

—Pues una cosa es estar en guerra y otra, pudiendo evitarlo, pasar hambre.

—Estómago lleno...

—...corazón valiente.

Desde hacía unos minutos quemaba la lengua de Rossi una pregunta; una pregunta que nadie mejor que Lima estaba en aptitud de responder. Temeroso de parecer indiscreto, dudaba si plantearla o no. La disposición amable, risueña, abierta y gentil del militar lo animó, finalmente, a decidirse. En voz muy baja, para que los otros oficiales no lo escucharan, interrogó:

—¿Es cierto, mayor, como se cuenta por ahí, que el Presidente huyó de la ciudad?

—Sí. Escapó anoche. Y el pretexto que dio para largarse fue de lo más ridículo —emitió una risita fría y atusándose el bigotillo agregó, despectivo—. Dijo que iba a Cuernavaca por las tropas del general Ángeles. Pero ¡ya lo verá, amigo Rossi!: ni el loco Madero, ni el marica don Felipe volverán a México.

Apenaron a Rossi, como si hubiese sido dirigidos a su persona, los ofensivos epítetos que usó Lima para referirse a Madero y a Felipe Ángeles, uno de los más talentosos y respetables jefes del Ejército. Lo irritaba que un ofícialillo ofendiera canallescamente a quienes, por ser quienes eran, merecían su respeto; mas, como no estaba en condiciones de exigirle que moderara su lenguaje; ni mucho menos, con los puños si las palabras le faltaban, darle una lección, Aldo prefirió callar. Por unos minutos, los únicos sonidos que perturbaron el silencio fueron los que producía el criado en su ir y venir a y de las dependencias interiores del almacén, y el rechinar de las duelas de encino bajo las pisadas de los otros oficiales que no dejaban de vagabundear por los rincones.

En ese tiempo sin palabras se multiplicaron en la mente del italiano múltiples reflexiones singulares. Sin hallarlas, buscaba respuestas a preguntas de razonable sentido común: Si las tropas del gobierno sitiaban La Ciudadela, ¿por qué Lima y sus secuaces estaban allí comprando, ya no víveres de primera necesidad, sino golosinas para la despensa de la fortaleza? Si continuaba el asedio al reducto insurrecto, ¿cómo habían podido salir de él los tres oficiales? Y más que cómo, ¿quién les había permitido cruzar el cerco para venir a la tienda? ¿El mismo que les facilitaría el retorno? ¿Y quién era éste?

—Mayor —dijo de pronto—, hay algo que no entiendo en todo este enredo.

—¿Qué, señor Rossi?

Estaban ahora, juntos, de codos sobre el mostrador, los tres militares; un poco aburridos, Aguayo y Jiménez; tranquilo, tal que si el correr del tiempo no le importara, Lima.

—La Ciudadela ¿está sitiada?

—Naturalmente. Por los cuatro lados —dijo, ufano, el teniente coronel.

—¿Cómo le hicieron, entonces, para salir?

Otra de sus sonrisas de hiena, que a Rossi le iban pareciendo cada vez más antipáticas (con todo y que el hombre no lo era) alegró de cinismo los labios de Lima. Con suave y mecánico ademán tenorio se atusó el bigotillo, carraspeó como disponiéndose a decir algo solemne e importante, y habló con no escasa fanfarronería:

—Yo más bien diría —expresó dirigiéndose al teniente coronel—: *por los cuatro lados...* menos un agujerito. Por ese agujerito, señor Rossi, entramos y salimos nosotros; entran y salen, además, otras muchas cosas. Desde vacas de ordeña, sí, aunque le parezca raro, hasta nalgas de señora; ¡Qué coño, hay que pasarla bien...!

Soezmente apuntó Jiménez:

—Y para pasarla bien, un coño...— calambur que motivó que los otros lo riñeran con la mirada.

Aldo Rossi continuó su interrogatorio:

—El Presidente se fue, ¿cierto?

—Sí.

—Eso quiere decir que ya no hay gobierno.

—Casi, casi.

—¿A La Ciudadela, no la ataca nadie?

—No.

—Entonces, ¿quién manda en México?

Tranquilo, antes de responder directamente a la última de las preguntas del tendero, el mayor Lima trazó un escueto esquema de la situación política y militar del momento; al menos —según la veía él:

—Desde La Ciudadela, que ocupamos ayer a mediodía elementos a las órdenes de los generales Díaz y Mondragón, ya que don Bernardo tuvo la mala suerte de que lo mataran apenas entró en combate; desde la Ciudadela, repito, estamos ganándole la batalla al gobierno, o a lo que de él queda... Nuestra primera victoria, la más significativa y fácil ha sido hacer huir al pendejo de Madero. Las tropas y los jefes militares de la ciudad están desmoralizados, igual que los de toda la República. ¿Cómo no estarlo si el Jefe, el Presidente, se caga del susto y huye a los primeros balazos? —miró a sus compinches y éstos asintieron cuando les pidió parecer—. ¿Es cierto o no?

—Muy cierto.

—Los señores generales con mando de fuerza saben que la caída del gobierno no tardará mucho. Unas horas quizá. Por ello no nos atacan. Son, como nosotros, soldados profesionales. Temen, y no se equivocan al suponerlo, que al triunfar nuestro movimiento, ¡pues triunfaremos! ajustemos cuentas con ellos.

Terció siniestramente el teniente coronel:

—Y al que nos haya atacado lo pasaremos a cuchillo.

—Cabrón que alce la mano contra nosotros —completó el mayor Jiménez, siempre obsceno— le daremos por el culo, antes de colgarlo de los huevos.

Prosiguió Lima, levemente doctoral:

—Ninguno de los que hagan armas contra nosotros escapará a nuestra justicia. ¡La justicia del vencedor...! que suele, que debe ser, cruel; de allí, pues, que los señores oficiales prefieran tomar las cosas con calma y no incurrir en el error, grave e irreparable, de seguir defendiendo a un gobierno que se desmorona, por no decir que ya no existe desde anoche... Pregunta usted: ¿quién manda en México? Manda el señor general Huerta. Y el señor general Huerta es amigo del señor general Félix Díaz. ¿Está claro? —y le hizo una guiñada de rufián.

—¿Y si volvieran el Presidente y el general Ángeles?

—No volverán.

—Digamos que vuelven y atacan La Ciudadela.

—Nada pasaría.

—¿Cuántos soldados tiene Ángeles en Cuernavaca?

—Ptch... Tres o cuatro mil.

—¿Si esos tres o cuatro mil hombres se van sobre ustedes, que son quinientos?

Lima preguntó a su vez:

—¿Quién va a lanzarlos en contra nuestra?

—Pues, el Presidente y Ángeles.

—¿Ellos? No.

—El Presidente, mayor Lima, es el jefe del Ejército.

—En el papel, sí. En la realidad, no. El jefe es Huerta. Huerta tiene al Ejército en un puño. Los generales sólo a él obedecen.

Los compañeros de Lima asentían cada vez que éste, a quien el diálogo iba excitando poco a poco, lanzaba una de sus contundentes afirmaciones. Como él, estaban plenamente convencidos de que el colapso del régimen ocurriría de un momento a otro. Madero no había de perder una batalla militar (que la había perdido ya) sino una batalla política. El fin del sueño revolucionario, el fin del desastroso ensayo democrático y civilista del Apóstol, concluiría en cuanto Huerta y los jefes de la asonada llegaran a un acuerdo respecto a lo que no sería rendición de unos ni victoria del otro; sino mera alianza de fuerzas. Por ello, sin duda, demoraban el desenlace de la pequeña guerra civil.

Recordando lo dicho por Alfonso Alard, expresó Aldo:

—¿Volverá don Porfirio?

A una, los tres oficiales soltaron la risa, una especie de breve relincho. Lima dijo:

—Don Porfirio se quedará donde está, en las vacaciones de su destierro.

—¿Quién, entonces, si no él, será el nuevo Presidente?

—Quiere serlo Huerta; también lo quiere ser don Félix. Eso discuten ahora: el turno; *la mano...* —Lima abombó el pecho como un pequeño y ridículo gigante. Con el índice alineó los pelos de su bigotito—. Sea uno o sea el otro, México saldrá ganando.

—¿Cree usted?

—¿Usted no? —disparó casi amenazador. Rossi, cohibido, hizo un ademán con sus expresivas manos tal que si dijera: ¡yo qué sé! Prosiguió Lima—: Con Madero, los civiles tuvieron ya su oportunidad de gobernar. Fracasaron. La Revolución la ganamos nosotros, los militares, y a nosotros corresponde cuidar de ella para siempre.

Cuando el último de los paquetes hubo sido colocado en la tercera de las grandes cajas de madera, Lima ordenó a Jiménez que llamara a los dos militares que aguardaban en el *Lancia.*

Al aparecer en la puertecita, dispuso:

—Lleven eso al coche...

Con el auxilio del mozo y de Jiménez, y la dirección del teniente coronel Aguayo, los dos militares —sargentos de infantería, le parecieron a Rossi— comenzaron a transportar los víveres y los vinos al automóvil.

Lima, jugueteando con su flexible fuete, comentó con Aldo:

—Tal vez, ¿quién sabe?, celebremos esta noche, con esas botellas, la victoria de la causa...

—¿La de Huerta o la de Díaz?

—La de quien sea. Pero la victoria, de todos modos.

Volcó sobre el mostrador el contenido de una bolsa de gamuza que guardaba en la de su pantalón. Docenas de monedas de oro. Centenarios flamantes, se desparramaron sonoros y alegres por la tarima.

—Cóbrese, señor Rossi —Lima, levemente pedantesco, rehusó ver la lista, y en ella la suma total: importe de las mercancías—. Cóbrese lo que sea.

Un poco más tarde, cuando Lima se disponía a ocupar su lugar entre los otros oficiales que ya lo esperaban en el asiento trasero del auto, Rossi recibió un consejo sonriente:

—De amigo a amigo, don Aldo: por un par de días, no abra su tienda.

—¿No?

—Puede haber todavía unos cuantos tiros.

—Gracias, mayor.

—Mañana o pasado volveremos... por más forraje.

—Cuando usted guste... Hasta la vista, señores.

Ruidosamente, atronando el silencio con las explosiones de su tubo de escape, partió el *Lancia.* Al perderse en la distancia entre remolinos de polvo, la calle volvió a quedar vacía, muy triste en la luz mustia a pesar de su brillantez invernal; amortajada en el sudario del temor; sumergida en el silencio trágico que se tragaba, como una tierra sedienta al agua, las pequeñas briznas de ruido que el aire llevaba de un lado a otro.

—Locos... —murmuró Rossi, entre dientes.

2

CUANDO los sonidos se apagaron por completo y el líquido del silencio anegó la casa, Luis Felipe saltó de la cama. En acto de pueril desafío a su madre (que lo obliga a usarlas siempre, aun estando sano) decidió no calzarse las pantuflas de fieltro lila, y en puntas de pie se dirigió a la puerta del corredor. Lentamente, para que el chirriar de las bisagras no lo delatara, tiró del esférico picaporte de porcelana y la abrió lo necesario para poder espiar, con sólo un ojo, el mundo que comenzaba más allá del umbral. Nadie estaba al alcance de su vista y a su oído llegaba el ríspido siseo, como de lienzo que se rasga, de la carne que doña Albina freía en la sartén. Seguro ya de que no lo importunarían, cerró con el mismo sigilo con que había abierto, y se dio a disfrutar de su propia hora de libertad: sesenta preciosos minutos que empleaba, entre dos y tres de la tarde, mientras sus padres comían, en la apasionante empresa de explorar el despacho de papá —universo pictórico de misterio y encanto, en el que pasaba la cuarentena de la convalecencia.

Pero ese mediodía más le interesaba saber qué estaba ocurriendo en la calle de la casa; en las otras calles de la metrópoli aterrada. Desde por la mañana, luego que los tres oficiales se hubieron ido, papá y mamá comenzaron a comportarse en forma extraña, como si algo amenazase sus personas y sus bienes. Ella en especial no disimulaba su nerviosismo. En sus labios oíanse, con frecuencia, palabras graves: muerte, sangre, crimen, tiros, asesinatos, y otras no menos terribles. Aunque ignoraba su significado, el pavor con que su madre las pronunciaba y el pálido tinte de angustia que alteraba su semblante cada vez que un sonido raro llegaba a sus oídos, avivaba la curiosidad del niño, que ansiaba quedar cuanto antes a solas a fin de averiguar, por sí, qué acontecía más allá de los límites de su dormitorio.

A pequeños saltos, Luis Felipe se acercó al balcón. Con la débil palanca de sus dedos intentó abrirlo. Luego, estirando al máximo su corta estatura, alcanzar el pasador. Pues le quedaba muy alto, optó por acercar una silla. Era ésta muy grande y no logró alzarla en vilo; cuando pretendió moverla a empujones, las patas arrancaron un seco quejido al piso de *parquet.* Trémulo de cólera, dio curso a su impotencia tundiendo a puñetazos el asiento de bejucos. Al término del arrebato, aún turbios de lágrimas los ojos, trató de mirar la calle a través del velo escarlata de papel china. En vano, porque cubría de arriba abajo los cristales, sin dejar ni un resquicio. Se le ocurrió, entonces, una idea: hacerse una mirilla del tamaño de una lenteja. Con las uñas, primero, y más tarde con las tijeras que usara el tío Alfonso la víspera (y que había devuelto a uno de los cajones del escritorio) la puso en práctica. Al cabo de unos minutos contaba con un excelente observatorio, apenas visible, en el ángulo inferior derecho de uno de los vidrios.

Hasta donde Luis Felipe alcanzaba a mirar, la calle estaba desierta. Súbitas ráfagas del loco viento de febrero la batían de un extremo a otro, poniendo en la luz que caía a plomo desde el cielo sin arrugas, la melancólica tristeza del polvo. Era tal la soledad, que la hora más parecía la de un domingo por la mañana, que la de un lunes al principio de la tarde. Ninguno de los comercios de la acera opuesta había abierto sus puertas. Las de las casas, así como también sus balcones y ventanas, veíanse igualmente cerradas, tal que si quienes en ellas vivían hubiesen partido, al mismo tiempo, de viaje.

En los cinco o diez minutos que permaneció con el ojo en la mirilla, sólo vio pasar a una pareja de ancianos, que se brindaban el mutuo apoyo de sus brazos, en dirección a la avenida.

Decepcionado, porque lo que a su curiosidad se ofrecía era bien pobre y falto de interés, disponíase Luis Felipe a retirarse, cuando descubrió que alguien, a más de él, se dedicaba en esos momentos a escudriñar la calle con idéntica atención. Detrás de los cristales de uno de los balcones gemelos de la casa de enfrente, la alta silueta de un hombre —que se mostró fugazmente a los ojos del niño cuando los ancianos cruzaron el arroyo— montaba guardia. Era don Primo de la O, notario profesional, de aventajada estatura, secas carnes, barbita gris en punta y agrio gesto. Gozaba Luna de misterioso y majadero: esto último, quizá, porque evitaba todo trato con los vecinos; inclusive, saludarlos. Un par de veces por semana iba a la tienda de Aldo Rossi. Conversaba nimiedades mientras el italiano surtía su pedido y, siempre envuelto en reserva, cuidábase de hacer más estrecha de lo que a él convenía su amistad con el abarrotero.

Hombre extraño, en verdad, era don Primo. Enemigo de alternar con gente bulliciosa y enredadora, el señor De la O llevaba una existencia matizada de singularidades. Se hacía servir de una mujer flaca y añosa, tan parca de palabras como él; tres veces por semana, muy temprano, veíasele llegar a casa del notario y quedarse en ella el tiempo que le tomaba asear los aposentos particulares del viejo (situados en el piso superior) y los dos amplios despachos que ocupaban el inferior. Eran las suyas, y las de una señorita vejancona que desempeñaba labores de ayudanta de oficina, las únicas faldas que tenían acceso a la mansión de frontispicio de cantera y magníficos herrajes barrocos.

Recibía, sin embargo, a otros visitantes —de noche casi siempre. Jóvenes colegiales, solos o en pareja, que permanecían a lo sumo una hora y que se marchaban, de prisa, como si no desearan ser vistos por allí; o muchachos de astrosa ropa: vendedores de diarios, limpiabotas, mozos de cuerda. Algunos fines de semana: cadetes del Colegio Militar, soldados, botones de hotel. En el barrio se murmuraba de don Primo; pero a don Primo, si es que estaba al tanto de lo que de él se decía, importábale nada que lo consideraran sodomita, *raro* o, como una vez escribiera una mano anónima con un pedazo de tiza en la puerta de su residencia: *joto.*

Quizá a causa de su amistad con tales sujetos, durante un tiempo se creyó que don Primo era poeta. Que su profesión era la de notario público se supo más tarde, cuando mandó colocar una pequeña placa de bronce, junto a su puerta, anunciándose como tal. A partir de entonces, su gallarda figura quijotesca (levita cárdena de irreprochable corte, chistera de siete reflejos, corbata de plasta con fistol de perla; chaleco de fantasía; camisa de inmaculada blancura y peluquín entrecano) se hizo popular en todo el barrio; y si bien infundía respeto, despertaba, indefectiblemente, los comentarios irónicos de los mordaces.

Cachorro que por instinto percibe la señal que lo previene del peligro, Luis Felipe se apartó rápidamente de su mirilla. Erguida la cabeza, dos grandes círculos de asombro verde, los ojos; vueltos los oídos hacia el corredor, escuchó otra vez, discorde en el conjunto armónico del silencio que zumbaba en la caldeada atmósfera de la habitación, la nota de alarma, la orden de huida. Saltó dentro de él, en automático impulso, el resorte de la astucia. Ganó la cama, se cubrió con las sábanas, apretó los párpados y, de rostro a la pared, simuló dormir. Uno o dos segundos después entraron la señora Rossi y Matilde; ésta, con la charola en la que le llevaban los alimentos.

—Luis Felipe... —susurró la madre, aproximando la silla al borde de la cama. Una de sus manos se posó suavemente en la espalda de su hijo.

Dejó éste correr los instantes para que su retorno a la lucidez pareciera más real.

—A comer, Luis Felipe —repitió la señora Rossi, sacudiéndolo.

Torpe, como si nadara aún entre las dos aguas de la modorra, el niño se sentó en la cama y sin abrir los ojos ensayó un bostezo que no resultó espontáneo, verosímil. Con tal vigor había apretado los párpados que al abrirlos veía fulgurar innumerables constelaciones de estrellitas. Vagamente, para que mamá creyera que en verdad apenas estaba de vuelta de las remotas regiones del sueño, miró en torno, y luego a las mujeres, fingiendo no conocerlas.

—¡Aquí está la comida del *rey!* —parloteó la sirvienta; y la señora Rossi, dijo:

—Despierta de una vez... —con una vibración de impaciencia.

Detestaba Luis Felipe la carne de pollo, y era precisamente una generosa ración de pechuga, blanca y de seguro insípida, la que contenía el plato.

—¿No hay *ragoüt?* —preguntó, tímidamente, primero a Matilde y luego a doña María.

Replicó ésta:

—Te hace daño. Irrita el estómago. Comerás pollo, que está muy bueno.

Volvió Luis Felipe a mirar con tristeza la pechuga que su madre comenzaba ya a cortar en pedacitos, e involuntariamente sufrió en el estómago un espasmo de náusea. Con los dientes apretados, chilló en inusitada reacción de rechazo:

—No quiero. No me gusta.

Tan vehemente protesta no conmovió a la señora Rossi, que pinchó con el tenedor una porción de aquel pollo pálido y seco como una viruta de madera, y lo puso ante la boca cerrada del niño.

—Come.

—No. No —silbó la palabra entre los dientes de Luis Felipe.

—Comienza... —insistió ella, con la tranquila calma de quien está a punto de estallar.

—No —ahora Luis Felipe movía la cabeza vigorosamente.

—Come.

—¡Mamá! —protestó él, en un gemido.

La helada furia impaciente que había ya en los ojos de su madre lo hizo enmudecer.

—No me obligues a zumbarte, Luis Felipe. Así que... ¡abre la boca!

Antes de ceder, de someterse al imperio ineludible de mamá, Luis Felipe buscó apoyo, con larga, implorante y ya húmeda mirada, en los ojos de Matilde. Sufriendo al par que él, mas temerosa de provocar la ira de su ama, la *yaqui* apartó sus pupilas de las del niño. Abandonado también por ella, el chico despegó un poco los labios.

—Abre bien la boca —le exigió su madre—. ¡Ábrela bien...!

Cuando el tenedor empujó hasta la base de su lengua el pedazo de carne, Luis Felipe tuvo un arqueo de vómito. ¡Con qué ansia, en ese momento de tortura, deseaba que su padre estuviese allí para librarlo de comer esa bazofia repugnante!

—Masca de una vez... —ordenó doña María—. ¿Qué no oyes?

Hubo de masticar con asco, y sufrir por ello horriblemente, aquel bocado arenoso y seco, que parecía crecer, aumentar de tamaño, ocupar toda su boca, de tal modo que lo ahogaba. Muelas y dientes debían haber perdido filo, capacidad de trituración, pues no lograban remoler, para que pudiera deglutirlo, el inmenso bolo. Cuando al fin consiguió tragar, sintió que mil agudas aristas le desagradaban el esófago.

—¿Dónde está papá? —indagó.

Su madre le dio por respuesta un gesto hosco. La purpúrea luz mate acentuaba la severidad del semblante de la señora Rossi: rasgos rígidos, de neto contorno, como los de esos retratos que se imprimen al sol, en papel de prueba. Ignoraba el niño que su madre jamás sonreía (siempre adusta su expresión, duro siempre su mirar) porque un gran rencor la embargaba de continuo; y porque ese rencor crecía cuando él estaba enfermo.

Después de tragar, casi sin masticarlas, otras cuatro o cinco porciones, Luis Felipe dijo firmemente:

—Ya me llené —apretando, en reto decidido, las mandíbulas.

Doña María no transigió. Era preciso que Luis Felipe, tuviera o no apetito, terminara su ración de pollo, de la que había comido apenas la mitad. El doctor Cobo había prescrito una dieta abundante a base de carne de ave, y no sería ella quien la quebrantara sólo para complacer, en su capricho, al pequeño mequetrefe. Las puntas del tenedor se clavaron en otro pedacito de pechuga.

—Come...

—Ya no... mamacita.

—Luis Felipe —resopló ella—, ¡no me fuerces a pegarte! ¡No me fuerces, mocoso...!

Matilde, que compartía con el niño la angustia del martirio, impotente para interceder en su favor y no queriendo ser testigo de aquel sufrimiento que amenazaba prolongarse, intentó salir de la habitación: pero un grito de su ama —chasquido de látigo de domador de fieras— le ordenó permanecer. Profundamente irritada estaba doña María. Su paciencia, escasa de por sí, había llegado al límite. El estira y afloja en que se empeñaba con Luis Felipe a la hora de las comidas, hacíale sentir que sus esfuerzos por educarlo *como Dios manda,* esto es: dentro de la más estricta docilidad, habían sido vanos.

—¡Come...! —y la palabra, ladrada más que dicha con violencia, rebotó en las paredes y en el techo antes de convertirse en espuma de amenaza.

Comprendiendo lo inútil de su rebeldía, lo estéril de su resistencia pasiva; en ruinas, por temor a ser golpeado, su voluntad de rehusarse; abandonado por Matilde; huérfano del amparo del padre, Luis Felipe se entregó: cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza, abrió la boca. Comenzó a masticar de prisa para terminar cuanto antes.

Poco exasperaba más a la señora Rossi que su hijo la desafiara con desplantes como aquéllos. Que su pequeña edad no alcanzara aún el primer lustro, para nada influía en su ánimo. Si deseaba educarlo tan severamente como lo había sido ella por *Mamacita* no podía permitirse el lujo de ser blanda; o, como se dice en hablar popular: *consentidora.* Pues era su ideal hacer de él un modelo de perfecciones, apenas el chico comenzó a ensayar con balbuceos la comunicación con sus semejantes (mamá, papá, Matilde, Albina, Ausencio, el tío Alfonso) lo sometió a la más rigurosa de las disciplinas: la de la obediencia absoluta. Mientras llegaba el tiempo de que comprendiera por sí lo que era bueno y malo, había que enseñarle el lenguaje elocuente del dolor, y a manotazos y nalgadas lo acostumbró a habituar las funciones de su intestino y de su

vejiga a horarios preestablecidos. Así que aprendió a no orinar o ensuciar los pañales a deshoras, María aquilató las excelencias de ese método, drástico si se quiere, pero eficaz. Más adelante, a medida que los vagidos se convertían en sílabas, éstas en palabras y las palabras en rudimentarias frases, vinieron para Luis Felipe nuevas enseñanzas: avisar si deseaba hacer uso de la bacinica; comer de buen grado, gustáranle o no, las papillas que tan laboriosamente le preparaba; jamás decir: "Ya no", en tanto en el plato o la mamila quedaran restos de alimento; no escarbarse las narices; sin chistar, dormirse apenas mamá lo dispusiera; guardar silencio si ella así lo ordenaba con un gesto; no gatear; no chuparse los pulgares, ni comer cal de las paredes. Luis Felipe se acostumbró a tener por propia la voluntad materna. Su absoluta sumisión de autómata perfecto constituía, para quien le dio vida, la más placentera recompensa.

La señora Rossi —a fuerza de consagrar casi todas las horas del día y muchas de las de su nocturno insomnio a cuidar de él, a pensar en él, a precaverlo de cuanto, en su opinión, constituyera peligro o fuese nocivo para su salud física o mental— amaba a Luis Felipe de un modo obsesivo, enfermizo, cruel si se quiere. Amor el suyo que para los demás resultaba inhumano, incomprensible y negativo. El temor a que muriera a causa de un descuido, o sufriera enfermedad, o se lastimara en sus juegos, llevábala a exagerar las precauciones de que lo rodeaba. Correspondía a ella lavar la ropa del chico, airear su alcoba, hervir las sábanas, esterilizar los biberones, las cucharillas y los platos en que comía o bebía; desinfectar con alcohol y fuego la taza de noche que usaba... y guardar, para cuando fuera grande y tuviera juicio, los juguetes que pudieran herirlo.

Tal devoción esclava, que entre suspiros de autopiedad llamaba: "Mi cruz...", resultábale llevadera, y hasta poco mortificante, en tanto que el comportamiento de Luis Felipe fuera correcto. Al menor gesto de rebeldía —y era rebeldía todo aquello que no se ajustara al canon del orden más severo— la señora Rossi volvíase una furia. Menudeaban entonces los azotes con aquel cinto que tenía siempre a mano, y que dejaban verdugones rojizos en las piernas del chiquillo. Durante esas crisis, la esposa de Aldo gruñía, para que todos la escucharan, palabras iracundas, reproches, quejas y la tomaba contra su marido y sus criados.

Si su enfado era mucho, dejaba de hablarles varios días. Acometíala, con ímpetu rayano en la demencia, un arrollador afán de aseo; sacudía el polvo de los muebles, así estuviesen limpios; los cambiaba de lugar haciendo el mayor ruido posible y lamentando que nadie le brindara ayuda, pero rechazando ésta, airada, si se le ofrecía; y censuraba con altas voces, viniera o no a cuento, a los sucios, desordenados, holgazanes y plebeyos habitantes de la casa.

Muy raras eran, en verdad, las rebeldías de Luis Felipe. Su actitud levantisca cesaba luego de la primera amenaza o del primer azote, por leve que éste fuera. En términos generales complacía a la señora Rossi la conducta del niño, por cuanto le permitía suponer cómo habría de ser la del adulto: reposada, reflexiva, cortés, caballerosa. La preocupaba, sin embargo, que las otras personas que trataban al chico arruinaran, con exceso de mimos y torpes complacencias, su lenta y paciente labor de educación. Decíase que mientras no le perteneciera por completo; esto es, en tanto que no se sintiera inclinado, sin coacciones de ninguna especie, a obedecerla ciega, fanática, íntegra y espontáneamente (prefiriendo aquel espartano estilo de existencia en el que lo adiestraba su madre, a las blanduras nocivas a que los demás lo incitaban con sus perdones) corría peligro de perderlo, y de ver frustrada la tarea fundamental de su mediocre vida sin esperanzas ni alegrías. De ahí que se dedicara, por sistema, a

demeritar a ojos de Luis Felipe las virtudes que pudieran tener su padre, su tío o su nana; y a exagerar, más allá inclusive de lo prudente, sus defectos. De ese modo ansiaba inculcarle ciertas ideas: aversión a la falta de urbanidad de papá, al desorden congénito de Matilde, al desparpajo confianzudo de Alfonso. Censurándolos en su presencia buscaba hacerle comprender que sólo ella, su madre, era perfecta, educada y comedida, y que tales atributos eran los únicos dignos de ser emulados.

No ignoraba que su marido, sus criados y aun su propio hermano, desaprobaban el rigor que ponía para educar al niño. La estimulaba, por otra parte, a no cejar en su empeño, la certeza absoluta de que Luis Felipe le agradecería cuando fuese mayor haberle modelado el carácter de tan estricta manera. A veces, en sus periodos de abatimiento infrecuentes, pero muy profundos, preguntábase si todo aquello (perenne dedicación al chico, renuncia a su propio bienestar, abandono punto menos que absoluto a su persona) valía la pena, y al responderse que no, sumíase en la más tétrica amargura y la asaltaba el temor de que su hijo, algún día, le reprochara como un crimen haberlo privado de las caricias a que tuvo derecho en su infancia.

Su vida, hasta entonces —decíase—, había sido una sucesión de contingencias desagradables; y ella misma: víctima señalada por el Destino para sufrir en exceso dolores físicos y penalidades morales. Como la terrible de haber perdido a *Mamacita,* o la de haber tenido que someterse al repugnante sacrificio del trato carnal con Aldo. Porque entregar su cuerpo a los apetitos del hombre cuyo apellido en mala hora unió al suyo constituía para ella una ofensa, la señora Rossi abominaba de la relación conyugal; y después de las caricias jamás había dejado de sentirse sucia, corrompida.

A *Mamacita* tenía algo que reprocharle: no haberle advertido jamás que el amor es bárbaro y que sólo se llega al placer por el sufrimiento. ¿Por qué no la aleccionó sobre lo que era el matrimonio? ¿Por qué la dejó en el trance de tener que descubrirlo por sí misma, la noche de bodas, la brutalidad de la pasión? Fue tan violento el trauma que afectó su mente, tan salvaje la resistencia que opuso a participar en el deleite erótico, que enfermó por largo tiempo, más del espíritu que del cuerpo. Como no había logrado trasponer la barrera de las sensaciones (por falta de coraje, quizá; por repugnancia a prácticas que consideraba vejatorias, o por miedo, simple y llano) María Rossi se quedó en el purgatorio de la frigidez. Cuando nació Luis Felipe —y puesto que del juego amoroso no obtenía ninguna recompensa satisfactoria— se consideró cabalmente justificada como mujer y como esposa. El niño serviríale de escudo protector para mantener a raya el inextinguible deseo sensual de Rossi.

Madre ya de un hijo, que sería el primero y el único, sabíase con derecho a rechazar un trato sexual que, a más de aterrarla, siempre la defraudaba. Enfermó de flebitis y aquel doloroso impedimento la ayudó a excluir definitivamente de su vida el sexo. En su lecho no hubo sitio más que para su cuerpo solitario. Aldo desistió pronto de atacar, sin éxito, la muralla inexpugnable de su castidad. Convencido de que su ardor jamás conseguiría derretir el cerco de hielo dentro del cual se encastillaba su esposa, aceptó mudarse de alcoba; admitir los términos del acuerdo, y comenzó a buscar fuera de casa lo que en la suya le negaban.

Alguna vez, disputando, él le había dicho: "Tú no quieres ni a tu hijo..." ¿Qué sabía Aldo de la pureza y la hondura de sus sentimientos maternales? Amaba a Luis Felipe por el dolor que había sufrido al concebirle; por la angustia que padeció al servirle de morada los siete largos y agónicos meses del embarazo; por la abyección de haber desnudado su carne ante un hombre; por la brutal ofensa que ese hombre le infirió al expresarle, con la elocuencia de sus miradas lujuriosas y con la crudeza de sus

palabras, que su cuerpo era ideal para el placer. Lo amaba, también, por la vergüenza que fue para ella mostrar a los ojos de los demás su vientre que crecía: símbolo monstruoso del vil pecado. Lo amaba porque Luis Felipe era el recuerdo vivo de los momentos más tristes de su vida. Era su dolor, y cuidaba de él como de una planta enfermiza, expuesta siempre al daño de las plagas, a la herida de los gusanos. Para Aldo, Luis Felipe podría representar el placer hecho materia por el mágico desarrollo de una célula; para ella, Luis Felipe era la peor de las humillaciones convertida en amadísima criatura; por eso, a más de encolerizarla, parecíale ingratitud que el ser que de su sangre se había nutrido, quisiera más al padre —del que sólo había sido un grosero espasmo.

Desnudo estaba ya Luis Felipe. Nuevas ámpulas acuosas habían aparecido en su piel. Lejos de disminuir, los brotes de varicela aumentaban, lo cual entristecía a su madre.

—Ahora, vamos a curar al angelito... —dijo, usando el diminutivo sin ternura.

El niño se comportaba con reserva, como si estuviese lleno de rencores; su actitud, sin embargo, no era hostil; sólo distante y fría. Hubo un momento, como ocurría con frecuencia, que los ojos de la madre se encontraron con los del chico, y se conmovió al descubrir cuánta avidez de afecto, de amor, había en ellos. Aunque gustaba poco de ser cariñosa —"para que no me falte al respeto"— lo acunó en su pecho y juntó su mejilla a la de Luis Felipe. Lo retuvo así largo tiempo. Pero Luis Felipe no respondió a la caricia. Permaneció quieto, diríase que desmadejado, en brazos de mamá; ¿acaso porque creía que se le premiaba por haberse sometido? Lo apartó, brusca; y un soplo de ira apagó de golpe, produciéndole un nuevo dolor, la llamita de su espontánea ternura. Volvía a ser su enemigo.

Lentamente, María Rossi procedió a tocar una a una, con el hisopillo impregnado en yodo, las ampollas que reventaban a centenares en la espalda, el pecho, el vientre, las piernas y la cara del enfermo. Una, más grande que las otras, y que no estaba allí la víspera, aparecía en su pene. Fue la única que no afligió a la madre. Al cauterizarla con la quemante tintura (y ver rodar violentas lágrimas por las mejillas de Luis Felipe) pensó que con ese dolor purificaba, por medio del castigo, la parte de su cuerpo de varón que ha sido creada para causar daño.

Al yodo siguió el polvo de haba, para secar las ámpulas y acelerar la cicatrización. En un cuarto de hora, la piel de Luis Felipe quedó cubierta con el medicamento prescrito por el doctor Cobo. Salió Matilde y regresó poco después con una limpia batita de franela.

—Y pobre de ti si te rascas... —lo amenazó la madre.

Matilde preguntó:

—¿Le ponemos los guantes?

—Sí.

Personalmente, la señora Rossi ayudó al niño a cubrir sus manos con los gruesos guantes de estambre que le había tejido, y que le impedirían, mientras durmiera, arrancarse las costras de las ámpulas.

—Si te los quitas, me enojo contigo. ¿Entiendes?

Asintió el niño, dócilmente. Sonaron las cinco de la tarde. Lo más de prisa que pudo, la señora Rossi terminó de arreglar la cama y poner en orden lo que había sobre el buró: medicinas, un termómetro, un vaso con agua cubierto con una servilletita de lino; un catecismo.

—A dormir, Luis Felipe —dispuso.

Matilde se apresuró a correr las cortinas de brocado y el despacho alcoba quedó prácticamente a oscuras.

—Despídete de mamá —rogó la *yaqui.*

—Adiós, mamá —repitió la vocecita del niño.

—¡Y no vayas a mojar la cama otra vez! —fue la última advertencia de María a su hijo.

Con mucho sigilo, como si Luis Felipe durmiera ya, las dos mujeres salieron de la habitación. En el corredor, la señora Rossi dijo a la criada:

—Ve a poner la mesa...

—Ahorita, señora...

María fue a su recámara. Estuvo frente al espejo, arreglándose el pelo, unos cinco minutos. Después se dirigió a la cocina, a preparar las galletas y los pastelillos para el té, que a las siete de la noche —como todos los lunes— vendrían a tomar con ella el Padre Paz y sus viejas amigas del Liceo.

Obediente al mandato de su madre, Luis Felipe cerró los ojos, se tapó la cabeza con las sábanas, e intentó dormir. No pudo hacerlo porque no tenía sueño. Estuvo dando vueltas y más vueltas en la cama hasta que no pudo soportar el aburrimiento. ¿Dónde estaba papá, que no venía acompañarlo? ¿En el almacén o sesteando en la pieza contigua?

—¿Papá? —lo llamó—, ¿papacito...?

Lo enojó, y mucho, que no le respondiera. Ensayó llamar a Matilde:

—¿Mati...? ¡Matilde...!

Que la criada no acudiera tampoco a su reclamo, terminó de enfurecerlo. En un arrebato se quitó los guantes y los arrojó al piso. ¿Qué hacer para expulsar la cólera que le retumbaba dentro del pecho? ¿De qué modo ejercer venganza contra su madre por haberlo enviado a dormir a hora tan temprana? Una idea relampagueó en su cerebro; y antes de ponerla en práctica volvió a decir:

—¡Matilde...! —casi en un grito; ya no tanto para llamarla, sino para asegurarse de que la sirvienta no andaba cerca.

Seguro de que no acudiría Matilde, el niño hurgó en sus genitales, buscando la gran ampolla, gorda como una chinche, que su madre habíale advertido no rascar. Arrancársela, así le doliera mucho, sería una venganza magnífica. Si mamá le había dicho: "No la toques, porque puede quedarte una cicatriz muy fea", ¿qué mejor forma de contrariarla que hacer precisamente lo que le prohibía? Cerró los ojos, clavó la uña en la enorme ámpula, y la desprendió.

3

PARA la señora Rossi, la del lunes era la única noche feliz de la semana. La compañía gratísima de sus amigas más queridas del Liceo Francés, la aliviaba del tedio de su soledad, y le permitía, gracias al prodigio de la evocación, disfrutar otra vez plenamente de aquellos días maravillosos del pasado; días ya remotos en el tiempo, pero vivos, próximos aún, en la memoria de quienes, como ella y las cuatro maduras mujeres con las que conversaba de 7 a 9, obstinábanse en no creer que todo, sus propias vidas, habían cambiado a consecuencia de la hecatombe. Sentadas en torno a la mesa del comedor, atendiéndose unas a otras con la solicitud amable de las antiguas épocas, bebían a pequeños sorbos el aromático té de la India en tacitas de porcelana de Pekín, y mientras charlaban, y reían, y suspiraban con los ojos turbios de nostalgia, devoraban

entre gritos de placer las mermeladas, las galletas de azahar, las pastas de lima, nuez y almendra, y las demás golosinas que la dueña de la casa había horneado. Siempre al comenzar la tertulia, como si ello fuera parte del rito, María lamentaba que ésta ocurriera allí, en sitio tan vulgar, y no en el salón de *Mamacita,* que tuvo fama de ser uno de los más esplendorosos de la corte porfirista. Invariablemente también, alguna de las presentes (Lucerito, viuda del coronel Pacheco, que murió en combate contra los maderistas; o Artemisa, viuda a su vez del coronel Sáenz, que falleció a resultas de formidable congestión alcohólica en 1911; o Paquita, solterona anclada desde siempre a un oscuro empleo en el Ministerio de Relaciones; o Rosario Carvajal, cuyo marido desempeñaba un cargo de tercera en Aduanas) le pedía, con sonrisas y palmaditas, que no se apenara:

—Pues lo importante, María, es que Dios nos ha dado vida y salud para seguir viéndonos y, como hoy, gozando de estas delicias que saben hacer tus manos de hada...

Luego del obligado prólogo de excusas y consuelos, la charla se desgranaba torrencial. Forzadas a trabajar o a permanecer en casa, ninguna se veía durante la semana, y el lunes, el reunirse en la de su queridísima María, abundaban todas en novedades que intercambiar, relativas a personas que conocían, bien por sí o de oídas, y a las que la Revolución primero y la paz revolucionaria después, habían dispersado como perlas de un collar. Las que habían podido salvar su fortuna, y no fueron pocas, radicaban en Europa o en Norteamérica; las más, orgullosas y desadaptadas en un mundo hostil (ellas por ejemplo), en la ciudad o en provincias. Las cuatro sobrellevaban precarias existencias. En ocasiones, ayudándolas económicamente, la señora Rossi las libraba de la pena de perder, en el montepío, alguna otra de las pocas joyas que aún conservaban; y pues tenía la virtud de ser elegante en sus caridades, la adoraban.

Hacia el fin de la ceremonia del té, la anfitriona reiteraba la invitación para el siguiente lunes y, con suma delicadeza, para no apenarlas, ponía muy discretamente en manos de cada una algún obsequio.

—No sabemos, María, de qué modo corresponder a tus gentilezas... —protestaban, felices de que la más afortunada de ellas, la amiga rica que de nada carecía, las auxiliara con generosas sumas en efectivo, o con algún corte de tela, o con víveres de la tienda, a remediar en parte sus perpetuas tribulaciones.

En esas plácidas reuniones jamás se aludía al señor Rossi ni, menos aún, a los problemas matrimoniales ¡tan grandes! que agobiaban a la dueña; y de los cuales todas estaban al tanto, pese a los muchos esfuerzos de su amiga por aparentar felicidad. Si el propósito de aquellas citas de recuerdos era evocar la dulce vida de los años gratos, ¿a qué nombrar el presente, ese presente sombrío y miserable, al que habrían de enfrentarse con tristeza apenas se extinguiera la vibración de la novena campanada del reloj?

Patéticos, y ridículos, juzgaba Alfonso los empeños de su hermana por escapar, siquiera ciento veinte minutos cada noche de lunes, a la ruda realidad de los tiempos que corrían. Patético, su afán de reinar, como *Mamacita* en el suyo, en un salón cortesano. Lo mejor de dos generaciones de aristócratas de la *belle époque* mexicana habían animado las tertulias de la Viuda Alard. ¿Quiénes, las de la esposa del tendero? Cuatro mujerucas sin agudeza, aptas sólo para el chismorreo, el terco suspirar por el esplendor perdido, la acerba crítica a lo actual y la triste lamentación, ¡ay!, por su progresiva e inexorable decadencia. Ridícula, la parafernalia de que solía rodear sus

asambleas, lo obsequioso y cómico de su comportamiento, lo falso de la atmósfera que insistía en crear...

Solía decirle:

—Sufres, María, por tu total incapacidad de adaptarte a los tiempos nuevos. Buscas en el pasado razones para vivir en el presente; fuerzas que oponer a la evolución. Ha habido una guerra, y todo, empezando por nosotros, se ha transformado. Tú y tus amigas, lo confieso, me apenan, porque insisten en creer que son las que eran, digamos, hace cinco años; porque, ciegas de la peor ceguera, se obstinan en desear que reviva lo que está muerto. ¿Qué esperanzas alientan, qué milagro esperan que ocurra? ¿El retorno de los ausentes...? ¡Oh, María, pon los pies en la tierra...!

Harta estaba de vivir con los pies en la tierra, en diario choque con la grosera realidad. Así le pareciese absurdo su empeño a Alfonso, ¿por qué habría de renunciar a sus dos únicas horas felices de la semana? A quien nada espera del futuro, ¿es justo reprocharle que busque en el pasado estímulos para vivir en el presente? Inútil discutir tales cuestiones con él. Charlar mil veces de lo ya charlado; dar vida otra vez a los días antiguos; retroceder con la mente a la época en que ella y las cuatro mujeres sin ingenio a las que su hermano hería con insidiosa sorna, brillaban a la luz de sus fortunas o a la del añejo prestigio de sus linajes —todo ello, que a juicio de Alfonso Alard era patético y ridículo, servíale a la señora Rossi para saber que no estaba definitivamente muerta. Tan escasas satisfacciones le deparaba la vida, que privarse de este último placer mínimo equivaldría a empantanarse en la demencia. ¿Qué de malo hay en querer alcanzar el cielo en una pompa de jabón?

Confesor de las cinco desde los años del Liceo, era el Padre Paz el único varón cuya compañía aceptaban. Amable testigo silencioso, en necesidad él también de las discretas dádivas de la señora Rossi, el sacerdote asistía puntual al té de los lunes. La tacita entre los dedos de cera (el meñique en breve curva de elegancia); siempre activa la mandíbula en el continuo masticar de golosinas, don Gregorio conocía perfectamente el lenguaje, a veces críptico, que hablaban: las claves de sus charlas, el nombre, así no lo citaran, de las personas a las que se referían; los hechos que mencionaban: la completa y abundante geografía humana del universo que añoraban. Como esas mujeres que se nutrían de recuerdo, el cura suspiraba por el pasado; sólo que, muy viejo ya, se aferraba a él con menos desesperación.

—Son ya las siete y cinco... —dijo María—, y todas, siguiendo el vuelo de su mirada, se volvieron hacia el reloj.

—Y el Padre, siempre tan puntual, no ha llegado... —suspiró Lucerito, un poco irritada, porque la demora del confesor retrasaba el inicio del ataque a las fuentes de golosinas.

—Como el té se enfría... —sugirió la señora Rossi, con beneplácito de todas— ¡empecemos...!

—Sí. Sí. Será lo mejor...

—Él sabrá disculparnos.

—¿Estará enfermo?

Esa noche no iniciaron su convivio ni con la excusa de María, ni con una frase, dejada caer al azar, que desenredara el ovillo del diálogo. Mientras bebían el té (gustado por unas al natural: negro, fuerte y sin azúcar; por otras con zumo de limón, y por algunas con leche) las cinco pasaban alternativamente por el fino cedazo de los comentarios los trágicos sucesos de la mañana dominical. Trémulos: ¡Oh!, ¡Ah!, ¡Uy!,

brotaron de sus labios húmedos cuando la anfitriona les refirió en qué gravísimo peligro se había visto al desencadenarse la violenta turbonada de disparos en el Zócalo**.**

—Lo que habrás sufrido, ¡tú, tan nerviosa!

—Virgen Santísima, ¡a qué riesgos te expusiste!

Con vivaces palabras de emoción, insegura a ratos la voz, interpolando con frecuencia relatos que poco o nada se relacionaban con el tema principal; muy pálido en ocasiones el rostro y siempre temblorosas las manos, María narró en detalle las escenas que sus ojos habían visto: horrible matanza de hombres y bestias: desbordada sangre tiñendo de púrpura la dureza gris del pavimento de la gran plaza: aire denso de ayes, blasfemias y del luciferino olor a azufre. Bárbaro estrépito de armas disparadas con furia.

—Y yo, a mitad de todo eso, con las balas zumbándome en los oídos. No me mataron porque Dios es grande.

Se interrumpió cuando se disponía, ya arrebatada por su propia pasión narrativa, a describir lo que anunció como lo más espeluznante de la aventura. En forma casi simultánea llamaron a la puerta de la calle y Matilde, pese a tenerlo prohibido si la señora conversaba con amigas, irrumpió en el comedor, llevando una canasta al brazo.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó ácidamente doña María.

—Dinero para ir a comprar el pan, señora.

Como si la intromisión las irritara tanto como a su amiga, las cuatro escrutaron sin afecto a Matilde; por medio del simple recurso de alzar los suyos al techo, la *yaqui* se libró de la crítica, desaprobatoria, que había implícita en cada par de ojos y en las bocas fruncidas de esas mujeres, tan orgullosas, a las que estimaba nada y a las que se permitía criticar, en confidencia con la cocinera, motejándolas de muertas de hambre, pedigüeñas y *gorronas.* De la bolsita de cuero negro que llevaba al cinto junto con el haz de llaves, sacó María unas monedas y las entregó, sin hablarle, a la muchacha.

En ese instante, la luz eléctrica se apagó. Hubo una colectiva exclamación de asombro y todas, la criada inclusive, miraron el foco. Ordenó la dueña de la casa:

—Si se ha fundido un *tapón,* dile a Ausencio que lo cambie inmediatamente. Y tú, trae velas. —Dirigiéndose a sus amigas, cuyas vagas siluetas apenas podía distinguir en la penumbra, suspiró—. ¡Qué contrariedad! Irse la luz...

—Oh, no te apures. Ya volverá.

Escucharon entonces, en el patio, una tos vieja que las cinco conocían. Con casi media hora de retardo llegaba, al fin, el Padre Paz. Rápidamente, acostumbradas ya sus pupilas a la oscuridad, la señora Rossi salió al corredor y desde allí:

—Ausencio: ayuda al Padre a subir —ordenó, y luego con amistoso acento, a la sombra anciana—. Perdónenos, Padre, por recibirle a oscuras.

Las otras acudieron también hasta la desembocadura de la escalera a dar la bienvenida al sacerdote. La noche, podían verla, era clara; de un azul suave y sedoso. Lejanos perros ladraban en las azoteas invisibles. Un rodar metálico, quizá la carreta de la basura tirada por mulas, subió desde la calle. En las dependencias posteriores de la casa, Matilde y doña Albina no acertaban a encontrar las velas, o quizá los candelabros. La señora Rossi creyó de su deber censurarlas a media voz:

—Mujeres tan inútiles...

Una a una, las cuatro opinaron:

—El servicio está peor cada día.

—Las *gatas* se creen ya más que las patronas.

—¡Qué distintas a como eran antes!

—Les dieron alas, y mírenlas...

—Sí —estuvo de acuerdo María—. La cocinera, que ya servía aquí antes de llegar yo, es insoportable. Peleo con ella a todas horas.

Resonaban en su lento y fatigado subir por la escalera las pisadas del Padre Paz y las del mozo. La viuda del coronel Pacheco, comentó:

—Ni Matilde, ¡y que fue educada por ti!, se porta con el debido respeto. ¡La forma en que entró al comedor... sin pedir siquiera permiso!

—Ni ella —aceptó María.

—¿No le ha entrado la ventolera de largarse?

—¿Matilde, dices, largarse?

—Qué preguntas tontas haces, Lucero... —censuró en la penumbra la voz de Artemisa, para luego recordarle—. ¿Olvidas que Matilde es propiedad de María?

Aunque no lo dijera nunca, María consideraba de su propiedad a Matilde; y ésta, por su parte, teníase por bien personal de su ama. Razones no le faltaban: haber vivido siempre al amparo de la *Niña María* (Niña la llamó hasta que contrajo matrimonio con el señor Aldo) dábale derecho a saberse, sin que ello la ofendiera, su esclava, su sierva. Desde antes de que tuviera edad para recordarlo, Matilde y su madre habían estado con la familia. *Mamacita* pagó, al principio de la última década del siglo anterior, 50 pesos oro por la india *yaqui,* encinta, que habría de morir al nacer su hija. Esta hija recibió por nombre cristiano el de Matilde y por apellido, pues carecía de uno, el de Cruz.

—Y contigo, María —apuntó Paquita— se quedará hasta que se muera.

—Si es que no la vendes antes —dijo Rosario Carvajal.

—¿Venderla? No. Creo que no lo haré, aunque a veces me irrita de tal modo, que la regalaría...

—Ahora es muy difícil conseguir servicio.

—No como antes... —volvió a suspirar Artemisa.

En los plácidos tiempos de la Dictadura, prácticamente no existía casa rica de la capital de la República en la que no hubiera criados *yaquis.* Adquiridas a los "cazadores de indios" (testaferros de algunos poderosos jefes políticos) las hembras jóvenes servían de ayas, camareras o galopinas, y cuando podían hacerlo, de nodrizas de los hijos del amo; los varones sometidos al inicuo vasallaje desde la niñez o la adolescencia, desempeñaban tareas de caballerangos, mozos, jardineros, cocheros o lacayos. Los patrones propiciaban enlaces entre sus sirvientes —enlaces en toda forma, frente al sacerdote; no meros concubinatos, contrarios a la moral y a las buenas costumbres— a fin de que las *crías* continuaran perteneciéndoles como *almas.* Era usual, cuando los señores deseaban renovar a sus domésticos, que los pusieran en venta a bajo precio; que los trocaran por otros de menos edad, o por un buen par de retintos pura sangre, o, simplemente, los regalaran a amigos.

Genéricamente, a tales criados, hombres, mujeres, niños, se les llamaba: *los yaquis* —*unos yaquis,* ya urbanos y mansos, en todo distintos a los irreductibles guerreros, enemigos del gobierno y de toda forma de esclavitud, que campeaban, jinetes a pelo en recios y veloces potros, en las llanuras de Sonora, en el noroeste.

Cinco pares de manos —diez tentáculos ciegos— recibieron en la penumbra al Padre Paz. La sombra silenciosa de Ausencio se desvaneció en la oscuridad para ir a cumplir la orden de su ama:

—Y no tardes arreglando la luz...

Carraspeó el Padre Paz, y saludó ceremoniosamente:

—Buenas noches les dé Dios, *mademoiselles* —con la frase que invariablemente utilizaba en el Liceo al concluir la clase de religión, o al término de cada día de *encierro* cuaresmal.

A coro, como entonces —y como cada lunes— las cinco respondieron:

—*Bon soir, cher Pere...*

Cariñosamente, solícitas, llevándolo casi en vilo, las mujeres guiaron a Paz hasta el comedor y lo hicieron sentarse en la silla para él siempre reservada: entre Paquita y la señora Carvajal, a la cabecera de la mesa. Se disculpó María otra vez por recibirlo así, en plena tiniebla: un repentino desperfecto, quizá un plomo que se fundió; una interrupción en la corriente...

—No crean que sólo aquí falta luz —informó el Padre Paz—. Muchos barrios están a oscuras, y el alumbrado público tampoco funciona en esta parte del centro...

—Oh...

Precedida por los vivos resplandores de la llama de una lámpara de petróleo —pues no había hallado las velas que le ordenaron buscar— Matilde entró en el comedor; dejó la luz en el centro de la mesa; pidió permiso, apoyando una rodilla en el piso, para besar la mano del sacerdote, y luego de que lo hubo hecho y recibido una palmadita en la cabeza, se marchó. María avivó el destello y al duro golpe de claridad se reveló en todos sus enérgicos contrastes la orografía viva del rostro de don Gregorio.

—¿Qué está pasando, Padre? —interrogó ansiosamente, así que le servía el té.

—¿Qué no lo sabes? ¿No te lo dije?

—¿Qué está pasando... de verdad?

—Parece que es la guerra otra vez, hijas... La situación se agrava hora a hora.

Bebió un sorbito y mordisqueó una pasta de nuez. En voz baja, un murmullo casi, como si hablara a través de la rejilla del confesionario, comenzó a relatar prolijamente las noticias frescas de que era poseedor. Hacía pausas, para aclarar su garganta, o para refrescarla con la infusión a la que tan afecto era.

...después de la gran conmoción de la mañana anterior, la ciudad se hallaba en calma: ominosa calma aquella, henchida de funestos presagios. Una especie de parálisis, que abatía las voluntades, habíase adueñado de los hombres del poder. Los militares correteaban de un lado para otro: de Palacio al Ministerio de la Guerra. De éste al Castillo de Chapultepec; de aquí, a las oficinas de la Comandancia General de la Plaza. Los políticos civiles, ovejas atemorizadas que recelaban de los uniformes, celebraban consejos, conspiraban contra quienes creían conspiradores, enredaban la madeja, tomaban providencias para mantener expedita la ruta de la huida. Todos eran víctimas del terror —y en opinión del Padre Paz, lo que hacía más profundo ese terror era que nadie sabía, exactamente, paradójicamente, a qué temer; a quién temer.

—¿A los hombres de La Ciudadela? —se interrogó, para responderse inmediatamente—. Ésos no asustan al gobierno. No lo asustan al grado de volverlo loco. Elemental matemática de número y fuerza. Me preguntarán ustedes, si no es a los quinientos que tiene prácticamente prisioneros, encerrados en La Ciudadela, ¿a quién le teme el régimen?

De ese temor paralizante que agobiaba al gobierno, el único responsable, de acuerdo a Paz, era el pueblo. Instigadas por el encono de su propia desilusión, famélicas chusmas se habían desbordado esa tarde por las calles pletóricas de angustia para dedicarse al pillaje; o, tea en mano, a tratar de pegar fuego al edificio de *Nueva Era,* el periódico de los Maderistas; a gritar mueras al Presidente y vivas ("Sí, *madmoiselles,* como lo oyen"), vivas al Dictador, exigiendo su inmediato retorno del

exilio; a lapidar las mansiones de los políticos; a entrar a saco en las tiendas y depósitos de comestibles, en los arrabales...

—Porque deben saber, además —insistió con índice enfático—, que difícilmente se encuentra ya algo que comprar en almacenes, tendajones, molinos o panaderías. El pueblo tiene hambre desde ayer y busca comida donde cree que la hay. Esto, me temo, es sólo el principio de cosas peores que vendrán después.

Se estremecieron las mujeres por el lúgubre vaticinio. Cada una hizo rápido balance mental de las provisiones que tenía en casa. Pues eran pocas, los días difíciles que anunciaba el Padre Paz serían lo doblemente para, lo menos, cuatro de ellas. Sentían ya batir sobre sus respectivos mundos particulares las alas del hambre. ¿Cómo subsistir con holgura sin pan, leche, café, arroz, carne, manteca, o masa de maíz para las tortillas de los criados? Tras haberlas puesto en zozobra, el sacerdote dijo:

—Grave como es la situación actual, creo yo, no durará mucho. No puede durar mucho. Hay indicios para suponer que mañana caerá el gobierno. De ser así —sonrió con algo de mefistofélico en el brillo de sus ojitos de buitre—, todo cambiará... para bien.

Mucho le gustaba discursear, porque así tenía ocasión de gozar del deleite de escucharse. Luego que le fue servida la segunda taza de té, inició el prolijo análisis del fenómeno social que había encumbrado a Madero, y del que eran consecuencia las dificultades de la hora presente. (Las mujeres mantenían, oyéndolo, la boca abierta, como si quisieran así captar el sentido de unas palabras que para ellas resultaban por completo misteriosas; más que misteriosas, totalmente incomprensibles.) Comenzó Paz su arenga diciendo que Madero pudo aniquilar el orden porfirista, destruir al Héroe y a su casta de señores feudales, detentar el Poder Público y fundar un régimen de Caos, gracias a la fuerza moral y militar que el pueblo aportó a su revolución. La gleba ensoberbecida y ávida de homicidio y venganza, arrasó las Instituciones, las convirtió en ruinas y ceniza, y se puso a esperar a que sus caudillos erigieran, a partir del escombro, la estructura del nuevo gobierno. En este punto, el viejo ensayó otra de sus fáusticas sonrisas:

—Esperó el pueblo, pero en vano, y al ver que Madero no le cumplía las promesas hechas en El Principio, se sintió defraudado. Al mexicano, que aún cree en magias y zarandajas de esa especie, hay que cumplirle lo que se le ofrece —apuró los restos del té; con la mano indicó que no deseaba más; limpió sus labios, delicadamente, con la servilleta de lino; agregó —Aparte de por otras muchas cosas, don Porfirio se mantuvo treinta años en el poder porque jamás ofreció lo que no pensaba o no podría cumplir. Don Panchito, en cambio, se llenó la boca de huera palabrería... Oro y moro, o sea: tierra y libertad ofreció a todos; sufragio efectivo y no reelección, también. ¿Cómo ofrecer lo que no se tiene, o lo que teniéndose no puede repartirse como bien del Cielo? Él tiempo que lleva en la Presidencia lo ha gastado en engañar a todos, en dudar, en escurrir el bulto para no definirse. La chusma, que goza de buen olfato y a la que sólo una mano férrea como la del general pudo tener apaciguada, se ha dado ya cuenta del fraude y está que quema. Madero languidece en la abulia de la indecisión; se ha vuelto sordo y ciego; ha perdido, como si dijéramos, sensibilidad... primera virtud del gobernante. Enemistado con lodos, a fuerza de querer conciliar lo irreconciliable, está ahora solo, ¡absolutamente solo! Los de la clase social de la que surgió, lo detestan; sus compañeros de 1910 se sienten traicionados; lo que me permite suponer, *mademoiselles,* que estamos asistiendo al desplome de un ídolo del Pueblo que, curiosamente, nunca perteneció a él.

Continuó hablando, siempre sin prisa, por otro largo tiempo. Hacía mofa del espiritismo del Presidente ("¿Cómo tomar en serio a un hombrecito que usa barbita y a quien gobiernan su hermano, 'Ojo Parado', y las fuerzas de ultratumba?"); del estúpido humanismo que lo impulsaba a perdonar a los que contra él conspiraban ("aunque mal me esté decirlo, ese género de piedad no tiene cabida en política, por cuanto que a cambio de la vida de unos pocos pone en grave riesgo la de muchos. ¿Qué esperar, en una palabra, de un cretino que prefiere seguir los dictados de las tablas *ouija* y no los consejos de personas de talento y buena fe?"); de su falta de arrestos para imponer el orden, el orden al estilo del que estaban acostumbrados.

—El Presidente manda y no lo obedecen porque no sabe hacerse respetar. El poder le queda grande como una levita que no le fue cortada a su medida. Me da grima pensar en lo que le espera...

Agotado el político, la plática se encauzó por el tema de la intriga parroquial: preocupación en la Mitra, porque las limosnas escaseaban en todos los templos: síntoma inequívoco de la miseria popular; recrudecimiento de la sorda pugna entre los dignatarios de Jalisco y los voraces jesuítas; aprietos de índole financiera en algunos conventos y la necesidad, ya contemplada por los Jerarcas, de iniciar una colecta entre los católicos ricos para ponerlos a flote.

Poco antes de las nueve, el viejo religioso anunció que se iba. María protestó:

—Eso no, Padre. No permitiremos, ¿verdad, muchachas? que se vaya.

A un tiempo dijeron las cuatro:

—No...

Y María agregó:

Llegó usted media hora tarde. Es justo, pues, que se quede hasta las nueve y media siquiera...

—Lo haría si pudiera... pero no puedo. Sucede que... —e inició un breve relato que las dejó boquiabiertas—: Entre los que siguieron ayer a don Bernardo Reyes en su ataque a Palacio figuraban no pocos alumnos de la Escuela de Aspirantes. Al fracasar el asalto, los muchachos cadetes buscaron refugio en Catedral. Allí siguen, en espera de que alguien los ayude a escapar...

—Pobrecitos... —gimió, compadecida, Artemisa.

—Pobrecitos, sí —dijo Paz—. Si los descubren morirán irremisiblemente a cuchillo. El Partido Católico y algunos sacerdotes nos hemos puesto de acuerdo para sacarlos no sólo de la Catedral sino también del Zócalo que está ocupado por las tropas del gobierno... Los chicos, verdaderos valientes, desean que los llevemos a La Ciudadela a reunirse con sus camaradas...

Quiso saber Paquita:

—¿Cómo van a ayudarlos a escapar habiendo tantos soldados?

Don Gregorio Paz soltó una risita:

—Como en los folletines, hija mía. Saldrán de Catedral vestidos con sotanas...

Pues el Padre se marchaba, las cuatro mujeres, que no deseaban aventurarse solas por las calles tenebrosas, se despidieron también. En tanto descendían por la escalera y cruzaban el patio, alumbrado por la muy intensa luz de la luna, el anciano recomendó a todas permanecer en sus casas y no salir de ellas al día siguiente:

—Temprano, se dice por ahí, van a empezar los balazos.

Las mujeres y el religioso se demoraron unos minutos en espera de que Ausencio terminara de empacar, en cajitas de cartón de regular tamaño, los víveres que la señora Rossi les obsequiaba "para irla pasando..." Cuando los cinco hubieron recibido las

provisiones, se reiteraron las despedidas de *abrazo y beso,* y los buenos deseos de felicidad para el resto de la semana.

Un poco encorvado, ágil aún para su edad, el Padre se encaminó a la avenida; también de prisa, en fila de temores, en sentido opuesto, las cuatro amigas. Unos cinco minutos, o quizá menos, permaneció María en la acera, más preocupada por la tardanza de Matilde que por la de Aldo, que se había ido antes de que las condiscípulas llegaran a tomar el té. Súbitamente sintió que alguien estaba mirándola. Alzó los ojos hacia los balcones de la casa del notario. Una silueta, la de Don Primo, se desvaneció en la oscuridad de la que formaba parte.

4

LUIS FELIPE despertó en llanto. Llamó primero a su padre; luego, a su madre; por último, a Matilde; y, como nadie acudiera, se sintió muy solo y lleno de temor. No tenía noción de la hora. ¿Puede tenerla un niño que despierta en las tinieblas, con las mejillas húmedas de unas lágrimas que no recuerda siquiera haber llorado? En el vacío se agigantaban los ruidos (un bronco aletear de canarios y zenzontles en sus jaulas cubiertas; el persistente, monótono goteo del grifo en el patio; el crujir de las vigas ocultas por el cielo raso) pero su breve palabra, su tierna demanda de compañía:

—Papá... Mamá... Mati... —parecía carecer de fuerza para hacerse oír.

En espera de que alguno de ellos atendiera su reclamo, debió dormirse nuevamente, y cuando el cubo del zaguán, actuando como un amplificador, lanzó a todos los rincones de la casa el golpe de la puerta (lo que implicaba que papá, o quizá la criada, había vuelto) Luis Felipe se encontró otra vez sentado en la cama, como un pequeño Buda.

Era el amo quien retornaba y con él la vida sonora interrumpida por su ausencia. Quedas voces —la de mamá dando órdenes, la de doña Albina repitiéndolas para comprenderlas mejor— se filtraban hasta la habitación del niño. La cena del señor era puesta a calentar en la hornilla; en la estufa de alcohol, la cafetera para la *demi—tasse.* De la nevera era retirado el vaso de leche.

—¡Papacho...! —imploró.

Los ecos de las pisadas de Aldo Rossi siguieron de largo; doblaron el ángulo poniente de la galería y entraron en el comedor. De pie sobre la cama, Luis Felipe buscó a tientas, en el viejo papel tapiz del muro, el botón de la luz. Al accionarlo, *¡click!* no brotó la claridad eléctrica. Dos, tres veces sus dedos insistieron en hacerlo funcionar, sin éxito.

—¿Papacitooooo...? —volvió a decir, otra vez con miedo; antes de dejarse arrastrar al berrinche de puñetazos y gemidos en que se disolvió finalmente su ira.

Fríamente recibió María a su esposo. No le hizo preguntas. ¿A qué indagar de dónde venía, si bastaba verle el plácido cinismo que alegraba su rostro para saberlo? Fue él, al momento de sentarse a la mesa, quien comentó:

—¿Aquí tampoco hay luz?

—No. Aquí tampoco. ¿La había allá...?

—¿Allá? ¿Dónde es allá?

—De donde vienes.

—¿De la calle? No. Tampoco.

—¿Vienes de la calle?

—Naturalmente.

Comenzó Aldo, sin mucho apetito, a cenar. No miraba a su mujer, y ésta fingió ignorar su presencia, por más que ambos estuviesen alertas al menor movimiento, al más insignificante gesto del otro.

—¿Dónde está Matilde? —quiso saber él, como si apenas advirtiera que era su esposa, y no la criada, quien lo servía.

—La mandé a comprar el pan a las siete, y es hora que no vuelve. Me preocupa.

—A la mejor se fue a pasear con algún novio. Como está todo tan oscuro...

Llamearon los ojos de la señora Rossi:

—Matilde no es una prostituta...

—Oh, mujer. Si yo...

—No es una de esas mujeres que se enredan con el primero que pasa...

—Está bien, María. ¡No te enojes! Bromeaba.

—Ella es decente.

—Ni quien lo dude.

—Otras, las que tú conoces y tratas, no lo son.

Para salir del atolladero de esa conversación que comentaba a resultarle desagradable, Rossi preguntó, aludiendo a los platitos con pastas, al servicio de té y a las cucharillas que aún sin lavar, habían sido puestas sobre el trinchador:

—¿Recibiste visitas?

—Bien sabes que sí. Mis amigas de los lunes y el Padre Paz.

—El buen Padre. Me hubiese gustado saludarlo.

—Siempre te vas antes de que llegue, y luego dices: "Me hubiera gustado saludarlo". Pura hipocresía...

—Piensa lo que quieras...

Hacia el fin del plato fuerte de la cena, la señora Rossi indicó:

—Dice el Padre que el gobierno caerá mañana. ¡Me alegro!

—Eso dicen: que va a caer. Pero yo no lo creo.

—¡Tú qué sabes!

—Sólo sé, porque acabo de verlas, que están entrando a la ciudad las tropas que el Presidente fue a traer de Cuernavaca... Cuando dijeron que había huido, el señor Madero estaba preparando el ataque a La Ciudadela. Mañana llegarán los soldados del general Blanquet. Con ese ejército, el gobierno aplastará a los felicistas como si fueran chinches... Así... —y con la uña del dedo pulgar pulverizó una corteza de pan.

—El Padre dice...

—Lo que diga el Padre, ¿qué nos importa? Madero tiene ahora no menos de cinco mil hombres para tomar mañana La Ciudadela... Va a ser algo grande. Mira: yo creo que el ataque va a comenzar así...

La señora Rossi se aburría mortalmente —y llegó incluso a demostrárselo con un bostezo a medias reprimido —escuchando las teorías de Aldo. Pensó en *Mamacita.* ¡Cómo fastidiaba a la pobre que el Coronel Alard contara de sobremesa, una y mil veces, cuando ya estaba un poco achispado por el coñac, las peripecias de cierta acción de armas contra los franceses, que le tocó en suerte dirigir, y que constituía el capítulo más lucido de su mediocre carrera militar! A su padre, por serlo, podía soportarle su desmedida afición a fantasear en cuestiones de estrategia; pero no a un lerdo como Aldo.

—¿No te parece lógico? Hecho eso, yo haría...

Usando el mantel como campo de la imaginaria batalla (un plato como objetivo a conquistar; el pimentero, las copas y los arillos de las servilletas como unidades de combate), Rossi desarrollaba detalladamente los pormenores de su plan de asalto.

—Después: los *rurales* lanzan su carga de caballería por este lado y... —en ese momento, por segunda vez, la escuchó bostezar. Molesto por la nula atención que ella le prestaba, guardó silencio. Bebió ruidosamente la leche del vaso y no menos ruidosamente se enjuagó la boca.

—¿Terminaste? —preguntó ella, poniéndose de pie y comenzando a recoger los trastos sucios.

—Sí, ya... —repuso él, de malhumor. Mentalmente, comparó las actitudes, tan distintas, de María y de Betina, respecto al mismo asunto. En tanto que la señora Rossi no se cuidaba en dejarle ver cuánto la aburría con sus ejercicios de imaginación, Betina no había perdido ni la más insignificante de sus palabras y había prorrumpido en júbilos cuando Aldo terminó de esbozar su estrategia. A la vista de la conducta siempre hostil y agresiva de María, ¿era él por completo culpable de engañarla? ¿Se justificaba o no, así fuera sólo en parte, que desdeñara a su mujer —una mujer que presumiendo de sagaz carecía de habilidad y recursos para tratarlo?

—¿Vas a fumar aquí... o fuera?

—Fuera.

—Iré, entonces, a rezar.

Próxima ya la medianoche, volvió Matilde. A la temblante y humosa luz de la lámpara era difícil advertir lo pálido de su rostro indígena, pero no los desgarrones de su ropa.

—¿Qué pasó contigo? —la regañó la señora Rossi—. Cinco horas para ir al pan...

La muchacha comenzó a lloriquear y a estremecerse.

Comprendiendo que había sido excesivamente dura al reprenderla, más con las palabras en sí, con el tono en que las dijo, la señora Rossi le pidió que dejara de hacerlo y le refiriera qué había ocurrido y por qué se había demorado tanto tiempo. Desde su cocina, la vieja; desde las sombras, Ausencio, criados y patrones escucharon el relato de la *yaqui,* que interrumpían con frecuencia sollozos y suspiros.

...había ido a comprar el pan al expendio en el que lo adquirían siempre. Lo halló cerrado. Temerosa de ser reñida por su ama si regresaba a casa sin los bolillos para la cena, Matilde decidió buscarlos en otra parte, y así, de un comercio a otro, de una calle a otra, sus pasos fueron alejándola de su barrio. Advirtió que se había perdido cuando se encontró deambulando por los alrededores de la siniestra masa vegetal del Bosque de Chapultepec. Sin saber hacia dónde dirigirse, la *yaqui* viró en redondo y se apartó, más que de prisa, de aquellos lóbregos parajes. Mucho tiempo vagó por calles y baldíos de sólida negrura, sin más compañía que la del viento y su miedo. Después, lo peor: humanas sombras de soldados y *rurales* tratando, aviesas, de detenerla; manos lascivas buscando su carne virgen; bocas hediondas a tequila diciendole horribles palabras. Corrió para escapar a los peligros que la asechaban en la tiniebla. Salió entonces la luna y no se sintió ya tan a merced de los Malos. Halló, más tarde, a unas mujeres que marchaban hacia el centro, y que le ofrecieron guiarla. Alguna preguntó qué llevaba en la canasta y ella, sin saber en la que iba a meterse, dijo que había ido a comprar pan. Las mujeres interpretaron erróneamente su respuesta y creyéndola en posesión de lo que ellas buscaban, la atacaron para robarla. Con uñas y dientes se defendió de las acometidas de hambrienta furia y pudo, al fin, aunque un poco maltrecha, escapar. En el lance perdió el rebozo, la canasta y el temple.

La señora Rossi dispuso:

—Desde mañana Ausencio irá por el pan.

Intervino Aldo:

—Es más peligroso mandar a Ausencio. A un hombre pueden matarlo.

Agriamente María preguntó.

—¿Y no te importa que maten a Matilde... o que le suceda lo peor?

—Digo, simplemente, que Matilde por ser mujer, está menos expuesta a que le pase algo grave. Ni modo que si hay *leva,* como puede haberla, se la lleven a ella. Además, mañana le daré una pistola para que se defienda... Con la Colt, muchacha, nadie va a acercársete; y si se atreve, aprieta el gatillo y verás cómo lo haces correr...

Con el dorso de la mano, en singular muestra de cariño, la señora Rossi tocó la frente de Matilde:

—Muchacha, estás ardiendo en calentura. Te daré una aspirina. Ven...

Aldo continuó paseándose lentamente por el corredor enlunado hasta que terminó de fumar su grueso cigarro puro. Antes que a la suya, fue a la alcoba de su hijo; lo besó en la mejilla sin perturbar su profundo sueño, y se retiró a dormir.

III

1

UNA VOZ lo llamaba, apremiante, por su nombre; y en esa voz que lo urgía a despertar había temblores de alarma. Se incorporó, y con los ojos aún ciegos trató de ubicar en la penumbra de su recámara al que osaba interrumpir su sueño a mitad del alba.

—Patrón. Despiértese... —repetía la voz perentoria.

Después de unos segundos vio a Ausencio, la cabeza de Ausencio que asomaba por la puerta; y se sintió un poco ridículo de mostrarse a él con la bigotera que domeñaba su poblado mostacho aún puesta. Entre gruñidos y bostezos se despojó de ella y la guardó debajo de la almohada.

—¿Qué carajos quieres? —preguntó.

—Venga, don Aldo. Pronto —era lo único que el mozo acertaba a decir.

—¿Qué sucede? Dílo.

—En la puerta hay un hombre muerto.

A manera de abrigo. Aldo se echó una manta sobre los hombros y siguió a Ausencio. Inquietos por los murmullos de las dos siluetas friolentas, los canarios comenzaron a piar en sus jaulas. Sonoras arpas de cristal, trinaron los zenzontles en las suyas. El sueño del amanecer, el más profundo, dominaba a la señora Rossi, y sus ronquidos en sordina aserraban el silencio. En alguna casa próxima cantó el primer gallo, sin que un segundo le respondiera.

Borrosas, iguales que destruidas por la lepra, o como si de ellas careciera por completo, veíanse las facciones del individuo. Estuvieron contemplándolo, ambos de pie, por unos minutos, en la tímida claridad. Traje completo de casimir oscuro (quizá negro, azul marino o café) vestía el cadáver. Cerca de los pies, un sombrero hongo, y en la badaña tiesa de antiguos sudores, dos letras: RM, doradas.

—Todavía está caliente... —dijo Ausencio, tocándole las manos.

Como no se le apreciara ninguna herida, no obstante hallarse en un charco de sangre, ordenó Aldo:

—Voltéalo.

Después de una rápida exploración, los dedos del mozo hallaron lo que buscaban: un orificio en el cuello, cerca de la oreja izquierda:

—Buen balazo le dieron...

Repugnó a Rossi que Ausencio, con el índice, tocara la sangre que aún manaba, lenta y pastosa, de aquel agujero de bordes dentados.

—Déjalo. No seas puerco.

Por otro minuto de silencio las dos siluetas ateridas siguieron mirando cavilosas, los despojos de aquel hombre que había escogido para morir, precisamente la puerta de *Sorrento.*

—¿Cómo lo encontraste?

—Oí cuando le tiraron, ¡pum!, y salí a ver qué pasaba.

—¿Viste a alguien?

—A nadie.

—Pobre diablo.

—¿Qué hacemos con él, patrón?

—No sé.

—¿Avisamos a la Inspección de Policía?

—No. Se armaría un lío. Gendarmes, preguntas, pérdida de tiempo; molestias para la señora.

—Entonces, ¿lo dejamos aquí?

—Resultaría igual.

—Porque podríamos ir a tirarlo más allá, a la esquina, si usted quiere.

—Sería lo mejor. Que otro cargue con el muerto.

La ocasión para desembarazarse del cadáver era propicia: la calle estaba desierta, y hasta el momento ningún otro vecino curioso, de los que nunca faltan, se había asomado. Con ansiedad codiciosa, disponiéndose ya a registrar los bolsillos del muerto, interrogó el criado.

—¿Vemos quién es? ¿Qué papeles trae?

—No. ¿Para qué?

—Pues para saber cómo se llama.

—Será mejor que no lo esculques. Álzalo...

—Como diga usted...

Tomaron el cuerpo por las axilas y los tobillos; y con ser ambos fuertes no resultaba fácil ni cómodo llevarlo en vilo para que no se golpeara, a cada paso, con el cemento de la acera. Al doblar la esquina hicieron alto. Jadeaban por el esfuerzo físico de cargar unos ochenta kilos de carne inerte v por la emoción del riesgo de ser sorprendidos por alguien (Gendarme o patrulla militar) en plena y macabra faena.

—Quien nos vea es capaz de pensar que nosotros lo matamos.

Buscaron un quicio donde ocultar al muerto. Al hallar el que mejor les pareció, oscuro y profundo, lo sentaron de tal manera (mano sobre mano, la barba en el pecho, flexionadas y entreabiertas las piernas) que cualquiera que pasara por allí pensaría que se trataba de un ebrio.

—¿El sombrero?

—Se quedó allá, patrón.

—Tráelo; pero corriendo.

Había ya un poco más de luz y Aldo escrutó los rasgos de ese hombre, víctima seguramente de alguna bala perdida: no eran viejos, aunque tampoco jóvenes; y un

bigote entrecano y abundoso dábale a la cara cierto aire digno y respetable. ¿Quién había sido? ¿Un maestro de escuela? ¿Un empleado de comercio? ¿Un burócrata menor? Podría averiguarlo sin dificultad buscando sus documentos; mas le desagradaba la idea de hurgar en los bolsillos del infeliz.

Volvió el criado con el bombín y, tras cepillarlo con el antebrazo, lo colocó en la cabeza del hombre, un poco echado sobre los ojos:

—Parece un briago de verdad... —comentó, satisfecho de haber añadido un toque de autenticidad al cuadro—, ¡Y qué susto van a llevarse los de esa casa cuando abran la puerta y, zas, les caiga encima el muerto...!

Así que retornaban a *Sorrento,* Aldo ordenó al mozo no hablar del hallazgo, ni, mucho menos, de cómo se habían librado del cuerpo.

—¡Si la señora lo sabe...! Así que, ni una palabra.

—Sí, patrón.

—Tampoco le digas nada a las criadas.

—No, patrón.

—Habrá que lavar esa sangre... —sugirió Aldo, mirando la que manchaba no sólo el pavimento de la acera, sino, a grandes salpicaduras, como si el hombre en su agonía hubiese intentado alcanzar el llamador, la puerta del zaguán. —Con agua y arena, limpia bien todo antes de que la señora salga a misa.

Mientras el criado cumplía la orden —con el agua y la arena que acarreó en baldes desde el traspatio— Aldo entró en el almacén, encendió una vela y apresuradamente, por si no se presentaba otra ocasión mejor para hacerlo, llenó una caja grande con embutidos, quesos, pasas, galletas, caramelos, chocolates botellas de vino y cuanto halló a la mano.

—Ausencio...

—Ya estoy terminando, patrón.

—Óyeme bien: cuando acabes te vas, rápido a casa de la señorita Betina y le llevas eso... —Señaló la caja de los víveres que había puesto junto a la puerta— y le dices que iré temprano a verla, si puedo; y si no, que no se preocupe. ¿Entendiste?

—Sí, patrón.

—Ahora, apúrate...

Y para que el criado no demorase su partida, Aldo lo ayudó a concluir la ingrata misión de lavar la sangre y la aún más difícil de borrar todo indicio que permitiera a la suspicaz señora Rossi sospechar que alguien, con quién sabe qué oscuro propósito, lo había hecho.

2

ALDO, que jamás en su vida había disfrutado del lujo de la pereza, iba convirtiéndose lentamente en su víctima. Progresivo como una parálisis, el aburrimiento se apoderaba, uno a uno, de los resortes de su voluntad. Sin periódico que leer, su visita al cuarto de baño fue muy breve. Para no molestar a María con el humo, bajó a la tienda y allí, de codos sobre el mostrador, fumó despacio un puro. Trató después de sestear en la penumbra fresca, y al no lograrlo, de emplear el tiempo en hacer un inventario de mercancías o en revisar la lista de sus deudores.

Al cabo de una hora, cuando las hormigas del fastidio comenzaron a irritarlo con su cosquilleo, llamó a Ausencio y le hizo repetir otra vez el mensaje que Betina le enviara en respuesta al que le trasmitió, de parte del amo, el mozo:

—¿Estaba bien la señorita Betina?
—Sí, patrón. Estaba bien.
—¿Dónde la viste?
—Pues en la casa de huéspedes.
—Digo, ¿en la sala o en la puerta de la calle?
—Adentro. En la sala.
—¿Estaba sola?
—Sí. Bueno, no. Desayunaban con ella las otras señoritas catalanas.
—Además del que me dijiste, ¿no me mandó otro recado?
—No, patrón. Sólo ése: que no se preocupara por ella, y que se cuidara usted mucho.
—¿Le gustaron las mercancías?
—Yo creo que sí, porque le mandó dar las gracias.
—Las otras catalanas, ¿vieron lo que había en la caja?
—Sí, claro. La señorita Betina se los enseñó
—¿La notaste asustada, preocupada?
—No, patrón. Estaba muy alegre, como siempre. Risa y risa...

Oído de nueva cuenta el relato del mozo, Aldo se hizo acompañar por él a un recorrido por toda la casa, del patio a la azotea, en busca de desperfectos que mandar reparar en cuanto pudiera hacerlo. Al cabo de una hora volvió a encontrarse sin nada en qué emplear el tiempo. De vuelta a la planta alta, deambuló por el corredor, las recámaras, el cuarto de plancha y costura, la cocina. Las mujeres trabajaban con afán, ocupadas en cumplir su diaria rutina de labor y sintió que sus vagabundeos de hombre ocioso les disgustaban. Buscó, por último, refugio en el despacho. Jugó con Luis Felipe y cesó de hacerlo cuando María fue a tender la cama y a curar al niño. Para ahorrarse la molestia de dirigirle la palabra, púsose a leer su libro favorito: el *Diario* de las cuentas, en el que trabajaba todas las mañanas, sin faltar ni los domingos. Como estaba al día, revisar las páginas apretadas de cifras le tomó sólo unos minutos. Sus finanzas eran prósperas y su fortuna, con no ser inmensa, permitíale contarse entre los ricos. Con su diligencia de costumbre, la señora Rossi no demoró mucho en el arreglo del dormitorio y menos en asear a su hijo. A solas otra vez, Aldo abrió la gaveta en la que guardaba las monedas de oro; las contó lentamente; las apiló de diez en diez, luego de veinte en veinte, y tornó a guardarlas. Con un corta—uñas, obsequio de Alfonso, arregló las de su mano izquierda y con idéntica parsimonia, las de la derecha. Tullidos, los minutos se arrastraban apenas en el reloj. Cuando miró su gran *Longines,* eran las once de la jornada interminable.

Harto de aquel encierro, prisionero en una casa cuyas dimensiones se reducían a medida que aumentaba el tedio de su propietario, Aldo mecía su murria en el sillón de muelles rechinantes. De vez en vez, sin interrumpir sus balanceos, bostezaba con fuerza de rugido, golpeaba sus muslos con los puños, mascullaba en italiano algunas rudas blasfemias y masticaba los pelos de su mostacho.

Tímido, inseguro por el temor de su vocecita, preguntó el niño:

—¿Te duele el estómago, papá?

—No —gruñó Aldo; y al comprender que había sido innecesariamente áspero con su hijo, agregó con suavidad —no me duele nada, *Luiggino...*

Ser llamado así, con el dulce vocablo, enterneció al chico, y más aún que su padre luego de levantarse del sillón y bostezar ruidosamente, le acariciara con su garra de coloso la fina melena rubia. Alzó Luis Felipe la cara y entonces los ojos de padre e hijo se

anudaron en una doble mirada de arrobo. En un arrebato que conmovió a Rossi, el niño le beso los dedos y luego, como un gatito meloso, frotó su mejilla en la palma de la mano enorme.

—Papacito... —gimió el niño, con voluptuosidad.

Lo que más admiraba el chico en aquel hombre alto, recio, sólido, que se inclinó a besarle el pelo, era la fiereza de su aspecto; la seguridad que trascendía de sus movimientos, la dulzura y el asombro con que lo escrutaba como si fuera siempre ésa la primera vez que lo veía. Cuando papá hablaba, sus palabras de cariño le merecían más crédito que las de mamá, así fueran las mismas. ¿Acaso porque era más sincera su ternura, más verdadera y honda? ¿O porque sus pardas pupilas eran nobles y su mirar no era duro y punzante como el de ella? Mamá decíale también, sí, que lo amaba; pero ¡qué distinta calidad de amor la que enunciaba! Ella, rígida aún en sus ocasionales transportes, rechazaba sus mimos si dejaban de ser comedidos, serios y formales, y se volvían, por obra del entusiasmo infantil, toscos como los de un cachorro impetuoso. Él, en cambio, permitíale toda clase de libertades, incluso las contrarias a lo que mamá llamaba *La—Buena—Educación* (hablar con la boca llena o pisar el suelo con los pies desnudos o escarbarse las narices) y nunca lo azotaba, ni siquiera después de haber volcado la bacinilla en la alfombra.

—Papacito. .. —volvió a mayar Luis Felipe y a mordisquear, al tiempo que los besaba, los dedos de la mano de su padre.

Unos minutos estuvieron así (el mentón del padre apoyado en la cabeza del hijo; en las de éste, la mano de aquél), tranquilos, sin tensiones, en la íntima comunidad del silencio. Luego, Aldo se levantó y tras de palmearse el abdomen, como solía hacerlo después de una opípara comida, de consultar la hora en el *Longines,* y de exclamar vagamente:

—Bueno, bueno, bueno... —procedió a guardar en los múltiples compartimentos del escritorio, lo que de ellos había sacado.

Fascinaban a Luis Felipe los gestos, actos y ademanes de su padre (la forma en que escogía las llavecitas para cerrar las gavetas; la tranquila manera en que reintegraba el llavero a la bolsa trasera del pantalón; el modo preciso con que devolvía el *Diario,* el tintero y la pluma a sus respectivos sitios; el placer evidente con que deslizaba al interior del bolsillo izquierdo de su chaleco una breve cascada de monedas de oro) y se esforzaba por fijarlos ahora en su memoria a fin de repetirlos, él también, cuando fuera mayor.

Sin nadie con quién charlar, o un periódico viejo que leer, o un buen pretexto para salir de casa, Aldo comenzó a sentir, más agudo aún, el fastidio enervante. Las mujeres tenían siquiera en qué ocuparse. Su trabajo cotidiano, sus mínimas disputas, el múltiple y activo ajetreo, al mantenerlas en continuo movimiento, impedíales ahogarse, como se ahogaba él, en la desesperación del ocio. Para soportar el cautiverio no contaba Aldo más que con el niño. Volvió a tenderse en la cama y comenzó a juguetear distraídamente, sin interés en lo que su hijo decía, ni en lo que él mismo contestaba.

Pronto el niño cesó de jugar y, como su padre, con las manos enlazadas debajo de la nuca, dejó que su mirada discurriera volublemente por el cielo raso. Muy leve y lejano, percibía Aldo el murmullo opaco del diálogo que hilaban, infatigables, su esposa y Matilde. Aun sin escuchar sus palabras sabía que hablaban del miedo que iba metiéndose lentamente hasta los huesos de la ciudad, o de las depredaciones de las jaurías humanas que asaltaban comercios; o de las hordas de mujeres que, al grito de "Queremos pan; queremos pan", llamaban con las mazas de sus puños a las puertas de

los expendios; o de la traición colectiva de las tropas que desertaban del bando del gobierno para sumarse, de creer en los rumores, al de los insurrectos; de las brutales cargas de la soldadesca contra los enjambres de aterrorizados ciudadanos que atestaban salas, andenes y patios de las estaciones de ferrocarril a la espera de convoyes en los cuales escapar de la metrópoli; o de los atentados dinamiteros que anónimos terroristas perturbaban en los edificios públicos. De eso —que habían visto o les habían dicho, cuando fueron y volvieron de misa, muy temprano por la mañana— estarían charlando sin duda, ahora que ambas, con el auxilio del mozo y de doña Albina, tomaban providencias para el incierto futuro inmediato.

Así que desayunaban había dicho la señora Rossi, entre calosfríos de temor:

—Dicen que el agua se va a acabar hoy, temprano.

Y él había respondido:

—Exageraciones...

—También el carbón.

—Mentiras.

—Y la leche, y el azúcar, y todo lo que uno necesita.

—Chismes.

—Chismes o no, hay que estar preparadas.

—¿A qué preocuparnos? En la tienda hay comida para un año.

—Pero no agua, ni carbón, ni leche, ni pan.

—Cree la décima parte de lo que cuentan. Nada pasará.

Doña María y Matilde, el mozo y la cocinera, hicieron acopio de baldes, y en ellos almacenaron agua. La tina del baño fue llenada hasta los bordes. En la leñera y en la carbonera no escaseaban, por fortuna, los comestibles caseros; ni en el amasijo la harina y los huevos; ni algunos buenos trozos de carne en la nevera. Provisiones que durarían, bien administradas, una decena. En su fuero interno, Aldo consideraba excesivos tales preparativos; mas, si hacerlos tranquilizaba a la señora, no sería él quien lo impidiera. ¿Hasta qué punto, después de todo, tenían fundamento los rumores? ¿Cuánta verdad había en la crónica de calamidades que le había hecho su mujer? La metrópoli, al parecer, se hallaba en calma; quizá lo único singular fuera el silencio que oprimía las calles y la ausencia, casi total, de transeúntes en ellas. Él, ¿no estaba en casa, atrapado en la red del fastidio, por la misma razón que influía en el ánimo de otros centenares de miles de personas a quedarse en las suyas? ¿Por qué, si no por miedo, estaban cerrados los comercios, y protegidos con verjas y cortinas metálicas sus escaparates, y reforzadas por dentro, con hierros y maderos, sus puertas? ¿Había realmente motivos concretos para dejarse dominar por el pavor, o todo aquello era sólo producto de una incontenible epidemia de pánico progresivo?

Sólo a ratos, cuando pensaba en el cuerpo que Ausencio descubrió a la puerta de la tienda, flaqueaba un tanto su convicción de que el gran miedo que padecía la ciudad debíase, más que a otra cosa, a un mero contagio de histeria. Una ciudad que conserva aún fresco en su memoria el recuerdo de los días aciagos de la guerra civil, está propensa siempre a conceder más importancia de la que tienen a ciertos hechos. En el caso presente, ¿no estarían la ciudad y los pusilánimes como María y el Padre Paz juzgando los desórdenes del Zócalo a través de la lente de aumento de la angustia, que todo lo deforma y amplifica? Y en cuanto al cadáver (único indicio concreto de la violencia a la que aludía la señora Rossi en su relato), ¿podía deducirse de su hallazgo que...?

En ese momento, semejante al de un trueno en cielo despejado, se escuchó un estruendo formidable. Como si fuera de papel y no de recios ladrillos, crujieron los muros y, en el que separaba el despacho de la alcoba de doña María, el relámpago de una grieta dejó el zigzag de su trazo. Luego, un súbito viento golpeó las puertas, cuyos cristales vibraron agudamente. Tras la explosión, que por unos segundos los ensordeció, aturdiendolos, vino el silencio; y en éste, muchos pequeños ecos: claros, mínimos, iguales al *tch, tch, tch* de la lengua en el paladar.

—Papá... —chilló Luis Felipe, abrazándose en un temblor de miedo al cuello de su padre.

—¡Shhh...! —hizo Rossi, amparándolo con su cuerpo; mientras, tenso él también, trataba de identificar el gran ruido.

La primera idea que se le ocurrió fue la de que el horrible estrépito y la bárbara sacudida que le acompañó, era anuncio de uno de esos fuertes terremotos que devastan ocasionalmente a la ciudad, como el catastrófico de 1911. Pero el foco que colgaba del centro del techo estaba casi inmóvil; y así siguió hasta que un nuevo estruendo, tan intenso como el anterior y seguido también de una ululante ráfaga de aire huracanado, estremeció otra vez la casa desde sus cimientos. A punto ya de convertir en lágrimas su temor, el niño preguntó en un tartamudeo:

—¿Quée... paa...ssa... papacito?

—Nada. Nada —contestó Aldo, infundiéndole confianza con tiernas palmaditas en las mejillas—. Shhh. Cálmate y no llores.

Al cabo de una pausa, exactamente igual a la que medió entre la primera y la segunda, una tercera explosión hizo trepidar los pisos, techos y paredes. Entonces se reveló a Aldo que aquéllas eran ya las rudas voces de los cañones: los rugidos de las bestias de la guerra, y que la imperceptible llovizna sonora que les seguía era el crepitar de fusiles y ametralladoras. Las piezas grandes disparaban a ritmo fijo, a intervalos de diez segundos. Mas, ¿contra quién? ¿Desde dónde? Sin duda, desde muy cerca, y para averiguarlo se asomó al balcón.

Una niebla azulina de pólvora ascendía lentamente, en tenues capas sucesivas, hacia el espacio abierto. Entre ella, bultos sin contorno preciso corrían de un lado a otro, presas del pánico o del ardor irracional de la pelea, grupos grandes y pequeños de civiles y soldados. Los primeros, a buscar refugio en los quicios, tras los salientes de los muros, o más allá: entre la caballada inquieta que aguardaba a la distancia. Los segundos, dóciles al grito iracundo de los sargentos, a sumarse a las tropas que ocupaban los alrededores.

Procedentes del Teatro Nacional, en construcción, o de los rumbos del *palazzo* italiano del Correo, de la Alameda y aun del Zócalo, llegaban en tropel a esa calle, de natural tranquila y en la que parecían haberse convocado todas las furias de la guerra, nuevos enjambres de ciudadanos empavorecidos; de ceñudos hombres de uniforme. Inmensa era la baraúnda, y muy alto el griterío de los oficiales que ladraban órdenes sin cesar.

Sintió Rossi que una mano, infantil y perentoria, le tiraba del pantalón, y al volverse miró a Luis Felipe, que le tendía los brazos para que lo levantara.

—Vuelve a la cama...

—Quiero ver, papá. Súbeme —imploraba el niño, semi—desnudo y excitado de curiosidad.

—Si tu madre nos ve, te zumba.

—Álzame, papacito...

Incapaz de resistirse al ruego del niño, Rossi lo levantó, y con él en brazos —como si no le importara exponerlo a la luz del sol— reanudó la emocionante y entretenida vigilancia de la calle. Centelleaban de interés los ojos de Luis Felipe y, abierta la boca por el asombro, no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo a un centenar de metros de allí.

—Es un cañón, papá... —chilló, entusiasmado, al descubrirlo.

Era una zancuda pieza de 75 mm. que disparaba desde la esquina. Su blanco, invisible, debía de ser La Ciudadela. En silencio las últimas cuarenta y ocho horas, el aire llenábase ahora del aullido de las granadas, del lúgubre silbar de las balas de fusil, de la tos persistente de las ametralladoras. Una tropa de jinetes irrumpió en la calle, la cruzó al trote y siguió hacia el sur. Eran los afamados *rurales,* con sus trajes charros de gamuza y sus sables de combate en la silla de montar —hombres fieles a Madero, que se templaron en las sangrientas campañas de 1910—11. Mientras ellos pasaban, enmudecieron las armas. Muchos brazos se alzaron, saludándolos; muchas voces les desearon buena suerte. Apenas se apagó el metálico redoble de las herraduras en el pavimento, los artilleros reanudaron sus descargas.

—Ahora —dijo Aldo—, adentro los dos.

—No. papá, no... —protestó el niño, que deseaba seguir disfrutando de aquel espectáculo fascinante.

—Mamá puede venir y...

—Otro ratito, papá...

En el momento mismo en que Aldo se inclinaba a dejar al chico en el piso para él cerrar el balcón, los cristales saltaron en añicos. Por instinto, con su mano y su hombro protegió el rostro y el cuerpo de Luis Felipe. No repuesto aún del estupor, alzó la mirada y un golpe de pánico le alcanzó el corazón al descubrir en el vidrio, en el sitio exacto donde había estado su cabeza, un gran agujero por el que entraba un chorro de luz del grueso de un muslo. Porque le temblaban como si fueran de hule blanco, hincó las dos rodillas en el suelo y envolvió con los brazos, apretadamente, a su hijo. El grito destemplado de doña María: —i Aldo... qué imprudencia! —cayó sobre padre e hijo como un chaparrón, y ambos conservaron la postura que tenían en el momento en que aquel grito los privó de todo movimiento: Aldo, rodilla en tierra; Luis Felipe, con los brazos en torno al cuello del hombre. Miraban sin pestañear a la señora Rossi, que los fulminaba, desde el umbral de la puerta del corredor.

Un segundo, quizá dos, se prolongó la tensa situación. Luego a grandes zancadas, doña María cruzó la alcoba. Bajo sus botines crujían, al ser aplastados, los fragmentos de vidrio. Violentamente arrebató a Luis Felipe de las manos de Aldo, y, casi a rastras, lo llevó de vuelta a la cama. Arrojándolo sobre ella como si fuese un fardo, lo cubrió hasta la barba con la sábana.

—Eres, Aldo, el padre más inconsciente que he visto.

—¡Oh! María...

—Y el más desnaturalizado, también. ¡Exponer al niño a la luz...!

—No estuvo en ella...

—¡Te vi! En plena luz, para dejarle marcada la piel.

—Ni por un momento el sol le tocó la cara —mintió él,—agresivo para ser convincente.

María corrió al balcón y sumergió las dos manos, con las palmas vueltas hacia arriba, en el torrente de luz que entraba por el agujero; manos trémulas que parecían escudillas de oro.

—¿Qué es esto? Dime. Luz. Luz de veneno para el niño.

—María... —farfulló Aldo—. Permite que te explique...

—Trágate las disculpas —bramó ella groseramente, para añadir con acento emponzoñado—. Que en tu conciencia queden las cicatrices que desfigurarán la cara de tu hijo...

—María, si quisieras oírme...

—Basta ya... —ordenó la señora Rossi, y la palabra definitiva, al cortar el diálogo, silbó como la cuchilla de una guillotina.

Echó sobre Luis Felipe, que había comenzado a llorar, otra de sus crueles miradas. Aunque sólo regañaba al padre, la señora Rossi estaba también enfurecida contra el hijo. Pero había tal azoro en el rostro de éste, tal temor en sus ojos, tal súplica de perdón en sus labios entreabiertos, que ella cedió a la ternura, y al tiempo que una débil sonrisa dulcificada su rictus, fue a sentarse en la cama junto al niño.

—La culpa no es tuya. No lo es, y deja de llorar... Una criatura que no sabe lo que hace, eso eres tú... ¡Que no lo sabe todavía...!

Sintiéndose culpable de haber arriesgado al niño tanto a la acción de la luz como a resultar herido o muerto por aquella bala anónima que destrozó el cristal, Aldo fue a rumiar su remordimiento al escritorio. Al sentarse, los resortes del sillín rechinaron en tal forma que María se volvió a mirarlo con disgusto. No dejaba de intrigar a Rossi que su mujer no hubiese hecho aún la menor referencia al ruido infernal que producían los artilleros. De suyo propensa a dejarse arrebatar por la ira si él azotaba las puertas al cerrarlas (o si el mozo silbaba una tonadilla de moda, o si las criadas parloteaban durante el desempeño de su trabajo) la madre de Luis Felipe parecía estar sorda al estrépito intermitente del cañoneo. Cierto que se esforzaba por elevar el volumen de la voz y que se estremecía a cada descarga, pero su conducta era la de una persona de nervios serenos.

Dijo él entonces:

—Son cañonazos.

—Lo sé.

—Hay un cañón en la esquina.

—Lo he visto.

—¿Sí? Vaya que mete ruido.

—Bastante.

—Parece que, ahora sí, todo va a terminar para La Ciudadela.

—¿Lo crees así?

—Esos de allí afuera tiran a matar. Se ve.

—¿Le das, ahora, la razón al Padre? Él dijo que las cosas iban a ponerse peores... y se han puesto.

—Peores para Félix Díaz, claro que se han puesto. El gobierno está demostrando que es fuerte, que tiene cañones para hacer polvo a los rebeldes. Quizá mañana ya no quede vivo ni uno.

Se levantó ella y en un suspiro indefinible, en el que había la frialdad del desdén, comentó:

—Si tú lo dices, así habrá de ser.

—Claro que así será. ¿De qué otro modo?

—Dílo tú, que lo sabes todo...

—No es que lo sepa; por sentido común imagino que el gobierno, con tropas como las que trajo el Presidente y que deben ser las que están allá abajo va a darle el tiro de gracia a Félix...

—Falta que él se deje.

—¿Y qué puede hacer, sitiado como está? No le queda escapatoria; y si lo cogen vivo, ¡al paredón...!

En la luz escarlata fulguraron sombríamente los ojos de María. La fina línea de sus labios se distendió como la cuerda de un arco:

—Como siempre, dices sandeces...

—¡María...! —gritó él, furioso a su vez por la actitud despectiva, hiriente y grosera de su mujer.

Dura, María ignoró el grito de Aldo. Se dirigió a la puerta y, antes de salir, ordenó agriamente al niño:

—Tápate...

Rabioso, como quien debe quedarse con una ofensa recibida, Rossi masculló varias injurias en italiano y, para tomar venganza de la insolente mujer, encendió un puro y comenzó a fumarlo a grandes y continuas succiones. En unos instantes, se nubló la luz rojiza de la alcoba. Si ella volviese y le reclamara estar envenenando con aquel humo apestosísimo el aire que respiraría el niño, ¡qué magnífica oportunidad para tener una disputa! Pero ella no regresó. Ya tranquilo, Aldo se acostó junto a Luis Felipe y se dedicó a convertir el humo en gruesos y veloces anillos, que el chico trataba de ensartar con el índice. Consumido hasta las uñas el habano (cuya colilla arrojó al piso en otro acto de reto a su esposa) Aldo sintió que el tedio volvía nuevamente a él, y le irritaba preguntarse: ¿qué hacer?, y no saberlo.

En busca de algo en qué ocupar el tiempo, halló que el almanaque señalaba aún la fecha del día anterior. Al acercarse a la pared para arrancar la hojita y ponerlo al corriente, pisó un objeto pequeño y duro. Examinado con atención, resultó ser una bala chata, negruzca, de afiladas aristas.

—¿Qué es, papá?

—No sé —contestó Aldo opacamente, y se guardó el plomo en un bolsillo del chaleco.

Mucho temblaba su mano cuando la extendió para arrancar la hoja. Esa, igual que la del día en curso —martes 11 de febrero— y algunas de las de más abajo habían sido perforadas por el mismo proyectil que rompió, el cristal del balcón y que estuvo a punto de matarlos, a él y a Luis Felipe. Sin hacer caso del chico, que insistía en tocar el pedacito de metal, Rossi fue a sentarse otra vez en el sillón del escritorio. Unos instantes después comenzó a tiritar, víctima ya del frío insoportable del temor.

3

SE DISPONÍA la señora Rossi a servir el potaje de verduras en el plato de su marido cuando la casa —como un barco que acabara de encallar en un arrecife— se estremeció violentamente. Por efecto de la brusca sacudida volcó la sopera y, tanto en el comedor como en la cocina, dieron por tierra, rompiéndose, platos, vasos, cazuelas y copas. Menos de un segundo después, otro fortísimo impacto cimbró el sólido edificio y para no caer de sus asientos, Aldo y su esposa hubieron de tomarse del borde de la mesa. Trastornada por el pánico entró Matilde; se echó a los pies de su ama y se

abrazó a sus piernas. Siguiéndola, cenizo su viejo rostro, doña Albina llegó apenas al umbral y permaneció allí, muy quietos los ojos y en los labios el temblor de una plegaria.

—Le han pegado a la casa... —dijo Aldo, después de un tiempo.

Culminación del terror de la sorpresa, un alarido: —¡Luis Felipe! —rompió el mutismo de María. Sin dejar de proferir aquel grito que nombraba a su hijo, salió a escape, arrollando a Matilde que se aferraba a ella en su desesperación; a Aldo que extendía los brazos para detenerla; al mozo, que en esos momentos entraba.

Rossi la encontró patéticamente abrazada al niño. Lloraban ambos a lágrima viva, aunque por distinta causa: ella por la emoción de hallarlo a salvo; él, por el miedo que el llanto desgarrador de mamá le infundía. Eri su epilepsia, la mujer no cesaba de musitar inintergibles ternezas.

—María —susurró él, quedamente, para calmarla—. María, serénate. Nada ha pasado.

Parecía no escucharlo, ni sentir los brazos de Aldo que la amparaban. Sólo dos palabras se identificaban claramente entre las muchas que salían de sus labios: Luis Felipe. Daba la señora Rossi la impresión de hallarse en un mundo remoto, al margen del pesar y del miedo, sólo habitado por dos seres: ella y la criatura. —María. Ya pasó todo. Todo.

Abajo, el rugir de los cañones aumentaba de tono, aceleraba su ritmo, crecía en furia, y en tal forma eran continuos los estallidos, que integraban un todo sonoro. Dos o tres veces por minuto temblaban las paredes, aunque con menor violencia que antes, cuando algún obús hería de lleno las casas cercanas. Era obvio que al fin una de las baterías de La Ciudadela —ésa, cuyas granadas alcanzaron en un par de ocasiones el edificio de *Sorrento*— trataba a toda costa, con disparos aún no certeros y por ello doblemente peligrosos, de silenciar a la que, puesta en esa calle, había estado hostigando a la fortaleza desde por la mañana.

De firme estaba siendo batida aquella parte del centro de la ciudad por la artillería rebelde. Si bien algunas balas de cañón caían en esa calle y en sus alrededores, la mayor parte de ellas, seguidas por la cauda de un silbido largo y agudo como el de los arrieros, pasaban de largo, muy altas sobre las azoteas, hacia mejores blancos: el Palacio Nacional, los empalmes ferrocarrileros del norte, los cuarteles del nordeste. A ratos, cuando callaban las armas mayores, era posible escuchar el alboroto de rifles y ametralladoras.

Creyendo anticiparse, y serle así grato, a lo que su mujer decidiría apenas recuperara un poco la serenidad, Aldo sugirió:

—Llevemos al niño a otra pieza más segura.

Pero María se opuso:

—Lo dejaremos donde está —y agregó para razonar su negativa—. Para él, como para nosotros, hay peligro en toda la casa. Aquí por lo menos está en un sitio limpio y bien protegido contra la luz.

—Podríamos arreglarle el costurero...

—Se quedará aquí.

—Lo que tú digas...

Como siempre, excepto en los momentos de pánico, la señora Rossi volvía a ser la mujer previsora, serena, intransigente y autoritaria de costumbre. Ordenó:

—Ocúpate que Ausencio cubra este balcón, el de mi recámara, el de la sala y, si gustas, también el de tu pieza, con algunos colchones de los que están abajo, en la bodega...

—Los escogeré yo...

—Toma sólo aquellos que estén bien limpios. Bien limpios, ¿entiendes?

Así lo haré.

—Que los desempolven a conciencia...

—Sí, María...

—Que no vayan a tener bichos: arañas, alacranes o chinches.

—No, María.

Entre las tres y las cuatro de la tarde —mientras Ausencio y Matilde, dirigidos por la señora Rossi, tapiaban con los colchones el balconaje —la batería enmudeció de pronto, luego de que en rápida sucesión estallaron en la calle hasta seis obuses del enemigo. Como al silencio de los cañones siguió el de rifles y ametralladoras, y se prolongó por mucho tiempo, Aldo pensó que el fortín federal había sido aniquilado. Con suma cautela —cuidándose de que no lo alcanzara alguna de las muchas esquirlas que caían del cielo— subió a la azotea y desde allí curioseó un poco. Los artilleros y sus auxiliares, los soldados de línea y el capitán que los mandaba a todos, se atareaban febrilmente en trasladar su equipo bélico de una a otra esquina de la calle. La única razón que halló Aldo para explicarse esta maniobra, fue la de que el oficial, emplazando en un sitio distinto su pieza de 75 mm. buscaba confundir a los bombarderos de La Ciudadela, cuyos últimos disparos habían estado al punto de hacerlo pedazos.

Decidió aprovechar esa pausa en la pelea para examinar los daños que los dos impactos habían causado en su propiedad. Salió a la calle y se mezcló con la multitud de vecinos curiosos que se ocupaban de lo mismo: calcular en qué proporción los afectaba ya personalmente la feroz batalla a cañonazos. Un boquete grande, de medio metro de diámetro, halló Rossi en la fachada de su casa, y algunos pequeños en las cortinas metálicas. El hueco mayor estaba entre la tienda y el comercio contiguo: un almacén de telas. Muy graves eran los destrozos en los edificios más próximos al emplazamiento original de la batería. Del negocio de pinturas de los españoles hermanos Fernández, por ejemplo, quedaban sólo ruinas. Su velador —un anciano gallego, de nariz rojiza por el vino, que se tocaba con una amplia boina vasca— vagaba entre los escombros sin dejar de repetir:

—Buena la han hecho. Ahora sí que los patrones van a reñirme por esto. ¡Puñetas...!

La calle estaba ahora invadida por docenas de curiosos que hurgaban ávidamente entre el polvo y los cascotes; que unían sus lamentaciones a las de los vecinos, o que recogían casquillos vacíos para conservarlos como recuerdo de aquella violenta acción militar. Eran tantos los hombres, las mujeres y los niños que pululaban por el arroyo lleno de hoyancos; que se apiñaban en torno a los cadáveres dispersos por todas partes; o que realizaban arriesgados alpinismos en las montañas de tabiques, revoque y sillares rotos (dificultando así el trabajo de la tropa) que el capitán puso centinelas para mantenerlos a raya:

—Vuelvan a sus casas, señores, por favor. Retírense. Atrás... atrás —gritaba el oficial, pero no le obedecían. Si eran empellados por los guardias, los curiosos reculaban un par de metros, cruzaban los brazos y continuaban mirando.

Otros ocupábanse de propalar noticias de terribles desastres. Si ninguno de ellos había salido de casa mientras duró el bombardeo, reflexionaba Rossi, ¿cómo podía saber, y asegurarlo, tal que si le constara, que batallones completos de tropas del

gobierno estaban defeccionando; que varios trenes con pertrechos habían sido dinamitados en los suburbios, y que muchos barrios eran pasto de las llamas? ¿De dónde precedían las malas nuevas? ¿Quiénes eran los portadores de informes tan calamitosos? A un hombre que afirmaba en el centro de un coro de personas boquiabiertas: —El Castillo de Chapultepec está quemándose . .. —le preguntó:

—¿Cómo lo sabe? —y el hombre, mirándolo como si acabase de injuriarlo, sólo pudo contestar:

—Me lo acaban de decir.

—¿Quién?

—Alguien, por allá... —respondió vagamente, para luego proseguir el relato que hipnotizaba a su auditorio—: Pero lo que han oído no es todo. La persona que vio lo que les cuento me dijo también que...

La paja seca de los rumores alimentaba el fuego de la confusión. En otro grupo, una mujer decía que le habían dicho que alguien había oído que se aseguraba que el general Ángeles estaba preso. Más allá, el zapatero sordo juraba poseer informes fidedignos de que el cautivo no era Ángeles, sino Madero; y por si todo esto no bastara, el agiotista libanes, poniendo a Dios por testigo, afirmaba que varios buques con tropas norteamericanas navegaban ya hacia Veracruz, con el triple y saludable propósito de derrocar al Presidente, restablecer la paz y entregar el Poder a un auténtico demócrata: Victoriano Huerta. Las habladurías, que se deformaban a fuerza de pasar de labio a labio, convertíanse en verdades que nadie ponía en duda. Cuando una llegaba al extremo de la calle, otra surgía en el opuesto: a veces para confirmar la anterior; las más, para anularla.

En la esquina, y no sin morbosidad, Aldo buscó el cadáver que Ausencio y él habían llevado allí por la mañana. En el vano de la puerta donde lo abandonaron vio sólo un pequeño charco oscuro, de sangre seca y negra como aceite. ¿Qué había sido de aquel despojo? Poco le importaba ciertamente; y que no estuviese lo ponía a salvo de que alguien —los gendarmes, por ejemplo— pudiera de algún modo establecer relación entre el muerto y el tendero italiano.

A gritos, más de impaciencia que de enojo, el capitán exigía a los soldados que no perdieran más tiempo en emplazar el cañón y las tres ametralladoras; en terminar el acomodo de las cajas de proyectiles, y en colocar éstos en las cintas y en los peines que aquéllas usaban, de acuerdo a su calibre y modelo.

—Muévanse, muévanse... —decíales, haciéndolo él más que ninguno. Ayudaba aquí, disponía allá, como si tuviera mucha prisa por continuar—. Que se hace tarde. ¿Me oyen . ..? ¿Ya mero, sargento? ¡Córranle, córranle...!

Sucios y lentos, los hombres de la tropa obedecían las órdenes, un poco como autómatas. Sólo el capitán parecía estar imbuido de inagotable vitalidad. Era joven. Quizá no mayor de veinticinco años, calculó Rossi. Un bigotito recto, a la moda, daba a su rostro pardo de polvo y sudor, cierto aire pretencioso. Muy cerca de los combatientes, Aldo gozaba en lo íntimo del infantil placer de sentirse, de ser parte de aquella escuadra de guerreros. Con qué gusto, si se lo pidiesen, aportaría también su esfuerzo personal para ayudarlos. Tímido como un niño que ansia intervenir en el juego de otros, se acomidió a transportar la última caja de balas de cañón —pesadas y semejantes, en su esbeltez, a botellas de vino del Rin. Nadie se ocupó de agradecerle su auxilio. Intentó luego, sin mucho éxito, charlar con el oficial. Dos monosílabos —sí, no— eran los únicos de su vocabulario. Se tornó un poco más amable, casi cordial, luego de haber aceptado el habano que el tendero le ofreció.

—Para matar el hambre. .. —dijo, refiriéndose al humo que lo hacía toser.

—¿Mucho trabajo, capitán?

—Bastante. Estamos aquí desde antes de las siete de la mañana. Son casi las cuatro, y el gobierno se ha olvidado de mandarnos qué tragar. . .

La última palabra, ese despectivo "tragar" dicho con sorda rabia, sonó como una blasfemia; y Aldo, sin saber por qué, como era frecuente que le ocurriera, se sintió un tanto culpable de que el capitán y sus hombres padecieran tormento de ayuno. Para cambiar de tema, preguntó:

—¿Cuándo va a acabar esto, capitán?

—¿Cuándo? —dos chispas cruzaron fugaces la sombra que le echaba sobre los ojos el ala corta de su casco blanco. Resopló—. ¡Como si yo lo supiera...!

En ese momento, no muy lejos de donde había estado el fortín del capitán, estalló otro obús rebelde. Un ventarrón azufroso hizo sobrevolar el polvo. Con dramático crujido se desplomaron los muros altos de la tienda de pinturas de los Fernández. Los curiosos, confundidos por el macabro aviso, dejaron desierta la calle en unos segundos; esa calle que ya más parecía de feria que de la tierra de nadie. Miedo y soledad, esquirlas y peligro, señorearon nuevamente en el arroyo.

—Cabrones... —escupió el capitán. Luego, para que las oyeran el sargento y los artilleros, dictó unas rápidas ordenes, que fueron inmediatamente interpretadas. Se elevó el ángulo de tiro del cañoncito; se apartaron sus servidores para que la cureña reculara, y dispararon cuando el oficial gritó—: ¡Fuego...!

Ensordecido por la explosión, ahogándose con el humo amarillento de la pólvora, no pudo Rossi oír que el oficial gritaba:

—Váyase, señor, váyase... —y sólo comprendió qué le decía cuando aquél, a empujones, lo obligó a retirarse.

Corriendo, el pánico al parejo de sus trancos, volvió a la tienda.

4

VEINTE minutos antes de las seis de la tarde comenzó a calmarse la furia del tiroteo. El cañón de esa calle y los de las cercanas lanzaron sus últimas balas con desgano, flojamente^ Un cuarto de hora después, las armas y quienes las manejaban por ambos bandos entraron en reposo.

En el crepúsculo del armisticio, la luz solferina iba perdiendo su vigor a medida que se enfriaba. Tonalidades color tórtola en el cielo alto del valle; verde lima, en el bajo, encima del perfil dentado de la cordillera. El agudo triángulo incompleto de una bandada de patos salvajes dirigía su vuelo sincrónico hacia las aguas carmesíes del Lago de Texcoco. En el atardecer melancólico aparecían las primeras estrellas. Contra el telón romántico del ocaso invernal veíase ganar altura a innúmeros surtidos de humo negro; incendios que habrían de arder la noche entera.

Como lo habían hecho durante la primera tregua, los vecinos tímidos sólo se asomaban a las puertas, ventanas y balcones, y los más audaces salían a la calle, con la misma encogida actitud con que se abandona un refugio después del aguacero. Seguros de que la jornada de violencia ^o volvería a empezar, se acercaban a los soldados de caras secas, sucias y adultas, consumidas por la agotadora brega, y los escrutaban con curiosidad y respeto. Otros, niños casi todos, preferían ver cerca, y tocarlas furtivamente, las armas aún tibias.

Rossi, afeitado, envuelto en aroma de Agua de Colonia, bastón al brazo, erguido mostacho y reluciente bombín en la mano, informó a su esposa:

—Voy a salir un rato para ver cómo están las cosas...

Bajó a la tienda, llenó una cesta con provisiones; colocó en una bolsa de yute seis botellas de cierto vino griego que tenía poca demanda porque era algo ácido; llamó al mozo y le ordenó seguirlo.

Igual que sus hombres, con el tatuaje gris del cansancio en el semblante y las espaldas apoyadas a la pared, el capitán descansaba sentado en la acera, un poco aparte de aquéllos. En la frente, como cicatriz de bordes violáceos, la huella profunda del casco. Alzó apenas la cabeza cuando Aldo y Ausencio se acercaron, y miró sin interés la cesta y la bolsa que el mozo puso junto a él.

—Si me tardo en volver y la señora pregunta por mí... —Aldo aleccionó al criado antes de despedirlo— díle que estoy por aquí cerca... Si te mandara a buscarme... pues no me encuentras.

Cuando Ausencio se fue, Rossi pidió al capitán permiso de acompañarlo; se puso en cuclillas a su lado, y le preguntó sí ya había comido:

—No... —dijeron los labios blanquizcos del oficial.

—Entonces, me hará usted el favor de aceptar esto... —y como el capitán lo mirara interrogativamente, agregó—. Un poco de jamón, algo de queso, algunas latas de carne, y unas botellitas de vino.

—Gracias —expresó el capitán, pero no hizo intento de tomar lo que había en la cesta.

—¿Por qué no comienza? —lo instó Aldo, al advertir su indecisión—, ha de tener mucha hambre…

—Hambre, sed y ganas de zurrar...

Pasó Rossi por alto la escatológica alusión. La actitud un tanto agresiva del capitán parecíale normal y perfectamente justificada. Un hombre que ha estado arriesgando la vida muchas horas con el estómago vacío, tiene pleno derecho de ser descortés.

—Si quiere... —dijo Aldo, e hizo una breve pausa cuya intención deseó que el oficial comprendiera—. Si quiere ir al baño, pues, le ofrezco el de mi casa. Vivo allí, en.los altos de la tienda...

Sonrió entonces el capitán y disculpándose indicó:

—Oh, no, señor...

—Insisto: si lo desea...

—Gracias, de todos modos.

—Hambre y sed sí ha de tener. ¿Verdad?

—Sí. Algo.

—Pues, pruebe esto... —Rossi le ofreció un gordo trozo de embutido, de excitante aroma a especias—, Una mortadela italiana sabrosísima y muy fresca. Con galletas, queso y un poco de vino se deja comer. ..

Con el tirabuzón de su navaja de bolsillo descorchó una botella y la puso al alcance del artillero, quien por fin, lentamente, como si tuviera pudor, hincó los dientes en el emparedado de mortadela y queso que se improvisó por consejo de Rossi. Complacieron a éste los gruñidos aprobatorios con los cuales el capitán respondió a su pregunta:

—¿Está bueno, capitán? —y más aún oírlo decir, luego de un largo trago a pico de botella:

—El vino está muy sabroso. Es un poco agrio... Pero, así es su tipo.

—Excelente...

Ante lo entusiasta del elogio a ese vino apenas medianejo, Aldo sintióse incómodo por no haber obsequiado al capitán unas botellas de auténtica buena calidad: Chianti, Barbera o Lacrima Christi, por ejemplo.

—Luego —prometió, a manera de compensación—, luego beberemos algo que sí valga la pena.

—Gracias.

Antes, inmóviles, tensos como perros famélicos que ven a otro más afortunado roer un buen hueso, los hombres de la tropa observaban comer a su capitán. Algunos, sin advertirlo, remediaban los movimientos de su masticación; otros, limitábanse a escupir frecuentemente copos blancos y amargos de la espuma que secretaban sus glándulas salivales.

Era conmovedora la ansiedad que se advertía en sus gestos; el rencor sombrío en sus miradas; la tristeza enfurecida que colgaba de las comisuras de sus bocas.

El silencio de sus hombres, que habían dejado bruscamente de hablar en voz baja cuando él comenzó a comer, alertó al capitán, cuyos ojos se encontraron con los ojos acusadores de sus subordinados, que lo miraban —borradas ya las distancias formales de sus respectivas jerarquías—con simple, profunda y franca envidia animal. Como si hartarse a la vista de quienes sufrían hambre constituyese la más ruin de las traiciones, el capitán cesó de masticar. La mortadela perdió su gusto y al tiempo que un dolor le lastimaba el estómago, el fuego de la vergüenza quemó la piel de su cara. Con un sorbo se ayudó a tragar, y comportándose de suerte que sus camaradas no supieran cuan mortificado estaba llamó:

—Sargento...

—A la orden, mi capitán.

—Reparta eso a la tropa... —y señaló la cesta de víveres y las botellas.

—Sí, mi capitán...

Cuando el sargento comenzó a distribuir los víveres se formó un pequeño desorden entre la tropa, y fueron necesarios unos gritos para ponerla en calma.

—Los pobres tampoco han... —dijo el oficial; y Rossi repuso:

—Se ve...

Con una bayoneta, el sargento abrió las latas y cortó los embutidos y el queso, en forma de que todos alcanzaran una porción. En un brevísimo instante, los hombres devoraron hasta las migajas de aquellos alimentos (si bien magníficos de calidad, muy escasos en cantidad) que no aplacaron su apetito, sino que lo estimularon más. Al cerrar la noche por completo, los civiles se desvanecieron en las tinieblas y la calle volvió a ser, íntegra, de los soldados y los muertos. Sin dirigir la palabra a Rossi, el capitán bebía a cortos sorbos el vino griego, que al marearlo ya, acentuaba lo triste de su humor. Aceptó el tabaco y el fósforo que le ofrecía el italiano, y después empezó a desgranar frases, muchas frases, de resentimiento.

—Tiene usted razón —resumió Rossi después de haberlo escuchado atentamente—. Todo lo que está pasando es una soberana porquería.

—De lo peor, señor.

—Y sin embargo...

—Estamos aquí, matándonos, aunque nuestra muerte para nada sirva . .. —Señaló con el índice la oscuridad que albergaba los cadáveres—. ¿A quién beneficiará que esos hombres hayan muerto? ¿Sabe, señor, que esto ya se acabó?

—Por hoy, sí capitán.

—Por hoy y para siempre, señor... —El capitán lo miró agudamente, ansioso de que comprendiera qué, en verdad, quería decirle—. Los que no estamos locos sabemos, desde el domingo, quién va a ganar.

—Ahora que llegaron los refuerzos, no es difícil adivinarlo.

—¿Usted cree, señor, que van a ganar Madero y el gobierno?

—Sí. Ellos.

—Ésos están liquidados. Otro será el que gane.

—¿Quién?

—Pues, él.

—¿Y quién es... él?

—¿Lo pregunta, señor? ¡Quién ha de ser! Victoriano Huerta.

—Huerta defiende al gobierno. Es el comandante general.

—¿Gobierno? Bah. Lo mataron la mañana del domingo en el Zócalo.

Tras las palabras del capitán asomaba su rostro el espíritu de la derrota. Le parecía increíble a Rossi que ese oficial, que se había batido brevemente doce horas contra los rebeldes de La Ciudadela, se expresara con tan profundo desaliento, con tan poca fe en la causa por la cual luchaba.

—Si el gobierno no existe, capitán, ¿qué caso tiene que usted esté aquí?

Lo interrumpió el artillero. De muy adentro de su pecho le salió un suspiro, que bien podía ser de fatiga o de infinita desesperación:

—Obedezco órdenes. Soy soldado.

—Si hay órdenes, es que todavía hay alguien que manda. ¿Quién las da?

La pregunta pareció desconcertar al capitán. Para contestarla se tomó el tiempo que consumió en beber los restos del vino que aún había en la botella:

—Las órdenes, señor, las dan nuestros superiores... —y para anticiparse a la pregunta que Rossi le haría inmediatamente, se apresuró a decir—. Pero yo no sé quién se las da a ellos...

Un tumulto de enaguas humildes, de pies desnudos que se aproximaban a la carrera, de voces que llamaban ansiosamente:

—Juan...

—Encarnación...

—Natividad... —irrumpió en la calle. A un tiempo, colectivamente impulsados por el ansia de hallar a sus mujeres, los hombres de la tropa se lanzaron, ciegos, a la espesa negrura, al encuentro de las que llegaban. Trémulos ellos también, nombraban a la compañera, la orientaban con vagos indicios:

—Por acá...

—Chabela, aquí ando...

—Eduviges, ¿dónde estás...?

—De este lado, Catarina— y cuando unos y otros se hallaban, los cuerpos se fundían en un estrecho, tierno, prolongado abrazo; en una copulación simbólica e interminable. La presencia de las que arribaban en bandada (mujeres color pueblo, cobrizas o cetrinas; vestidas con blusas y largas faldas de manta oscura; algunas llevando a sus hijos por la mano, o en la cuna tradicional del rebozo sobre la curva de la espalda) pareció librar instantáneamente de su abatimiento a los soldados. De la ceniza del silencio brotó de nuevo la llama alegre de la charla, de las risas, de las bromas de honda intención sexual. Era el minuto de los encuentros; el fin de la ausencia mutua; y a los clamoreos, al lloro de los niños y a las rudas palabras tiernas que los guerreros

decían a las compañeras de sus vidas, se mezclaban los llantos y los lamentos de las que encontraban, donde lo alcanzó la muerte, el cadáver del que creían aún vivo.

—Siempre los siguen —comentó el capitán, con no poco desconsuelo—. No importa qué tan lejos estén, o en qué peligro anden los hombres, ellas siempre llegan. Ahora, la situación va a complicarse bastante más. Las mujeres se quedarán. Dormirán, morirán aquí con ellos...

—¿Por qué no les ordena que se vayan?

—Si lo hiciera, los hombres se amotinarían. Es costumbre, señor, que las soldaderas, con sus hijos y hasta con sus animales, sigan a las tropas. Ellas son, como si dijéramos, la espuela que las hace marchar. Los hombres pelean mejor cuando sus mujeres los acompañan. No sé por qué, pero así es. Tal vez, pienso, porque les gusta que los vean morir; porque son muy, muy machos. Mañana lo comprobará.

Creyendo tomarlo en contradicción, Rossi preguntó:

—¿No dijo usted, capitán, que esto había terminado ya?

—Sí, eso dije.

—¿Entonces, cómo es que mañana vamos a ver pelear otra vez a sus hombres?

—Porque así será, señor. La pelea seguirá. ¿Por cuánto tiempo?

—Sí. ¿Por cuánto tiempo?

—Por el que diga el general Huerta.

A media velocidad, procedentes de la avenida, entraron a la calle, uno detrás de otro, dos automóviles descubiertos. Aminorando la marcha, se abrieron paso entre los soldados, en un continuo zigzag para no aplastar los cadáveres y a quienes los acompañaban. Cuatro hombres en ropa civil iban en el vehículo de vanguardia; el chofer y tres guardianes de uniforme, en el otro. Ambos lucían banderas blancas y de la Cruz Roja en los guardafangos. Recorrieron cincuenta metros, hasta que una voz, la muy bronca del sargento, les marcó el alto:

—¿Quién vive? —exigió, mientras se agrupaban junto a él, prontos los fusiles, algunos soldados.

—Gente de paz —dijo, poniéndose en pie y alzando la mano derecha, el hombre que viajaba al lado del conductor del primer coche.

—¿Asunto?

—Que venga el que manda esta fuerza... —ordenó sin titubeos, como si tuviera autoridad para hacerlo.

El capitán, que ya acudía a ver quiénes eran y qué deseaban los ocupantes de los autos, se anunció:

—Aquí está.

—¿Es usted el oficial a cargo de esta batería?

—Sí.

—Pertenecemos al Comité de Voluntarios de don Gustavo Madero, hermano del señor Presidente.

—A sus órdenes.

Bajaron los viajeros del primer coche. Con voz rápida y confusa, así que se presentaban al capitán, recitaron sus nombres y títulos: abogado Robles, el que hablaba; doctor López, Profesor Rico y Bernabé Hidalgo.

—Venimos a ver qué se les ofrece —anunció Robles, al término de las presentaciones.

—Todo.

—Hum. ¿Les han traído ya de comer?

—No.

—Bien. Nosotros nos ocuparemos. ¿Cuántos hombres tiene?

—Vivos, veintidós.

—¿Sufrió muchas bajas?

—Siete.

—Una pena... —el abogado chasqueó la lengua, como si en verdad lamentara aquellas muertes. Continuó dramáticamente—: Cosas son de la guerra, capitán. Pero seamos prácticos. Haga usted formar a sus hombres a fin de proceder al reparto de raciones

—Tenemos también mujeres y niños.

—Oh. ¿Y quiénes son?

—Las soldaderas y sus hijos.

—Hum —volvió a gruñir Robles—. El caso es, capitán que solamente podemos dejar comida para los hombres, para los soldados. Será mejor que se arreglen entre ellos. ¿No le parece?

Aun antes de que el sargento, por órdenes del capitán, convocara:

—¡A formar!

Ya los soldados se habían puesto en fila, muy próximos al segundo automóvil, en el cual llevaban los caballeros del Comité un gran perol con sopa y dos cestas llenas de piezas de pan blanco. Las mujeres y los niños integraban grupo apretado de hambre y ansiedad un poco más atrás. Rossi, que a distancia observaba la escena, preguntábase de dónde habrían sacado los combatientes los trastos de peltre, hojalata y aluminio en que iban a recibir su ración.

A una seña del brazo de Robles, los del otro automóvil comenzaron a repartir el *rancho;* una cucharada de sopa (agua chirle, insípida y grasosa) y un pan por cabeza. En un instante, los bordes de las aceras se poblaron de hombres acuclillados y hambrientos que compartían con sus mujeres y sus hijos la exigua pitanza. El sargento, solícito, llevó a su capitán la parte que le correspondía.

—Cómasela usted, sargento.

—Es la suya, capitán.

—Haga lo que le ordeno, y retírese...

Alegraba a los señores del Comité el entusiasmo con que la tropa comía; y sus comentarios:

—Así da gusto...

—Nada remilgosos que son...

—La mejor salsa es el hambre... —comenzaron a irritar al oficial.

Cuando el último de los soldados hubo recibido su alimento, y los del Comité se disponían a abordar sus automóviles, el capitán preguntó:

—¿A qué horas vendrán a recoger los muertos?

Perplejo, el abogado Robles carraspeó antes de decir:

—Eso, lo ignoro.

—No pueden quedarse aquí, señor... —insistió el capitán—. Para mañana apestarán. Deben llevárselos. La moral de mis hombres...

Abrupto, lo interrumpió su interlocutor:

—Nosotros, capitán, repartimos comida, pero no recogemos cadáveres — rápidamente, seguido por sus compañeros, Robles subió a su auto y se repantigó junto al chofer—: En otras partes, soldados hambrientos como estaban los suyos, nos

esperan todavía esta noche. Y en lo que se refiere a los que murieron, no se preocupe; alguien vendrá por ellos. Hasta la vista...

Se fueron los dos vehículos, y luego de escuchar los desahogos del capitán contra aquellos a quienes llamaba genéricamente: "Los imbéciles del gobierno que nada saben hacer como Dios manda", Aldo Rossi se retiró también, a buen paso, para cumplir su cita con Betina.

5

AUSENCIO lo aguardaba a la puerta. Eran las once de la noche y la ciudad, al igual que la calle, se cubría con un negro sudario de miedo, fatiga y silencio. No se escuchaban gritos, disparos o galopes de caballerías. Los siete cadáveres de los soldados habían sido puestos, uno al lado del otro, sobre la acera, no lejos de los cañones en descanso. El movimiento y los cuchicheos en las parejas que hablaban de amor, o que lo hacían casi a la vista de otras ocupadas en lo mismo, eran los únicos indicios de que las masas de sombra que se arrebujaban al pie de los muros, no estaban muertas también. Temerosos de no volver a estar juntos nunca más, o, quizá, deseando no desperdiciar tan propicia ocasión, los amantes se agotaban incansables en el juego de los sexos.

—¡Cómo le dan vuelo a la hilacha...! —comentó socarrón Ausencio.

—Sí, ¡cómo...! —repuso Aldo.

Luego el mozo le informó con sonriente malicia de encubridor:

—La señora me ha mandado ya tres veces a buscarlo.

—¿Qué le has dicho?

—Que usted y el capitán no habían vuelto.

—Muy bien.

—El señor don Alfonso está dentro, desde hace como dos horas.

—Cono... —exclamó Aldo; y una gota helada de preocupación le cayó en el estómago.

Lo desconcertó saber que su cuñado estaba allí, por cuanto se quedaba, de pronto, sin la excusa que tenía preparada para el caso, remoto pero no improbable, de que María le pidiera explicar las razones de su larga ausencia. Él pensaba decirle: "Parte del tiempo que estuve fuera lo pasé con el capitán; el resto con Alfonso y Conchita. Si lo dudas, puedes preguntárselo a tu hermano cuando venga..." Ahora se hallaba otra vez en la comprometida situación de quien no tiene más que la verdad para justificarse; y la verdad era que Aldo, luego de haberse despedido del oficial, había caminado varias horas en busca de un sitio por dónde cruzar la línea de tropas que sitiaban estrechamente el amplio sector del centro de la metrópoli dentro del cual hallábase la casa de huéspedes de Betina.

—Coño... —volvió a decir, mientras seguía buscando una excusa que ofrecer.

Los hermanos Alard se hallaban en el comedor, y cuando él entró lo miraron de modos diferentes, Alfonso, con la cordialidad de siempre; la señora Rossi, segura de saber de dónde venía, con desdén. La mesa estaba ya dispuesta para la cena, y apenas Aldo ocupó su asiento, María ordenó a la *yaqui:*

—Puedes servir...

En cuanto se agotaron los comentarios sobre el bombardeo —a cuyo peligro estuvo también expuesta, como la suya, la casa de Alfonso— comenzó Aldo a referir lo que había visto y oído en su excursión por las calles. De vez en vez, sin enfatizarlas,

intercalaba en su relato frases casuales como: "El capitán y yo fuimos hasta...", "Un coronel nos dijo que...", "El capitán y yo supimos que mañana...", para que la señora Rossi supiera, indirectamente, que ni por un minuto había estado solo.

Muerta parecía la ciudad sin luz, y tan triste como en los aciagos días revolucionarios. Hambrientos y con la moral en crisis, los sitiadores velaban sus armas en torno a La Ciudadela. A retaguardia del frente, retenes de sombras con fusiles patrullaban calles, plazas, parques y avenidas. En vehículos de motor o en carretas tiradas por muías, eran recogidos los cadáveres de los hombres y las bestias caídos en el combate —combate que en las calles de Balderas, frente a la fortaleza acosada, había alcanzado proporciones de hecatombe para las tropas del gobierno. Por error táctico, o por mala fe de quienes ordenaron la carga de caballería, todo un regimiento de *rurales* había sucumbido bajo el fuego de las ametralladoras, los rifles y los cañones rebeldes.

—Yo vi pasar a esos hombres por aquí enfrente, esta mañana —decía Rossi, contagiado de indignación—. Sin saberlo, iban a que los mataran como a perros. Los mandaron a pelear estúpidamente, Alfonso; criminalmente. Porque fue asesinato, dicen los que vieron aquello, lanzar a los *rurales* contra La Ciudadela, sin más armas que el sable, por una calle descubierta y angosta como Balderas. Los *felicistas,* como si estuviesen avisados, los esperaban... para matarlos a casi todos. Fue una verdadera carnicería...

Aldo comía poco, y hablaba mucho y con vehemencia, pero su relato no interesaba a la señora Rossi. Sonaban las doce cuando terminaron el café, y como si quisiera hacer comprender a su hermano que era muy tarde y que debía despedirse, llamó a Matilde, le ordenó levantar el mantel y le reiteró las acostumbradas instrucciones de cada noche: cerrar bien las puertas, apagar el fuego de las hornillas, no hacer ruido por la mañana hasta que ella saliera de su alcoba. Los hombres, sin embargo, no demostraban tener prisa: uno de concluir su crónica de horrores y el otro por marcharse.

Los temas se enlazaban; la charla volvíase fluida, inacabable, y en María más amplios, continuos y sonoros los bostezos.

—Hablé con la gente, Alfonso; está furiosa y asustada.

—Que el miedo se huele, es cierto.

—Y el gobierno parece empeñado en hacer las cosas mal. Imagínate que ni siquiera le ha dado de comer a la tropa. Me consta.

—Hay tantos rumores.

—Los soldados, por ejemplo... —y recordó lo que al principio de la noche había oído decir al capitán—, los soldados saben, presienten, que alguien los está vendiendo; que sus jefes negocian la traición.

—Totalmente de acuerdo.

—Y eso es grave...

—Terrible.

—¿Adonde nos llevan, Alfonso?

—Al desastre... —como si deseara que su confidencia no trascendiera de ellos mismos, Alfonso Alard bajó la voz para decir—: Un amigo mío, que es paciente de un médico americano, supo ayer que el embajador Wilson ha prometido a los rebeldes el apoyo de Washington para derrocar a Madero.

—Se dice eso, y también que varios barcos con soldados yanquis están por llegar a Veracruz.

—Aún hay algo peor —agregó Alard, en el mismo tono—, mucho peor. Lo sé de buena fuente... Me aseguran que Victoriano Huerta y Félix Díaz se entrevistaron esta mañana.

—¿Será posible?

—Parece que sí. Hablaron casi dos horas, a solas, en cierta casa de la Colonia Roma. Fue un tal Enrique Cepeda, *Cepedilla,* amigo o compadre de Huerta, quien arregló que se encontraran.

Seguía la mujer de Rossi bostezando cada vez más frecuentemente, pero ni a su marido ni a su hermano les importaba lo que hiciera. Ambos, en continuo arrebatarse la palabra, continuaban enfrascados en el análisis de la situación, en cuya gravedad estaban acordes:

—Si por su lado Lane Wilson le tiene puesta la puntería, y si por el suyo también se la tiene Huerta —conjeturaba Alfonso—, el gobierno caerá; caerá... Cuando se alian un embajador americano y un traidor local nada bueno resulta...

—Lo que extraña es que el señor Madero no haga nada.

—¿Y qué puede hacer... si es que sabe lo que se trama en su contra?

—Lo que haríamos tú y yo, por ejemplo: coger a Huerta y fusilarlo por traidor.

—Madero no es de los que fusilan. Además, carece de autoridad, de fuerza y de decisión para imponerse.

Rossi refirió después a su cuñado lo que había dicho el mayor Lima la mañana del lunes. Creía, revelándolo, anotarse un tanto en su favor en aquel torneo de informaciones confidenciales. Sonriente, sin interrumpirlo ni una sola vez, Alfonso le dejó llegar al final, y luego comentó:

—No eres el único que lo sabe, Aldo. Que tienen hasta vacas de ordeña es rigurosamente cierto, también —y para molestar un poco a su hermana, comentó con sorna— La Ciudadela es algo así como una tienda, una iglesia o un lupanar. Entran y salen los que quieren. Políticos, recaderos, alcahuetes, prostitutas y curas...; curas que van a confesar a los heridos y a poner de paso su granito de arena en la traición. Indigna que todo esto suceda a plena luz y en las narices de los sitiadores. ¿Sabes por qué? Porque Huerta ha dado órdenes de dejarlos hacer...

—Si van a echar a Madero, ¿para qué asesinan gente, Alfonso? ¿Qué caso tiene provocar matanzas como las de los *rurales?*

—¿Crees que a Huerta le quita el sueño que mueran mil o diez mil? Quizás esa sangre favorezca sus planes, o los del embajador Wilson.

Según Alfonso —a quien le tomó cinco minutos desarrollar su hipótesis ante Aldo, que no dejaba escapar palabra, y ante María, que no escuchaba ya ninguna— el plan de Huerta era de una simplicidad siniestra: Primero: irritar al pueblo. Segundo: ya irritado, lanzarlo en contra de Madero. A la postre el único culpable del exterminio del Apóstol sería el pueblo.

—Una especie de *"Fuenteovejuna"* a la inversa, en la cual el pueblo destruye a un Comendador magnánimo... Consumado el crimen, Huerta tomaría el poder sin riesgo de que lo llamaran traidor.

—El pueblo no traicionará a Madero. ¿Cómo podría...?

Con suave ademán, Alard pidió a Rossi que callara:

—No estés muy seguro.

—¿Por qué?

—Cuando se dé cuenta de que padece hambre, sed y miedo, el pueblo culpará a Madero, y no a Huerta, de sus desgracias. Se revolverá contra él y lo hará pedazos. La

lealtad de los pueblos es muy, muy elástica. Huerta lo sabe, y por eso prolonga esta situación. En sus manos, el pueblo es un gallo de pelea, con la navaja ya puesta. Jugador experto, está ahora enfureciéndolo, *calentándolo* que dicen los tahúres, antes de lanzarlo contra su adversario inerme.

—El pueblo se dará cuenta...

—Sí, sí, claro que se dará cuenta, pero cuando sea ya tarde; luego de haber hecho lo que Huerta quería que hiciese.

—Lo dudo.

—Dentro de tres días, o de diez, lo veremos.

—Madero pudo con un hombre más fuerte que Huerta. Echó a Don Porfirio.

—1913 no es 1910. Las cosas han cambiado. En 1910, creo que ya te lo dije, Madero no estaba solo como ahora, ni lo acosaban enemigos tan poderosos, dentro y fuera, como hoy. Desde que es Presidente, ¡duele admitirlo! ha demostrado que no tiene agallas para gobernar a México y dominar al Ejército y a sus jefes.

—Muchos le son leales.

—Dúdalo. El que manda a todos es el traidor principal.

—De ser cierto lo que dices, ¿por qué Huerta no ha tirado a Madero? ¿Por qué no ayudó a los rebeldes desde el principio?

—Porque ellos, seguros como estaban de imponerse con el *cuartelazo* del domingo, habían ofrecido la presidencia a Bernardo Reyes. A Bernardo Reyes, y no a Huerta. ¿Qué dase de bicho será el indio que hasta los de su calaña le desconfían? Sin embargo, ahora las circunstancias le son favorables. Muerto Reyes, Félix Díaz vale poco. Huerta negocia con él para ver qué parte del botín se lleva.

—Solo, ya que dices que es tan fuerte, podía tomar la presidencia. No creo que necesite a Félix Díaz. ¿Quiere congraciarse con él...?

—No es con el tarado de Félix con quien desea congraciarse Huerta, sino con quien lo apadrina: míster Wilson. Tal vez la condición que el embajador le puso a Victoriano para ayudarlo haya sido la de que compartiera el poder, en cierta medida, con el sobrino de don Porfirio.

A la una y media de la madrugada, cuando la conversación sobre el tema político comenzaba a decaer, Alfonso anunció que se marchaba. Con un suspiro de alivio, María fue la primera en levantarse, y sin disimular su impaciencia dijo:

—Es peligroso que andes solo, a estas horas, por esas calles de Dios.

—Lo dices de un modo, que parece que quieres echar a tu hermano... —comentó Aldo en broma.

Alfonso dijo:

—Sí. Es tarde y Conchita ha de estar preocupada...

—Por ella lo decía yo... —apuntó la señora Rossi hipócritamente, y luego a Aldo—. En lo que te esperábamos, Alfonso me contó el mal rato que pasaron con los cañonazos.

—Conchita sufrió mucho. Cuando salí a comprar algo para comer mañana, la pobre se quedó con el alma en un hilo.

—¿Qué conseguiste?

—Nada. Porque nada hay, como no sea hambre. Con decirte que vi algo que me puso los pelos de punta. Un viejecito que llevaba una bolsa de panes duros fue atacado por unas treinta gentes. Lo mataron a puñetazos y patadas y se comieron allí mismo el producto de su robo. A nadie importó que la sangre del pobre humedeciera los bolillos...

—Qué bárbaros...

—Bueno. Ahora sí me voy...

En uno de sus característicos arranques de generosidad que tanto mortificaban a su esposa por extemporáneos y elegantes, Aldo propuso:

—Mientras las cosas se componen, ¿por qué no se vienen, tú y Conchita, a pasar unos días con nosotros? ¿Qué dices, María?

Alfonso se volvió rápidamente para mirar a su hermana. ¡Cuánta frialdad sorprendió en sus pupilas; cuánto disgusto en sus labios contraídos! María estaba furiosa porque Aldo, quizá sin proponérselo, la había puesto en la disyuntiva de negar o aceptar su proposición. Si se tratara de recibir sólo a su hermano, habría accedido inmediatamente. Pero ¿brindarle hospitalidad, también, a una mujer que vivía en el más abominable de los pecados? Para ahorrar a la señora Rossi el bochorno de la respuesta, Alfonso se disculpó:

—Estamos bien en nuestra casa, Aldo. Gracias de todos modos.

—Alfonso, Conchita estará mejor aquí que allá.

—Ella... no querría venir.

—Iré contigo a verla. Y te apuesto que la convenzo...

Rápidamente, para poner fin a ese estira y afloja, terció María Rossi:

—Alfonso ha dicho que no. ¿Para qué insistir, Aldo...?

Se inclinó Alfonso para dejar un beso de adiós en la frente de María, cuyos pálidos y fríos rasgos en nada eran distintos a los de una estatua de cera. Mientras él la besaba, ella murmuró:

—Tú puedes venir cuando quieras.

—Muy amable de tu parte...

Para llamar a Matilde y a Ausencio que cuchicheaban en la cocina, Aldo alzó la voz, y su mujer quiso saber qué deseaba de ellos.

Ignoró Rossi la pregunta y cuando los dos sirvientes se asomaron, les ordenó:

—Matilde: llena con manteca una olla y con carbón unas bolsas grandes; corta unos pedazos de carne y envuelve todo para que se lo lleve don Alfonso.

Éste protestó:

—Aldo, no; por favor... —por más que a pedir en préstamo tales víveres había ido.

Prosiguió Rossi:

—Tú, Ausencio: vé a la tienda y prepara una caja... —después a su mujer, con voz que no admitía réplica—: Voy a salir con Alfonso...

Ella se mordió los labios. Con leve inclinación de cabeza se despidió de su hermano, tomó la lámpara que los alumbraba, y muy digna y erguida, sintiéndose profundamente vejada por la grosera forma en que le había hablado Aldo, salió del comedor.

6

PACIENTE como cazador de trampa, don Primo de la O espiaba la calle desde su alto balcón. En sus manos, tibio ya el metal por la prolongada espera, sostenía un rifle calibre 22, pequeño, ligero, de corto alcance, pero con el necesario para cubrir cualquier blanco dentro de un radio de cien metros. Dos veces lo había disparado en las últimas horas: la primera, por la mañana, antes del amanecer, contra un transeúnte solitario; la segunda, a pleno sol, contra Aldo y su hijo. Acertó una y erró otra. Aguardaba ahora probar suerte por tercera ocasión.

Suyas eran un arma y la voluntad de matar; el tiempo, de balas y muerte, le era propicio, y don Primo lo aprovechaba para vengarse del mundo hostil en que vivía.

Aunque jamás se daba por aludido, sabía que sus vecinos lo llamaban "Viejo joto..."; también, que lo espiaban morbosamente cuando recibía a sus jóvenes amigos, y no ignoraba de quiénes eran las manos cobardes que habían pintado en las paredes de su casa la palabra de cuatro letras que lo afrentaba. Siempre que esto ocurría juraba tomar revancha, castigar a sus ofensores. Castigándolos estaba ya desde esa mañana.

Si Aldo había sido siempre cortés con él, ¿por qué intentó matarlo? Si el pobre hombre del sombrero hongo le era completo desconocido, ¿por qué lo abatió de un certero disparo? Quizá porque siendo miembros del género humano ambos eran, en consecuencia, sus aborrecibles enemigos.

La puerta de la casa de Rossi se abrió para dar paso a tres sombras que llevaban en brazos varios bultos de diverso tamaño. Súbitamente estremecido por la placentera emoción del homicidio, don Primo se echó el rifle a la cara. Al azar, pues no estaba satisfaciendo su venganza contra al en particular, apuntó a una de las sombras; su dedo buscó el gatillo, contuvo el aliento para que el arma no temblara. Sin embargo, no disparó.

Aldo, Alfonso y Ausencio se alejaron calle abajo.

Don Primo de la O siguió un tiempo en el balcón, frustrado, perplejo, preguntándose —pues lo ignoraba— por qué el índice no había obedecido a su orden de tirar del gatillo.

IV

1

CUANDO el reloj del comedor marcó la media con una campanada intensa y solitaria, la señora Rossi abrió los ojos y murmuró dificultosamente, pues la fatiga la abrumaba todavía, las palabras que acostumbraba decir siempre al despertar:

—Gracias, mi Dios, por concederme la gracia de vivir un nuevo día.

Entre bostezos apartó las sábanas, pero no completó la acción de saltar del lecho. Era tal el cansancio de su cuerpo, tan profunda la modorra que embotaba sus sentidos, tan agudo el sueño que tiraba de sus párpados, que decidió no levantarse, aunque ello significara quebrantar por voluntad propia su cotidiano hábito de asistir a misa de seis. Volvió a reclinar la cabeza sobre la almohada y con la voz del pensamiento pidió a Dios perdón por no acercarse a Su altar esa mañana. La diaria visita al templo permitía a la señora Rossi cumplir con sus deberes de católica que toma en serio su religión y olvidar la amargura de su vida sentimentalmente en ruinas. Era allí, en la casa del Señor, donde hallaba —así fuera sólo por sesenta breves minutos— ánimo para vivir, razones para perdonar, motivos para soportar sin queja, por un día más, la existencia tristísima que el Creador había dispuesto para ella.

Si el cuerpo le agradecía aquel reposo, su conciencia en cambio le reprochaba haberse sometido, más que al de la fatiga, al mandato del miedo. Ella tenía para justificar su insólita determinación de quedarse en casa, el consejo que el Padre Paz le había dado antes de que la polémica de los cañones alcanzara el grado de inaudita ferocidad que alcanzó después: "Si los combates continúan, y todo hace suponer, por desgracia, que continuarán, será mejor que no salgas. En vista del grave peligro que

todos corremos, es casi seguro que la Mitra tome el acuerdo, muy prudente me parece, de cerrar los templos. Así que no te expongas innecesariamente; en tu hogar puedes acercarte a Dios, y Él, dadas las circunstancias, te lo apreciará de igual manera que si acudieras a Su casa". No habiendo tenido nuevas noticias de don Gregorio, ni medios de averiguar si algunas de las iglesias próximas (San Francisco, Catedral o La Profesa) continuaban abiertas al culto, María consideró que era insensato arriesgar su vida y la de Matilde aventurándose por las calles llenas de amenazas.

Aunque ni un ruido perturbara el silencio del amanecer, con todo y que la penumbra en la alcoba era absoluta y de que ella deseaba dormir de menos dos horas más, le era imposible a la señora Rossi atar otra vez los cabos del sueño interrumpido. Dormía, sí, por cortos periodos, como los enfermos; pero ni aun durante esos fugaces momentos se apagaban por completo las luces de su conciencia, y tenía la sensación de estar despierta en la pesadilla, o dormida en en la realidad onírica. Elementos del caos mental: ideas, palabras, imagines, sonidos, rostros que había olvidado o que no conocería jamás, bullían en su cerebro como dentro de un gran caldero. Siempre en el momento justo de ahogarse en aquella materia, abría los ojos y experimentaba el alivio de saberse a salvo; pero siempre también, en cada súbito retorno a la superficie de la lucidez, traía consigo un recuerdo de su odisea por aquel laberíntico universo. De todos, el más persistente era el de su hermano Alfonso.

Y como en los anteriores, en el último de sus retornos, el recuerdo del rostro de Alfonso se mostró a los ojos secretos de su mente con el mismo perplejo, airado y dolorido gesto que apareció en él la noche anterior, cuando ella, con seca crudeza, se negó de hecho a admitir como huésped a Conchita Espíritu. Ahora, ¡qué fútiles parecíanle las razones con las que aún se esforzaba por justificar su acto de egoísmo! Una mujer como ella, ufana de vivir conforme a los más estrictos cánones de la bondad, ¿tenía derecho a erigirse en juez de la moral ajena y, en nombre de esa moral, desdeñar a la compañera de vida de su hermano? Al admitir finalmente que no era suyo ese derecho y que su conducta estaba muy lejos de ser de una cristiana auténtica, rompió a llorar, y lloró por largo tiempo. Al término de aquel llanto tibio y copioso, experimentó el apremio de purificarse por medio de la confesión.

Saltó de la cama y a pequeños pasos rápidos —tan rápidos y pequeños que sus pies descalzos parecían no rozar el suelo— cruzó la alcoba. Ante la imagen del Cristo de Limpias quedó inmóvil, como en trance místico, por un momento. Después, brusca, se dejó caer de rodillas, a plomo, sobre el piso *de parquet,* causándose deliberado dolor. Desdeñar la muelle comodidad del reclinatorio era parte del sacrificio de la purificación, como también lo era no arroparse, aunque dentro de la holgada camisa de franela su cuerpo sufriera la mordedura del frío. Al impulso de su aliento un poco fuera de ritmo, vacilaba la llama rojiza de la veladora que ardía siempre en el centro del altarcito.

Presa de febril delirio, inició uno de los largos y conmovedores monólogos que solía recitar, en sus momentos de desesperación, al pie del Cristo. Con sus palabras, dichas de prisa, frecuentemente interrumpidas por sollozos y suspiros, no buscaba como otras veces hacerse merecedora de la piedad divina. Sirviéndose de ellas como de un flagelo, castigaba casi con placer, gozando a la par que sufría, lo que más estimaba de sí misma: su orgullo; y destruía con razones justas y leales las muy endebles y ficticias en que se apoyaba para ser como era.

Al fin de aquel riguroso examen de sí misma le fue dado a la señora Rossi juzgarse (por efecto de un fenómeno del que tuvo conciencia, pero que no se preocupó por analizar en el momento en que estaba produciéndose) con el implacable rigor con que

los otros la juzgaban. Creíase noble, y era ruin; abnegada, y era tiránica; pródiga, y era avara; víctima, y era verdugo; y sobre todo morbosa por cuanto de satisfacción sensual derivaba del sufrimiento. Menos que admitir sus anti—virtudes, la anonadaba haber podido calar tan hondo en la intimidad del juicio ajeno. Si en tan poco la tenían sus semejantes, qué digna de lástima era.

Si bien se negaba a sí misma el don de la piedad, ¿por qué negarlo a los demás, inclusive a los que amaba? Porque —y su voz adquirió una singular agudeza cuando la elevó para que fuera más convincente— ella amaba a Alfonso, a Luis Felipe, a Aldo; no de la manera convencional en que a ellos les hubiese gustado que se les amara (con besos, sonrisas y arrumacos) sino de un modo denso, profundo, perdurable. Aldo quizá no lo creyera así porque las relaciones entre ambos carecían del fuego de la carne. Gran error el suyo, pues, ¿no es en sí el perdón la forma más pura del amor? Perdonando cada una de sus ofensas, ¿no elevaba su amor por él a niveles superiores a los de la pasión del sexo?

La crisis de la purificación llegaba a su término y María Alard de Rossi sentía que en su alma, con la derrota de sus prejuicios, se había operado un milagro de amor. Ahora, aplastada la serpiente de la soberbia, invadíala una especie de regocijo que daba a su espíritu, antes sombrío, una ligereza, por inexplicable, maravillosa, y le comunicaba el impulso absolutamente sincero de reparar, sin demora ni reticencias, cuantos agravios hubiese podido inferir a su marido, su hermano, su hijo, sus criados. De todos, debía comenzar por Alfonso. Cuando volviera el jueves, brindaríale la máxima prueba de cariño: rogarle que él y Conchita aceptaran ser sus huéspedes. Si se rehusaba (lo que no le era improbable, pues era un Alard—Torre de Caballeros, puntilloso hasta el máximo en cuestiones de honor, orgullo y dignidad) le colmaría de presentes.

Resuelta a poner en práctica sin tardanza el primero de los muchos buenos propósitos en que abundaba su ánimo, prometió al Cristo dedicar cuanto esfuerzo y oraciones fueran necesarios para rescatar a su hermano de la ciénaga de pecado en que vivía y en la que, ¡ay!, seguiría viviendo mientras el sacramento del matrimonio no santificara su amasiato. Así que Conchita dejara de ser la querida de Alfonso y se convirtiera en su legítima esposa, desaparecería el gran escollo que imposibilitaba la reconciliación de los Alard, tan distanciados espiritualmente por culpa de la intrusa. Tenía, reflexionó, un magnífico pretexto para inmiscuirse, con más o menos disimulo, en la vida privada de la pareja: el niño que esperaban para agosto. ¿Qué mejor que invocar el nacimiento del chico para convencerlos de la necesidad de casarse antes? Si no deseaban que su hijo llegara al mundo como simple fruto del deseo de sus cuerpos, ¿era o no sensato pedir a Alfonso y a su compañera que legalizaran, a ojos de Dios y de la Ley, su inmoral concubinato?

Cierto —admitió después de que hubo tomado el acuerdo de convertirse en amable componedora de aquel enredo—, cierto que al desposarse Alfonso con la antigua mesera de *El Globo,* ella tendría que admitirla como hermana, aunque tal aceptación fuera por sí una pena y un rudo golpe a las normas de su ética social; cierto, también, que le sería difícil y no agradable alternar con mujer de tan oscuro origen y frágil moral como Conchita. (¿No es oscuro el origen de una persona que ignora quién fue su padre; y frágil la moral de quien acepta liarse con un hombre, así sea éste soltero y libre?) Mas, suspiró enternecida por el placer que dulcificaba sus raptos de amargura, ¡qué hermoso sacrificio ofrecía al Señor con esta nueva prueba de bondad hacia sus semejantes! Si Cristo besó con Sus celestiales labios las llagas inmundas de los leprosos; si defendió con Su palabra a la Pecadora de Magdalena; si no consideró

indigno morir entre dos ladrones, ella, María Alard de Rossi, también podía doblegar su altivez y tolerar a la futura esposa de su hermano.

Tal que si una gigantesca tenaza tirara de él para arrancarlo de cuajo, el edificio comenzó a temblar violentamente. La señora Rossi, sorprendida en el acto de incorporarse, fue lanzada de bruces sobre el altar. En su caída volcó la veladora y el aceite le quemó el dorso de la mano. La alcoba se llenó de horribles ruidos cuando, en forma casi simultánea, haciéndose pedazos, se estrellaron en el suelo el cuadro con el retrato de *Mamacita* y el vaso con agua que María acostumbraba tener en el buró. Repuesta a medias del susto, recordó entonces lo que había olvidado —que la ciudad estaba en guerra y que los hombres, luego de la nocturna paz del reposo, volvían a empeñarse en la tarea del exterminio.

Así como siempre hay un perro que contesta al ladrido de otro perro, así también un cañón lejano respondió al que había disparado segundos antes en la calle. Como si aquellas dos detonaciones —sonoro prólogo a una nueva jornada trágica— hubiesen sido una señal para los artilleros, las baterías de toda la ciudad comenzaron a bramar furiosamente. El aire, limpio y fresco aún de amanecer, empezó a velarse con el humo de la pólvora y a heder a azufre; y el azul tierno del cielo adquirió en unos minutos el aspecto de un vidrio sucio de jabonadura parda. Luego de incorporarse tan de prisa como sus piernas enfermas de flebitis se lo permitieron, la señora Rossi se lanzó hacia el corredor. Ansiaba ver a su hijo y compartir con él, uno en brazos del otro, esos momentos de aterrorizado desconcierto. Al pasar frente al espejo, miró de soslayo su imagen: triste imagen de mujer desprovista de belleza, con el pelo en desorden, las mejillas grises, los labios exangües. Se detuvo, y llamó en tono que creyó imperioso y que fue apenas un susurro.

—Matilde, ayúdame. Ven —y aguardó, en vano, a que la *yaqui* acudiera.

Rezongando malhumor, se despojó del camisón y cubrió su cuerpo entumecido con las múltiples prendas interiores que usaba debajo del traje negro. La irritaba que Matilde no estuviese allí para abrocharle los botones de la espalda, y hubo de hacerlo ella misma hasta donde pudo.

Cepilló de cualquier modo su cabello y con las yemas de los dedos aplicó a sus mejillas un toquecito muy discreto de carmín. ¡Dios perdonaría la frivolidad! Renunció a calzarse las botas y salió por fin en pantuflas.

Halló a Luis Felipe asido al cuello de Aldo, y a ambos sentados en la cama, un poco como náufragos. No lloraba el niño, pero, instintivamente, a cada disparo del cañón se apretaba más contra el pecho desnudo de su padre. María permaneció indecisa, en tanto sus pupilas se acostumbraban a la penumbra del dormitorio. Después, sin que le importara tropezar con la bacinica o con las mantas caídas en el piso, corrió hacia el niño y en un si es no es desesperada, lo arrancó de los brazos de Rossi y comenzó a arrullarlo con suaves vaivenes, al tiempo que sus labios susurraban:

—Shhh, shhh, shhh... No pasa nada, mi amor. No te asustes. Aquí está mamá para cuidarte...

Igual que la víspera, Luis Felipe rompió a llorar; pero no de miedo como ella creía sino de cólera. Bullendo como pez entre los brazos de su madre, el niño trataba desesperadamente de volver a los de Aldo y con sollozos que la impotencia agudizaba, tendíale las manos a Rossi al tiempo que berreaba:

—Pa—pá... pa—pá . .. —de un modo tan angustiado y triste, que Rossi, a sabiendas de que provocaría la furia de su mujer, trató de rescatarlo. Pero María, sin que sus

labios cesaran de recitar su retahíla de arrullos y fragmentos de oración, se resistió de tal manera firme y obstinada que él hubo de renunciar.

Cuando su marido desistió de disputarle al hijo, la señora Rossi elevó la voz para imponerla al gemir persistente de Luis Felipe:

—No llore más, mi nene... Shhh, shhh... Nada le pasará porque mamá lo quiere mucho. Dios te salve, María; llena eres de gracia...

Inmediatamente después de extinguirse el aullido que la precedía, una granada hizo blanco a muy corta distancia; quizá en el traspatio. Por la puerta entró al despacho, envolviendo a los tres, una gigantesca voluta de polvo. No se apagaba el estrépito de los vidrios que se despedazaban contra el piso, ni el de las macetas que se estrellaban en las baldosas, ni el crujir escalofriante de los muros que se cuarteaban, cuando otro obús dio de lleno en la azotea. Un nuevo terror sonoro se añadió a los anteriores: una cascada de pedruscos, balines, esquirlas y fragmentos de ladrillo se abatió sobre el tinaco y el tejado metálico del que había sido en tiempo antiguo criadero de las palomas mensajeras de Aldo. Luego, el silencio vacío de voces, ruidos y disparos. La quietud absoluta de la vida interrumpida.

Entre los remolinos de polvo gris, Rossi alcanzó a entrever la silueta de su esposa, que trataba, con Luis Felipe en brazos, de ganar la puerta. Con el aturdimiento de quien ha cegado o perdido el juicio súbitamente, ella corría de un lado a otro, golpeándose contra las paredes, los muebles e, inclusive, contra el colchón que cerraba el paso a la luz; y al no hallar la vía de escape, prorrumpió en alaridos, hasta que un acceso de tos la ahogó. Al de su madre unió el niño su propio llanto de terror, lo que terminó por exasperar a Aldo.

—Cállate —ladró entonces, zarandeando a su mujer—. ¡Cállate...!

Casi instantáneamente la señora Rossi cesó de gemir. En sus ojos muy abiertos había, más que miedo, asombro por haber sido tratada con rudeza, de un modo brutal al que no estaba acostumbrada. Retrocedió hasta que sus corvas tropezaron con el sillón del escritorio. Se dejó caer sobre él. De los brazos de su madre, que ya no lo retenían, escapó Luis Felipe y fue a enroscarse en las piernas de su padre.

—¡Cállate! —gritó de nuevo Aldo, no obstante que su mujer estaba ya abismada en el silencio. Necesitaba gritar así para tranquilizarse él mismo y no ser víctima, como lo había sido María, de la histeria.

Ella lo miraba fijamente, sin pestañear, contenido el aliento, con la temerosa curiosidad con que se mira al padre cruel. De pie frente a María, separadas las piernas, pálido también, húmedo de sudor el pecho desnudo y velloso, respirando como si acabase de hacer un tremendo esfuerzo, Aldo parecía estar a punto de echarse sobre su esposa y despedazarla a golpes.

—Ya pasó todo... —dijo, apagadamente.

Sus ojos siempre en los de Aldo, la señora Rossi asintió dos veces lentamente, en respuesta a esas palabras que le llegaban, tenues, como a través de la distancia inconmensurable del sueño. Igual que si estuviesen expuestos al calor intenso, los rasgos de su rostro de cera comenzaron a borrarse, a derretirse —pensó él— hasta que a la expresión de pánico que los crispaba sucedió otra, muy dulce, de arrobamiento. Por unos segundos, el semblante de María resplandeció embellecido. En sus pupilas fulguró un destello de luz muy hermosa, y su barbilla tembló al decir:

—¡Aldo...! —con un dejo de pasión que él nunca le había escuchado.

Echándose sobre él con tal ímpetu que lo hizo trastabillar, María se enredó con brazos y piernas, hiedra demente, al cuerpo de su marido, y luego —con la

desesperación de quien sufre terror o deseo— comenzó a frotarse con su pecho, su vientre y sus muslos. De sus labios húmedos de saliva espumosa brotaban borbotones de gemidos, no muy distintos, pensó Rossi, a los que de los gatos que claman su celo en la soledad nocturna de las azoteas. Creyéndola bajo los efectos de una retardada crisis de miedo, trató de dominarla, inmovilizándola; ella, agresiva y frenética, opuso la resistencia de todas sus uñas. A los gemidos, cada vez más roncos, siguió un prolongado estertor y a éste, por último, un estremecimiento de cabeza a pies. Dejó entonces de moverse y quedó quieta, vertical como un pino, blanda; las ramas de los brazos, inertes a los flancos; las mejillas lustrosas de sudor. Se apartó de Aldo; le dirigió una larga mirada que él no pudo descifrar y, de pronto, tal que si la abochornara su conducta, se cubrió la cara con las manos, y huyó. Rossi alargó la mano para detenerla, pero lo único que hizo fue desgarrarle el traje por el hombro. Al dar el primer paso para correr tras ella, tropezó con Luis Felipe, perdió el equilibrio y ambos rodaron por el suelo. El niño, que había llorado desgarradoramente entre los cuerpos de sus padres (que lo aplastaban hasta casi asfixiarlo o lo golpeaban con las rodillas o lo pisoteaban en su salvaje forcejeo) tornó a aullar a plena voz. Cuando Aldo pudo ponerse en pie, el chico volvió a abrazarse a sus tobillos.

—¡Suéltame...! —masculló Rossi, sacudiéndolo como a un perro que le hubiese clavado los colmillos en el pantalón.

Del patio —cráter de un volcán en erupción— ascendía una gruesa columna de polvo. El que no alcanzaba a dispersarse en el aire de más allá de la azotea, caía de vuelta, lentamente, para abrumar con su peso blanco las amplias hojas de las plantas de sombra, las cubiertas de las jaulas, las baldosas del corredor, el pasamanos de la escalera. A zancadas cruzó la distancia entre el despacho y la alcoba de su mujer. Tiró del picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—María, ábreme —pidió, ahogándose con la lija en suspensión que lastimaba su garganta al respirar.

Dentro de la alcoba escuchó un rumor de pasos que acudían; después, breve, definitivo, el doble ruido de los pasadores metálicos con los que la señora Rossi protegía por las noches la intimidad de su alcoba.

—María, María... —volvió a decir, en voz más alta.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó ella, secamente.

—Entrar. Hablarte. Saber cómo estás.

—Bien.

—Abre, María.

—Déjame en paz.

—Abre... o tiro la puerta —bufó él, ya enojado.

—Si puedes... —fue la respuesta a su amenaza.

Dispuesto a cumplirla, haciendo de aquello una cuestión de honor, Rossi cargó con el hombro dos o tres veces, pero la cerradura y los pasadores resistieron sus embates. Le quedaba como último y eficaz recurso romper a puñetazos los cristales; pero no lo intentó. Acostumbrado a reñir y ser reñido por cualquier motivo, poco le importaba que su mujer se rehusara a admitirlo en su alcoba; y si se había puesto malhumorado ello debíase, más que a nada, a la forma en que lo retó a derribar la puerta. No hacerlo constituía para él una afrenta y para ella una victoria de qué ufanarse en el futuro cada vez que disputaran.

—No abras si no quieres... —dijo por último, al tiempo que desahogaba su rabia asestando un puntapié contra las maderas.

La sensación de que la casa había quedado incompleta, mutilada, y no sólo físicamente, a resultas de los impactos, comenzó a mortificarlo de nuevo. La primera vez que intuyó que algo faltaba en ella, algo que debiendo estar no estaba, fue al salir del dormitorio de su hijo para dirigirse al de su esposa. Ahora, mientras discurría por el corredor, la cocina, la despensa, el costurero, silenciosos, desiertos y llenos de polvo (en busca de los daños que hubiesen podido causar los obuses) la ausencia de ese elemento cuya identidad resultábale imposible establecer, se hacía a cada minuto más evidente. Por mucho que estuviera seguro de saberlo, irritaba a Rossi no poder precisar qué faltaba en aquel su pequeño mundo y se sentía, por su fracaso mnemotécnico, tan molesto como quien no acierta a pronunciar un nombre, así lo tenga "en la punta de la lengua", como suele decirse.

Harto ya de arar en el campo estéril de su memoria, renunció a seguir torturándose; y apenas lo hubo hecho, cayó en cuenta (por mera eliminación subconsciente de las partes concretas que componían el todo abstracto de lo que llamaba "mi casa") que el *algo* elusivo en cuya busca desesperaba, eran los criados, sus criados, en quienes hasta el momento no había pensado ni una sola vez. Con mucha vergüenza reflexionó que Matilde, Ausencio y doña Albina, sin los cuales su propiedad parecía incompleta y disminuida, bien poco significaban para él; tan poco, que necesitó de un gran esfuerzo mental para recordar que existían.

Preocupado por la suerte que hubiesen corrido, y que el gran silencio presagiaba trágica, los llamó a gritos, a través de la bocina de sus manos, de un modo vago, como lo hacía cuando deseaba que alguno de ellos, sin que importase cuál, acudiera inmediatamente:

—Gentes... ¡vengan!

Ninguna voz respondió a su llamado, que se perdió sordamente en la quietud grisácea; tampoco, cuando lanzó el nombre particular de cada uno:

—Matilde.

—Albina.

—Ausencio... —haciendo una pausa después del grito para que el eco del anterior no atropellara al siguiente. Sus temores se acentuaron entonces; pues, de no estar muertos o heridos, alguno habría dado respuesta a su reclamo.

Comenzaron a bramar nuevamente los cañones y, a poco, lo cual parecía no tener sentido, a cantar con alegre sonoridad los canarios y los zenzontles. Como no había rastro de los criados en esa parte de la casa, Aldo se dirigió a las dependencia del fondo. Una sección de dos plantas dividía el patio. En la interior —cementerio de lo inútil— se almacenaban cajas, barriles de vino, rimeros de papel de envoltura, diarios antiquísimos, la cortadora para el pasto que nunca llegó a sembrarse; centenares de botellas cubiertas de polvo y telarañas, envases de madera apolillados y semidestruidos; costales con alimento, ya seco, para las palomas, y mil enseres más cuya existencia ni se recordaba ni importaba. En la superior, ubicada frente a la cocina, estaba el costurero y dentro de él, en grandes anaqueles, los blancos de uso diario (sábanas, toallas, manteles, servilletas, trapos de secar, fundas para muebles y almohadas) y también otros despojos que el tiempo acumula en las casas y que no se tiran porque se piensa que aún podrán servir. En ese cuarto de reducidas dimensiones cabían, además, gracias al admirable orden de la señora Rossi, dos escaleras de tijera, una mesa plegadiza, una cama que servía de sofá, el mohoso tostador de café que había sido de *Mamacita;* un *bidet* de peltre, la cuna y algunos juguetes de Luis Flelipe;

una tina para los baños de pies, y docenas de otros heterogéneos objetos, vetustos y limpísimos, que la patrona hacía sacudir lo menos tres veces por año.

A excepción de unas pocas grietas en el revoque del despacho, la parte delantera de la casa no había sido muy castigada por los obuses; la posterior, en cambio, directamente herida por ellos, estaba dañadísima. El baño colectivo de los criados era una chata pirámide de cascajo, marcos de ventana, polvo y pedazos de vidrio; intacta, quedaba la purria de lámina. Un gran tramo del barandal de hierro colgaba, retorcido y a punto de desplomarse, sobre el vacío del patio. Negro, de bordes dentados de los que irradiaban profundas cuarteaduras iguales a raíces, un boquete de casi dos metros de diámetro señalaba el sitio donde había hecho impacto otra de las bombas, arriba de las tres habitaciones de los sirvientes. Menos que los desperfectos, que eran graves pero no irreparables, alarmó a Rossi no hallar tampoco allí a Matilde, doña Albina o Ausencio. Trepó de prisa sobre los escombros, que invadían el corredor y, lleno de macabros presentimientos, se detuvo a unos pasos de los cuartitos. No se atrevió a entrar por temor a recibir una sorpresa trágica. Llamó con el respeto con que se invoca a los muertos.

A la primera y terrible sospecha de que sus criados estaban muertos, siguió en la mente de Rossi la optimista convicción de que quizá sólo estuvieran heridos, debajo de las ruinas, imposibilitados para responderle y, por tanto, en trance de necesitar auxilio. Con el apasionamiento de quien sabe que de su celeridad depende salvar una vida humana, se aplicó a despejar el derrumbe mientras, a gritos, llamaba a María para que lo ayudara.

Era tal su ansiedad que no sentía dolor cuando los pedruscos le lastimaban las manos o los pies, o cuando algún clavo, trozo de vidrio u otro objeto punzante le pinchaban la piel. Por el contrario, al impulso de aquella furia que le hervía en la sangre, que lo hacía resoplar como gañán y escupir injurias de carretonero, continuaba apartando pedruscos, hierros, maderos y todo cuanto, pequeño o grande, dificultaba su labor de rescate.

Entre dos cañonazos, una cautelosa voz masculina le preguntó:

—¿Le ayudo, patrón?

Cuando Aldo se volvió a mirar a quien le hablaba, halló ante sí, asomado a medias por el ventanuco del cuarto de Matilde, a Ausencio: un Ausencio de tez verdosa, encogido como si sufriera frío, bien distinto al activo, malicioso y sonriente de siempre. Una emoción muy grande, que le subió del estómago a la garganta como una burbuja agria, y después un estallido de cólera, sacudieron al amo. Arrojando sobre los otros el gran trozo de piedra que sostenía en brazos, largó una blasfemia:

—Grandísimo cabrón, ¿dónde diablos estabas?

Con una sonrisa ladina respondió Ausericio:

—Aquí nada más...

—Aquí nada más... —repitió Aldo, remedando el taimado estilo de hablar del criado—. Uno buscándote todo el día y tú... ¡aquí nada más! Ande, huevón, vamos a trabajar...

Se desvaneció Ausencio en la oscuridad del cuarto y un instante después apareció en la puerta. Receloso, como si temiera la celada de invisibles enemigos, miró a ambos lados del corredor antes de salir. Tras él, teñido de rubor el rostro, surgió Matilde.

—Vaya, vaya, vaya... —exlamó Aldo, mirando a uno y otra con incisiva malicia—. ¿Así que estaban juntos, eh?

Nerviosa, Matilde comenzó a frotarse las manos como si las enjabonara. Los ojos en el suelo, enrojecidas las orejas. Ausencio tampoco miraba de frente al patrón.

—Sí, señor —dijo ella, a punto de llorar.

La llama de la sospecha alumbró el entendimiento de Aldo y le aclaró de paso el misterio de la desaparición tan prolongada de ambos.

Era obvio, pensó, que Ausencio y la *yaqui* dormían juntos, sin que los amos lo supieran. De otro modo, ¿por qué se comportaban con la nerviosidad de amantes sorprendidos en pecado?

—Y juntos la pasaron muy bien, ¿verdad? —preguntó con el claro propósito de confundir más a la muchacha.

Negó ella con rápidos movimientos de cabeza. Aldo miró entonces al mozo y le hizo una guiñada cuya intención, al parecer, Ausencio no comprendió:

—¿Y por qué no la pasaron bien, eh?

—Teníamos mucho miedo, patrón.

—Y nos pusimos a rezar... —aclaró Matilde.

—¿A rezar?

—El rosario.

—¿En la cama, muy juntitos, no?

Descubriendo al fin con qué propósito hacía Aldo esas preguntas, Ausencio respondió casi con enojo:

—Hincados en el suelo.

—¿Por qué no salieron ni contestaron cuando los llamé?

—No lo oímos.

Con un descaro que nunca había habido en sus ojos hasta ese momento, el señor Rossi miró a la criada. Era joven y su cuerpo, de sólidas caderas, estrecha cintura y abundantes senos, muy apetecible. Buen gusto el de Ausencio. De pronto, todo aquel andamiaje de sospechas que había construido en medio minuto de interrogatorio se desplomó en un segundo, cuando doña Albina apareció en la puerta del cuarto. Sus viejos dedos nerviosos pasaban aún las cuentas del rosario y la piel de su rostro tenía el aspecto mortecino del de una anciana que acaba de morir.

La presencia de la cocinera, con quien compartieron el terror de la primera fase del bombardeo, probaba que la *yaqui* y el muchacho no habían estado solos, ni haciendo lo que Aldo suponía. En lo íntimo, el amo se sintió en deuda con Matilde, cuya pureza mancillara al ponerla en duda.

Solícito, un poco por ser amable con ella y un mucho para que Matilde y Ausencio no advirtieran su turbación, Rossi se acercó a doña Albina. Sus manos, reumáticas y ásperas á causa de cincuenta años de ingrato trabajo, estaban heladas, húmedas, tiritantes, como si acabase de sacarlas del agua; y comenzaron a temblar más fuerte cuando él las retuvo entre las suyas.

—¿Se siente bien, doña Albina?

—Sí, gracias a Dios.

—¿De verdad?

—De verdad.

Como si quisiera, confesándolo, reparar la grave ofensa del olvido de unos minutos antes, Aldo dijo:

—Al no encontrarlos en ninguna parte, creí que algo malo les había pasado. Luego al ver cómo quedó esto, pues, me imaginé que... que…

Ágil, la vieja tomó la frase en el punto en que perdía continuidad por los titubeos de Rossi:

—... que estábamos hechos tortilla. ¿No?

—Bueno, sí.

—Pues casi, casi eso nos sucede.

La vieja y Matilde se encontraban en la cocina en el instante en que estalló el primer obús, el que abrió el gran boquete un poco encima de las habitaciones de los criados.

—Como dicen que un rayo no cae dos veces en el mismo lugar, corrimos a meternos al cuarto de Matilde, y a poco llegó Ausencio, corriendo como alma que se lleva el diablo. Los tres nos pusimos, por las dudas, a rezar el rosario... meándonos del susto.

—¡Albina ...! —la reconvino Matilde, hablando en forma que hacía recordar a la señora Rossi.

—Pues nos meábamos, digas tú lo contrario —la rebatió brava y seca, antes de continuar—, íbamos en el segundo misterio cuándo ¡pum!, al carajo el baño... y me dije: "Albina: los refranes sólo dicen pendejadas y el rayo sí cae donde cayó antes". Luego de eso, de lo que teníamos ganas no era de mear sino de...

—¡Albinita! —volvió a interrumpirla Matilde, la piel del rostro guinda como tomate maduro.

—Pues era cierto...

Para embromar a la vieja, aficionada siempre a recurrir a la sabiduría de los anónimos filósofos del refranero, citó Aldo el dicho popular:

—Hierba mala, doña Albina, nunca muere.

Asintió ella, y dijo como jactándose de poseer el don de la indestructibilidad:

—Si lo dice por mí, es cierto. Soy de lo peor, de lo que no muere así nada más —a sus palabras, pronunciadas con grave seriedad, siguió una de esas trepidantes risas que espeluznaban a la señora Rossi; y a la risa, de modo que no escapara a la perspicacia de Aldo la omisión de la persona de María, una pregunta—: ¿Usted y el niño están bien?

—Asustados como todos.

Fue Matilde la que se interesó por su ama, cosa que Aldo le agradeció secretamente:

—Y doña María, ¿cómo está la pobrecita?

—En su recámara —le informó vagamente—. Sería bueno que fueras a verla.

Apenas se hubo ido la muchacha, doña Albina murmuró con cierto fiero regusto que Aldo compartía:

—Negra de coraje va a ponerse la patrona cuando vea qué rompedero hicieron en su casa y cuánta tierra hay regada por todas partes... ¡Ella que es tan limpia!

—Sí que lo es, y tan ordenada... —convino él, y encontró en los ojos de la vieja la misma mordaz ironía que ella encontraba en los suyos.

Brindándole el apoyo de sus manos, Aldo y Ausencio ayudaron a la mujer a salvar aquel cerro de escombros y casi en vilo la transportaron a la cocina. Allí con el tono autoritario que otorga la confianza, ordenó:

—Don Aldo: vaya a ponerse una camisa antes de que la patrona lo vea y lo regañe, o antes de que pesque usted una pulmonía.

Dejaron a la vieja en su cubil, sacudiéndose el polvo que blanqueaba el ruedo de su falda negra, y juntos procedieron a inspeccionar cuidadosamente todos los rincones de la casa, del fondo del patio a la azotea.

CON GRAN deleite, Aldo encendió el primer habano de la mañana. Quizá porque lo fumaba en calma, el humo fuerte y aromático parecía tener un gusto magnífico. Era la primera vez en muchos años que desayunaba solo y, también la primera que podía paladear el tabaco, allí mismo en el comedor, inmediatamente después del último sorbo de café y no en el patio, en su cuarto o en el retrete, casi a escondidas, como hubiese tenido que hacerlo de hallarse presente su esposa. Para su fortuna, la señora Rossi continuaba en su alcoba, no repuesta aún de los estragos que el pánico había causado a sus nervios. Porque ella estaba lejos —y no hostigándolos con sus órdenes, ni intimidándolos con su gesto de rabia desdeñosa, ni haciéndoles sentir cuánto la enfadaban, o qué sucios eran, o qué tardos para adivinarle el pensamiento— en la casa había una gran paz, una calma sin temores. En camisa, tranquilo y lento, Aldo saboreaba su excelente puro; en sus dominios, doña Albina preparaba la comida de acuerdo a su muy personal estilo, y Ausencio prefería curiosear lo que pasaba en la calle antes de ocuparse en retirar los escombros del traspatio.

En los últimos sesenta minutos sólo cinco o seis obuses habían caído en la vecindad de la casa. El cañón de la esquina tronaba de vez en cuando, a intervalos cada vez más largos, como un perro cansado que ladra para que sus enemigos no crean que está dormido o muerto. Al parecer, los artilleros de La Ciudadela preferían ahora objetivos más distantes.

Las ametralladoras, en cambio, estaban activas; pero a sus disparos, sin la pujanza de las armas pesadas, no se les tomaba ya muy en serio.

Entre los ruidos del combate, a los que sus oídos comenzaban a acostumbrarse, Aldo percibió un redoble de tacones femeninos avanzando por el corredor. Rápidamente, por si fuera María la que llegaba, apagó el puro en los asientos del café que había en la taza, dispersó a soplidos el humo y asumió una actitud tranquila de perfecta indiferencia. Los pasos, tan iguales a los de su ama, eran de Matilde, que llevaba en las manos la charola con el desayuno de la señora Rossi. Como lo hubiese hecho ésta, la *yaqui* olisqueó la atmósfera atabacada e hizo un levísimo gesto.

—¿Cómo está tu patrona?

—¿Cómo quiere usted que esté la pobre?

—Digo —insistió Rossi—, ¿mejor siquiera?

—Igual que antes —le mostró la charola. La leche y las galletas no habían sido tocadas por María. Suspiró Matilde, con pesadumbre—. Ojalá y durmiera un poquito, ya que no quiso probar nada. Sólo un terrón de azúcar y un poco de magnesia.

—Iré a verla... —pensó Aldo en voz alta.

—Será mejor que no... —dijo Matilde, abrupta; luego, embarullándose en las excusas trató de justificarse—. Ella está ahora acostada. A lo mejor, ya dormida. Me dijo que iba a dormirse. Yo, por eso... Pero si usted quiere ir...

Sonriendo para que Matilde se sintiera menos incómoda, Aldo desistió:

—Sí. Es mejor dejar que duerma.

Volvió Aldo a encender el habano. Nuevamente la pereza del ocio comenzaba a adueñarse de su voluntad. Pensar que otro largo día sin nada en qué ocuparse le esperaba, lo desalentó. La pregunta, que ya se había formulado la víspera: ¿Qué hacer?, adquiría ahora un peso que, sabíalo, iba a resultarle agobiador. ¿Qué hacer, si lo poco que podía estaba hecho? Revisar cuentas, calcular lo que costaría en tiempo y dinero reparar la casa, jugar con el niño ¿todo ello otra vez? O, ¿por qué no embriagarse y dormir veinticuatro horas consecutivas? Su mente, y eso le produjo

alivio, fue quedándose vacía de pensamientos: ni una sola idea, ni un recuerdo, ni la representación gráfica de palabras, objetos o rostros. Nada. Un estado absoluto, perfecto, placentero, vegetal diríase, de inexistencia.

Podía él creerse flotando en el centro de la nada, pero las fuerzas que determinaban el orden de la casa continuaban activas. Fuerza de una inercia a la que nadie conseguía, o deseaba, sustraerse; impulso de acción que todos, excepto él, aportaban a la vida común de la familia. Laboriosa abeja, Matilde barría los dormitorios, tendía camas; suplía, en sus funciones de madre, aya y médica, a su ama. Albina pelaba vainas de chícharo, la última legumbre que había en la despensa, para la sopa. Ausencio, blanco de cal del pelo a los zapatos, removía escombros. Y él, Rossi, en la silla, con el cilindro de tabaco entre los dedos, sin fumarlo ya; los ojos abiertos, inexpresivos, fijos en la luz. Un segundo, o una hora se prolongó el letargo y cuando retornó al universo real del que se había evadido, se encontró de pie y se escuchó llamar:

—Albina... —con una voz que no reconocía suya.

Apareció la cocinera y, desde el umbral, los dedos ocupados en algún menester de su oficio, se anunció:

—Ya voy... —como si él no estuviese mirándola.

—¿Hay café?

—¿Quiere más?

—Yo no. Sólo saber si hay café hecho.

—¿Lo hago?

—Sí.

—¿Una taza?

—Una jarra. De menos un litro.

—¿Tanto?

—Avíseme cuando esté hecho.

—¿No es mucho beberse una jarra de a litro?

—Póngale bastante azúcar. ¡Y apúrese...!

Volvió la vieja a su cocina murmurando cosas que sólo ella comprendía. Avivó con el soplador de palma tejida el fuego de la hornilla y vertió más agua, hasta casi llenarla, en la marmita de peltre. Cuando Rossi pasó por allí, un poco más tarde, ella dijo en voz fuerte para que él la escuchara:

—El café todavía no está. El agua ni siquiera hierve y yo no soy relámpago.

Rossi no respondió. Había abierto el *cuarto frío,* en el que

150

se guardaba la carne que la familia consumía durante la semana. No era una heladora en la acepción común del término: sólo una pequeña despensa de un metro por un metro, de techo muy alto y muros de cemento, cuya baja temperatura lográbanse mantener sin ayuda refrigerante del hielo, aun en los meses calurosos, gracias a una doble puerta hermética.

—¿Se le ofrece algo? —oyó que le preguntaba la cocinera.

—Nada.

De los garfios de hierro pendían robustos trozos de carne fresca, que estaban allí apenas desde el sábado anterior: costillares de cerdo y carnero; *faldas* de res, jugosos aguayos, tiernos lomos. Descolgó uno de éstos y lo entregó a la cocinera.

—Córtelo en pedazos y póngalos a asar.

—¿Para la comida dice usted?

—No —repuso él, comenzando a impacientarse—. Para ahora mismo. Quiero que estén listos cuando hierva el café.

Permaneció en la cocina hasta que la vieja hubo cortado la carne. Cuando la echó a las brasas, el aire se impregnó de un aroma apetitoso, y de la chachara de la mujer que hacía comentarios sobre las mil y una formas en que una experta como ella puede preparar un buen trozo de lomo. Siguió Aldo hacia el baño, y permaneció en él hasta que la anciana fue a llamarlo:

—Ya están el café y la carne.

—Ahora salgo.

Encontró a doña Albina hablando a solas; preguntándose si su amo estaría loco por ordenar, a la hora del desayuno, un guiso que generalmente se dispone para la comida.

—¿Para quién es todo esto, si se puede saber, patrón?

—Shhh —le impuso silencio—. Para una obra de caridad.

—Humm —hizo Albina como búho y citó un dicho del pueblo, al tiempo que ponía un puñado de chiles verdes en el plato—. Usted sí que es candil de la calle y oscuridad de su casa...

—Cállese ya.

Tomó Aldo el plato con carne y pidió a la cocinera que lo cubriera con otro. Con la mano libre alzó la jarra que contenía el café. Desde el corredor aleccionó a su cómplice:

—Cállese ya.

Tomó Aldo el plato con carne y pidió a la cocinera que lo cubriera con otro. Con la mano libre alzó la jarra que contenía el café. Desde el corredor aleccionó a su cómplice:

—No vaya a decirle a la patrona lo que hicimos.

—¿Quiere que nos cape, eh?

—Ni a Matilde tampoco.

—¿Me cree chismosa?

El aire, del que bruscamente se llenó Rossi los pulmones al asomar la cabeza por la puerta del zaguán, olía de una manera extraña; un poco dulce como los billetes de banco muy usados; un poco agrio como el sudor antiguo; un poco a azufre, como la crema medicinal que usaba a veces para curarse los hongos del pie de atleta; y el resultado de la mezcla de hedores era tan insoportable que mareaba.

—¡Puaff...! —tosió, escupiendo un goterón de saliva.

Las aceras estaban cubiertas de más escombros y más cadáveres. Un vientecito intermitente removía el polvo de las ruinas, arrastraba de aquí para allá el estiércol seco de la caballada rural, esparcía las basuras, formaba remolinos de papeles, contaminaba del ácido olor a excrementos y orines la atmósfera cargada de miasmas. Activas y tenaces, negras algunas, verdes muchísimas, las moscas pululaban en hambrientos enjambres. Venidas de no se sabía dónde, eran dueñas ya, con el miedo, de la vasta soledad que abrumaba la calle. Sólo en la esquina, en torno al cañón, había indicios de vida.

Mientras sus hombres libraban la batalla, sudorosos por el calor de horno, macilentos por el cansancio y el ayuno, las soldaderas protegíanse del peligro al socaire del muro que no podían alcanzar los obuses de La Ciudadela. Mero hacinamiento de ropas humildes, cara color ceniza y cuerpos marchitos, esas mujeres soportaban con indiferencia el estruendo del cañoneo. Junto a ellas, quizá moribundos o en descanso, yacían algunos soldados. Otros, en la quietud definitiva de la muerte, cocíanse al sol, como islas de carne acribillada, entre charcos negros de sangre inútil, despernancados en las banquetas o en el arroyo.

Cuando la boca se inundó del líquido que anuncia el vómito, Aldo apretó los dientes, contuvo el aliento y cerró los ojos; más no consiguó con ello calmar su estómago convulsivo, descompuesto, por la mezcla repugnante del hedor que emanaba de la calle (y que en pleno vértigo pudo al fin asociar al de la carroña) con el sabroso aroma de la carne guisada por Albina. Un rocío glacial le humedeció la frente, al tiempo que lo ensordecía un zumbido aturdidor.

Las preguntas de Ausencio:

—¿Qué le pasa, patrón? ¿Está malo? —se le filtraron, lentas como gotas de aceite muy espeso, hasta el fondo de la conciencia.

Hizo un movimiento con la cabeza, que lo mismo podía significar sí que no, y respiró otra vez. La náusea dejaba poco a poco de acosarlo. El malestar comenzó a ceder; su estómago a aquietarse; la saliva a cambiar de sabor y a ser menos abundante; sólo persistía en sus oídos la rispida nota. Al abrir los ojos encontró los de Ausencio espiándolo con curiosidad.

—Todavía está verde, patrón. ¿Qué le sucedió?

—Creí que iba a vomitarme, por la peste.

—Huele a puta madre.

—Pero ya pasó. Ahora, vamos a dejar esto... —aludió al plato y a la jarra que milagrosamente no había tirado al sufrir el ataque de asco.

—¿Adonde?

—A esas gentes —y señaló a los soldados.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Tienes miedo?

—La balacera, óigala, está muy dura.

—Entonces, quédate.

—Podíamos ir después, en cuanto calme.

—Ahora; antes de que se enfríe el café.

—Bueno. Iremos —dijo Ausencio por compromiso, no muy decidido.

Pero en el último momento, sus plantas se enraizaron al suelo y no partió tras Rossi sino en dirección opuesta: hacia el seguro refugio de la puerta. Desde allí, medio cuerpo dentro del cubo del zaguán, medio fuera, vio a su amo ganar la acera de enfrente, la más abrigada, y sin detenerse, continuar a lo largo del hilo de muros llenos de agujeros, saltando por encima de los montones de piedras, o esquivando las trampas de los hoyancos, o desviándose a veces de la línea recta para no tropezar con los cadáveres que se pudrían en espera de que alguien viniera a recogerlos. Ignoraba que Aldo corría así de velozmente, acuciado por el pánico y porque a cada tranco el café se derramaba sobre sus manos y le causaba intensas quemaduras.

Vio también que desde la esquina, con agónicos movimientos de espantapájaros zarandeado por el viento, el capitán hacía señas al tendero para que no se acercara. Rossi, atento sólo a no caer, no podía verlo; y de haberlo visto, tampoco se habría detenido. Para él, lo más difícil estaba hecho; lo que requería más valor personal (salir al espacio abierto que picoteaban los proyectiles, las esquirlas asesinas, los balines ansiosos de matar) intentado con arrojo.

Enfurecido, el capitán riñó a Rossi con palabras crudas, soeces y violentas, al llegar a la barricada. Bastantes problemas le causaban las mujeres que plañían por sus muertos o heridos; los niños que berreaban en la locura del hambre, la sed y el ruido; los elementos de tropa que comenzaban a mostrarse remisos a seguir combatiendo con

el estómago vacío, para, además, tener que preocuparse por la seguridad de un civil entrometido.

—¿Qué chingaos busca aquí? ¿Qué lo maten por pendejo? —vociferó. El capitán tenía razón al reprocharle su insensatez suicida, al insultarlo de ese modo directo y cuartelario, que en circunstancias normales hubiera tenido por respuesta un puñetazo de Rossi; en ésas, sin embargo, la ira del jefe de aquellos soldados hambrientos y taciturnos era justa, y Aldo se sintió en el deber de ofrecer una disculpa:

—Perdóneme, capitán... —dijo, y, después, ruborizándose como un chico que trata de ganar con el soborno de un obsequio la simpatía o la piedad del adulto que lo riñe, le ofreció el plato y la jarra—: Quise traerle esto, para que almuerce. Frío, no sabe igual. ..

Lo dijo de manera tan contrita que el capitán no se atrevió ya a ordenar que regresara por donde había venido, ni mucho menos a seguir bañándolo de improperios. En sus ojos neurasténicos se extinguió la furia, y con los labios apretados que la sed volvía de arena, murmuró un:

—Gracias, señor —seco, sí, mas no agresivo.

—Pensé que no había comido desde anoche.

—Así es.

Igual que la víspera, cuando llevó la cesta con víveres y las botellas de vino, los soldados miraban con avidez el plato y la jarra y con el rencor del que desea para sí lo que otro tiene, al capitán. Las mujeres se removían inquietas, anhelantes, atentas. De soslayo advirtió Aldo esa dolorosa ansiedad, y expresó para disculparse:

—Creo que esto... alcanzará sólo para usted y, tal vez, para el sargento.

Su generosidad, comprendíalo tarde, había puesto al oficial en un aprieto ante los soldados y, de manera más dramática, ante las mujeres y los niños. Nada entendían éstos de rangos, ni de la estima de Rossi por el capitán, ni de su deseo de ayudar con un plato de comida y un poco de café siquiera, al jefe de los que peleaban en aquel sector del frente; ellos padecían los mordiscos del hambre, el coma de la sed, la saña implacable del sol. Con sus miradas humildes demandaban que se les diese un trago o un bocado, y era tanta su desesperación que Rossi comenzó a sentirse otra vez enfermo de egoísmo. Mas, reflexionó, si distribuyera entre la tropa, las soldaderas y los chicos cuanto almacenaba en *Sorrento,* sólo conseguiría saciar por poco tiempo el apetito de la pequeña multitud, pero no remediarlo definitivamente.

—Se estima lo mismo, señor —dijo el capitán, y guardó el plato y la jarra dentro de una caja de municiones ya vacía. Luego, suavemente, haciéndolo él primero, sugirió a Rossi—: Será mejor que se agache...

Era evidente que el capitán no iba a comer la carne ni a beber el café hasta que los cocineros del Ejército o los señores del Comité de Voluntarios llevaran el *rancho* para todos. Así lo indicaba, sin necesidad de ociosas explicaciones, su acción de guardar plato y jarra dentro de la caja. Pero si se abstenía, por pudor, de alimentarse a la vista de sus hombres, nadie podía impedirle que fumara, pensó Aldo, y puso en sus manos seis puros. Con pálida sonrisa de fatiga el artillero agradeció el obsequio.

Desde que ambos se atrincheraron tras la coraza metálica del cañón, el capitán había mantenido los ojos fijos en la carátula de su reloj de bolsillo. De pronto, alzó el brazo, lo mantuvo en alto varios segundos; y:

—¡Fuego...! —ordenó bruscamente. El 75 mm. disparó.

Cinco minutos más tarde, medidos al segundo, el cañón volvió a lanzar un proyectil; y otro, a los cinco siguientes. Iba a preguntar Aldo si aquella regularidad en los disparos obedecía a alguna causa técnica, cuando el capitán inició una confidencia: —Ni comida

ni municiones nos han traído hoy... —y señaló tristemente las cajas vacías; esas cajas que la víspera Aldo había ayudado a apilar junto a la pared. Prosiguió, con una de las amargas y tenues sonrisas que le animaban el rostro de tiempo en tiempo—. La tropa puede pelear con el estómago vacío y aguantarse la sed y pasarse la noche en vela porque el gruñido de las tripas no la deja dormir; pero éstos, el cañón, las ametralladoras, los rifles, no saben de olvidos... Ellos escupen balas, y para que yo mantenga una siempre en el aire, ¿comprende usted?, una bala siempre volando hacia La Ciudadela, necesito parque. Anoche, ya tarde, un coronelito del Estado Mayor vino a ver qué tan escasos andábamos, y me dijo: "Mañana a primera hora, capitán, tendrá usted lo que pide y bastante más". Le pregunté también cuándo vendrían a llevarse los muertos y me dijo: "Eso, capitán, no me compete. Descuide, que los de Sanidad vendrán por aquí..." Y mírelos, señor: allí siguen, inflándose, apestándolo todo, engordando a las moscas. —Dejó de hablar. Otro periodo de cinco minutos se cumplía; el sargento esperaba la señal. El capitán alzó el brazo. Lo abatió como hacha fatigada. ¡Pum! Al disiparse el humo, reanudó—. Dentro de un rato, así que acabemos con las pocas balas que nos quedan, tendremos que cruzarnos de brazos y sentarnos a esperar a que buenamente nos traigan más. Ahora, señor, ¿se da usted cuenta por qué le he dicho que todo esto... —lanzó una lenta mirada circular que comprendía la calle, la tropa, las mujeres, las armas, los niños, los muertos, el aire con su niebla de pólvora— que todo esto es una soberana mierda?

Ningún comentario hizo Aldo. Respetaba las opiniones del capitán. Los actores del drama suelen siempre censurar la calidad del que representan; y el capitán, como actor o comparsa, no era excepción. Aguardó Rossi a que dispararan el 75 mm., las ametralladoras y unos pocos fusiles. En el silencio que siguió a las descargas, el tendero se puso de pie, sacudió el polvo de sus rodillas, y dijo:

—Me marcho ahora, capitán.

—Cuando usted guste, señor.

—No quiero causarle más problemas —y cuando estrechó la mano del capitán insistió—: En mi mesa, y lo digo de corazón, habrá siempre un plato para usted.

—Gracias, señor.

Eran las diez y media de la mañana del miércoles 12 de lebrero de 1913. No muy de prisa aunque tampoco despacio, Aldo volvió a su casa, aprovechando el momentáneo cese al fuego que imponía el racionamiento de los proyectiles.

3

DESPERTÓ sudando a borbotones: su estómago, un infierno de llamaradas agrias; su boca sedienta, un páramo; su cabeza, un globo de jaqueca. Olió su aliento y le pareció repugnante: hedía a tabaco, alcohol y vómito. Gimió a causa de aquel malestar que le hacía sentirse enfermo, marchito, débil y culpable como después de una gran borrachera. Había bebido un poco de coñac por la mañana, apenas dos copas, para entonar sus nervios y, sobre todo, para zambullirse sin esfuerzo en el sueño de la siesta. Dos copas de *Hennessy* nada más ¡pero qué devastadores sus efectos! Supuso que la luz madura que entraba por debajo de la puerta era ya la del atardecer, y entonces una súbita ansiedad se apoderó de él. Trató de mover su cuerpo, pero sus miembros de plomo no respondieron.

—¡Coño...! —se lamentó, utilizando la expresión favorita de los abarroteros españoles, y volvió a tenderse con sumo cuidado como si su carne, y especialmente su cabeza, fueran de un material muy frágil.

En la nuca sentía, ahora, la frialdad desagradable de la transpiración que empapaba la almohada; en el bajo vientre los espasmos de un cólico; en el paladar la quemadura de la saliva acida. El cuarto se balanceaba como si pendiese de una cuerda. Con las dos manos, Aldo se tomó de los bordes de la cama. Lentamente fue desapareciendo la sensación de bamboleo. Un minuto más tarde, el retorno al sueño; el silencio interior; el alivio paulatino de la pena de sus órganos; la anestesia total del espíritu.

Transcurrió una hora antes de que abriera nuevamente los ojos. Sentíase menos mal; pero cuando intentó levantarse, los oídos tornaron a zumbarle y las paredes a temblar como si fueran de gelatina. Desistió. Para evitar el deslumbramiento de la luz se cubrió con el antebrazo. Sus pensamientos se mezclaban sin orden: la conducta de María por la mañana; los ultramarinos que aguardaban en Aduanas; el cadáver del desconocido de la víspera; los soldados que hacían el amor con sus mujeres; la calumnia mental a Matilde... y Betina. Betina siempre.

Betina, tan sensible que temblaba como una niñita empavorecida con los alegres estallidos de los cohetes que el pueblo quema la noche patria del 15 de septiembre, ¡cuánto estaría sufriendo, sola, indefensa, hambrienta quizá, en su cuarto de la casa de huéspedes, situada a no menos de cuatro cuadras de La Ciudadela, en la zona de mayor peligro! ¿Qué hacer por ella, qué a más de evocar el paisaje de su cuerpo: joven, fuerte, de tierna piel sedosa al tacto, que se daba al suyo con el fanatismo de la pasión; cuerpo amado, lleno aún de misterios y deleites; nostalgia abrasadora en la aridez de sus noches solitarias?

—Nada —se escuchó decir y preguntar después en ronca protesta. —¿Por qué no?

Colocado en el centro de dos poderosas fuerzas antagónicas, que por serlo en idéntica medida se neutralizaban, Aldo había creído siempre que mientras ese equilibrio no se alterara él podría seguir, sin muchos problemas, compartiéndose entre dos mujeres: su esposa y su amante: elementos clásicos del eterno lugar común. Pero ahora, de cara al dilema que demandaba una decisión viril, definitiva, dábase cuenta por primera vez —porque era la primera que reflexionaba abiertamente sobre ello— de lo complicado, confuso y equívoco de su vida sentimental; y más que eso, grave de por sí, de lo que era aún peor: de que le faltaba el mínimo de coraje necesario para dar el paso, cualquiera que fuese, que las circunstancias exigían.

—Betina... —dijo; y con esa palabra única, que brotó de sus labios en jirones, desgarrada como un lamento, nombró amorosamente, acariciándola, a la víctima más débil de su inmensa cobardía. Lo terrible, admitíalo apenas, era que habiendo creído siempre pertenecer a su amante, por albedrío de amor, y a su esposa, por imposición del deber, no pertenecía a ninguna, al tiempo que ni una ni otra eran por completo suyas. En consecuencia, estaba solo; en la trágica soledad de quien no puede dividirse.

¿Víctima más débil, Betina? Sin duda que sí, pensó. Ni María ni Luis Felipe estaban del todo desamparados como la pobre amante. Él chico tenía a su madre; ésta, a su hijo; ambos, a Rossi y a los criados. La catalana, a nadie; porque Aldo —el único de quien podía esperar el consuelo de su compañía en esas horas terribles— hallábase en su casa, lejos de ella, cumpliendo a la fuerza con el deber de velar por los suyos, débiles también si se quiere, pero que lo necesitaban bastante menos.

¿Sabría su amante comprender las razones por las cuales, contra su deseo, había tenido él que abandonarla en la orfandad del peligro? ¿Cabía esperar de ella, noble por

naturaleza, el premio del perdón sin reproches ni resentimientos? Cuando volvieran a encontrarse, ¿hallaría a la dulce y enamorada Betina, o por el contrario, a una Betina ya enriquecida por la experiencia del desengaño y, por lo mismo, dura, amarga e incrédula? A ésas que lo agobiaban se agregó otra inquietud: la de la duda. Planteó una pregunta: "¿Si quien jura que te ama te dejara por acompañar a los que dice que odia, merecería el perdón que esperas para ti?", y a sabiendas de que se condenaba, respondió que no. Mas lo que verdaderamente trastornaba a Rossi —por cuanto lo hería en su vanidad de maduro Don Juan, capaz aún de cautivar a una mujer con las legítimas armas de sus recursos galantes y no por lo espléndido de sus dádivas— era el temor de haber caído ya del alto pedestal de admiración en que la muchacha lo había puesto desde que se conocieron.

El agudo patinazo de las llantas de un automóvil que paraba ante su casa, y los cuatro o cinco enérgicos golpes de aldabón que cayeron después sobre la puerta del zaguán, hicieron a Rossi saltar de la cama aturdido por la inquietud. Con el precario equilibrio de quien camina sin estar del todo despierto, dio unos cuantos pasos, sonámbulos, por el cuarto caldeado como horno, y volvió a dejarse caer sobre el lecho. El rostro entre las manos, los codos en las rodillas, incapaz, por mucho que sacudiera la cabeza, de disipar los vapores del sueño que le empañaban el entendimiento, dejó transcurrir un tiempo. Ya más sereno y lúcido, pudo encadenar las palabras de la única pregunta que se le ocurría formular: ¿quién, con tan dramática insistencia, demandaba que se le admitiera?

Un repique de nudillos en el cristal de la puerta estaba redamando su atención, y una voz de mujer:

—Señor don Aldo, le hablan… —su presencia en el corredor.

Figura de linterna mágica, la silueta de Matilde aguardaba la respuesta, de perfil y levemente encogida, en el corredor:

—¿Qué quieres?

—Lo buscan.

—¿Quién?

—El Padre Paz.

—¿A la señora o a mí?

—A usted.

Cansadamente, Aldo se dirigió hacia la puerta, muy extrañado de que el Padre Paz lo buscara a él y no a María. Pocas personas le eran más antipáticas que ese cura hipócrita, comodín, pedigüeño y malévolo, que le sangraba el bolsillo para sus obras pías y que no vacilaba, sin embargo, en utilizar en su contra el puñal de la intriga.

—¿Qué le digo, patrón?

—Que espere.

Desde que descubrió que la Palabra, el Criterio, el Consejo y hasta el Gusto de Paz tenían para la señora Rossi validez de dogma; y, más que eso, desde que fracasó en su empeño de querer liberarla del vasallaje espiritual a que estaba sometida, Aldo se dio a atribuir todas su desavenencias conyugales a la perniciosa labor del sacerdote. ¿Quién había sugerido a María que expulsara a su esposo del lecho que en el principio de su matrimonio compartieron? ¿Quién urdía en la intimidad siniestra del confesionario las peores infamias contra el tendero? ¿Quién, con su prédica malvada, filtraba gotitas de ponzoña en el sensible corazón de la mujer, hermético para todos excepto para su confesor? ¡Paz, siempre Paz; el omnipresente Paz —pajarraco de mal agüero, negro por dentro y por fuera!

Al abrir la puerta, la cal viva de la luz le quemó los ojos. Ciego por unos instantes, los cubrió con una mano en tanto que se apoyaba a la chambrana con la otra.

—¿Qué hora es? —preguntó, aludiendo a esa luz deslumbradora, aún muy blanca y tierna, que carecía de la dorada madurez que suele tener la de los atardeceres del altiplano.

—Como la una.

—¿Apenas?

—O a la mejor, como las dos.

—Oh —si en verdad era sólo la una de la tarde, como decía Matilde, y no las cinco o las seis como él había supuesto al despertar, ello significaba que la siesta había sido breve: apenas un parpadeo de hora y media.

Después de haber estado mudo largo rato, el cañón atronó en la calle, y cuando los ecos del estampido se esfumaron en el aire hediondo, la criada dijo:

—¿Le digo al Padre que suba?

—No. Bajaré yo... —se dirigió Aldo a la escalera y, antes de poner el pie en el primer peldaño, ordenó a la *yaqui—:* Avísale a tu patrona que el *zopilote* está aquí.

El Padre Paz se paseaba nerviosamente, en continuo trenzar y destrenzar los dedos de sus manos enlazadas por la espalda. Cada vez que salía de la clara sombra del cubo del zaguán y era tocado por la flama vertical de la luz que derramaba sus ardores sobre el patio, su traje negro adquiría tonalidades verdosas, de musgo viejo. Cuando el sudor comenzaba a escurrirle por la frente, limpiaba con el índice la badana húmeda del antiquísimo sombrero de ala ancha, endurecida por el tiempo, el uso y la transpiración; y luego servíase de él para abanicarse el rostro, húmedo y gris como el alzacuello. Comenzaba a parecerle interminable aquella espera de cinco minutos y se preguntaba si no habría sido un error haberse anunciado a Rossi y no a María. Así que las piernas de Aldo aparecieron en el relleno de la escalera, el sacerdote acudió a su encuentro y antes de que el tendero despegara los labios para recitar cualquier fórmula de bienvenida o saludo, exclamó:

—Gracias a Dios que lo encuentro aquí. He venido a... —¿Y dónde quería que estuviera? —dijo Rossi, descortés a pesar suyo, porque le había parecido un poco pérfido el modo en que Paz pronunció la palabra *aquí.* —Pues... aquí, don Aldo.

—Naturalmente que aquí —repitió Rossi, en tono rijoso.

—Fue sólo un modo de decir... —se excusó el Padre, enarcando las cejas.

Ya más amable y tras un vistazo desconfiado al cielo del que podía llover peligro en cualquier momento, Aldo tomó al cura por el codo y lo condujo al pasadizo del zaguán.

—Hace menos calor aquí y no hay riesgo de que nos alcance una bala.

—Ni Dios lo quiera.

—Puede, si acaso, aplastarnos el techo... —bromeó Aldo lúgubremente; y añadió para molestarlo—. De lo único que no moriremos será de parto. ¿Verdad, Padre?

Pasó por alto el Padre Paz el mal gusto de la broma y trató de disimular su turbación refrescándose' más de prisa con el sudado sombrero. ¡De qué manera detestable los modales, las expresiones, el comportamiento de ese patán, y qué incomprensible seguía pareciéndole que muchacha tan fina y delicada como la señorita Alard—Torre de Caballeros hubiese escogido por esposo a sujeto así de basto y grosero!

—¿En qué puedo servirle Padre?

Antes de exponer en detalle el asunto que lo había llevado allí, el religioso sintió que era necesario comenzar con un pequeño prólogo de comentarios relativos a la situación que a todos afectaba.

—Las balas perdidas, como dice usted don Aldo, son las que más muertes están causando.

—Sin duda que sí.

—Cientos de cadáveres he visto al venir aquí. ¡Dantesco espectáculo!

—En nuestra calle no faltan.

—Y el olor, don Aldo. ¡Qué espantoso! Con él, por si no lo supiéramos, la muerte nos recuerda que está activa.

—Mucho muy...

—¿Por qué no se ocupará alguien de llevarse a los muertos, me pregunto? ¿Será porque los que podían hacerlo están ocupados en no dejarse matar?

—Puede que sí.

—En el Zócalo y en los barrios que tuve que recorrer para venir a visitarlo...

—Gracias...

—...hay montones de cuerpos, olvidados, retorcidos, hinchándose en el sitio donde cayeron. No merecen perdón de Dios quienes se portan así con esos infelices.

—Es la guerra, Padre.

—La guerra, sí. Las bestias de la violencia que andan sueltas.

Una hora le había tomado al sacerdote recorrer en automóvil la distancia, relativamente corta, que mediaba entre Catedral y la casa de Rossi. Como era imposible avanzar más aprisa que a vuelta de rueda por las calles cubiertas de escombros o agujereadas por la metralla, el chofer habíase visto en la frecuente necesidad de hacer largos rodeos para esquivar los obstáculos y los destacamentos militares que vedaban el acceso a los sectores castigados con rudeza por las bombas. El azaroso viaje le había permitido apreciar los estragos que estaban padeciendo las propiedades y las bajas innúmeras que el combate causaba entre la población civil. Excepto los soldados, por deber; los médicos y los curas, por razones de sus respectivos ministerios; los diplomáticos y los políticos, por su interés, nadie más osaba arriesgarse a salir.

—Todos están como perturbados, señor Rossi. Se desconoce el respeto a la vida humana. Los soldados disparan no solo contra los enemigos, sino también sobre aquellos que en mala hora asoman las narices. Nadie hay que auxilie a nadie. Mueren los heridos sin que se les cure. —Movía la cabeza de un lado a otro, reprobando la impiedad de los hombres—. Y nada hay que comer. Nada. Con decirle que la gente devora hasta a sus gatos...

—He visto el hambre, Padre. Hambre entre los soldados.

—¡Qué va! Ellos no sufren.

—Los que pelean en esta calle llevan casi dos días sin comer prácticamente nada; igual que sus mujeres y sus hijos.

Suspiró Paz y repuso frío, rabioso, casi con odio.

—Puede ser.

—Lo es.

—La culpa es toda de ellos. Los soldados han armado este barullo.

—Los soldados, no.

—¿Quién, entonces?

—Me lo pregunta, Padre, como si no lo supiera mejor que yo... —Puso Paz cara de ignorarlo, y Aldo se sintió tentado de gritar, como si fueran propias, las ideas de Alfonso Alard: "Ustedes, los curas intrigantes; los generales ambiciosos y traidores; el rufián de la embajada americana... Ustedes son los culpables de lo que ocurre, los verdaderos

asesinos", pero se contuvo y prefirió sonreír sardónico—. Los únicos que ninguna culpa tienen, son esos pobres diablos a los que mandan a matarse...

—En fin —dijo el Padre, luego de escupir una flema y de limpiarse labios y barba con un pañuelo gris—. Vengo, señor Rossi, a comprar algunas cosíllas que necesitamos. Latería, fiambres, quesos, bacalao, jamones, vinos... —Como viera que las cejas de Aldo se iban alzando se apresuró a aclarar—. No para mí, ciertamente. Mi pobre estómago y mi flaco bolsillo no soportarían digerir ni pagar lo que pido... Es para el Arzobispo. Nos falta todo. Quiero decir: tenemos qué comer, gracias a Dios, porque las monjitas de los conventos de Tlalpan, Coyoacán, la Villa de Guadalupe y Pachuca no dejan que muramos de hambre. Sólo que, ¿cómo decirlo?, la comida que esas pobres mujeres preparan es simple, sencilla, pero no halaga al paladar...

—Pase usted... —Aldo abrió la puerta interior de la tienda y le mostró, con un ademán amable, el camino.

—Después de usted, haga el favor.

Entró Aldo por delante, listo ya en la mano el fósforo para encender la vela que había dejado en el mostrador. Aspirando con glotona fruición la atmósfera de aquel fresco almacén que olía aún a delicias y no a carroña, el Padre se dejó guiar por el tendero. Buscó donde sentarse y se acomodó cachazudamente sobre un taburete.

—¡Hummmm! —exclamó, con una risita cínica—. Está bien que la guerra nos imponga sacrificios, pero privarnos de todo esto... ¡es exageración!

—Sobre todo —apostilló Aldo, un si es no es inamistoso—cuando se tiene dinero para pagar lo que se compra.

—Oh, sí... —y el sacerdote hizo tintinear las monedas de oro que llevaba en el bolsillo.

Lápiz en mano, ésta sobre un trozo de papel, Aldo fue apuntando el pedido:

—¿Quiere usted... jamón, bacalao, mortadela...?

—Sí, eso... —recitó Paz su lista original, a la que fue agregando, a medida que los descubría en los anaqueles, otros manjares que tentaban su codicia sibarítica.

Sobre el mostrador apilaba Rossi las botellas, latas, cajas, frascos, perniles, paquetes, embutidos. Lo irritaba saber que con ellos iban a hartarse los gordos señorones del Arzobispo, en tanto que otros —los soldados de la esquina, por ejemplo— suspiraban hasta por un mendrugo. Recordó el hambre silenciosa y digna, impotente e irremediable, que los abatía; la ansiedad famélica de sus mujeres; la tristeza conmovedora que empañaba los ojos de los niños. Con qué placer expulsaría de allí, a puntapiés en el trasero, a ese dirá glotón que iba a participar con otros iguales a él en el pantagruélico festín; pero Paz, respondiendo a una pregunta suya:

—¿Y cómo logró llegar aquí sin que lo detuvieran?, estaba revelándole algo que le interesaba mucho por cuanto —y la idea se le ocurrió de súbito— podía ayudarlo a comunicarse con Betina:

—Oh, nos detuvieron, sí, varias veces... Pero nuestras banderas de la Cruz Roja y el salvoconducto que el señor general Huerta hizo el favor de extender al Arzobispado fueron el *Sésamo Ábrete.* Gracias a él podemos ir a todas partes; a La Ciudadela si nos place... —y brilló en sus ojillos la picardía.

—¿Sí? Magnífico, magnífico... —comentó Rossi, ya no adusto sino afable. Si el cura decía verdad, resultaríale fácil cruzar las líneas del frente y llevar un recado a la catalana. Con el corazón voltejeando, Aldo inhaló profundamente y poco a poco comenzó a decir—: Suerte la suya, Padre, que le permite ir por donde quiere...

—Cumpliendo con mis deberes...

—...y ayudar a quienes necesitan ayuda.

—Honrosa obligación.

—En vista de eso, y por tratarse de una auténtica obra de caridad, yo quisiera pedirle que...

Enmudeció bruscamente, no porque le faltara decisión para terminar el ruego o coraje para nombrar a su querida en presencia de quien era su contumaz enemigo, sino porque la puerta lateral se había abierto y la avalancha de luz apareció, vaga primero como en el sueño, neta y negra después como en un dibujo a tinta, la señora Rossi. Al acompañar con la suya el curso de la atónita mirada del italiano, Paz vio a la mujer, que corría hacía él con los brazos extendidos y un indescriptible gesto de felicidad en el rostro.

—Padre Paz, ¡qué alegría! —gritó, abrazándolo—. El señor, que siempre escucha mis súplicas, me ha hecho el prodigio de traérmelo. Porque debe usted saber, queridísimo Padre, que recé horas para que usted viniera hoy... ¿Hace mucho que llegó?

—Quince minutos, más o menos.

María se volvió a mirar a su marido, en cuya presencia hasta ese momento parecía no haber reparado, y lo halló de pie detrás del mostrador, las manos sobre éste, un poco hacia adelante los hombros, en actitud entre agresiva y temerosa. Era ésa la primera vez que se encontraban desde la crisis de nervios que la acometió, por la mañana, en el cuarto de Luis Felipe. Su rostro no revelaba ahora la emoción ni el rubor que lo coloreaba entonces. Era el mismo de siempre: adusto, severo, inexpresivo.

—¿Por qué no me avisaron que el Padre me buscaba?

—Le dije a Matilde que lo hiciera.

—Debieron avisarme inmediatamente...

Tras de reñir a Aldo se volvió al sacerdote. Era admirable ver cómo sus facciones, duras para su marido, se dulcificaban para el Padre; y cómo sus ojos, sin filos de ira, arropaban al anciano con la caricia de la simpatía. Carraspeó Paz y para relevar de culpa a Rossi, dijo:

—Esta vez, María querida, no he venido a verte a tí, sino a él —y señalando a lo que había sobre el mostrador—: Una visita de negocios, y además, muy breve.

—Ah, no —protestó con un mohín de niña—. Breve podrá ser, pero no tanto como para que se niegue a hablar conmigo...— Tiró de él por la manga para ponerlo fuera del alcance de los oídos indiscretos de su esposo, y rápidamente bisbiseó —Padre, necesito que me reciba en confesión...

—Sí, sí. Volveré más tarde y...

—Ahora mismo. Cinco minutos nada más, Padre. Lo necesito... —repitió, marcando bien las sílabas—. Algo horrible me ha pasado; algo que me tiene enferma... —Sin darse cuenta, clavaba sus uñas en el antebrazo del viejo—. Padre, cinco minutos nada más...

—Bien —concedió—. Si es tan grave lo que sucede, te oiré.

—Vamos, vamos...

Casi a rastras, tal era su desesperación por aprovechar hasta el último segundo. María sacó al Padre del almacén y lo condujo al piso superior. Más allá de los muros, mientras ella iniciaba su monólogo de pecados, los cañones, las ametralladoras, y fusiles continuaban su ruidosa fiesta. Aldo en tanto, llenó de víveres una caja pequeña y escribió un mensaje en un trozo de papel. Con su letra grande decía a Betina que pensaba mucho en ella y que pronto, quizá esa misma noche, volverían a reunirse.

Dobló la nota y la conservó en el seguro escondite de la palma de su mano, para entregársela al anciano, discretamente, cuando se despidieran.

El padre y la señora Rossi regresaron quince minutos más tarde. Ella totalmente transformada, libre ya su espíritu del peso de sus faltas; él nervioso por la pérdida de tiempo. Para María, las palabras de su confesor habían tenido, también esta vez, la virtud de tranquilizarla, de aclarar sus dudas y disipar las oscuras sombras que entenebrecían su razón; palabras más eficaces siempre que las pastillas de belladona que tomaba, por consejo del doctor Cobo, cuando se sentía próxima a estallar. A Rossi, empero, le desagradó en forma que apenas pudo disimular, que su mujer hubiese vuelto con el cura; porque estando ella presente resultaríale más difícil, si no imposible pedir el gran servicio.

Al ver que las mercancías estaban ya dentro de tres grandes cajas, el Padre metió mano en el bolsillo de las monedas. Un gesto de Aldo lo contuvo:

—¿No pensará que voy a cobrarle, Padre?

—De ningún modo, señor Rossi, puedo pemitir que...

Intervino María:

—Por favor, Padre, no insista.

—No me parece justo.

—Acéptelo por mí —reiteró ella—. Es tan poca cosa...

—Sí, Padre —dijo Aldo, para que el sacerdote le agradeciera a él, y no a María, el obsequio de esas provisiones tan caras—. Es para mí un honor poder servirlo.

Sin mirar a Rossi, el Padre tocó la mejilla de María con el dorso de sus dedos y sonrió:

—Siendo así, muchísimas gracias. Dios, hija mía, te lo premiará.

Llamó Aldo al mozo para que llevara las cajas al automóvil y cuando todos salieron del almacén, él tomó la más pequeña. El coche que aguardaba a Paz era un viejo *Lancia,* a cuyos metálicos adornos sacaba lustre con una gamuza un chofer anciano: ceremonioso y, como el Padre, vestido de negro. Por fortuna para Rossi, el cañón de la esquina lanzó un disparo y las facciones de María se demudaron.

—Será mejor que entres —le ordenó.

—Sí, María. Será mejor —apoyó Paz.

—¿Volverá pronto, Padre? —preguntó ella, tomándole una mano, que besó en señal de respeto y despedida.

—Sí. Muy pronto. Ahora, vuelve adentro.

Lo obedeció, y otra vez Aldo vio que se abrían para él las puertas de la buena suerte. Iba a hablar cuando Paz le ganó la palabra:

—Esta tarde, señor Rossi, habrá un armisticio... gracias a las humanitarias gestiones del señor Wilson.

—¿Sí? —Aldo lo miró estupefacto.

—Es muy probable que también cese la matanza. El loco de Palacio entró ya en razón y va a renunciar. El General Huerta y algunos senadores han hablado con él. ¿Buenas nuevas, verdad?

—Magníficas.

Retuvo Aldo la flaca mano de Paz y apretándola levemente, como si con el papelito le transmitiera una señal masónica, le miró a los ojos en demanda de ayuda:

—Como hombre y como amigo, Padre necesito que visite a alguien de mi parte, usted que puede hacerlo; una persona de quien no tengo noticias desde ayer y por la cual estoy muy preocupado...

Lo atajó el sacerdote. Por la forma tan peculiar en que había dicho "alguien... una persona", comprendió que Aldo aludía a su amante y que trataba de comprometerlo a un acto de celestínaje que él —amigo y consejero de la esposa ofendida— no estaba dispuesto a hacer, así el infiel pretendiera sobornarlo regalándole la tienda entera.

—Créame, señor Rossi, que lo siento de corazón. Además, si lo que va a pedirme es lo que imagino, debo decirle que no puedo comprometerme a nada. Usted comprenderá mi... posición en este caso. Buenas tardes... —y le devolvió la notita.

El Padre, que ya abordaba el *Lancia,* pareció recordar algo y, volviéndose, tomó de manos de Rossi el paquete preparado para Betina:

—Olvidaba esto. ¡Qué cabeza la mía! Adiós...

Enfurecido por la negativa del cura y, más por lo que de burla había en el hecho de haberse dejado arrebatar el paquete —que no aprovecharía Betina sino los miserables de la casa arzobispal— Aldo no aguardó a que el Padre se marchara. Sin responder a su última palabra de adiós, le volvió la espalda y azotó la puerta al entrar.

4

COMO lo había dicho el Padre Paz, el fuego cesó a las dos en punto de la tarde. Simultáneamente, conforme a lo convenido, las baterías de La Ciudadela y las del ejército federal dejaron de atacarse. Quienes habían estado combatiendo desde el alba, artilleros y ametralladoristas, tropas de línea y oficiales, aprovechaban la tregua para descansar a la mísera sombra de los muros, en las calles; o bajo el parasol vegetal de los árboles, en la Alameda, el Zócalo o en el jardín de la fortaleza; o para curar a sus heridos o apilar en las esquinas los cadáveres de sus compañeros; sólo de ésos, porque de los civiles que se ocuparan otros.

Muchos minutos, los de media hora quizá, transcurrieron antes de que los medrosos ciudadanos se decidieran a asomarse a ver qué sucedía. Igual que la vez anterior, y como entonces con miedo de que la batalla se reanudara sin previo aviso, apiñábanse en las ventanas, en las azoteas, en las puertas. Luego, tímidos, los más audaces atrevíanse a husmear por los alrededores; a reunirse con otros valientes; con ellos a formar grupos y a intercambiar conjeturas tratando de explicarse el repentino mutismo de las armas.

—Ya se acabó la revolución —decían unos; y otros:

—Ganó el gobierno —y algunos, pesimistas:

—Perdió Madero —y no pocos:

—Los americanos acaban de llegar.

Las noticias eran inciertas y por ello, cuando se les interrogaba sobre si el cese del fuego era ya definitivo, si la guerra civil de cuatro días había terminado, el capitán y el sargento limitábanse a informar:

—No lo sabemos.

—¿Quién ganó?

—Tampoco.

—¿Seguirá el combate?

—Como puede que sí, puede que no.

—¿Cayó el gobierno?

—Quizá.

—¿Perdieron los alzados?

—A lo mejor sí...

Tal confusión en los rumores, lejos de tranquilizarlos, inquietaba más a los civiles. Mal anda la cosa cuando los que hacen la guerra ignoran lo que sucede. Unos, temerosos de que la paz no fuera duradera, aprovechaban el tiempo sin metralla para huir, para mudarse a sitios más seguros. Resignados a permanecer en esa calle tan rudamente machacada por las bombas, los que no tenían a dónde hacerlo mirábanlos marcharse a escape, sin volver el rostro para no guardar en el recuerdo imágenes macabras; correr, más que andar, con el nerviosismo del que siente que se libra de la muerte segura. Los fugitivos confiaban tanto en la celeridad de sus piernas cuanto en la eficacia de la plegaria para salir indemnes de la trampa de mortal peligro.

Muy acicalado —polainas grises sobre el charol impecable de los zapatos de puntera; pantalón a rayas, estrecho, con la línea planchada a regla; sin una arruga la levita cárdena de magnífica corte; negra corbata de seda con la iridiscente lágrima de una perla como único adorno; sombrero de copa en el que centelleaba siete veces la luz del sol; y sin responder al saludo de los vecinos que se arremolinaban a la puerta de su casa— don Primo cruzó la calle, marcando el ritmo de su andar con el bastoncillo de bambú que ponía, por si le faltara alguno, el toque final de elegancia a su persona. En mangas de camisa, sucios de tierra la ropa y los borceguíes, abierto el cuello de la camisa, la sombra de la barba en la mandíbula y un habano en los dientes, Aldo Rossi curioseaba también el silencioso escenario del combate; junto a él, Ausencio.

Ceremonioso, el notario se descubrió ante el dueño de *Sorrento* y luego del "Buenas tardes" mutuo, dijo:

—Aprovechando esta oportunidad desearía comprar algunas cosas, señor Rossi.

—¿Gusta usted pasar, señor licenciado?

Lo que don Primo deseaba (una botella de Oporto, tres latas de carne en conserva, un cuarto de kilo de queso, dos cajas de sardinas; una de anchoas, un frasco de paté *foie—gras* y otro de encurtidos) fue puesto en un envase de cartón y enviado con Ausencio, a quien le dio las llaves, a su casa. Alegre de tener con quien charlar, Rossi invitó:

—¿Gustaría, señor licenciado, que tomáramos una copita? ¿Coñac? ¿Ajenjo? ¿Dubonnet?

Después del tibio rechazo a que obligaban las leyes de la cortesía, don Primo accedió a acompañarlo. —Coñac me parece bien.

Era tan grave la seriedad de su cliente que Aldo no se atrevió a desgranar inmediatamente la charla. Para su sorpresa, el notario apuró de un trago el coñac de la copa y dio muestras de estar dispuesto a beber otro. Puso sobre el mostrador su bastoncito y el sombrero que hasta entonces —como si posara para un retrato— había conservado en la mano. Rossi le ofreció, abierta ya, la caja de los tabacos. Encendíanlos cuando volvió el mozo, que devolvió el llavero al señor De la O para luego desvanecerse sin ruido.

—¿Cree usted, licenciado que esto... el que no disparen ya, dure mucho? —preguntó Aldo al fin.

—Depende, depende... —manifestó el notario con vaguedad. Fumaba y bebía con fruición—. Este silencio solo significa, o puede significar, dos cosas, señor Rossi: o bien que las tropas del gobierno han sido derrotadas, lo cual resulta difícil de creer; o bien que los rebeldes de La Ciudadela se han rendido, lo que me parece más factible.

—Quizá signifique algo más.

—¿Qué?

—Un sacerdote, amigo de la casa, estuvo aquí por la mañana...

—Lo vi salir con usted y la señora...

—...y me informó que el embajador de Estados Unidos está interviniendo para que se acabe esta guerrita. Dice nuestro amigo el Padre, que el señor Wilson fue quien arregló la paz...

—Las treguas, señor Rossi —el notario habló sentenciosamente, subrayando la elocuencia de sus palabras con ademanes de actor de mucha veteranía— las treguas se conciertan siempre para negociar la rendición de uno de los contendientes. ¿La de quién se pacta ahora?... Lo ignoro, mas pronto lo sabremos.

Cuando Aldo se disponía a servir una nueva porción de coñac a su vecino, éste le rogó que no lo hiciese; apuró el que aún quedaba en la copa, agradeció la amable hospitalidad de Rossi y pidió excusas por tener que retirarse. Aldo lo acompañó a la puerta.

—Huele... y no a ámbar —comentó, para justificar su acción de cubrirse las narices con el pañuelo—. Hasta la vista.

—Que la pase usted bien, licenciado.

Don Primo echó a caminar rumbo a la Alameda. La barroca elegancia de su figura estrafalaria desentonaba, por contraste, en aquel paisaje de tragedia y derrumbes, entre los seres sucios, tristes, casi en harapos, que lo poblaban; hombres y mujeres que recuperaban fuerzas, pasivos y absortos, contemplando la muerte en tanto se espantaban con gran pereza los enjambres de moscas que se cernían sobre ellos.

El coñac había puesto de magnífico ánimo a Rossi y lo hacía sentirse animado de buenos propósitos para el futuro inmediato. (Alegría ilógica que se adueña, entre periodos de profundo abatimiento, de quienes son propensos a deprimirse fácilmente). Al ayer pertenecían las horas amargas; las por venir anunciábanse pródigas de actividad y, por lo mismo, de oportunidades de evasión: habría que trabajar de nuevo; despejar de basuras y escombros el frente de *Sorrento;* arreglar la maltrecha fachada; encargar a un pintor el rótulo que reemplazaría a ése; a un maestro albañil, si no a un ingeniero, que reparara las cuarteaduras y los agujeros de los muros. Ir a la Aduana. Entrevistarse con los proveeedores... y lo que más lo regocijaba: ver a Betina y olvidar juntos el miedo de los días horribles. Betina, y el fuego blanco de su carne sólida. Betina, y la herida ávida de su boca. Betina, y el erótico estímulo de su lánguida voz. La cubriría de costosos presentes apenas los joyeros abrieran sus tiendas; quizá hicieran un viaje juntos a la playa. Jamás volvería a abandonarla.

Canturreando los versos pegajosos de su aria favorita:

Ríe, payaso, ríe

que alteraba con emotivos y abaritonados:

—*Mamma mía, che bella vita.*

Aldo subió a su habitación a mudarse de ropa. Peinó sus cabellos con gran esmero; perfumó las guías de su mostacho, humedeció con Agua de Colonia su pañuelo y sus axilas, en tanto que suspiraba:

—Betina, Betina, ¡questa notte... ah, che bella notte!

En el despacho halló a María curando a Luis Felipe y muy preocupada por el feo aspecto de la gran costra, negra como araña inmóvil, que se había formado en el pene del niño.

—Si vuelves a rascarte —le decía con enfado— el *pipí* se te va a caer.

Hizo Aldo algunos comentarios a propósito de la tregua, pero ella —atenta sólo a descubrir nuevas ámpulas frescas en la piel del chico— apenas lo escuchaba. Sintiendo que no había caso en permanecer más tiempo allí, con esa mujer hostil e indiferente (tiempo que estaba robándole a quien sí se alegraría de verlo) dijo a manera de aviso:

—Ahora vuelvo.

En el corredor, ya frente a la puerta del despacho a la que se disponían a llamar, encontró al capitán y al sargento, acompañados por Ausencio. Temeroso de que la visita de ambos militares estropeara su plan de salir inmediatamente, Aldo reprochó, amable, al oficial:

—Ah capitán, qué mal quedó usted conmigo. Estuvimos esperándolo a comer... —Lo cual no era cierto, pues ni él ni María habían comido aún; y continuó, para hacerle comprender que su visita era ya extemporánea—. Mañana, si todavía está aquí, llegará más temprano, ¿eh?

Desde el interior del dormitorio, la señora Rossi escuchaba, a retazos, el diálogo de los dos hombres:

—No he venido a comer, señor —puntualizó el capitán—sino a que me permita visitar la azotea.

—¿La azotea? Pues, véala.

—Será mejor que usted nos acompañe.

Los cuatro hombres, Ausencio y el sargento delante; el capitán y Aldo a la zaga, se dirigieron a la escalera de caracol que conducía a la azotea y que se encontraba al fondo de la casa, próxima al costurero.

Durante unos quince minutos, que a Rossi se le hicieron eternos, el capitán y el sargento diéronse a inspeccionar con gran meticulosidad la solidez del piso, el espesor de las bardas, la firmeza de los pretiles, la anchura del parapeto.

—Está buena, capitán.

—Así parece, sargento.

Aldo, en tanto, buscaba, entre el quieto oleaje de techados pardos y desiertos que se extendía en torno suyo, un punto de referencia para establecer la ubicación de la casa de Betina: la torre de cantera morena del edificio de la Sexta Comisaría, y halló que de la torre quedaba en pie sólo un muñón ennegrecido por el humo del incendio.

—Se ha peleado duro allí, en la Sexta —comentó el capitán, que se había puesto a su flanco— y más allá, en la Asociación Cristiana, y más allá todavía: en la Cárcel de Belén.

—Cerca de la Comisaría, casi enfrente, vive una amiga mía... ——expresó Rossi, en un murmullo de pena.

—Lo siento —comentó el capitán.

—¿Por qué dice: "Lo siento como si me diera el pésame?

—No fue ésa mi intención, señor —el capitán ordenó al sargento—: Aliste a la gente. Usaremos esta azotea.

—Sí, mi capitán.

—Señor —habló el capitán cuando el sargento se hubo ido—. Debo informarle que voy a ocupar la azotea y emplazar aquí la batería.

Casi saltó Aldo:

—¿Aquí? ¿Poner la batería en mi azotea?

—Es la mejor de las de esta calle; la más alta, también. La Ciudadela —señaló hacia unas frondas lejanas— queda enfrente, en línea recta. Será mucha molestia para ustedes... pero no puedo evitarlo.

—Capitán, ¿es que no ha terminado el *cuartelazo*[1]*?*

—Me temo que no, señor. Ni creo que termine pronto.

—La gente dice...

—He recibido pertrechos, ahora sí en abundancia; comida y agua para mis hombres y sus familias, y órdenes de emplazarme en alto. Órdenes, señor, que no se me hubiese dado hace treinta minutos si el Estado Mayor pensara terminar hoy las hostilidades.

—Oh.

—Lo siento.

—Capitán —prorrumpió Aldo, impulsivamente—: esa persona, la que vive allí cerca de la Comisaría, me importa mucho. Debo ir a sacarla de donde está. ¿Me alcanzará el tiempo de volver antes de que comiencen los disparos?

Dubitativamente opinó el capitán:

—No sé. Sólo puedo decirle: quédese aquí. Hay órdenes de disparar, si es necesario, contra los civiles que pretendan salir de este sector. Se trata, apresándolos y aun matándolos, de evitar que cunda el pánico... —Sonrió con ironía y puso una de sus manos en el hombro de Aldo—. Acepte mi consejo: no salga.

—Ella me necesita... —protestó Rossi.

—Si insiste en salir, allá usted, señor.

Volvieron a la calle. El capitán fue a reunirse con sus hombres. Rossi caminó en dirección opuesta. No le importaba encarar los riesgos a que había hecho referencia el oficial; quizá no resultara muy difícil, ahora que había cesado la batalla, llegar a casa de Betina; de Betina, que estaría aguardándolo.

—¡Ése! Alto ahí...

Al doblar la esquina, uno de los soldados de otro destacamento allí afortinado le gritó para que se detuviera. Rossi trató de sobornarlo, ofreciéndole una moneda de veinte pesos.

—Necesito pasar, mi amigo.

—No se puede.

—Mi hija está enferma y debo verla. Tenga, para usted.

—No se puede... —volvió a decir el soldado, menudo de cuerpo, feroz de semblante, mirando con gran ambición la moneda, pero resuelto, a pesar de todo, a cumplir las órdenes.

Del bolsillo del chaleco sacó Aldo otra moneda, que ofreció al soldadito. Éste movió la cabeza, enérgico, y luego, sin cortesía, pinchó el abdomen de Rossi con la boca de su fusil:

—Vamos. Lárguese.

Obedeció Aldo y volviendo a la calle de su casa trató de hallar un paso por la otra esquina. Los hombres del capitán (que ya lo conocían) no hicieron intento de marcarle el alto. Pero una cuadra más adelante, en la avenida, otro centinela, igual de rudo que el primero, lo obligó a retroceder. Fracasado, regresó a *Sorrento.*

Iba a entrar en su alcoba, cuando María, desde la puerta de la suya, lo interrogó:

—¿Qué querían esos hombres? ¿Qué buscaban en la azotea? ¿Por qué estuvieron tanto tiempo arriba? —formuló las tres preguntas rápidamente, sin dejar margen para la respuesta.

—Vinieron —dijo Rossi sañudamente, descargando su furia en María— vinieron porque van a ocupar *tu* casa y a poner un cañón en *tu* azotea....

—Eso no lo permitiré —chilló María—. Diles que no lo tolero.

Blandamente ahora, sugirió él:

—Baja y díselo tú al capitán.

María corrió hasta donde se encontraba Aldo:

—Tú eres el jefe de la familia. A ti te corresponde...

—Déjame en paz —gritó él. Ella lo miró con parpadeo de sorpresa; y un poco asustada retrocedió un par de pasos al oírle decir: —¡Vete...!

5

DOS HORAS escasas duró la tregua. La temida señal que anunciaba el fracaso de los mensajeros que habían corrido del Palacio Nacional a la Embajada Americana; de aquí a la Ciudadela y de ésta otra vez a Palacio, llevando y trayendo condiciones, ofertas y exigencias de índole militar y política que los bandos en pugna rechazaban por inadmisibles; esa señal, la recibió la ciudad cuando, al unísono, las baterías federales y las de la fortaleza insurrecta comenzaron a acometerse nuevamente.

Como el de un incendio que se cree extinguido y que de pronto revive con mayor pujanza, así revivió el fuego de la batalla. Numerosísimas fueron en los primeros minutos del combate las bajas que sufrió la población civil. Los ciudadanos que vagabundeaban por las calles, seguros ya de que esa breve paz de dos horas sería definitiva, halláronse de pronto, otra vez, a merced de la furia de las armas; expuestos a morir, como tantos a su alrededor morían, cazados por las balas, destruidos por los obuses, hechos papilla por los pedruzcos que dispersaban las granadas.

En esos primeros minutos, tal que si sus operarios hubiesen perdido la puntería o recibido órdenes expresas de no acertar en La Ciudadela, muchos cañones disparaban alocadamente; y sus obuses, ¿error o consigna?, estallaban donde no hacían daño (en los llanos del sur o del este) o donde lo causaban tremendo: en casas y hospitales, detrás de las líneas del frente, en los artillados reductos del gobierno —siempre en sitios donde había tropas maderistas. Morían civiles y morían soldados, incapaces de cuidarse al mismo tiempo del ataque enemigo y de las andanadas de sus propios compañeros. Uno de esos disparos arruinó la Puerta Mariana del Palacio Nacional, diez metros más abajo del despacho presidencial; santuario de trabajo del hombre, el único, que continuaba creyendo que el Ejército, su Ejército, obtendría esa noche la victoria. Otra de esas bombas abrió grandes brechas en la pétrea muralla negra de la Cárcel de Belén, para facilitar la fuga a centenares de prisioneros: ladrones y asesinos que fueron a sumarse a las fuerzas insurrectas, ahora mayores en número porque muchísimos gendarmes se habían unido a ellas durante la tregua.

Casi a las cinco de la tarde, como si obedecieran en verdad a una consigna, los artilleros que estaban diezmando a sus propios camaradas variaron el ángulo de tiro de sus cañones, y a partir de esa hora y a lo largo de las tres siguientes, vaciaron su metralla sobre La Ciudadela, con tesón y acierto. En el crepúsculo de esmalte, quieto ya el vientecillo que había soplado sin cesar, el hedor de los cadáveres comenzó a extenderse por encima de la ciudad como una nube invisible; y allí permaneció, espeso, en desafío a los estómagos más firmes. No volaban en el cielo rojo y humoso las palomas clásicas del atardecer, ni llamaban al rosario las campanas de los templos. Con la noche, de las altas crestas de la sierra bajó al valle un silencio melancólico. A las ocho, así que la calavera de la luna se dejó ver en el espacio, se hicieron los últimos disparos. Luego, la materia se embozó en el gran miedo de la espera.

Resultaba difícil caminar por las calles. Patrullas armadas las recorrían constantemente, gritando el: ¡Quién vive!, a otras patrullas de cuatro o cinco hombres con fusiles al brazo y temor en las entrañas. Con su luz de porcelana la luna blanqueaba los cadáveres desperdigados en todas partes: mármol vivo de gusanos; vientres llenos de gas; sangre detenida en las venas sin latidos. Buitres de ropas negras, bandas de mujeres merodeaban en torno a las víctimas para despojarlas de ropas, zapatos, dinero o relojes. Eso explicaba que hubiese tantos cuerpos desnudos o descalzos. De tiempo en tiempo, entre las sombras, brotaba el rayo amarillo de un disparo militar, y las mujeres huían dejando a alguna en el suelo, retorciéndose. Al cabo de unos minutos, regresaban: para robarla si había muerto; para ayudarla si estaba sólo herida.

Cuantas veces intentó Rossi violar el cerco de tropas federales para entrar a la tierra de nadie, tantas fue rechazado. Había vuelto a salir con la esperanza de que la vigilancia nocturna fuera menos rigurosa; pero ni las súplicas que hacía a los oficiales que hallaba en su camino, ni las ofertas de dinero a los centinelas, lograban persuadirlos. Un mayor, gordo y bonachón, que aceptó la botella de coñac con que Aldo pretendió sobornarlo, le dio un informe desconsolador:

—Pasar, no puede. Esos hijos de puta de La Ciudadela tienen ya su primera línea a cien metros de la Sexta Comisaría, porque debe usted saber que ya lograron echarnos para atrás. Los nuestros las tienen también a cien metros, pero de este lado. La casa que usted busca queda en medio. ¿Cómo va usted a llegar a ella sin que le rompan la madre, mi amigo?

Cerca de las diez de la noche, Aldo volvió a su casa. En la calle había gran animación. Dirigidos por el sargento, los soldados apilaban cadáveres uno sobre otro, como si fueran objetos inservibles. Las mujeres de la tropa se ocupaban de desvestirlos, y a veces disputaban entre sí, agriamente, por una guerrera, unas botas, una gorra o una fornitura. Si la grita subía de tono, los hombres las apaciguaban a voces o a puntapiés.

—¿Qué sucede, capitán? —se interesó Rossi.

—Vamos a quemarlos, señor. Nos han traído petróleo —señaló cuatro grandes bidones, uno de los cuales se ocupaba en abrir el sargento—. Dicen que hay epidemia y también que no hay en qué llevarlos a los cementerios o a los llanos de Balbuena.

Así que no quedaron más cuerpos que echar a la pirámide, ordenó el capitán rociarla de petróleo. Encendió un fósforo y lo aplicó a la base. Una gran llamarada silbante brotó de los despojos. Mordidos por el fuego, los cadáveres comenzaron a agitarse; brazos y piernas, troncos y cabezas a retorcerse como si les dolieran las quemaduras. El olor a carne asada envenenó el aire ya enrarecido. Algunos de los que asistían a la cremación vomitaban allí mismo; otros, corriendo, se alejaban. Impasibles, fascinados por el espectáculo, los niños y las mujeres. Dos o tres, a carcajadas, hacían burla de la debilidad de los hombres o de las cómicas contorsiones de las carroñas.

A la medianoche, Aldo y María, enemigos y en silencio, terminaban de beber café en el comedor (café negro y fuerte: lo único que toleraban sus estómagos enfermos de asco) cuando subió hasta ellos, viniendo de la calle, el ruido de una gresca aterradora, como si una multitud enardecida peleara furiosamente. Grandes golpes retumbaban en la puerta y en la cortina metálica de la tienda, y los cristales de los balcones caían en añicos.

—Están atacándonos... —gritó ella y, seguida por Aldo, corrió a la habitación de Luis Felipe.

Atacaban *Sorrento,* efectivamente. Los soldados del capitán, a empellones, culatazos y blasfemias, oponíanse a que una turba de mujeres, unas cincuenta hienas hambrientas, con las que hacían causa común las propias, siguiera tratando de derribar las puertas de la tienda. A los gritos de:

—Mueran los gachupines...

—Queremos comida...

—Abran, cabrones... —las mujeres, que ya habían sido rechazadas en otras partes, se batían furiosa, enconadamente con la milicia.

La señora Rossi gimoteaba trastornada, apretando al niño contra su pecho:

—Van a matarnos... Aldo, esa gente nos mata. ¡Dios mío! Cristo crucificado, ampáranos...

Lloraba a gritos, igual que Luis Felipe y Matilde, que había ido a refugiarse con sus amos. En el exterior no menguaban el tumulto y la pedriza, las injurias y los ayes. De pronto sonaron varias detonaciones y la batalla cesó instantáneamente. Las mujeres se movieron en retirada, tropezando y cayendo y siendo aplastadas por las demás.

—¡Mueran los gachupines! —aullaban al alejarse; insulto popular que designa, en México, al español; y por extensión al que posee una tienda de abarrotes, una taberna o un hotel de paso.

—Mueran los ladrones...

—Mueran...

Cuando la turba se marchó, yacían frente a *Sorrento,* lamidos por la luz bermellón de las llamas, tres cadáveres de mujer. Los soldados las echaron a la pila funeraria.

En su balcón —todavía estremecido por el placer del homicidio— don Primo de la O cargó nuevamente su pequeño rifle 22.

V

1

COMO si fueran los de un estanque de sangre, los reflejos de las llamas temblaban en el cielo raso; en el buró, el reloj latía segundos de amanecer. ¿Los de qué hora? Los ojos de Aldo rezumaban, a ratos, lágrimas de insomnio; abundaba en incoherencias su cabeza: chatarra de recuerdos, imágenes desportilladas; voces sin afinar: lentas en ocasiones, muy rápidas otras; deformes siempre —disco que gira apenas en el fonógrafo sin cuerda. Debajo de la nuca, sus manos transpiraban; los pelos del mentón hacíanle cosquillas en el cuello. Encendió el puro fumando a medias y el esmeril del humo le provocó tos. Escupió la primera flema y sintió náusea. La fetidez grasosa de los cadáveres en la hoguera lo mareaba. Quedamente, el sopor vino en su alivio. En el paréntesis del duermevela pensó en Claretta...

—Claretta, *bambino,* —creyó pronunciar.

Engendrada una seca noche de Sicilia y nacida, flor única del vientre de la tierna Elena Marchesi, un atardecer luminoso del trópico veracruzano, veinticuatro años antes, cuando él tenía esos menos de edad, unas pocas monedas en el bolsillo y el pecho lleno de ambiciones. ¡Elena Marchesi! Tenaz y destructiva, el agua del tiempo iba borrando los rasgos de aquel ensueño trazado en la arena blanda de la memoria. Elena Marchesi, a la que había tenido que raptar, como la tradición de su pueblo exigía, de la

casa—cárcel de sus hermanos: irascibles y celosos gañanes que persiguieron a la pareja a tiros de escopeta, ¿para detenerla? ¿para que no se arrepintiera?, un largo kilómetro más allá de los límites de la aldea de casitas enjalbegadas; hermanos Marchesi: Pasquale, Severino, Juliano, Paolo, bravos en la pelea, feroces en la venganza, leales en la amistad, buenos como el pan y alegres como el mosto, con los que bebió hasta caerse, tres días después, cuando volvió al hogar de la novia y, humilde (conforme a esa tradición que normaba la mecánica de los matrimonios) planteó a Pasquale, el mayor de ellos y el más colérico, la disyuntiva clásica:

—Mátame como a un perro, que lo merezco; o permíteme, casando con tu hermana, que repare mi falta.

Del rostro de Elena, que no conoció más afeite que el rubor, conservaba Aldo sólo un nostálgico ef impreciso recuerdo: una emoción, no un retrato. Cuantas veces lo evocaba, tantas mostrábase a él una Elena muy hermosa, sí, pero siempre distinta, remota. De su cara, carcomida por el tiempo, quedaban intactos los ojos: cálidos como un fuego azul, que ni siquiera en el momento de la muerte perdieron el brillo de laca que los distinguía; ojos que siguieron brillando aun después de que el cuerpo de Elena terminó de consumirse en la hornaza de la fiebre, pasados cuatro días del nacimiento de la niña, a la que bautizaron Claretta porque así se llamaba la madre de su madre.

De *la italiana,* como apodaría la segunda esposa de Aldo al aludirla: de *la difunta,* como él la nombraba con amoroso respeto, había conservado Rossi por muchos años una foto, pequeña y borrosa, obra de un retratista callejero. Elena a la orilla del mar, sentada en una vita, una larga tarde de junio —su cuerpo campesino embellecido con las redondeces de la maternidad; suelto a la brisa su pelo de espigas; sus labios alegres con una sonrisa de luz. La estampa, constancia material de un minuto feliz, apuntaló firmemente sus recuerdos los cuatro lustros de su viudez. Teníala siempre a la vista, en el buró, dentro de un modesto marco de madera, que luego cambió por otro, de plata. Cuando alguna mujer compartía su lecho de solitario, por una noche o por una semana, guardaba la imagen que el tiempo manchaba de orín; y luego del devaneo, de ella imploraba perdón por su adulterio.

Si bien ya muy pocas veces evocaba a Elena, en cambio no pasaba día sin que pensara en Claretta: hija de una juventud pródiga en experiencias; puente entre dos épocas de su vida, pétalo y espina de su sangre; producto de la pasión compartida con la única mujer, comprendíalo ahora, a la que había amado verdaderamente. Claretta había sido dócil, tierna, magnífica de carácter como su madre, ella misma madre y novia de su padre, hasta que por él supo que pensaba casarse. Después de que conoció a la que habría de ser su madrastra, a la intrusa de orgullosas maneras, se tornó agria, majadera, *lunática,* como llegó a calificarla doña Albina por lo inestable de su temperamento.

Luego de una larga serie de enojosas disputas, Claretta huyó del hogar paterno con Daniel Gómez, dependiente de *Sorrento.* Matar al seductor fue la primera idea que se le ocurrió a Aldo. Mas ¿era de Daniel toda la culpa? Desistió, porque la fuga de la chica solucionaba a Rossi, de manera indirecta, el grave conflicto que hacía muy difíciles en esos meses sus relaciones con la señorita Alard, que se negaba a vivir con la que habría de ser su hijastra.

Pues así le convenía, sin muchas reticencias el padre perdonó a los amantes, luego que éstos cumplieron con el requisito de ser declarados esposos por un cura, Mirando en Daniel al que él había sido —joven, ambicioso y muy trabajador—al perdón agregó Aldo una buena dote por su hija; dote que les sirvió para abrir una tienda de

ultramarinos en el puerto de Veracruz. La pareja era feliz: su negocio, próspero; tranquila y fácil, su vida. Cuando Claretta iba a la capital, tres o cuatro veces al año, reanudaba por unos días su vieja amistad con papá; y juntos, como novios, divertíanse en los teatros, los cafés, los paseos. La joven señora Gómez no había vuelto a pisar la casa de Rossi, y se alojaba siempre en un hotel modesto. Sus labios no mencionaban nunca el nombre de María, ni los de Aldo tampoco. Tácito acuerdo de silencio, para rio enturbiar esos encuentros con nadie compartidos.

Claretta no tenía hijos y la llenaba de pena el temor de no Atenerlos ya. La noticia de que había nacido Luis Felipe —que su padre le comunicó en una larga carta tiernísima y emocionada— fue para ella un rudo golpe moral, que le llevó muchos meses asimilar con resignación. Una sola vez, cuando el niño cumplió dos años, lo había visto. En un parque, a escondidas de la señora Rossi, por unos minutos. No lo tomó en brazos siquiera; rechazó las manitas infantiles que a su cuello se tendían, y huyó. Más tarde, en el hotel, dieron sus lágrimas respuesta a una conducta que su padre, en los primeros momentos, juzgó majadera (el odio a la madrastra prolongado al chico) pero que después comprendió y justificó.

Lo que más apreciaba de Claretta —aparte de otras virtudes que con el tiempo fueron revelándose en ella y que él jamás había sospechado que poseyera, ocultas, latentes en las capas menos superficiales de su carácter— era su capacidad de comprensión. Cuando su padre le confesó que tenía a otra mujer, y luego de que la trató en uno de sus viajes, la hija de Elena Marchesi, madura ya en experiencia, halló lógico que ese hombre bueno, simple, fuerte y hermoso, amase a una joven dócil, amable y sencilla como la catalana. Consideraba aquel amorío extraconyugal no como una mera flaqueza de la carne paterna, sino como una suerte de revancha suya contra la usurpadora; y a Betina, como el instrumento que usaba el Destino para castigar a la antipática y frígida aristócrata que haría infeliz a quien no merecía serlo. Se preguntaba Rossi si al amar a Betina no amaba, por trasposición psíquica, a Elena Marchesi. Era posible. Una y otra tenían en común, a más de la belleza de sus cuerpos, ternura, calor humano, persistente afecto. Para ambos, en tiempos diversos, él era El Hombre: dios único de sus respectivos paraísos; criatura a la que debían la gracia del amor y ante la cual comportábanse con el temeroso respeto que la hembra está obligada a sentir hacia el macho al que pertenece.

(Aldo no sabía que el amor alcanza el punto máximo de perfección cuando se ama simultáneamente —y tal era su caso— a un recuerdo y a un imposible.)

Despertaron a Rossi los apagados remolinos de sonidos que ascendían desde la calle: voces tiritantes en el frío del amanecer; ecos de pasos astillando el frágil hielo del silencio, el ruidoso rodar de las llantas del cañón sobre el pavimento, los jadeos de los hombres, las mujeres y aun los niños, que acarreaban ametralladoras desmontadas, haces de rifles y cajas de municiones. Ya no había altas llamas en la pira; sólo un resplandor tranquilo de lumbre vieja. Muy pálida, la claridad menstrual de la luna apenas derramaba sombra de cuerpos en el piso sucio de sangre y basuras. El pequeño rebaño aterido obedecía las órdenes rápidas, precisas, continuas del capitán, al que Aldo veía ir y venir de la esquina a la tienda, atento a que el traslado de las armas se completara lo más pronto posible. Cuando en la barricada no quedaron más que los casquillos vacíos de los proyectiles, los fragmentos de las botellas rotas y los excrementos de la tropa, el que la mandaba llamó a la puerta.

Desde su alcoba, la señora Rossi escuchaba la ebullición de los murmullos de su marido y el capitán. Discutían a propósito de la anchura de la puerta, que calculaban

con los brazos extendidos. Otras voces, las de Ausencio y el sargento, participaban esporádicamente en el diálogo. Con paciencia subordinada, los soldados aguardaban a que llegaran a un acuerdo.

—Por la puerta no entra... —opinaba el artillero luego de haber comprobado la longitud del eje del cañón.

—¿Y si lo desmontara? —proponía Rossi.

—Horas para desarmarlo; horas para armarlo otra vez.

—Quitando el marco de la puerta...

—Así quizá...

Nuevos cálculos. Matemática elemental de centímetros. Desalentados movimientos de cabeza. Confusión porque la puerta, aun sin jambas, resultaba estrecha para que a su través pasaran las ruedas.

—¿Por qué no subirlo a pulso?

—¿Desde la calle, señor?

—Sí.

—Haría falta un malacate.

—Tengo uno, capitán. Levanta media tonelada.

—Más que suficiente. Pero, de todos modos, hay que meter el cañón al patio.

—Rompiendo un poco aquí y aquí —el sargento señalaba, a los lados de la puerta y a la altura de los cubos de las ruedas, los sitios donde habría que ensanchar el paso— entrará, fácil.

—¿Qué dice usted, señor? ¿Rompemos?

—Una mancha más, ¿qué le importa al* tigre? Rompan.

Comenzaron luego los martillazos sobre los cinceles traídos por Ausencio. Cada uno de esos golpes era una punzadura en el cerebro de María Rossi, aserrado por la jaqueca. Tormento de ruidos pinchantes que le erizaba el vello de la piel ya helada por la furia, que taladraba sus oídos pese a que los protegía con el filtro de la almohada, que le arrancaban lágrimas de impotencia. Media hora se prolongó el suplicio. Media hora en la que abundaron, además, las injurias procaces, los retobos cuartelarios.

Como un gran hueso por una garganta angosta, así, dificultosamente, pasó el cañón por la puerta y fue empujado hasta el centro del patío; tras él, irrumpieron los soldados, las mujeres y los chicos.

—A meter todo lo demás —fue la orden gritada por el sargento—. Y ustedes, a arreglar esa puerta...

Mientras se organizaba la cadena de brazos para transportar desde la calle las armas y los pertrechos, las mujeres y los niños se desparramaron como una marea negra, parlanchína, ávida y maloliente, por toda la casa. Algunas pretendían invadir las habitaciones. Matilde y doña Albina, enarbolando ésta a manera de porra un cucharón de cobre, se multiplicaban para impedirlo. Las menos bravas dejaron caer su fatiga sobre el piso de ladrillos rojos, en espera que los hombres terminaran de subir el 75 mm.; las otras hicieron larga la riña verbal con las criadas, quizá para ocuparse en algo.

El problema de conducir el cañón a su emplazamiento definitivo en las alturas parecía ser tan serio como el que acababan de vencer para llevarlo al patio. Se requirieron dos horas de laboriosos esfuerzos, gritos, blasfemias y contradictorias sugestiones para montar el aparejo, instalar la polea, asegurar la garrucha y, con las sogas que Ausencio y el sargento anudaron para formar una sola, larga y resistente, amarrar el cañón de modo que no se soltara. Los que no ayudaban en la prolija maniobra o en el arreglo de la puerta, armaban las ametralladoras, escogían los

mejores sitios para el combate, llenaban de balas los *peines* y cintas que habrían de utilizarse.

La casa, pisoteada por el tropel de botas militares, temblaba como si tuviera miedo. De los techos caía una tenue y persistente caspa de polvo. Los niños, en el corredor, jugaban a tocar el arpa en los barrotes de hierro del barandal; alguien, ¡absurdo! cantaba a voz de cuello, haciéndole segunda a los pájaros inquietos. Cada uno de esos ruidos producía en los nervios de la señora Rossi el efecto de una mordedura; el dolor levísimo, y por repetido terrible, de un alfilerazo.

El empeño conjunto de los soldados, al que agregaban los suyos el capitán, Aldo y Ausencio, no bastaba, sin embargo, para izar el cañón hasta la azotea. A lo sumo conseguían levantarlo al nivel del corredor. Al quinto fracaso, Rossi opinó:

—Mientras no haya más gente, será inútil pujar.

—Iré por ella —respondió el capitán, que era del mismo parecer.

Se marchó con cuatro de sus hombres en busca de ayuda. Aldo y el sargento subieron a la azotea. Los otros, allí, hilaban paciencia junto a las ametralladoras montadas en sus trípodes; o apoyando su cansancio en los fusiles o, simplemente, tendidos donde no los hirieran los filos del viento. Eran las seis de la mañana y el ácido gris de la primera luz comenzaba a corroer, en la juntura de las cumbres, las soldaduras de la noche. Otras luces, de las fogatas que se nutrían de carne humana, marcaban el límite circular del campo de batalla. Un espantoso olor a matadero se levantaba del cauce seco de las calles. Nubecitas de grasa flotaban, vellones inmóviles, sobre la ciudad. Los ojos de Rossi miraron con tristeza la torre de la Comisaría —enhiesta ruina vertical entre los resplandores del incendio.

...a punto ya de abandonar el mundo silencioso del sueño luis felipe soñaba que estaba soñando que soñaba que era domingo y que papá le había comprado una de esas gigantescas y redondas uvas de colores que venden los globeros de la alameda y que con su fruto de hule atado al índice con un tallo de estambre rojo corría solo y alegremente por los senderitos de azúcar dorada entre el mármol académico de las estatuas y la sorpresa de los señores que se tocaban con sombreros de copa —hechos de corcho negro y que se volvían a mirarlo con disgusto cuando él siguiendo el ritmo del vals que tocaba la orquesta en el kiosco central les pisaba los zapatos lustrosos y comentaban con las damas cuyas faldas traídas de parís también había hollado que el hijo del tendero aldo rossi no era todo lo caballerito que su madre decía pues no se había detenido a ofrecerles una excusa por su inexcusable conducta que distaba mucho de ser la de un niño educado pero él no se detenía porque no se hallaba ya en un jardín de la ciudad sino extraviado en el dédalo de salvajes veredas de una selva en la que no había señores ni señoras ni una orquesta tocando el vals sino animales que no podía ver así los buscara con gran curiosidad y la música silvestre de los pájaros y la del torrente cascada o como quiera usted llamarlo que no caía desde las cimas invisibles como un ancho fleco de crema y estruendos sino deshilachaba en muchas hebras líquidas que se adornaba como matilde las trenzas con moñitos de arcoíris lo que maravillaba su imaginación y llevaba a sus ojos el azoro de colores nunca antes vistos y que ignoraba que fueran siete y tan bellos y a sus oídos el recuerdo de las graves notas del órgano que lo asustaba los domingos en la misa de doce de catedral y que ahora lo dejaban sin aliento por la reverberación que se hacía agua y mojaba sus pies y le producían cosquillas en las ingles y lo llevaba a recordar que no orinaba desde la noche anterior y que tenía ganas de hacerlo no obstante que no encontraba la bacinica lo que era una verdadera contrariedad pues si no tenía bacinica y se orinaba

era cuestión de dormir el resto del sueño en la orilla seca de la cama en espera de los inexorables azotes que mamá le propinaría por la mañana y como en esa selva no había tazas de noche buscó un sitio oculto para que los extraños no vieran sus genitales y al encontrarlo dejó que su vejiga se vaciara en un manar grato y tibio que no caía sobre un suelo cubierto de hojas de oro crujiente sino sobre un suelo blando y liso como el colchón de su cama...

Despertó finalmente en un charco de orines fríos, no tendido sobre ellos: sentado, con la camisa de dormir húmeda hasta la cintura, los brazos en torno a las rodillas, el pecho una caverna de zozobras —pingüino en un témpano a la deriva.

Con su pequeña voz atribulada llamó:

—Papá... —y luego pronunció las dos sílabas entre interrogaciones de angustia—. ¿Pa...pá?

En el corredor había rumores que no le eran conocidos; voces humanas, el llanto agudo de un niño, risas, gorjeos de canarios y zenzontles, y el redoble continuo de pisadas en la azotea. Llamó otra vez a su padre, ahora con mayor ansiedad, porque las arañitas del miedo comenzaban a subirle por la piel.

—¡Papá!

El miedo le dio valor para correr de la cama a la puerta, abrir ésta y asomarse a las tinieblas de la galería; una tiniebla habitada de rumores vivos y no de los irreales rumores del sueño. Así que sus ojos pudieron mirar en la penumbra comenzó a distinguir a los seres que en ella deambulaban: soldados de carbón, niños de sombra que sacaban música del barandal, mujeres de fatiga al pie de los muros. En el aire que olía a carne frita, flotaba el olor sucio de bocas agrias, sobacos inmundos, pies cochambrosos, trapos percudidos y rancios —olor a chusma compacta, insensible ya a las emanaciones humorales de sí misma.

—¡Papá —reiteró; y su palabra, escasa, cayó sin ruido, como un copo de lana, en el hueco de la noche; se extravió entre otras palabras incomprensibles que los desconocidos decían en las sombras.

De su alcoba fue a la de Aldo; la puerta estaba abierta y la cama vacía. Sintió ganas de llorar. De vuelta al corredor, el frío que trasminaban las baldosas comenzó a metérsele por las plantas de los pies. ¡Oh, cómo lo reñiría mamá si lo viera, descalzo, vagando en la noche helada!

Tropezó con las piernas de una mujer, que lo reprendió con un gruñido; se apartó del obstáculo y dio con otro y con otro, y una mano anónima lo agredió con un pescozón; y gritó entonces, aun a riesgo de que su madre lo escuchara, los nombres de:

—Papá, Matilde, Ausencio, Albinita —y al no responderle ninguno, corrió, corrió, corrió desesperadamente (su melena rubia, una luciérnaga en la negrura sólida de un mal sueño) sin que le importara caer en la trampa de las zancadillas, ni levantarse con las manos doloridas, ni volver a irse de bruces unos pasos más allá.

Pero si era grande su terror no menos grande era su curiosidad. Abajo, en el patio, un grupo de sombras rodeaba un objeto informe: una especie de bestia gigantesca a la que tenían atada con cuerdas. Luis Felipe, olvidándose del miedo, se detuvo a mirar; y miró largamente, la cara entre dos barrotes del barandal, el espectáculo maravilloso del cañón aprisionado.

Curiosos como él, los chicos de la tropa miraban también al patio, no con la vehemencia de Luis Felipe, sino con una tristeza llena de cansancio. Para ellos el cañón no era más que eso: un cañón, y no como lo veía el niño Rossi: perro bravo inmóvil en la red de sogas; esbelta y graciosa libélula pronta a emprender el vuelo;

mosquito erguido sobre sus finas patas circulares; ardilla de larga cola de cureña o... Disponíase a seguir buscando analogías zoológicas cuando unas manos lo tomaron por la cintura y, sin darle tiempo a un ¡ay! de sorpresa lo alzaron bruscamente.

—Buuuu... —hizo una voz, así que las manos lo arrebataban del piso y lo mantenían, suspendido en vilo por encima del barandal, sobre el vacío negro y amenazador del patío.

Presa del vértigo de la altura, Luis Felipe comenzó a patalear con gran desesperación, a lanzar manotazos, como si habiendo caído al agua estuviese ahogándose, y a gemir largo:

—Paaaapaaaá... —encadenados por la angustia; más que gritos, balidos de pánico animal.

Luego, cuando el claro chorro de la risa de Matilde hizo burla de su miedo, el niño se encolerizó violentamente y violentamente también, así que ella lo acunaba entre sus brazos, comenzó a golpearle la cara y el pecho con sus puños y a buscar la carne vulnerable para lastimarla con los dientes. Ya no eran de susto sus gritos, sino de furia contra quien le había producido el temor de caer al patío. En unos segundos, el chico desahogó su resentimiento y mezclando carcajadas con sollozos, tal que si fuera autor y no víctima de la broma, se enroscó al cuello de la *yaqui* y dejó que ésta lo besara.

—¿Se asustó mi santo? —preguntaba la muchacha, arrullándolo—. ¿Creyó que iba a tirarlo?

El recuerdo del peligro, de esos dos o tres segundos en que lo trastornó la angustia de caer a plomo, lo hizo llorar nuevamente; ahora de rencor contra quien, diciendo amarlo tanto, había sido capaz de broma tan cruel.

—¿Te sientes mal, mi amor? —le preguntó Matilde, cuando se hubo aplacado.

Con hipo de llanto, respondió Luis Felipe:

—Teeeeníaaaa mieeedo...

Al depositarlo suavemente en el piso, ella notó la humedad del camisón de dormir:

—Estás mojado, corazón...

—Síii... —tembló la vocecita y el llanto tornó a fluir de los ojos del niño—. Me hice en la cama...

—¡Te hiciste en la cama...! Vamos a cambiarte antes de que te vea mamá.

—No...

—Y a cambiar también las sábanas, que deben estar hechas una porquería. ¡Vamos!

—No...

—Sí. Vamos.

Luis Felipe, aflojando todos los músculos de su cuerpo, se dejó caer blandamente al suelo y allí quedó, hecho una bolita de pasiva rebeldía, sordo a las amables súplicas y después a las secas órdenes de la sirvienta que lo conminaba a levantarse.

—¡Párate, *mocoso,* párate! —exigió con ficticia rudeza,, utilizando la expresión *mocoso* que la patrona usaba cuando quería hacerle sentir al niño su gran enfado.

—Déjame ver...

—Cuando sea de día. Ahora vamos a que sigas durmiendo. Si mamá te ve aquí, ¡ay, nanita!, nos va a zumbar a tí y a mí con el cuero. Y tú no quieres, ¿verdad que no? que nos pegue...

Luis Felipe abrió muy grandes los ojos y se refugió, temblando, entre los amplios y duros senos de la criada, que sirvieron de caja de resonancia al monosílabo.

—No...

—El cuero, tú lo sabes, duele... —Referíase Matilde al cinto de vaqueta, símbolo de poder y autoridad, que la señora Rossi tenía siempre a mano para castigar las desobediencias de Luís Felipe; y del que no prescindía ni cuando lo llevaba, los domingos, al templo. Cuero temido y odiado también por la *yaqui,* que de niña y aun de adulta había sufrido sus dolorosos impactos.

Dócil, pues la mera alusión al instrumento de tortura había vencido su pueril resistencia, Luis Felipe se dejó tomar en brazos por Matilde y conducir de vuelta al dormitorio.

2

EL CAPITÁN regresó a las ocho de la mañana con los quince soldados que se había hecho prestar para que ayudaran a los suyos a subir el cañón a la azotea; pero ni aun con el auxilio de aquella tropa macilenta y andrajosa, reclutada de favor, resultaba fácil la faena. Así todos tiraran de la cuerda, así marcaran el ritmo con sonoros pujidos colectivos, así se animaran unos a otros con blasfemias para no dejarse vencer por el peso muerto de la máquina de guerra, los progresos eran mínimos. La garrucha se atascaba con frecuencia y era preciso, entonces, bajar el cañón, desatascarla y empezar nuevamente. Desde el corredor, de codos en el barandal, las soldaderas observaban a los hombres agotarse en el intento. Herméticas en su silencio, atentas sin emoción, morbosas como si asistieran al ahorcamiento de un enemigo, a las mujeres parecía no importarles que los varones lograran o no poner la gran arma donde el oficial quería. Teníalas sin cuidado que conseguirlo requiriese una hora o cinco; y por eso, quizá no se alborozaban con los pequeños avances ni se desalentaban, como aquéllos, con los fracasos.

La señora Rossi salía de su habitación al tiempo que una gruesa voz masculina anunciaba, desde el zaguán que el almuerzo de la tropa había llegado. Por una décima de segundo, las soldaderas permanecieron quietas, como si no comprendieran lo que esa palabra:

—¡Ranchoooo! —por tantas horas aguardada, significaba para ellas.

Al adquirir las dos sílabas significado concreto en sus conciencias, las mujeres pasaron sin transición de la abulia al frenesí; de la pasividad indiferente en que languidecían a la violentísima actividad del movimiento; y comenzaron a correr hacia la embocadura de la escalera, azuzándose con gritos; atrepellándose en su afán de llegar las primeras a la cocina móvil del ejército que traía comida a los guerreros.

Mientras se producía la estampida y la casa se poblaba de llantos infantiles, gritos, risas y del ceceo de pies en baldosas y peldaños, los hombres —alegres al fin, de poder saciar el apetito— quemaron los restos de su fuerza en el intento final de subir el cañón a la azotea, y lo que les había tomado casi una hora de infructuoso empeño, pudo terminarse en menos de cinco minutos. Después, sudorosos, ellos también se lanzaron a empellones a la calle para recibir el caldo, la carne flaca y nervuda, los frijoles y el pan que les serviría para fortalecer, por un tiempo, su moral casi destruida.

Para no ser arrollada por la turba que se agredía a codazos, que se pisoteaba y juraba terriblemente con sus bocas de cloaca, la esposa de Aldo hubo de refugiarse de nueva cuenta en su recámara; y permaneció en ella, en otra crisis de nervios, hasta que las voces y los gritos se apagaron y el corredor, que sus ojos asustados escudriñaban a través de los visillos de la puerta, quedó vacío. Sólo entonces salió.

Sin respirar, para no envenenarse con la pestilencia, caminaba de prisa por el corredor que los intrusos habían transformado en estercolero. Las plantas de sombra, que cultivaba con cariño, estaban rotas, mutiladas, como si contra ellas se hubiese ejercido una venganza —tallos y bulbos, raíces y hojas, confundíanse en el suelo con la tierra negra y los fragmentos de las macetas. Sintió ganas de llorar y a su mente acudieron injurias que jamás diría y a su pecho subió un furor oscuro y homicida; y si no lloró al ver los estragos de la chusma en sus plantas, sí lloró en cambio al hallar, vacías dos de las jaulas, y al descubrir en un rincón, entre los excrementos humanos, las plumas amarillas del ala de un canario.

—¡Dios mío...! gimió —tras de inclinarse, venciendo su asco, a recoger la plumita, se dirigió al cuarto de baño, con una mano en la nariz y la boca.

Allí adentro (lo sintió apenas apartó la mano de su boca) el aire era también irrespirable; quizá lo fuera más porque estaba inmóvil, prisionero en el recinto sin ventilación; envenenado por lo que había en el retrete; un retrete que sólo usaban los amos pero que ahora, luego de que el obús destruyó el de los criados, servía también a éstos. Vomitó, después de una serie de dolorosos espasmos, unas cuántas gotas fétidas. No pudiendo permanecer allí ni un segundo más, salió de prisa y, sin detenerse a tomar el pomo de sales que le ofrecía Matilde, volvió al corredor y luego a su alcoba.

El ralo almuerzo, que engulleron en la calle, entre la humareda que fluía en espiral pardi-negra de la pira de cadáveres, devolvió a los hombres el brío que habían perdido en la prolongada vigilia. Desapareció de sus labios la dureza del odio, de sus ojos el fulgor siniestro del resentimiento, de sus semblantes la torva opacidad del miedo. Reían las bocas, rezumaban malicia las miradas, se animaban otra vez los rostros muertos; y esos seres elementales, que con muy poco suelen conformarse, disfrutaban al máximo del mínimo placer que acompañaba al proceso digestivo.

En promiscuo tropel con las mujeres, volvieron al interior de la casa. Ávidas las manos para la tosca caricia a la carne femenina; agudo el ingenio —basto y directo, mordaz—para el retruécano de índole sexual o para la abierta referencia al juego erótico. Y ellas, las hembras, ya no graves como durante la incierta espera, sino alegres, coquetas y complacidas por saberse objeto del deseo de la tropa, la dejaban hacer; y se retorcían y chillaban y se quemaban de rubores cuando los machos, fuerte para que otros machos los oyeran, prometíanles para el descanso de esa noche, al término del combate, largos momentos de pasión amorosa.

En tanto los hombres subían a la azotea para emplazar el cañón en el sitio más estratégico —a fin de que sus disparos fueran directos y no parabólicos contra La Ciudadela— las mujeres se diseminaron por el corredor y el aire, nuevamente, se cargó del tufo a sobacos agrios, pies rancios y ropas sudadas. Desde su alcoba en penumbra, la señora Rossi oía el murmullo de sus charlas, sus gritos si disputaban por un sitio, sus graznidos ordenando a los niños no alejarse, y también las palabras que ponían tinte procaz a lo que hablaban. Aunque la proximidad de las soldaderas la exasperaba hasta la furia, cedió al impulso de verlas sin ser vista y de escuchar de cerca sus diálogos ruines. Dejó la cama en que reposaba y cubriéndose media cara con un pañuelito se acercó a la puerta. De rodillas, con la peculiar zozobra con que se espía a una pareja en el trance más íntimo, se dedicó a atisbarlas. Casi todas eran muy jóvenes, gruesas, de piernas cortas; deformes por las continuas preñeces y por el cansancio de una existencia pobre e ingrata. Las que no estaban embarazadas parecían estarlo por lo abultado de sus vientres sin ceñir. Ni siquiera la risa lograba borrar de sus rostros morenos la tristeza melancólica que les daba carácter. Sin embargo, a ninguna faltábale

ese matiz maduro, recio, fibroso diríase, común a las hembras del pueblo humilde, que se agostan en la miseria y el sacrificio. Repugnaba a María que algunas (para que estuviesen quietos y no las atosigaran con sus impertinencias) entregaran a la boca de sus hijos, así fueran éstos igual de altos que Luis Felipe, los pezones de sus pechos flácidos: pezones secos, negros, gordos como dedos pulgares, que ellos mamaban con placer sensual y a veces con tal fuerza, que se ganaban una bofetada. No habiendo visto nunca cosa semejante, a doña María se le antojaba monstruoso que esas mujeres comidas por los piojos usaran sus senos como juguetes para sus chicos, y, más aún, que derivaran de hacerlo un regusto no exento de erotismo.

Cuando los hombres hubieron puesto el cañón en el sitio por él determinado, el capitán dijo:

—Cálcenlo...

El sargento, que esperaba la palabra, la transmitió a los soldados en un grito innecesariamente fuerte, tal que si se encontrasen muy lejos de allí y no sólo a media docena de pasos:

—¡Cálcenlo...! Moviéndose.

Y los hombres, diciéndose uno a otro:

—A calzarlo... —se lanzaron a asegurar, con los trozos de madera que tenían para el efecto, las ruedas del cañón. En su emplazamiento definitivo, el largo cuello de acero sobresalió dos palmos del pretil de la azotea y la terca mirada negra del ojo sin párpado cayó amenazadoramente sobre la mole de La Ciudadela, que aparecía, entre el humo gris de los incendios y la niebla que mezclaba morosamente con la luz del sol, apenas como una presencia borrosa, horizontal, de poca altura.

Así que terminaran ese trabajo, el último y más sencillo de cuantos habían hecho esa mañana, los soldados estarían listos para encender otra vez los fuegos de la guerra; y por el entusiasmo con que desempeñaban, creeríase que les iba la vida por comenzar ¡ya! a matar y a morir. Otros, con idéntico apresuramiento, distribuían las municiones. Los restantes dormitaban con las cabezas recargadas a los muros o (más por pasatiempo que por encono al enemigo al que irían dirigidos) distraíanse labrando con el filo de sus navajas cruces hondas en el plomo suave de las balas de *mausser,* a fin de convertirlas en expansivas y mortíferas.

Conforme a cierta regla de la sutil cortesía mexicana, que dicta no aceptar ninguna invitación sin el regateo previo de la negativa (una negativa cortés y firme, pero de ningún modo terminante) el capitán se rehusó a ser comensal de Aldo Rossi cuando éste, concluida la maniobra de emplazar el cañón, tomó al artillero por el brazo y le dijo que era tiempo de que bajaran a desayunar.

—Van a dar las nueve, capitán, y si no desayuna ahora, no podrá hacerlo más tarde.

—Gracias, señor; pero es el caso, usted lo ha visto, que nos trajeron ya el almuerzo...

Rossi, que tampoco ignoraba las reglas de esa cortesía nacional, barroca, complicada y al mismo tiempo diáfana, insistió: —No lo vi desayunar, capitán.

—Lo haré ahora.

—He mandado freír huevos con jamón. Además, yo no he desayunado por esperarlo a usted...

—Créame, señor... —apuntó débilmente el capitán, dispuesto ya a ceder, pero resistiéndose todavía un poco.

—Ni una palabra, capitán. Le agradezco que haya aceptado.

—Es usted muy amable.

Por primera vez desde que se conocían, Aldo miró sonreír al capitán sin amargura, con una breve y alegre mueca que restó edad a su rostro; más que edad, dureza. Le simpatizaba, y mucho, ese joven hombre: serio, formal, equilibrado. Le gustaría, se dijo, conservarlo entre sus amigos. Al sargento le indicó Rossi:

—El capitán va a desayunar conmigo... —y al artillero, ya en el principio de la amistad— *Avanti, caro signare...*

Así que bajaban por la resonante espiral metálica, Rossi y el capitán tenían la sensación de ir sumergiéndose en la espesa y fétida materia de una ciénaga; no porque en el nivel inferior fuese más intensa la pestilencia, sino porque allí el aire estaba quieto, muerto, emponzoñado como el de una tumba. La grasa de los cadáveres parecía flotar, cuajarse, volverse escarcha en la atmósfera corrompida y cálida, y por ello el hedor a detritus y orines, a ropa y cuerpos sucios, volvíase casi sólido.

—¡Qué olorcito...! —comentó Aldo.

Abarcando de un solo vistazo a la multitud, harapienta de mujeres que despiojaban a sus hijos, de niños que defecaban a la vista de los demás y que después de haberlo hecho correteaban de aquí para allá desnudos hasta la cintura (mujeres y niños de la tropa que aguardaba a que el oficial terminara su almuerzo para seguir muriendo sin entusiasmo) el capitán expresó:

—Siento verdaderamente que estén maltratando y ensuciando su casa, tan bonita y limpia.

—Usted no tienen la culpa, capitán.

—Esa pobre gente hace lo que hace, sin mala fe —aludió a una mujer que en ese momento se ponía en cuclillas con las faldas levantadas y las piernas un poco abiertas—. Son, ¿cómo decirlo?... son un poco como animales.

—Sí, así son... —admitió Aldo, a quien mortificaban las excusas de su huésped.

—Para ellos, esta casa, un cuartel o un muladar es lo mismo. No distinguen.

—Por favor, capitán, no hablemos más.

A saltos, para no pisar a las mujeres que habían invadido tácticamente hasta el último espacio libre, o esquivando las embestidas juguetonas de los chicos, Aldo y el capitán avanzaron por el corredor. A doña Albina, que lo aguardaba en el umbral de su madriguera, hizo el amo una pregunta:

—¿Está listo el desayuno? —que la cocinera, según costumbre, respondió con otra:

—¿Ya van a sentarse?

—Sí, en cuanto vea al niño. —En voz más baja, quiso saber—. ¿Dónde está la señora?

—¿No estará con Luis Felipe?

Dirigiéndose al capitán, Rossi le consultó:

—¿Quiere conocer a mi hijo?

—Con gusto, señor.

Siguieron adelante, entre el laberinto de piernas extendidas, empantanándose en el lodo de la tierra y orines ya pisado y repisado muchas veces.

—¿Tiene usted esposa, capitán?

—No.

—Lo felicito. Mi *bambino* —dijo Rossi— tiene casi cuatro años y ahora está enfermo de viruelas locas. Nada serio.

—Ah.

—Pero la madre... —la aludía Rossi impersonalmente, como si se refiriera a alguien por completo ajeno a él: una institutriz; una ama de llaves; una criada, cuyo nombre si

es que se recuerda no vale la pena citar—. La madre se preocupa mucho por el niño. Piensa que si ella no lo cura, no lo cambia, no le da de comer con sus propias manos, nunca sanará...

—Sucede que todas las madres son iguales.

—La de mi hijo exagera, y cuando el niño está enfermo nos hace imposible la vida a todos.

En el momento que Aldo y el capitán entraban en el dormitorio, la señora Rossi ponía término, con un manotazo de impaciencia, a alguna terquedad del niño. La lívida línea de sus labios se alteró apenas al pronunciar fatigadamente las palabras de la amenaza:

—Abre la boca, Luis Felipe, o te zumbo otra vez...

Pero Luis Felipe, en cuya carne ardía aún el dolor del último azote, desgarrábase en un llantito de dientes apretados; y cuando la puerta se abrió para que por ella pasaran los dos hombres envueltos en torbellinos de luz blanquísima, su protesta hasta entonces mansa se transformó en grito, en tropel de hipos y sollozos, en marea de lágrimas y espuma de saliva; en denuncia contra la madre—verdugo que lo forzaba a tragar la avena de la que estaba harto. Seguro de que su padre venía a librarlo del tormento, el niño saltó de la cama y buscó con los suyos extendidos el amparo de los brazos paternos. Entre ellos, que lo alzaron del suelo, siguió llorando. La mano de Rossi lo tranquilizó con una caricia.

—¿Por qué llora el niño?

Inmóvil en su cólera, María aguardó a que Luis Felipe cesara de gimotear, y dijo punzándolo con sus ojos fríos:

—Al señorito no le gusta la avena.

Aldo miró al niño y chasqueó la lengua, como disponiéndose él también a reñirlo; a obligarlo a comer más. Antes de que su padre pudiera decir la palabra inicial de la reprimenda inevitable, Luis Felipe mugió:

—Yaa comiií mmuuucha... Yaaa me lleeené... Díiiile que yaa no quieero, pa...pa...cito...

Anticipándose en su turno a lo que Aldo pudiera invocar en favor de Luis Felipe, la señora Rossi puntualizó severamente.

—Sólo yo sé cuánto debe comer este mequetrefe.

Luis Felipe apagó su llanto él tiempo necesario para decir:

—Ya no quiero más, papacito...

La mirada que Aldo dirigió a los ojos de su mujer (ojos que despedían oscuros relámpagos de hielo) llevaban también implícita la súplica tantas veces, y tan infructuosamente, formulada por el niño; mas ella, para que a la muda petición no se agregaran las palabras, expresó con seca rudeza:

—Gústele o no la avena, debe comer...

Hubo entonces un silencio confuso y molesto, que afectó al capitán: testigo de la pequeña disputa. En ese breve silencio resonaron los golpecitos impacientes que la señora Rossi daba con la cucharilla en el fondo del plato. Rossi, derrotado, ablandado al fin por el llanto de su hijo y en abierto desafío a su esposa, resolvió:

—Si no quiere más avena, ¡déjalo...!

El súbito acuerdo de Aldo produjo en María, que no lo esperaba, una reacción de sorpresa; una acusada alteración muscular en su rostro, hasta entonces impasible.

—¿Dejar que este *mocoso* haga su voluntad? ¿Esto quieres que haga?

—Si ya comió...

—Ni la mitad de lo que debe.

—Si lo obligas, sí que puede enfermarse del estómago —añadió él en voz suave, a manera de excusa por su reto a la autoridad de su mujer.

—Está bien... —bufó María; y lo miró enconadamente, porque al apoyar al majadero, Aldo quebrantaba la disciplina impuesta por ella y la colocaba en la molesta situación de admitir sobre la suya, frente a un extraño, la autoridad de quien por su blandura hacía más mal que bien al carácter del chico. Recogió con rápidos y bruscos manoteos la charola, la servilleta, el plato, en tanto mascullaba—. Está bien. Se hará lo que tú ordenas... Échalo a perder, anda. Consiéntelo...

Pacientemente, Aldo aguardó a que su esposa desfogara en palabras la cólera que le hervía en el pecho. Largos años de peleas por nimiedades como ésa, habíanle enseñado que lo mejor era aceptar en silencio las recriminaciones, justas o no; dar por no escuchadas las mordaces ironías; no ofrecer la resistencia de las réplicas. La señora se cansaba pronto de monologar y callaba al fin. Y tal hizo cuando concluyó de poner en orden los frascos de medicamentos que había sobre el buró y las ropas de la cama de Luis Felipe. Para que ella supiera que el turno de hablar le correspondía, Aldo carraspeó y dijo, iniciando un nuevo periodo:

—Tienes razón, María, en lo que has dicho. De pe a pa... —y a Luis Felipe, admonitorio—. Mañana comerás toda la avena que mamá diga, ¿eh?

Contrito, asintió el niño y la madre, que no creía jamás en las comedias de promesas (Aldo sería el primero en ayudar al chico a no cumplir) resopló con desdén:

—Jmmmm...

Después, mirando al oficial con mucha simpatía y a la mujer con no menos formalidad, Aldo hizo las presentaciones:

—Señor capitán: tengo el honor de presentar a usted a mi esposa, la señora Rossi.

Con seca cortesía castrense, el capitán hizo chocar los tacones de sus botas, inclinó leve, mecánicamente la cabeza, y expresó:

—Capitán Ojeda, a los pies de usted.

—Gracias —repuso María, y tomando otra vez la charola se despidió—: Con su permiso, me retiro...

Repitió Ojeda su reverencia y Rossi creyó de su deber informar a su esposa que en unos minutos más, en cuanto el oficial tomara el desayuno, el cañón comenzaría a disparar desde la azotea.

—Hará un poco de ruido; así que no te asustes.

Ninguna gracia le hizo a ella la advertencia de Rossi; miró a los dos hombres con gesto hosco, arqueó una ceja como preguntando si no tenían algo más que decirle, y al no obtener su gesto la respuesta de otro gesto, o de una palabra, se marchó.

—Está muy nerviosa —aclaró Aldo al capitán, para justificar la actitud abiertamente hostil de María—. El ruido, ¿sabe usted?, el estar aquí dentro como presa...

—Y el olor y el peligro, y la falta de agua y de luz, y esa gente allá fuera. La comprendo perfectamente, señor.

—Además, lo del niño. Enfermo desde hace una semana. Eso la ha trastornado mucho... —y sin saber por qué lo decía, se escuchó comentar—. Ella no es siempre así; créame...

Ojeda pensó que Aldo era un pobre hombre, un pobre buen hombre, dominado, aterrado diríase, por una esposa neurasténica. Unos segundos guardaron silencio. Sin embargo, sobre ese silencio lleno de reflexiones no gravitaba el peso de la tensión de los minutos previos. Estaban sin hablar, pero libres del vago terror que imponía la señora Rossi con su presencia, y al que ni siquiera el capitán lograba sustraerse.

—Capitán Ojeda —habló Rossi, al cabo—. Éste es mi hijo...

Vio a un chico muy pálido, muy rubio, muy sonriente, muy cómico con tantas manchas de yodo, que lo miraba a él (a su uniforme ajado, a su casco blanco, su cara gris) con ansiosa curiosidad infantil; la más incisiva de todas las curiosidades.

—Hola —dijo, rozándole el mentón con el índice.

—Hola —repitió Luis Felipe, en un retorcimiento de gusto.

—¿Cómo te llamas?

—Luis Felipe Rossi Alard, a sus órdenes —respondió, recitando de un tirón, su nombre, sus apellidos y la fórmula de cortesía—. ¿Y tú?

Terció Aldo:

—El señor es el capitán Ojeda. El señor capitán ha puesto su cañón aquí, arribita de ti, en la azotea.

El niño, siguiendo el curso del índice de su padre, alzó los ojos al techo. Luego los dirigió al artillero:

—¿Es tuyo el cañón?

—Bueno... sí.

—Papá tiene una pistola. ¿Verdad que sí, papá?

—Sí, yo tengo una; y el capitán tiene otra, mírala; y los soldados tienen rifles.

—¿Tú... eres soldado también?

—Sí —aceptó Ojeda.

—¿Y matas gente?

—A veces... sí.

—¿Por qué?

Confundido por el candor de la pregunta, Ojeda se limitó a sonreír, y cuando Luis Felipe insistió en saber por qué mataba, dijo en dos palabras, una gran verdad:

—No sé.

—En la guerra, y el capitán está en una guerra —explicó Aldo dulcemente—, siempre mueren muchas gentes.

—¿Vas tú a ganar la guerra?

—Sí...

—¿Eres de los buenos?... Porque mi tío Alfonso dice que los buenos siempre ganan...

—Claro—rio Aldo—, claro que el capitán es de los buenos.

En los labios de Ojeda apareció el remedo de una sonrisa contaminada de tristeza y cansancio, exenta de optimismo. Acarició otra vez la barbilla de Luis Felipe. ¿Debía decirle que en la guerra, como en la vida, no siempre ganan los buenos? ¿Referirle que apenas dos horas antes había oído decir en las barricadas que la traición contra el gobierno y, por ende su derrota, estaban a punto de consumarse? Con un suspiro manifestó:

—De los buenos, de ésos soy yo.

Intervino Rossi para dar por terminado el diálogo entre su hijo y Ojeda:

—Ahora despídete del capitán, porque ya nos vamos a desayunar.

—Adiós...

—Adiós —repitió Luis Felipe, sofocado de emoción, cuando la mano de Ojeda estrechó la suya, pequeñita, limpia y tibia.

Así que su padre y el militar abandonaban el dormitorio, el chico empezó a imitar con la trompeta de sus labios fruncidos un toque de clarín—. Tu tutu tututu tuuuuututututuuuuuuu...

Después de haber pasado los últimos cuatro días y las últimas cuatro noches al pie del cañón, cociéndose al fuego lento del sol durante las horas diurnas; helándose durante las nocturnas en el viento seco del invierno —cuatro días y cuatro noches de hambre y sed, de insomnio y miedo, de asco y vigilia, en la calle batida por los obuses enemigos; teniendo por techo el cielo, frío y hostil; por cama, las duras baldosas de la acera; por manta, el capote militar; por almohada, el casco de corcho— el capitán Ojeda no se sentía muy dispuesto a levantarse de la mesa. El desayuno había sido espléndido y como, a falta de leche y agua, habían bebido vino, una tierna embriaguez lo mareaba gratamente.

Cuando intentó ponerse de pie sin conseguirlo, el oficial advirtió que su voluntad comenzaba a ablandarse y su cuerpo, libre del estímulo compulsivo de la tensión nerviosa, a dejarse vencer por la fatiga. De buena gana se echaría a dormir ahí mismo, frente a Rossi. Le escocían los ojos y hablar, oír y pensar resultábanle cada minuto más arduo. No estaba borracho, aunque sintiera estarlo. Más que los del *Chianti* sufría los efectos del cansancio. Sus hombres, los escuchaba en el corredor y en la azotea, movíanse inquietos, hartos de esperar, molestos quizá por tan prolongada pausa. En alguna parte disparaba ya un arma de gran calibre y dos, tres veces el sargento había pasado frente a la puerta como si quisiera, mostrándose él también impaciente, apremiarlo a terminar, o reprocharle que robara a la guerra esos minutos de reposo.

—¿Tiene mucha prisa, sargento? —le preguntó hosco la última vez que aquél se asomó por la puerta del comedor.

—Estamos listos.

—Ya subo. Retírese.

Del habano que había encendido cuando Matilde retiró los platos sucios llevaba fumado apenas un tercio, y Ojeda fijó como término a su descanso el instante en que se desprendiera del tabaco el huso de ceniza perligris.

Al ver que el capitán sacudía la cabeza vigorosamente, como la sacuden los perros al salir del agua, Aldo lo interogó con cierta perplejidad:

—¿Le pasa algo, capitán?

—No, señor. Creo que me he emborrachado un poco.

—Dos vasos, capitán no marean a nadie.

—Pues a mí —tamborileó sobre su frente con sus dedos de uñas sucias— se me han subido hasta aquí...

—¿Quiere un poco de carbonato?

—Gracias. Ya se me pasará...

Con gran cuidado, el capitán se llevó el puro a la boca y sus labios, brillantes de saliva vinosa, succionaron el extremo húmedo. Mientras expelía el humo a pequeñas bocanadas, Aldo creyó ver en las pupilas de Ojeda los destellos característicos de la beodez incipiente: una juguetona luz de malicia. Le agradó verlo así, casi humano, alegre, lento de reflejos, inhábil al expresarse. A más de la barba sin afeitar, una máscara de tizne y sudor le sombreaba el rostro hasta la mitad de la frente; la otra mitad, la que el casco protegía, conservaba el claro color de su piel.

Una serie de opacas detonaciones retumbó en la distancia; y luego de que otras más próximas y fuertes respondieron a aquéllas, los hombres de Ojeda comenzaron a agitarse en el corredor y en la azotea.

La voz del sargento, más que su voz su ladrido, urgió a los soldados:

—Moviéndose, huevones. Vamos, vamos. Arriba. A sus puestos —y en menos de un minuto una angustiada emoción, mezcla de miedo a morir y de ansia de matar, galva-

nizó a la tropa, templándola, endureciéndola, alistándola en cuerpo y ánimo para la batalla. Fue después a buscar al capitán. Con los dedos en la visera del *quepis,* anunció muy formalmente—: La gente está lista, mi capitán.

Cansadamente Ojeda respondió:

—Ahora voy, sargento.

Se fue el sargento y Rossi comentó:

—A empezar de nuevo... —en forma tal, que podía pensarse que era sobre él, y no sobre Ojeda, en quien recaía la responsabilidad de conducir a los hombres al combate.

—De nuevo, sí señor —repitió Ojeda con desgano, soplando las palabras y el humo sobre la ceniza del puro.

Mas no se levantó del asiento, como Aldo esperaba. Permaneció de codos sobre la mesa; ausente, acariciando con la lengua el pezón del habano. Era la última resistencia de su cuerpo cansadísimo. Ninguna batería volvió a gruñir en los siguientes minutos; y la pregunta que Aldo pensaba plantear: ¿Por qué no disparan ya?, fue contestada por Ojeda en tono reflexivo y didáctico:

—Fueron disparos de tanteo. Ellos y nosotros nos hemos avisado que estamos listos. Además —añadió, mirando la hora en el reloj del comedor— además es temprano todavía. Cinco minutos para las nueve. Y comenzar no corre prisa.

—El sargento no debe pensar lo mismo. Él ya está listo.

—Es un gran tipo —comentó Ojeda—. Un gran tipo que no sabe para qué se mata. —Aspiró el humo, lentamente; fijó la mirada enrojecida por el insomnio en un punto impreciso de la claridad exterior y añadió—. ¿Y nosotros, los oficiales, de teniente a coronel, sabemos acaso por qué peleamos? Tampoco, señor. Como le dije el otro día, ¿se lo dije o pensé nada más decírselo?, la forma en que se lleva esta guerra no tiene pies ni cabeza. —Encaró a Rossi, con ojos que llameaban—. Se manda un ataque de jinetes *rurales,* sin más arma que sus sables, contra los cañones y las ametralladoras de La Ciudadela, que los están esperando... y los matan a todos. El Presidente va personalmente a traer al general Ángeles, que no sólo es uno de los pocos generales decentes que le quedan sino, además, el mejor, el mejor artillero del Ejército. ¿Y qué hace? Entrega el mando de la artillería a otra persona, que de estos asuntos sabe lo que usted y yo de decir misa... Resultado: que todas las baterías del gobierno, no obstante ser superiores a las de La Ciudadela en número de piezas y en potencia ofensiva, resultan en la práctica incapaces de desalojar al enemigo. Vaya, incapaces hasta de acertarle al Manco...

Lo interrumpió Aldo:

—No lo dirá por usted, capitán porque...

No pudo agregar más porque Ojeda lo atajó con un movimiento impaciente de su mano:

—Por mí y por todos lo digo. ¿Sabe usted que el Estado Mayor sólo nos ha enviado granadas para combate a campo abierto? Necesitamos granadas de demolición, de las que abren boquetes en los muros, de las que no dejen piedra sobre piedra. —Molesto se echó para atrás, se lanzó casi contra el respaldo de la silla. En un resoplido siguió—. Ah, pero de ésas nadie dispone, según lo comprobé ahora que salí a pedir prestados los hombres que nos ayudaron. Todos los artilleros de este sector, e imagino que lo mismo les ocurre a los de otros, recibimos nada más granadas de balines. ¿Y sabe usted por qué?

—Supongo que...

—Porque disparando granadas de balines no hay peligro de causarle daño a La Ciudadela...

—¿Será posible, capitán?

—Lo es, señor. Estamos haciendo ruido, nada más. Mucho ruido y poco destrozo, y los alzados se mean de risa. Ellos, ¿sabe usted?, ellos sí disparan a matar, porque tienen lo que a nosotros nos falta. Y si no lo cree, vea cómo han dejado esta calle, y su casa, señor.

—El Presidente debe saber lo que sucede.

Se encogió de hombros el capitán Ojeda: fruncimiento despectivo de sus hombros cargados de cansancio:

—Lo sepa o no, ¿qué puede hacer él?

—Si ustedes, los militares, saben lo que ocurre, ¿por qué no hacen algo?

—Lo estamos haciendo ya, señor. Ayudamos a la traición.

—¿También usted, capitán?

—También. Fingimos no ver, por cobardía, lo que sucede en torno nuestro. Hemos perdido la conciencia y para justificarnos, ¿sabe usted?, nos decimos: "Como soldados obedecemos órdenes. Sin chistar, sin que nos importe ".Es muy cómodo, así. Ponemos a salvo el honor. Que otros carguen con la culpa. Ayudamos a los traidores a sabiendas, y creemos cumplir con nuestro deber. El Ejército está podrido y apesta. Los grandes generales y los pequeños oficiales, los políticos y los gobernadores, todos, todos, ¡puf!, somos una porquería...

Bruscamente, Ojeda aplastó el puro en el cenicero; lo aplastó con furia destruyéndolo, como si quisiera así expulsar una poca de la ira que se le había removido dentro del cuerpo. Tomó el casco de corcho y se lo hundió hasta las cejas. Readquirió su rostro la dura seriedad que le era característica; su mano derecha alzó los binoculares de campaña:

—Gracias por el desayuno, señor... —y al decirlo hizo chocar los tacones.

A las nueve en punto de la mañana de ese jueves 13 de febrero, todos los cañones comenzaron a disparar al unísono y pronto el bombardero tomó el ritmo —lento y monótono— que no habría de perder durante la jornada. La luz era muy fina y clara; el calor, abrasador. De centenares de hogueras continuaba levantándose la niebla de la grasa humana; de otras, el débil resplandor de los incendios. Sólo en un sitio se peleaba con verdadero encono: en los aledaños de la Sexta Demarcación. En dos horas el edificio fue ocupado y abandonado cuatro veces por las tropas del gobierno.

—Ahora —indicó Ojeda a Rossi, cuando éste hubo enfocado los binoculares en la torre—, ahora la tenemos nosotros. Pero no por mucho tiempo; ya lo verá.

Treinta minutos después, la fuerza federal hubo de ceder el estratégico reducto al enemigo, que lo perdió, a su vez, a mediodía. Docenas de cadáveres, desparramados entorno al objetivo, indicaban qué alto precio estaban pagando unos y otros por la posesión definitiva de esa ruina.

—Habrá notado —subrayó Ojeda— que los de La Ciudadela ya no se defienden nada más; ahora pelean fuera, en las calles; avanzan, ganan terreno, nos hacen retroceder. Y las bajas están, véalas, cuéntelas, a razón de diez a uno... en contra nuestra.

Poco antes de las dos de la tarde, una columna de cien soldados del gobierno llegó en auxilio de los que con tanto denuedo repelían el ataque de los insurrectos. La lucha fue muy breve, enconada y sangrienta, y al cabo de quince minutos vigorosamente

combatidos, el edificio quedó al fin en poder de la tropa federal. En desbandada, *los felisistas* volvieron a La Ciudadela.

—Será muy difícil que los nuestros, por hoy, se dejen quitar la Demarcación —fue el juicio de Ojeda.

3

COMÍAN, igual que siempre, distanciados por la indiferencia, en sitios opuestos de la mesa. Los breves ruidos que violaban el silencio del comedor eran los de todos los días a esa hora (el tic—tac del reloj; las tímidas pisadas de Matilde sirviendo las viandas; el monólogo de murmullos de la cocinera; el tintineo de los vasos en los que se vertía el vino; los ecos de plata de tenedores y cuchillos; de cuando en cuando algún suspiro triste de la señora Rossi; una tos de su marido; media docena de palabras dichas quedamente, por ella o por él, a la *yaqui)* ruidos comunes, normales, que dominaban, pese a su pequenez, el estruendo continuo del cañón de la azotea, los lejanos rumores del combate que se libraba en la ciudad; las voces de las mujeres, las risas y los lloros de los chicos que hormigueaban más allá de la puerta cerrada por dentro.

—Me preocupa que no haya venido Alfonso —indicó María, mirando el sitio de la mesa, equidistante de ella y de su marido, en que había hecho colocar como todos los jueves y domingos, el plato de su hermano.

—A mí también... —contestó él a las palabras de María; las primeras que pronunciaba desde que empezaron a comer.

—Dios lo esté protegiendo... —deseó ella, en un susurro lleno de fervor.

—Quizá venga más tarde.

—No hemos vuelto a tener noticias suyas desde que... —María pensó decir: "Desde que me porté tan majaderamente con él..." pero no lo dijo.

—Sí, desde entonces.

Al cabo de un instante de reflexión, la señora Rossi especuló:

—¿Se habrá olvidado de que hoy es jueves?

—Alfonso no lo olvida nunca. En todos estos años, ¿ha dejado de venir siquiera un jueves o un domingo?

—¿Por qué, entonces, no está aquí?

—Oh, mujer. .. Estamos en plena revolución, no lo olvides. Así como nosotros no podemos salir de casa, Alfonso tampoco puede salir de la suya.

—Lo esperamos, para darle tiempo a llegar, hasta las dos y media. Y no vino. —Echó una mirada amorosa al asiento que gustaba ocupar su hermano—. Sin él ahí, no parece que hoy sea jueves.

—Y sin *ragoüt,* menos.

Creyendo que Aldo le reprochaba no haber preparado el platillo tradicional de ese día, ella aclaró, picada en su orgullo de eficiente ama de casa:

—No se hizo *ragoüt* porque no tenemos agua ni para hervir la carne. Sólo para preparar los alimentos del niño.

—Lo sé, mujer. Quise decir que sin *ragoüt* y sin Alfonso yo también siento que hoy no es jueves.

Luego no tuvieron más que agregar y suavemente, sin esfuerzo, porque así les resultaba cómodo a ambos, retornaron al silencio. De vuelta al solitario mundo de los pensamientos, los de Aldo evocaron a Betina, y al reconstruir su imagen (que en el

espejismo del deseo no correspondía a una mujer, sino a un ideal) su ánimo se deprimió mucho. Betina, en el desamparo de la soledad; agónica en el terror que nadie le ayudaba a compartir; abandonada a su suerte en un cuartucho de la pensión que las balas herían sin misericordia. Betina, hambrienta, insomne, enferma, marchita, a la inútil espera de que él llegara a salvarla; y él, ahí refugiado en la cobardía, buscando y hallando excusas para no ir; prometiéndose hacerlo esa noche, en cuanto terminara la batalla... Sí, lo haría.

—Matilde, coñac —ordenó.

¡Las moscas!

Llegaron al fin de la comida. Caían del cielo de vidrio azul cobalto como una persistente llovizna de ceniza verde, y entraban en la casa, a millares, por los huecos del tragaluz del cuarto de baño, o deslizándose por debajo de las puerlas. Eran grandes, lustrosas y muy ágiles, pero a su vuelo faltábale la elegancia del vuelo de las negras moscas domésticas. Más que volando, para ir de un lugar a otro se transportaban a saltos o en cortas y rápidas carreras. A las que cubrían los pisos, los muros, los muebles y los objetos del pasillo, la cocina y el comedor, no las amedrentaba que Malilde, Ausencio y la vieja las diezmaran con los trapos que habían traído para ahuyentarlas. Buscaban la seguridad de las alturas y en ellas permanecían hasta organizarse en espesos enjambres zumbadores. Se lanzaban de vuelta al ataque: bravas, tercas, hambrientas. En segundos, aquel alado líquen esmeralda —veloz sobre sus finas y fuertes patitas peludas— adueñábase nuevamente de las posesiones perdidas y no las abandonaba hasta que los criados, y aun Aldo, lo hacía huir una vez más a gritos y certeros golpes con los lienzos.

Las moscas parecían tener predilección por hostigar a las personas; y se hallaran dentro de las habitaciones o fuera, en el corredor, cargaban contra ellas, después de cada rechazo, con briosa tenacidad. Acosaban sus ojos y sus labios, hurgaban en narices y orejas, zumbaban en las trampas del cabello; y no pocas atrevíanse a explorar las partes privadas de los cuerpos, metiéndose por debajo de las faldas de las mujeres o por los tubos del pantalón de los hombres. Incapaces de repelerlas con la firmeza de los mayores, los niños eran los más encarnizadamente atacados por los enjambres que hedían a cadáver y letrina, y de cuyo asedio no conseguían librarse por mucho que corrieran, manotearan o se revolcaran en el piso.

Cuando la señora Rossi salió del comedor, las moscas la acometieron con gran ferocidad. En unos segundos se encontró, ciega y aturdida, en el centro de una nube de bichos repugnantes, que le azotaban el rostro como si fueran puñados de arena. Corrió a su alcoba y luego de cerrar la puerta, descubrió con asco que miles de ellos se hallaban ya dentro. Verdeaban por todas partes, sin que sus alas tornasoladas cesaran de producir ese suave ruido de sierra que le llegaban a los nervios. Los había en los visillos, sobre la cama, en el reclinatorio. Laboriosos, se movilizaban en legiones por las paredes, entre los tarros de crema; se observaban a sí mismos en el espejo del armario; cubrían, hasta hacer que parecieran salchichas de moho, los alambres eléctricos, y el foco que semejaba un extraño fruto sin madurar. Entraban en corriente continua por los agujeros del balcón; pasaban de esa pieza a la contigua o al corredor y regresaban derramándose, cieno verde, sobre las duelas y la alfombra. Algunos, de lo grueso, no volaban ya, y crujían si ella los pisaba con sus botines. Otra vez enferma de náusea intentó huir. ¿A dónde, si las moscas eran dueñas de la casa? Aldo hizo traer al mozo todas las cajas de cartuchos de papel matamoscas que había en la tienda, y se

dedicó a colgarlos en el comedor, la cocina, el baño, el pasillo, las recámaras y el despacho. María se negó a dejarlo entrar a su alcoba.

—Ahora sí vamos a acabar con ellas —dijo a Luis Felipe, después de que hubo colocado tres de esas anchas serpentinas pegajosas en la habitación del chico.

Pareció durante unos minutos que los optimistas augurios de Rossi iban a resultar ciertos. Las moscas dejaron de vagabundear sobre las sábanas, los cristales, las cortinas, el buró, el escritorio, el suelo, las paredes y la piel de padre e hijo, y volaron llenas de curiosidad hacia las traslúcidas tirillas.

—Mira cómo caen, papacito... —brincoteaba el niño, mirando a las moscas quedar atrapadas en la brea del papel.

—Te lo dije, *bambino.* Ni una vamos a dejar viva.

Pero cuando los tres que había puesto primero, y los dos que luego colgó, quedaron totalmente cubiertos de moscas, los papeles perdieron efectividad.

—Pon más, papacito... —pedía el niño, sin dejar de espantarse las moscas de las ampollas de varicela.

—Ya se acabaron todos —hubo de responderle Aldo, después de que el mozo, llamado para que trajera más cartuchos, informó que no quedaba ninguno.

—¿Qué hacemos, papá?

Furioso, porque su propio temperamento comenzaba a alterarse por las constantes embestidas de las moscas, Rossi gruñó:

—Aguantarnos como los hombres.

La misma suerte corrieron los otros cuarenta o cincuenta papeles que Aldo había distribuido por la casa. Lleno de insectos hasta el último centímetro de su pegajosa superficie, convirtiéronse en cómodo y seguro apeadero de los bichos que no encontraban mejor sitio para reposar. Sólo a quienes se apiñaban en el corredor parecía no importales ya que hubiese moscas. Aunque los enjambres continuaban sobrevolándolos con la misma insistencia de los primeros minutos, las mujeres y los niños, con la gran sabiduría de los resignados, buscaron un fácil remedio para no padecer sus molestias; y ese fácil remedio fue ignorar que existían …Escudadas en la pasividad, que probaba servirles de eficaz defensa, no chillaban si les producían cosquillas, ni se incomodaban si se les metían en la boca o los ojos; ni pataleaban al sentirlas subir por los muslos. ¿A qué cansarse si no era posible matarlas a todas? Dejábanse invadir, a cabeza descubierta, por ellas; y sólo cuando las moscas rebasaban el ancho margen de su paciencia, las soldaderas y los chicos las ponían en fuga con un aspaviento perezoso.

La azotea era la única parte de la casa que no atraía a las moscas. Pocas, relativamente, molestaban a los soldados y menos aún correteaban por pretiles, cajas de municiones y pisos. Los enjambres procedentes de la calle pasaban de largo, sin detenerse, hacia el patio o el tragaluz, molestos, quizá como los hombres, por los estampidos de cañón; o, como opinaba el capitán Ojeda y con lo cual Aldo estaba de acuerdo, por la espesa humareda que seguía a cada disparo.

—Y también —señaló Rossi en apoyo a la hipótesis del oficial— porque aquí, aunque no muy fuerte, corre siquiera un poco de aire.

—El humo, creo yo, es lo que en verdad nos defiende.

—Allá abajo, en cambio, fastidian que da miedo.

El capitán Ojeda, reloj en mano, veía avanzar la aguja de los minutos. Cuando se cumplieron diez desde el último disparo (ahora disparaba cada diez y no cada cinco,

como la víspera) hizo la señal, que recogió el sargento y que comunicó a los servidores de la pieza con un grito ronco:

—Fuego...

Retembló la casa. El humo amarillento cegó a los hombres, ahogándolos en toses. Escupieron unas cuantas ráfagas las ametralladoras. Hicieron oír sus vocecitas los rifles, y todos dispusiéronse a aguardar que otros diez minutos transcurrieran. A pequeños sorbos, Ojeda y Rossi bebían el coñac que éste había llevado; la tropa, a tragos sonoros, el aguardiente a pico de las tres botellas que el señor de la casa había hecho distribuir. En los silencios entre disparos era posible escuchar algunos traqueteos de vehículos: carromatos de la Sanidad Municipal que recogían cadáveres, o ambulancias, heridos.

Con cierta alegría taciturna los soldados hablaban de mujeres; los que las tenían abajo, se asomaban a mirarlas, a decirles requiebros, a prometerles que esa noche dormirían calientes; y las respuestas que brotaban de aquel foso rectangular —obscenas también y cargadas de sexual malicia—estimulaban el diálogo, aguzaban el deseo de unos y otros; desgranaban risas torvas.

—Nalgas, nalgas —comentó Ojeda—. Es en lo único que piensan... ¿Y por qué no?

—Sí, ¿por qué no? —repitió Aldo.

—A veces creo que estos hombres no tienen más razón para vivir que ésa: las nalgas de sus mujeres. Véalos, óigalos ahora. No saben si morirán esta tarde y sin embargo, dando por descontado que no, hacen cita para el amor...

Después de la pausa de un trago, el capitán comenzó a filosofar sobre la vida y la muerte. El coñac, como el vino en el desayuno, volvía ágil su lengua; volubles sus ideas. Siempre dentro del tema general del vivir y del morir, saltaba de un concepto a otro, a veces con gracia y talento. Pero en el trasfondo de su plática advertíase su protesta contra el Destino.

—El de estos pobres, ¿cuál es? Morirse de la peor manera: sin saber ni por qué. Creo que esto se lo dije ya antes, pero no importa. Han vivido siempre un poco como bestias y se les exige que mueran como hombres. ¿Es justo eso, señor? ¿Es justo?

—Bueno, creo que...

—No es justo... pero eso ni usted ni yo vamos a remediarlo. ¿Qué compensación les da esta puñetera vida? Ésa... hablar de nalgas, contar el tiempo que falta para la hora de enredarse con una mujer, los que la tienen; o de hacerse una paja pensando en una. Con todo, son felices y no les importa, mucho al menos, que una bala les corte el resuello. Quizá morir cerca de sus *viejas,* les consuele un poco. ¿No cree?

—Probablemente, sí.

Envidiaba Rossi la felicidad animal, primitiva, sin complicaciones, de esos soldados bajitos y oscuros. Algunos, como decía el capitán, quizá murieran esa tarde, esa noche, al siguiente día, junto a su mujer, o cerca de ella, tras de haber compartido ambos la misma suerte trágica. ¿Y de él —si le tocara morir en ese momento o en cualquier otro del sombrío futuro inmediato— podría decirse lo mismo?

Moriría, porque allí estaba, cerca de su esposa: en sus brazos, inclusive. Mas ¿eran esos brazos los que él, si le fuera dado, escogería para terminar de vivir?

Por alguna razón misteriosa e inexplicable, el capitán Ojeda dijo en ese momento:

—He estado pensando, señor, en lo que me contó usted ayer... a propósito de la persona que vive cerca de la Demarcación...

Sobresaltado por la coincidencia telepática (Ojeda parecía haber penetrado en la intimidad de sus pensamientos), Aldo miró al capitán:

—¿Sí? ¿Y...?

—Y creo que puede haber un medio para que usted la saque de allí... Ahora que la Demarcación ha quedado, al fin, bien atrás de nuestras líneas y que no se pelea ya por ella, tal vez sea fácil llegar...

—Lo intenté anoche, a usted le consta, y no pude. ¿Cómo hoy...?

—¿Conoce a alguien en el Estado Mayor?

—No —repuso Aldo, tras de pensarlo unos segundos.

—¡Oh! —habían transcurrido ya diez minutos y el sargento aguardaba la orden de Ojeda. La dio éste, tronó el cañón, tosieron los hombres; empezó y terminó el vocerío de las armas menores; y el capitán, luego de exclamar ¡Oh! de nueva cuenta, prosiguió—. Es una lástima que no tenga amigos en el Estado Mayor.

—Tal vez mi cuñado sí los tenga. Él conoce a medio México.

—De ser así, consiga un salvoconducto; un papel para que le permitan cruzar nuestras líneas...

—¿Quién da esos permisos? ¿Quién, en el Estado Mayor?

Lentamente, como quien sugiere el nombre de un medicamento que es imposible conseguir, el capitán Ojeda reveló:

—El general Huerta.

—¿De no ser él, quién?

—Nadie más.

Ojeda, con una inclinación de cabeza, se apartó entonces de Rossi. Precaviéndose, el cuerpo inclinado, cruzó la azotea y buscó un sitio a cubierto dónde orinar. Para Aldo la sugestión del capitán resultaba estimulante y descorazonadora al mismo tiempo. Estimulante por cuanto llevaba un poco de luz a la tiniebla de su desaliento: era la esperanza que necesitaba para no desesperarse definitivamente por la suerte de Betina. Descorazonadora porque le parecía imposible que Alfonso pudiera tener acceso a Victoriano Huerta y conseguir de él, con la rapidez que era de desear, el salvoconducto; uno de esos salvoconductos como el que usaba el Padre Paz.

Cinco o seis soldaderas —las frentes, las narices, las bocas aplastadas contra los cristales de la puerta de la cocina— miraban ansiosamente cómo Matilde se disponía a echar las sobras de la comida al bote de basura. En los ojos de aquellas mujeres (lo notó la *yaqui* al encontrarse con ellos) había la súplica y al mismo tiempo la exigencia de que les regalara los restos del festín de los amos: blancas hebras de *spaghetti,* pedacena de sardinas de Portugal; trozos casi intactos de carne asada, frutas secas roídas a medias; migajas de galleta.

—Doña, mire... —dijo Matilde para que Albina fijara su atención en las mujeres y cuando la vieja las hubo visto, le preguntó— ¿Les doy esto a las pobres?

El genio de doña Albina podía ser duro, mas no su corazón; aunque gruñó que esas mujeres debían estar en su casa y no en la ajena causando lástimas con sus miradas y sus actitudes pedigüeñas, accedió finalmente:

—Sí, dales... —y con su ruda terneza de siempre— y pónles también sal y chiles para que les sepa a algo...

El aspecto de aquel plato de revolturas era repugnante, pero a las mujeres no les importó que lo fuera, porque cuando se tiene hambre el asco es un lujo. Apenas Matilde entreabrió la puerta, una docena de manos le arrebataron la bazofia. Las soldaderas devoraban, idénticas en actitud y expresión a perras vagabundas. Masticaban apenas en su ansia de llenarse los estómagos y no les preocupaba si una mosca o un puñado de ellas tomaba el camino de sus bocas. La *yaqui* y Albina, que las miraban y las oían

gruñir, empellarse, hundirse las costillas a codazos, estaban conmovidas por el espectáculo

—Pobrecitas...

—Como decía mi compadre Lorenzo, el hambre es cabrón... —repuso doña Albina filosóficamente.

En un parpadeo, el plato de las sobras quedó limpio y las mujeres, que seguían teniendo hambre, comenzaron a gritar:

—Más, más... —y siguieron gritando, enardecidas, cuando las dos sirvientas desde el interior de la cocina les indicaron a señas que los desperdicios se habían terminado.

Alertadas por el grito de las favorecidas, las soldaderas que no habían participado del regalo comenzaron a correr hacia la cocina, a agruparse ante la puerta, a presionar contra ésta. Vociferaban ellas también en demanda de un mendrugo; enarbolaban por encima de sus cabezas los puños airados. Un cristal estalló. La grita y la cólera de la pequeña turba se hacía grande.

—Ábranos...

—Queremos comida...

—Déjenos entrar, gatas—muertas—de—hambre... —aullaban a todo pulmón.

Con una gruesa cuchara de peltre en la mano, doña Albina se encaró a ellas, desde adentro, y durante un minuto entre la anciana y las mujeres de la tropa estuvieron cruzándose los proyectiles de los insultos. Matilde estaba aterrada, tanto por los embates de las soldaderas como por la furia que enardecía a la cocinera. Al fin, los ánimos comenzaron a aplacarse, las palabras a perder elocuencia, rabia los ademanes y los rostros el aura siniestra que los desfiguraba. Las hambrientas se retiraron. Doña Albina abrió la puerta y escupió las últimas blasfemias, que cayeron tal que azotes sobre las espaldas ya sumisas de las que se iban.

De vuelta al interior de su cueva, rezongó:

—Esto te pasa por andar de caritativa, Matilde. ¡Jmmm! ¡Como si una tuviera la obligación de darles de comer. ..! ¡Hijas de la chi...! —explotó por último, arrojando sobre el brasero la gran cuchara de la que se había armado.

Matilde no escuchó las sílabas finales de la palabrota, pues a tiempo alcanzó a cubrirse con las manos sus púdicos oídos.

4

A LAS ocho, el grito enorme del silencio se impuso finalmente al clamoreo, ya a esa hora fatigado, de las armas. Después de un largo día de ruidosa batalla, la ciudad se arrebujó en los harapos del miedo, en espera de la noche. No soplaba más el viento y en el cálido bochorno las nubes de filtro parecían estar fijadas con alfileres en el vacío del cielo, negro y hermético. Muy débiles en la atmósfera que hedía a carroña, diluíanse los resplandores carmesíes de los incendios y las piras. Un collar de fogatas de vivaque delimitaba la primera línea del frente. En el centro de la tierra de nadie, La Ciudadela parecía estar también ardiendo. Pero el gran fulgor que brotaba de su patio era el de la lumbrada en cuyo torno se agrupaban los defensores para calentarse un poco y comentar los incidentes de la quinta jornada de combates. A veces, en las calles remotas se escuchaban ráfagas de ametralladora, disparos huérfanos. Quizá los soldados continuaran cazando desde las sombras a los profanadores de cadáveres. Tal vez las patrullas del Ejército Federal baleaban fugitivos.

Como había ocurrido las cuatro noches anteriores, apenas cesaron los rezongos del cañón y las voces menores de los fusiles, y el silencio se apoderó ruidosamente de la ciudad, comenzó el éxodo desesperado y casi siempre inútil, de sus habitantes. Por las puertas que se abrían con sigilo, echábanse a las calles centenares de mujeres con niños en brazos o con ellos, en racimo, de la mano; presurosos caballeros que buscaban poner a seguro sus vidas y sus objetos de valor; jóvenes (no pocos con ropas femeninas por disfraz) que escapaban al reclutamiento, a la *leva,* ordenada ya por la Comandancia. Los impulsaba a huir el terror y el hambre —mas éste a aquél. Mariposas ciegas, iban de un lado a otro, en busca de un paso por donde penetrar la muralla invisible del frente. Los que no entendían las guturales razones de la soldadesca e insistían en querer salir del cerco, eran repelidos a golpes de culata, porra o puño, cuando no con el filo de las bayonetas o el granizo de las balas.

La barrera de centinelas se abría solamente para los oficiales, los ambulantes de la Cruz Roja, los funcionarios de alto rango, los diplomáticos: o para quienes, muy contados, mostraban salvoconducto del Estado Mayor.

Los que no huían, trabajaban en las calles. Militares y civiles, enfermos de fatiga unos, de repugnancia otros, con pañuelos en los rostros para soportar medianamente los miasmas, retiraban del arroyo los cuerpos de los que habían muerto en el día. Como escaseaba el petróleo, la cremación era muy lenta y el humo tenía la consistencia del atole. Vehículos del Ejército, del servicio urbano de transportes, o particulares requisados por el gobierno (sus conductores los abandonaban en cualquier parte, apenas se agotaba la gasolina de sus tanques) distribuían municiones y magros víveres entre quienes montaban guardia en las barricadas.

Cuando terminó la pelea, el capitán Ojeda encargó al sargento el mando de los hombres y se marchó de la casa en compañía de Rossi.

—Si gusta —le dijo el capitán en la calle— podemos ir junios al Estado Mayor. Quizá encontremos a alguien que lo ayude a gestionar el salvoconducto...

—Sería bueno, sí —repuso Aldo con un titubeo— pero...

—En media hora estaríamos allá.

—Prefiero, si no me lo toma a mal, ir con mi cuñado.

—Como usted guste, señor.

—De seguro él tiene amigos y...

—Amigos, buenos amigos, van a hacerle falta.

—Por si se necesita untarle la mano a alguien, llevo un poco de esto... —expresó Rossi, haciendo saltar dentro de los bolsillos interiores de su chaleco el oro amonedado que los abultaba.

—Más que dinero, va a necesitar influencias.

—Mi cuñado las tiene.

—Pues, le deseo suerte.

Dos cuadras más adelante se despidieron. Ojeda continuó camino hacia las oficinas del Estado Mayor en Palacio Nacional. Rossi en dirección a la casa de su cuñado. Medio centenar de metros más tarde lo preocupó una terrible angustia: la de cruzarse con él en el trayecto y perder la oportunidad de verlo. Estaba seguro de que Alfonso iría a *Sorrento* esa noche; seguro absolutamente, aunque no sabía por qué. Volvió a la tienda.

Le preguntó a Ausencio, que hacía tertulia con algunos soldados en la banqueta:

—¿Vino don Alfonso?

—No, patrón.

—¿Estás seguro?

—No me he movido de aquí.

Aguardar en la calle a que llegara Alfonso, o hacerlo en la oscuridad fétida del almacén, producíale la sensación de estar perdiendo el tiempo. La cabeza comenzó a llenársele de dudas a medida que transcurrían los cuartos de hora y su cuñado se retrasaba. Se preguntaba, en plena incertidumbre, si no habría cometido en forma simultánea dos graves errores; rechazar la ayuda que le brindó Ojeda y renunciar, cuando estaba ya haciéndolo, a buscar por sí a Alard.

Hombre acostumbrado a la acción física, a convertir en movimiento la energía de la inquietud y aun de la cólera; a dar curso a su impaciencia por medio de la dinámica de los músculos, Aldo dijo al criado:

—Voy a buscar a don Alfonso... Si él llega, que me espere aquí... sin entrar a ver a la señora.

—Sí, señor.

Alentaba Aldo la esperanza de que saliendo a su encuentro pronto hallaría a su cuñado. Deambuló un tiempo que no se preocupó en medir: media hora, quizá una completa, sin dar con él. Sus pasos lo llevaron, en una ocasión, al punto que marcaba la mitad exacta de la distancia que había entre su casa y la del hermano de su mujer. Allí, vaciló entre seguir o regresar. Nuevamente, las voces del temor le aconsejaron ser cauto y no arriesgarse. Volver. Cuando Ausencio le dijo: "No, patrón. Don Alfonso no ha venido...", Aldo comprendió que había desperdiciado otra oportunidad de ver a Alfonso. Empero, no renunció a seguir esperándolo; más que a esperarlo, a seguir buscándolo en sus tímidas exploraciones por las cercanías de la casa.

Recorría por quinta o sexta vez la distancia entre la puerta de su tienda y la esquina de la avenida cuando tropezó, casi bruscamente, con una persona que marchaba, igual de abstraída que él, en dirección contraria. Confusos por el percance en la oscuridad, Aldo y el desconocido se ofrecieron disculpas y luego del intercambio de frases amables ambos echaron a caminar en forma simultánea hacia el mismo lado, lo que originó que volvieran a chocar y a obstruirse el paso que en forma tan cortés cedíale uno al otro.

—Perdón...

—Perdón... —decíanse, o exclamaban:

—Oh...

—Oh... —después de cada colisión; apenados de ensayar esos absurdos pasos de ballet idiota.

Fue Rossi, luego de ganar el lado del muro, quien puso fin a la risible situación diciendo:

—Vamos, pase usted... —y mostrando al otro el camino abierto de la acera.

Pero el otro, que había reconocido ya al italiano por el acento de su voz y porque el resplandor de una pira lejana le iluminaba ahora débilmente la mitad del rostro, exclamó en tono jocoso, palmeándole los bíceps:

—Señor Rossi, parecemos un par de osos bailadores...

—¡Licenciado de la O...!

El notario y el tendero juntaron entonces sus risas y comentaron el mutuo ridículo que sentían por haberse encontrado en circunstancias tan singulares.

Hubo por ambas partes nuevas y ceremoniosas excusas y después, las consabidas especulaciones sobre la guerra civil.

—¿Va usted a alguna parte, señor Rossi? —preguntó el notario y antes de que Aldo respondiera, añadió—. Pues no logrará llegar.

—¿Por qué no?

—Están tendiendo ahora un cordón de tropas a cuatro cuadras de aquí. Lo que quiere decir que estamos, de hecho, encerrados. ¿Me explico? —Señaló con su largo brazo huesudo—. Allá está La Ciudadela y los soldados que la cercan. Aquí —apuntó con el índice el piso— nosotros, los que vivimos en este barrio. Atrás —echo el pulgar por encima del hombro— otros federales que nos cortan toda posible retirada. Lo que me parece, dicho sea entre nos, absurdo. ¿A qué impedir que salgan, si pueden o quieren hacerlo, quienes más peligros corren...?

Débilmente indagó Aldo:

—¿Está usted seguro de que ese cordón de soldados es para impedir que nos vayamos?

—Seguro, señor Rossi. Cuando me acerqué a él, para curiosear, la tropa me despachó de vuelta. A mí y a otros muchos. ¿Quiere comprobarlo? ¿Vamos?

Aldo se dejó tomar por el brazo y los dos hombres, sin apresurarse, cruzaron la avenida y tomaron por una de las angostas calles negras que conducían a la Plaza Mayor. Unas cuadras adelante, un centinela invisible les gritó la orden de no avanzar más.

—¿Me cree usted ahora? —Sí, licenciado.

—Los que estamos dentro, no podemos salir del cerco; ni entrar los que están fuera.

No regresaron por el mismo camino. Pues ninguno tenía prisa de volver a sus respectivas casas, dedicáronse a explorar la parte de aquel barrio que aún no ocupaban las tropas. Constante y desesperada continuaba la huida inútil de los cautivos del miedo, el triste peregrinar de los que —sin poder salir ya— seguían en las calles a la busca de algo que comer o de una poca de agua que beber. Un disparo, o una docena, tronaba a lo lejos y los murmullos se apagaban por un breve tiempo.

—Nos hemos vuelto cobardes —dijo sombríamente don Primo, y a continuación se desbordó de sus labios una cascada de críticas contra el gobierno en general y el Presidente en particular, tan acidas, mordaces y crueles, que Aldo le preguntó:

—¿Usted es también de los que creen que el Presidente es cobarde?

Repuso De la O rápidamente, para sorpresa de Rossi:

—Algo peor: es débil. No es ya el mismo hombre que se enfrentó a la Dictadura. Lejos de engrandecerse con el ejercicio del Poder, se ha empequeñecido. Ha perdido la cabeza. Más bien: han hecho que la pierda. Pero, ¡cobarde, nunca!

Por contradictoria, no comprendía Rossi la opinión de don Primo. Juzgaba valiente al Jefe del Estado y, sin embargo, lo acusaba de ser débil. Enaltecía su coraje por haber destruido la Dictadura, pero afirmaba que el peso del poder lo había aplastado.

Cuando acudió a su cerebro el recuerdo de las palabras del capitán Ojeda, dijo:

—Un oficial me ha dicho que esta campaña está dirigiéndose equivocadamente. Pero que la culpa es de Huerta, no de Madero.

—Eso, señor Rossi, es muy discutible. Huerta es un subordinado de Madero, y se supone que éste, en última instancia, es el que aprueba lo que aquél sugiere. Si Madero no interviene en las decisiones de Huerta, ¿a qué se debe? A que le teme y le teme porque se siente débil; y al mostrar debilidad deja que los preparativos de la traición sigan haciéndose... Sin embargo, para que nuestro juicio no sea injusto, debemos analizar por qué el Presidente y el gobierno son, o aparentan ser, débiles.

Como Caudillo de la Revolución, Madero fue valentísimo. ¿Por qué no lo es como gobernante? Ahí está el quid, amigo mío...

El Presidente, opinaba De la O, hallábase ante un problema que era más de índole moral que de índole política, y de allí sus dudas, sus titubeos, su pasividad. No podía ignorar que casi todos los jefes del Ejército eran ya desleales al gobierno; tampoco que Huerta negociaba con los rebeldes; menos aún que el cáncer de la conspiración se había extendido por la República entera. El presidente estaba al tanto, también, de que la ofensiva contra La Ciudadela no se ajustaba a las normas elementales del arte de la guerra, ni escapaba a su perspicacia que las matanzas de ciudadanos —colectivo homicidio contra el pueblo— formaban parte de los planes de Huerta. Debía ser de su conocimiento que los sitiados recibían aviso oportuno de cuanto se planeaba en su contra y por ello rechazaban siempre con éxito cada uno de los ataques de las tropas gobiernistas, y hacían cera y pabilo de ellas.

—Si todo eso lo sabe el Presidente —preguntó Aldo con inocencia— ¿qué diablos está esperando?

—Un milagro, señor Rossi —clamó De la O abriendo los brazos—. Un milagro divino es lo que espera el Presidente.

—Como es espiritista...

De la O pasó por alto la alusión del tendero y continuó tejiendo su hipótesis:

—En 1910, o sea, hace escasamente tres años, las inversiones extranjeras en México ascendían a 1 500 millones de dólares. De ellas, mil correspondían a capitalistas americanos. Quinientos, a europeos. Los ingleses en primer lugar. Al derrumbarse la Dictadura que tanto los protegió, los dueños de esos 1 500 millones se alarmaron porque, a su modo de ver, iba a resultarles difícil, como ciertamente les resultó, entenderse con hombres inexpertos si se quiere, pero honestos y románticos. Con un gobierno surgido en parte de la entraña auténtica del pueblo. Que el presidente estuviese dispuesto a realizar sus ideas revolucionarias, anarquistas, el reparto de las haciendas en primer lugar, aterrorizó a Washington y a Londres, para quienes, entre paréntesis, sólo somos una colonia de buenos salvajes … Bien, señor Rossi: siempre en defensa de sus intereses, los capitalistas extranjeros comenzaron a buscar una persona que enfrentarle a Madero si éste se atrevía a llegar demasiado lejos; una persona que lo atajara en el momento oportuno... ¡éste que estamos viviendo! Esa persona fue Huerta. Militar experto, de pocos escrúpulos, leal en la medida que lo son los pillos con sus colegas, ambicioso y cruel, el indio Victoriano era el sujeto ideal. Huerta necesitaba un, ¿cómo diría yo? un guía espiritual, un consejero áulico que orientara sus pasos y controlara sus apetitos. Ese consejero resultó ser el embajador yanqui, Henry Lane Wilson, bicho de turbio linaje y más turbios antecedentes. Esto, por lo que se refiere a los inversionistas angloamericanos. En lo que se refiere a nuestro México... La antigua casta, la de los derrotados, se reagrupó dentro y fuera del país y se formuló un propósito: recuperar el poder, hacerse otra vez dueña del gobierno, sin importar cómo ni a qué precio. Como usted ve, estas dos grandes fuerzas, temibles de por sí, resultaron al aliarse doblemente peligrosas. Ambas buscaban lo mismo: exterminar a la Revolución. Puedo asegurarle que el Presidente comenzó a sentir la terrible presión de sus enemigos desde la primera hora de su mandato. País débil, política, militar y económicamente, México no podía en 1910, ni puede ahora, desafiar a los dioses washingtonianos y londinenses. Tampoco podía el régimen, tierno como un bebito, extrerminar físicamente a los antiguos vasallos del Dictador. —Hizo don Primo un aparte para citar por su nombre a muchos de esos vasallos, aún gobernadores, mi-

nistros, comandantes del Ejército, diplomáticos, consejeros y burócratas, y continuó—. Y luego, el pueblo... Al pueblo, a sus caudillos, les sigue molestando que el Presidente, para gobernar, haya aceptado los servicios de sus antiguos rivales. Mas, ¿cómo decirle a Villa y a Zapata, por ejemplo, que para gobernar se necesitan hombres educados en la rutina del mando; hombres con experiencia política y administrativa? La gran paradoja fue que la Revolución sólo dispuso del personal de la Dictadura al organizarse en gobierno... Ahora, a tres años de distancia de su gran triunfo, Madero está solo. Los poderosos campeones del pueblo, y el pueblo mismo, recelan y le escatiman apoyo. Yanquis, ingleses y porfiristas, con maquiavélico empeño, minan el pedestal de gloria sobre el que aún se sostiene. El Presidente sabe que si Desafiara abiertamente a los ingleses y a los americanos, sus gobiernos enviarían ejércitos y escuadras a ocupar el país, so pretexto de proteger las vidas y las propiedades de sus connacionales. Si rompe con Huerta, o si le gusta mejor: con los porfiristas, desencadenará la guerra civil, de la cual ésta es un simple simulacro, una leve advertencia. ¿Qué le queda por hacer? Esperar un milagro y mientras éste ocurre, ¿cuándo, dónde, cómo? no lo sé, él bota y rebota de una pared a otra; del pueblo a los porfiristas, de ellos a los extranjeros, de éstos a los grandes y temibles jefes revolucionarios. Madero está solo y está, al mismo tiempo, mal con todos.

Como teoría no dejaba de ser interesante la que don Primo de la O había esbozado; pero a Rossi seguía pareciéndole incomprensible que el gobierno no tuviera arrestos para fusilar a Huerta y expulsar a Lane Wilson.

—Si el Presidente hiciera lo que usted propone, la sangre ahogaría a México, don Aldo. Me imagino que el señor Madero tiene ya plena conciencia de que solamente el sacrificio de su persona podrá salvar al país de la gran catástrofe. Su vida a cambio de la paz nacional.

—¿Por qué no huye?

—Empeoraría las cosas.

—¿Por qué no transige con ellos...? Usted, como abogado, debe saber que vale más un mal arreglo que un buen pleito.

—No cuando va de por medio algo más valioso que el interés personal de los litigantes.

—¿Entonces... qué va a hacer Madero?

Repuso De la O triste, fatigadamente:

—El drama del Nazareno, toda proporción guardada, va a repetirse, me temo. El escenario está listo. Los actores, también. Ninguno falta. Ninguno: yanquis son los romanos de nuestro tiempo; fariseos han sido siempre los porfiristas. Pilatos se llama ahora Lane Wilson. Dólares y libras son los denarios. Judas: el general Huerta. ¿El Gólgota? Cualquier pared o no importa qué oscura carretera. La víctima: un hombre pequeñito, cuya gran fuerza, quizá nos lo diga mañana la historia, se oculta tras el muro falso de una gran debilidad. Y me pregunto: ¿los hombres del porvenir lo llamarán Cobarde o Iluminado; abominarán de él o deificarán su memoria...?

—¿Y Félix Díaz? ¿Qué papel hace en todo esto?

Mefistofélicamente, don Primo emitió una risita:

—El de pendejo...

Habían vuelto, sin darse cuenta a dónde los llevaban sus pasos, a la calle en que vivían.

VI

1

DEBAJO de los párpados, la señora Rossi padecía la tortura irremediable del insomnio. Si los apretaba para sellarlos con la goma del sueño, miríadas de pequeñas luces multicolores comenzaban a fulgurar, intermitentes, en el vacío oscuro de su cerebro y en unos segundos, al unirse con otras, convertíanse en una sola gran luz de móviles luciérnagas de hierro en ignición, de tal suerte intensa que ella debía abrir los ojos. La claridad, en lento proceso inverso, se fragmentaba entonces en claridades menores; éstas, en otras más reducidas, y éstas, por último, en chispas de helado color que se apagaban poco a poco en la penumbra de la alcoba, como las de un cohete en un charco de cielo. Cesaban al fin los vivos destellos, pero no la estridencia que los acompañaba: un siseo continuo, musical y monótono —en nada distinto al que produce el disco de esmeril en que se afila un cuchillo— que le tensaba los nervios y le sacudía el cuerpo. Convulsa de zozobra, buscaba en la plegaria alivio para su miedo y coraje para intentar, otra vez, dormirse. Apenas el cansancio la vencía, las partículas luminosas empezaban a centellear dentro de su cabeza y sus oídos a ensordecer con el largo chirrido metálico

Otros ruidos, a más de los que se originaban en el silencio de su cráneo, impedíanle también conciliar el sueño. Eran los ruidos reales, lejanos y confusos, de los cautivos de la ciudad, que a esa hora de tinieblas continuaban buscando un camino de escape; de los camiones del Ejército que correteaban por las calles, o de los macabros vehículos rústicos que acarreaban cadáveres a las piras; eran asimismo, los muy próximos y nítidos de los hombres y las mujeres de la tropa, que habían transformado el corredor en prostíbulo.

Aquéllos, quizá por ser neutros, resultábanle tolerables. Estos, la enfurecían, ¿y cómo no? si en cada uno, y en su conjunto, creía identificar el correspondiente a la acción humana que mayor repugnancia le causaba: la del amor animal, a la que parecían estar entregadas con ahínco las parejas. No todos, sin embargo, ocupaban el tiempo en satisfacer el apetito de sus sexos. Muchos dormían y otros enhebraban charlas, risas y murmullos, cuchicheos e inclusive cánticos en sordina. ¡Y qué temas los de su plática! Escatología y lujuria tratadas con desparpajo aterrador, con una especie de placer diabólico. Hablaban, empero, el lenguaje común, el único que conocían y comprendían: rudo lenguaje de miseria y deseo, alegre y, si se quiere, bárbaro; rico en matices, críptico, misterioso para quien, como la señora Rossi, era ajena a su singular semántica; primitivo, y, por lo tanto, puro. Instrumento eficaz para el intercambio de ideas elementales, sí, mas no desprovistas de hondura y a veces hasta de brillo dialéctico.

Cuando la última fuerte dosis de píldoras de belladona que tomó para tranquilizar sus nervios le produjo el efecto contrario y se los exaltó más, María renunció a seguir tratando de aprehender el sueño. En su contra conjugábanse diversas circunstancias, que hubiese podido soportar aisladamente pero que en conjunto resultaban superiores a sus fuerzas, ya menguadas por la vigilia, las incomodidades y el miedo de los últimos cinco días: los ruidos de la calle y de la casa, la fetidez del aire, el batir continuo de las alas de las moscas, el calor. Sobre todo, el calor. Quemaban las sábanas y las maderas de la cama. Rezumaban su piel. Era de lumbre —así le pareció al bostezar— su propio

aliento. Chorros de transpiración humedecían su pelo, la ropa de dormir, la colcha. Los sentía manar de sus axilas, sus ingles, sus corvas.

Dejó el lecho, y apenas hubo dado unos pasos por la alcoba comenzó a sentir que la sangre se incendiaba en sus venas, que su vista se nublaba, que perdía el control de su vejiga, que iba a desmayarse, como durante el embarazo de Luis Felipe cada vez que el doctor Cobo le aplicaba las inyecciones de calcio. Aunque intensa, la sensación de vértigo fue muy breve y pronto la señora Rossi recuperó el equilibrio y el dominio de sus actos. Apoyándose en los muebles caminó con lentitud de inválida hacia el balcón, y luego de apartar los colchones que lo tapiaban, atisbo la calle por el hueco del cristal. Enormes y veloces la cruzaban en ese momento dos negros automóviles europeos con escolta militar; quizá en ellos viajaran personajes del gobierno o de significar algo las pequeñas banderas que flameaban junto a los faros, diplomáticos ocupados en sembrar intrigas. Mortecinos, trágicos, de escasa talla, los cadáveres parecían maniquíes de hierro calentándose en una fragua.

—Dios mío, qué soledad... —se escuchó decir a media voz.

La aterraba no la de la calle, sino la suya, íntima, personal, absoluta. Cierto que su marido y su hijo estaban cerca en las habitaciones contiguas; cierto que podía reunirse con ellos, o llamarlos para que la acompañaran; mas, ¿la presencia física de uno, de otro, de ambos, bastaría para librarla de la sensación —esa noche acentuada como nunca— de que vegetaba en el limbo de la orfandad?

Aunque de apiadarse de sí misma obtuviera siempre un cierto deleite y aunque esa noche todo le era propicio para que su espíritu se ahogara dulcemente en sombrías cavilaciones sobre su infortunio (¿y cuál más grande que saberse sola en un mundo de enemigos, perdida en el vacío hostil del desdén ajeno, rechazada por quienes estando obligados a amarla ni siquiera intentaban comprenderla?) la señora Rossi sentíase poco dispuesta a recurrir a la fórmula mágica de la autocompasión. La mera idea de buscar motivos para sentirse lástima producíale pereza. Dejándose dominar por el tedio renunciaba al placer de sentirse infeliz —el único ya, que la vida le brindaba; el único, también, que ella aceptaba sin reticencia—; pero era tal su abatimiento, que no le importó.

Cuando ya no lo esperaba, el sueño comenzó a enervarla. Se apartó del balcón y en lugar de tenderse en la cama —que ardía— ocupó la mecedora. Con los párpados bien apretados, fue cayendo en la inconsciencia: rápido descenso a plomo al fondo de la nada.

Muy espeso debía de ser su sueño, pues no lo interrumpieron los rumores de la llegada y partida del automóvil que se detuvo frente a la casa y que permaneció allí, con el motor en marcha, los cinco minutos que se tomó el capitán Ojeda para terminar de charlar y despedirse de su interlocutor; ni el redoble de sus botas mientras cruzaba el patio y remontaba la escalera; ni mucho menos el ruido de pies en movimiento, los accesos de tos, las voces, algún llanto infantil, que se alzaron del corredor apenas el artillero llegó a él. Dormía la señora Rossi en una inmovilidad cataléptica, respirando a lento compás; insensible al cosquilleo de las moscas que correteaban por su rostro, su cuello, sus manos y sus piernas. Estuvo así, quieta en la narcosis de la fatiga, unas dos horas. Y bruscamente despertó, febril de angustia, cuando una mosca grande y de alas poderosas comenzó a batirlas dentro de su oído izquierdo, en un esfuerzo por salir de él. Lanzó María un leve grito y con la palma de la mano aplastó varias veces su oreja, la cabeza ladeada, para producir el vacío y expulsar al insecto; pero, tanto énfasis puso en su acción, tal rudeza, que sólo consiguió matarlo.

—*¡Mamacita...!* —gritó, así que escuchó crujir dramáticamente el cuerpo de la mosca, y a aquel grito, que la retrotraía al tiempo en que era su madre único amparo, siguió un ¡Huuuuuaaaj...! de vómito, cuando las yemas de sus dedos tocaron en su oído la papilla viscosa de patas, alas, antenas.

Al terminar la repugnante operación de extraer de su oreja, a pedazos, el cuerpo de la mosca y al sentir cuántas otras la hostilizaban impunes en la oscuridad, María se encaró al *Cristo de Limpias* y tomando la imagen y sacudiéndola y azotándola finalmente contra el piso, la increpó:

—¿Por qué eres tan malvado conmigo? ¿Qué te he hecho para que me castigues de este modo? ¿Qué venganza cumples en mí?

Comprendió, apenas dichas, que con esas palabras y con esa acción, tan injustificable como tonta, había ofendido al Cristo, a su *Cristo;* enajenada, en el punto máximo de su borrascosa crisis espiritual, se echó al suelo, tomó la imagen, la apoyó en sus senos, y comenzó a llorar y a gemir con la voz pequeña y triste de su infancia. Lloraba y hablaba al mismo tiempo, en una especie de rapto místico; abstraída por completo del mundo siniestro que la rodeaba; ajena a todo, excepto al sentido del soliloquio amoroso y conmovedor:

—Perdóname, Dios mío. Perdóname, Amor. Bien sabes que estoy loca de asco y que por eso te ofendo. Si Tu deseo, Amor, es que sufra, mándame todos los sufrimientos. Castígame con pruebas más terribles, pero no me rechaces, no me vuelvas Tu divina espalda, no cierres para mí Tu corazón de luz, ni Tus oídos compasivos. Tuya soy, Señor. Castígame, pero apiádate, con Tu infinita bondad, de esta pobre mujer. Doblega mi soberbia y ordéname lo que Te parezca más humillante para mí. Cumpliré con alegría, pues deseo honrarte y borrar la ofensa, Oh, amado Dios, que te he infringido... Dame una señal; permíteme saber que me has escuchado...

Una gran calma se apoderó de ella casi inmediatamente; una anestesia placentera que se hacía más profunda a medida que transcurrían los minutos. En el suelo, sentada sobre los talones, permaneció un largo tiempo. Latió el reloj y ella no supo cuántas veces. ¿Cuatro, cinco? En la dulce lasitud de la paz del espíritu, de sus ojos en ascuas comenzaron a manar hilos de lágrimas. Con la imagen del Cristo en la cuna de sus pechos, María Rossi sentíase muy tranquila, muy feliz, ahita como mujer que ha yacido con el hombre que ama.

Sus párpados comenzaron a temblar, pero ella se resistió a abandonarse al sueño. Al sueño. Al sueño. Al sueño, que iba anegándole el cerebro con negras aguas de terciopelo. Antes de ceder a él —porque era el sueño la señal que aguardaba, el silencio que se imponía al grito de su conciencia culpable, la orden de olvido que pidiera para saberse perdonada— alcanzó a escuchar a una pareja comprometida, muy cerca de su puerta, en el acto del amor. Virgen como el de un niño, su oído registró los susurrros, los débiles gemidos, el ansia paulatina de los alientos, el apogeo del viejo rito de la pasión humana; y su mente no los asoció a la estampa de un macho y una hembra en abierta lucha erótica. Le parecieron los ecos de una música trascendental, perfecta.

Así la encontró su marido mucho más tarde, cuando, alarmado por el silencio que había en la alcoba, abrió la puerta y pasó al interior: tendida en el suelo, nudo de carne friolenta entre las luces del alba y del día; echada sobre el Cristo, la mejilla en contacto con el polvo de la alfombra; los labios pálidos, los dientes secos, las líneas del cuerpo nítidas dentro del camisón. Se hincó junto y su mano le rozó el pelo para despertarla.

Abrió ella los ojos, miró a quien la miraba y un sol de vergüenza floreció en su semblante.

—¡Ah! —gritó.

—¿Te sientes mal?

—No, no...

—¿Has dormido... aquí?

—No... Sí...

De pie quedó ella en la luz que vertía la mañana joven dentro de su recámara, y al sentirse observada por Aldo —desnudada por unos ojos que miraban con interés sensual la sombra de sus senos, la planicie de su vientre, el vértice de sus muslos— se supo impúdica y vulgar. Tomó la bata y se cubrió

—Cierra la puerta para que esto no huela a muerto... —ordenó, acorazándose otra vez en la frialdad.

Ambos, después, quedaron cara a cara. Ella preguntó por el niño.

—Acabo de verlo.

—Iré yo también, en cuanto me vista.

—Matilde lo está cambiando.

—¿Se orinó en la cama?

—Sí.

—Como todas las noches... —Tomó ella el cepillo y comenzó a desenmarañar su pelo.

¿Qué pensaría Aldo por haberla encontrado en el piso? Lo menos, que estaba loca. ¡Dormir sobre la dureza de la tarima y no en la cama! Cepillábase lentamente, acuciosamente, para que él se hartara pronto del silencio. Pero él, sin dar señales de fastidio, la miraba con una curiosidad que su esposa no encontraba halagadora, sino grosera.

Dijo él, después de haberse asomado al exterior por el balcón:

—Están echando otros dos muertos a la lumbre... —y como ella no respondiera, informó—. Te manda decir Albina que el desayuno está listo.

—Desayuna tú.

—Te espero, para que lo hagamos juntos.

—Antes, debo curar al niño.

—Te espero —repitió él.

—Amanecí sin hambre. Además, no he rezado.

—Bueno.

El corredor rebosaba inmundicias y las moscas se regalaban en las deyecciones frescas. Iguales a rastros de babosas, fulgían en los muros los vitreos escupitajos de la tropa. Dos o tres hombres orinaban dentro de las macetas. Aldo buscó al capitán y lo encontró en la azotea. El cansancio colgaba de las mejillas de Ojeda, ennegrecidas por la barba de cuatro días.

—Capitán —le reclamó— sus gentes están llenando de porquería la casa. Mi señora...

Muy apenado, así que Aldo hablaba, iba asintiendo el oficial. Le ofreció la excusa de su rostro marchito:

—Nos estamos portando como animales. Y la culpa es totalmente mía. Tengo la cabeza tan llena de problemas que me olvido de...

Sugirió Aldo:

—¿Por qué no manda a sus hombres a que hagan un agujero en el traspatio?

Aceptó Ojeda la sugestión de Rossi y llamó al sargento.

—Ponga a seis hombres a cavar un hoyo, atrás, para que sirva de...

—Sí, mi capitán.

—Que los demás empiecen a limpiar, con las manos si es necesario, lo que han dejado en el suelo y las paredes... —y a Rossi, cuando el sargento se fue—. Ruego a usted perdone nuestros atropellos...

A bocinazos anunció su llegada el vehículo militar que distribuía el desayuno a los soldados. Los de la casa interrumpieron lo que estaban haciendo —cavar la letrina y limpiar el estercolero del corredor— y en ruidoso rebaño se echaron a la calle, seguidos por sus mujeres y los chicos. De pie unos; otros en cuclillas; el resto en el asiento de la banqueta, devoraban rápida y gustosamente la pobre ración. Aun el sargento (quizá porque Ojeda no se hallaba por allí, para recordarle que no es bueno para la disciplina fraternizar con los subalternos) compartía con los hombres de la tropa, a más del alimento, la guasa de esos minutos y su lengua retozaba también en comentarios picaros y en léperos albures.

En el comedor desayunaban Aldo y el capitán, silenciosamente; cada uno a solas con sus reflexiones. Las de Aldo tenían por centro y objeto a Betina. ¿Cómo habría pasado la noche? ¿Qué nuevos terrores estarían ahora atormentándola? Su generoso corazón, ¿sabría justificar y perdonar la ausencia de su amante en esas horas críticas? ¿Se reuniría con ella pronto? ¿Vería ese día a Alfonso y, de verlo, conseguiría el salvoconducto?

El capitán le formuló otra de esas preguntas que hacían a Aldo suponer que era suya la gracia de saber leer los pensamientos:

—¿Tuvo usted suerte con su cuñado en el Estado Mayor?

—No, capitán. Alfonso no vino y yo, por miedo a cruzarme con él en la calle, no me atreví a ir a su casa. Cuánto mejor haber ido con usted...

—Tampoco habría tenido suerte. Aquello, el Estado Mayor, era una casa de locos...

(Cuando Ojeda llegó a las oficinas del la Comandancia, las encontró abarrotadas de oficiales, ordenanzas, burócratas, políticos, que gritaban, blasfemaban, amenazaban, exigían, iban de un lado a otro, formaban corrillos en las antesalas, los patios, las galerías. Nadie sabía nada. Se respondían evasivas a las preguntas; se formulaban vagas promesas a las demandas de quienes, en el frente, estaban librando la batalla de la ciudad. Buenos consejos, recomendaciones de calma, palmaditas en la espalda a los más ansiosos; entre éstos, los capitanes, mayores y teniente coroneles que pedían reemplazos, bajas, víveres, armas. A las tres de la mañana —hora en que Huerta se retiró a descansar— Ojeda y varios de los artilleros con los que había hecho tertulia se marcharon, seguros ya de que algo iba mal.

Un coronel, a cuyas órdenes había servido al principio de su carrera, se ofreció a llevarlo en su automóvil. Ocupó Ojeda el único asiento disponible, entre un mayor que apestaba a coñac y cadaverina, y el chofer. Así que el coche rodaba por las calles sudorosas de miedo, otro de los oficiales preguntó sin dirigirse a nadie en particular, pero obviamente al coronel, qué fin tendría la pequeña revolución: y el viejo de las tres estrellas de bronce, dijo:

—Desastroso. ¿No adivinan todavía quién perderá?

Nadie dio la réplica y las palabras se extinguieron. Cuando Ojeda quedó a solas con su jefe de otros tiempos —habían llegado ya a la casa de Rossi— le lanzó una pregunta directa:

—¿Perderemos nosotros, coronel?

—Los soldados nunca perdemos.

—¿Quiero decir, el gobierno?

—El gobierno, sí.

—¿Por qué, si nosotros somos superiores en todo a los alzados? —lo interrogó con la pasión de quien se resiste a admitir lo que le parece imposible o injusto.

—Así está escrito, capitán.

—¿Por el destino, coronel? —preguntó Ojeda con ironía.

—En este caso particular, por los generales... Has de saber, muchacho, que casi todos han firmado con Huerta un pacto de honor para ayudarlo en la traición. ¡Y los coroneles, ni se diga!

—¿Usted entre ellos? —la respuesta fue un silencio. Reiteró—. ¿Está usted entre los que van a defeccionar?

Incómodo, porque la pregunta le calaba, el coronel tosió un par de veces. Si la oscuridad dentro del automóvil no hubiese sido tan densa, Ojeda habría visto que el hombre sufría; que su rostro estaba duro, triste, avergonzado. Repuso con voz lenta, casi disculpándose:

—¿Qué otro remedio nos queda...me queda?

—¿Y el honor, coronel...? —lo pinchó Ojeda, a sabiendas de que le faltaba al respeto a un hombre que lo merecía por su rango. Pero deseaba saber, por boca de uno de ellos, por qué oficiales de tan alto nivel, obligados a mantener sana la moral de las tropas, hablaban de derrota y no de victoria; de traición y no de lealtad—. ¿El honor no cuenta ya? Ese honor de soldados, de fieles servidores de la patria...

Sintió en la oscuridad que la mano del coronel se posaba en su hombro. Lo escuchó suspirar y luego decir:

—Hay que vivir, muchacho. Vivir, eso es todo.

—¿Así... para qué?

—Cuando se es joven como tú, pueden tenerse desplantes románticos, y la lealtad en circunstancias como éstas es uno de ellos. Hermoso, pero inútil. A los viejos, en cambio, lo que nos importa es seguir, mansamente, la corriente. Y la corriente tiene ya su curso bien marcado.

—El de la traición...

—Ése, sí —hubo una pausa larga. Finalmente, en tono distinto al que había usado en la confidencia, el coronel comentó—. Lo que he dicho, capitán, bastaría para que me formaran Consejo de Guerra.

—No seré yo quien lo delate.

—Lo que tú has dicho, bastaría también.

—Si la traición gana, sí, mi coronel. A propósito, *¿qué* ganará usted? ¿Un ascenso?

—La vida. ¿Te parece poco?

—Para conservarla, ¿es necesario traicionar?

—A mi edad, capitán —añadió el coronel reflexivamente—sólo se puede vivir a la sombra del vencedor. Pronto caerá el gobierno y Huerta tomará el poder. Pasará a cuchillo a los que no estuvieron con él en el momento de lo que llamas... la traición.

—En la Comandancia oí decir que han llegado refuerzos.

—Tres mil hombres del general Blanquet.

—Que es leal al Presidente.

—Esperemos que lo demuestre.

—¿Desconfía de él?

—Hasta de mi sombra...

Ya no había más que hablar y el capitán Ojeda salió del vehículo. Le ofreció su mano al coronel. Éste, reteniéndola, dijo a guisa de disculpa y de consejo:

—Si algún día llegas a tener mis años y te parezca que la vida aún merece la pena de seguir siendo vivida por ti, hallarás justificación para todo... Para ser cobarde, si fuiste valiente; sucio, si limpio, e hijo de puta, si hombre de honor...

Quiso el capitán recobrar su mano, pero la del coronel la retenía con firmeza, tal que si deseara, por el mero contacto de sus dedos, transmitirle un mensaje, una súplica de piedad; o solicitar de él juicio más benigno, menos cruel que el que, sin duda, habíase ya formulado. Esa mano que manchaba la suya, aflojó su tensión cuando Ojeda preguntó:

—Si los grandes oficiales han decidido traicionar, ¿debemos hacerlo también los chicos?

Del fondo oscuro del automóvil brotaron las palabras de una respuesta preñada de enigmas:

—Que tu conciencia te aconseje, muchacho.

El resto de la noche, y las horas ya transcurridas del día, habíalos pasado el capitán interrogando a su conciencia, debatiéndose en la incertidumbre, tratando de hallar una luz que lo guiara entre las sombras. Tomaran el camino que tomaran, sus pensamientos terminaban llevándolo siempre a un mismo punto: a la encrucijada de las dos únicas posibles soluciones: permanecer fiel al principio de la Lealtad o dejarse llevar por la corriente a la que había aludido el coronel. Quizá porque su fe en el honor humano estaba aún intacta, Ojeda se negó a sí mismo el derecho de elegir. Si en momentos como ése la duda es una forma de traición, él —así se juzgara romántica o poco hábil su conducta—, él no iba a traicionar al símbolo de aquello en que creía. ¡Otros, los viejos, los ruines, los ambiciosos, que lo hicieran!

—Una casa de locos... —repitió al término de la evocación.

Procedentes del sur vibraron en el aire claro los ecos graves de los primeros cañonazos que se lanzaban la mañana del 14 de febrero. Abrumado por la convicción de que era necesario reanudar un trabajo inútil, el capitán Ojeda se apartó de la mesa y respondió con un:

—Gracias... —muy cordial, al deseo de Rossi:

—Que tenga usted hoy buena suerte.

Subieron a la azotea. Se disparaba ya en otros sectores del frente, y la niebla pajiza de pólvora tendíase sobre la ciudad. Prontas sus armas, la tropa esperaba órdenes. El sargento tenía lista en los labios fruncidos la palabra: ¡Fuego! Reloj en mano, el capitán Ojeda aguardaba a que dieran las nueve en punto. Rossi se asomó a la calle. De una casa próxima huían sus moradores: la familia López. En una carreta uncida a un caballejo habían cargado todas sus pertenencias: muebles, jaulas, ropas de cama y de vestir, trastos de cocina, y varios colchones. Ocultos entre éstos, tres chicos; una niña y dos niños, asomaban sus cabezas inquietas, sus pupilas llenas de asombro. Partió el vehículo de dos ruedas y Aldo se preguntó a dónde iría el señor López con sus hijos.

—Empecemos... —anunció Ojeda, y dio tiempo a que el dueño de la casa se refugiara tras el parapeto.

2

FUE Luis Felipe quien primero advirtió que el cañón de la azotea y los emplazados cerca de la casa —en la avenida, en la calle posterior, en la Alameda, en la explanada

del Teatro Nacional, cuyas voces de tanto oídas le era imposible reconocer fácilmente— no disparaban esa mañana con la misma frecuencia que en las anteriores. El ritmo de sus descargas era más lento, los silencios entre una y otra más largos; menos extenso el tabletear de las ametralladoras.

—¿Por qué, papá?
—Es que ya se cansaron.
—¿Tan pronto?
—Sí. Matarse, aburre.
—Ayer no estaban aburridos.
—Hoy, sí.
—Papá.
—¿Que?
—¿Estás aburrido tú?
—No.
—Entonces, ¿por qué no te estás quieto?
—Cállate.
—Vas y vienes. Te sientas y te paras.
—Cállate, he dicho.
—Papá, ¿me quieres?
—Hmmm.
—¿Sí?
—Mucho.
—Papá...
—Déjame en paz.
—¿Estás triste?
—No.
—Te quejas a cada rato.
—No estoy triste.
—Hace mucho que no cantas.
—¿Y por qué he de cantar?
—Antes cantabas.
—Cállate...
—Me gusta oírte.
—¡Qué bueno!
—¿Cuándo pones el disco?
—Ahora que haya luz.
—¿Mañana?
—Sí, mañana...
—¿Seguro que mañana, papá?
—Con un demonio, ¿te vas a callar o no?

Cada una de esas preguntas, mínimas, reiteradas, le resultaba molesta como un aguijonazo. Huyendo del ruido del cañón, Aldo había ido a refugiarse al despacho en busca de un poco de tranquilidad. Pero el niño, de tanto interrogarlo, habíalo puesto de mal humor. Aunque no tenía deseos de fumar, encendió un puro y con él entre los dientes, las manos en nudo por la espalda, siguió paseándose.

Si lo hastiaba aquel tramar pasos perdidos se dejaba caer sobre cualquier mueble: la silla, el escritorio, la cama. Un minuto, a lo sumo dos, soportaba en la inmovilidad. Harto

de fastidio y, aunque se negase a admitirlo, de nostalgia y angustia por Betina, poníase otra vez en movimiento. ¡Si pudiera arrancársela del recuerdo!

Se acercó al balcón y de codos en su barandal se entretuvo mirando la calle. Era la primera vez en cinco días que no estaba desierta a esa hora. Muchísimos civiles —más mujeres que hombres, por cierto— pululaban en las aceras, ya no con el miedo de la víspera o de la antevíspera, sino con cierto aplomo, con indudable confianza. Quizá se comportaran así, casi normalmente, porque no les importaba morir (¿qué diferencia hay entre ser alcanzado por una bala dentro de la casa que fuera de ella?) o, lo que le parecía más factible a Rossi, porque intuían que el máximo esfuerzo de la lucha había pasado, y que ésos que escuchaban cada veinte o treinta minutos eran los cañonazos finales de la breve revolución.

Si lo que imaginaba Aldo era cierto (esto es: si los habitantes de la ciudad, por medio de las mágicas antenas del instinto, presentían que el fin de la revuelta estaba muy próximo y por ello ensayaban a reanudar su vida de siempre, indiferentes a saber quién había sido el ganador o el perdedor de la contienda) pronto, decíase, vería llegar a Alfonso. Pero Alfonso demoraba. Alfonso no se dejaba ver: alto, esbelto, con ese aristocrático garbo que lo hacía sobresalir entre un millar de hombres. Un pensamiento macabro lo contristó: ¿Acaso...? ¡Morirían tantos que...! Atronó el cañón de la azotea y por varios segundos una gran anilla de humo quedó suspendida entre el cielo y la tierra.

La apatía de las armas contrastaba con la actividad de las personas. Algunas mujeres despejaban con sus escobas de varas los escombros y las basuras que se habían acumulado frente a las puertas de sus casas; otras, desde las ventanas, sacudían sábanas, colchas y tapetes. Cuatro o cinco, en grupo hablantín —al brazo las canastas de mimbre o carrizo tejido— se dirigieron a la avenida, seguramente con la ingenua intención de ir de compras. Así que pasaban cerca de la pira de cadáveres a medio carbonizar, se santiguaron, devotas.

Cansado de seguir al rayo del sol y de respirar los hedores, Aldo volvió al interior del despacho. Aunque también contaminada, allí dentro la atmósfera estaba más limpia y más fresca la temperatura. Tantos pensamientos ocupaban su cabeza que no podía concentrarse en ninguno; lo cual, en cierta forma, aliviábale de la angustia de la pesadumbre. Ocupó la silla del escritorio y cerrando los ojos trató de abstraerse. Comenzó a contar —y hacerlo le produjo alivio— el tranquilo latir de la sangre en las venitas de sus sienes.

—Papá...

—Shhh...

—Estoy llorando... —y Luis Felipe fingió que lloraba, para atraer la atención de su padre, que seguía inmóvil en el escritorio, de espaldas a él, con la cabeza entre las manos.

—No llores.

—Tengo ganas.

—Pues llora y cállate...

Luis Felipe rompió entonces a llorar verdaderamente, pues la cólera —una pequeña cólera como eran las suyas— se apoderó de él, porque su padre no caía en el ardid. Su llanto, tan similar al balido de una oveja, se hizo grito de furia, remolino de puñetazos y puntapiés que descargaba en la almohada, el colchón y los hierros de la cabecera de la cama. Callaba por cortos periodos, para que papá tuviera oportunidad de brindarle consuelo. Aldo fingía no escucharlo. La indiferencia paterna, firme y tozuda, hizo que el niño cesara de berrear y, saltando del lecho, se dirigiera al escritorio.

—Papá... —insistió, deteniéndose junto a él.
—Hmmm...
—¿Qué tienes?
—Hmmm...
—¿Estás llorando?
Vencido por la insistencia de Luis Felipe, que tiraba de la falda de su chaqueta y le picaba el muslo con el índice, Aldo volteó a mirarlo.
—¿Qué quieres? —preguntó, pero sin brusquedad.
—Verte.
—Ya me estás viendo.
—Siéntame en ti.
—Ven, pues. Arriba.
Que su padre lo sentara en sus piernas era algo que Luis Felipe gustaba y agradecía siempre. Con sus dedos frotó la mejilla de Rossi.
—Pica.
—No me rasuré.
—¿Por qué?
—No hay agua.
—¿Por qué?
—Se acabó. La cortaron.
—¿Por qué?
—No sé.
—¿Quiénes?
—¿Qué?
—¿Quiénes la cortaron?
—Los soldados.
—¿Los de la azotea?
—No. Otros.
—¿Por qué?
Aldo se encogió de hombros. ¿Qué contestar a un niño que formula preguntas para las cuales ningún adulto tiene respuesta? Seguramente Luis Felipe comprendió que ponía a su padre en un aprieto interrogándolo sobre cosas que ignoraba, pues no insistió ya. Ese fruncimiento de hombros decíale todo. Mas, como le gustaba hablar con papá, cambió de tema y quiso saber dónde estaba el capitán. Sabía que arriba, en la azotea, pero su deseo era evitar que Aldo se envolviera otra vez en el silencio.
—Aquí arriba.
—¿Con su cañón?
—Sí.
—¿Él lo maneja?
—Sí. No. Él lo apunta. Otros lo disparan.
Luego de un corto momento de reflexión:
—¿Eres rico, papá?
—Hummm...
—¿Muy rico?
—No mucho.
—¿Cuánto mucho? —Luis Felipe extendió los brazos y los fue recogiendo como si midiera algo, en tanto que consultaba— ¿así? ¿así? ¿así?

—Así —dijo Rossi, tomando sus muñecas para establecer una distancia intermedia entre la máxima y la mínima—. Así.

—Medio rico.

—Sí. Medio rico.

—¿Qué es ser rico?

Perplejo, Aldo miró al niño, que esperaba una respuesta certera a su difícil pregunta:

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

—Papá —volvió a la carga— ¿puedes comprarle su cañón?

—¿A quién?

—Al dueño.

—No creo que lo venda.

—¿Y si lo vendiera?

—Entonces, sí.

—Cómpramelo, papá. ¿Sí?, ¿sí?

El señor Rossi respondió algo, que su hijo no logró escuchar porque la batería del capitán Ojeda tronó ruidosamente, encima de sus cabezas. Comenzaban apenas a apagarse los ecos del disparo, cuando una formidable sacudida arrojó de la silla a Rossi y a Luis Felipe con él.

La casa parecía estar hundiéndose, desmoronándose, aplastándose sobre sí misma. Crujidos tremebundos (ayes de la piedra, el ladrillo y el cemento) brotaron de techos, muros, pisos; y un gran temblor de fiebre agitaba la sólida construcción. De bruces en el suelo, ciego por el polvo, atónito de sorpresa, con el cuerpo del niño entre los brazos, Aldo no alcanzaba aún a comprender qué había ocurrido, de qué catástrofe eran víctimas el edificio y quienes estaban dentro, cuando un nuevo sacudimiento conmovió la propiedad desde sus más hondas raíces. Venían por tierra muebles y cortinas; estallaban vidrios; se desgajaban puertas; astillábanse las vigas; se abrían anchas grietas en la bóveda catalana y a través de ellas, como lanzas, entraban potentes chorros de luz. El estrépito era bárbaro y horrible el grito agudo del aire.

Y después, tajante —el silencio.

Muy lejanos, como si él y su hijo se encontrasen debajo de toneladas de cascotes, comenzó a escuchar rumores de voces, ecos de pisadas, fragmentos de gritos. Había perdido toda noción del tiempo y no sabía siquiera por qué estaba en el suelo, llenas de magulladuras la espalda y la cabeza; ni desde cuándo. Tampoco acertaba a explicarse por qué Luis Felipe, quieto como si durmiera, se hallaba en sus brazos. Lentamente logró sentarse en el centro del despacho en ruinas. Miró hacia el techo. Había un gran agujero y, en torno a sus bordes, rostros que se asomaban, bocas que se movían, quizá preguntándole cosas que no escuchaba; o que escuchaba sin comprenderlas, porque eran dichas en lenguaje extranjero.

Como si en efecto hubiese estado durmiendo y apenas entonces despertara, el niño se estremeció, se puso rígido y volvió a desmadejarse; a hacerse blando entre los brazos de su padre, tal que si a su cuerpo sucio de polvo le faltara el armazón del esqueleto. Fue ese movimiento de Luis Felipe lo que, de manera instantánea, centró a Rossi en la realidad y le hizo proferir un grito:

—¡Hijo...! —que se multiplicó por toda la casa.

Comenzó Aldo a zarandear el cuerpecito de Luis Felipe, a estrujarlo con ansia desesperada. La inmovilidad del niño antojábasele trágica. ¿No es trágico el

espectáculo de un niño quieto en la muerte? Y cuando Rossi gritó dos, tres, cinco veces, llamando a su hijo y no obtuvo el menor estremecimiento por respuesta, sus ojos rompieron a llorar.

Una mano pequeñita y temblorosa —que él no pudo ver, pues tenía los ojos cerrados para concentrarse mejor en la gran pena que empezaba a embotarlo— buscó sus mejillas, se mojó en sus lágrimas, se detuvo en sus labios que murmuraban *Bambino... Figlio*... y una voz, no la de un niño que vuelve del desmayo sino la de un hombre que se apiada del llanto de otro hombre, le preguntó muy suavemente:

—¿Por qué lloras, papacito?

Abrió Aldo los ojos y muy cerca del suyo, tembloroso en el prisma múltiple de sus propias lágrimas, vio el rostro del niño: opaco, muy pálido, interrogante; pero vivo. Aspiró su aliento. Sintió el calor de su piel. Besó su pelo. Brusco —y la emoción justificaba el ímpetu— lo apretó contra su pecho y así lo retuvo hasta que Luis Felipe empezó a gemir porque se ahogaba. Fueron Matilde y doña Albina las primeras en llegar. Tras ellas, el capitán Ojeda y, siguiéndolo, algunas mujeres de la tropa que se escurrieron al interior del cuarto en ruinas. Por el gran boquete del techo curioseaban ocho o diez soldados.

—¿Qué le pasó... qué le pasó? —preguntaba Matilde a Rossi, creyendo que Luis Felipe estaba herido.

—No sé.

Matilde tomó al niño y lo llevó a la cama. Rápida y cuidadosamente comenzó a examinarlo, preguntándole:

—¿Te duele algo, corazón? ¿Aquí? ¿Aquí? —en tanto tocaba sus huesos, su carne.

—No, no, no.

El capitán Ojeda ayudó a Rossi a ponerse en pie. Aldo sentíase aturdido, débil y tembloroso. Trastabilló al caminar y requirió del auxilio del artillero, que lo trataba como a un inválido, para llegar a la cama.

—¿Se siente usted bien?

—Sí —Aldo sacudió la cabeza—. Un poco sordo. Todo me da vueltas.

—Alabado sea Dios —musitó doña Albina, que ayudaba a Matilde en la auscultación del niño.

—Capitán —quiso saber Rossi—. ¿Qué sucedió?

—Dos impactos directos. Mire...

Del muro que separaba el despacho y la recámara de Aldo sólo un trozo permanecía en pie. Por el inmenso hueco veíase, hacia abajo, nada más el vacío y, a lo lejos, la calle. El techo se había desplomado y el piso, hundido.

—Oh...

—La otra pieza...

—...la sala...

—...está igual. O peor.

Tambaleándose, Aldo se acercó al pedazo de pared lleno de cuarteaduras y examinó el estrago de los obuses. La mitad de la fachada no existía ya. Los nobles sillares de canteras estaban rotos, pulverizados, dispersos por la calle, entre fragmentos de muebles, ropa en jirones, trozos de vigas, herrajes de barandal, alambres de luz, alfombras; botellas, y todo cuanto contuvieron su alcoba y la sala que tan rara vez se usaba. Sólo el fonógrafo parecía no haber sufrido daño. Continuaba ligado, por su cordón umbilical de hilos de cobre, al contacto de la corriente; su gran bocina abierta al cielo, igual que un alcatraz.

—Han dejado la casa como queso *gruyere...* —comentó Aldo, con siniestro humor.

—Con mil agujeros.

—Costará un pico arreglarla.

—Me imagino.

—Mala suerte...

—Bueno: usted y el niño se salvaron. De haber estado allí —y apuntó al boquete de lo que habían sido sala y alcoba— no lo cuentan.

A sus espaldas se armó un ruidoso zipizape. Doña Albina reñía con las mujeres, que continuaban entrando en la habitación. Las ahuyentaba con los brazos como si fueran gallinas o moscas, y las empujaba sin miramientos, de vuelta al corredor.

—Fuera. Largo. Cúchile. Piojosas...

A gritos el capitán ordenó a las mujeres que se marcharan inmediatamente. Sin chistar lo obedecieron y una por una fueron saliendo. Entonces la *yaqui* dijo a Rossi.

—Gracias a Dios, el niño no tiene nada. ¿Y usted?

—Tampoco.

Luego de haber llenado las bolsas de su delantal con los frascos de medicina que había recogido del piso, Matilde tomó al niño en brazos y resolvió:

—Voy a llevármelo allá adentro... —aludiendo a las dependencias posteriores de la casa.

Ojeda aprobó la decisión de la sirvienta y sugirió a Rossi que se mudara también, con el resto de la familia, a las habitaciones de atrás: mejor protegidas y, por lo mismo, menos expuestas a las granadas que las de enfrente. Los artilleros de La Ciudadela no habían acertado en *Sorrento* por casualidad. Sus tiros habían sido precisos: consecuencia de un cálculo matemático correcto.

—Seguirán mandando metralleta hasta que desmonten la batería. Así que, señor, en bien de ustedes, le ruego que se cambien inmediatamente. Además, ¡no irá usted a dormir a los cuatro vientos!

Hasta entonces Aldo se dio cuenta de que no había pensado ni una sola vez en su mujer; que se había olvidado de ella totalmente.

—Matilde, ¿y la señora?

La criada, que ya salía con el niño seguido por la cocinera, puso cara de asombro:

—No sé... —y lo miró como si le reprochara ignorarlo.

Corriendo, Aldo se echó a la galería y, corriendo, irrumpió en la alcoba de su esposa. Los colchones que tapiaban al balcón habían caído al suelo y la luz, las moscas y los miasmas entraban libremente. La señora Rossi estaba sentada en la mecedora, diríase que muy tranquila, muy serena, en una suerte de irracional extravío.

—María... —la nombró, acercándose.

Ningún terror, alteraba sus rasgos regulares. Sus ojos, absortos, miraban al vacío vagamente. Era extraña su fijeza, su redondez de moneda, la turbidez que los entristecía.

—María... —repitió.

De su inmovilidad trascendía, sin embargo, una singular tensión dinámica, como si la señora Rossi estuviera pronta a lanzarse hacia adelante. Pero esa tensión era la que la mantenía fija, integrada a la mecedora, soportando en todo su cuerpo las presiones de una fuerza desconocida e invencible.

—María... —dijo él, por tercera vez.

Ella no respondió. Aunque jamás Aldo había visto a una persona hipnotizada, sabía que acostumbraban ponerse así de rígidas y ausentes durante el trance: la mirada ciega, el aliento débil, los oídos sordos, perdida en el misterio la razón.

—María, ¿qué te pasa? María, ¿me oyes?

No lo escuchaba María Alard de Rossi, ni sentía los golpecitos en la mejilla con los que él, creyéndola desmayada, trataba de reanimarla; ni parpadeó siquiera cuando Aldo agitó varias veces la mano frente a sus ojos. La tomó después por los hombros y la sacudió con cierta violencia. Al soltarlo, el cuerpo de la mujer se inclinó hacia un lado, y así quedó mientras su marido llamaba a gritos a la sirvienta:

—Matilde... Matilde... el amoniaco de la señora...

Con su curiosidad de urracas, las soldaderas se asomaron por la puerta abierta. No hablaban; miraban solamente al señor que se esforzaba por arrancar de la mecedora las manos de su esposa y que, luego de haberlo al fin logrado, soplaba calor de vaho sobre los dedos entumecidos. Desalada llegó Matilde con las sales.

—Está desmayada... —dijo Aldo antes de que la *yaqui* comenzara a hacer preguntas.

—Dios mío, Dios mío...

—Dame acá... —Rossi le arrebató el pomo que contenía el amoniaco y ordenó—. Arregla el costurero. Lleva lo que se necesite.

—Sí, señor, sí —respondió Matilde y comenzó a hacer acopio de sábanas, colchas, almohadas, con las que salió a cuestas trabajosamente.

Rossi colocó el frasco del amoniaco bajo las narices de su esposa y con la otra mano la tomó por la cabeza, para que al recuperarse (pues estaba seguro de que María era víctima sólo de un desmayo) no fuera a golpearse o a quemarse el rostro con las sales. Dos o tres segundos después, la mujer comenzó a gemir, a temblar, a rechazar aquellas emanaciones que le devolvían lentamente el sentido.

María pasaba una crisis catatónica. Muy vagas, escuchaba las ansiosas preguntas de su marido y sólo podía responderlas con murmullos ininteligibles. Vencíala el sueño y únicamente ansiaba que la dejaran dormir. Aldo renunció a seguir interrogándola. Puesto que no había resultado herida, decidió aprovecharse de su postración para trasladarla al costurero.

La levantó de la mecedora como quien levanta a una criatura dormida; con ella en brazos, cruzó el corredor seguido por los cuchicheos de las soldaderas y la depositó con gran comedimiento, para no despertarla, en la cama que Matilde terminaba de tender en el costurero.

—¡Está dormida! —se admiró la criada en voz baja—. ¿Dormida?

—Sí. Shhh.

—Pobrecita... —añadió, apartando de la frente de su ama las hebras de pelo que sobre ella caían.

—Habrá que cubrir eso con una cortina...— sugirió Aldo. La criada miró la ventana por la que entraba a cántaros la luz.

—En un credo lo haré...

Matilde había hecho un buen trabajo en los breves minutos de que dispuso para arreglar el cuartito; y con mucho ingenio, pues no en balde tenía una maestra excelente, aprovechó el espacio que dejaban libre los múltiples objetos que allí dentro se guardaban, de modo que el costurero parecía más grande y confortable. La cama, puesta al centro, lucía sábanas y colcha limpias; igual que la cuna, que volvería a usar

Luis Felipe mientras él y su madre hubieran de dormir en esa alcoba. Sirviéndose de un trozo de franela azul, la *yaqui* improvisó una cortina.

—Pobrecita... —volvió a gemir compadecida, y no sabía por qué, de su patrona.

Cuando terminó, Aldo le hizo seña de que saliera, y Matilde obedeció. Temeroso de que su voz, más que el constante retumbar de los cañones, perturbara el sueño de su esposa, el señor Rossi le preguntó en susurro:

—¿Dónde está el niño? —Matilde, en idéntico tono, repuso:

—En el comedor, con Albinita.

Disparó la batería del capitán Ojeda y la casa volvió a llenarse de polvo y vibraciones. Unos segundos más tarde repercutió en el aire humoso, no muy lejos de allí, la explosión de un obús y el estruendo de un derrumbe.

—Fue cerca de aquí —comentó Aldo.

La señora Rossi continuaba durmiendo profundamente, inalteradas su respiración, la dulzura de su rostro, la armonía de líneas de su cuerpo. Desde la puerta, como si hubiese recordado algo, Matilde volvió sobre sus pasos.

—¿Va a dejar a la señora, así nada más?

—¿Qué podemos hacer por ella?

—Si yo fuera usted, mandaría traer al doctor...

—¿Ahora?

—A doña María —indicó con intención que él captó al vuelo —le gusta que usted se preocupe un poquito por ella.

Matilde poseía especial talento para sugerirle ideas que, al ser puestas en práctica, mucho lo ayudaban a suavizar la aspereza de sus relaciones con la señora Rossi. La de mandar por Cobo (para que María comprendiera que su marido tomaba interés por ella) era magnífica. Con una sonrisa agradeció a la criada su bien intencionado consejo y resolvió:

—Hay que llamarlo.

Salieron en puntas de pie.

Lo primero que pensó Ausencio, luego de que Rossi le hubo dicho que había que llamar al doctor Cobo —"en una carrerita...", para usar sus palabras— fue que— su patrón desvariaba. Sin atreverse a darle la cara, con cierta reticencia, el mozo se hizo repetir la orden, y cuando aquél, de mal talante y con seca brusquedad, reiteró:

—Sí. Ve por el doctor. ¿O es que hablo en chino que no me entiendes? —no le quedó ya duda ninguna de que la razón de su amo estaba perturbada. ¿A quién, con el juicio sano, puede ocurrírsele capricho de ese género, en un día como ése abundante en peligro?

Hizo un último y débil intento por persuadir a Rossi de que no lo mandara a cumplir misión tan riesgosa, al menos mientras las balas zumbaran en el aire:

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Ahoritita...?

—Ahoritita.

—¿Aunque haya tantos balazos?

—Sí.

—Porque podría ir después.

—Te me largas y al doctor le dices que la señora está muy enferma y quiero que venga.

—¿Y si dice que no? A lo mejor también tiene miedo.

Duramente lo miró Rossi:

—Si no quiere venir, lo traes de todos modos.

—Pero... ¿y si de todos modos no quiere?

—Con un carajo... —estalló al fin Aldo—. Quiera o no quiera, ¡lo traes! Y si no, ni vuelvas por aquí. ¿Entendido?

—Sí, patrón— cedió Ausencio finalmente, con resignada humildad.

Todavía se hizo el remolón, más de un cuarto de hora, en la cocina, despidiéndose de la vieja y de Matilde. Aquélla consideraba injusta la orden de Aldo de mandar a Ausencio a la calle, con el bombardeo en uno de sus periodos de mayor intensidad.

—Como si no pudiera esperarse el amo —comentó Albina—. Total, ni que la señora estuviera muriéndose.

—No está muriéndose —indicó Matilde— pero necesita al doctor.

La cocinera desoyó la observación de *la yaqui* y preguntó a Ausencio:

—¿Tienes miedo?

—La mera verdad, sí...

Doña Albina ordenó a Matilde:

—Dale una copa...

—¿Del coñac del patrón?

—De ése o del que sea, ¡pero dásela! —cuando la muchacha pasó al comedor por la botella, la vieja embromó al mozo—. Bien fruncido has de tener el fundillo, ¿verdad?

—Ah, que doña Albina...

Tres, largos y lentos, fueron los tragos que bebió Ausencio para darse ánimo. La cocinera tomó uno —"de gente grande" a su decir— que le calentó el estómago y le avivó el ingenio. Matilde, con un fruncimiento en los labios, estaba demostrándoles que desaprobaba que se aprovecharan del coñac del amo y, más aún, que lo hicieran a pico de botella. Sin decir palabra, puso un vaso en la mesa.

—¡Tan delicada...! —ironizó doña Albina—. Igualita a su patrona. ¡No se vayan a revolver los microbios...!

Rió el mozo, no porque le hubiese regocijado mucho la mordacidad de doña Albina, sino porque de algún modo necesitaba descargar la tensión de sus nervios, que el licor aún no aliviaba. Matilde, no atreviéndose a reñir con la cocinera, la emprendió con él:

—Y tú indio mugroso, ¿de qué te ríes?

Arrebató a Ausencio la botella de coñac que ya se llevaba otra vez a los labios; limpió la embocadura con su delantal; hundió el corcho de un manotazo y fue a ponerla en su sitio. Salía ya el mozo y doña Albina, muy seria, lo tomó por el hombro; dibujó varias veces sobre su frente y sobre su pecho el signo de la cruz, así que iba diciendo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Que Jesús, José y María te protejan...!

Se despidieron con una mirada: oscura, húmeda de temor, muy triste. En el corazón de la vieja se clavó la púa de un presentimiento.

3

EL TIEMPO renqueaba lentamente; tan lentamente que Aldo comenzó a dudar de la exactitud de su reloj, cuyas manecilias —gobernadas por un mecanismo sobre el que no ejercía ninguna influencia la ansiedad— avanzaban menos de prisa de lo que él deseaba. Cada cinco o diez minutos, al mirar la carátula del *Longines* se desesperaba

porque ni uno más de ésos hubiese transcurrido desde la última vez. ¿Estaría descompuesto? (Lo ponía en su oído para escucharlo.) ¿Era correcta su hora? (La misma señalaban otros: el del capitán y el del comedor.) ¿Le faltaría cuerda? (Con los dedos comprobaba que no.) La joya de oro macizo funcionaba como siempre: sus entrañas de engranes y rubíes latían muy sanas; su marcha era perfecta; sus agujas tasaban los segundos con matemática precisión.

—El tiempo camina despacio en usted, no en su reloj —dijo el capitán Ojeda.

—Siento que cada minuto dura un día.

—Usted, señor, espera... y por eso desespera, como dicen.

—Eso debe ser.

—A mí, en cambio, también como se dice, el tiempo se me ha ido volando.

—Ha tenido en qué ocuparse.

—Puede ser por eso y, también, porque en nada me afecta que el tiempo pase o deje de pasar. Para mí no tienen ningún valor las horas porque a nadie espero ver más tarde. Son ya las cuatro y diez de la tarde; a las cuatro treinta terminaré mi trabajo.

—¿Tan temprano?

—Órdenes de la Comandancia, traídas por un recadero: Cese el fuego a las dieciséis horas con treinta minutos.

—¿Por qué?

—¡Si lo supiera! ¡Si me importara saberlo!

—Es la primera vez, desde que esto empezó, que terminan a las cuatro y media.

El capitán Ojeda, como si hubiese perdido interés en continuar el diálogo, no contestó. Miraba con sus binoculares de campaña el distante objetivo. Los muros de La Ciudadela seguían casi intactos, excepto por unas pequeñas abolladuras en la fachada norte. En las paredes del edificio pardo de la Asociación Cristiana de Jóvenes advertíanse grietas y profundas brechas y millares de picotazos de balas de fusil y ametralladora. En cambio, los estragos eran considerables en las construcciones situadas más allá de la zona de batalla. Muchas estaban en ruinas en las colonias residenciales del oeste. Del Reloj Chino de la calle Bucareli, por ejemplo, veíanse nada más los hierros de la estructura.

—Los señores de allá enfrente —apuntó Ojeda— hacen cosas que nos parecerían de locos si no supiéramos su juego. Esos dos obuses, que nos mandaron, lo pienso ahora, fueron un aviso cariñoso; un modo de decirnos: *Ya sabemos que están ahí y no fastidien mucho si no quieren que de veras los hagamos polvo.* De no ser así, ¿por qué no siguieron machacándonos? De todos modos no hay que confiarse. Quizá dentro de cinco minutos les dé por emprenderla otra vez contra nosotros.

—Ojalá y no.

—¿Sabe usted por qué no cañonean ahora la Estación, el Palacio, los cuarteles o el Castillo?

—¿Será que Huerta no quiere?

—¿Encuentra una explicación mejor? La gente de La Ciudadela, porque así le conviene a nuestro jefe, no tiene interés en destruir hoy lo que mañana o pasado ocupará pacíficamente. Si ya han causado tanto destrozo en la ciudad, ¿por qué no arrasan lo que con tanto cuidado respetan?

El capitán pronunció estas palabras en el tono aburrido de quien comienza a dejarse ganar por el pesimismo. Su voz y su gesto no tenían ya el fuego de las primeras jornadas, cuando la cólera (de impotencia si se quiere, pero cólera al fin) lo estimulaba a indignarse, a rebelarse así fuera retóricamente contra los que dirigían el sitio. Ahora,

una suerte de pereza, que lo era más del espíritu que del cuerpo, se había apoderado de él y su actitud —con la resignación del fatalista— le pareció a Rossi la de un hombre viejo, sin fe, a quien poco o nada le importan las sorpresas del porvenir.

—¿Tan mal andan las cosas... —se atrevió a preguntarle—que hasta usted cree ya que ellos van a ganar?

—¿Todavía cree que ganaremos nosotros? —y al capitán le pareció, al escuchar su voz, que era el coronel quien hablaba por su boca.

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues, porque ustedes son más y porque... —no hallando otro argumento más contundente que añadir— porque ¡así debe ser...!

Sonrió Ojeda al decir:

—Ésta es una de esas veces, señor, en que *lo que debe ser.* . . no será.

Cinco minutos antes de las cuatro treinta, todas las baterías del gobierno —que eran más de un ciento, calculaba Ojeda— comenzaron a disparar con hermosa furia. Sacudíase la tierra cada vez que el centenar de cañones esparcía por el aire toneladas de metralla. El espectáculo era grandioso y aterrador. Poseídos del frenesí de la destrucción, los artilleros se multiplicaban cargando y descargando las gruesas granadas, casi sin dar tiempo a que el humo desocupara las recámaras de los 75 mm. Terrible en sus acentos de bárbara belleza, ora severos como los de un canto gregoriano o bien trepidantes como los de una ópera wagneriana el *crescendo* concluyó bruscamente; se precipitó a la sima del silencio. Hombres y armas quedaron exhaustos, vacíos —exprimidos, como habría de comentar, poco más tarde en el comedor, el capitán Ojeda.

—Igual que limones, señor. Listos para la basura.

—Pero vivos... —recalcó Rossi; y el capitán se preguntó por qué a los hombres de cierta edad (el coronel, en la madrugada, y ahora el tendero) lo único que les importa es vivir; no interesa cómo o para qué: sólo vivir.

—Sí, vivos cuando menos.

—Que en estos tiempos ya es mucho. ¿Otra copita?

—Bien. Otra.

Bebieron y fumaron, uniendo el de ambos al gran silencio que habitaba ya la casa. Luego Aldo expresó:

—Con dos horas de cañonazos, tupidos como los de esos últimos cinco minutos, de La Ciudadela no habría quedado ni el polvo.

—Desde que comenzó ésta, digamos, revolución... siempre hemos estado a sólo dos horas de cañonazos de la victoria, ¡pero de cañonazos en serio!

—Todavía es tiempo.

—¿Y me lo dice? No, señor mío. Ya no habrá victoria para nosotros.

—Ayer, anteayer —le recordó Aldo— usted no pensaba como hoy.

—Ayer, anteayer —dijo Ojeda, melancólicamente— creía. Creía, ¿me entiende? —¿Y ahora?

—Sé lo que entonces ignoraba; o lo que sabiéndolo, no quería admitir: que las acciones de armas, al menos en nuestro tiempo y en nuestro país, se ganan o se pierden según conviene a los políticos. Los de uniforme, como no sean generales, nada contamos en la comedia. ¿Qué soy yo, qué son los otros oficialillos del tres al cuatro, sentimentales y pendejos, que llevamos seis días con sus noches viviendo y muriendo en las calles, sin tragar, beber o dormir? ¿Qué importamos en este negocio? ¿Se nos

consulta? ¿Se nos informa? ¿Se nos escucha? ¿Se nos proporciona elementos de guerra? Nada. Nada. Nada es lo que somos. Perros troperos. O locos. O románticos. O imbéciles. O... lo que usted y ellos quieran llamarnos. Mañana se nos dirá: "El enemigo ha triunfado". El traidor de ayer es el héroe de hoy, y a él habremos de respetar, servir y proteger, porque llámese como se llamare, representará a Las—Sagradas—Instituciones—de—la— Patria, y la Patria, barata puta de burdel, se acostará con quien la haya ganado en el juego, y nos exigirá que le rindamos el homenaje del Honor. ¡El honor! Cómo se nos llena la boca con la palabrita. ¿Cuál es el honor que debemos honrar? Y a fin de cuentas, ¿qué entendemos por honor? ¿Ser leales a aquello en que creemos? ¿Y en qué creemos? ¿En qué creo yo? Me dirá usted: en el gobierno a quien sirve. ¡El gobierno! El gobierno, hoy, son: un Presidente sin cojones para imponerse; y una partida de pillos, ambiciosos y traidores. Ellos son el gobierno. ¿Puedo creer en él? ¿Me honro, como hombre y soldado, defendiéndolo?

Lo atajó Rossi cuando Ojeda comenzaba a resbalar, ya peligrosamente, hacia las divagaciones:

—Usted hace honor a su honor, si así pudiera decirse, cumpliendo hasta lo último con su deber.

Ojeda le arrebató la palabra:

—Cuando los traidores sean los amos, mi deber será seguir sirviéndolos. Como soldado no tengo otra alternativa. Los soldados —y al recordarla parafraseó la sentencia del coronel— sólo podemos vivir a la sombra del vencedor.

La piel de su frente estaba encendida, quizá por la furia o por el coñac, que había bebido en grandes cantidades: tres copas antes de la comida y, con ésa que sus dedos temblorosos acercaban a sus labios, cinco después ya. Más borracho de lo que se imaginaba, el capitán Ojeda hallaba consuelo en sus desahogos; y buscaba, infamando lo que siempre había tenido por sagrado, infamarse a sí mismo. Forma singular, pero respetable, de autopurificación. Atufadamente comenzó a masticar el cabo de puro sin lumbre. A poco, el sueño de la ebriedad lo venció.

No era Ojeda el único que dormía. Hacíalo también la señora Rossi en la atmósfera bochornosa del costurero; sueño total el suyo, no perturbado desde hacía horas por los ruidos, el calor y las moscas. Luis Felipe sesteaba sobre un charco de transpiración en el catre único del cuarto de servicio. Junto al chico, doña Albina daba cabezadas de yegua vieja. En el corredor y en la azotea, muchos hombres y mujeres de la tropa reponíanse, tendidos, del cansancio del combate.

Sólo Aldo y la *yaqui* se mantenían activos en esa hora soporífera: ella, atareada en la limpieza del gabinete de aseo, pues deseaba ahorrarle a su ama el disgusto de tener que usar, cuando despertara, una letrina inmunda. Él, en la calle, hurgando entre las ruinas, a la busca de los libros de cuentas y de la cajita en que guardaba parte de sus monedas de oro. Recuperó algunos de aquéllos (maltrechos, sucios, incompletos) pero no la caja. Quizá la hallaría cuando removieran los escombros; o quizá alguien la había encontrado ya.

Los vecinos, atraídos por la esperanza de botín y por la curiosidad, pululaban también en el derrumbe de *Sorrento.* Algunos ayudaban a Rossi a salvar una levita, los restos de un cuadro, un sombrero hongo milagrosamente indemne, un atado de cuellos de celuloide, una bacinica y cuantos objetos, por hallarse a mano, era fácil rescatar; otros, limitábanse a mirarlo, a hacer comentarios en voz baja y, quienes le tenían confianza, a aconsejarle resignación.

—Mala suerte, señor Rossi.

—Lo que va a costarle la compostura.

—Puede demandar al gobierno...

—¿A cuál?

—Pues al que sea...

Don Primo de la O miraba también desde su balcón. Saludó a Rossi y con los brazos hizo un amplio ademán, como diciéndole: "Lo compadezco, amigo. Azares de la guerra..." Cuando no hubo ya nada más que rescatar (quedaba, sí, el fonógrafo, pero le dio pereza escalar la montaña de cascotes) Aldo volvió al interior. Por fuera, gracias a la protección de la cortina metálica, la tienda propiamente dicha no había sufrido mayores daños; por dentro, en cambio, los destrozos le parecieron considerables. Al desplomarse, la parte de techo que correspondía al piso de la sala y la recámara había despedazado centenares de botellas de vino, marquetas de queso parmesano, latas de conserva, frascos de encurtidos, botes de aceite, barriles de vinagre, cajones de arenques y bacalao. Una pérdida a precio de costo, calculó, por muchos miles de pesos.

Encolerizado al ver convertido en ruinas su floreciente y próspero negocio, Aldo Rossi alzó los puños y comenzó a imprecar, en una jeringoza de palabras castellanas e italianas, a todos los miembros de la corte celestial. Su furia no era, sin embargo, una furia envenenada de rencor y pronto, así que agotó las blasfemias de su repertorio, que no era escaso, empezó a tranquilizarse y a pensar que de los daños que hubiese podido sufrir (la muerte de él y de su familia) ése, con ser inmenso, era el menos grave.

Cuando volvió a la parte alta de la casa, preguntó a Matilde:

—¿Ya regresó Ausencio? —lo que le pareció absurdo, pues si el mozo hubiese vuelto él lo habría visto ya.

—No, patrón.

—¿Qué diablos pasará con él?

—A lo mejor lo mataron... —repuso ella—. Bueno, eso es lo que cree doña Albina. Dice que cuando él se fue por el doctor tuvo la corazonada de que... —inopinadamente Matilde empezó a llorar y para no hacerlo frente a Rossi corrió a refugiarse en el baño, hipando—. ¡Lo mata—ron...! ¡Yaa loo ma—taa—roon...!

De pie (el casco de corcho bajo el brazo izquierdo, la mirada fija en el vacío, el cuerpo esbelto y no muy alto en inmóvil actitud de firmes) el capitán Ojeda, como si lo hiciera ante uno de sus jefes, comenzó a ofrecerle excusas a Rossi apenas éste volvió al comedor.

Ofrecíalas por una conducta personal que distaba de ser la correcta. Lamentaba haber bebido como loco y haberse puesto a dormir sobre aquella mesa, que no era la de una taberna.

—Capitán, capitán —le dijo Aldo—. Olvídelo, se lo ruego. ¿Desde cuándo no duerme? ¿Desde hace... cuatro días?, ¿tres?, ¿dos? ¿Qué de raro tiene que se haya echado una siesta?

Pero Ojeda no aceptaba la benevolencia del dueño de la casa y continuó fustigándose:

—Me he portado como un marrano y he dicho una sarta de tonterías que le suplico olvide...

Sientiéndose de lo más paternal, pues no en balde tenía edad de sobra para que Ojeda pudiera ser su hijo, Rossi lo sacudió amablemente por los hombros y lo obligó a abandonar su tiesura de maniquí:

—Bueno, basta ya. Siéntese, cállese y tómese un coñac conmigo.

—Gracias, pero no.

—Si no quiere beber, siéntese.

Aún cohibido, lo obedeció Ojeda, haciéndolo al borde del asiento. Su postura le hizo recordar a Rossi la de un muñeco de ventrílocuo. Aunque el oficial había dicho que no deseaba beber más, Rossi llenó dos copas y puso una ante él.

—Salud... —deseó y luego de apurarla chasqueó la lengua y volvió a servirse otra—. ¿No me acompaña?

—Gracias, señor...

—Bebamos, pues.

Aunque sentía arder su estómago, Ojeda alzó la copa, devolvió el buen deseo de salud y trasegó el coñac. Disponíase a marcharse para rendir su informe al Estado Mayor y recibir instrucciones para la siguiente jornada, cuando a voces, desde el patio, anunció Ausencio su retorno. Oír sus gritos y sus taconazos en la escalera y en la galería alivió a Rossi de la preocupación que lo aquejaba desde que Matilde citando lo dicho por la cocinera, mencionó el lúgubre presentimiento de ésta. Otros pasos, los de la *yaqui,* se adelantaron a los del amo para dar la bienvenida al mozo.

—Ya llegamos, patrón —anunció Ausencio, deteniéndose ante la puerta que Aldo abría en ese momento.

—¿Trajiste al doctor?

—Ahí viene, en la escalera. Como está viejito, apenas camina.

—Échate un trago... —le ordenó Rossi, aludiendo a la botella que estaba sobre la mesa.

Intimidado por la presencia del capitán, se excusó el mozo:

—Mejor al rato, patrón...

Aldo acudió a recibir al doctor Cobo, de cuyas manos tomó el maletín. El médico acezaba por el esfuerzo de haber trepado la escalera después de su larga caminata. Al término de los saludos preguntó:

—María, ¿cómo está? ¿Le pasa algo grave? He visto cómo quedó la casa. ¿Salió herida...?

Rápidamente Aldo lo puso al tanto de lo que había ocurrido y, anticipándose al que de seguro emitiría Cobo, hizo su propio diagnóstico:

—Son sus nervios, doctor.

—¿Dónde está? —insistió el médico, sin tomar en cuenta lo dicho por el marido.

—Aquí... —Aldo abrió la puerta del costurero, y en el corredor aguardó a que Cobo observara a María.

Cobo, que la halló profundamente dormida, no hizo el menor intento de despertarla. De vuelta al exterior, dijo:

—Es mejor dejar que descanse.

—Está dormida desde el mediodía.

—Su sueño me parece tranquilo. En cuanto yo reponga un poco mis fuerzas, la examinaré bien.

—Con un coñaquito se sentirá como nuevo, doctor.

—Magnífica medicina.

Hizo Aldo, en el comedor, las presentaciones de costumbre; y el médico y el capitán, tras de farfullar sus nombres, estrecharon sus manos:

—El doctor es nuestro médico de familia —informó Aldo a Ojeda; y luego a Cobo—. Y el capitán tiene a su cargo el cañón de la azotea... y a toda esa gente que usted vio...

—Trabajo muy interesante el suyo, capitán. Interesante y peligroso.

—Un poco cansador, doctor.

Éste, dirigiéndose a Aldo.

—El ruido debe haberlos vuelto locos, amigo Rossi. Especialmente a María.

—Imagínese...

—Salud, don Aldo.

—Salud, doctor... Salud, capitán.

Bebieron Cobo y Rossi, pero no Ojeda, que se limitó a presentar su copa para que los otros chocaran en ella las suyas. Como la conversación entre aquéllos se tornaba de índole particular, privada (preguntas y respuestas sobre cosas y personas que él no conocía) el capitán anunció:

—Si me lo permiten, señores, me retiro.

—Quédese un rato más, capitán.

—Gracias, señor Rossi. Debo irme. Usted sabe...

Se sintió Aldo en la obligación de informar al médico:

—El capitán va hoy, como todas las tardes, a Palacio.

—Entonces, no lo detengamos.

—Señores: buenas tardes... —Marcial como siempre, puntilloso de la disciplina, Ojeda golpeó uno contra otro sus tacones, inclinó la cabeza y salió rápidamente.

Lo escucharon instruir al sargento y luego alejarse escaleras abajo.

—Magnífico muchacho este capitán Ojeda. Muy hombrecito. Formal. Serio. Cumplido.

—¿Y el niño?

—Durmiendo, doctor.

—Lo veré también, después... —y puso ante Aldo la copa vacía para que la llenara.

—Le agradezco mucho que haya venido, doctor. María me preocupa.

—Ya la veremos, ya la veremos —después de gustar un sorbito—. Parece que ahora sí terminará pronto esta pesadilla de revolución... Hay muchos síntomas. Muchos. Ahora que venía hacia acá con Ausencio, vi algo muy significativo. Un grupo de gente de toda condición, *pelados y catrines,* estaban atacando a pedradas la casa particular de Madero, en las calles de Liberpool. Gritaban mueras al Presidente, vivas a Huerta y otras lindezas por el estilo. Hubo algunos que dispararon pistolas contra las ventanas. Como nadie los rechazara, los más exaltados irrumpieron en el jardín luego de violentar la verja, rociaron con petróleo, que llevaban exprofeso, la puerta principal y le prendieron fuego... Un piquete de soldados, que llegó deliberadamente a destiempo aunque estaba a muy corta distancia, dispersó a la turba, que seguía gritando al retirarse: "Muera Madero... muera el loco espiritista". El palacete está ahora ardiendo... Interesante reacción popular, ¿verdad?

—Sí que lo es. ¡El pueblo incendiando la casa de Madero!

El médico preguntó quedamente:

—¿Me promete guardar un secreto?

—Naturalmente que sí.

—Pues bien... —se llenó los pulmones de aire y, para atrapar totalmente el interés de su interlocutor guardó silencio, con la respiración contenida, cuatro o cinco segundos—. Bien: allá va... Madero va a renunciar hoy mismo a la Presidencia. Quizá haya renunciado ya a esta hora. ¿Sensacional, eh?

—Imposible.

—Su renuncia es la condición que ha puesto Félix Díaz para que haya paz.

—¿Félix Díaz le pone condiciones al Presidente?

—Se las ha puesto... y el Presidente tendrá que aceptarlas.

—No lo creo.

—Voy a decirle en detalle, aunque no debiera hacerlo, cómo y por quién supe lo que acabo de referirle. Mi fuente de información no puede ser mejor: un senador de la República, paciente mío. Sufre colitis aguda y, por vivir a dos pasos de mi casa, me visita todos los días. Esta mañana me dijo: "Esto se acaba, doctor. Se acaba hoy mismo." "Qué quiere usted decir, senador. ¿Qué es lo que se acaba?" "El gobierno de Madero." "¿El gobierno, señor senador?" "El gobierno, doctor. El general Huerta nos ha hecho saber a los senadores que la situación militar es insostenible. Desesperada, fue la palabra que él empleó. Tan desesperada, nos dijo, que carece de medios materiales: armas, tropas, municiones, para tomar por asalto La Ciudadela. Como la matanza parece no tener fin, el general Huerta sugirió que nosotros, miembros del Congreso, exijamos al Presidente Madero que renuncie. En opinión de Huerta, si Madero dimite será muy fácil llegar a un arreglo con Félix Díaz y declarar la paz..." "¿Y ustedes, senador, qué van a hacer?", y mi amigo respondió: "Puesto que deseamos evitar que más sangre de inocentes siga derramándose por culpa de Madero, demandaremos de él que deje la Presidencia..." Esto, don Aldo, fue lo que hoy por la mañana me contó uno de los políticos mejor informados. Ah, pero aún hay algo más: El embajador de los Estados Unidos ha pedido al Cuerpo Diplomático que entreviste al Presidente y le recomiende (pues los diplomáticos no pueden exigir como los políticos y los generales) y le recomiende, decía, que abandone inmediatamente el poder para no arrastrar al país a una hecatombe, que podría complicarse además con la intervención de las potencias extranjeras... De eso se habla mucho en la ciudad. A toda voz se discutía sobre ello anoche, en el restaurante *Gambrinus...*

Soltó Aldo una risotada burlona y creyó haber tomado en falta al doctor Cobo:

—¿En *Gambrinus* dice usted?

—Sí.

—*Gambrinus* está cerrado, querido doctor.

—¿Quién lo dice?

—Todo está cerrado. Tiendas. Comercios. Cafés. Todo. Y me sale usted ahora con que anoche en *Gambrinus...*

Pacientemente Cobo lo dejó terminar y en su turno expresó:

—Amigo Rossi: lamento decirle que está usted en la luna. Desde hace dos noches, *Gambrinus* y la pastelería *El Globo,* para sólo citarle dos famosos lugares de reunión, volvieron a abrir sus puertas. Se alumbran con velas, porque no hay luz eléctrica, pero siguen vendiendo comida, café y obras maestras de la repostería. ¡Hummm! Claro que pocos civiles los visitan por ahora; rebosan, en cambio, de militares y políticos.

Terco, martilleó Rossi, que se resistía a admitir como cierto lo que con tal firmeza aseguraba Cobo:

—Si la ciudad se está muriendo de hambre, ¿dónde consiguen *Gambrinus* y *El Globo* lo que, según usted, venden?

—No sé dónde lo consigan —replicó el médico, molesto—pero ahí hay hasta cerveza fría. Anoche recibí de un viejo y gentil amigo un preciado obsequio: dos docenas de *brioches* de *El Globo.* ¿Mejor prueba...? Quien me trajo esas delicias, dijo que en *Gambrinus* había sabido que hoy se reunirían allí los generales Huerta y Díaz. ¿Con qué objeto? Con el de hallar la fórmula para un arreglo definitivo. Fórmula que, sin ser muy agudo, puede uno adivinar: Renuncia del Presidente, como lo exige Félix. Dimisión del gabinete, consecuencia de lo anterior, y entrega del poder a Huerta.

—¿Y por qué no a Félix?

—Huerta, *caro signare,* será el sucesor. Así lo ha decidido la Embajada.

—¿Y el pueblo? ¿Él no diría nada?

—¿Cuándo ha visto usted que el pueblo de México influya, por sí, en los grandes cambios?

—Recuerde 1910.

—Éste no es ya el pueblo que echó a don Porfirio. Éstos no son ya aquellos tiempos.

—El pueblo estará con Madero.

—No sea optimista, don Aldo. Madero caerá... porque Dios lo ha dejado de la mano —sonriente y sardónico, Cobo citó un viejo epigrama:

Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos;
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.

Lúgubre, sonó siete veces la campana del tiempo en el reloj. Comenzaba a oscurecer. El crepúsculo color paloma descendía sin ruido sobre la ciudad. Ya no zumbaban las moscas somnolientas. Era menos intensa la peste a carne humana quemada por el fuego.

—Ahora —suspiró Cobo, apartando su silla— vamos a ver a la enfermita. ¿Me prestará a su mozo para que me acompañe de regreso a casa?

—Por supuesto que sí, doctor.

—Gracias. Aunque ya levantaron los cercos de soldados, es preferible no andar solo por las calles.

—¿Los levantaron ya? ¿Todos los cercos? ¿Está usted seguro?

—Los que había en los alrededores de mi casa, sí. Supongo que los demás también.

4

AL ABRIR los ojos y ver a Cobo atento a la cuenta de las pulsaciones de su sangre y a Rossi, de pie y un poco atrás de aquél, sosteniendo en alto la lámpara de petróleo con que se alumbraban, María reacciono exactamente como había previsto Matilde cuando sugirió a su amo que mandara por el doctor. En sus pupilas apareció el brillo húmedo de la gratitud y en sus labios, tan secos, una sonrisa, débil pero muy tierna, que su marido recogió no sin emoción a manera de premio. Más de lo que hubiese podido expresar con palabras (que no siempre traducen la elocuencia de los sentimientos) decíalo con esa mirada y con ese gesto. La enternecía de tal manera el espontáneo y sincero interés de su esposo, que comenzó a llorar con gran mansedumbre: unas lágrimas felices, gruesas, que conmovieron por igual a los dos hombres. Con mucha dulzura, como si ella fuese aún la niña desvalida que en ese momento sentía ser, el viejo le acariciaba el rostro en tanto rogaba a media voz:

—Ya, ya. Cálmate. Guarda tus lagrimitas...

La auscultación fue lenta y, como todas las de Cobo, concienzuda. Le miró la lengua, los ojos, los oídos. Le escuchó el latir del corazón. Le tomó la temperatura. Le hizo preguntas y, al concluir, guardó silencio mientras su mente valoraba los datos y sacaba conclusiones para el diagnóstico. Con una reserva mental, anunció:

—En términos generales, está bien.

—¿De verdad, doctor? —preguntó María, que era muy aficionada a dramatizar en torno a su salud.

—¿Te he mentido alguna vez?

—¡Es que me siento tan rara! —exclamó de un modo infantil y quejumbroso.

—Y ¿cómo no?, con tantas molestias que estás sufriendo.

—Horribles, doctor.

—Lo cierto, don Aldo —dijo Cobo— es que los nervios de esta muchacha están un poquito alterados.

—Es lo que le dije a usted, doctor.

—Sería prudente, pues, que la sacáramos de aquí lo antes posible. Necesita descanso. Ésa es la mejor medicina: reposar, olvidarse por unos días de lo que la preocupa o molesta —y a María—. ¿Te agrada la idea de tomar vacaciones, eh?

—Lo que usted disponga, doctor.

—Bien: entonces prepárate a viajar mañana mismo.

Intervino Aldo:

—¿Y a dónde, doctor? ¿A dónde, si no dejan salir a nadie?

—¿Por qué no a Coyoacán? Lugar más tranquilo que ése no hay.

Ella asintió. Iría a Coyoacán o a cualquier parte donde pudiera vivir, así fuese sólo por unos días, sin angustia, libre del terror y del asco; donde sus oídos no escucharan de la mañana a la noche el estruendo de los cañones; donde el aire no apestara a cadáver; donde pudiera asearse sin repugnancia; donde no la rodeara una turba de hombres, mujeres y niños sucios, léperos, hambrientos. Iría hasta el infierno en busca de paz y de silencio.

—¿Quieres ir a Coyoacán? —preguntó Rossi a su vez.

—Sí, Aldo. Quiero ir.

—Se alojarán en casa de mi sobrina Laurita —decidió el doctor—. Una quinta preciosa, don Aldo. Llena de sol y aire puro.

—Sería mucha molestia para ella —objetó María, aunque sin mucho énfasis. Laurita Morfín viuda de Rui había sido su condiscípula en el Liceo y si bien la amistad entre ambas no era muy íntima, sí era lo bastante estrecha para que la señora Rossi no se sintiera intrusa en su casona de Coyoacán, ese hermoso pueblecito del siglo XVI, de añejas mansiones llenas de señorío, callejuelas increíbles, plazas y templos de severa belleza colonial. En tan sedante silencio antiguo fortalecería su espíritu —quebrantado por los horrores de la guerra civil— y sus nervios recobrarían su equilibrio y su temple.

—¿Molestia? Ninguna. A decir verdad, la idea de invitarte a Coyoacán fue de Laurita...

—Tan *mona*...

—Se hallaba en mi casa, lista ya para salir con doña Beba, su chaperona...

—Ah, doña Beba...

—...cuando llegó tu mozo a pedirme que viniera, y me dijo: "Tío: en mi nombre ruégale a María que acepte ser mi huésped, con su señor esposo y ese encanto de criatura que tiene..."

—¡Qué amable! —gimoteó la señora Rossi muy conmovida.

—Doctor —preguntó Aldo, impulsivamente—. ¿Cómo pudo su sobrina viajar, hoy a Coyoacán?

—Pues... No entiendo, exactamente, qué desea usted preguntarme.

—Quiero decir: ¿consiguió un permiso o...?

—Naturalmente. Le pedí un salvoconducto al teniente coronel Marcos, que es la persona que los redacta para que el general Huerta los firme. Marcos, entre paréntesis, es cliente mío. Persona muy fina y servicial.

Con mucha cautela, mientras su corazón perdía la regularidad de sus latidos, planteó Aldo:

—Yo necesito un permiso de ésos.

—Por supuesto, por supuesto. Pediré al teniente coronel Marcos que le dé uno...— Parsimoniosamente, el doctor Cobo comenzó a escribir, con letra grande y clara, un recado. A medida que la estilográfica corría sobre la hoja de papel de su recetario, iba repitiendo: "...*persona de mi más alta estimación, a quien mucho agradeceré, por tener urgente necesidad de salir de la ciudad con su familia, conceda usted el documento respectivo para poder hacerlo mañana sábado a primera hora.* De usted, hummm, etcétera, etcétera..." Releyó las nueve líneas y entregó la nota a Rossi. —El teniente coronel, estoy seguro, lo atenderá sin pérdida de tiempo. Quizá esta misma noche, si va usted...

—Iré inmediatamente.

—...tenga el salvoconducto. Así podrían salir a primera hora de mañana —miró su reloj de bolsillo. Lamentó que el tiempo hubiese corrido tan de prisa y anunció que se marchaba. Tomó la mano de María, la estrechó con afecto y reiteró sus recomendaciones.

—A descansar, ¿eh? A dormir bien, a no preocuparte por nada, a disfrutar de unos días de calma.

Ella asintió en silencio, agradecida, y antes de que pudiera preguntarle si había visto a Luis Felipe, el doctor dijo:

—Ahora echaré una miradita al niño.

—Gracias, doctor.

—Dáselas a él —repuso, mirando a Rossi— que tanto se preocupa por ti. ¡Si vieras qué atribulado lo encontré al llegar!

María buscó los ojos de Aldo con una mirada cariñosa, de sincera gratitud. Una mirada que abundaba en amor. Conmovido (y no sabía si por el gran servicio que el médico acababa de presentarle, proporcionándole el medio para obtener el salvoconducto, o por el avío que le había hecho al mencionar que estaba allí a sus instancias, o porque era un sentimental) Rossi hizo un guiño a su mujer y le tomó la mano. ¡Y qué asombro experimentó cuando los dedos de ella se enlazaron a los suyos!

El doctor Cobo se mostró complacido de lo bien que evolucionaban las *viruelas locas* de Luis Felipe, e indicó a Matilde que continuara como hasta entonces el tratamiento prescrito originalmente: toquecitos de yodo y polvo de haba, a mañana y noche.

Pues lo atormentaba la ansiedad, Aldo le preguntó cuando bajaban la escalera:

—¿Está usted seguro, doctor, que ese teniente coronel Marcos me dará el salvoconducto?

—Sí.

—Dicen que es Huerta y sólo él quien...

—Huerta los firma, cierto. Pero Marcos es el que decide previamente a quién ha de dársele y a quién no. Es hombre de gran influencia. Le he hecho algunos servicios importantes y está obligado, muy obligado conmigo.

Ausencio los esperaba a la puerta, con una cobija sobre los hombros, listo para acompañar al doctor. Nadie le había dicho que fuera a hacerlo, pero sabía (intuición de buen criado) que tal cosa iba a ordenársele, como en efecto ocurrió:

—Ve con el doctor.

—Sí, patrón.

La calle veíase tranquila. Los vecinos conversaban de puerta a puerta. Algunos chicos jugaban entre las ruinas; otros rondaban, sin miedo ni asco, en torno a la pira de cadáveres; una pira ya pequeña, consumida, humeante. Dos o tres soldados de Ojeda charlaban en la banqueta con cuatro o cinco del destacamento de la avenida. En alguna parte alguien tocaba un organillo de boca. Pasó una patrulla militar. El espejo de la noche reflejaba los resplandores escarlata de los dispersos incendios.

—Caminaré con usted un par de cuadras, doctor

—Oh, no se moleste, don Aldo.

—Para estirar un poco las piernas.

Después de haber caminado una docena de pasos, el médico indicó:

—Don Aldo: debo decirle la verdad respecto a María... La encontré bastante mal. No, no diré que grave, pero sí más delicada de lo que parece. Tiene los nervios deshechos, y si no la saca de aquí y la lleva a descansar...

—La llevaré, doctor.

—Cuanto antes. Aun en el supuesto caso de que el *cuartelazo* termine mañana, si es que no terminó hoy, María necesita cambiar de aires, olvidarse por un tiempo de lo que ha visto y sufrido.

—Así lo haré, doctor.

En la esquina, Cobo se rehusó a que Rossi lo acompañara hasta la siguiente. Si deseaba ver a Marcos debía ponerse en camino hacia Palacio, inmediatamente. La gestión en la Comandancia quizá resultara larga —"el hombre está siempre lleno de trabajo y hoy, con tanto ajetreo como ha habido, ha de tener el doble"— y no era sensato desperdiciar los minutos.

—El domingo —anunció Cobo al estrecharle la mano— comeremos todos juntos en la casa de mi sobrina. ¡Hasta la vista... en Coyoacán!

—*Arivederci,* doctor.

—*Buona notte, caro Aldo.*

Cuando Cobo y Ausencio se desvanecieron en la oscuridad, dejándolo a solas con su conciencia acongojada, Rossi comprendió que el Destino —en forma de ese pliego que sus dedos rozaban en el bolsillo de la chaqueta— lo había colocado al fin en la terrible situación de convertirse en árbitro de la suerte de las dos mujeres que de él, y de nadie más, dependían.

—¿Y ahora...? —se escuchó preguntarse, como se interroga quien ha cometido un acto cuyas consecuencias lo asustan.

Agónicamente buscaba las palabras justas para responderse a la pregunta clave del dilema: ¿a cuál de las dos mujeres preferir? y al no hallar la fórmula que le permitiera salir airoso de la prueba, sin menoscabo de su prestigio y sin verse obligado a sacrificar a María o a Betina, descubrió cuán difícil resulta conciliar amor y deber, si el objeto de ambos no es la misma persona. En él —la crisis de sus indecisos sentimientos se lo revelaba ahora— tanto pesaba la obligación del deber hacia su familia como la pasión del amor hacia su amante. ¡Si uno prevaleciera sobre el otro, así fuese nada más un poco, no lo atormentarían con tal saña sus titubeos!

¿A quién preferir, ahora que estaba a punto de obtener el salvoconducto? ¿A María? ¿A Betina? La decisión, fuese la que fuere, sería injusta para alguna de las dos. Su deber, de marido y amante, era salvar a ambas, sin distingos. No pudiendo hacerlo

tornaba a preguntarse: ¿A cuál? Ellas lo necesitaban y él se sentía comprometido, en idéntica medida, con una y con otra.

—¿A cuál, Dios mío? —pedía saber, patéticamente.

En un impulso súbito e inexplicable como los que no pasan por el tamiz de la reflexión previa —grito mudo del instinto, vanidad de no defraudar a quien lo tenía por hombre generoso y magnífico— Aldo Rossi decidió:

—Betina...

Y apenas la hubo nombrado, su mente comenzó a buscar justificaciones para su decisión; una decisión contraria a los cánones de la moral burguesa, pero que él había tomado por considerarla justa. Aunque en la balanza del afecto, esposa y amante le importaban igual (así fuera por muy distintos motivos) prefería salvar a Betina porque, a su juicio, seguía siendo la más débil. Aparte de las sentimentales, compelíanlo a sacar de la ciudad a la catalana antes que a su mujer, ciertas razones prácticas. Si llevaba a María a Coyoacán no podría regresar, en quién sabe cuánto tiempo, en busca de su querida; si, por el contrario, primero procuraba la seguridad de está, esa misma noche estaría de vuelta en casa y daría a la señora Rossi una excusa convincente para explicarle el aplazamiento del viaje. *¿Y* cuál mejor que decirle, por ejemplo, que Marcos no había podido recibirlo?

Si esa misma noche o en el curso del siguiente día terminaba la guerra civil —augurio del doctor Cobo que él, ahora, ardientemente, deseaba ver cumplido— Rossi no tendría necesidad ya de ningún salvoconducto. Tranquilo, pues Betina estaría a seguro en la hacienda que administraba en Azcapotzalco su amigo Morales, Aldo llevaría a su mujer, a su hijo y a Matilde a Coyoacán. Plan sencillo de poner en práctica y, a menos que problemas insuperables de última hora le impidieran realizarlo, el único que le permitiría salir del aprieto y quedar , a ojos de María, como amantísimo esposo, y a los de Betina, como romántico campeón. Equilibrio perfecto de amor y deber —para que no sufriera mengua su prestigio de protector de damas desvalidas.

Encontró a María en el comedor, merendando atole y galletitas. A sugestión de ella —leve movimiento de su mano hacia la silla más próxima para que tomara asiento— bebió un vaso de aquel líquido blanquisco y grumoso, cuya insipidez doña Albina había tratado de hacer más tolerable con unas gotitas de extracto de canela.

—Es lo primero que pruebo en el día... —subrayó la señora Rossi.

—Siquiera dormiste... —apuntó él, en otra de sus respuestas tan al estilo del Método Olendorff.

—Me sirvió mucho el descanso. Me siento un poco mejor.

—Más te servirá en Coyoacán.

—Pensándolo bien —dijo ella abruptamente—, no creo que valga la pena hacer viaje tan largo y fatigoso. Es preferible, y así lo he decidido ya, que nos quedemos aquí...

Bruscamente Aldo arrojó sobre el mantel la servilleta con la que limpiaba su bigote. La miró con iracunda intensidad, no tanto porque hubiese mudado de parecer —lo que ocurría con frecuencia— cuanto porque ella, al cancelar el viaje, arruinaba por completo los planes de su marido. El tembloroso fulgor de la lámpara delineaba, netos los rasgos de la señora Rossi, al grado de que más parecían los de una talla antigua que los de un rostro humano; por efecto del juego de luces y sombras, su nariz resultaba más romántica; sus pómulos, altos de por sí, dos elevadas cumbres; su frente, un campo de rectos surcos de arrugas.

—¿No ir, dices?

—Sí.

—El doctor dijo que...

—Lo oí, Aldo. Con todo, no haremos el viaje.

—¿Por qué, por qué, por qué? —estalló él, levantándose.

De los labios de María brotó, casi en plan de disculpa, una respuesta suave, una argumentación definitiva pese a su ambigüedad:

—Porque no quiero dejar sola la casa...

—Se quedarán a cuidar doña Albina y Ausencio... si es que todavía hay algo que cuidar aquí.

—No me gusta dejar mí casa en manos de los criados. Voltearán todo de cabeza. Meterán las narices donde no les importa. No, no, Aldo. Mejor quedémonos.

Reñir en esos momentos no era prudente y Aldo, que ya se desbordaba hacia la furia, recogió velas y muy persuasivo atacó el lado más sensible de su esposa.

—Si no quieres ir a Coyoacán, no iremos. Sólo que debo decirte algo. El doctor encuentra muy desmejorado a Luis Felipe. Sus viruelas no sanan debido a tanto microbio y a tanta mugre como hay aquí. No te lo dije antes para no asustarte, pero si no sacamos inmediatamente al niño de este basurero, puede quedar marcado para toda la vida...

—¿Eso dijo el doctor?— exclamó María sobresaltada.

—Pregúntaselo...

—Oh, Dios mío —gimió—. Marcado, ¡no!

—He cumplido con decirte el peligro en que está el *bambino.* Tú resolverás qué hacer...

Sin pensarlo más, accedió:

—Nos iremos cuando quieras. El niño está primero que nosotros. ¡Su carita comida por las viruelas...! No, no.

Verla así de preocupada le produjo a Rossi una pequeña y maligna satisfacción. A partir de ese momento, la resistencia de su esposa no sería, ya, obstáculo para que él pusiera en práctica su proyecto. Fingiendo lo que en ella era sincero —grave temor por la salud de Luis Felipe— indicó:

—Si hemos de salir mañana, debo irme ahora mismo a ver al amigo del doctor. Como puedo tardar una hora, como puedo tardar cinco. Así que, por favor, no te enojes ni te asustes si no vuelvo pronto.

—Sí, Aldo.

—Hasta pronto… —dijo él, a guisa de despedida, y agregó un toquecito de hipocresía dejándole un beso en la frente que la señora Rossi no rechazó.

Cuando llegaba él a la puerta, su esposa le rogó:

—Aldo... cuídate.

—Sí.

—Aldo —volvió a hablar María— te esperaré...

—No sé a qué horas vuelva.

—Te esperaré...

—Como gustes...

Al salir del comedor cerró la puerta. Unos segundos más tarde, en cuanto puso un pie en la calle se sintió arder de ansiedad. Ir al paso parecíale un derroche de tiempo. Sus trancos se hicieron largos, rápidos. Ya en la esquina comenzó a correr.

Su esposa, en la soledad del comedor de la casa, musitaba una plegaria con profunda devoción:

—Manda Tus ángeles, Señor de los Cielos, que cuiden su cuerpo y salven su alma. Tú que lo proteges tanto, haz que lo bendigan El Padre, El Hijo y El Espíritu Santo... —y sobre su frente, sus labios y su pecho quedó el temblor de la señal de la Cruz.

VII

1

DÉBILMENTE, como si apenas en ese momento de la madrugada concluyera la oración que creía estar rezando —y que en realidad había interrumpido, sin darse cuenta, poco después de medianoche, cuando el sueño terminó por vencerla— musitó la señora Rossi:

—Amén...

Abrió los ojos y, muy lentamente, comenzó a recordar dónde se hallaba y por qué ésa no era su cama; ni los muebles de su alcoba; ni la ropa que vestía, la de dormir. Recordó también que luego de marcharse Aldo, ella había entrado en el costurero para acostar al niño y que se había tendido unos minutos para rezar, como todas las noches, sus oraciones de acción de gracias. Era lo último de lo que tenía memoria: ella santiguándose y murmurando muy quedo, con su fervor habitual: "Señor todopoderoso, mi alma agradecida se eleva a ti..."

Después, el silencio negro y absoluto.

Sonó, en eso, el repique solemne del reloj. ¿La media? ¿Los tres cuartos? Quince minutos más tarde, la campana señaló la hora tercera de la madrugada, y la señora Rossi, sabedora ya de cuánto tiempo había transcurrido, se sintió culpable —¡ella, que se había propuesto aguardar el retorno de Aldo!— del crimen atroz de haberse abandonado al descanso.

—¿Aldo? —interrogó a la oscuridad y la palabra, como poco antes las tres severas campanadas, quedó viva en el silencio de aceite. Palabra que ahora, dicha así, con amoroso acento, adquiría nueva dimensión; nuevo significado; distinta importancia. La repitió varias veces, amándola diríase, siempre por lo bajo, confidencialmente, y otras tantas la encontró bella y musical.

Él no estaba allí; sólo el niño, dormido con los pies fuera de los barrotes de la cuna y la cabeza debajo de la almohada. Tampoco en la galería, que poblaban sombras entregadas al delirio del sueño. Ni en la cocina. Allí encontró, dormitando sobre la mesa, a la *yaqui.*

—¿Matilde? —la nombró con suavidad.

—¡Ay!... —chilló la muchacha levantándose bruscamente.

—¿Qué haces aquí y no acostada?

—Espero al patrón. Por si quiere cenar algo.

—Es muy tarde.

—¿Sí?

—Acaban de dar las tres. Ahora, ve a dormir.

—¿Y el señor?

—Lo esperaré yo.

—¿Usted? —y Matilde demostró no dar crédito a lo que oía.

—Sí, yo. ¡Vete!

Entró en el comedor. Le alegraba que Aldo no hubiese vuelto aún, pues, cuando lo hiciera, hallaríala donde la había dejado al marcharse, aguardándolo como había prometido hacerlo. Mas no velaba su retorno para corresponder, con otra de la misma índole, a su delicada muestra de afecto de la víspera. En la oscuridad tejía el hilo de la espera porque ansiaba verlo, hablarle, escucharlo, sentirse cerca de él, saberle recuperado; y, principalmente, porque comenzaba a expermimentar una emoción por completo nueva: la de la nostalgia.

Como siempre que su mente no buscaba la evasión de la plegaria, no se distraía en el cumplimiento de sus múltiples deberes de ama de casa (que gustaba llevar al límite de lo perfecto) la señora Rossi comenzó a pensar en sí misma y luego en las razones de las que se había valido hasta entonces para convencerse de que era una mujer desdichada. Su actitud no era, sin embargo, la del que busca nuevos elementos que agregar a los muchos que ya posee; sino, por el contrario, la de quien no está ya muy seguro de la validez de aquéllos y desea, al fin, separar el grano de lo cierto de la paja de lo falso. De cara al tribunal de su conciencia, el único capaz de saber cuáles eran verdaderas y cuáles ficticias, procedió a examinar las causas a las que atribuía la amargura de su vida y el fracaso de su matrimonio.

Grandes o pequeñas, las pesó todas en la exacta balanza de la razón. Les otorgó un valor particular dentro de la escala de los agravios. Las ordenó por grados y las sometió finalmente a juicio. Casi ninguna resistió la prueba de la verdad, del riguroso análisis de la verdad, y las que sí, ¡qué débiles, pobres y deleznables le parecieron! Al término del proceso hubo de admitir, con extraordinaria valentía, que la causa única de su desdicha era ella misma: ella, que se había esforzado siempre en hacer sombrío lo que era claro; en tiranizar a los que deseaban amarla; en ofender a quienes no lo merecían. Ella, que jamás había aprendido que la tolerancia a los defectos ajenos es la piedra angular que sustenta todas las relaciones humanas. ¿Y cómo había sido hasta entonces? Intolerante. Áspera hasta el sadismo. Orgullosa hasta la gelidéz. ¿Y qué había conseguido? El repudio de Aldo y, en cierta forma, también el de Luis Felipe, que la temía; el odio secreto de sus criados; el despego de su hermano, que le otorgaba la dádiva dolorosísima de su compasión.

Desde el abismo de sus remordimientos subió a sus labios el nombre de Aldo y lo pronunció con el respeto que se debe a quien se ha hecho víctima de una deliberada injusticia. Pues, ¿no había sido injusta atribuyéndole ofensas de las que era inocente? Lo nombraba en primer término, por mero azar —¿o porque se reconocía, antes que nadie, en deuda de perdón con él?

De las ofensas que su esposo le había inferido —de las verdaderas, no de las que eran apenas leves infracciones al código de la urbanidad, o discrepancias de orden estético o conflictos de oponión respecto a ciertos principios que ella tenía en alta estima y de los que imaginaba que él hacía mofa: su orgullo de aristócrata venida a menos, su celo excesivo por las cosas de la Iglesia, lo gazmoño de su moral que rechazaba hasta lo que el sacramento del matrimonio considera lícito—, de ésas, ¿cuáles, por graves, no merecían su perdón; el perdón que ahora les otorgaba como primer paso para ser a su vez perdonada?

¿Quién empujó a Aldo por la resbaladiza pendiente del adulterio?, reflexionó. ¿Quién lo forzó a buscar en otra, u otras mujeres, las satisfacciones que la suya le había negado desde que su preñez la hizo sentirse justificada como esposa? ¿Quién, con su actitud despectiva y sus mordaces ironías, le había cerrado el camino del corazón? Si ella admitía ser culpable, ¿tenía derecho al uso de términos tan ambiguos como orgullo,

dignidad, prestigio, para no olvidar y perdonar, si perdón y olvido —elementos vitales del amor—eran los que deseaba concederle?

¡Amor! ¿Qué la hacía, ahora, pensar en el amor? ¿Qué Aldo hubiese sido cortés y dulce con ella? ¿O la secreta ansiedad, la curiosidad (hasta entonces reprimidas, ahogadas, anuladas por sus prejuicios, sus odios y sus ascos) de penetrar en el laberinto de las pasiones? El mundo que la rodeaba —y del que voluntaria y tercamente se excluía— ¿era o no un mundo de amor? Amaban las hembras de la tropa. Amaba, aunque a otra, su esposo. Amaba su hermano. Aldo y su querida, las soldaderas y sus hombres, Alfonso y Conchita, ¿poseían virtudes que a ella le faltaban? Hubo de reconocer que sí. Unos y otros, todos, eran seres a quienes no envenenaba la ponzoña del prejuicio; almas no gobernadas por el odio, criaturas no enfermas de asco. Y ella, ¿qué era sino una pobre solitaria a merced del desdén ajeno; débil ante la fuerza de quienes se amurallaban tras el amor, fuese éste del tipo que fuere? Si el del sexo daba a Aldo coraje y audacia para desafiarla; si el del sencillo afecto ligaba a Alfonso, un aristócrata, con una plebeya de ínfima clase social; si el del compañerismo más primitivo mantenía unidos en el peligro de muerte a los soldados y a sus mujeres; y si ella era aún joven para disfrutar con Aldo los placeres de la carne, valerosa para compartir con él los reveses del Destino y capaz de ser tierna como nadie, ¿por qué se empecinaba en negarse al amor?

Puesta a pensar, por primera vez en su vida, por qué razones rechazaba el amor, halló que carecía de ellas. Hasta esa noche, había ajustado sus actos y sus ideas a los dogmas de *Mamacita.* De ella había aprendido todas las reglas que regían su existencia y con las cuales, en vano, pretendía regir la de los demás. Con palabra y ejemplo, *Mamacita* imbuyó en su espíritu conceptos y supuestas verdades que la señora Rossi, más por devoción que por reflexión, obedeció siempre ciegamente, sin detenerse a pensar si eran válidas también para ella. Para la madre, la más peligrosa de las flaquezas humanas era la del amor. Para la hija, el amor era un sentimiento negativo porque quien ama, y lo dice, se coloca en desventaja espiritual frente al que es amado. Norma nunca quebrantada de su conducta había sido, pues, la de no abandonarse a él, para no sufrir los electos de su propia debilidad. Sobre el amor existían —le fue dicho desde niña— valores fundamentales, duraderos, no sujetos al vaivén de las pasiones que envilecen al hombre; y los adoptó, convencida a plena fe de que ningún otro los aventajaba.

Los que *Mamacita* le había legado con su prédica, preguntábase ahora, ¿eran valores éticos o meros prejuicios? ¿Puede el miedo a parecer débil, superar a la emoción de entregarse sin reservas? ¿La discutible aristocracia del linaje, a la amistad que se funda en el afecto? ¿el doloroso aislamiento del orgullo, a la alegre camaradería de los que se aman llanamente? La vida de su madre, ceñida a esas reglas, ¿había sido feliz? ¿O había sido una vida sin sonrisas, amarga, desnuda de calor, estéril, de cóleras tan salvajes como pocos cristianas? ¿Había visto en el rostro del coronel Alard, siquiera por una vez, un gesto que no fuera de temor, de rencor? ¿Y ese gesto, era o no el mismo que había ya en la cara de Aldo? ¿Y aquel pánico que experimentó siempre ante su madre, era o no idéntico al que aparecía en los ojos de Luis Felipe al mirarla? ¿Llegarían su esposo y su hijo al extremo de alegrarse de su muerte como ella se alegró de la de la anciana? Porque (y nunca antes había permitido que esta verdad aflorara a su memoria) al expirar *Mamacita,* ella, su hija amantísima, se sintió libre al fin del inmenso terror que la viuda le infundía. Por qué aplicó a su vida las fórmulas que

frustraron la de sus padres, no obstante saber que igualmente frustrarían la suya, era algo que aún ignoraba.

Pues la felicidad es consecuencia de un acto de voluntad, ella no carecía de la necesaria para intentar la reconquista de su marido y salvar así del naufragio irremediable lo que ya flotaba a la deriva. Este propósito, cuya audacia la asustó por un momento, exigiríale la renuncia a muchas cosas; su propia anulación en primer término; un cambio radical de su conducta; un sometimiento sin condiciones al albedrío de Aldo; lo que equivaldría, se dijo, a quedar indefensa en sus manos. Reflexionar en todo ello la hizo dudar dolorosamente y casi arrepentirse; pero, imponiéndose a las dudas, decidió correr el riesgo. No sería fácil, sin embargo, indicar el aprendizaje de la nueva disciplina, y menos aún, hallar placentera la entrega de sí misma, en todos los órdenes, a su esposo.

Lanzando desde la profundidad nocturna del patio, un grito rompió el sueño de quienes dormían en el corredor:

—¡ Aaaatencioooooón! ¡ Coooompañíiiia!

Un hervor de gruñidos turbios y confusos, que iba agitándose, engrosando a medida que los elementos de tropa despertaban, recorrió como un calosfrío el vasto dormitorio. Sombras embozadas, tambaleantes y no del todo lúcidas se arrimaban, para asomarse, al barandal. Rudo como siempre, el sargento infatigable las convocaba a que acudieran a descargar las cajas de pertrechos y los botes de petróleo que habían llegado en un transporte militar. Los hombres farfullaban enojos porque se les arrancaba de la intimidad del sueño a esa hora del alba, y muy lentamente, entre bostezos, estornudos, toses y groseros ruidos del cuerpo, acudían a donde se les llamaba.

Encolerizado por tal lentitud, el de las órdenes, ladraba:

—Muévanse, *bolsones.* ¡Parecen embarazadas! —a todo pulmón, mientras, batiendo rítmicamente las palmas, los impelía a avivar el paso.

Reunidos todos en el patio, les ordenó formar filas. Tardos, porque el sueño les embotaba el entendimiento, los soldados se revolvían, chocaban entre sí, no acertaban a alinearse; y el sargento los ayudaba a que lo hicieran, empujándolos de obra y de palabra. Cuando logró imponerles disciplina y silencio, pasó rápida revista.

—Paaaso lateral... —gruñó, y siguió gruñendo la misma orden hasta que entre hombre y hombre midió una distancia de dos metros. Lanzó un ¡Flaanco derecho! ¡Marchen...!, y los hizo seguir hacia la calle. Cuando los de vanguardia llegaron al transporte, el sargento graznó. —¡Aaalto! ¡En su lugar, descaansen!

Rápidamente se inició la descarga del camión. Los soldados que venían a bordo de éste, echaron sobre el primero de la fila la primera de las cajas, y aquél la pasó al segundo, éste al tercero, éste al cuarto, y de este modo —acuciados siempre por el sargento— los hombres comenzaron a transportar de mano en mano los pertrechos, que los últimos iban apilando en el corredor. Muy pronto, la tropa comenzó a chacotear de sí misma, a tomar a risa los pequeños percanses, a estimularse con certeras pullas —sin que les importara poco o mucho, si es que les importaba algo, que tal acopio de municiones significara que la guerra civil, contra lo que se había dicho, iba a proseguir lo menos un día más.

Arrebatada a sus reflexiones por la sorda algarabía, de la que ya también participaban las mujeres y los niños, la señora Rossi salió a averiguar qué pasaba. Sin que la encolerizara la proximidad y aun el contacto de esas gentes ruidosas, sucias y poco amables (que no se apartaban a su paso ni moderaban, al verla, su tosco lenguaje) fue de un lado a otro del corredor, que ahora la tropa había convertido, a más

de dormitorio, en santabárbara. Con gran pesar, como si le hubiesen sido causadas a su propio cuerpo, contempló largamente las tremendas heridas de la casa; la más grave de todas: ese boquete enorme abierto al vacío en el sitio donde estuvieron la recámara de Aldo y la hermosa sala.

Comenzó a preocuparse por la tardanza de Aldo, que, aunque prevista y anunciada por él, prolongábase ya más de lo razonable. El temor de que hubiese sufrido algún grave contratiempo la llenaba de angustia. Prometió al *Cristo de Limpias,* compañero de su soledad, el homenaje de un sacrificio —no importaba cuál— si le devolvía pronto, y con bien, al ausente. Demandó además, por si la de Jesús crucificado no bastaba, la ayuda de la Virgen de Guadalupe, a la que muy pocas veces invocaba.

—De rodillas, Señora del Tepeyac, iré hasta tu altar... —se comprometió—. Pero haz que nada le ocurra a mi esposo...

De pronto brotó de sus labios un largo grito que hizo callar instantáneamente a quienes discurrían entre las tinieblas del corredor. En el silencio macizo que siguió a aquel gemido, las mujeres, los soldados y los niños que estaban cerca se volvieron a mirar a la señora Rossi y la vieron convulsa; los ojos muy abiertos, las manos crispadas, la mandíbula fuera de sitio, en una especie de aura epiléptica que les produjo la parálisis de la sorpresa. El súbito ataque (¿violenta liberación de la energía que libera el miedo?) la privó de todo movimiento voluntario, mas no de la capacidad de *ver* en su cerebro el montaje de la escena que, al proyectarse por primera vez en él, la había hecho aullar. Una escena, fugaz pero muy vivida, en la que aparecía Aldo tirado en el suelo invisible de una calle irreal, revolcándose en los borbotones de su propia sangre.

Tres, cuatro, no más de cinco segundos duró la eternidad de aquella visión, que desapareció tan súbitamente como había aparecido; y cuando María volvió a tomar conciencia de sí, no pudo recordar por qué estaba allí, rodeada de tantos curiosos boquiabiertos; ni, menos, si había escuchado o no un grito terrible y ensordecedor.

Echó a caminar lentamente hacia el costurero. Amorosa, cubrió a Luis Felipe con la manta que había caído al piso y lo besó en la mejilla. Después, hincándose al lado de la cama, murmuró:

—Devuélvelo a mí, Señor, y no permitas que sufra daño ninguno.

Trató de encontrar las primeras palabras de una oración; pero con saber tantas, no recordaba en ese momento las de ninguna. Tranquila, sorda a los ruidos; insensible a toda molestia corporal,si acaso sólo un poco cansada, María permaneció así, de rodillas, en espera de que acudieran a su memoria.

2

LA OFICINA del teniente coronel Marcos (cuya ubicación, después de mucho preguntar por ella, le fue señalada por un viejo ujier soñoliento) hallábase al fondo de un angosto pasadizo interior, que corría entre una pared sucia, húmeda y a tramos sin revoque, y un largo ventanal cerrado, que daba, presumiblemente, a un patio. Unas quince personas aguardaban a que se les recibiera. De tiempo en tiempo, quizá para desaburrirse, reñían con el capitán que guardaba la entrada y protestaban a gritos de que se les hiciera esperar, o amenazaban con poner en conocimiento del mismísimo general Huerta la forma tan descortés en que se les trataba. Las más, sin embargo, confiaban sin impaciencia a que se les llamara. Había entre ellas civiles de aspecto

próspero; militares de agresivos mostachos; dos religiosos: un cura viejo al que acompañaba un jovencito de cara mustia; tres o cuatro mujeres sin edad, vestidas de negro, ¿viudas?, ¿beatas?, de alientos agrios, que charlaban casi sin despegar los labios; una media docena de hembras jóvenes, al mando de una bastante mayor, con mucha pintura en las mejillas, alharaquientas y muy vistosas en sus trajes vulgares. Sin duda, chicas de la vida alegre —como tantas que era fácil hallar vagabundeando por las noches en los corredores de la Comandancia— que se distraían con el recuento de chistes cuartelarios, que el adusto oficial celebraba a media risa. Eran las únicas a las que parecía no afectar estar allí, de pies, en sitio tan incómodo y frío.

Cuando Rossi, a largos pasos seguros, terminó de recorrer el pasillo alumbrado por lámparas de petróleo y pidió una entrevista con el teniente coronel (a quien, dijo confidencial, debía tratarle un asunto de vida—o—muerte) las miradas de todos cayeron sobre él con impertinencia.

—Vengo de parte del doctor Cobo, médico del señor teniente coronel —dijo al capitán y puso en sus manos, doblada, la hoja del recetario con la demanda de ayuda, y dentro de la nota una moneda de cincuenta pesos oro—. Le ruego que me anuncie, si es tan amable. Dígale que sólo tomaré un minuto de su tiempo.

El capitán no hizo el menor gesto que revelara emoción o disgusto por la dádiva (que disimuladamente deslizó en uno de sus bolsillos) y circunspecto se limitó a indicar:

—Veré si lo puede recibir...

Mientras aguardaba a que lo invitaran a pasar, y no dudaba que sería inmediatamente, Aldo se dedicó a observar a los otros. En los ojos de todos, inclusive en los de las chicas risueñas, creyó descubrir fulgores de cólera y envidia apenas disimulados, quizá debido a que el capitán había dado curso sin demora a su solicitud de audiencia. Transcurrieron cinco minutos, y como el capitán no reapareciera Rossi comenzó a perder un poco el optimismo. Sus compañeros de guardia dejaron de punzarlo con sus miradas (contentos, porque él también debía someterse a la humillación de la espera) y volvieron a sus chascarrillos, sus reflexiones silenciosas o sus charlas de susurros.

—No es justo. Dos horas de *plantón...*

—El general Huerta sabrá cómo nos tratan sus *gatos.*

—Hace tres días que Marcos me trae a vueltas.

—Mi compadre arregló la cita. Y ya ve.

—Quería sacarme en cueros a la calle.

—Es un bárbaro cuando está borracho.

—Por eso les digo, niñas: con tipos así, ni a la esquina.

—Cuando tuve la purgación...

—¡Shhh! ¡Criatura...!

—El pobrecito de mi hijo está muy enfermo.

—Mi esposo ayudó mucho al teniente coronel.

—El Padre José y esa chica bonitilla...

—¿Su sobrina? —¡Qué va a ser su tío...!

—Se olvidan y se vuelven ingratos...

—Comía en nuestra casa...

—Ojalá y mañana estemos ya en el Seminario.

—Si Dios nos hace la gracia...

—Don Atenor nos escribió desde París.

—¿Cómo está el Señor General...?

—Pasea con él todas las mañanas.

—¿A qué horas nos recibirá este hijo de puta?

—¿No dicen que el gobierno va a caer?

—Salió y no regresó. Lo mataron.

—Pobre de ella. Viuda y con siete muchachos...

La puerta del despacho se abrió y todos —galvanizados por la ansiedad, mudos de esperanza, creyendo cada quien que terminaba para él la angustia de aquellas horas, de aquellos días de guardia— se volvieron hacia el capitán con la expresión alegre del que va a recibir un premio. El capitán los miró uno a uno, como si lo complaciera torturarlos con su silencio, y al hallar al elegido lo llamó con un movimiento perentorio del dedo índice:

—Usted. Pase... —y abrió un poco más la puerta para que entrara Aldo Rossi.

Apenas lo suficientemente grande para albergar el pobre mobiliario —una mesa colmada de papeles, entre los que parecía naufragar el calvo cráneo de Marcos; un escritorio muy viejo, en el que trabajaba un burócrata no más alto que un enano, y un catre de campaña— la oficina más parecía un desván repleto de antiguallas que el despacho de funcionario de tanta importancia.

—Buenas noches... —saludó Aldo, deteniéndose ante la mesa del personaje.

—Buenas... —le repuso éste con gran frialdad.

—Soy el señor Rossi, coronel.

—Humm —gruñó Marcos, dejando los que leía y comenzando a firmar los papeles que el enano había puesto frente a su pluma—. Dígame...

—El doctor Cobo, un gran amigo mío...

—...y mío también...

—...me hizo el favor de darme una presentación para usted.

Terminó Marcos de firmar el primer rimero de documentos y, mientras el escribiente iba por otros, se puso en pie, se desperezó, boztezando con gran sonoridad y comenzó a frotarse los ojos.

—Cinco o seis días, ya no sé cuántos, llevo sin dormir.

—Pobre de usted.

—Y sin comer... o comiendo mal.

—Ha de tener estropeado el estómago.

—Hecho polvo.

—Con tanto trabajo...

—Y por tanto alcohol... —tomó la botella de coñac que había en la mesa; la llevó a sus labios y, tras de apurar hasta los asientos del licor, la echó al cesto de los papeles junto a las otras que ya en el estaban—. Coñac y café, tabaco y bilis... una combinación del carajo.

El pequeño burócrata, que usaba un cuello de celuloide alto, gris y duro semejante a un aparato ortopédico, colocó más papeles ante Marcos y dijo, para apurarlo:

—Estos son los más urgentes, mi teniente coronel.

—Todo, aquí, es urgente... —manifestó Marcos a Rossi.

Tornó a sentarse. Era un sujeto muy delgado, en sus cincuenta años, de piel cobriza. Un cuello flaco y largo contribuía a acentuar su aspecto de pavo. Grandes bolas de pellejo violáceo colgaban hasta sus pómulos: evidencia de largas jornadas de trabajo nocturno. Sucios de nicotina, sus dedos de uñas larguísimas (en los meñiques, sobre todo) daban la impresión de haber sido sumergidos en tintura de yodo. Apenas comenzó a firmar, pareció olvidarse por completo de su visitante.

—Señor coronel —Rossi le llamó la atención, luego de un discreto carraspeo—. Quisiera saber si lo que pide el doctor Cobo para mí...

Vivamente le impidió Marcos que continuara:

—SI, sí. Lo atenderé en un instante. En cuanto termine con estos papeles. Urgen, ¿sabe usted? Voy a rogarle que me espere un par de minutos más. ¡Aquiles!

—A sus órdenes, señor... —repuso el secretario, acudiendo con andares de faldero.

—Lleve al señor al reservado... —y señaló con el cabo de la pluma el hueco negro de una puerta que hasta entonces Rossi no había visto.

—Coronel —insistió Aldo— no quisiera robarle más su tiempo.

—Ahoritita estoy con usted.

La habitación a la que el secretario condujo a Rossi era media docena de veces más amplia que la que ocupaba Marcos. Excepto por dos sillas, estaba completamente vacía.

—Siéntese, mientras voy por una vela.

El pigmeo pasó al despacho y a poco regresó con ella encendida. Vertió unas gotas en el piso y encima de éstas colocó el cabo de cera. Luego de reiterarle que el teniente coronel lo atendería antes de un minuto, dejó solo a Rossi en la vasta habitación helada, olorosa a polvo añejo, a humedad y a orines de gato. En el transcurso de la hora siguiente, Marcos recibió a los que habían pedido audiencia. Charló con ellos. A algunos les ofreció disculpa por haberlos hecho esperar y, al parecer, complació a todos.

Cuando Rossi había perdido ya por completo la noción del tiempo, entró Marcos. Le precedía, alumbrándole el camino, el capitán de la puerta y tras él marchaba, orondo, portador de dos gordas carpetas con papeles, el amanuense. Sin detenerse, el teniente coronel dijo al italiano:

—En un momento volveré a atenderlo... —cruzó la sala desnuda y desapareció por otra puerta.

Ya sin las carpetas, el secretario volvió por allí un cuarto de hora después, cuando la vela que alumbraba a Rossi estaba a punto de consumirse. A nombre de su jefe le presentó nuevas disculpas y lo invitó a sentarse en el catre del despacho.

—El señor general Huerta llamó a mi coronel a acuerdo. ¡Usted comprende!

—Sí —repuso Aldo de mal talante.

—Pero no tardará mucho.

—Eso espero.

—¿Viene usted, me imagino, por un permiso de tránsito?

—Sí.

—Uh. Es dificilísimo obtenerlo. Hay órdenes del general Muerta que no...

Aludiendo a los que habían hablado con Marcos mientra él esperaba en la habitación desierta, Rossi expresó:

—A ésos no les costó mucho trabajo...

—Les dimos los últimos que había firmado el general, firma, ¿sabe usted? solamente una vez al día. Por las mañanas.

—¿El coronel... no firma?

—Bueno, sólo excepcionalmente.

—¿Podrá firmar el mío?

—No lo creo. Y aun si lo firmara, no podría usted recogerlo hoy, sino mañana.

—¿Por qué?

—Bueno, es la costumbre... Además, señor, hay que cumplir antes con ciertos requisitos.... para que la solicitud camine... —y mirando a Rossi le sonrió de modo muy significativo.

—¿Cuáles? —preguntó Aldo y se acercó al escritorio del secretario.

—Se los enseñaré... Deben estar por aquí.

El enano del cuello duro abrió el primer cajón del mueble y fingió buscar algo en el interior. Al no hallarlo, dijo:

—Bueno, en fin: ¡requisitos! —arqueando maliciosamente una ceja guió la mirada de Rossi hacia el cajón, que había dejado abierto con el propósito, muy obvio, de que aquél viera lo que contenía.

Al comprender a qué "requisitos" se refería el escribiente, asintió el dueño de *Sorrento.*

—Hombre, ¡haberlo dicho antes!

Luego, una a una, para que el enano pudiera contar cuántas eran, fue dejando caer dentro del cajón casi lleno de centenarios, hidalgos, aztecas, anillos, relojes, pulseras, medallas, aretes, cadenas, collares, y hasta puentes dentales (todos de oro), diez piezas de cincuenta pesos.

—Creo yo —indicó el empleado cerrando el cajón— que *ahora* no tendrá usted problemas para obtener el permiso...

Ya muy próximas las dos de la mañana regresó Marcos. Habló unas cuantas palabras con su empleado, en tanto miraba de soslayo, alternativamente, a Rossi y al escritorio. Luego, sin darle oportunidad a discutir con él, dijo a Aldo, tendiéndole la mano en despedida:

—Mi secretario me ha dicho que le ha explicado a usted que, por hoy, no será posible darle el permiso que solicita. Pero mañana, desde las doce, estará listo el suyo. Podrá recogerlo, a partir de esa hora, cuando lo desee.

—Yo quisiera, coronel, de ser posible...

—Buenas noches, señor...

El secretario lo acompañó a la puerta, y le sonrió con su cara de pillo tramposo, de pequeño ladrón cínico:

—Después de las doce. ¡No lo olvide!

3

ENTRE los muchos ruidos de la madrugada, María Rossi reconoció los pasos de Aldo; pasos firmes, graves, de hombre grande y fuerte, que sólo de él podían ser ascendidos los peldaños de la escalera, avanzando por el corredor, cruzando frente a la puerta del costurero, perdiéndose por último en alguna parte —la cocina, quizá. Saber que había vuelto, que estaba en casa al alcance de su voz, a salvo, la hizo sentirse, al tiempo que estremecida de alborozo, en deuda con el cielo. Aguardó a que su marido, si es que había ido al cuarto de aseo, entrara a esa alcoba. La emoción producíale temblores en las manos, y en los dedos, con los que arregló un poco su pelo en desorden, una intensa frialdad. Pero Aldo no aparecía. Se retrasaba donde estuviese, y ella decidió salir a buscarlo.

Cansado por las horas de espera en la oficina de Marcos y por los rodeos que hubo de hacer en el viaje de retorno a casa, Aldo bebió una copa de coñac en el comedor, mientras pensaba qué excusa darle a su mujer para justificar que no hubiese

conseguido el salvoconducto esa noche; y halló que su única excusa era, por primera vez en mucho tiempo, la verdad. Luego, sin quitarse la chaqueta, pues el alba era fresca, se echó sobre la mesa para dormitar un poco.

284

Debió dormirse casi inmediatamente, pues no sintió cuando ella, desde la puerta de la cocina primera, y despues, a sólo dos pasos de distancia, lo llamó:

—Aldo. ¿Aldo?

Fue necesario que la mujer, tras de contemplarlo con expresión que nada tenía de dura u hostil, lo sacudiese por el hombro para que él, aturdido, tartajeara:

—¿Eh?, ¿qué...?, ¿quién es?

—Soy yo.

—Ah —suspiró, despabilándose—. Comenzaba a dormirme.

—¡Es tan tarde!

—Me hicieron esperar mucho, ¡para nada!

—¿Para nada?

—El amigo del doctor no estaba... —Aunque se había propuesto no hacerlo, comenzó a mentir—. Más bien, sí estaba, sólo que no pudo darme el permiso hoy. Lo tendré mañana.

—Está bien, Aldo... —dijo María, sentándose en la silla de junto.

Otra vez el silencio, porque el diálogo parecía negado para ambos. ¿De qué hablar a tales horas? Y aun si fueran las cinco de la tarde, ¿de qué hablar? El sueño abrumaba a Rossi, y a su esposa una inquietud secreta, mortificante, que iba en aumento y a cuya presión insoportable hubo, al fin, de ceder.

—Aldo.

—¿Qué?

—¿Dónde quieres... digo, dónde piensas dormir?

—Aquí... —y agregó para que ella se marchase cuanto antes—. Estoy muriéndome de sueño.

—Aldo... no puedes quedarte en el comedor, sentado, vestido, ni...

—Ya pronto será de día.

—Aldo... —María le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse—. Ven. Vamos.

—¿A dónde?

Se armó ella de gran valor para responder y cuando lo hizo su voz vaciló como una llama en el viento:

—A mi cama.

—Estoy bien aquí —repuso él, tan confuso o más que María.

Insistió ésta, pronunciando las palabras con lentitud para que él las comprendiera en su cabal sentido:

—Quiero que duermas en mi cama. Que durmamos tú y yo en mi cama.

Se dejó Aldo conducir al costurero, y sólo después de que ella se metió desnuda entre las sábanas, comenzó él a quitarse la ropa.

Era tan estrecha la cama que sus cuerpos se rozaban del hombro al tobillo. Aunque fingieran hacerlo, no dormían; y cada uno, tenso y nervioso, esperaba que fuera el otro el primero en intentar una caricia. Largo tiempo llevaban así, tan próximos físicamente como no lo habían estado en años; tan separados espiritualmente como lo habían estado siempre. Aldo se preguntaba si debía interpretar como una invitación implícita al amor que María le hubiese ofrecido la hospitalidad de su lecho. Ella anhelaba que él venciera la timidez y, sobre todo, el temor a enfurecerla; y lamentaba no ser más audaz,

tener aún tantos escrúpulos, no atreverse a iniciar el juego y borrar esa mínima y enorme distancia que los apartaba.

—¿Me quieres... todavía? —preguntó ella, muy débilmente, más para hacerle saber que estaba despierta, que para recibir una respuesta que quizá fuera afirmativa, pero insincera.

—Sí... —y sus dedos como si ello quisiera darle fuerza a la palabra, buscaron los de María.

Cuánto de verdad y cuánto de mentira había en la palabra única, lo ignoraba Rossi; como también si realmente aún conservaba un poco del amor de otros tiempos por esa mujer inmóvil que vibró al serle rozada la piel del muslo por la mano de Aldo. Dueña de una memoria eficaz para no olvidar ni perdonar los agravios, María habíase valido siempre de ella para mantenerse inmune a todo sentimiento que no fuera el del rencor; y si el rencor excluye al amor, pensaba él, ¿era difícil llegar a la conclusión de que no la amaba ya?

—Sí... —volvió a decir, y María creyó que el nuevo monosílabo ratificaba al anterior.

Rossi pensaba, ya con los ojos abiertos, que si su mujer tenía motivos para odiarlo (su adúltera infidelidad, el único de ellos) a él tampoco le faltaban para detestarla. En determinados momentos los agravios se pueden perdonar, se perdonan, mas, ¿desaparece para siempre, se borra definitiva y absolutamente la cicatriz que los recuerda? ¿Sería su corazón a tal punto generoso que olvidara el cúmulo de pequeñas, repetidas, mezquinas ofensas que habían contribuido a formar la gran ofensa imperdonable—: que él se sintiera viejo, caduco, inútil, rebajado en presencia de su esposa? Si no ignoraba que entre ambos no podría existir amor, ¿era sensato comprometerse a buscarlo otra vez juntos?

Midiéndola con la vara con que él se medía, razonó que su esposa tampoco renunciaría a la facultad de recordar las injurias. Tarde o temprano, con el menor pretexto, dejaríase arrebatar nuevamente por la cólera, y él sería entonces torturado con mayor encono. Mujer afecta a ajustar su vida a reglas inflexibles, ¿no intentaría con esas mismas reglas gobernar el amor? ¿Y a dónde, si no al desastre llevaríalos eso?

María, ahora, ¿buscaba amor o sólo una tregua, una relación de cuerpos, ya que no de espíritus, para asegurarse la lealtad carnal de su marido? ¿qué, a más de rencor, había entre ambos? ¿qué vínculo? ¿Un hijo? Un hijo puede ser lo que liga a dos cónyuges —Luis Felipe era la prueba— pero no siempre lo que liga a dos verdaderos amantes. ¿Llegarían como esposos a conocer el amor perfecto que se basa en el interés de los sexos y, también, en intereses más perdurables como son la confianza, el sometimiento amistoso del uno al otro, el voto de perdón, la coincidencia de los gustos? Años de vivir juntos; de cotidianas y amargas querellas, de rechazos y fobias, permitíanle suponer que no.

Betina, por ejemplo, ¿lo amaba por la relativa seguridad económica que él representaba para ella? ¿Por las satisfacciones de un trato carnal que no era siquiera constante? o, más que por otra causa, ¿porque siendo afines en casi todo habían creado un sueño que juntos compartían, en abierto desafío a esos convencionalismos tan caros a la señora Rossi?

Ésta quizá imaginaba que su esposo tenía una amante, como otros muchos hombres adinerados y maduros, sólo por el prurito de vanagloriarse de su fortuna y de sus aptitudes donjuanescas. O, reducido el problema a términos más vulgares, porque no pudiendo hacerlo con la suya necesitaba de otra mujer para satisfacerse sexualmente de vez en cuando. Si a tan pobres razones atribuía el desvío sentimental de Aldo,

estaba equivocada. Rossi (que en secreto había comenzado a sufrir la tortura de saber que envejecía) buscaba en la catalana la ilusión de la juventud. María, en la serenidad de sus casi cuarenta años, consideraba lamentables y ridiculas las expansiones amorosas del padre de su hijo. Betina, en la pujanza de sus veinticinco, hallábalas encantadoras. María las rechazaba como muestras de pésimo gusto. Betina las agradecía como el homenaje de un macho hermoso y aún lleno de ardor. Que otras mujeres lo mirasen, lo deseasen, enajenaba a María, en tanto que a Betina llenaba de orgullo que la envidiaran. María no cesaba de recordarle que era casi un anciano; Betina, de estimular sus ímpetus y de tratarlo como si fuera lo que él sentía ser: un joven apenas mayor que ella, pero tranquilo y rico en experiencia.

¿Cabía dudar en la elección? ¿dejar la realidad de un amor, aunque vetado, estimulante y vivo, por la incierta aventura de buscarlo en una mujer como la señora Rossi —adusta, frígida, tortuosa y autoritaria?

En el corredor, una voz rompió el silencio. A ésa se unieron otra y pronto, muchas, de hombre y mujer; participaban en una charla salpimentada de procacidades; procacidades que comenzaron a inquietar a María al revelársele en un significado muy distinto al puramente gramatical. Para acallar a los léperos, Aldo siseó:

—Shhh...

Y su esposa dijo:

—Déjalos.

—Dicen groserías.

—No las oigo.

—Voy a...

—Por favor, quédate...

Luis Felipe emitió entonces un chillido, como si a causa de los murmullos se hubiese roto el hilo de su sueño, y, balbuceante, se incorporó en la cuna.

—Ya lo despertaron... —masculló María y sin preocuparse de estar desnuda, o quizá sin recordarlo siquiera, saltó de la cama y fue a cobijarlo.

Aldo la miró, mientras arropaba a Luis Felipe y lo devolvía, con palabras tiernas, a la región del sueño profundo.

Un cuerpo, el suyo, gallardo, armonioso de formas, menos opulento que el de Betina, pero igualmente bello en su esbeltez y en, diríase, el ritmo de sus líneas. Senos altos; cintura breve, nalgas firmes. Lo miraba con mucho de sorpresa y más de deseo. Un deseo exento de amor o de ternura, qué la inocencia de esa carne no tocada en años, casi virgen, incitaba. María advirtió que estaba desnuda cuando volvió a la cama, y tal que si se encontrara a mitad de la calle, expuesta a la lascivia de un millar de hombres, se cubrió los pechos con los brazos y se replegó sobre sí misma para ocultar su vientre.

Las manos de Aldo, que no había visto acecharla, cayeron sobre ella, ciñéndola por el talle. Tomada así de sorpresa, luchó por desasirse; por rechazar el ataque a mansalva de que era víctima. Tan violenta resistencia enardecía a Rossi y fatigaba a su mujer. Ésta, de pronto, cesó de pelear, de gemir con los dientes apretados, de querer escapar a quien le causaba daño; y sin que supiera por qué en un simple acto de voluntario y total sometimiento, permitió que el la arrastrara.

Un zumbido, como el que antecede al vértigo, le taladró los oídos; un aliento, que olía a tabaco y alcohol, le quemó el rostro; un peso bárbaro le aplastó el cuerpo; una violenta emoción sensual (que ahora asociaba a la que experimentó tres días antes cuando el primer obús dio de lleno en la casa) le llenó de helado fuego la sangre. Se

entregaba a un delirio salvaje, desconocido, no sabía si placentero o doloroso, en el que no había lugar para los pensamientos —sólo para las sensaciones.

Una de las mujeres, en el exterior, pronunció La Palabra; la que designa al órgano genital del macho: palabra áspera, dura, viril, castiza, agresiva, por la que siempre había sentido invencible repugnancia y que, oída decir así con sencilla brutalidad, le produjo una conmoción tremenda, intensísima, aturdidora. Se escuchó repetirla a gritos, repetirla más y más alto a medida que la enardecían sus dos secas sílabas. Y Aldo, excitado también, susurrábala repetida y soezmente.

(..., y ella en el abandono de la pasión estaba desnuda y lúbrica en la Plaza Mayor entregada carnalmente a Aldo a la vista del *Cristo de Limpias,* Luis Felipe y Alfonso así que *Mamacita* batía palmas y aullaba La Palabra y lamía voraz el miembro del coronel Alard y el Padre Paz usando el suyo a manera de batuta dirigía a los músicos de la Banda Municipal que tampoco llevaban ropa entre la cintura y los pies en tanto que las campanas catedralicias atronaban con estrépito batidas por sus badajos de nervio viril y una enorme multitud ebria de lujuria se divertía con todos los excesos de la carne no había tiempo sólo luz y sensación sólo ojos ávidos y deseos insatisfechos como los de su marido que la tomaba y la tomaba sin saciarse nunca y ella no sufría ya como antes dolor ninguno sino algo que ignoraba aún si era placer o qué pero que le gustaba y una mujer con el rostro de Betina lloraba lloraba lloraba sin poder quitarse las ropas y pedía a Aldo que la tomara a ella también y Aldo prefería no arrancarse de las entrañas de su esposa y después de mucho el clamoreo colectivo fue apagándose como el eco de un trueno y los oídos de la señora Rossi escuchaban sólo la voz de Aldo que repetía La Palabra y ella veíase caer muy lentamente dentro de un pozo negro de húmedas paredes recubiertas de ardiente y viscosa sustancia y en el descenso interminable se esforzaba por no separar su cuerpo del de Aldo...)

Se encontró sentada en la cama, aterida, desnuda aún. La luz parda del amanecer limpiaba de sombras los rincones del costurero. Desde la cuna, Luis Felipe miraba a su madre con expresión adulta, quizá celosa, que la intimidó. Junto a ella, también sin ropa, negra de vello la espalda, yacía Aldo.

—Dios mío... —gimió la mujer, con estupor y vergüenza, cerrando los ojos, tendiéndose, abandonándose a la dulce, desconocida, increíble placidez que la embargaba.

4

LA PRIMERA granada del día estalló cerca de allí y los cristales vibraron en la habitación de don Primo de la O. Dos o tres segundos más tarde, otra hendió el aire del amanecer con un ruido semejante al que produce el silbido de un arriero. El notario abrió los ojos y volvió a cerrarlos, en espera de que el arrullo monótono de las expresiones lo ayudara a reanudar el sueño.

Don Primo no tenía horas regulares para dormir. Enfermo de insomnio desde su juventud, habíase habituado a sestear por cortos periodos de tiempo cada vez que experimentaba la necesidad de hacerlo. De esa manera, echándose a pausas, evitaba someterse al imperio del reloj. Trabajaba lo mismo de día que de noche, y alternaba sus deberes profesionales con el reposo. Soltero y único morador de su casona, a nadie debía dar cuenta de su conducta.

Se ignoraba si don Primo era rico o no, aunque suponíase que sí. Notario de fama, tenía por clientes a muchos señores de la antigua época y a no pocos de la nueva. Hombre de juicio, administraba bienes de viudas o aconsejaba a éstas cómo hacerlo. Rara vez se ausentaba de casa a horas diurnas, pero invariablemente se le veía salir al pardear la tarde y volver, no siempre solo, a eso de medianoche.

Vida monótona la suya a ojos de los demás. Intensísima y plena a los propios. Cuando no dormía o trabajaba, don Primo dedicábase a la lectura. Su biblioteca era espléndida por la cantidad y la calidad y por la riqueza de las encuademaciones de los libros. Y cuando no leía, buscaba el trato de individuos por demás extraños.

En los últimos días, don Primo había estado solo. Ni la mujer de la limpieza ni la ayudanta del despacho habían asomado las narices por la casa desde que empezó la pequeña guerra civil. Ninguno de sus amigos ocasionales, tampoco; y aunque él había salido un par de veces en su busca no tuvo suerte de hallarlos. Pero no se aburría. Al acecho de víctimas sobre las cuales descargar el riflecito 22 pasaba las horas, gozando del placer incomparable del francotirador impune. Sólo de noche, sin embargo, esa emoción podía realizarse plenamente. Las tinieblas eran cómplices ideales del homicidio y él aguardaba con impaciencia a que llegaran. Apenas ida la luz, comenzaba para el señor De la O un periodo de felicidad, una hermosa locura, un bello delirio. ¡Qué regocijo si algún transeúnte se ponía al alcance de su arma y qué sensaciones las que gozaba en el momento de verlo caer!

Cuando las primeras explosiones lo despertaron, don Primo llevaba durmiendo apenas media hora. Había estado de guardia, inútilmente, hasta las seis de la mañana. Nadie, en toda la noche, habíase puesto a la distancia ideal para acertar el disparo, y aunque alguien lo hubiese hecho él no habría podido balacearlo porque ni por un momento se apartaron de frente a la tienda de Rossi los hombres de tropa que hacían rueda de charla con el sargento. Después llegó un camión y la calle se llenó de ruidos y de soldados, y llena de ellos continuó hasta que el notario (perdida la jornada), se echó a descansar sobre el sofá.

El breve reposo le había servido para que al abrir los ojos se sintiera fresco otra vez. Empero, sin ganas de levantarse. Pictórica la memoria de rostros que carecían de la identidad de un nombre, don Primo se preguntaba si había gozado en el curso de su ya larga y tormentosa vida secreta de un deleite más intenso que el de matar. De los que conocía, ¿cuál se igualaba al placer de asistir a la lenta muerte del ser humano, en quien ha hecho blanco una balita de plomo? Cuando una de esas semillas del crimen anidaba en el cuerpo de la víctima y ésta se desplomaba entre convulsiones, comenzaba para el notario una especie de embriaguez, un rapto que duraba tanto como la agonía del extraño y que cesaba al tiempo que la vida de éste. Ahito, exhausto, sintiéndose casi enfermo, De la O se arrastraba después por el suelo (en el que se había revolcado para imitar la dramática mímica del moribundo) y buscaba dónde tenderse y dormir, a veces durante horas.

La experiencia del asesinato era nueva para don Primo. Hasta el amanecer del lunes, cuando el cielo nocturno se pobló de miedo y de balas, no había matado a nadie, aunque ya una vez había estado a punto de hacerlo. Fue una noche, años atrás... El crimen con veneno no produce la recompensa del placer y por ello le pareció inútil quemar las visceras del adolescente que lo acompañaba. ¿A qué enviarlo a morir lejos, como una rata o un perro, si por razones de seguridad él no podría estar presente en los minutos finales?

Además, si le falta la severa belleza de la sangre, ¡qué sucia suele ser la muerte entre vómitos y diarreas! Quien le despertó el interés de gozar esa nueva y nefanda emoción, ¿no había dicho que ésta sólo se alcanza a la vista de la hemorragia?

Que el acto de matar producía placeres incomparables —si bien de un tipo elemental, primario— lo dedujo don Primo luego de recibir las confidencias de quien lo sabía por ni propio: un asesino. De él, como de tantos, no recordaba el nombre, pero sí las facciones de su rostro: frente angosta y rebultada, pómulos mongoloides; nariz roma, boca ancha con briznas de pelo en las comisuras; ojos un poco oblicuos que no miraban al interlocutor: huidizos, hipócritas. Lo halló en una taberna de arrabal, bebiendo alcohol barato. Era joven, pero no mucho. Bajo de estatura, sólido de lomos. Bruto como una barda. Con su promesa de hacerle un regalo en efectivo para que comprara más licor, lo persuadió a que lo acompañara a su casa.

Le preguntó en qué trabajaba.

—En nada.

—¿Te corrieron de tu trabajo?

—No.

—Entonces, ¿por qué no tienes empleo?

—Porque acabo de salir de la cárcel. Anteayer.

—¿Qué hiciste?

—Herí a uno.

—¿Peleando?

—No.

—¿Por accidente?

—No. Lo piqué porque me gusta ver sangre.

—¿Por qué?

—Porque me gusta. Por eso. Me gustó desde la primera vez.

—¿Habías herido antes a otro?

—Herido, no. A ése lo maté. Y no sólo a ése: a otros dos o tres, ya no sé bien.

—¿Caíste preso por haberlos matado?

—No. Los maté, pero nadie supo que fui yo. Al último, como no traía cuchillo, nada más le apreté el pescuezo hasta que se murió. Con ése no sentí como en los otros.

—Con éstos, ¿qué sentiste?

—Bonito. Pero con el último, no.

—¿Por qué?

—Ya le dije. Porque no hubo sangre. Lo bueno es que les salga a chorros y que se retuerzan y que pujen y que se vayan quedando quietos poquito a poco. Al que le apreté el pescuezo, nomás se murió... y no sentí nada.

—¿Cómo sabías que la sangre, y no sólo matar, era lo que te hacía sentir bonito, eh?

—No lo sabía... hasta que me eché al primero.

—¿Cómo fue?

—A la buena. Estábamos muy tomados y me dijo que yo no era tan hombre como él; yo le dije que sí lo era y que se lo probaba a la hora que quisiera y donde quisiera. Él dijo que le gustaría verlo. Compramos una botella y nos fuimos, los dos solos, a darnos en la madre. Pero antes, como éramos buenos *cuates,* ¿amigos, sabe usted...? platicando, platicando...

—Sí.

—...nos tragamos todo el aguardiente. Luego, sin estar enojados empezamos a rajarnos el cuero, cada quién con su navaja. Él traía más alcohol que yo y lo piqué en las tripas. Lueguito comenzó a vaciarse. A cada respirada, ¡pum! un chorro, y yo sentía bonito; mucho más que con una mujer... Como a los quince días de esto, yo ya en mi juicio y sólo por ver si volvía a sentir, maté a otro... Bueno, a otra: a una india que encontré en un llano cerca de la estación. No usé de ella. Sólo le corté las chiches y la panza...

—¿Sentiste otra vez?

—Sí. Harto.

—¿Y con el ahorcado, nada?

—Nada. Será porque viendo la sangre me pongo caliente, ¿sabe?, muy cachondo...

—¿Y por el que te llevaron a la cárcel?

—Ése se me fue vivo, porque los gendarmes me agarraron antes de yo darle el piquete bueno; pero, como regó sangríta, yo volví a sentir...

—¿Qué... qué sientes?

—Lo que cogiendo, pero más. Mucho más. Cuando usted lo haga, sabrá qué...

Como don Primo no iba a andar por las calles acuchillando gente, compró un rifle 22 y por un tiempo se dedicó a matar gatos de azotea sin obtener ninguna satisfacción. ¿Sería necesario, como había dicho el torvo gañán, matar seres humanos? (Deberían de pasar varios años para que el señor De la O supiera que sí.) La oportunidad se presentó, al fin, la madrugada del lunes. ¡Qué incomparable deleite hizo vibrar su cuerpo de yesca cuando su bala abatió a un hombre frente a la puerta de *Sorrento!* Deleite que fue doble al cazar a dos mujeres de la turba hambrientas que intentaban el saqueo del negocio de Rossi.

Sólo después de haber matado y visto la sangre y la agonía, comprendió don Primo, exactamente, lo que aquel primitivo asesino deseaba expresar con la frase: "Se siente bonito", que compendiaba todas sus experiencias.

Acicateado por los recuerdos, el deseo de matar a alguien en ese momento se apoderó avasalladoramente de la voluntad de don Primo de la O. Sin darse cuenta cabal de lo que hacía, tomó el riflecito, operó el cerrojo para colocar una bala en su recámara y entreabrió la puerta del balcón. La calle estaba desierta. En lo alto, imponente en su estrépito salvaje, aullaba el huracán de la guerra. Retemblaba el suelo como si las explosiones ocurriesen debajo y no sobre la superficie. Ése era, sin duda, el más terrible, continuo, feroz y ruidoso bombardeo de cuantos había padecido hasta entonces la metrópoli. Los cañones no se concedían tregua en su duelo interminable. El olor de la pólvora dominaba la pestilencia dulzona de los cadáveres que alimentaban las piras y que habían sido rociadas con petróleo, de nueva cuenta, la noche anterior.

Cuando don Primo alzó la mirada vio a los cuatro soldados en el pretil de la azotea de *Sorrento.* Asomaban sus cabezas, dos o tres segundos —los necesarios para apuntar y disparar sus rifles— y se ocultaban después otros tantos. Estuvo observándolos unos minutos y pudo darse cuenta de que aquellos cuatro jóvenes morenos seguían una especie de orden matemático para aparecer y desaparecer. Comprendió que atacarlos desde tan corta distancia (la anchura de la calle) sería arriesgadísimo. Quizá, en el mejor de los casos, alcanzara a tocar a uno, pero los otros lo destrozarían sin tardanza.

Mas, de pronto, ese ritmo regular se alteró. Los cuatro soldados dispararon sus armas, pero sólo tres buscaron inmediatamente la protección del parapeto. El cuarto hizo un nuevo disparo y entonces desapareció. Sus compañeros surgieron, lanzaron

sus balas, se agacharon. El solitario mostró la cabeza, tendió el rifle, jaló del gatillo dos veces y tornó a ocultarse; y así continuaron un buen rato. Don Primo resolvió cazar al que se ofrecía como blanco individual. La acerada lengua negra del 22 surgió unos centímetros por la hendidura de las puertas del balcón. Ávido, el ojo derecho del notario centró la mira.

¡Qué aterradora, torturante y maravillosa ansiedad la de esos momentos de espera! ¡qué indescriptible pasión la que sacudía al señor de la O! ¡qué agónico temor a errar y ser, a su vez muerto! En esa incertidumbre radicaba el misterio del gran placer; en esos segundos que no terminaban nunca era en los cuales el matador de hombres hallaba las primeras satisfacciones del homicidio. El crimen en sí era una suerte de paroxismo: el punto final del macabro juego. La violencia, el miedo, la angustia eran lo que las caricias en el acto del amor: preámbulo por el que se llega a la plenitud del éxtasis.

El muchacho asomó en el sitio y en el instante previsto por don Primo. Hizo su primer disparo e inició los movimientos para alistar el rifle. Mas no llegó a completarlos. De la O oprimió el gatillo en ese momento, y la leve detonación fue apenas como una gotita en el océano de sonidos. Herido en la garganta, el guerrero del *chacó* negro abrió los brazos en cruz, soltó el arma y cayó para atrás, de espaldas, igual que caen los muñecos de hojalata en las barracas de tiro al blanco.

5

EN BRAZOS de cuatro hombres de la tropa, el herido fue llevado al corredor y puesto sobre una frazada militar junto a un muro. Del pequeño orificio que la bala de don Primo había abierto en su cuello, abajo de la tráquea, salíale la sangre a borbotones y el jadeo silbante y difícil de la respiración. Las mujeres se arremolinaron en torno a él. Estaban muy serias. Sin llorar, remisa a creer que la tragedia la tocaba al fin, la que parecía ser su compañera se dejó caer de rodillas, le tomó la cabeza con gran dulzura y la hizo reposar en sus muslos. Las otras, casi todas, se apartaron de una pena que no podían mitigar más que con buenos deseos. Algunas permanecieron, observando el rápido fluir escarlata y la triste opacidad que ya velaba, como si fueran los de un pez moribundo, los ojos del muchacho.

En un impulso de piedad que conmovió a Rossi, María envió a Matilde a buscar el botiquín, y sin que le importara mancharse las manos, los brazos, las ropas, se dio a la tarea de restañar la sangre de aquel hombre que la miraba intensamente, como si quisiera hacerle sentir que de ella, y sólo de ella, esperaba salvación. Que su esfuerzo sería inútil, que lo era ya, lo comprendió la mujer de Aldo así que en el rostro del soldado comenzó a acentuarse el tinte violáceo que anuncia la muerte.

Después, la doble súplica llena de miedo que había en esos ojos se extinguió y, abiertos, quedaron fijos en el gran vacío negro.

Pero si la mirada del hombre no exigía ya, la de su mujer le demandaba un prodigio. Mirada tristísima y, sin embargo, animada con la fe de quien se aferra a la última esperanza del milagro. La señora Rossi sentía que la soldadera, como antes el muchacho, más que a Dios le confiaba a ella la tremenda responsabilidad de salvar la vida al que ya había muerto. Fue por eso, para no defraudarla, que continuó simulando por unos minutos más que luchaba por rescatarlo de la muerte.

Rossi se apartó de allí cuando la sangre cesó de manar. Nunca, hasta esa mañana, había visto al soldado; o quizá sí, pero no recordaba sus facciones, por lo demás tan

parecidas a las de sus compañeros. Sin embargo, le dolía y mucho que hubiese muerto, porque su muerte significaba el fin de una vida nutrida de sueños, deseos y esperanzas. El muchacho había sido hasta ese momentos un combatiente tan anónimo como los otros que disparaban desde la azotea. Ahora que el Destino lo señalaba, adquiría de pronto una personalidad individual, única, que lo diferenciaba de todos: que le daba relieve, perfil, importancia. Ya singular y concreto, ya no uno más, representaba a todos los hombres que habían muerto, que estarían muriendo, que habrían de morir en la batalla.

A punto de llorar —y se avergonzaba de ser a veces un sentimental de lágrima fácil— entró en el costurero y se echó sobre la cama. Luis Felipe le preguntó con la macabra morbosidad de los niños:

—¿Ya se murió, papá?

—¿Quién? —fingió Aldo ignorar el sentido de la pregunta, pues no deseaba hablar con su hijo de muerte y dolor.

—El señor que dice Matilde que mataron

—Hmmm.

—¿Ya?

—No... —era una mentira piadosa. ¿A qué decirle sí y entristecerlo?

—¿A qué hora va a morirse?

—Cállate.

Luis Felipe no insistió en querer averiguar más, y pues no lo vigilaba, se fue acercando, cauteloso, a la puerta. La abrió y dejó que pasara un tiempo; un poco, para darle a papá oportunidad de ordenarle que volviera a la cuna y otro poco para ver si había *moros en la costa,* como doña Albina acostumbraba decir. Como no los había, ni Rossi le presentaba atención (habíase echado el brazo derecho sobre los ojos, ¿para protegerlos de la luz o para que el niño no viera que los tenía húmedos?), salió, descalzo, al pasillo.

En ese momento, como si una voz les hubiese dicho que el soldado había muerto ya, las mujeres se pusieron de rodillas y comenzaron a rezar: un murmullo grueso, sinuoso, monótono, que se hacía oír sobre el fragor del cañoneo. De todas, la única que lloraba era Matilde. Las demás, inclusive la que acariciaba la cabeza ensangrentada del cadáver, estaban muy serias y muy quietas. Era la señora Rossi quien dirigía la colectiva oración. Las soldaderas limitábanse a repetir sus palabras, a imitarla en los suspiros, diríase que hasta a obedecer el tono, lento y bajo a veces, rápido y alto otras, de su salmodia.

El rumor de pasos las distrajo y las cabezas de todas se volvieron a mirar. Había en las pupilas del capitán Ojeda una gran ira, como siempre que perdía a uno de sus hombres. Algunas mujeres intentaron levantarse, pero la señora Rossi las obligó, con gesto enérgico, a continuar rezando. Elevó la voz y al hacerlo obtuvo la obediencia de las otras. Tronaba el cañón cada diez segundos, trepidaba la casa entera, desgranaban sus trinos los pájaros. La oración prosiguió hasta su final. —Amén...

—Amén... —repitió el coro.

Respetuosas, se apartaron las soldaderas. En el centro del círculo quedaron María, la viuda, el capitán y el cadáver, entre grandes manchas de sangre, gasas, algodones y trozos de lienzo enrojecidos. No necesitó Ojeda preguntar si el muchacho había muerto. Si no lo supiera podía adivinarlo por los rostros contritos de las mujeres, por el silencio de pesadumbre, por la inmovilidad de la cabeza inerte en los muslos de la mujer. Y sin embargo, dijo:

—¿Ya?

—Sí —repuso María, aún de rodillas.

El capitán movió la cabeza y alzó un poco, sin quitárselo por completo, su casco gris de corcho blanco.

—Ni modo... —resopló con sincera cólera.

—No sufrió mucho —comentó María—. Eso creo.

La compañera del muerto miró larga, inexpresiva, atontadamente al capitán. Era uno de esos momentos en que sobran las palabras, en que no tienen eficacia las frases convencionales; y el artillero así lo comprendía. Dio su pésame a la viuda de una manera seca, quizá hasta ruda, pero muy tierna y sincera al propio tiempo: le palmeó tres veces el hombro; ella, enterada quizá de que así de breves y elocuentes suelen ser las condolencias que dan los jefes, asintió también tres veces, para que él comprendiera cuánto agradecía su humana solidaridad.

Luego, mirando a la señora Rossi, Ojeda le ofreció la mano para que se ayudara a levantarse.

—Señora, por favor...

Ella aceptó el apoyo de la mano sucia, ancha, recia; se puso en pie, y dijo disculpándose por haber manchado de sangre los dedos de Ojeda:

—Perdón.

—Le ruego que no se preocupe —y añadió muy serio—. Le agradezco lo que hizo por él. De todo corazón, señora.

Ante el temor de que su madre, al descubrirlo riñera con él, Luis Felipe se retiró del barandal y a saltitos volvió al costurero.

Cuando la señora Rossi se levantó, la viuda pareció despertar de un ensueño. Su mirada se volvió turbia y su rostro de adobe pardo se desfiguró en patético visaje. Era ésa la primera vez que permitía a sus emociones manifestarse sin reservas y la primera, también, que por sus labios se arrastraba un gemido, no fuerte y desgarrador como era de esperarse en quien acababa de perder al compañero; sino tan tímido, débil y discreto que podía pensarse que la avergonzaba su dolor. Movía la cabeza en un vaivén de arrullo y sus dedos palpaban los ojos, la nariz, la boca del cadáver igual que si quisiese por medio del tacto llevar a su cerebro, y guardarla allí para el recuerdo, la forma de aquellos ojos, de esa nariz, de esa boca, que la habían mirado, olido y besado en días felices.

Con su mirada que hería ahora de lo fija, envolvió a la señora de la casa. Ningún reproche, sólo sorpresa, mostraban sus ojos campesinos. Los de María se empañaron, conmovidos de la soledad en que veían quedarse a la mujer; soledad, sí, más que viudez, porque la soldadera en ese momento era una niña grande a quien la muerte había arrebatado al compañero en el juego de la vida y del que sólo conservaba lo menos valioso: la envoltura carnal, el cuerpo inútil.

—Pobrecita... —la compadeció, tocándole con la mano el pelo gris de polvo, y agregó para inducirla a la resignación—. Así lo quiso Dios Nuestro Señor.

Entonces la mujer tuvo una reacción por demás extraña: cesó de gemir, miró alternativamente a María y a Ojeda, y gritó a éste:

—Mátelo pa' que ya no sufra, mi capitán. Mátelo de una vez...

Ojeda y María se miraron estupefactos, aterrados por lo que la soldadera acababa de decir. ¿Acaso ignoraba que su hombre había muerto ya? ¿*O* era tan intensa su pena que se negaba, de plano, a admitirlo? Las caras largas, serias, pesarosas de las mujeres; el mudo pésame del capitán; el llanto de Matilde; la compasión con que la

reconfortaba la señora Rossi, la inmovilidad del cuerpo que sus brazos ceñían ¿no bastaban para hacerle comprender lo que había ocurrido?

Para poner término a escena tan deprimente, el capitán Ojeda dijo con brutal franqueza:

—Ya está muerto. ¿Qué no lo ves? Bien muerto.

La mujer dio muestras de no entender. Con gran curiosidad, frunciendo levemente el ceño, púsose a mirar el cadáver, y luego de que lo hubo visto bien, alzó otra vez los ojos, y al encontrar los de Ojeda le rogó:

—Entonces, mi capitán, péguеme el balazo a mí... —con acento conminatorio, definitivo.

La señora Rossi sintió que se le derretían las piernas, que el zumbido de mil enjambres de moscas verdes aturdía sus oídos; que perdía noción de cuanto la rodeaba. Intentó llamar a Matilde. Formó en sus labios el nombre de la *yaqui;* pero no alcanzó a pronunciarlo. El día se volvió nocturno, y la luz y el ruido y los rostros se desvanecieron en su cerebro.

6

LAS DOS grandes manos calientes que envolvían las suyas, heladísimas, eran las de Rossi; y de Matilde las que friccionaban su cuello con loción o la obligaban a aspirar las sales del frasco. Curioso y un si es no es asustado, Luis Felipe miraba, confuso, a su padre y a la criada; y a su madre, inmóvil, como enferma, en la cama.

—María, María... —la llamaba Aldo, en un susurro no falto de preocupación.

Como no respondía, la criada frotaba con más vigor la nuca, las mejillas, la frente, el cuello de su ama, al tiempo que alternaba retazos de plegaria con suspiros de congoja.

—Sea buena y vuelva, señora. Por favor... Diosito Santo, te rezaré los *Trece Viernes,* pero haz que despierte...

Al fin, ahogada a medias con las emanaciones amoniacales, María apartó la nariz y emitió un largo quejido triste, en nada distinto a una protesta.

—¿Te sientes bien ya? —le preguntó el marido.

Asintió débilmente y con gran lentitud, como si fuera de plomo, alzó el brazo derecho. Sus dedos sucios de sangre, una sangre que parecía mugre debajo de las uñas, buscaron su frente, y al hallarla, apartaron el mechón de cabellos que la cubrían. Hizo después intento de levantarse. Aldo lo impidió:

—Descansa un poco más.

—Sí, quédese otro ratito acostada, Doña... —lo secundó la criada.

María, entonces, abrió los ojos y trató de sonreír una disculpa. Asomado al suyo miró el rostro de Aldo y luego el de Matilde, no trágico pero también cobrizo, indígena, como el de la soldadera.

—Te desmayaste —dijo él.

—Estábamos asustados, ama. Pasó una hora sin oírnos.

—Oh.

—¿Quieres una copita?

—No. No.

—La necesitas, María.

—Bueno.

Matilde corrió al comedor por la licorera. A María Rossi le agradaba que su marido, en un acto que estimaba sincero, continuara acariciándole la mano. Al recordar que la tenía sucia intentó retirarla, pero él, con una leve presión de las suyas, no la dejó escapar. Ella había cerrado los ojos para no ver a Aldo; no porque no quisiera hacerlo, sino porque temía hallar en ellos algún brillo de malicia erótica que le recordara el incidente amoroso del amanecer. Suspiró:

—Pobrecita mujer.

—Pobrecita.

—Si pudiéramos ayudarla...

—¿Cómo?

—No sé. Ayudarla.

Regresó la *yaqui* y puso en manos de María, a la que Aldo ayudó a incorporarse, una de las copas de la vajilla de *Mamacita.* Esclava de hábitos que eran ya parte de su naturaleza, la señora Rossi alzó el cristal para escudriñarlo a contraluz. La criada dijo:

—Está bien limpia...

Con mucho cuidado, para no derramar ni una gota, Aldo vertió coñac dentro de la copa y luego, solícito, como si se tratara de una enferma, le guió la mano hacia los labios.

El capitán, que había subido unos minutos a la azotea, regresó al corredor. Lo acompañaban otros cuatro soldados.

—Tú y tú... —señaló a un par de ellos y luego a las latas de petróleo—. Llevan cuatro a la calle. Vamos. Andando.

Los soldados hicieron lo que se les ordenaba. A los otros dos les dijo Ojeda:

—Carguen al muerto.

Adivinando cuáles eran sus intenciones, la viuda comenzó a gritar cuando los dos hombres se acercaron a tomar el cadáver que protegía con tanto celo y dolor.

—No. No. No —chilló.

Por un momento los soldados no supieron qué hacer y se volvieron al capitán en espera de una nueva orden. La de Ojeda fue la misma. La dio con la voz y con el gesto.

—¡Quítenselo! ¡Ya!

Todavía sentada en el suelo, la mujer se echó encima del despojo; lo cubrió con los brazos, con las alas de su rebozo, con su propio cuerpo, para defenderlo e impedir que se lo arrebataran. Los soldados pretendieron, primero amables; después enérgicos, forzarla a ceder, pero ella opuso resistencia; violentísima y agresiva resistencia.

—Suéltelo... —gruñía uno; y el otro:

—Déjelo ya... —pero ni así lograron persuadirla.

Picados en su orgullo, uno tomó por sorpresa las piernas del muerto y tiró de ellas. El otro hizo lo mismo, por uno de los brazos. Pero la mujer, embravecida, forcejeaba con tanto ímpetu como los hombres, y el cuerpo parecía una carroña que se disputaran dos jaurías rivales.

—Señora, por favor... —hablaba Ojeda.

—Vieja cabrona, suéltelo...

—Que lo deje... —escupían los dos soldados.

La mujer, como si sólo ésa conociera, repetía entre jadeos la palabra:

—No. No. No.

Graznó Ojeda molesto:

—Vamos. Acaben de una vez.

Y los soldados, que habían procedido con cierto amistoso comedimiento en su rudeza (quizá cohibidos porque las otras mujeres y los niños los miraban en silencio, inquisitorialmente) al oír la orden del capitán se emplearon a fondo, cargando contra la viuda con manos y rodillas; pero ni aún así, no obstante haberla arrastrado por el suelo, lograron arrebatarle el cuerpo.

El capitán exigió a las otras mujeres:

—Quítenselo ustedes. Ayuden. Todas. Todas, ayuden.

Inútilmente. Cada una apoyaba con su pasiva actitud a la, que defendía el cadáver y justificaban su cólera, las blasfemias que empezó a gritar y las dentelladas con que rechazaba a los soldados, pensando que ellas harían lo mismo de encontrarse en el caso de la viuda. Fue necesaria la intervención personal de Ojeda para terminar aquel *grand—guignol.* Tres o cuatro bruscos tirones bastaron para apartar a la rebeldé, que quedó echada de bruces en el suelo. Cesó de escupir insultos y comenzó a balbucear súplicas.

—No lo queme, mi capitán. A él no, mi capitán.

Era tan desgarrador su acento, tanta la pena que ennoblecía su cara, tan triste el brillo mortecino de sus ojos empañados, que el capitán Ojeda vaciló.

—Al él no me lo queme, capitán... —gemía la mujer, enroscada ahora a sus piernas—. Por su madrecita santa, capitán, a él no.

Dábase cuenta Ojeda que al enviar al fuego a ese cadáver privaría a la mujer, para siempre, del hombre al que había amado. ¿Sobre qué tumba iría a llorar su dolor, mientras le durara, la noche de Difuntos? ¿En qué sitio plantaría una cruz para recordar al que había muerto la mañana luminosa del 15 de febrero de 1913?

—Con un carajo, señora, deje ya de llorar... —demandaba toscamente, para no abandonarse a la sensiblería—. Cállese.

¿Debía quebrantar la orden sanitaria de incinerarlo, si el cadáver pronto comenzaría a pudrirse, a ser comido por los gusanos, a hincharse y apestar? ¿Cómo permitir, no quemándolo, que continuara a la vista de todos, en brazos de la mujer que lloraba sin consuelo, si ello contribuiría a quebrantar el coraje de quienes debían tenerlo firme para no pensar en la muerte mientras peleaban?

En esos días trágicos, el orden de las cosas estaba subvertido. Los muertos no volvían al seno de la tierra: consumíanse simplemente en las hogueras y ascendían, después, convertidos en humareda, hacia el gran cementerio colectivo que era el cielo de la ciudad.

—Cállese, señora. Cállese... —repetía molesto, mientras pensaba qué decisión tomar.

A Rossi, que seguía desde la puerta del costurero el desarrollo de aquel regateo, le preguntó su esposa:

—¿Qué sucede ahora?

—La mujer no quiere que le quemen al marido.

—¿Quién va a hacerlo?

—El capitán.

—Oh, no. Pobre. ¡Quemarlo...!

—Está llorándole al capitán.

—Ayúdala, Aldo. Dile a ese hombre que no lo queme.

—Él hace lo que debe.

—Ayúdala, Aldo... —María saltó de la cama y se colocó al lado de Rossi.

—Mejor no nos metamos, María.

—Haz algo.

—Nada podemos hacer. Es cosa de ellos.

—Díle al capitán... que lo entierre en el patio de atrás. Que no lo queme.

Aldo la miró atónito. Parecía no haber comprendido lo que su esposa acababa de decir. Ella insistió, enérgica, varias veces.

—Sí, Aldo, sí. Que lo entierre aquí.

—¿En la casa?

—Dile eso. Ahora.

En vano intentó él persuadirla; a ella no le importaban razones. Sólo ayudar, en este momento terrible, a una infeliz mujer abrumada de pesar. Si podía hacerlo, ¿por qué no cederle un poco de bondad a quien tanto la necesitaba? Si toda la vida, por egoísmo, había mantenido cerrado su corazón a los extraños, a sus semejantes, ¿por qué no abrirlo ahora, así su impulsivo arranque generoso mereciera por único comentario el gesto escéptico de Aldo?

—¿Comprendes lo que estás diciendo, María?

—Sí.

—¿Que vas a tener un muerto en casa?

—Sí.

—Piénsalo bien, porque después no podrás arrepentirte.

—Diles que lo entierren aquí —respondió firmemente, y añadió con voz trémula—. Lo que ha de estar sufriendo esa pobre mujer. Para volverse loca, como yo me volvería si... si... quisieran quemar... a... a...

—¿A mí, por ejemplo? —trató él de bromear.

—Sí. No lo soportaría.

Incrédulo, burlón casi, la miró él. ¿Qué pretendía la señora Rossi demostrarle? ¿Que era buena? ¿Que amaba a su prójimo? ¿Que hacía suyo el sufrimiento pasajero de esa mujer? ¿Ganarse la admiración de su marido con esa comedia de generosidad un poco fuera de tono? ¿Qué juego, en fin, estaba María jugando desde la madrugada? Primero, la apasionada entrega de su cuerpo; ahora, esto. ¿Qué trampa oculta detrás de todo...?

Los gritos de la viuda volvieron a escucharse, muy agudos, entre las explosiones del combate. Seguramente el capitán había resuelto su problema de conciencia y tomado una decisión, que no podía ser otra que la de incinerar el cadáver.

—¿Y ahora? —preguntó María.

—Están bajando al muerto. Van a quemarlo en la calle.

—Que no lo hagan. Dile al capitán...

—¿Definitivamente quieres eso, María? —preguntó Aldo, ofreciéndole a su esposa la última oportunidad de arrepentirse; pero ella la desdeñó:

—Sí. Que no lo quemen.

Menos de un cuarto de hora más tarde, con picos y palas, comenzaron los soldados a romper la dura corteza de cemento en el traspatio. A las detonaciones del cañón se unían el purísimo canto de los pájaros, el tableteo continuo de las ametralladoras, el seco martillar de los rifles y el murmullo de las mujeres que rezaban, puestas de rodillas, en torno al muerto:

—¡Bendito y alabado sea Tu Nombre...!

Prosternada también en su refugio, frente al niño que la miraba atentamente, María Alard de Rossi recitaba con gran unción:

—¡Bendito y Alabado sea Tu Nombre...!

VIII

1

ERA UN fenómeno curioso. Una suerte de ser y no ser al mismo tiempo. Sensación extraña, como la de asomarse a un espejo que no devuelve la imagen. Pues ignoraba hasta su nombre, si tenía alguno; resultábale imposible asociar ciertos elementos (un rostro, un cuerpo, una apariencia formal) que la ayudaran a establecer su identidad. Tampoco estaba segura de hallarse en alguna parte; o de si dormía o velaba. Si dormía, ¿por qué ese creer que estaba despierta? Si velaba, ¿por qué ese sentir que estaba dormida?

Su pensamiento discurría con la libertad de no estar sujeto a la censura de la razón. Sin relacionarlas a ninguna experiencia previa, gozaba de las vividas perturbaciones y voluptuosas sensaciones del placer erótico; sensaciones puras, nuevas, únicas, no vinculadas al pasado inexistente. Le maravillaba poder evocar con la memoria de los sentidos un deleite físico que le era desconocido y del cual, sin embargo, sufría la tortura de la nostalgia: algo así como oír el eco de una palabra que aún no se dice o mirar la sombra de un cuerpo que aún nadie crea; o gustar el sabor de lo que aún no se prueba, se huele y se ve.

Gracias a esa independencia, sólo total en el trance onírico, le era posible sentirse desligada de sí misma, fuese ella quien fuere; lo que equivalía a decir, desligada del recuerdo. Carecer de nombre, ¡qué alivio! Olvidar las palabras y, por ende, lo que significan, ¡qué prodigio! Disponer, para expresarse en el monólogo, del mágico lenguaje de los símbolos, ¡qué asombroso! ¡y qué extraordinario imaginar que más allá del sueño vegeta un mundo que se precipita al desastre porque se ha dejado tomar como rehén de la rutina y, principalmente, porque a fuerza de languidecer en la realidad ha perdido lo que podía salvarlo: la imaginación!

En el ámbito de lo maravilloso, al no haber recuerdos no había ataduras, y por ello le parecía absurdo tratar de averiguar quién era, dónde estaba y por qué, ya que apenas lograra saberlo terminaría el encanto de la evasión; de esa poética incógnita de ser sin ser, siendo, gracias a la cual comenzaba ahora a descubrir la existencia de un universo que constituye el último reducto privado de que dispone la persona humana, y al que no tienen acceso los intrusos.

Imagen ella misma, mirábase ala dibujada en el vacío líquido de un sueño; pluma viva en el espacio; aérea forma en movimiento, que se transfiguraba —lo que contribuía a acentuar la irrealidad de su delirio— en garza de hermosa línea: grácil, joven, aturdida en la luz que alumbraba su vuelo. Mas no iba sola; no. Otro ser, idéntico aunque intrínsecamente distinto, compartía con ella la emoción que ambos fracasaban en nombrar... Transcurrido un poco el tiempo inmóvil de los sueños, veíase (ya no ave, apenas sombra solitaria) en un horrible lugar, a merced de un horrendo pajarraco, un pelícano viejo y lascivo, que le exigía, usando pérfidas y melosas palabras humanas, someterse también a él. Mucho más tarde, la garza—mujer tristísima confiaría a una página el recuerdo de aquella hora de vergüenza, aunque sin precisar, ¿porque lo ignoraba? si el viejo pajarraco había cobrado su precio por el crimen que los hizo cómplices; crimen que la dejó, para siempre, sin un hijo en quién evocar al compañero de la primera

experiencia. Compañero cuyo rostro habría de continuar buscando en el de todos los que vinieron después —sombras muy vagas, amantes reducidos a la síntesis de una inicial, de un signo. Perdida ya la pureza del cuerpo, había que luchar por no perder la que aún conservaba íntegra: la del espíritu; y era por eso que la protegía, quizá sin proponérselo, con el arma eficaz de la frigidez.

A medida que más y más elementos reales intervenían en él y se organizaban de acuerdo a la coherencia de una trama (la garza, el ala viva, la página del secreto, el pelícano obsceno, el hijo nonato, la letra que designa a los amantes) y, sobre todo, a medida que ella, por un proceso inverso al de la evasión, conseguía identificarse sin esfuerzo en aquel caos de enigmas, el sueño de la señora Rossi iba perdiendo su calidad mágica y convirtiéndose en un mero acto biológico. Al despertar no conservaba ni los escombros de un recuerdo, pero sí la certidumbre de hallarse de vuelta de un mundo de imágenes maravillosas, gobernado por el orden perfecto del absurdo; mundo de poesía, que no se escandaliza si una mujer busca el amor de un caballo para concebir un centauro.

No del todo lúcida, así tuviera los ojos abiertos, siguió imaginando que aún dormía y que el silencio espesísimo que la rodeaba era armónico silencio del sueño, y que ella estaba tendida en una altura inaccesible (quizá la cumbre de una montaña o la cúspide trunca de una pirámide) a la que no llegaban voces, canto de pájaros o siquiera gritos de viento; o si no en una altura, debía entonces hallarse dentro de una hermética campana de cristal, cuyos sólidos muros le impedían comunicarse con el ambiguo exterior, del que era en ese momento habitante única.

Total, en apariencia al menos, era el silencio, como si los moradores de la casa estuviesen dormidos, o muertos o hubiesen huido, dejándola abandonada, acuciados por no sabía qué extraño terror. Ninguno de los breves ruidos habituales que lo pueblan, aun cuando es absoluto, llegaba a los oídos de la señora Rossi: murmullos de voces, ecos de pasos, piar de aves, crujir de muros cálidos, rumores de respiración humana. De pronto, presa del pánico irreprimible que se genera en la soledad nocturna, pronunció con los labios duros la primera palabra que acudió a ellos:

—¿Aldo? —en forma de interrogación quejumbrosa, desvalida, que demandaba el apoyo y la tranquilidad de una respuesta.

Al no obtenerla, su mano buscó entonces, con la timidez del pavor creciente, el cuerpo del hombre que debía yacer junto al suyo, y palpó nada más el vacío helado de la colcha. Sabiéndose por completo a solas, dejada a la zaga de una huida que no acertaba a explicarse, María se incorporó en la cama con brusco impulso de muñeco de resorte.

—¿Aldo? ¡Aldo! —Volvió a llamar, y la palabra, al remover la niebla del silencio, hizo que todos los ruidos que en él había, aunque ella no los percibiera, brotaran bruscamente, en estruendo ensordecedor. Al cabo de unos segundos, simultáneo ajuste del mecanismo auditivo de la señora Rossi, cada uno de esos ruidos (discordia sonora en la paz del no-oír) adquirió su volumen normal y cesó de aturdiría.

Ansiosamente exploró la tenue penumbra rojiza y el tacto sensible de la mirada fue devolviéndola, otra vez, a la trágica realidad de su alcoba: pequeña, mezquina, apenas un agujero atiborrado de objetos comunes, chatos, desnudos de color y de belleza; bien distintos en forma, volumen y matiz a los que había visto en la aventura de ese sueño que no recordaba ya.

De los ruidos, el primero que reconoció, quizá por ser el más próximo, fue el de la respiración de Luis Felipe: un ronquido muy suave que salía por los labios entreabiertos

del chico. Lo miró ovillado como un feto en la estrecha cuna: las manos en las axilas, la barba a mitad del pecho, sin cubrirse más que con la larga camisa de franela, pues las sábanas estaban derramadas sobre el piso. En ese tranquilo sueño infantil reconoció María toda la inocencia del mundo; de la parte limpia del mundo que ocupan los niños.

Al del aliento de Luis Felipe se agregaron luego los ruidos normales, antiguos, de la casa, y fue reconociéndolos, nombrándolos, con una especie de pueril alegría: el murmullo de risas en el patio, el gorjear de un zenzontle dentro de su jaula en el corredor, el canturreo de la cocinera, el chocar y entrechocar metálico de los trastos que limpiaba, ruidos ésos, lo recordaba ahora, que había escuchado al principio de la tarde cuando, a efectos de la copita de coñac que Aldo le hiciera beber, comenzó a adormilarse, y que cesaron por completo en el instante en que ella traspuso las fronteras de la conciencia para extraviar los pasos de su imaginación en el universo de lo irreal.

Un nuevo ruido que había estado *sintiendo* más que escuchando desde hacía unos momentos, dominó a los otros, los apagó totalmente, se apoderó por completo de los oídos de María: jadeo opaco, rítmico, idéntico al *bu, bu, bu,* que vibró en ellos muchas semanas después de su primer viaje trasatlántico y que para ella era como el recuerdo de la voz del mar. Así se anunciaba siempre la jaqueca y ésta comenzó a torturarle las sienes unos segundos después; a cegarla con su agudo dolor, a arrancarle lágrimas que eran de pena y de rabia. Sus neuralgias solían ser intensísimas y, de no ser breves, resultaríanle insoportables. Apretándose la cabeza con ambas manos volvió a tenderse en la cama, en espera de la crisis definitiva.

Poco a poco, transcurridos unos minutos, el dolor comenzó a retirarse, en un reflujo de alivio. Esas jaquecas suyas, que sufría desde que era pequeña y que la dejaban débil e irritable durante horas, presentábanse siempre por sorpresa, sin otro aviso, como esa noche, que el retumbo amortiguado que asordaba sus oídos y que tan parecido encontraba al de una caracola.

Una pequeña aguja quedó clavada en su ceño cuando hubo cesado el acceso. Así era siempre: la acometida agudísima y después la incomodidad, apenas perceptible, que la acompañaba largo tiempo; igual que si fuera el eco del dolor.

—¡Oh! —suspiró, y con mucha lentitud volvió a incorporarse.

Sentada en la cama, meditó que había logrado situarse en el espacio de su alcoba, pero no en el tiempo. La hora de ese momento, ¿cuál sería? ¿de ayer, de mañana, o de hoy? De hoy debía ser, pues ella conserva aún puestos el traje oscuro y los botines. ¿Por qué entonces ya dormido Luis Felipe, como si su padre o Matilde lo hubiesen curado antes de enviarlo a la cuna?

—¡Dios mío, qué tarde es...! —gimió sin saber si lo era en efecto, y saltó del lecho, consumiéndose en el remordimiento de haber descuidado, las horas que duró su reposo, sus obligaciones. ¿Qué dirían Aldo y los criados? ¡Que la señora, ese ejemplo de virtudes que era *la señora,* se había puesto papalina tal que hubieron que acostarla...! Eso dirían, y con toda razón, porque así había sido. Una copa, pero qué mal le sentó; qué daño le hizo. Imaginaba tener en el aliento el tufo del coñac, en el cerebro sus vapores y en el estómago su quemadura líquida. Sentíase enferma del espíritu: culpable de beodez, degradada en su dignidad.

Rápidamente, deteniéndose apenas lo justo para cubrir a Luis Felipe con la sábana, salió del cuarto; se dirigió a la cocina. Sin mirar a la vieja, abrió la alacena en la que guardaba los frascos con especias; destapó el que contenía los clavos, tomó dos de ellos y los masticó para purificar su aliento.

—¿Está mala? —preguntó doña Albina, luego de que María escupió el mascadijo.

—Me duele la cabeza...

—¿Quiere un poco de agua... aunque sea de los asientos de la tina?

—No tengo sed. Sólo jaqueca.

—El agua cae bien cuando se siente una así de marchita... —comentó la cocinera, con socarronería.

—No quiero agua... —repuso la señora Rossi, sin atrapar la intención de doña Albina: aludir indirecta, maliciosamente a la *cruda* que su ama debía estar sufriendo.

—¿Deveras no, señora?

—No.

—Porque si siente que el estómago le arde, un vaso de agua, ya que no tenemos cerveza, le servirá de medicina.

Ya no contestó María; y su mirada, como una escoba, recorrió, desaprobándolo, el desorden de la cocina: trastos sin lavar revueltos con los ya limpios a medias; vasos sucios, tazas, colillas de cigarro: todo ello cubierto de moscas y desparramado sobre la mesa, el brasero, las cómodas. Percibió en el aire que apestaba a comida y a carroña, el olor inconfundible del tabaco.

—¿Dónde está el señor?

—¿Don Aldo?

—Sí. ¿Dónde?

—Pues... quién sabe. El que está es don Alfonso.

—¿Aquí. ..?

—Le estoy haciendo más café... —y le mostró la marmita en la que calentaba el agua.

—¿A qué hora llegó?

—Uhhh, ¿cómo voy a saberlo si no conozco el reloj?

—¿Por qué no me avisaron inmediatamente?

—¿No estaba usted dormida?

—Oh, oh, ¡qué inútiles son todos ustedes!

—El señor Aldo dijo que no la despertáramos.

—¿Está él con don Alfonso?

—¿En el comedor? No. El que está es el capitán.

—¡Válgame Dios!

—¿Les digo que ya despertó?

—No. Antes voy a peinarme un poco.

Y, tan de prisa como había salido de ella, volvió a su alcoba. Sin encender la vela, pues no deseaba perturbar el sueño de Luis Felipe y, además, porque le bastaba el resplandor púrpura que entraba por la ventana, se arregló el orlo lo mejor que pudo, alisó las arrugas de su vestido y se inclinó a abotonarse los zapatos; todo ello sin dejar de murmurar:

—No avisarme... Alfonso aquí y no ocurrírsele a nadie decírmelo. Oh, oh, Dios mío, ¡qué—gente—tan—buena—para—nada...!

Algo así como una brisa de alegría disipó suavemente, sin ella darse cuenta, aquel humo de cólera negra que comenzaba a ahogarla. Cesaron de fluir de sus labios las recriminaciones a la torpeza de los criados, los lamentos de autocompasión por tener a su servicio gente tan inútil, los resoplidos de disgusto y contrariedad; y en vez de ellos su boca se llenó con las palabras de una cancioncita religiosa:

Corazón Santo, Tú reinarás;

Tú nuestro encanto siempre serás.

Sentía la necesidad compulsiva de cantar, y cantaba porque estaba alegre, así no fueran la melodía y las palabras las más apropiadas para ilustrar un estado de ánimo como el suyo en ese instante preciso de su vida; himno aprendido en los días infantiles de remotos meses de mayo, cuando *Mamacita* la llevaba al templo a que uniera su homenaje de lirios al de otras niñas que ofrendaban flores a la Virgen. Cantaba con su pequeña voz ridícula esos cándidos versos, porque no recordaba otros; porque ignoraba hasta la más sencilla canción profana.

Panal Divino, de dulces mieles,
Corazón Santo, sólo Tú tienes...

Se preguntó si tan singular e inexplicable regocijo obedecía a una causa determinada; si esos aleteos que alteraban el ritmo de su corazón eran síntomas, señales, avisos del gran fenómeno del amor. Como nunca antes había amado, no sabía qué responderse; mas, de todos modos, resultábanle gratos y la hacían sentirse diferente, vivificada, llena de luz, tal que si en vez de glóbulos tuviera cocuyos en la sangre; brasa, llama que surge de las cenizas del deseo.

Corazón Santo, Tú reinaras;
Tú nuestro encanto siempre serás.

Porque era deseo lo que ponía temblor en sus manos, lumbre en su carne, imágenes bellísimas en su cerebro, hasta esa madrugada cerrado a todo pensamiento voluptuoso, y abierto a ellos, como haz de sensitivas antenas, desde la inolvidable hora del alba en que el señor Rossi la ayudó a transponer el umbral de la Revelación y le hizo descubrir que en su vida existía, latente, un sentimiento superior al del odio; y también, dormido, en espera sólo de la Señal, un ser, ella misma, capaz de sentir ya en toda su intensidad la furia de las pasiones, y no temerlas, ni rechazarlas, ni oponerles la barrera de hielo del asco o del miedo.

El acto del amor no le parecía ya detestable, ni humillante el sometimiento de su cuerpo, ni pecaminoso el grito de sus entrañas. La angustiaba, sin embargo, el terror de que su carne no volviera ya a arder, ni sus sentidos a trastornarse con la locura de la emoción erótica. Se le antojaba imposible que sensaciones semejantes pudieran repetirse; maravilloso que así ocurriese, y muy cruel que se le hubiera permitido gustar, a manera de castigo y no de premio, de un deleite que se le negaría después. Sin placer físico había vivido tranquila, sorda al reclamo del instinto, libre del apetito voraz del sexo. Ahora que lo conocía, ahora que en cada milímetro de su piel, en cada molécula de su sangre, en cada celdilla de su cerebro estaba presente un recuerdo, ¿podría renunciar a lo que la enajenaba con sólo evocarlo?

—¡Aldo! —maulló su celo en la tiniebla escarlata.

Una voz, su propia voz, brotando desde lo más recóndito de sí misma, la instaba a probar de nuevo, a librarse de las dudas, a someterse a la acometida del macho que había profanado el santuario sombrío de su castidad; someterse a él, no por vicio, sino para saber si la gracia del placer se le concedía ya para siempre; o si Dios, Señor de todos los destinos, le había permitido gozarla por un momento para luego imponerle como suplicio, añorar por el resto de su existencia el encanto de aquella hora de

maravillosa plenitud. Si tal era su propósito, ¿sería el Señor tan magnánimo de borrarle también los recuerdos? Porque no duele tanto perder algo, como no olvidar nunca que se tuvo.

Tiernamente, ahora, contemplaba a Luis Felipe. Aunque todos los días y todas las noches de su corta vida había visto su rostro, jamás, hasta ésa, había advertido qué semejantes a las de Aldo eran las facciones de la bella carita manchada de yodo. Misma forma de cejas: rubias las del niño, negras e hirsutas las del padre. Idéntico el trazo sensual de los labios: más grueso en uno y en otro el inferior. Armoniosa la línea del perfil y del mentón. Se inclinó a besarlo y el chico, al contacto de la boca de su madre, murmuró un gruñidito y cambió de postura.

¿Cómo sería cuando llegara a adulto? Al visualizarlo gallardo y seductor como Rossi —alto, de anchas espaldas, esbelta cintura, lindo rostro y, además, inteligente, refinado, gentil— María se estremeció de orgullo y también de celos; de celos, sí, porque las mujeres, entonces le disputarían al hombre—hijo como una, hoy, le disputaba al hombre—esposo. De orgullo, celos y luego de rabia al comprender que Luis Felipe, alguna vez, dejaría de pertenecerle, para pertenecer por propia voluntad, a otra; a una *otra* a la que ya, desde ese instante, consideraba rival, ladrona. Cuando eso ocurriera, ¿tendría arrestos para soportar el drama de los adioses? ¿coraje para aceptar que se le amputara al que era tan suyo como un brazo; a la creación de su amor, de sus angustias, de sus desvelos maternales? Sentiríase, estaba segura, doblemente despojada: del hijo y del padre, porque el hijo habría de ser la réplica exacta del padre; un Aldo perpetuado, prolongado en lo mejor de su juventud.

—Mí niño... —musitó.

Se reconvino por alentar preocupaciones tan prematuras. Mucho tiempo habría de transcurrir antes de que Luis Felipe se convirtiera en hombre; tiempo en que a ella le sería dado disfrutar de la dicha de amar en el hijo al padre, y de ser, simultáneamente, sin que hubiera límites para la dimensión de su sentimiento, madre y esposa de un Aldo joven, barro dócil, hermoso, que iría modelando desde ahora con infinito amor, para que fuese obra perfecta: síntesis de virtudes y orgullo de su creadora.

Pero ese niño que dormía en la cuna —su hijo en el estricto sentido biológico del término, porque había sido huésped de su vientre los meses de la molesta preñez— ¿le pertenecía en realidad? Hubo de convenir que no, así tal convicción hiriera sus sentimientos. Luis Felipe no la amaba; forma ésta, la más cruel, de no ser suyo. De ese desamor del chico le sobraban pruebas. La más dolorosa: saberse temida por él. Necesitaba, pues, conquistar al pequeño enemigo; recuperarlo, pero sin arrebatárselo a nadie, ni a su padre. Era indispensable, ahora que el amor le permitía ser generosa, pactar con él una alianza de ternura, y para ello era preciso impedir que siguiera sintiéndose solo y en desamparo, en el centro de dos iras; en el punto de choque de las furias perennes de sus mayores. ¡Cuánto deseaba ganarse lealmente la confianza de ese chico, víctima hasta entonces del torvo rencor secreto de su madre!

Una aguda risa rebotó, con tintineos de canica de vidrio, en las cuatro paredes nocturnas del costurero. Venía de lo profundo del traspatio, de la sombra; una risa de mujer seguida de otra, igualmente alegre en su malicia, de hombre. Luis Felipe tornó a murmurar algunas vaguedades, abrió los ojos con un gesto de sorpresa y los dejó fijos iguales a doble punzadura, en la tela encalada del cielo raso. Su madre empezó a sisear:

—*Sh, sh, sh, sh,* —para tranquilizarlo.

Cuando los párpados de Luis Felipe resbalaron otra vez lenta, muy lentamente, sobre sus ojos que no veían, la señora Rossi comenzó a retroceder hacia la puerta, sin interrumpir su arrullo. ¡Buena reprimenda les esperaba a la mujer y al hombre que perturbaban con sus chacoteos el reposo del niño!

Salió a la noche color vino. El paladar del cielo, alumbrado por los resplandores de las fogatas, estaba milagrosamente limpio del polvo que lo empaña en ese mes de invierno. El corredor hallábase desierto y por eso a María le pareció muy ancho, muy largo, muy triste. La tropa, las mujeres y los niños, invasores de la casa, ¿dónde estarían? Sólo dentro del comedor había luz —la luz sanguinolenta de la lámpara de petróleo que iluminaba la charla de Alfonso Alard y el capitán Ojeda. Volvieron las risas a dejarse oír y la señora Rossi, siguiendo su curso, fue a buscar a quienes las entregaban al silencio.

Para sorprender a la jocosa pareja, pasó en puntas de pie a la parte del corredor que circundaba el traspatio. Se inclinó sobre el barandal y, mientras las risas seguían escuchándose como una profanación, miró a la mujer que velaba junto a la tumba del soldado: escena tristísima, aguafuerte trágico que habría de recordar siempre en su hondo, patético y simple dramatismo: la viuda inmóvil, sentada sobre sus talones, oculta la cara en la tiniebla del rebozo, ajena a cuanto ocurría en torno, ya en el principio del camino de su soledad. No la incomodaban las moscas que la cubrían casi por completo, parecidas a cuentas verdosas; menos, que alguien riese, alegre, muy cerca.

Quizá gozaba de lo único que nadie osaría arrebatarle: la tremenda pena de no tener, ya, compañero de vida. Sorda y ciega, conformábase con estar de guardia al lado del tosco túmulo de tierra y cascotes, semejante en forma y tamaño a la forma y al tamaño de su marido cuando descansaba cubierto por su frazada pardioliva. Era, le pareció a la señora Rossi, la representación del dolor irremediable; la síntesis del sufrimiento humano. Mujer aquella, sin hombre ni nombre, que se ligaba a una casa y a una familia que no eran las suyas, porque esa casa y esa familia le habían brindado albergue de ternura y unos pocos metros de suelo para que salvara de la hoguera al despojo que amaba.

Para María Rossi nada simbolizaba más cabalmente la soledad, que esa mujer que no se movía, que no lloraba y a la que era fácil confundir con uno de los ídolos indígenas de piedra, que se exhiben en los museos; y al verla así, absorta y desamparada, perdida en el abismo de su viudez, recordó que siendo apenas una niña ella había visto una escena igual en la finca pulquera de *Mamacita:* ante el cadáver de un hombre muerto de atroces puñaladas en un pleito de cantina, un perro aguardaba. ¿Qué? En los ojos de aquel flaco bicho de amarilla pelambre, fulgía el desconsuelo total del universo; una suerte de orfandad conmovedora; el asombro enorme del que ha perdido al amo y no acierta a comprender por qué; el estupor del que ignora a dónde dirigirse, pues no tiene quien lo guíe. Supuso que un desconsuelo similar debía haber en las pupilas de la soldadera. Si no estaba a su alcance remediarle las penas del espíritu, sí estaba —y prometió hacerlo sin tardanza— remediarle la penuria. Daríale, se dijo, dinero, ropas y, si lo quisiese, un techo, en tanto se curaba con el bálsamo de la resignación.

Entre las sombras que le brindaban impunidad bajo el corredor, la pareja continuaba su juego —un juego sin duda muy agradable, pues a los roncos requiebros del hombre respondía su compañera con risas fuertes, bruscas a veces como cacareos, y luego con murmullos o pequeños gritos si el racimo de dedos de una mano atrevida buscaba sus pechos, o, alzándole la enagua, el centro de sus muslos.

—Estése quieto... Oh, ande... Ay, no... No... ¡Suélteme...! No sea grosero —instaba la voz de la mujer, pero sin enfado; más bien para incitar al galán; y éste, sordo a la exigencia, terco en que su mano llegara a donde él quería, enardecido al contacto de la firmeza juvenil de aquella carne por nadie rozada antes, reiteraba su acoso de caricias, —'ora déjese... No sea rejega. Espérese, hombre. Ándele... —decía él, avanzando, avanzando.

Consiguió, al fin atraparla entre los brazos, restregar su vientre con el de la mujer, aplastar sobre el suyo el busto generoso; para así, en cierta forma inmovilizada, poder besarla. Pero ella entonces forcejeó violentamente, se libró del ahogo y echó a correr hacia el campo abierto del traspatio, con la blusa sin abotonar, el pelo revuelto y la boca seca; no sabía si de emoción o de miedo.

La alcanzó él y volvió a abrazarla, ahora muy cerca, encima casi, de la soldadera viuda. Allí se enfrascó la pareja en una breve e intensa lucha de estrujones, suspiros, ayes, risas, estremecimientos de deseo a los que de un tajo puso fin el grito de la señora Rossi:

—Matilde... ¡muy bonito...!

Súbitamente, Matilde dejó de retorcerse entre los brazos del hombre. Paralizada de vergüenza y de pánico por haber sido vista en tan equívoca situación, no sabía qué hacer: si mirar a su ama, cubrir sus senos o correr a ocultarse. El galán, por su parte, con el aliento alterado, continuaba reteniendo a la *yaqui* por la cintura:

—Suéltela, *pelado...* —le lanzó María, desde lo alto del corredor, el pedrusco de la orden.

Y el hombre obedeció. Matilde escapó entonces y buscó el amparo de la oscuridad, llorando, sintiéndose morir de sonrojo, por haberse dejado manosear por primera vez en su vida, y porque su señora la había sorprendido. De tan nerviosos, sus dedos, no acertaban a encajar los botones de la blusa en los ojales, ni a componerle el pelo, ni a limpiarse la traspiración que le humedecía el cuello y la cara.

—Matilde, ven acá inmediatamente... —la reclamaba el grito violento de doña María.

Pero Matilde continuaba padeciendo la agonía del bochorno y no acertaba a obedecer. Encolerizada por el desacato de la sirvienta, la señora Rossi emitió nuevos gritos, nuevas órdenes, nuevas amenazas.

—Si no vienes, ¡bajaré a buscarte... grosera, perdida...!

Matilde temblaba de terror ante la idea de comparecer al tribunal severísimo de la señora. ¡Qué horribles cosas le diría, peores que las que está diciéndole ya! Mil veces habíale escuchado proferir que los hombres, y no excluía a ninguno, son unos puercos animales lujuriosos que buscan siempre la manera de aprovecharse de la candidez de las mujeres, para abusar, si son tontas, de su inocencia. Y ahora, ella, la Matilde virgen y virtuosa, había sido atrapada en pleno juego con el sargento —ese ladino sargento que la engatusó con palabritas y que terminó casi desnudándola a la vista de todos. Ella, la Matilde pura, que se cuidaba por consejo de su ama hasta de los pensamientos de Ausencio, había sido tocada, mancillada, manchada por un individuo sin escrúpulos; por el primero que consiguió apartarle del tutelaje de su patrona. ¡Oh... qué vergüenza!

—¡Matilde...! —volvió a estallar el látigo del grito ya iracundo.

Como no era posible seguir resistiéndose más, la *yaqui* salió de la oscuridad y se plantó, un poco aparte del sargento, al alcance de la vista de María. El hombre continuaba en el mismo sitio, mirando alternativamente a la señora de la casa y a la criada. Sólo la viuda parecía no estar allí.

—Sube... —gruñó María, y mientras la muchacha se encaminaba hacia la escalera, su ama fustigó al militar—. Y usted, óigame bien... No me gusta que en mi casa sucedan estas inmoralidades, ¿me entiende?, ni que nadie moleste a mis muchachas. Si vuelvo a verlo rondándola, lo acusaré con el capitán.

Atraída por los gritos de María, la cocinera se asomó a ver y oír qué estaba sucediendo. No necesitó preguntar, para inferir que era algo en relación a un hombre y a Matilde. Con la cabeza gacha, en el ahogo de un sollozo continuo, ésta avanzaba por el corredor. Se detuvo a muy corta distancia de la señora y de doña Albina, en la actitud sumisa de quien va a someterse a azotes.

—Muchacha tonta... —la reprendió su ama; pero no colérica, sino en tono maternal, apenas autoritario—. Tonta y loca. ¡Dejarte apachurrar por un...*pelado!*

Cándidamente, para echar un leño más a la hoguera, doña Albina preguntó:

—¿Pues qué sucedió? —como si lo ignorara.

—Que esta niña estaba haciendo... quien sabe qué cosas con ese... sujeto...

—¿El sargento?

—Sargento... o lo que sea. Con un abusador, que quiso aprovecharse de que ésta es más burra que un burro...

Doña Albina se sintió con autoridad para intervenir:

—Se comienza jugando con los hombres y se acaba llorando por ello —dijo, seria y sentenciosa—. ¡Y de quién te dejas agarrar! De un muerto de hambre que ni conoces...

Secretamente, porque estimaba mucho a ambos, doña Albina había alentado siempre la esperanza de que tarde o temprano Matilde y Ausencio se hicieran marido y mujer. Ausencio era, dentro de su atolondramiento, lo que ella llamaba un buen hombre: serio, respetuoso, sin vicios; y la *yaqui,* una muchacha magnífica: bien educada, no fea, de bonito cuerpo, limpia: casi una señoritinga.

—Que ni conoces... —repitió. Maravillaba a la vieja (que había perdido la inocencia a los doce años) que a los veinte Matilde siguiera siendo virgen, y lo atribuía a las ideas *raras* que la señora Rossi le inculcaba.

—Bueno —dijo María dando por terminado el incidente—que te sirva de lección lo que acaba de pasar. A los hombres no hay que darles la mano, porque se toman el brazo...

—O algo más, si una se deja... —apostilló la cocinera.

—¿Has entendido?

Cabeceó Matilde una respuesta afirmativa y luego en un sollozo:

—Sí.

Terció doña Albina:

—Cuando tengas que darlo, que sea a alguien que valga la pena...

—Cállese usted, doña Albina... —la riñó la señora Rossi.

—Se lo digo por su bien. A un buen hombre que le guste, si, ¡pero a un cualquiera... eso no!

—Basta ya...

Sin añadir más, María Rossi se dirigió al comedor. Ya a solas, doña Albina obligó a Matilde, alzándole la barbilla con el dedo, a que la mirara:

—¿Te gustó lo que te hizo? —le preguntó con amable cinismo.

—Sí —contestó Matilde, ardiendo en rubores pero diciendo la verdad de su experiencia.

—¡Ah, muchacha caliente...! —rió doña Albina a carcajadas, y luego, así que le palmeaba el trasero, dijo uno de sus refranes maliciosos—. Haces bien, qué caray... De que se lo coman los gusanos, mejor que se lo coman los humanos...

2

MÁS DE una hora llevaban charlando de guerra y política, Alfonso Alard y el capitán Ojeda. Charla sin entusiasmo. Gris de pesimismo y poco amena: difícil, a causa del tedio que les producía hablar, hablar, hablar de tema tan sobado. Los períodos de silencio eran cada vez más amplios entre los dos hombres, que se habían conocido por azar y que esperaban en el comedor a que la señora Rossi despertara: el artillero para despedirse de ella, pues tenía órdenes de evacuar el edificio esa misma noche e incorporarse a las fuerzas de un coronel Maas, del que sólo sabíase que era pariente, compadre o algo así, del general Huerta; el hermano, para cerrar el largo paréntesis de ausencia impuesto por las circunstancias.

—En fin, que no sabemos ya, cuándo va a terminar esto... —dijo Ojeda, después de otra larga pausa.

—Cuándo, es difícil decirlo —respondió Alfonso, perezosamente.

—Se esperaba que el Presidente renunciara hoy.

—Pero no renunció.

—Y esto sigue.

—Creo que para largo. Anoche —informó Alfonso con aire de misterio— el general Huerta envió a La Ciudadela un convoy de dieciocho carros con víveres, medicinas, municiones y armas. ¿Lo sabía?

—No; pero no me sorprende. Lo creo.

—Quien me lo contó, lo vio —expresó Alard, comportándose ya como todos los propagadores de habladurías—. ¡Dieciocho carros con regalos para el enemigo!

—A uno —comentó el capitán rencorosamente—, a uno, le regalan una patada en el culo cuando pide a la Comandancia balas para disparar mañana, o tasajo para comer, o un jabón para lavarse.

—Así están las cosas. El que ataca ayudando al que se defiende y dándole con qué hacerlo. ¡Habráse visto...! Y ustedes los militares, ¿qué opinan de esto?

—Opinar o no opinar, ¿qué cambia?

—El Ejército debería hacer algo.

—Lo ha hecho ya. Traicionar. ¿Le parece poco? Hemos llegado, señor, a un punto en que nada importa: perder o ganar. Sólo terminar de una vez. Ojalá y sea pronto.

La cara del capitán transminaba cólera y vergüenza. Cólera, quizá porque comprendía lo inútil del esfuerzo que realizaban tantos oficiales como él, simples peones de la gran partida, prolongando una lucha sangrienta cuyo desenlace habían determinado ya, desde que empezó, los tenebrosos caudillos de la traición. Vergüenza, porque en parte sentíase culpable de colaborar a que esa traición se consumara; pues, ¿no era acaso miembro activo de un Ejército de hampones que habían convertido deliberadamente la que se antojaba fácil victoria en un increíble desastre?

—Ojalá y sea pronto —reiteró—. Ya estamos cansados. Días y noches, noches y días de esperar, esperar, esperar...

Cesaron otra vez de hablar; ahora no porque les faltaran palabras, sino porque afuera, en el corredor, y más allá, en el traspatio, escucharon la voz iracunda de la

señora Rossi riñiendo a alguien —voz agria, truenos de mal humor, anuncios de tempestad.

—Es mi hermana —aclaró Alfonso, un poco a manera de disculpa—. Mujer de mucho carácter, ¿sabe usted?

—La conozco, señor.

—Sera mejor que apaguemos —sugirió, dando una última, ávida fumada. Luego de aplastar los puros en el plato rebosante de cenizas comenzó, con las aspas de los brazos, a disipar el humo azulenco que anegaba el comedor.

El capitán Ojeda lo imitó, usando su casco como abanico.

Después, ambos, asumieron una actitud de inocencia, tal que si quisieran desligarse del humo que enardecía más aún a atmósfera. La puerta al corredor estaba cerrada y allí dentro, aunque ellos no lo sintiesen ya, el ambiente era cálido, sucio, difícil de soportar por quien estuviese menos intoxicado con sus hedores.

Atentos, siguieron el desarrollo del incidente del que eran protagonistas Matilde y el atrevido militar. Alfonso adivinó qué ocurría:

—Parece que uno de sus hombres está haciendo no sé qué a la recamarera de mi hermana.

Rápidamente se levantó Ojeda:

—Debe ser el sargento. Es el único que queda. Ahora lo pondré en orden.

—Será mejor que no se meta, capitán.

—Es que la señora...

—Déjela que arregle las cosas a su modo. Si usted interviene, va a salir raspado...

A los gritos siguió un silencio. Luego una ráfaga de rumores. Después, una risa y, por último el tamborileo de los tacones de María en la cocina. Ojeda y Alard quedaron en suspenso, en espera de verla irrumpir envuelta en furias. Pero la señora Rossi se detuvo ante el brasero. Esperó a que el agua hirviese. Preparó personalmente el café. Lo sirvió en dos tazas limpias, colocó éstas en otra charola y, tomándola, se dirigió al comedor. En el umbral hizo alto un segundo, como si buscara impresionarlos. Puestos de pie a toda prisa, los hombres quedaron en un pasmo. Alfonso corrió al encuentro de su hermana, para ayudarla.

—Oh, no te molestes —dijo ella en tono dulce.

—¡María...! —fue lo único que él acertó a expresar. Dejó ella la charola en la mesa y abrió los brazos, invitándolo a estrecharla con los suyos. La tomó por las manos, y como si fuera a iniciarse el primer paso de una danza de salón, Alfonso la miró de arriba abajo, curiosamente. Algo singular trascendía del gesto, de la actitud, del comportamiento de su hermana, que la hacía verse, siendo igual, distinta a como era siempre. Hallábala transformada, y aun la palidez de su piel tenía un encanto especial; el suave brillo de las perlas.

Los ojos de María se deleitaban también contemplando a Alfonso. Entre la ruda luz del petróleo, el alto cuerpo de su hermano y, sobre todo, su rostro cubierto por la espuma cárdena de la barba, parecíanle el cuerpo y el rostro de un Cristo trágico y bellísimo. Su extrema delgadez, que tanto contribuía a la elegancia de su porte, acentuaba en ese momento el aire de mística serenidad característico de su persona.

—Alfonso... —dijo en un suspiro emocionado.

Más que con una mirada envolvíalo con una caricia, lenta, amorosa, húmeda. Lo encontraba hermoso, con esa suerte de hermosura antigua y señorial que emana como un fluido de los caballeros castellanos que pintaba El Greco. Un segundo se perpetuó

en el tiempo aquel instante de mutuo arrobamiento; el contacto, por las manos, de dos seres inmóviles en el asombro placentero que a ambos les producía el encuentro.

—María... —repitió él; y ella:

—Alfonso... —antes de ofrecer su mejilla al beso de bienvenida.

La besó él. No lo había hecho en años, así. Exactamente, desde la mañana de su matrimonio. Aquel había sido un beso formal, dado con frialdad y recibido por compromiso. El de esta noche era un beso, leve si se quiere, pero solicitado con vehemencia y concedido con amor.

—Estás guapísimo... —ponderó María, haciéndose abrazar por él.

Rio Alfonso ante lo desusado del homenaje que su hermana rendía a su encanto varonil y siguió mirándola con mucha curiosidad, como si dudara de que estuviese en su juicio.

—Es cierto, Alfonso. Estás muy guapo hoy.

Por si ella en su arrebato de admiración había olvidado que no estaban solos, él le indicó:

—¿Saludaste al capitán?

La señora Rossi se apartó entonces del pecho de su hermano y un poco turbada por haberse mostrado tan afectuosa en presencia de un extraño (algo, aconsejábale *Mamacita,* que jamás debe hacerse) se volvió a él y lo saludó con cierto desdén en el gesto.

—Buenas noches, capitán...

Y Ojeda con una muy cortés reverencia:

—Buenas noches, señora...

Instantáneamente, la cordialidad del momento anterior se transformó en desconfiada reserva, en tensión que incomodaba por igual a María, a Ojeda y a Alfonso. Este propuso:

—Capitán, ¿otra tacita?

—No, muchas gracias...

—¿Por qué no, capitán? —preguntó María, con forzada amabilidad.

—Debo irme ya, señora.

—Como Aldo no está —dijo Alfonso, tratando de que Ojeda no se sintiera despedido— el capitán esperaba a que despertaras...

Siguió el artillero:

—Para, a más de agradecerle su hospitalidad, pedirle perdón por todas las molestias que le causamos durante estos días. La última —puntualizó— hace unos momentos...

—Nada de importancia, capitán.

—Haré que el sargento le ofrezca una disculpa.

—No es necesario.

—Si se ha propasado...

María, que no deseaba prolongar más la despedida, lo atajó con una sonrisa:

—Quizá no toda la culpa sea del sargento. La muchacha, sin duda, puso algo de su parte. Y bien a gusto que estaban los dos, digamos, platicando, en lo oscurito...

Lo dijo con tal gracia que Alfonso, el capitán e inclusive ella misma hubieron de reír. Por un par de minutos se desgranaron los comentarios a propósito de la indiscutible facilidad que los soldados tienen para seducir a las muchachas de servicio. Agotadas las risas, Ojeda dio muestras de querer marcharse inmediatamente. Recogió su casco y con él a la altura del pecho, rígido y marcial anunció:

—Dentro de dos o tres días, señora, vendrá gente a recoger el cañón y a limpiar la azotea.

—La atenderemos, capitán.

—Con el permiso de ustedes, me retiro.

La señora Rossi embrazó a su hermano y sugirió:

—Acompañemos al capitán...

Como dentro de la nave de una iglesia abandonada resonaban los pasos de los tres en el corredor. Al descender por la escalera imitaron el redoble rítmico y profundo de un parche funerario. Se hicieron claros, después, cuando cruzaron el patio, en diagonal, hacia el cubo del zaguán. En la puerta, con manta de abrigo en el arco del brazo, aguardaba el sargento. Junto a él, puesta en cuclillas al lado de la jamba, la soldadera llorosa. A María le pareció poco elegante socorrerla en presencia de todos (además no llevaba consigo el portamonedas) y en discreta voz baja rogó al capitán:

—Dígale, por favor, que vuelva dentro de unos días, para ayudarla con ropa y un poco de dinero.

—Lo haré, señora.

Repetidas nuevamente las ceremoniosas fórmulas de adiós, el capitán y el sargento se marcharon tiniebla abajo a largos trancos; un poco atrás, con el tímido trote de las mujeres del pueblo, la viuda.

—Esa infeliz —dijo María con sincera piedad— me parte el alma...

—¿Por qué?

—Le mataron al marido, hoy.

—¿Dónde?

—Aquí en la casa. Murió mientras lo curaba.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Te parece extraño?

—Sí.

—¿Por qué?

No respondió él la pregunta y formuló otra, para reencauzar la charla:

—¿Un balazo?

—En el cuello. Se desangró en unos minutos...

Al hablar ahogándose en el pútrido aire negro de la noche, la señora Rossi refirió a su hermano, con minucioso detalle, las dramáticas circunstancias en que la joven soldadera había quedado viuda, y cómo ella había intercedido para que el cadáver del hombre no terminara en la pira. Estupefacto la escuchaba Alfonso: las cejas curvas, los ojos escrutadores en los ya húmedos de María; la boca llena de preguntas que la esposa de Aldo, a la deriva en su propia emoción verbal, le impedía plantear.

—Algo horrible, Alfonso. ¡Horrible! La mujer luchando, llorando, mordiendo, pidiendo que no lo quemaran...

Sus labios interrumpieron la crónica de la tragedia. Inmóviles primero, petrificados en una mueca amarga, comenzaron luego a temblar, y temblaron hasta que de ellos brotó un profundo sollozo, un lamento tristísimo, como grito puesto de revés.

—¡María...!

Le echó ella los brazos al cuello y se abandonó a la fiebre de la histeria. Vibraba en un espasmo continuo, gimoteando palabras ininteligibles, murmullos que a fuerza de querer expresarlo todo, nada decían. Con su propio silencio conmovido, Alfonso la ayudó a que se calmara. Paulatinamente, superada la crisis emotiva, María cesó de

temblar. Cuando recuperó el control absoluto sobre sus emociones, dijo a manera de excusa:

—Perdóname la cursilería...

Alfonso le ofreció un pañuelo para que limpiara de lágrimas sus mejillas. Así que lo hacía —un poco vaga la mirada, dulces ahora los labios con la sonrisa de un recuerdo muy grato— él le preguntó con suavidad:

—¿Qué pasa contigo, María?

Se tomó ella un tiempo, el que le llevó doblar cuidadosamente el pañuelo y devolverlo a su hermano, para contestar también con otra pregunta:

—¿Qué quieres decir?

—Eso: ¿qué pasa contigo?

—No te entiendo...

Reteniendo la mano que le ofrecía el pañuelo, Alfonso planteó:

—¿Estás bien, María?

—Un poco cansada, como es natural.

—Bien, digo, de salud.

—Claro que sí.

—¿Seguro?

Fue ella, entonces quien lo miró con tan incisiva curiosidad que él hubo de apartar los ojos del rostro de María y fingir que se atareaba en colocar el pañuelo en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Dejémonos de charadas, Alfonso —la escuchó decir, metálica la voz autoritaria—. ¿Qué quieres preguntarme?

—No lo sé con exactitud... —contestó él, confuso porque era cierto lo que decía.

—No lo sabes y, sin embargo, me llenas de preguntas.

—Así es, María. Noto que...

Volvió a hurgar en las pupilas de su hermana, como si dentro de ellas esperase hallar la clave que le permitiera definir qué era *eso* que buscaba, y cuya naturaleza, por más esfuerzos que hacía, resultábale imposible precisar. Pero nada revelaban los ojos de María —puertas cerradas al misterio. Era obvio que la María de esa noche no era la misma de la última vez que se habían visto. Mas, ¿por qué? ¿*a* causa de qué si era hostil siempre con todos, se comportaba ahora amistosamente hasta con los extraños? ¿por qué las palabras que sus labios pronunciaban no eran agresivas como espinas, sino amables, tiernas? ¿por qué, si el roce de una mano solía enfermarla de asco, no mostraba repugnancia al besarlo y al ser besada por él? ¿por qué, si era su orgullo poseer un corazón de hielo, dejaba al compadecerse de la desventura ajena, que lo derritiera la llama de la piedad?

Anhelante, María lo estimuló a que continuara:

—¿Qué notas en mí? —y como él demorara su respuesta, lo instó enérgica—. ¡Dílo!

—Noto... como si hubieras cambiado mucho.

—¿Será que estoy más flaca? —trató ella de bromear, pero en lo íntimo emocionadísima de que alguien tan sagaz como Alfonso, pudiese advertir los signos del prodigio que había transformado por completo su espíritu, y que debían ser evidentes a simple vista como le permitía suponer la actitud curiosa y desconcertada de su hermano.

—No me refiero a eso, sino a otras cosas...

—¿A cuáles, Alfonso?

—Si supiera... —Su larga mano huesuda acarició el pelo de María. Con una sonrisa, irónica a pesar suyo, añadió—. Te encuentro muy distinta. Muy rara. Muy humana. Sí, sobre todo muy humana. Por eso digo que has cambiado mucho...

—¿He cambiado, Alfonso?

—Sí, Por primera vez no infundes miedo.

—¿Miedo?

—Perdóname si te he ofendido.

—Sigue, por favor.

—Tampoco haces que uno se sienta molesto, mal, en tu presencia; y por primera vez también he sentido que tu compasión es verdadera.

—¿Qué más, Alfonso?

—Ya no tienes en la cara ese gesto que... te afeaba. Ahora estás hermosa. Más joven y hermosa.

—¿De verdad se nota en mí todo eso que dices?

—Sí, María. No sé por qué, pero pareces otra...

María lo tomó por los brazos y Alfonso sintió la presión de sus dedos en los bíceps; una presión cargada de signifiado como un saludo masónico. A la difusa luz que sudaba la hoguera, el rostro de la mujer veíase embellecido cuando sus labios dibujaron muy lenta y claramente las palabras de respuesta:

—Soy, y me siento, otra mujer. Nueva. Feliz —y la sonrisa del recuerdo alentó en ellos nuevamente.

Insistió él:

—¿Qué ha pasado, María?

Antes que con la voz, respondió ella con una sonrisa en que abundaban los enigmas. Sonrisa reposada, abierta, madura, que ofreció a la interpretación de su hermano. Alfonso Alard no supo, de momento, qué sentido dar al gesto de María, y se limitó a emitir un neutro:

—Vaya, vaya... —para ganar tiempo, mientras intentaba comprender exactamente lo que ella pretendía decirle con un guiño y la sonrisa.

—¿No lo adivinas?

—No... —volvió a decir, sintiéndose tonto e incómodo como quien no puede, pese a su fama de inteligente, resolver un sencillo acertijo de salón que los espectadores conocen. La misma burla cortés que asoma a labios y ojos de los que esperan la respuesta, aparecía en la boca y en la mirada de su hermana. Brusco, le preguntó—: ¿Qué se supone que debo adivinar?

Al cabo de una breve risa de buen humor, único comentario a la actitud de Alfonso, María Rossi decidió concluir ese juego de misterios que resultaba para él tan irritante como para ella divertido.

—Alfonso... —empezó muy seria, para demandar su atención total.

Apenas dicha la primera palabra de la que iba a ser apasionada confesión, María calló y fue tan repentino su silencio, que él inquirió en tono alto y apremiante:

—¿Qué?

—Nada... —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—¿Qué ibas a decirme, María?

—Nada, nada...

Era mejor no añadir más y conservar para sí, en sí, no revelándolo aún, el secreto de su felicidad; y lo hizo —quizás porque ni la calle ni el momento le parecían sitio y tiempo adecuados para confidencias sentimentales; o tal vez, porque intuyó que los secretos

de amor pierden belleza cuando se comparten con alguien, aunque ese alguien sea la persona que se ama, o, como en su caso particular, la que interesa que los conozca.

Cerró el eslabón de su brazo en torno al de Alfonso y, tirando casi de él, sugirió en un inesperado viraje de la charla:

—Veamos cómo han dejado mi casa. Con una amplia y rápida mirada, María abarcó el conjunto de estragos que habían causado a su casa los brutales bombardeos de la víspera. Después, minuciosamente, recreándose creeríase, sus ojos exploraron la espectacular y terrible desolación de las ruinas —vigas en astillas, cristales rotos, muros llenos de cuarteaduras, muebles vueltos leña, hierros retorcidos, techumbres por el suelo, ropas y cortinas, sillares hechos polvo. Contemplaba aquel paisaje de escombros en un silencio tranquilo, como si no le importara en absoluto ver tan graves destrozos; o como si importándole mucho no pudiese decir cuánto. Estuvo así varios minutos. Alfonso, que esperaba estallidos en lágrimas y gritos, se sorprendió y no poco al escucharla decir, como único comentario, dos palabras; dos nada más:

—Canallas. Miserables... —más que dichas, silbadas por los labios invisibles de tan apretados, que a nadie calificaban en particular, pero que Alfonso adivinó que su hermana dirigía mentalmente, no a quien había lanzado los destructores proyectiles desde La Ciudadela, sino a quien lo había desafiado a lanzarlos.

Decidió probar si acertaba o no en su sospecha, e interpretando a su manera lo dicho por María, comentó:

—Ah, ¡esos *felicistas*...!

Mordida por la víbora de la ironía de su hermano, ella protestó con vehemencia:

—No los culpo a ellos.

—¿A quiénes, entonces?

—A los que pusieron el cañón en mi azotea.

—¿Por qué a ésos?

—Porque sí.

—¿Acaso el capitán disparó contra tu casa?

—Hmmm.

—Los que lo hicieron pedazos, admítelo María, fueron los de La Ciudadela.

—Ese capitancito tuvo la culpa. Nadie más que él.

—*Tch, tch, tch...* —hizo Alfonso con la lengua y lo que de mofa había en el chasquido irritó a su hermana.

—Aunque te burles de mí y pienses que estoy loca, sigo creyendo que el responsable de todo esto, es ese hombre que acaba de irse. —Después, ya no enconada, sólo triste, expresó—. Han destruido mi casa...

—Y otras también.

Muchas casas mostraban, en efecto, aunque menos graves que la de Rossi, tremendas heridas. Pocas, si alguna, estaban ilesas. Cual más, cual menos, todas lucían las huelllas del combate en sus fachadas: boquetes, agrietamientos, descalabraduras de diversa importancia: la viruela múltiple de las balas de pequeño calibre.

—Sí, pero a mí me duele lo mío... —exclamó María, a cuyo avariento espíritu de pequeña burguesa no consolaba que las contrucciones vecinas hubiesen resultado también dañadas.

—Más se perdió en el Diluvio, y aquí estamos... —mencionó Alard el lugar común.

—Pienso en el dineral que habremos de gastar para componerla.

—No te quedarás pobre.

—Será una fortuna. Y como está la situación…

—Deberías estar contenta, hermana.

—Y agradecida, supongo...

—Sí. Los ladrillos se reponen; pero, ¿y las vidas? ¿Cómo estarías ahora si el cañonazo que tiró la mitad de tu casa hubiese matado a Aldo o a Luis Felipe?

—Cállate, Alfonso.

—Así que no te quejes tanto por lo que ocurrió y alégrate por lo que no ocurrió. Ven. Demos una vuelta...

María no puso resistencia cuando él, conduciéndola de la mano, comenzó a caminar por la acera. Muy despacio, los ojos bien abiertos para no tropezar, avanzaba entre los montones de piedras, maderos, polvo, vidrios y chatarra que la obstruían. La calle no estaba ya, como las noches anteriores, desierta y silenciosa. Tampoco aullaba a todo su largo, tal que el último suspiro de un moribundo, el viento del miedo. Sus muros eliminaban en imperceptibles oleadas de tibieza la crueldad quemante del sol que habían absorbido en el día. Muchísimas personas, quizá una centena, hormigueaban por los alrededores, charlando en sordina de puerta a puerta; comentando en grupitos la rudeza de la batalla; preguntándose las unas a las otras cuándo terminaría la matanza, y, con mayor énfasis aún, el largo ayuno a que las condenaba la escasez total de alimentos.

—Morir —comentó Alfonso con María— les importa menos que comer...

Como flotando en un charco de aceite negro, independientes de las manos que las sostenían por encima de las cabezas, movíanse en las tinieblas gran número de lucecitas temblonas y humosas —cabos de vela con los que alumbraban los vecinos su frenética búsqueda de objetos propios, y aun ajenos, que pudiera haber diseminados entre las ruinas. Si alguien encontraba alguno, los demás corrían a hurgar en el mismo sitio, y la calle entonces se poblaba de ecos de carreras, gruñidos, jadeos y palabras de disputa. Nada era ya de nadie y todo lo que se hallase en el arroyo tenía por dueño al primero que le pusiera la mano. Era curioso, subrayó la señora Rossi, ver a tantas personas respetables, ricas inclusive, atarearse igual que recogedores de papel en la aventura de escudriñar los escombros y reñir por la posesión de insignificancias: un cuadro intacto, una chaqueta polvosa pero no rota, una bacinica, un sombrero o, lo que era cómico de tan absurdo, por una faja acorazada de rígidas ballenas. Por ella peleaban, no dos mujeres sino dos caballeros : don Isaac, el relojero judío, y el señor Pórtela, un comisionista. Cada uno, reclamando primacía en el hallazgo o derecho de propiedad, tiraba de un extremo de la prenda, que era vieja, marchita y de talla descomunal. En torno a los hombres, que se acaloraban por el dominio del corsé, un coro de ruidosos muchachos, que a grandes voces, o con rítmico batir de palmas, los estimulaban a no cejar en su contienda.

—¿De quién podrá ser la faja, María?

—Supongo que del relojero. Su mujer es tan gorda que no se explica una cómo cabe dentro de su piel.

Falta ya de combustible humano, la hoguera de cadáveres languidecía en la esquina. Muy débiles eran sus resplandores color caramelo; muy denso de grasa el humo que brotaba de sus cenizas. Algunos chicos, con una varilla de hierro, trataban de extraer un cráneo de entre las pavesas. Lograron, por fin, ensartarlo por la cuenca de un ojo. Con él en alto —estampa de una antigua y bárbara celebración guerrera— comenzaron a aullar de regocijo y a correr alrededor de la fogata funeraria. La calavera parecía estar cubierta por una pelusa de lumbre azul, que le daba asombrosa semejanza a las de

azúcar que se comen el Dos de Noviembre, o alguna de las de cristal de roca que se han encontrado en las tumbas de los soberanos indígenas.

Atónita por lo insólito de aquel espectáculo, mareada por la pestilencia de la carroña, enferma de náusea por el desenfado con que los muchachos manipulaban los huesos humanos que habían seguido sacando de las llamas, la señora Rossi sintió que iba a desmayarse otra vez y temerosa de que le ocurriese en plena calle, se apoyó con ambas manos en el brazo de Alfonso, y murmuró:

—Llévame a casa, por favor.

—Vamonos, sí... —dijo él impresionado también por la macabra representación.

3

AUNQUE el capitán le había dicho que el cese el fuego del día estaba anunciado para las seis en punto de la tarde, Aldo decidió salir de la casa media hora antes. Su esposa continuaba durmiendo en el costurero y a él lo enervaba el lento desarrollo del tiempo, el reumático renqueo de los minutos en el reloj. La perspectiva de ver esa misma noche a Betina y el pensar en todas las satisfacciones que del encuentro se derivarían, llevábale a las manos un temblor sudoroso de ansiedad y a los nervios la tensión creciente de la espera interminable. Cinco, diez veces subió a la azotea; otras tantas bajó al patio y se asomó a la calle; pero no por ello los segundos avanzaban más de prisa. Bebió coñac, fumó un puro, desahogó la vejiga; jugó, distraído, con Luis Felipe — y la hora no avivaba el paso. A las cinco y treinta resolvió poner fin a la tortura. Llamó a Ausencio.

—Vamos a salir.

A los ojos del mozo apuntó el miedo bovino; tragó con dificultad la pastosa saliva que le amargaba la boca; miró al cielo resonante de estampidos y con un suspiro de resignación, acató la orden de su amo:

—Cuando usted diga, patrón...

El centro de la ciudad estaba siendo arrasado sin misericordia por los cañones de la fortaleza, cuyos obuses caían, no por error sino deliberada y metódicamente, sobre objetivos no militares. Templos, casas, edificios de despachos, bancos, puestos de socorro, hospederías, almacenes, mostraban las lesiones del bombardeo; huellas de la saña que los artilleros rebeldes ponían en demolerlos. Intactos, o con daños mínimos, las estaciones del ferrocarril, los depósitos de armas, los cuarteles, los ministerios, las residencias de los prohombres, hacían pensar que los estrategos de La Ciudadela cuidaban de no causarles más desperfectos que los inevitables en una guerra, ésa, a momentos tediosa; casi siempre feroz.

La que Aldo y Ausencio cruzaban apresuradamente, encogidos igual que ladrones en huida, era una ciudad aterrorizada, cubierta de escombros y cadáveres, basura y vehículos quemados, sangre vieja y cenizas de incendio. Un yermo de silencio, pese a que el ruido bárbaro de la batalla no decrecía de la mañana a la noche. Sólo unos cuantos civiles veíanse en las calles, siempre corriendo muy cerca de los muros, sin cesar de mirar hacia atrás como si alguien los persiguiera. Más serenos, con precauciones idénticas, piquetes de cinco o seis individuos de tropa desempeñaban labor de patrullaje. Aunque todos llevasen armas, no las disparaban; quizá porque ésas eran sus órdenes; tal vez porque les faltaban proyectiles. Iban de un rumbo a otro, sin más propósito al parecer que no quedarse mucho tiempo en un mismo sitio.

Compañeros suyos, éstos sí activos, operaban rifles y ametralladoras desde algunas azoteas. En los ya escasos reductos artillados, los servidores de las piezas charlaban tranquilos, o dormitaban en las banquetas, u ocupaban su holganza en jugar a la *rayuela.* Los 75 mm, que no habían llegado a calentarse con media docena de descargas, yacían en el olvido, inofensivos tras los parapetos de protección.

Avanzaban siguiendo la trama en zigzag de las calles transversales; siempre por la acera más a salvo de las balas, los obuses y las esquirlas. Al llegar a una esquina tomaban un leve respiro, enjugaban el sudor que humedecía sus rostros; para estimular su coraje, bromeaban un poco sobre su propio miedo y luego salvaban a la carrera, agazapados, la anchura descubierta del crucero para ganar la banqueta de enfrente. Así una y otra vez. Con frecuencia debían hacer rodeos y aun retroceder varias cuadras y enfrentar nuevos peligros, porque la ruta hacia Palacio Nacional estaba cortada en muchos sitios por destacamentos militares o por formidables derrumbes.

Cadáveres había en todas partes: en los jardines, en las plazas desiertas, en los atrios de los templos, al pie de las paredes, en las avenidas desoladas, debajo de las ruinas, en los quicios de las puertas. Se pudrían en la luz azafrán del atardecer; algunos, de varón especialmente, desnudos hasta la cintura —como si la muerte los hubiese despojado de pantalones y zapatos. No muy lejos de una iglesia, una perrada ladrante y hambrienta hartábase a placer con los despojos de una anciana. Defendiéndola a gruñidos, una de aquellas fieras de enormes colmillos devoraba la serpentina sanguinolenta del intestino. Otras dentelleaban, con acucioso empeño, las piernas, la cabeza, el torso. Tres de esos voraces animales, ahitos quizá, disputábanse a mordiscos el derecho de acoplarse a una flacucha hembra roñosa, que se dejaba olisquear el trasero mientras roía, flemática, las briznas de carne pegadas al hueso de un brazo.

Casi en cada esquina de esa parte de la ciudad ardían piras de cuerpos humanos o de animales, y Aldo se preguntó al cuidado de quién —omnipresente— estaba el proveerlas de su macabro combustible. La humareda, por su misma consistencia, no alcanzaba las alturas del cielo abierto y convertida en cendales de grasa permanecía flotando dos o tres metros por encima del nivel del pavimento —velo gris caliginoso que amortajaba barrios enteros. El hedor caliente recordaba el de los muladares, y las moscas, también. Parecidos a beatas, gordos zopilotes huraños picoteaban glotones la carroña de un caballo. Sus ojillos de duro mirar no reflejaron temor cuando Ausencio, por el gusto de estropearles su agasajo de carne putrefacta y viva de gusanos, les lanzó una piedra, sin acertarles. Las aves extendieron sus alas de negras plumas cenicientas, prontas a levantar el vuelo; más no tuvieron siquiera que intentarlo, pues el que perturbaba su festín siguió camino rumbo al Zócalo.

A gran prisa la luz cambiaba de color. De un momento a otro iban variando sus matices en el cielo. El tono azafrán se diluyó en un púrpura muy cálido; éste en un solferino brillantísimo, que se hizo después amarillo; más tarde, verde limón; lila malva luego y, por último, ocre; sombrío, opaco, viejo, como el orín que corroe el hierro. Idénticos a dedos, los resplandores finales del gran sol se asían al reborde irregular de las cumbres lejanas. El esfuerzo de la luz se prolongó, precario, un largo instante. Por fin, hasta esos brillos remotos se extinguieron, y sobre el valle asentó sus patas la araña inmensa de la noche.

Como si no hubieran estado allí durante todo el día (estaban, sí, pero invisibles en la catarata solar) las luces de los incendios y de las fogatas se mostraron de pronto, y a sus volubles destellos la ciudad veíase distinta, lóbrega, triste y aún más desierta. Las

casas semejaban rotas piezas dentales sostenidas por milagro en las encías de las aceras: casas mutiladas, negras de humo, sin techos, llenas de contusiones. Desiertas casi todas; ninguna indemne. A esa hora el fragor del cañoneo llegó al punto máximo de su furia. Uno o dos minutos se mantuvo en el aire la nota final del estruendo de las armas, y luego se desplomó el silencio; no un silencio progresivo, parálisis paulatina de los sonidos. No. Un silencio-tajo de guillotina.

Se escuchó entonces un lento y profundo suspiro de alivio, como el de un hombre fatigado que se tiende, al fin, a reposar: era la ciudad que se relajaba al término de una larga jornada de horror, para tomarse, en el principio de la sobretarde, el descanso previo al miedo por venir: el de la angustia nocturna, igualmente enloquecedora. En cuanto esa breve pausa concluyera (parénteis absorto, sorpresa de estar aún con vida) la ciudad se vaciaría a torrentes sobre sí misma, para conocer sus nuevas llagas, contar sus muertos, buscar algo que comer o una brecha por dónde huir. Voces humanas comenzaban a escucharse pidiendo respuesta a otras voces; oír palabras en las calles, y no el graznido de las armas, resultaba casi absurdo; eco perdido, incomprensible, extranjero, del idioma de los sobrevivientes de una vieja raza ya extinta.

Endebles fortines y toscas barricadas de pedruscos obstruían las calles que irradiaban del Zócalo, como del cubo de una gigantesca rueda de carreta. Tras ellos centelleaban a la luz de las hogueras la amenaza de acero de las bayonetas y los ojos de los oficiales al acecho, que ordenaban a gritos no acercarse; seguir de largo. La plaza exhibía los estragos que le había causado, a su paso devastador, el huracán de la batalla. Las tres grandes puertas del Palacio —él mismo parecido ya a un cadáver de piedra— estaban casi por completo destruidas, y lleno de picotazos de proyectiles enemigos el frontispicio de la severa mole colonial. Las contusiones eran más profundas en torno a las ventanas y a las troneras de las garitas de la guardia: objetivos favoritos de los certeros cañones insurrectos. Por docenas se contaban los laureles, otrora hermosos con sus frondas verdes, que habían sido arrancados de raíz por los obuses, y por centenares los hoyancos que las bombas de La Ciudadela habían abierto (para que en conjunto adquiriera la fisonomía de un valle lunar) en toda la superficie del espacioso recinto. En prados y senderos del jardín era posible ver la muerte inmóvil: cuerpos sin vida, tibios aún algunos, que aguardaban a que se les condujera a la fogata crematoria; carne inútil en espera de turno para cumplir su cita con las llamas.

Hacia el oeste, en el Portal de Mercaderes descansaban de la fatiga del combate los soldados que habían comenzado a pelear al romper el alba; hombres cejijuntos, de rostro gris y mirada absorta, endurecidos en el sufrimiento y, por eso mismo, insensibles al de sus camaradas que agonizaban en el pantano de sangre colectiva —negruzca melaza pegajosa, revuelta con orines, vómitos y excrementos, en las que chapoteaban en su ir y venir unos pocos médicos del Ejército, unas cuantas enfermeras voluntarias y un sacerdote, pequeño y tranquilo, que oía en confesión o administraba los Santos Óleos a quienes más próximos a la muerte estaban.

A los que habían cesado de vivir (en discreto silencio, unos; otros revolcándose entre alaridos de desesperación), se les conducía a la pira más cercana; o, de no poder contenerlos ésta, se les amontonaba en el arroyo para formar una nueva. Mozos de cuerda los rociaban con petróleo y les acercaban teas. En la voracidad del fuego —marionetas sumisas al mandato de un titiritero invisible— iban animándose poco a poco y cuando las llamaradas tomaban aliento, los cadáveres se entregaban al frenesí de un alucinante acto de pantomima.

Sucesivamente rechazados en varios puntos por hoscos centinelas que no entendían razones y que se mostraban sordos al lenguaje siempre eficaz del soborno, Aldo y Ausencio bordearon el gran bostezo del Zócalo, y guiándose por la aurora de un gran incendio, remontaron la flaca y recta calle que corre por detrás de la Catedral, el único intacto de todos los edificios que ciñen a la Plaza Mayor en un abrazo de cantera y tezontle.

Grupos de civiles y de tropas contemplaban con morboso placer cómo el fuego iba devorando aquel zoco de barracas miserables, pequeñísimas, apretujadas, ubicado a espaldas de Palacio y en las que comerciantes judíos, árabes, españoles, hindúes y alguno que otro mexicano, vendían géneros, verduras, carnes, productos lácteos, jarcias, hierbas mágicas, esencias de dudoso origen egipcio, pájaros cantores, vinos, abarrotes, masa de nixtamal, loros parlanchines, aperos de labranza, abalorios, herramientas nuevas o de segunda mano, loza, muebles, plumeros, granos, piedras de amolar, amuletos cabalísticos, panaceas, afrodisiacos y las mil extrañas y misteriosas mercaderías que suelen hallarse en esos sitios —remedo cosmopolita, babélico, ruidoso y colorido, del tianguis prehispánico.

Otros hombres, mujeres y niños —habitantes de esos cubículos; ratas humanas que en ellos habían soportado los rigores de ocho jornadas de bombardeo y que ahora los abandonaban a causa del siniestro— trataban de salvar lo poco que poseían: un jergón sucio de tiempo, un anafre, algunos utensilios de cocina; el arpa maullante de un gato flaquísimo, estampas religiosas, un narguile, el harapo de un cortinaje de damasco, papeles de envoltura, balanzas, una raída zalea de leopardo, la momia viva de una anciana; un *bidet;* y lo iban acomodando más allá del alcance de la lumbre, sin que les importara mucho, de momento, establecer diferencias de propiedad. Se trataba, por lo pronto, de arrebatarle su botín a las llamas; y todos, sin egoísmo, colaboraban en la empresa común de rescatar lo de todos.

Cada minuto o dos, sin mayor ruido, se desplomaban cuatro o cinco tendejones al mismo tiempo, y al caer por tierra los techos de lámina o las astillas bermejas de las débiles, carcomidas y añosas estructuras de madera, el aire se embellecía con el feérico centelleo de millares de chispas: gotitas de sangre incandescente, cola de pavo real esmaltada de multicolores plumas de fuego. Con el asombro de sus ¡ay!, de sus ¡oh!, los espectadores comentaban el progreso inexorable del incendio; el avance, cada vez más rápido, de aquel ácido de lumbre que todo lo corroía. Sus víctimas, por el contrario, aullaban cóleras, ladraban insultos, chillaban imprecaciones contra el elemento arrasador. Un viejecito de barbas hasta mitad del pecho, sombrero hongo y verdoso levitón de paño, salmodiaba sinuosas sentencias en hebreo, sus ojos perdidos en la esponja negra del cielo y una gran mueca de hambre y derrota en el gesto.

El muro norte del Palacio estaba guarnecido. Había muchas tropas en los alrededores, pero no vigilantes que prohibieran el tránsito de los civiles. Los soldados que haraganeaban en el exterior de la sede presidencial, en aquel vasto campamento callejero pródigo en lumbradas, no mostraban en sus caras ni en sus ropas señas de agotamiento, mugre de batalla, sudor de vigilia; parecían, como pronto habría Rossi de saberlo, pertenecer a un ejército que aún no entraba en acción y que llegaba apenas a la ciudad luego de una larga temporada de cómodo asueto en sus cuarteles suburbanos. Extra vertidos, risueños, limpios, con buenas armas y bien provistas cartucheras, gastaban el tiempo bromeando, fumando, limpiando el acero mate de sus mosquetes. Un poco aparte, los miembros del cuerpo de ametralla—doristas velaban sus *Hutchinsons* montadas en trípodes, y más allá, los artilleros, seis por cada pieza,

imponían entre ellos y los demás una cierta distancia y un silencio orgulloso, altivo, de seres de casta superior.

Los patios ofrecían el aspecto de un mesón pueblerino: heterogéneo, bullente. El aire apestaba, a más de a cadaverina, a estiércol agrio, a pastura podrida, a sobaco; atmósfera fétida que dejó a Rossi sin aliento al absorberla, de pronto, por sorpresa. La blasfemia a flor de labio, activos tenientes apresuraban la carga de pesadísimas cajas de balas a lomos de una recua de muías. Capitanes de bronca voz ponían orden en una tropa torpe y agotada gue demoraba en formarse de prisa. Mayores y coroneles devanaban charlas de cuchicheo en los rincones, o intercambiaban documentos.

Alguien que estaba junto a Rossi —también civil; escaso de talla, tocado con un fieltro color pizarra— comentó:

—Son los Carabineros de Coahuila que se van —aludiendo a esa tropa que aún no encontraba la armonía de la fila.

—Ah... —opinó Aldo, mientras esperaba a que se despejara el paso hacia el Patio de Honor, en ese momento taponado por un transporte militar.

—Se los llevan... y así el señor Madero se queda sin sus últimos leales.

—¿Sí?

—Aja. ¿Vio a los que están afuera? Ésos vienen a remplazar a éstos. ¿Sabe quién los manda?

—No.

—Pues, Blanquet: Nada menos que Blanquet. Lo que quiere decir que el gobierno ha caído en manos de los traidores. ¿Qué opina usted, señor...?

Aldo movió la cabeza de un lado a otro, en un vaivén que todo quería decir (dejaba la interpretación al gusto o interés de su interlocutor), pero que nada en realidad expresaba.

—¿Terrible, no le parece?

—Si usted lo dice...

Era mejor no comprometerse hablando de traiciones en el cuartel general de los traidores. Quizá el individuo fuera un espía, un soplón pronto a vender las opiniones de los boquiflojos; o, tal vez, sólo un ciudadano, ¿temerario? ¿imbécil?, que decía en voz alta lo que pensaba, sin medir el riesgo que implicaba censurar ante un desconocido (que para suerte suya no era delator) la última de las absurdas órdenes de la Comandancia. En la duda era más sensato callar, no pronunciarse ni en pro ni en contra de nadie, y apartarse cuanto antes de quien con su charla indiscreta comprometía. El transporte cruzó el arco divisorio de los patios, y el señor Rossi se alejó sin más despedida que un leve movimiento de cabeza.

Tan atestado como los anteriores estaba el Patio de Honor. Con las de uniforme se mezclaban infinidad de personas en ropa civil: burócratas, funcionarios de mediana jerarquía, gestores del favor oficial (que tan caro se cotizaban en esos días difíciles), clérigos, choferes, diplomáticos de levita. De los corrillos surgía en espirales el humo de las charlas ruidosas, de las rispidas voces altisonantes, de las carcajadas que festejaban algún chiste; el estrépito de motores que vaciaban en el aire ya impuro el veneno químico del monóxido de carbono; el relincho de unos caballos neurasténicos que debían pertenecer a altos jefes del Ejército, a juzgar por lo suntuoso de sus albardones, lo gordo de sus carnes, lo bruñido de sus pieles y la abundante pastura fresca puesta a su alcance.

Subieron escaleras, cruzaron oficinas, disputaron con ujieres que se negaban a dejarlos continuar y hallaron por fin la ruta hacia el largo corredor que terminaba en la

puerta del teniente coronel Marcos. Como la vez anterior, una veintena de personas enfurruñadas aguardaban ser admitidas.

El capitán centinela recibió, con disfraz de un cordial apretón de manos, otra moneda de oro y el ruego de Aldo:

—Quisiera ver al señor teniente coronel. Estoy citado.

—Le avisaré que está usted aquí. ¿Señor...?

—Rossi... Si no está el teniente coronel quisiera hablar con su secretario.

—Les diré. Espere un rato.

Del fondo del patio invisible al que asomaban las ventanas ciegas de aquel pasadizo, subía el rumor amortiguado de los carabineros que evacuaban Palacio y las voces de quienes marcaban el ritmo preciso de su marcha: *¡un, dos, un, dos, un, dos!* En el aire oscuro quedaron vibrando, nítidos, los metálicos tintineos de hebillas, marrazos, acicates y demás herrajes de las fornituras. Otra ola de sonidos se empalmó a la que acababa de extinguirse: nuevo redoble de botas claveteadas, nuevo reventar de gritos más allá de las vidrieras, nueva presencia de seres humanos en uniforme que ocupaban hasta el último rincón del cuadrángulo de baldosas negras.

—Señor Rossi... —llamó el capitán desde la puerta del despacho.

—Voy, voy... —respondió Aldo, presuroso, hendiendo por la mitad la cerrada multitud que le impedía el paso.

—Mi coronel lo esperaba...

Se levantó un violento vocerío de protestas. Los que habían llegado antes que Aldo se echaron sobre el capitán, imprecándolo, acusándolo de favoritismo y de falta de educación. El capitán impuso silencio sin pronunciar una palabra: sólo con una mirada de buitre que aplicó a los belicosos y les hizo sentir cuan insignificantes eran. Volvió a hundirse en su silla, a cruzar los brazos y a aislarse de aquel pequeño mundo de inconformes, que, quisieran o no, necesitaban de él para lograr la entrevista con Marcos.

Con una servilleta al cuello, el teniente coronel daba los últimos mordiscos a un emparedado. Llena la boca de pan moreno y jamón, indicó a Rossi que se sentara en el camastro. Desde su sillón, el secretario de cara pilla sonrió meloso; extrajo de una gaveta del escritorio un documento y lo dejó a la vista del oficial. Parsimoniosamente —ya no tenso como la víspera, risueño y gentil— Marcos se limpió los labios, sopló las migajas que habían caído sobre la carpeta de secante color musgo, bebió a pico de una botella de *Anjou* y le tendió la flacura de su mano.

—Lo esperábamos desde las doce...

—No pude venir a esa hora. Los tiros...

—Estuvieron fuertes, ¿en?

—Mucho. Pero... ahora, aquí estoy...

Marcos mojó la pluma y dibujó una rúbrica muy elaborada, parecida a un quetzal, al pie del texto escrito a máquina. Cuidadoso hasta del menor detalle (debía ser, a no dudarlo, un maniático del perfeccionismo) pasó el secante sobre cada trazo y luego, cosa que Rossi jamás había visto hacer y que no sabía tampoco que siguiera haciéndose, virtió arenilla de marmaja en el garabato, aguardó a que absorbiera la humedad de la tinta y devolvió el polvo al frasquito del que lo había tomado.

—Éste es, mi señor, el último salvoconducto que daremos.

—Tuve suerte entonces...

—No se darán porque ya no serán necesarios; ya no harán falta... —y Marcos sonrió de una manera chocante y burlona—. Desde las seis de la tarde se decretó el armisticio. ¿No lo sabía?

—No.

—Una tregua que terminará en la paz. En esa paz que todos piden a gritos.

—Ah.

—Eso quiere decir, señor Rossi, que con el salvoconducto o sin él, podrá ir a donde desee, dentro de la ciudad, y salir de ella también, si gusta...

—Ah... —repitió Aldo, que seguía sin comprender explicaciones tan confusas.

—Ayer, cuando usted vino, un salvoconducto era imprescindible; hoy, ya no. Mañana, mucho menos. Sin embargo, pues usted cumplió su parte, yo cumplo la mía... y se lo entrego.

Desconfiadamente Rossi tomó la hoja de papel y la leyó de prisa: "El Supremo Comandante de la Plaza, de acuerdo a sus facultades, concede autorización al portador y a quienes lo acompañan, para..." La línea en la que debía aparecer el nombre del sitio de destino del beneficiario del documento estaba en blanco.

—Falta ponerle aquí a dónde quiero ir... —puntualizó, un poco brusco, devolviéndole el papel a Marcos, de quien se sentía víctima de burla y de estafa.

—No es necesario... —informó el teniente coronel—Como le he dicho, ya puede ir a donde quiera sin que nadie se lo impida...

—De todos modos, por aquello de las dudas, quiero que lo llene... —insistió Aldo. Si había pagado por un salvoconducto, completo quería tenerlo.

—Está bien... —concedió Marcos. Tomó el pliego, entintó la pluma y preguntó —¿A dónde quiere ir el señor...?

Fue ése para Rossi otro instante de compromiso. Uno de ésos con los que el hombre se prueba de tiempo en tiempo. (Sólo los que son absolutamente conformes desconocen la agonía de las decisiones radicales.) Le preguntaba Marcos: "¿A dónde quiere ir el señor...?" y lo colocaba en la situación extrema: elegir, obedecer el impulso automático y optar por uno de dos sitios, antípodas en la compleja geografía de los sentimientos: Coyoacán, para la familia. Azcapotzalco, para la querida.

—¿*A* dónde? —había vuelto a interrogar Marcos. Hurtó el cuerpo al dilema, buscó otra vez una fórmula que conciliara los términos abstractos (amor, deber) y le permitiera, reiterada cobardía, no faltar a uno ni traicionar al otro. ¿Qué mejor, razonó que asegurar el viaje de Betina pidiendo al oficial que escribiera: Azcapotzalco? Sí, como Marcos afirmaba, a partir de esa noche podría trasladarse libremente a donde quisiese, ¿a qué emplear el salvoconducto para ir a Coyoacán, ya que de todos modos —luego de depositar a la catalana en lugar seguro— allí iría con su esposa y su hijo?

—A Atzcapotzalco...

Marcos comenzó a escribir, y luego de haber trazado las dos primeras sílabas de la palabra retuvo la pluma y miró a Rossi con expresión curiosa:

—¿No había dicho ayer: Coyoacán?

—He cambiado de idea.

—Bien. Para Atzcapotzalco... —tras de repetir la minuciosa operación del secado de la tinta y devolver a Rossi el documento, comentó a guisa de despedida—: Aunque no lo necesite, este papel puede servirle. Quizá no todos conozcan ya la orden que le hablé. Si alguien se le pone bravo, enséñelo.

Se reiteraron hipocresías y Rossi salió rápidamente de la oficina de Marcos. Por más que el salvoconducto carecía ya de eficacia, de creerle al teniente coronel (¿de qué

sirve una llave si no hay cerradura que abrir?), Aldo sentíase satisfecho de llevarlo en el bolsillo. Fuese útil o no, su posesión le aseguraba una cierta tranquilidad. A una seña suya, Ausencio lo siguió como la cauda a un cometa.

Entre dientes del pensamiento —así de discreto lo evocaba— el señor Rossi repetía el nombre de su amiga con la discreta ternura de un colegial:

—Betina... *Carissima Betina* —feliz porque en el instante de la decisión había tomado la que creía más justa y valerosa.

4

PASADAS las diez y media de la noche ("He venido sólo por un par de minutos, pues debo aún hacer otra visita...") llegó el doctor Cobo. Si no salud, pues su rostro macilento evidenciaba los estigmas del ayuno, rebosaba optimismo; una alegre vivacidad que proporcionaba a sus ojitos ese brillo de astucia sonriente que hay en los del zorro. A medida que hablaba, y dejaba de hacerlo sólo para tomar aliento, frotábase las manos como si estuviera lavándolas con alcohol. Cuando la emoción la alteraba, se percibían en su voz las cascaduras de sus muchos años. —Esta noche, Alfonsito, tendremos paz.

—Eso ha venido repitiéndose desde hace un siglo, doctor. Una paz que se anuncia, *para esta noche precisamente,* y que no llega nunca. Así llevamos ocho días.

—Hoy sí, Alfonsito. Hoy ha terminado todo.

—¿Se rindió La Ciudadela?

—¡Qué dices, muchacho! María, ¿oyes a tu hermano? ¿Rendirse La Ciudadela? No, hombre. ¡Palacio Nacional ha pedido la paz...!

—¿El gobierno?

—¿Quién si no...?

—Doctor, usted sueña. ¿Por qué habría de rendirse el gobieno?

—Porque el Presidente ha obedecido el consejo de quienes le recomendaron desde el principio llegar a un acuerdo con Félix Díaz.

—No lo hará.

—Hace media hora supe la noticia, Alfonso. Me la dio un personaje muy bien enterado: el teniente coronel Marcos, de cuya casa vengo. Éstas fueron sus palabras textuales: "Hoy, o mañana temprano tendremos paz, doctor. El general Huerta ya convenció al Presidente, y el Presidente va a parlamentar con La Ciudadela." Eso dijo Marcos y estoy obligado a creerle, porque es hombre serio y de fiar...

Emitió una risita burlona. Alfonso dijo paladinamente que dudaba de la veracidad de la noticia, así proviniera de Marcos... o quizá por eso mismo. Parecíale inadmisible, como cualquier persona sensata, creer que el gobierno, sitiador, estuviese dispuesto a rendirse al enemigo, sitiado.

Con paciencia de tahúr que sabe ganada la partida, Cobo le permitió hablar hasta que agotó sus argumentos respecto al proceso lógico a que habría de ajustarse la situación político—militar del momento.

—¿Es todo lo que tienes que alegar?

—Por ahora, sí.

—Lo que acabas de exponer, Alfonsito, parece cuerdo. Como tú dices, lógico. Pero no lo es. Convencete: ésta no es una revolución igual a la de 1910.

—De acuerdo. Es sólo un atraco de bribones

—Es un movimiento muy, muy especial. Polifacético, digamos, que pone término a tres años de locuras, desorden, ladronerías, crímenes y atropellos. Por mi parte, muy contento estoy que así sea.

Lo estaba en verdad. La victoria de los rebeldes de La Ciudadela —que sabía segura— era algo más que la de un militar inconforme y débil sobre un gobierno en apariencia fuerte, pero corrupto; era la esperada victoria de quienes, como el doctor Cobo, sin amilanarse ante las vicisitudes, la miseria y el miedo, habían mantenido vivo tres años en sus corazones el culto al férreo dictador ausente: hombre íntegro, fiero y poderoso, que ganaba batallas desde la lejanía del exilio. La recompensa a su sacrificio, a la humillación que para ellos significó tener que alternar, y aun obedecerla de buen grado, con la plebe vencedora, no sería otra mejor que el regreso del Gran Desterrado; su presencia augusta en Palacio.

—Termina la pesadilla, Alfonso, y ahora sí el orden, ¡el Orden! va a restablecerse. Volverán los tiempos viejos, los buenos. Ha sido necesaria una guerra, la mucha sangre vertida en estos años terribles, para que el pueblo comprenda que sólo don Porfirio está capacitado para gobernarlo.

Escuchando al doctor, Alfonso Alard tenía la impresión de estar escuchándose a sí mismo dialogar la tarde del domingo 9 con Aldo, en el corredor. ¿No acaso entonces había dicho más o menos lo que ahora afirmaba el médico: que el único hombre con tamaños para gobernar a México era, precisamente, el Dictador? ¿No había dicho, también, que si la asonada *felicista* llegaba a tener éxito, a nadie debería asombrar que el desterrador volviese al Poder?

Cobo continuaba:

—Como es voluble por naturaleza, la chusma que le volvió la espalda a don Porfirio en 1910 es la que hoy ansia su regreso. ¿Sabes por qué, Alfonsito? Porque ha puesto en la balanza al Que—se—fue y Al—que—quedó, y prefiere a aquél y no a quien, sin tener méritos ni alcance para ello, se auto—proclamó Redentor del Pueblo... —y al pronunciar, subrayándola, la palabra Redentor, el médico dio curso a otra de sus comedidas risitas sardónicas.

—Mentiras, doctor, mentiras.

—Verdades, Alfonso, verdades. En tiempos de la Odiosa Dictadura, como la llamaban los demagogos de plazuela, el pueblo comía, gozaba de seguridades; era feliz. Ahora tiene hambre, vive en la zozobra y conoce la tristeza de la miseria. ¿Es justo reprocharle que llame a gritos a su Héroe; al que lo alimentaba, lo protegía y le brindaba bienestar? Cuando don Porfirio vuelva...

—No volverá, doctor.

—Volverá, Alfonso. No digo que inmediatamente, mañana o la semana próxima, pero sí dentro de un tiempo. No puede ser de otro modo...

Cobo estaba plenamente convencido de que la victoria de Félix Díaz tendría como secuela lógica y forzosa la reinstauración de la Dictadura. Pensar en ello, llenábale de gozo el pecho, de lágrimas emocionadas los ojos, de temblores placenteros los miembros. ¡Don Porfirio otra vez en Palacio, patriarca genial, tigre de gran fuerza y experiencia; omnímodo como un emperador romano; deslumbrante como la luz de un astro! Con él de vuelta terminaría en México para siempre el dominio de la gleba. Se aquietarían las broncas aguas del caos; y las cosas, los hombres, las ideas retomarían sus lugares. No más mezcolanzas democráticas; no más ensayos igualitarios. Habría paz: la dulce, madura, maciza, estable paz de los Treinta Años. Personas decentes, no voraces arribistas, asistiríanlo en la titánica tarea de restablecer el orden, la honradez,

la justicia, tan dañadas en los últimos treinta y seis meses por La Horda y sus capitanes.

—Dudo que el pueblo acepte otra vez a don Porfirio —martilleó Alfonso Alard—. Ni a él ni a los suyos. A otro, quizá. Dudo, así mismo, que el triunfo del sobrino, si lo logra, vaya a servirle de algo al tío...

—¿A quién entonces?

—A Huerta, o al que convenga, a quienes promovieron este *cuartelazo.*

—El pueblo...

Lo atajó Alfonso con rudeza; y en tono tan ofensivo que María se sintió apenada, dijo:

—El pueblo no ha intervenido en esto. Y usted lo sabe tan bien como yo.

Con piadosa ironía, la muy tierna que los hombres sabios usan para mirar a los ignorantes, el doctor Cobo escrutó a Alfonso. Si éste, ciego, no quería ver lo que a la vista estaba, allá él. Tiempo le sobraría para arrepentirse de haber sido torpe; de haber dudado de la palabra del Poseedor del Enorme Secreto.

—Es mejor —le sugirió con mucha suavidad— que vayas haciéndote a la idea de que el general estará de vuelta antes de mucho para rescatar del desastre los restos del país. La Revolución, acéptalo, ha pasado a mejor vida y México se salva, así, de quienes hubieren sido sus gobernantes del futuro: ladrones de toda laya, asaltantes de camino real investidos del poder; atracadores de encrucijada con jerarquía de Ministros o Presidentes. En una palabra, rufianes que no dejarían jamás de cobrar de las arcas públicas el diezmo eterno por sus servicios; y no sólo ellos, sino también los de su estirpe. Mas no divaguemos —tomó aliento y continuó en tono docto—. Porfirio Díaz es el único mexicano que ofrece, para las naciones extranjeras, garantía de seguridad. Sólo con él en el timón, la nuestra podrá recuperar su antiguo prestigio de República seria, en lo político, lo social y lo económico. Cuando él vuelva, volverán los capitales que escaparon al saqueo... y reconquistaremos la confianza que había en nuestra patria antes de que tuviera la mala fortuna de caer en manos del loco que hasta hoy la ha desgobernado...

Durante buenos diez minutos, el doctor Cobo siguió haciendo la metódica, despiadada y mordaz disección del régimen. Retrasado mental, individuo sin carácter, político miope, alborotador demagogo, Judas de su casta; anarco-espiritista, fullero de baja estofa, cobarde, débil, fueron algunos de los términos que usó para calificar al Presidente.

—Don Porfirio, ¡qué diferencia! Era, es, un hombre, un Señor. Treinta años gobernó y fueron los mejores de la historia del país. El ciudadano confiaba en él porque sabía mandar, porque sabía hacerse obedecer; porque lo enseñó a respetar las Instituciones. Con Madero, ¿qué? Compara a uno con otro; pésalos, mídelos, y dime quién sobresale. Aun en la hora de la derrota don Porfirio tiene grandeza, se agiganta. Para echarlo del poder fue necesario que se confabularan cientos de miles de ilusos, los judíos y los francmasones, y ni así les fue fácil. Para echar al *Barbitas* ha bastado la voluntad de quinientos patriotas... ¿Crees, Alfonso, que una rebelión como la de Félix le hubiese quitado el sueño al Viejo? ¡Qué va! En cinco minutos le hubiese dado una zurra al insolente..., lo que don Panchito no ha podido hacer.

Alfonso pudo meter baza, aprovechando un ataque de tos que acometió al doctor Cobo:

—¿Qué empujó a esos miles de ilusos a seguir a Madero en su lucha contra don Porfirio? ¿Qué, doctor?

Cobo, que para todo tenía respuesta, contestó:

—Oh, la locura colectiva. La irreflexión de un momento.

—¿No sería, más bien, que el pueblo estaba harto de una felicidad deparada sólo a gente como nosotros, la *élite,* los afortunados; de una paz semejante a la de los cementerios; de un orden impuesto a punta de bayoneta, de una abundancia que regulábamos a través de las tiendas de raya? ¿No sería por eso?

Chasqueó la lengua el médico de los Alard, movió varias veces la cabeza, sonrió benevolente:

—Alfonso, ¡vaya que has cambiado! Ahora hablas como ellos... —e hizo mofa de las expresiones: "Paz de cementerio", "terror de bayonetas", "abundancia regulada"; frases claves en que abundaban los discursos pronunciados en los últimos años—. Demagogia. *Clichés.*

—*Clichés,* como usted dice, pero no por ello menos ciertos...

Enarbolando el índice, Cobo volvió a apoderarse de la palabra:

—De tiempo en tiempo, y la historia se ilustra con ejemplos, los pueblos que se lanzan a la torpe aventura de cambiar de caballo a mitad de la corriente (como hizo el nuestro en el malhadado noviembre de 1910) se arrepienten apenas comprenden lo grave de su equivocación; y, pues son sabios, rectifican, tal como lo hace el mexicano en estos días... Sí, sí, vas a decirme que México cambió para mejorar. ¿Mejoró, Alfonsito? Claro que no, y lo más terrible: se quedó huérfano de padre, sin el amparo de quien lo había sido, espléndido y amantísimo, treinta años. Tres soportó sin mostrar abiertamente su disgusto; tres años durante los cuales pudo, como antes dije, aquilatar el valor de don Porfirio y el de Madero, y llegó a estas conclusiones definitivas: don Porfirio era un Hombre; Madero, un mequetrefe; don Porfirio mandaba; a Madero, lo mandan. Con don Porfirio se sentía seguro, porque México gusta de que lo gobiernen los fuertes. Con Madero está a merced de un insensato que actúa, no de acuerdo a los supremos intereses del país, sino de acuerdo a lo que le ordena la tabla *ouija.*

Atenta y silenciosa, la señora Rossi seguía el apasionado y, a veces, violento torneo verbal de los dos hombres. Estaba por completo de acuerdo con el punto de vista de Cobo y en contra, así no lo dijera, del de Alfonso. Cuanto expresaba el médico parecíale correcto y absurdo lo que argumentaba Alard. Pronto, sin embargo, perdió interés en la polémica. A medida que transcurría el tiempo y se aproximaba la medianoche, iba preocupándose más y más por la tardanza inexplicable de su marido, al que imaginaba expuesto a quién sabe qué tremendos riesgos en no sabía qué remoto lugar de la metrópoli en tinieblas. Prometió iniciar un Novenario al *Cristo de Limpias,* si Aldo regresaba antes de que sonaran las doce. María hizo un esfuerzo para salir de su abstracción y tornó a concentrarse en la disputa, que continuaba en el mismo tono: tercos sus actores en no ceder terreno; altas las voces, los ademanes inamistosos.

Alfonso decía:

—¿Quiénes maquinaron la traición contra Madero? ¿quiénes, desde el primer día de su gobierno, comenzaron a conspirar para, como usted dice, empujarlo al fracaso?

—Los improvisados que llamó...

—No, doctor. Los supervivientes del Porfirismo: generales, políticos, burócratas, incrustados dentro del gobierno… Ésos son los que le echaron zancadillas, los que le llenaron de obstáculos el camino... Déjeme terminar, se lo ruego... Hace un momento dijo usted que Félix Díaz, con sólo quinientos hombres, derrotó a Madero en cuanto se lo propuso...

—¿Y no ha sido así, Alfonsito?

—Que lo haya derrotado está aún por verse. Lo que quiero expresar, doctor, es esto: suponiendo, sin conceder, que La Ciudadela venza a Palacio, ¿cree usted que el artífice de la victoria sea Félix Díaz?

—¿Quién si no?

—¿Félix Díaz, doctor, o los porfiristas emboscados que estimularon, con la ayuda de los Estados Unidos, la ambición de individuos como el propio Félix o como Bernardo Reyes o como Huerta, para tenerlos listos y poder usarlos en el momento oportuno contra un gobierno que comienza a superar, como el de Madero lo hace, la anarquía por la que debe pasar todo país que cambia de métodos tan radicalmente como cambió el nuestro?

Con otra sonrisa cínica repuso Cobo:

—Si Madero dejó enemigos dentro de su casa, qué tonto fue. Un viejo dicho de cazadores recomienda: "Remata a la fiera herida, si quieres vivir tú." Y don Panchito se olvidó de tomar esa precaución elemental...

Convencido de lo inútil de seguir discutiendo con quien, como el doctor, a todo argumento lógico oponía por respuesta una argucia dialéctica, Alfonso decidió terminar la querella:

—Para usted, queridísimo doctor, la generosidad de Madero, que perdonó— a miles de siervos del porfirismo, fue cobardía, miedo, falta de madurez. ¿Sí o no?

—Eso fue, en efecto. De haber estado en su caso, don Porfirio fusila a todos, empezando por Madero. De otro modo, ¿hubiese podido gobernar a gusto? Suenan fuertes estas palabras, lo sé; mas no olvides que en cuestiones de gobierno el sentimentalismo no es virtud, es error. Nada de "puente de plata al enemigo que huye". Nada de eso. Paredón y balas; borrón y cuenta nueva.

—Muy cristianos sentimientos, doctor.

—Experiencia, muchacho. Pies en el suelo y no cabeza a pájaros. Hay que oír la voz de la razón y no La—del—Más—Allá...

—Se puso en pie dificultosamente—. En fin, he pasado un rato muy agradable charlando contigo.

Miró el reloj. Faltaban quince minutos para que el día concluyera. Hizo un aspaviento porque el tiempo, sin él sentirlo, había transcurrido con extraordinaria rapidez.

—¡Qué barbaridad! Casi medianoche y yo todavía aquí... y otras personas, los Bernal—Zermeño, esperándome desde las once...

El trayecto hasta el patio lo cubrió Cobo preguntándole a la señora Rossi por su salud y la de Luis Felipe.

—De tu esposo —dijo— no te pregunto porque sé que está bien.

—Gracias a Dios.

—Y a propósito, ¿no van a ir a Coyoacán?

—Sí, doctor.

—Es raro entonces... —comentó Cobo vagamente.

—¿Qué, doctor?

—Lo que me dijo, antes de venir aquí, el teniente coronel Marcos...

—¿Y qué le dijo?

—Que Aldo pidió el salvoconducto para ir a Azcapotzalco.

Se encogió María de hombros:

—Coyoacán o Azcapotzalco, lo mismo da. Iremos donde Aldo diga.

El caballejo uncido al *tilbury* del doctor Cobo defendíase a coletazos de la molestia insistente de las moscas. Un mocito, arrebujado en el interior del vehículo, se espabiló

al escuchar la voz de su amo y las de quienes se despedían de él a la puerta del zaguán; y saltó a la acera para ayudar al anciano a subir.

—Alfonso —preguntó Cobo— ¿deseas que te acerque un poco a tu casa?

—Gracias, doctor. Me quedaré unos minutos más.

—Entonces, buenas noches... María, buen viaje.

—Que la pase bien, doctor.

Así que el *tilbury* se alejaba lentamente, Alfonso comentó con sordo rencor:

—Cuando se pone tonto como esta noche, el doctor es insoportable.

—¡Tú que le haces caso!

—Dice tantas sandeces... —Al cabo de una pausa reflexiva—. ¿Sales de viaje?

—Si. Aldo, el niño y yo. Unos días los tres solos, en otro ambiente. Alfonso —dijo de pronto, con mucha pasión—. Creo que al fin he encontrado sentido a mi vida. Sin embargo, me siento un poco desorientada; como tú dijiste cuando salimos: un poco como si no fuera yo... Y no lo soy, querido Alfonso, no lo soy. Me asusta, lo confieso, el temor de ser feliz...

—¿Temor, María?

—Sí. Temor. No quiero hacerme ilusiones, ni creer lo que me está pasando...

Alfonso, de quien María esperaba alguna frase solemne ahora que le había revelado más o menos abiertamente su secreto, sólo comentó con tierno, expresivo humorismo:

—A nuestra edad, querida hermana, el sarampión del amor resulta peligroso y no se cura fácilmente.

Rieron ambos, con picardía de cómplices de alguna travesura. La tomó él por los hombros, la miró a la distancia de sus brazos extendidos, le dejó un beso en la frente y, muy serio, solemne ahora sí, comentó:

—Me da mucho gusto saber que eres feliz.

—¿Se me nota, Alfonso? —volvió ella a preguntar lo que había preguntado horas antes.

—Mírate en un espejo.

No se dijeron más. No era necesario, tampoco. Fue una despedida sin palabras. Un beso mutuo. Una caricia de él, con el dorso de los dedos en las mejillas de María.

Un ademán de adiós, que la mano de la señora Rossi dejó inmóvil largo rato en el aire envenenado de hedores.

IX

1

CUATRO campanadas austeras batieron el hierro frío del silencio, y la señora Rossi, que apenas los había cerrado, abrió otra vez los ojos. Las volutas sonoras disolviéronse con gran lentitud como las de humo en el aire, y en el comedor volvieron a escucharse nada más los nítidos *tic—tacs* del reloj —pulsaciones de la sangre mecánica del tiempo. Ese gotear parejo de segundos le producía un efecto hipnótico, al que ella enfrentaba la fuerza total de su voluntad para no ceder a la obsesión del sueño. Sin embargo, de cuando en cuando dormitaba por periodos de cinco o diez minutos.

Al volver de la última de esas breves ausencias —la mente roma por la sorda embriaguez de la fatiga; en la boca el gusto amargo de la preocupación; en los miembros el hormigueo de la parálisis de la sangre—, María Rossi comenzó a rezar;

más bien, reanudó la plegaria que hubo de interrumpir al quedarse dormida. Las palabras le servían tanto para invocar el amparo de Dios para el esposo cuyo retorno aguardaba, como para calmar la angustia que iba apoderándose, igual a una humedad, de todo su cuerpo.

Casi automáticamente, deformados por el bostezo que alcanzó a reprimir, sus labios repitieron:

—Manda Tus ángeles, Señor Soberano, que cuiden su cuerpo y bendigan su alma. Tú, que lo proteges tanto, como verdadero Padre, bendícelo, y también el Hijo y el Espíritu Santo... —y con la pasión de su fe trazó cuatro veces, una hacia cada punto cardinal, el signo de la cruz.

El fervor calmaba sus nervios, ahuyentaba sus terrores y la ayudaba a recuperar la tranquilidad de la confianza. Creía, plenamente, que mientras rezara por él Aldo estaría a salvo de todo peligro. Mas, apenas terminaba de musitar las frases hechas, su cerebro tornaba a entregarse a los pensamientos siniestros; y le era necesario entonces reiniciar el monólogo, aplicarse a sus palabras con ahínco, aturdirse con aquella forma de olvido de cuya eficacia no dudaba.

Inició una nueva oración (sabíalas por cientos, adecuadas para cada circunstancia específica) y como si hubiese ingerido alguna droga enervante, su ánimo fue recuperando poco a poco el equilibrio. Se escuchó recitar antiguos conceptos estereotipados que la arrullaban con su monotonía:

Alma santísima de Cristo, purifícalo.
Cuerpo preciosísimo, sálvalo.
Sangre purísima, embriágalo.
Agua del Costado, purifícalo.
Pasión de Cristo, confórtalo.
¡Oh, mi buen Jesús, óyelo...!

Otro vapor de sueño comenzó a adormecerla. En aquella languidez momentánea tiempo y lugar perdían sentido real y la señora Rossi, memoria de quién era y, sobre todo, por qué estaba allí, de bruces sobre la mesa, a oscuras, padeciendo a solas la ansiedad de la espera. A punto de abandonarse a la fatiga —como tantas veces, esa noche— interrumpió bruscamente el proceso de su abstracción y trémula, sofocada, consumida de reproches, volvió al minuto presente. Alto, para que su voz la espabilara, se apresuró a concluir el rezo dejado a medias.

Dentro de Tus llagas, escóndelo.
No permitas que jamás se aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndelo.
A la hora de su muerte, recíbelo.
Y mándalo ir a Ti, para que Te alabe.
y con Tus santos Te bendiga.
por los siglos de los siglos,
Amén.

Pensó que mientras continuara allí, aislada por completo con sus reflexiones, corría peligro de quedarse dormida definitivamente. Decidió salir al comedor; pero la mera idea de levantarse de la silla, rodear la mesa y a oscuras encontrar el camino de la

cocina debilitó su ánimo, tal que si la distancia (una docena de pasos) fuera inconmesurable. Gimió con desesperación y se exigió el esfuerzo, penosísimo, de mantener bien abiertos los ojos, así le ardieran como si en ellos hubiesen vertido vinagre.

¿Aldo —dónde estaría?

Todos sus pensamientos giraban en torno a ese pivote. ¿Por qué no había vuelto aún a las cuatro de la mañana si desde las seis de la tarde anterior no se combatía y transitar por las calles no resultaba riesgoso? ¿No lo habían hecho, por ejemplo, Alfonso y el doctor Cobo? Ella misma, ¿no había salido con su hermano a curiosear por los alrededores de *Sorrento?* De Rossi sabía, por boca del médico, que había visto a Marcos en Palacio al principio de la noche. Si tal noticia era cierta, debía descartar la posibilidad, que llegó a ocurrírsele, de que Aldo hubiese sufrido algún grave percance mientras iba, en plena batalla, de su casa a la Comandancia. Aldo y el mozo, de creer el informe; estaban bien a las ocho. ¿A qué atribuir, pues, su retardo?

¿Y si hubiese sido víctima de tal percance *después* de su entrevista con el militar? En apoyo a su confianza, decíase que de haberle ocurrido algo, Ausencio habría llegado ya con la triste nueva. Esto mitigaba su aprensión tanto tiempo como le era posible mantener lejos de su cerebro la otra duda: ¿y si la desgracia hubiese alcanzado a ambos? Entonces se desplomaba, aturdiéndola, el débil esqueleto de su optimismo, y la incertidumbre se apoderaba nuevamente de María.

Aterrándola mucho admitir que Aldo hubiese muerto (la angustia la hacía llevar lo trágico de sus temores al extremo) más la aterraba imaginar que su viudez —consecuencia infortunada, pero hasta cierto punto lógica, de la sangrienta guerra civil— era el castigo que merecían las culpas de su vida. Con los ojos en lágrimas, ya en el principio de una leve y temerosa inconformidad que desbordaba a pesar suyo los límites de la razón, María Rossi negábale a Dios derecho de castigarla con ésa, la peor de las penas: privarla de quien le había revelado el enigma del placer.

Idea recurrente: si Dios no ignoraba que jamás volvería a sentir interés carnal por ningún otro hombre, ¿por qué le arrebataba al que era para ella, desde el amanecer de la víspera, símbolo absoluto de amor? Las sensaciones que se le permitió gustar (y que aún ahora, al evocarlas en plena crisis, la perturbaban) ¿le habían sido dadas en recompensa a muchos años de amargura y frigidez, como pensó al experimentarlas, o, como ya comenzaba a temer, sólo para tentarla en su pureza?

La ira de Dios ¿debíase a que ella lo había defraudado dejándose cautivar, igual que una pecadora sin escrúpulos, por los demonios del sexo?

De pronto, corroída por los remordimientos y no poco asustada por haber puesto en duda el derecho del Señor a castigarla —audacia que por sí sola merecía la más terrible de las sensaciones—, la señora Rossi imploró apasionadamente:

—Estoy loca, Señor, y Te he ofendido... —golpeando con la frente la tabla de la mesa—. ¿Quién soy yo, gusano miserable, para negarme a que me juzgues y a que me castigues por mis pecados; de los cuales, como acabo de demostrarlo al dudar de Tu justicia y Tu bondad, el de la soberbia es el peor? ¿Quién soy, Señor, si no la más humilde de tus criaturas, y la más agradecida también? Perdóname, Dios misericordioso; perdóname...

La tensión que torturaba sus nervios disminuyó considerablemente cuando sus ojos de brasa se humedecieron con las primeras lágrimas. Muchos minutos estuvo llorando a borbotones, sacudida de sollozos, convulsa de lamentos, con la mejilla sobre el mantel. Al término de la breve borrasca volvió a sentirse lúcida, tranquila, provista de ese poder interior que Dios, con su infinita experiencia, le había otorgado para que

pudiera soportar con entereza las vicisitudes de la vida. Su fugaz rebeldía parecíale, ahora, monstruosa e imperdonable. ¿Cómo dudar de la bondad de un Dios, el suyo, que se mostraba magnánimo con su ofensora, permitiéndole intuir que estaba ya absuelta de afrenta tan grave?

—Gracias, Señor de los cielos... —dijo en un suspiro, así que los sensibles oídos de su corazón escucharon, y comprendieron, el secreto lenguaje de que se vale Dios para comunicarse con quienes lo ofenden—. Gracias por no castigarme como lo tengo merecido...

A poco, sin embargo, mientras enjugaba sus lágrimas con un pañuelito, incurrió nuevamente en pensamientos que la inquietaban. Muchas incógnitas, le parecía, quedaban sin resolver. Tímida, fue planteándoselas una a una. Descartó las menos importantes y conservó, para someterlas al tamiz de la reflexión, unas cuantas. Por ejemplo: si el pecado se nos da sin reservas, ¿por qué se nos castiga después de gustarlo? ¿Fue Dios o el Enemigo quien se valió de Aldo para hacerla caer en el sórdido pantano del placer erótico? Si Dios, como estaba segura, ¿por qué se sentía ahora sucia y culpable? Si ella, en un acto de sacrificio que ofreció al Todopoderoso, se entregó con repugnancia a la lascivia animal de Rossi, ¿por qué Dios permitió a su carne, hasta entonces insensible, consumirse en la llama de la lujuria? Si Dios es amor, ¿el que gozó con tal ímpetu, le fue o no concedido por voluntad divina? ¿Cómo comprender el verdadero significado de las Señales? ¿A quién interrogar para salir de dudas?

¿Por qué decirse: "A quién interrogar para salir de dudas", si toda su vida había recurrido a Dios para que la sacara de ellas? Su mano temblorosa buscó el librito negro que había estado leyendo antes de que el sueño comenzara a acecharla. Lo halló entre las arrugas del mantel, y lo tomó, lo arrebató casi, con la misma codicia con que un niño se apodera del juguete que le gusta. Sus dedos gozaron de la singular voluptuosidad de acariciar el terso cuero de la cubierta; la lisura metálica de los cantos, que alguna vez, cuando nuevos, lucieron un hermoso barniz de oro; las rugosidades ya gastadas del lomo. Era el *Áncora de Salvación,* en cuya primera página blanca, vuelta color pajizo por el uso y por el tiempo, había escrito *Mamacita,* con fina y minuciosa caligrafía (muy *fin—de—siglo)* las palabras de una dedicatoria que le era posible, siempre, recitar de memoria: "A mi hija María, que en este Devocionario encontrará la Divina Luz. A ti, hija querida, te obsequio esta *Áncora* maravillosa. Si sufres, léela que un gran consuelo inundará tu alma. Si sientes que tu fe flaquea, reconfórtate con sus enseñanzas. Si estás sola, acude a ella... México, el 2 de enero del año 1887."

Ése era, para la señora Rossi, un instante de enorme soledad, y pensó que la lectura del pequeño volumen del Padre José Mach, S. J., llevaría a su alma confusa, como lo había hecho mil veces antes, el alivio que tanto necesitaba.

La lámpara estaba apagada y María fue a la cocina a buscar fósforos, sufrió un acceso de cólera al no hallarlos donde debían estar y mentalmente hizo un acre comentario crítico al desorden que imperaba en aquella zahúrda. Se prometió reñir a la culpable del caos, apenas la viera. Sus manos ciegas tropezaron con un vaso, que se estrelló en el suelo, rompiéndose con estrépito. Un segundo o dos más tarde, como si hubiese estado muy cerca en las tinieblas, apareció Matilde.

—¿Qué busca, señora?

—Los cerillos.

—Deben andar por aquí.

—Deben, pero no están.

—¿Dónde los habrá dejado Albinita?

—Mujer tan fodonga...

María y Matilde, cada quien por su lado, buscaron la caja de fósforos. No escapó a su registro ningún rincón de la cocina. En vano. Molesta, la señora Rossi dijo:

—Llama a la vieja...

—Sí, señora.

—No. Espera. Déjala... —ordenó después, cuando ya la *yaqui* corría en dirección al dormitorio de los criados—. No le digas nada. Ve por tu rebozo. Vamos a asomarnos, a ver si viene el señor...

—Sí, señora.

Matilde regresó a poco, ya con el rebozo ceñido. En el índice de la mano derecha sostenía, por el ojo, el revólver que el señor Rossi le había prestado la noche que hubo de ir, sola, a comprar pan. Como si tener el arma en su poder le produjera pánico, la entregaba a su ama; pero ésta la rechazó igual que si se tratara de un reptil:

—¿Para qué traes eso?

—Pues... por si se ofrece.

—Oh, niña, niña... —María tomó el revólver con muchas precauciones y fue a guardarlo en un mueble del comedor.

El frío seco despojó de las últimas brumas del sueño el cerebro de María Rossi y la piel de su cuerpo se tornó rugosa y dura. Macizos, como piedra, sentía los pechos y tensa la superficie del vientre. Tembló de *cabeza a* pies al ser herida por los agudos filos del viento silencioso que libraba a la ciudad casi por completo de su viejo hedor a muladar, de la pestilencia de los cadáveres, de las emanaciones mefíticas de las atarjeas que echaban a las calles una continua baba de ratas famélicas, audaces e inquisitivas.

Con Matilde caminó hasta la esquina de la avenida. Estuvieron allí un buen rato, ambas al amparo de un muro, como si aguardaran el paso de un tranvía; y les causó no poca sorpresa ver tanta gente transitando en todas direcciones. Aunque haría más de diez horas que no sonaba ni un disparo y aunque en casi todas las charlas *era paz* la palabra que se pronunciaba con mayor asiduidad, los ciudadanos no daban muestra de creer que el armisticio fuera a durar mucho. El éxodo continuaba con la fluidez de una hemorragia. Igual que el sudor por los poros de la piel, seguían brotando de las puertas sombras humanas que engrosaban la turbulenta corriente de fugitivos —procesión de seres amiedados, que se dejaba arrastrar por la marejada, sin saber con certeza hacia dónde.

Perdida la fe, en sus caras la marca del hambre, huían hacia todos los rumbos del valle, con la ordenada compostura de una colonia de hormigas que cambia de domicilio y se lleva consigo las más valiosas o necesarias de sus pertenencias. Los henchidos afluentes de las calles transversales se vaciaban en el caudal múltiple de las avenidas que corren de norte a sur y de este a oeste —geométrico eje de la ciudad. El gran miedo humano tenía por dimensión la del silencio en que se realizaba la escapatoria. Miles eran los que se iban; pero todos, inclusive los niños, y excepto los bichos caseros (gatos de lastimero maullar, perros pulgosos y gruñones, pájaros inquietos en sus jaulas, algún loro malhumoriento) se guardaban de hacer ruido, como si no quisieran interrumpir el letargo de las armas. Sordo y patético percibíase el rumor penitenciario de los pies sobre el piso de cantos o adoquines. Cuando algún chico lloraba, o un varón alzaba la voz más de la cuenta para dirigirse a los suyos, un tumulto de siseos obligábalo a callar.

Si la población civil, aterida de frío, huía en silencio, las tropas del gobierno, en cambio, se movilizaban estrepitosamente de un sector a otro: al compás de sus botas con estoperoles, los infantes; entre el crepitar nervioso de los cascos de sus caballejos, los jinetes; y envueltos en injurias los que arreaban las muías con ametralladoras sin armar, cobijas, racimos de lámparas, botiquinas de campaña y cajas de proyectiles. Compactas columnas procedentes del Zócalo relevaban a las acampadas desde hacía casi una semana en la Alameda. Otras seguían rumbo a los puntos del frente en los cuales la batalla había alcanzado sus más ásperos acentos. Retemblaba el piso al rodar sobre él las férreas ruedas de los cañones y el aire palpitaba con las órdenes de los oficiales.

Tales veloces desplazamientos de hombres y máquinas presagiaban quizás —hipótesis de los menos optimistas— que la paz no sería duradera. De ser definitiva, *¿a* qué reforzar las líneas en sus tramos débiles; a qué distribuir con tan grande abundancia y prisa material bélico; con qué propósito alzar, como estaban alzándose, nuevas y más espesas barricadas? La presencia en las calles de aquel ejército nocturno que tomaba posiciones estratégicas y que amurallaba las antiguas, lejos de tranquilizar a los ciudadanos contribuía a asustarlos más.

Temerosos de ser sorprendidos por el peligro, aceleraban el paso, trataban de ganárselo al vecino, reñían; proporcionaban la confusión y al alterarse la disciplina colectiva armábanse espantosos tumultos. Alguien, a gritos, trataba de imponer cordura, evitar que las filas cesaran de moverse, impedir que el pánico cundiera. Pero esos gritos causaban, casi siempre, el efecto contrario, y el rebaño se alocaba, poníase en fuga y en su estampida arrollaba, aplastaba, destrozaba a quienes no lograban apartarse a tiempo.

Otros gritos, después, en una suerte de reflujo de serenidad, exigían calma, llamaban al buen juicio y calmaban la rebujina.

Apaciguada la turbamulta, se recogía a los heridos, se apartaba a los muertos (llorosos, los deudos renunciaban al interés personal de salvarse), se reorganizaban las legiones de civiles, se apagaba el clamoreo, y a una orden y a una seña de no se sabía quién, la vanguardia del largo acordeón humano volvía a ponerse en movimiento. El viento estimulaba las llamas de las piras y sus fulgores bermejos hendían la oscuridad, proyectando el dramático contorno de las sombras sobre las fachadas leprosas de los edificios.

Diríase que aquellas largas filas mudas eran de dolientes de algún luto colosal; y, en efecto, eso eran —los de la ciudad muerta e insepulta, que ardía en mil incendios a la vez; que se envenenaba con sus propios miasmas y que atestiguaba, con ojos resignados, su propia e inevitable desintegración. Capital—cadaver de la que eran amos los gusanos. Carroña abandonada a los buitres, las jaurías y las ratas. Despojo mutilado de una metrópoli hermosa apenas una semana antes y que ahora, a la luz de las hogueras, veíase llena de tajaduras, incisiones y agujeros, como el cuerpo de un desconocido en el que adiestran su pulso los cirujanos bisónos.

Cuando comprendió que era inútil seguir de guardia en aquella esquina, la señora Rossi dijo a la *yaqui* que regresaran a *Sorrento.* Una nueva esperanza, la de que Aldo hubiese vuelto ya y un nuevo temor, que él estuviese preocupado por la ausencia de su esposa, la estimularon a avivar el paso. Aunque sus piernas carecían de agilidad a causa de la flebitis crónica, avanzaba de prisa, remontando a contrapelo la gruesa corriente de fugitivos que atestaba el arroyo y la acera; tan de prisa, con tal ansia de llegar, que Matilde pasaba apuros para no rezagarse y perderla.

—Dios quiera y el señor haya vuelto... —comentó María, más para sí que con Matilde, en un momento en que pudieron caminar una al lado de la otra.

—Dios quiera que sí... —deseó la sirvienta, convirtiéndose en eco de la esperanza de su ama.

Y luego, sin que viniera a caso, la señora dijo: —Parece la noche del 15... —aludiendo a la del 15 de septiembre, aniversario de la Independencia, y en la cual la ciudad se vuelca sobre la ciudad, en mágica yuxtaposición, y grandes multitudes risueñas, ebrias y estruendosas, animadas de fervor cívico y tequila, recorren las calles y se citan en el Zócalo para vitorear a quien (sea presidente o dictador, o ambas cosas) repite desde Palacio el grito libertario del

Cura Hidalgo.

—Igualita... —concedió la *yaqui,* cuyas opiniones eran

siempre las de su patrona.

Las calles, en efecto, rebosaban de transeúntes; pero, qué distinta la actitud de éstos a la de quienes se reúnen a celebrar la fiesta nacional. La del 15 es noche de luz y ruido de risas y vivas, cohetes y música, bengalas y castillos pirotécnicos; y también de muerte: de una muerte alegre, si así pudiera decirse, alcoholizada, bravucona y patriotera. El vino torna rijosos a los hombres, exacerba su machismo, los vuelve hipersensibles a la ironía ajena, los desinhibe de su timidez tan comedida cuando están sobrios. Por algo tan simple como un piropo a la compañera, por un empellón accidental, por un vistazo altanero, por una diferencia de opiniones, brota la chispa de la riña, y llamea el acero de los cuchillos, y la sangre corre, y los hospitales se llenan de heridos, las cárceles de agresores y de luto las familias. Pero la novena de la trágica contienda estaba resultando una noche tristísima. Nadie reía, nadie bromeaba, nadie clavaba en el aire sus gritos de júbilo, y sólo la luz de las hogueras funerarias iluminaba la soledad del cielo. Y las que flameaban por encima de las cabezas no eran banderitas verde—blanco—rojo, sino grises trapos con los que se identificaban los encargados de recoger cadáveres o incinerar basuras.

A la puerta de *Sorrento* vigilaba la sombra friolenta de doña Albina. Apenas la vio a una veintena de pasos de distancia, María echó a correr hacia ella, creyendo que Aldo había llegado ya, y que la mujer estaba allí para anunciárselo. Pero la vieja cocinera, con una candida pregunta, heló su entusiamso:

—¿Encontraron al señor? Desalentadamente repuso María: —Creí que estaría ya aquí. —¿Le habrá pasado algo?

Matilde, quizá por solidaridad con el silencio contristado de la señora Rossi, comenzó a llorar apagadamente; y la cocinera exclamó con enojo:

—¡Uy! Lloras como si estuviese muerto...

—Albina, cállese... —exigió María, ruda, para no llorar ella misma.

Las tres mujeres amortajadas de amanecer permanecieron varios minutos a la puerta de la casa, hilando pensamientos pesimistas, nutriéndose de frágiles esperanzas, comenzando a admitir que el inexplicable retraso del amo sólo podía obedecer a un accidente grave. Con su modo directo y brutal de encarar la realidad, doña Albina rumiaba reflexiones: "Si el señor no ha vuelto, y van a ser las cinco, es porque ya lo mataron por ahí, y con él a Ausencio."

Húmeda de pesar la voz, Matilde propuso:

—¿Quiere que vayamos a buscarlo de nuevo?

—No —rehusó María—. Suban a dormir.

—¿Y usted?

—Iré también.

Así que pisaban los peldaños entre suspiros de María y tiernos consuelos de Matilde, la cocinera sugirió:

—Tómese un buen fajo de coñac, señora, para que se sienta bien. Para que no piense...

—Coñac, no... —dijo María, después de pensarlo un poco—. Será mejor una cucharadita de valeriana...

—¿Para qué medicina, si el coñac es mejor?

—La señora quiere valeriana. Entiéndalo, Albinita.

—Pues que se tome lo que quiera. Yo, preferiría coñac...

En el rellano Matilde dejó de brindar a María el apoyo de su brazo y se adelantó, subiendo los escalones de dos en dos, a buscar el frasco de la valeriana. Cuando la señora llegó a la puerta de la cocina, la muchacha la esperaba con el sedante vertido ya en la cucharilla. En lucha con el llanto a punto de derramarse por sus ojos, la patrona apuró la medicina, a la que sólo recurría en casos de verdadera necesidad.

—Gracias, hija...

Matilde recibió el increíble cumplido de ser llamada hija, con un estremecimiento de perruna felicidad. Luego de apurar entre mohines de disgusto una segunda dosis de aquel líquido que llevaría un poco de paz a sus nervios en conflicto, el ama instó a las criadas a que se fueran a dormir, y rechazó el ofrecimiento de la *yaqui:*

—Me quedaré con usted... —diciendole:

—Quiero rezar un poco... sola.

—Si se le ofrece algo, ¿me llama?

—Sí. Sí. Buenas noches.

Entró en el comedor. No deseaba rezar, como había dicho: sólo permanecer en la penumbra sin testigos para su angustia. Se derrumbó sobre la primera silla con la que tropezaron sus piernas. Transcurrió un corto tiempo de silencio —de ese silencio que antecede al sueño y que es distinto al silencio común de sonidos muertos— y a punto ya de dormirse percibió un confuso rumor. Era Matilde, la obsequiosa y cordial Matilde que había hallado la caja de fósforos y la llevaba a su ama.

—¿Le enciendo la lámpara?

—Sí... —aceptó María, más para ahorrarse nuevas explicaciones que para tener luz.

Ardió el fósforo y tintineó después el capuchón de cristal que cubría la mecha de la lámpara. Brotó la llama azulina, parpadeó un poco y se estabilizó finalmente. Matilde la graduó a la intensidad que creyó adecuada y, luego de recibir las gracias de su señora, se fue. Apenas lo hizo, María redujo al mínimo la brillantez de la luz y cerró los ojos.

Una huérfana campanada del reloj la hizo sobresaltarse. Jabonosa, la tenue claridad del amanecer llenaba por completo, aunque débilmente, los cristales de la puerta del corredor. Eran las cinco y media de la mañana. María había dormido, a lo sumo, una hora, con la ayuda sedante de la droga; en esos sesenta minutos de descanso, incómodo si se quiere, pero absoluto, habíase liberado de gran parte de la fatiga que adoloraba sus músculos y le embotaba el entendimiento. No muy extenso había sido su sueño, pero sí profundo y reparador; y estaba de vuelta sintiéndose fuerte y tranquila.

Pensar en Aldo la enfrentó otra vez a las preocupaciones que la acosaban antes de recurrir a la medicina para olvidarlas. Sintió cómo sus nervios iban tensándose paulatinamente debajo de su piel. Con los dedos índice y pulgar de la mano derecha presionó sobre sus ojos y, al hacerlo, tras sus párpados brotaron millares de lucecitas que la deslumbraban con sus colores, su variable intensidad, su diverso tamaño. Cons-

telación de chispas coloridas; incandescencias maravillosas; rocío de fuego fatuo. La dedicatoria escrita por su madre en el *Áncora* apareció entonces en su pantalla mental, encendiéndose y apagándose, como uno de los letreros luminosos hacía poco puestos en las azoteas de algunos edificios de la Avenida San Francisco.

> *…si sufres, léela que un gran consuelo inundará tu alma si*
> *sientes que tu fe flaquea reconfórtate con sus enseñanzas si estás*
> *sola acude a ella . ..*

Los conceptos perdían coherencia, sentido, orden. Retornaban al caos de lo no—creado. A ser meras palabras aisladas. Términos abstractos. Voces carentes de la armonía de la razón. Torbellino de sílabas demenciales. Alucinaciones gráficas. Chisporroteo de jeroglíficos. Vértigo del cerebro en el coma del delirio.

> *...sola léela consuelo fe sufres acude reconfórtate te te ñanza*
> *ense enseñanza sus sus estas flaquea el quea quea tu tu tuuuu...*

Se apagaban, se encendían, se apagaban, se encendían, y la rueda giraba en torno a su eje invisible, y una sobre otra se empalmaban en montaje las imágenes grotescas de los sueños anteriores, y al pensar en el pozo negro de humedades vaginales experimentaba sed, y veía a Alfonso enarbolando su fálica batuta, y los miembros flácidos de los músicos obscenos; y bebía el fuego del aliento de Aldo y sufría otra vez, vivamente, el recuerdo del dulce dolor de las entrañas desgarradas y la quemadura de la materia que ahogó su carne mustia con su consistencia de luz.

Fue un grito, su grito; y un dolor, el de sus dientes haciéndose sangre en los labios, los que la despertaron definitivamente:

—No, no... Dios mío.

Estaba de pie, temblando, apoyadas las manos sobre la mesa, en la actitud de quien se precave de la acometida enemiga. Su rostro rezumaba sudor de pegajosa frialdad; de su pecho el eco profundo del corazón desquiciado.

—Oh, oh... —repetía, víctima de un íntimo dolor placentero.

Cuando consiguió serenarse un poco, tornó a la silla: lúcida ahora, quemándose en el rubor de haberse dejado arrastrar a una intensa crisis de carnal deseo.

—Dios mío... —musitó.

Amainada la tempestad de sus sentidos, parecíale estar muy débil y como flotando en el vacío. Tomó entonces el libro, lo abrió al azar, avivó la luz de la lámpara y comenzó a leer, en una especie de acto de contrición:

"¿Te acuerdas, cristiano, de aquel día en cjue te convertiste al Señor? ¿Te acuerdas de aquel dichoso tiempo en que anduviste con fervor en el servicio divino? Fue, tal vez, en el Mes de María; en la Cuaresma, en aquel jubileo, en aquella misión, cuando, reconciliándote con Dios, emprendiste una vida cristiana. ¡Qué días aquéllos tan serenos! ¡Qué tiempo aquél tan venturoso! Di: ¿hallaste jamás en las fiestas y diversiones del mundo calma tan sosegada, placer tan puro, paz tan dichosa, satisfacción tan sólida y verdadera?"

Comenzó a llorar, como le ocurría siempre desde niña cada vez que sus ojos repasaban el texto del *Áncora.* La lectura de esas páginas la vinculaba sentimentalente a *Mamacita;* y así al leer los conceptos del Padre Mach sentíase muy cerca de la viuda Alard, muy protegida por su alma bondadosa, muy confortada por su gran sabiduría. Su

llanto era breve; apenas un fulgor sobre el brillo de sus pupilas febriles. Después experimentaba una singular limpieza de espíritu; un alivio casi total de sus penas (fuesen éstas cuales fuesen) y la sensación física de estar respirando una brisa pura, fresca, viva. Esta noche lloraba también y obtenía, al hacerlo, las mismas gratas recompensas de las veces anteriores.

Continuó a media voz:

"¡Qué bella, qué admirable te parecía entonces la religión! i Qué fácil, qué suave y encantadora se te hacía la práctica de la virtud! El corazón era puro; y así, inefables consuelos inundaban tu alma dichosa al meditar los dulces misterios de nuestra religión, al recibir el pan de los ángeles... y aun con sólo invocar los suavísimos nombres de Jesús, María y José..."

Dijo:

—Aldo... Aldo... Aldo... —con la misma amorosa y reverente unción con que nombraba a las Personas de la Sagrada Familia.

Un sonido, no escuchado en mucho tiempo, le hizo separar los ojos de la página y tender el oído hacia el vacío oscuro. Maullaba, lastimero, un gato, y su reclamo se hacía largo, ondulante, desgarrador en el silencio de la alta madrugada, sin recibir respuesta. A la felina voz dolorosa siguió otra, que María identificó con exactitud: la de su corazón, voltejando al impulso de una acometida asmática, de una súbita arritmia respiratoria. La sangre atronaba en las venitas de sus sienes y otra vez, en los tímpanos, repetíase el rumor de la caracola. La luz se puso turbia de humo y ella la arregló para que alumbrara bien.

"Pero, ¡ay! —tornó a aplicarse a la lectura— ¿qué se hizo de aquella feliz inocencia? Desapareció muy pronto, desapareciendo con ella aquellos dulces embelesos del alma: la paz, el sosiego, la alegría; sucediendo a tan suaves hechizos, negra melancolía, profunda indiferencia, guerra intestina, crueles temores, dudas espantosas, remordimientos atroces; en una palabra: una imagen del infierno. Harto lo sabes: ¡qué dichoso eras entonces y qué desgraciado eres al presente! Tu corazón era entonces un remedo del paraíso... ¡y ahora...!"

Cerró violentamente las tapas del libro, como si quisiera evitar la fuga de las ideas, la punzadura de las insidias en que abundaba el texto del jesuíta, y dos o tres veces dijo: "No, no, no"... Por primera vez desde que la leía, y casi no había noche que no lo hiciera, estaba en franco desacuerdo con las palabras del *Áncora;* en abierta rebelión contra pensamientos que antes le habían parecido tan dignos de fe como el *Credo.*

Ese *entonces* en el que tanto hincapié hacía el Padre Mach, no había sido para ella remedo del paraíso; ese *entonces* no había sido, tampoco, de dulces embelesos, ni de paz, ni de sosiego, ni mucho menos de alegría —sino un tiempo interminable, cadena sin fin, de odios, dolorosísimas angustias y rencores. Ahora rechazaba los dogmáticos conceptos porque su alma y su mente no estaban embotados más por la impotencia de la conformidad, y sí despiertos por el hallazgo maravilloso de las sensaciones físicas ¿Por qué resignarse a languidecer en un remedo del paraíso si ya nada le impedía vivir en el paraíso auténtico?

Sabía lo que estaba escrito a continuación, y lo citó de memoria:

"¿Y qué? ¿Has de gemir siempre bajo el ignominioso
yugo de las pasiones?"

—Sí, Dios mío, sí —dijo en un reto. "¿No quieres romper todavía las pesadísimas cadenas del vicio?"

—No. Nunca... —y al decirlo, acometida por un nuevo reflujo de pasión, María Alard de Rossi volvió a echarse de bruces y a martillar sobre la mesa con el puño, mientras reiteraba roncamente—. Nunca. Nunca. Nunca...

2

SIMULTÁNEOS, se escucharon el pesado tañer lejano de la campana de un templo y, abajo, en el patio, las recias pisadas del señor que regresaba. Al reconocerlas, María abrió los ojos y se puso en pie. Por unos segundos quedó ciega y sin aliento en la claridad inclemente. El día iba ya por su séptima hora y la luz del sol devoraba las últimas sombras, en el comedor. No despierta aún por completo, torpe como una mariposa nocturna, se lanzó hacia la puerta. Era tal su desesperación por abrirla, que sus manos no acertaban a hallar el pomo de la cerradura, y comenzó a gemir de rabia y a gritar a las criadas:

—Matilde… Albina... ¡El señor... el señor! Las sirvientas estaban ya en el corredor, esperando que el amo terminara de subir la escalera: doña Albina, acodada al barandal de hierro, risueña su cara vieja; Matilde, muy cerca de la desembocadura, con una expresión de risa y llanto, mirando incrédula —tal que si fueran resucitados— a los dos hombres que ascendían a lento ritmo de fatiga los peldaños: Rossi con acentuadas líneas de vejez en el semblante sucio; Ausencio con las espaldas curvas y más intenso que nunca el tinte cetrino de su rostro mestizo.

María abrió los brazos, y con un grito en los labios:

—¡Aldo . ..! —se lanzó al encuentro de aquel espectro, real, concreto, que al verla se había detenido a mitad del corredor y que esperaba, casi podía creerse que a la defensiva, el ataque de su mujer.

Lo envolvió con voracidad irracional y lo retuvo en la apretada malla de sus brazos y de sus piernas un largo, larguísimo tiempo; un siglo de segundos convulsos, de sollozos y roncos gimoteos ininteligibles, lenguaje de la emoción, que no recurre para expresarse, porque son ineficaces, a las palabras convencionales. Torrente sonoro de armónicas disonancias con el que se hace oír la voz secreta del sentimiento. —Aldo, Aldo... —era lo único que atinaba a decir, como si hubiese olvidado las demás palabras. Palabra—símbolo de todo cuanto constituía su mundo desde cuarenta y ocho horas antes. Síntesis de lo que ambicionaba: pasión y ternura; amparo y fuerza; amistad y calor.

Rompió a llorar, un llanto profundamente humano, de grandes lágrimas cálidas, con el que deseaba rendirle ofrenda de gratitud por haber vuelto; por no haberla dejado en la orfandad, porque más que compañera sentíase hija, la más débil y necesitada hija, de ese hombre de talla majestuosa, cuyos brazos enlazaban su cintura y cuyo pecho formidable aplastaba sus senos. Con los dedos le acariciaba la nuca, las mejillas cubiertas por el estropajo de la barba, los párpados hinchados de insomnio, el pelo en desorden; y se aturdía con el olor extraño, excitante, que exhalaban su ropa y su cuerpo.

Conmovidas, las sirvientas participaban de la emoción del encuentro y lloraban también, al contagio de la alegría de su ama. Era Matilde, sentimentalona y joven, la que más disfrutaba de la escena. A pesar suyo, doña Albina se había dejado arrastrar igualmente a las lágrimas y a los suspiros. En los labios la sonrisa irónica del que sabe la verdad de la mentira, el mozo siguió de largo rumbo al traspatio, mirando de soslayo

con un poquito de burla a las dos mujeres. La efusión desbordada de su esposa, sus caricias tenaces, el tono quejumbroso en que repetía su nombre, incomodaban a Aldo. Aunque María no podía mirarle el rostro —él era bastante más alto que ella, y ella, ahora, apoyaba la frente en el pecho de su marido— las sirvientas, a una docena de pasos de distancia, espiaban cada uno de sus gestos, y el señor Rossi veíase forzado a simular emociones que estaba muy lejos de sentir. Abrazaba a su mujer, y también suspiraba, pero con la indiferencia profesional de un actor ajeno al conflicto o a la dicha del personaje que interpreta. Hizo un débil intento de apartarla, para desembarazarse con muy discreta suavidad de la yedra de brazos y piernas que lo tenía atrapado, pero la señora Rossi, como si temiera perderlo, se asió más a él.

—María, mi amor... —pidió con una voz hueca que no identificaba como suya—. No llores. No llores así. Serénate, mi amor...

Lentamente María se apartó de Aldo unos centímetros; los suficientes para encuadrar, dentro de su campo visual, el rostro de su marido. Oírse llamada *mi amor* le produjo un estremecimiento involuntario que, de tan sorpresivo, le aflojó las piernas e hizo que sus dientes castañetearan.

Trató de fundirse otra vez en la carne de Rossi, pero éste la contuvo:

—¿Por qué lloras?

—¡Te extrañé tanto! —respondió María, sollozante—. Estaba volviéndome loca. ¡Tardaste siglos en regresar!

—Ya te contaré por qué.

Tan vehementes muestras de efusión hacían a Aldo sentirse perplejo. No diciendo nada en ese momento ganaba tiempo para pensar lo que iba a decir después, cuando llegara la inevitable hora de las explicaciones. Estratego del embuste, llevaba preparados en los labios los que diría a su esposa para justificar, o tratar de justificar, su ausencia.

—Pasaron tantas cosas...

Había creído que ella, apenas lo viera, lo agrediría con palabras celosas, con gritos coléricos o, de menos, con ese hostil silencio del que gustaba valerse para recriminarlo durante semanas. Pero ahora, para sorpresa de Aldo, María Rossi comportábase de un modo increíble: tierna, dulce, dócil y lo abrazaba con temblores de satisfacción porque había vuelto, a Dios gracias, sano y salvo. Era preciso aprovechar al máximo tan peculiar rapto emocional de la mujer, y, puesto que se mostraba dispuesta a aceptar como cierto lo que él dijera, urdir un embuste veraz; uno nuevo, distinto, a los que había tramado. Elementos para componerlo no le faltaban (muchas y diversas habían sido sus experiencias en la aventura nocturna) pero necesitaba unos minutos para reordenar sus ideas, ajustarías a cierta lógica de desarrollo e irlas matizando con aplomo.

—Ya te contaré... —repitió, tomándola por el talle. Perdieron las criadas el encantamiento de la sorpresa y echaron a correr hacia la cocina. María, su brazo a su vez rodeando la cintura de Aldo, caminaba despacio, su andar parejo al de él, con una delectación evidente: feliz, embellecida de sonrisas, tranquila y ya libre de temor.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Rossi.

Ella, por toda respuesta, abrió unos centímetros la puerta del costurero para que Aldo pudiera ver al chico, aún dormido tranquilamente a mitad de la luz joven que vertía la ventana sobre la cuna. Mientras Rossi contemplaba a la criatura, María lo veía a él, conmovida por el cansancio de su rostro, cuyas más patéticas evidencias eran las marchitas puntas del bigote y las bolsas de piel que colgaban abajo de sus ojos.

Sin hacer ruido, la señora Rossi cerró nuevamente la puerta y dijo a Aldo que aguardara en el comedor, en tanto que ella disponía el desayuno.

—No tengo hambre.

—Debes tomar algo.

—Si acaso, café.

—Podría prepararte un poco de jamón.

—Café, sólo eso.

—Como tú digas... —convino ella humildemente; y por primera vez en mucho tiempo Aldo sintió que su autoridad era acatada.

Como si estuviese en convalecencia, María guió a su marido al comedor. Matilde y Albina habían puesto, una, la mesa, la otra, el agua a calentar. Agradaba a Rossi ver la solicitud de las mujeres, la suya incluida, por atenderlo; y se sentía muy a gusto, muy señor de una casa hasta entonces matriarcalmente gobernada. La señora trajo una botella de alcohol, un gran copo de algodón y una toalla.

—Para tus manos... —indicó, y él, con cierta displicencia petulante, las extendió para que ella las limpiara.

Luego de que María le hubo secado las manos, Aldo se desperezó en un amplio, ruidoso bostezo. Ni de palabras, ni con el más leve gesto desaprobó ella tan deliberada y flagrante infracción a la urbanidad. Compasiva opinó:

—Has de estar cansadísimo.

—Muerto... —repitió él, al fin de un segundo bostezo. Se tocó la nuca y arqueó después la espalda—. Me duelen los ríñones como si hubiera montado a caballo todo un día...

—De tanto caminar…

—Y de no dormir.

—Pobrecito... —y ruborosa María se inclinó a dejarle un beso en la mejilla.

Como a él le gustaba, el café era negro, fuerte y espeso, un poco a la turca. Lo bebía a pequeños sorbos, gozando de su quemadura en el paladar. Nítidamente, la luz burilaba cada uno de sus rasgos, y nunca, antes de esa mañana, le había parecido Aldo más hermoso a María, pese a la barba, las ojeras, la opacidad de los dientes y lo pardo de su piel sin asear. Pues le molestaba, Rossi se arrancó el sucísimo cuello de celuloide. Una de sus manos reposó, parecida a un animal, sobre la servilleta. ¡Sus manos! María vibró al recordar con cuánta avidez habían estrujado su carne, con qué pasión se habían extraviado en los misterios de su cuerpo. Tímida, acarició el dorso de esa mano enorme y cubierta de oscuro vello; la tomó después para envolverla y besó con ligero roce su palma. Los dedos —pétalos de una flor— atraparon, en caricia, su barbilla.

—Amor… —dijo él; pero su voz y el sentido de la palabra siguieron sonando huecos, falsos, a sus oídos; aunque muy sinceros a los de su esposa.

Respondió ella con una sonrisa, con un lento, expresivo parpadeo de gratitud. Y después —el silencio. No el rudo silencio de los enemigos; el único que conocían; sino un silencio de amantes que prescinden de las palabras para dialogar.

—Amor...

Casi sin darse cuenta, él comenzó a hablar; a justificar su retraso, a referir las peripecias que le había tocado vivir, con Ausencio, en su larga correría. Su relato se apartaba muy poco de la verdad. Por obvias razones suprimió algunos detalles superfinos: el nombre de Betina, por ejemplo, y el de algunos de los sitios en que

estuvieron; alteró, asimismo, el tiempo y el lugar en que habían ocurrido los incidentes que narraba.

Sin mayores esfuerzos de imaginación, le habló de cómo el mozo y él sortearon en el trayecto de la casa al Palacio el riesgo de las balas escondidas en el aire; la estremeció confesándole su miedo a morir en cualquier calle de la ciudad, acribillado; la horrorizó con el festín de la jauría; la emocionó con las escenas del incendio del mercado; la espeluznó con el minucioso recuento del heroísmo de los médicos, las enfermeras y el sacerdote que curaban heridos, o los ayudaban a bien morir, en el Portal de Mercaderes.

—¡Aldo, cuánto te arriesgaste!

—Era mi deber, ¿o no?

A partir de ese momento comenzó a avanzar con paso cauteloso por la cuerda floja de la mentira. Lo que había dicho era, todo, cierto; pero no estaba seguro de que fuera a serlo todo lo que diría después. Necesitaba, se avisó, ser convincente, no incurrir en contradicciones, conservar alerta la memoria y manejar con sumo cuidado el más peligroso elemento: el tiempo. De cómo lo hiciera dependía que su mujer diese crédito total a su fábula. Casi catorce horas de ausencia no puede justificarlas fácilmente ni siquiera un empedernido embustero. Decidió llevar la narración en dos planos simultáneos: uno, real, para la anécdota; otro, ficticio, para el minuto en que la anécdota ocurría.

Cuando Aldo y Ausencio salieron de Palacio Nacional, la ciudad crepitaba con los rumores de quienes huían. Avanzar entre la multitud no resultaba fácil. Cruzar las avenidas, prácticamente imposible en algunos puntos. Patrullas armadas montaban guardia en los fortines o cuidaban que las columnas de fugitivos no irrumpieran en los barrios vedados por el Ejército, o impedían, a veces con disparos, que la chusma se dedicara al saqueo. Convertidos en campamentos, los espacios abiertos resultaban pequeños para albergar tropas y caballerías, cañones y ametralladoras, minúsculos hospitales de campaña y móviles depósitos de proyectiles.

En tanto que millares de astrosos, hambrientos y enflaquecidos ciudadanos continuaban su dramática escapatoria hacia las aldeas aledañas (tranquilas, de bello estilo colonial, no amenazadas por el hambre ni mucho menos por la ferocidad de las armas) algunos cientos de privilegiados divertíanse alegremente en los restaurantes de lujo, que esa noche, estaban por completo llenos de los personajes que constituían su clientela habitual; generales, políticos, burócratas de rango, busconas de fama, para quienes, al parecer, la guerra civil era sólo objeto de conversación, motivo de especulaciones, pretexto para pasar el rato en charla vivaz con los amigos, los compadres, las queridas, los protectores.

Gambrinus, El Globo, Sylvain; por ejemplo, no tenían una mesa o un gabinete vacíos. La mejor carne, las más frescas legumbres, los más deliciosos condimentos para las salsas, las más suculentas aves, los más finos pescados, las más tiernas lonjas de jamón; el agua más pura, la cerveza más fría, los más añejos vinos, los más selectos quesos, se anunciaban en los *menús* como en tiempos de paz y abundancia. Meseros con ropa de corte europeo se multiplicaban atendiendo a los parroquianos; *sommeliers* de rostro sabio daban a probar los caldos; *maitres* de frac despedían a los que se iban y entre sonrisas daban la bienvenida a los que llegaban. Músicos incansables aportaban al placer de los *gourmets* la cadencia de los valses vieneses. En grandes fuentes de plata consumábase el rito de los *crepes—suzettes* y las llamaradas de coñac provocaban gritos ratoniles en las mujeres.

Ni uno sólo de los nueve días y las ocho noches que llevaba la ciudad agonizando (se supo después) habían dejado de funcionar esos sitios de reunión mundana. Con todo y hallarse entre los fuegos de la batalla, *El Globo, Sylvain* y *Gambrinus* habían permanecido abiertos, brindando a sus clientes los tesoros de sus cocinas, las reservas de sus *caves,* lo grato de su ambiente cosmopolita, la delicia de su música, la paz discreta de sus elegantísimos rincones.

En pebeteros de bronce quemábanse virutas de sándalo o pajitas japonesas, cuyos exóticos aromas disfrazaban el hedor a muerto, y se mezclaban con la fragancia de las viandas y con los perfumes de París, las lociones de Inglaterra, los polvos venecianos, de las damas y los caballeros. Dentro, en la penumbra artificial de las lámparas, los *habitúes* podían olvidar, durante las horas de placer que se regalaban, la miseria de quienes los miraban hartarse a través de los cristales. Podían ignorar las escenas desagradables de luto y sangre que se sucedían en el vasto tablado callejero. Podían, en fin, comer, beber, reír, intrigar, esparcir rumores derrotistas, planear traiciones, sobornar, apostar a fecha exacta la caída del régimen; halagar a los poderosos, buscar su amparo, poner a subasta honras y lealtades, maquinar infamias, urdir negocios ilícitos; disfrutar sin tasa de todo lo que otros, con menos fortuna, carecían. A la puerta de esos restaurantes velaban grupos de soldados en armas, para que la gleba famélica y agresiva no perturbara a los señores.

No dejaba de ser absurdo, en esa contienda civil que lo era ya por muchos motivos, que fueran vecinos de mesa lo mismo el hermano del Presidente de la República, que el caudillo de los rebeldes o que el general en jefe del Ejército; ni que, a la vista de todos, intercambiaran parabienes cortesanos y aun botellas de champaña. A mediodía o por las noches, los adversarios iban a *Gambrinus, El Globo* o *Sylvain* a beber el aperitivo, devorar pastelillos de crema, indigestarse con manjares deliciosos, alternar con *el gran mundo* y a gozar del descanso después de los esfuerzos de la jornada bélica. No había rencor en sus miradas, ni acritud en sus gestos, ni, mucho menos, aspereza en su conducta personal. Pulidos ademanes, gentiles sonrisas, zalamerías mutuas prodigábanse como perfectos *gentlemen.*

Más allá de los ventanales de esos restaurantes de la *élite,* la situación en la ciudad era bien distinta. Carecíase de lo elemental, agua para beber, combustible para cocinar, víveres para comer. La urbe se devoraba a sí misma, en una autofagia patética e interminable. Los humildes que peleaban, habían perdido toda esperanza, todo entusiasmo, todo interés. Sonámbulos, vagaban en las sombras, o se tendían a descansar en las aceras: rotos soldaditos de barro a quienes poco importaba el resultado del combate final; sólo que concluyera para poder saciar el apetito, dormir sobre un camastro, reposar en amor con sus mujeres bajo un techo.

A medida que Aldo y Ausencio se aproximaban al sector dentro del cual estaba ubicada la pensión de Betina, se hacían más evidentes los estragos de la pelea. Allí también, y quizá más que en ninguna otra parte de la ciudad, era posible contar por docenas las casas y los edificios en ruinas, y por millares los hoyancos que las grandes bombas y las balas de todo calibre habían abierto en muros y pavimentos. Grupos de mujeres canijas vagabundeaban en busca de mendrugos; otras, recogían maderos y trapos; algunas iban a proveerse de fuego a las piras. En la Alameda, los soldados leñaban cadáveres de árbol para mantener viva la lumbre del vivac.

El terremoto de la guerra había destruido casi por completo una gran parte del barrio que circundaba los edificios de la Asociación Cristiana de Jóvenes y de la Sexta Demarcación de Policía. La mole parda de la YMCA (inaugurada con regia pompa por el

Dictador apenas siete años antes) y la contigua Fábrica Nacional de Armas semejaban cedazos. Todas sus ventanas estaban rotas y en tierra sus puertas. La torre del cuartel policiaco era tronco negro a medio consumir. La casa de la catalana, como tantas del rumbo, una ruina a punto de desplomarse. Los techos no existían y del frente sólo una parte quedaba en pie, tal que si una cuchilla gigantesca hubiese rebanado, por mitad, el viejo albergue.

Frente a la pensión, alumbrándose con hachones, unas veinte o treinta personas se afanaban en remover los escombros. Como loca, herida en brazos y piernas, una mujer joven, sucia y desaliñada, corría en torno al grupo de peones voluntarios y les rogaba a gritos que no interrumpieran la tarea del rescate.

—Sáquenla, por favor. Sálvenla…

Aldo y el mozo se acercaron. El derrumbe obstruía la entrada a la casa de huéspedes. Al otro lado de los escombros se escuchaban gritos, voces, llantos y blasfemias, crujir de maderos despedazándose, tumulto de piedras cayendo al suelo, órdenes imponiendo calma. Casi todos los gritos y la totalidad en los lloros eran de mujer; de hombre, las imprecaciones, la cólera verbal. En la calle, la pequeña brigada acentuaba su esfuerzo, no porque creyera que iba a servir, sino para que la infeliz señora, ronca ya de tanto alarido, se sintiera acompañada en su desesperación.

—¿Qué sucedió?

El hombre a quien Rossi planteó la pregunta, repuso entre dos jadeos:

—Hay una niña debajo, desde hace como dos horas. Ya debe estar muerta.

—¿Y los de adentro? —aludió Aldo ansiosamente a los pensionistas atrapados por el derrumbe.

Repuso el informante, encogiéndose de hombros:

—Sepa Dios cómo estén.

La madre de la niña, más que ayudar, estorbaba a los que seguían retirando lenta y afanosamente los cascotes. Alguien pidió que la apartaran de allí y la obligaran a callar. Media docena de manos anónimas la tomaron por los brazos y la hicieron a un lado, luego de un forcejeo de resistencia. Desde la acera reanudó entonces sus gritos, más desgarradores y conminatorios:

—Sálvenla... Sáquenla. ¡No dejen morir a mi niña...!

Junto a la ruina pasaban constantemente, sin detenerse, cuadrillas de hombres de uniforme. Los civiles, extenuados por la rudeza del trabajo, les pedían ayuda; pero la tropa no escuchaba la demanda: ella también en el límite extremo del agotamiento; algunos de sus miembros tan débiles, que arrastraban la culata de su rifle sobre el piso.

En un impulso de solidaridad, amo y criado comenzaron también a remover escombros, y siguieron haciéndolo, quizá durante media hora, hasta que un grito paralizó a todos:

—Aquí está. Aquí está.

Allí estaba, en efecto, el cuerpo de la niña. Más que el cuerpo, lo que de él quedó al ser aplastado por la pesadísima viga de hierro: una papilla de sangre, carne, huesos, ropa y cabellos. Susurros en cadena llevaron a la madre la noticia del descubrimiento, una noticia que secó sus lágrimas, silenció sus gritos y relajó sus músculos. Las vecinas que la contenían se apartaron, respetuosas de su dolor. Los brazos como alas, a media altura, en la actitud de quien palpa la oscuridad, la mujer se acercó al sitio del hallazgo. Largamente, sin proferir un sollozo, contempló el guiñapo; largamente, en una especie de estoica resignación que resultaba más conmovedora que un millar de lamentos.

Luego de arrodillarse comenzó a musitar cosas, quizá el nombre de su hija, con una dulzura triste que estrujó las gargantas de los testigos.

Ni el menor de los incidentes, ni la más terrible de las lúgubres visiones omitió Aldo de ese relato que mantenía en suspenso el interés de su esposa. Omitió, claro, decirle que del Zócalo se había dirigido a casa de Betina y no a la propia. Alteró el orden cronológico de los sucesos a fin de justificar algunas horas de su ausencia y situó las escenas que llevaba narradas en sitios bien distintos a aquellos en los que habían ocurrido. De ese modo, encuadró el campamento de la Alameda en el jardín interior del Palacio y el lugar del derrumbe en una calleja próxima a la plaza de El Volador. Entusiasmado por sus aptitudes narrativas, Aldo prosiguió:

—Pero lo verdaderamente duro vino después... Cuando quisimos seguir adelante, luego de ayudar a la mamá de la niña muerta, nos encontramos, ¿qué crees? con que no podíamos pasar. Los soldados habían cerrado muchas calles, muchísimas. Anduvimos dando vueltas, de aquí para allá, buscando por dónde salir, y en todas partes nos decían lo mismo: "No se puede cruzar. Vayase..."; y así se nos fue toda la noche, buscando, buscando... y ahora estoy muerto de sueño...

—Pobrecito de ti... —lo compadeció María con maternal ternura.

Sintió Aldo que ella le había otorgado ya, sin restricciones, el crédito completo de su buena fe. En su mirada no había desconfianza ni en su actitud reserva ninguna. Aceptaba como cierto todo lo dicho por él. No era preciso, pues, agregar otras mentiras que pudiesen despertar su recelo. Bostezó, desperezándose abiertamente otra vez, y cerró por un momento los ojos. Parecíale, así sus labios hubiesen enmudecido, escucharse hablar. Era su pensamiento que reunía, ordenaba, los fragamentos de la segunda parte de su fábula.

(Betina sufrió un ataque de nervios cuando, al salir de entre las ruinas que tanto trabajo nos había costado despejar, me encontró esperándola. Si yo estaba lleno de polvo, con las manos doloridas de tanto quitar piedras, ella daba grima de ver: muy sucia, muy flaca, con, la cara ceniza, el vestido roto, ojerosa. Cojeaba porque el tacón de uno de sus zapatos se había partido por la mitad. Se quedó como quien ve visiones y luego gritó mi nombre y me abrazó y lloró como una chiquita con temblores que no eran de frío sino de gusto. Así que se calmó un poco, la aparté de la gente y le dije por qué no había ido antes a buscarla. Betina rechazaba mis palabras, no porque estuviese enojada conmigo sino porque le bastaba que yo estuviera con ella y porque nada malo me había pasado mientras estuvimos sin saber nada uno del otro; días eternos que llenó pensando en mí y rezando por mí... Mucho me conmovió oírla decir cosas tan sinceras, tan del corazón, y volví a abrazarla... Le dije que era necesario irnos inmediatamente. Me obedeció como si fuera yo su padre sin preguntarme siquiera a dónde pensaba llevarla. Eso es algo de lo mucho que me gusta de Betina: acepta siempre lo que yo digo. No discute, no se niega. Había yo decidido dejar a Betina en la finca que don Vicente Morales tiene en Azcapotzalco y luego regresar a mi casa para marcharme con mi mujer, Luis Felipe y algunas de las criadas a Coyoacán. Contaba, apenas, con el tiempo justo para hacer los dos viajes en la misma noche. Como no teníamos en qué irnos, fue preciso caminar, y caminar con trabajos, por el tacón. Fuimos, muy despacio dando las vueltas a que nos obligaban los soldados, a la vivienda de Damián Robles, cerca de la Estación Colonial. Damián alquila coches de punto y mi esperanza era que tuviera uno y quisiera llevarnos a Azcapotzalco.

Pero Damián no estaba y su mujer, una vieja sorda y desconfiada, no quiso dejarnos entrar en el patio de su casa. Esperamos los tres en la calle. Betina estaba contenta,

aunque de cuando en cuando lloraba igual que una criatura. Me habló de lo mucho que había sufrido, más de miedo que de otra cosa, durante la semana. Yo le pedí que no se cansara hablando, pero en realidad porque me hacía sentir canalla y cobarde. Ya muy tarde llegó Damián. Había andado en líos con una tropa y volvía de arreglarlos. Le expliqué lo que deseaba. Damián alegó que era muy noche, que no había comido, que había peligro en las calles, que ya no aguantaba el sueño. Le pedí entonces que le pusiera precio al carro en que había llegado. Lo pensó un rato y el muy cabrón me pidió quinientos pesos. ¡Quinientos pesos por lo que no valía ni cien! Pagándole, exigí que nos llevara a Azcapotzalco y nos trajera de regreso. Luego de contar el dinero, y con el pretexto de darme un animal fresco, desunció el que traía y enganchó otro que más parecía, por lo viejo y escueto, de pica.

Por más que lo azotara Damián, y lo azotaba con ganas, la bestia no salía de un tranquilo regular. Después de todo, le dije a Betina y ella estuvo de acuerdo, era mejor ir despacio, pero en coche, que aprisa y a pie. Lo único que importaba era llegar. Las calzadas por las que íbamos parecían, como se dice, bocas de lobo. Escondidas entre los árboles, en los bordos del Río del Consulado, vimos muchas tropas y más recuas de mulas, cargadas. En el puente de La Tlaxpana, cuando ya enfilábamos hacia Azcapotzalco, tuvimos la primera dificultad.

El paso estaba cerrado. Los hombres, armados y municionados, descansaban junto a sus rifles puestos en pabellón. Un sargento nos paró y jalando al caballo por el ronzal trataba de darle vuelta para que nos largáramos de regreso. Grité entonces, fuerte para que me oyera, que traíamos permiso del comandante para pasar por La Tlaxpana o por donde se me antojase. El sargento se aplacó, y mientras dos cabos nos vigilaban con sus carabinas, fue a buscar a un superior. Como al cuarto de hora volvió con un teniente, bronco también, que repitió lo que ya había dicho el subalterno: que por allí no cruzaba nadie. Le enseñé el salvoconducto, que leyó alumbrándose con la luz de un fósforo; me pidió disculpas y ordenó a dos cabos que me dieran escolta hasta los límites del campamento. Le pregunté qué gente era ésa, y me dijo:

—El 29 Regimiento de Toluca.

De La Tlaxpana a Azcapotzalco —un camino largo, que corre junto a una acequia que huele a rayos— no tuvimos líos importantes. Siempre que nos detenía una patrulla, y fueron como diez, daba a leer el papel que le compré a Marcos y nos dejaban seguir. Mi buen amigo Morales me abrió las puertas de su casa con la misma sinceridad con que yo le abro la bolsa cuando necesita un préstamo fuerte. Le confié a Betina, de quien tanto me había oído hablar, y le pedí que cuidara de ella. Morales insistió en que me quedara a pasar la noche allí y de buena gana yo lo hubiera hecho. Pero le dije:

—Volveré mañana. Más bien, hoy, de día... Betina no quería que la dejara sola, y pasé un rato explicándole, aparte, por qué era imposible que me quedara. Buena como siempre, aceptó mis razones, me dio un beso en la frente, me persignó con mucho amor, y me suplicó que no fuera a pasarme algo malo.

De vuelta en La Tlaxpana tuvimos otra contrariedad. Se nos obligó a detenernos y cuando quise hacer valer el salvoconducto, el teniente con el que había hablado en el viaje de ida me pidió que lo acompañara a la casa en la que estaba instalado el cuartel general de ese ejército. Después de haberme hecho esperar media hora, me recibió el jefe: un coronel grosero y de malas pulgas. Dijo que se apellidaba Riveroll. No quiso leer el documento.

—Me lo entregó el general Huerta —le dije.

—Así se lo haya dado el Papa, no vale.

—Es que el general Huerta...

—No vale...

—¿Por qué?

—Entre otras cosas, ¡porque no se me hinchan los huevos que valga! ¿Está claro?

Nos hicimos de palabras, pues no me gusta que me griten. Le expliqué quién era yo y le dije, sacudiéndole el papel en las narices, que era amigo de Huerta y de Marcos, a quienes informaría de sus majaderas respuestas. Volvió a gritar y yo grité más fuerte, y gritamos los dos al mismo tiempo, y al fin, dando un puñetazo en la mesa, aclaró por qué estaba prohibido pasar.

—El regimiento está movilizándose y ningún civil, por bien recomendado que venga, podrá pasar hasta que el último hombre haya salido de esta zona. Así que, espérese o regrese. A no ser que quiera que lo arreste...

Esperamos.

La tropa se movía muy despacio, a pie y en camiones, en dirección al centro. Como a las seis de la mañana, en un gran coche negro, se marchó también el coronel Riveroll con sus oficiales. Hasta entonces pudimos seguir. Damián Robles se negó terminantemente a traernos a casa. Nos dejó en la suya, y pues el carricoche y el caballo eran míos le ordené que estuviera hoy a medio día en la Alameda, listo par llevarme otra vez a Azcapotzalco. Aceptó al prometerle otro centenario por viaje.)

Al término del breve paréntesis de recuerdos (un par de segundos en el tiempo del reloj; toda una noche, en el de la memoria) Aldo restregó sus párpados para ahuyentar de ellos el sueño que los acometía, y con la mirada fatigada y vacilante de bostezos la palabra, preguntó a su mujer:

—¿Y tú, cómo estuviste? —y ella dijo lo que ya le había dicho antes.

—¿No te imaginas? Muerta de miedo, sin saber de ti.

—¡Qué barbaridad...!

—El capitán se fue anoche, con su gente.

—Sí, noté que no hay nadie.

—Estuvo esperándote para despedirse. Dejó el cañón. Mandará después a recogerlo.

—Cuando quiera.

—Estuvieron también Alfonso y el doctor Cobo.

—¿Cómo está mi cuñado?

—Bien, en lo que cabe. Te dejó saludos. Quizá venga hoy, más tarde.

—Me dará mucho gusto verlo.

—Tuvo una discusión con el doctor. Hablaron como perros y gatos.

—De política, seguramente.

—Sí, claro. Nadie convenció a nadie.

—Es lo que pasa... —Aldo hablaba vagamente, en lucha contra el sopor que cada segundo iba dominándolo más.

Al azar pronunció María una frase que llevó el frío de un sobresalto a la sangre de su marido:

—El doctor dijo que habías pedido el salvoconducto para ir a Azcapotzalco y no a Coyoacán.

Rossi disimuló su turbación con una risita hipócrita y fingió que sufría un acceso de tos. Buscaba desesperadamente algo creíble que decir. No muy seguro de haberlo hallado, respondió:

—Pues el doctor no puede saber para dónde lo pedí.

—Dijo, repitió, que su amigo, el coronel ese...

—No es coronel, sino teniente coronel. Vaya: le falta un grado... —se asió al clavo ardiendo del lapsus de su esposa para ganar tiempo, y sin conocerla, por mero instinto de autoprotección, aplicó la vieja y sabia máxima política que recomienda oscurecer lo que no puede explicarse—. Ese teniente coronel es un tipo de lo más raro. Borracho, informal, ladrón. Con decirte que me sacó mil pesos. Aprovechándose de lo revueltas que andan las cosas, gentes como él están ganando plata a montones. Cobran hasta por saludarte. Y no son serias. El salvoconducto, por ejemplo... No me lo dio, no obstante que había ya pagado por él...

Inocente y crédula, María iba indignándose también a medida que Aldo desahogaba su fingida cólera contra Marcos. Astuto e intuitivo, el señor Rossi seguía poniendo en práctica las premisas que el político recomienda para salir de un atolladero: hablaba de cosas totalmente ajenas a la cuestión a debate; suscitaba el prejuicio y escarnecía a la víctima de su resentimiento.

—Hubieras visto... —continuó de prisa, ensañándose contra la reputación de Marcos y sin importarle él mismo parecer un tonto al que es fácil estafar—. Hubieras visto lo que era anoche la oficina de ese bandido: botellas de coñac por todas partes, y mujeres de la calle entrando y saliendo, y hablando todo mundo como si estuviera en el cuartel, a leperadas. Y el hombre, cayéndose de borracho. Oh, qué cosas, qué cosas. Por cierto que hice amistad, mientras esperaba horas, con una persona muy simpática, que te gustará mucho tratar: el señor obispo de Pachuca. Le prometí que iríamos a visitarlo...

Aguardó María a que Aldo terminara de dar curso a su indignación —que imaginaba sincera por apasionada— y suspiró:

—Quizá el coronel te confundió con alguien que sí quería ir a Azcapotzalco.

—Claro que me confundió. ¿A qué iríamos tú, el niño y yo a Azcopotzalco?

Aldo se puso en pie, escrutando fijamente a su esposa, atento a descubrir el más leve indicio de desconfianza. Dispuesta a creer, y hacíalo con absoluta sinceridad, la señora Rossi no buscaba a su vez en los ojos o en el gesto del hombre el rastro de la mentira, y atribuía a una muy explicable indignación el brillo de alarma que veía en sus pupilas.

—Con personas así, poco serias, no debe uno tratar... —comentó reflexivamente.

—Poco serias y, además, ladronas... ¡Darle mil pesos a cambio de nada! —resopló Aldo para que su esposa sintiera, un poco más, cuan molesto estaba.

—El dinero es lo de menos, Aldo. ¡El peligro a que te expusiste!

Una súbita idea —una de esas brillantísimas ideas en que es pródiga la mente adiestrada para el embuste— se hizo palabra en sus labios, que anunciaron con mucho aplomo:

—Mil pesos son mil pesos. A mediodía iré a buscar a ese ladrón de Marcos y a exigirle, así como lo oyes, a exigirle que me devuelva el dinero. Después, mujer, nos iremos a Coyoacán. Sí, señor. .. —agregó muy firme, golpeando con su puño la palma de la mano izquierda—. Voy a cantarle las cuarenta, para que sepa que de mí no se burla nadie.

—Olvídate de ese hombre.

—¿Dejando que se ría de mí y que; además, se gaste nuestra plata?

—¿Qué importa, después de todo?

—No, María. Eso no. Cierto que mil pesos de más o de menos no nos dejan en la miseria, pero lo que no tolero es que me roben, que me estafen, que me obliguen a arriesgar la vida y, encima, me vean la cara de imbécil.

La explosión de Rossi, vehemente como si en verdad lo estimulara la ira, impresionó mucho a su mujer, que prefirió bajar los ojos y decir con humilde voz de obediencia.

—Como tú digas, Aldo.

El señor Rossi expandió el pecho, se dio unas palmaditas en el abdomen, frunció los labios para subrayar la trascendencia de la decisión que había tomado, y sostuvo la pose para que María advirtiera que hablaba en serio. Luego —epílogo de la prolongada escena, pirueta espectacular de humor y actitud; golpe maestro de cinismo— se acercó a su mujer, la miró a los ojos con gran ardor y juguetonamente (en los oídos, otra vez, el eco de sus jadeos de hembra enardecida) las grandes manos buscaron, amorosas, el doble camino de su busto.

—Aldo... —profirió ella, en débil protesta emocionada.

Él no dijo nada. ¿Para qué, si las caricias son más elocuentes que las palabras? Cuando al fin las manos llegaron a ellos, los pechos de María —que él recordaba hermosos— adquirieron la elástica firmeza que les da el deseo, y una luz desconocida fulguró en los ojos de la mujer.

—Aldo, no... —protestó con sensual coquetería que le coloreaba el rostro.

En la cocina se escucharon pasos y, bruscamente, pero no enojada, la señora Rossi se apartó de su marido; se volvió de espaldas a la puerta y se arregló el traje. Cuando Matilde entró a preguntar si necesitaban algo, María, creyó, *sintió,* que la *yaqui* la miraba de una manera especial, maliciosa e irónica, como si tuviera —lo mismo que la criada los había tenido la noche anterior— los senos casi al descubierto.

3

LA VOCECITA de Luis Felipe susurraba a su oído:

—Papá, papá...

Aldo, que dormía profundamente, gruñó un par de veces sin abrir los ojos. En los cristales de la puerta, ya menos discretos que un momento antes, volvieron a tamborilear los nudillos del mozo.

—Señor. Patrón. Don Aldo.

El niño comenzó entonces a picar con el dedo el hombro de su padre, hasta que logró sacarlo a medias, lo suficiente para que comprendiera sus palabras, del letargo en que había caído tres horas antes en cuanto puso la cabeza en la almohada.

—¿Qué pasa? —gritó Rossi, enronquecido por las flemas, incorporándose. Sentía la cabeza como después de una borrachera, y un ardor molestísimo en los ojos.

Con timidez conejil, Ausencio se asomó y dijo;

—Vienen a llevarse el cañón.

—Que se lo lleven, ¡y déjenme dormir!

—Quieren hablar con usted.

—¿Ojeda?

—Otro señor.

—Díle que estoy durmiendo.

—Se lo dije; pero necesita que firme usted un papel.

—¡Coño! —bufó Rossi— ahora voy.

Quien lo esperaba en el patio era un mayor, rechoncho, bajito y prieto, muy parecido a un tapón. Iban con él unos veinte soldados y un par de sargentos, que ocupaban por completo el cubo del zaguán. Ni el oficial ni los otros tenían el aspecto de los que sufren

cansancio antiguo. Sus ropas estaban limpias igual que sus zapatos. Debían ser, pensó el tendero, tropas frescas; quizá de las que encontrara en La Tlaxpana.

El mayor, que caminaba nerviosamente de un extremo a otro del patio, dándose golpecitos en las botas con su fuete, avanzó al encuentro de Aldo apenas lo vio descender la escalera, y le disparó una pregunta:

—¿Es usted el dueño? —a bocajarro, de un modo agrio y altanero.

—Vengo por el cañón.

—Bájelo y lléveselo.

Ordenó el mayor a los sargentos que pusieran a los hombres a trabajar. Inmediatamente, los veinte tomaron las providencias necesarias: subieron unos, con Ausencio por guía, a la azotea; otros quedaron en el patio; y los restantes salieron a la calle y regresaron con una buena provisión de cuerdas, cuñas de madera, barretas de hierro, polines, serruchos. La casa volvió a llenarse de gritos, retumbos de pisadas, y de las imprescindibles injurias. Mientras los soldados ejecutaban la maniobra —agregando nuevos destrozos a los ya sufridos por el edificio a manos de la gente de Ojeda—el oficial sacó de la bolsa superior de su guerrera un pliego de papel, lo sacudió para desdoblarlo y lo mostró a Rossi:

—Firme esto...

—¿De qué se trata? —preguntó Aldo, mirando con desconfianza el documento.

—De su renuncia a cualquier reclamación contra el gobierno, por daños de guerra.

—Ah.

—Ponga su nombre aquí... —El mayor le ofreció una estilográfica y le señaló el sitio para que escribiera.

Garabateó Aldo su rúbrica, apoyando el papel sobre la rodilla en difícil equilibrio. Cuando devolvió el pliego y la estilográfica al mayor, éste no le dio siquiera las gracias de cortesía. Tras de guardarlos en su bolsa, se limitó a cruzar las manos por la espalda y a seguir haciendo *tictictic* con el fuete de vergajo. Preguntó Rossi por el capitán Ojeda.

—No lo conozco —dijo el mayor.

—Es el oficial que estuvo aquí.

—No lo conozco ni sé dónde está... —expresó el mayor, con majadera brusquedad.

Actitud tan agresiva y orgullosa irritó a Rossi, que deseaba ser amable con el mayor; y pues éste, groseramente, le había dado la espalda para vigilar los progresos del trabajo de sus hombres, se sintió libre del compromiso de ser cortés con él y lo abandonó sin despedirse.

En la cocina sólo encontró a la vieja. Le preguntó por la señora y el saber que había salido con Matilde para ir al templo, ahora que se habían reanudado los oficios religiosos, le cambió el humor. Que su mujer no estuviese en casa facilitaba sus planes de salir sin dar explicaciones a nadie.

—¿Hay todavía agua, doña Albina?

—¿Para tomar?

—No. Para rasurarme.

—¿Va a salir?

—Sí. ¿Hay agua?

—Le pondré una poca a calentar. Cuando esté, le aviso.

Rossi volvió al costurero. Se desnudó hasta la cintura y friccionó con Agua de Colonia su pecho, sus brazos y sus axilas. Buscó una camisa limpia y la puso sobre la cama. Se mudó de calcetines por primera vez en cuarenta y ocho horas y comenzó a

canturrear. De afuera llegaban, entremezclados, voces, gritos, chirridos de la polea y el aparejo, aleteos de pájaros, el lejano murmullo de multitudes que colmaban las calles. Interrumpiendo el canto de su padre, Luis Felipe preguntó:

—¿Van a llevarse el cañón?

—Se lo están llevando ya

—¿Por qué?

—Porque lo necesitan en otra parte.

—¿Para la guerra?

—La guerra se acabó

—¿Por qué no lo dejan aquí?

—Porque su dueño mandó por él.

—¿Quién, el capitán?

—El dueño del cañón es un señor que se llama gobierno.

—¿Gobierno... qué?

—Así nada más. Don Gobierno.

—Ah... —una corta pausa, y otra vez la curiosidad interrogante del niño. —Papá ...

—Sí.

—¿Te digo?

—¿Qué?

—Dijiste que ibas a comprarme el cañón.

—Sí. Te lo dije.

—¿Me lo vas a comprar?

—Ese cañón no lo venden. Pero conseguiré otro para ti.

—¿Cuándo, papá?

—Mañana.

—¿De veras?

—Sí.

Doña Albina abrió la puerta y anunció, mostrando a Aldo un balde humeante, que el agua estaba lista.

—¿Se va a rasurar aquí?

—En el baño. Albinita. Llévela allá.

Se afeitó de prisa, causándose dos o tres cortaduras. El lápiz de alumbre contuvo las pequeñas hemorragias; y la brillantina, aplicada con generosidad al cabello y al bigote, le permitió peinarlos rápidamente. Se miró en el espejo y aprobó su aspecto. Sin barba, su rostro lucía juvenil, hermoso. No deseaba perder tiempo y guardó la navaja sin afilarla otra vez, como era costumbre que hiciera luego de haberla usado. Con el corazón alegre, y en los labios un par de compases de su aria predilecta, volvió al costurero; se vistió. Besó a su hijo. Tornó a salir. Indicó a la cocinera que regresaría a la hora de comer, y bajó al patio. Ausencio se apartó del grupo de soldados a los que ayudaba, y fue a su encuentro.

—¿Voy con usted, patrón?

—Quédate. No tardaré. Si la señora pregunta por mí, dile...

—...que fue usted a dar una vuelta... —completó, socarrón.

—Sí. Eso.

La densa luz del sol caía pesadamente sobre la calle. Un prodigio habíase operado en los rostros de quienes en ese momento la transitaban: ya no había en ellos el temor que en las jornadas anteriores: miedo gris que los afeara durante nueve largos días

trágicos. Eran rostros, esa mañana de cielo limpio, alto y de azul transparencia, tranquilos, confiados, abiertos a la certeza de que la paz había sido ganada al fin. Por quién, importaba poco. Las bocas volvían a sonreír y a volar, de acera a acera, los saludos, los buenos deseos, los adioses. La ciudad comenzaba a olvidar los horrores de la guerra, el llanto del luto, el tormento del ayuno.

—Hoy vuelve la luz eléctrica.

—Dicen que habrá agua a la una.

—Están ya calentando los hornos en la panadería.

—Gracias a Dios nada nos pasó.

—Mañana hablaremos de ese negocio.

—Hay misa en San Francisco.

—Y también en La Profesa.

—Y pronto en Catedral.

—De la que nos salvamos.

—Teresita tuvo una niña.

—El novio se robó a Rosaura.

—Tan decente que parecía.

—La ocasión hace al ladrón.

—¡Qué golpe para la familia!

—Habrá carne...

—...y leche...

—...y carbón.

La gente hablaba de cosas elementales, las únicas que a fin de cuentas le importan. No hacía ya especulaciones políticas, ni conjeturas sobre el destino del gobierno. Diríase que al pueblo, a los pequeños burgueses, a las amas de casa, a los comerciantes, a los criados, a los empleadillos, a los dependientes, no les preocupaba saber qué desenlace había tenido la breve y cruenta guerra civil. Brillaba el sol, y eso bastaba. Se podía caminar por las calles, sin precaverse de las balas. Flotaba en la atmósfera un olor ya distinto al de la muerte y la pólvora. Los soldados ocultaban en los cuarteles su presencia amenazadora. Niño y jóvenes revolvían los escombros en busca de recuerdos de la batalla. Había paz.

Cuando Rossi salió de su casa, lo mismo hacía de la suya don Primo de la O. Arroyo de por medio, al descubrirse mutuamente se saludaron con mucha ceremonia. A ambos los contagiaba también ese regocijo indefinible que alegraba el ambiente. El notario —lo advirtió Aldo así que cruzaba la calle para saludarlo de mano— iba vestido con sus ropas domingueras, y parecía un figurín de almacén.

Como todo un caballero, después del mutuo "Buenos días", y antes de abordar otro tema, don Primo ponderó las excelencias del tiempo:

—Linda mañana, don Aldo; linda mañana.

—Al rato va a hacer calor...

Echaron a caminar, circunspectos, hacia la avenida; esbelto como un ciprés, el notario; macizo como un atleta, el tendero. Líricamente, don Primo, hablaba de la hermosura de esa mañana de paz, tan distinta a las siniestras mañanas anteriores.

—A pesar de la guerra, señor Rossi, la vida se renueva. Tal es su misterio y su encanto. Nace en cada sonrisa, alienta en cada corazón. La vida, ¡qué gran prodigio!

En la avenida vieron una compañía de soldados que avanzaba, al paso, hacia la vellosidad vegetal de la Alameda. La gente los miraba con indiferencia; ya no temiéndolos, ya no asombrándose de que ocupasen los carriles del tránsito. Más

interesaba a los ociosos admirar de cerca las grandes lesiones de los edificios, indagar por los amigos, intercambiar relatos de calamidades, que alarmarse —luego de haberlos visto a millares— por la aparición de unos cuantos hombres en uniforme.

En la siguiente esquina, cuatro o cinco individuos, *catrines,* repartían volantes amarillos, verdes, rojos, azules, blancos. Rossi y el señor De la O recibieron uno. No, no se trataba de ninguna propaganda comercial; sólo de una anónima invitación al pueblo a repudiar al gobierno y a exigir la inmediata renuncia del Presidente.

—Lo que quiere decir —dedujo Aldo en voz alta— que el señor Madero sigue firme.

—¿Por cuánto tiempo más?... es el gran enigma.

—Si no cayó en lo más duro de la Revolución, es difícil que caiga ya.

—Quién sabe, quién sabe...

La brisa tempranera hacía revolar los rectángulos multicolores que los ciudadanos, luego de haberlos leído, arrojaban al suelo con indiferencia. El pavimento clareaba como si hubiese nevado copos de papel. Don Primo hizo el comentario de que —fuese cual fuere el curso que tomaran los acontecimientos políticos en las próximas horas— el Jefe del gobierno tenía ya un compromiso ineludible con el destino.

—¿Cuál compromiso, señor licenciado?

De la O dijo:

—En el mejor de los casos, el destierro.

Don Primo estaba de vena y con ganas de charlar.

Aldo de prisa y deseando marcharse sin demora. Del otro lado de la Alameda, en el sitio que determinaron el cochero y él, debía hallarse esperándolo Damián con su carruaje. Cada minuto que gastaba en cháchara banal con el notario, era un minuto que Rossi retardaba su reunión con Betina, y su retorno a casa.

—Perdóneme que me despida... —dijo, impaciente porque don Primo no terminaba de parlotear— pero llevo muchísima prisa.

—Si es así, no lo retengo.

—Mañana platicaremos cuanto tiempo guste. Buenos días.

La mano de Aldo, amplia y peluda, envolvió la escurridiza diestra lampiña del señor De la O; la sacudió un par de veces y al soltarla experimentó la sensación extraña y desagradable de haber tocado un pez frío, un poco viscoso, de tersas escamas.

A paso largo, Rossi cruzó en diagonal la avenida, alcanzó la acera opuesta y se perdió entre los densos grupos de personas que caminaban en la luz, felices de poder gozar nuevamente de la amplia libertad de su alegría.

X

1

EL VIENTO, que había comenzado a soplar a las tres de la tarde y que continuaba soplando a las dos de la madrugada, esparcía sobre la ciudad el polen de las balas y el olor amargo de la pólvora. Bramaba en las vidrieras rotas; lanzaba a las alturas y los hacía girar en el embudo invertido de los remolinos, trapos y papeles, astillas y basura. Sentíasele correr, furioso, por las calles desiertas; enredarse en las frondas de los árboles; batir las azoteas. Relámpagos sonoros anunciaban el alba de los cañones. Descargas de lívida luz revelaban, fugaces, la taquigrafía dramática de las cumbres montañosas. Un ruido enorme, un solo ruido: gutural, sin altibajos, se dejaba escuchar,

simultáneo, desde los cuatro puntos; y era en el centro de la metrópoli —en la tierra de nadie— donde se anudaba apretadamente hasta alcanzar su más trágico énfasis.

Eran tan intensas las explosiones, que la gran aldea en tinieblas parecía hallarse precariamente a flote, pero ya a punto de naufragar, en aguas salvajes. No se oían disparos. Sólo haces de disparos. Entre ellos emitíanse las necesarias pausas de silencio, y el ritmo no variaba y, al no variar, la curva de la locura de estruendos seguía en ascenso, prolongándose hasta más allá del límite de la humana resistencia. Parecía siempre que ése, el que se escuchaba en un momento determinado, era el punto culminante de la ruda querella de las armas; pero no era así. Siempre, también, un nuevo estrépito superaba, acallaba, borraba al anterior, en tenaz progresión. Diez, quince horas (el tiempo no contaba en los relojes suspendidos del hilo de la agonía) llevaban los grandes señores de la guerra asesinando a lo que aún quedaba vivo en la ciudad. Diez, quince horas de martilleo implacable, metódico y certero sobre la escena ya desnuda y en ruinas del campo de combate.

Otra vez, por docenas, los incendios ahogaban a la ciudad en la sangre de sus fulgurantes resplandores; otra vez el cielo estaba siendo acribillado por millares de trocitos de metal en ignición, fragmentos de granadas *mata—hombres,* de las que se usan más para diezmar al ejército enemigo que para demoler sus reductos. Oíase su gotear en los techos, en las superficies de láminas, en los patios. Granizo de hierro homicida. Llovizna de esquirlas ansiosas de víctimas.

—Dios mío: cuídalo... —Era el único ruego, dulce y sin embarga enérgico, que brotaba a cada instante de los labios acobardados de la señora Rossi.

El único y también el último. El más desesperado. Agotadas las plegarias, repetidas las que creía más eficaces, le quedaba sólo esa síntesis de esperanza. Tres palabras simples, dichas con tesonera sinceridad, densas de fe y de pasión; de una pasión patética, como la que pone el jugador al pedir suerte, cuando arriesga todo, su vida inclusive, al azar de un naipe.

Las reiteraba, con el labio a veces; con el pensamiento, otras; con el corazón, siempre. Imaginaba que pidiéndole a Dios que lo cuidara —y pidiéndoselo con fervorosa terquedad— lograría para su marido el amparo divino; amparo que sería más eficaz cuanto más vehemente fuera la súplica. Mucho de supersticioso había en su demanda, aunque no tuviese conciencia de ello. Solicitada la ayuda, era necesario machacar, machacar, machacar para que el Altísimo tuviera presente el ruego formulado por la última de sus criaturas. Sobre la ciudad, los obuses tejían la telaraña de sus rastros incandescentes. Fuegos encontrados, veloces líneas de luz, estrellas de vuelo parabólico que silbaban de este a oeste, y viceversa. Al estallar a media altura, las granadas dejaban caer nutridos chaparrones de chispas: hilos de materia al rojo; gotitas, plomo y acero, de muerte. Era, con todo, un espectáculo poético y macabro, y, si se quiere, artificioso como una ópera alemana —apoteosis de metales, delirio de luces; grandilocuencia sonora.

Las fuerzas, al parecer, estaban decididas a pelear hasta el exterminio. De ahí que el combate no tuviera treguas, ni reposo los hombres en él empeñados. Intuía la ciudad que ésa sería la noche final de la batalla; el término de la hecatombe. El vencedor quedaría tan maltrecho como el vencido; y el cuerpo de la metrópoli con profundas heridas, graves desgarramientos, llagas difíciles de sanar en largo tiempo. Retemblaba la tierra continuamente; desplomábanse enormes trozos de muro con aparatosa furia; se prolongaban las llamas del incendio, y la sangre, aunque no se le viera en la negrura nocturna, continuaba vertiéndose en las calles. Décima noche de matanza, de victoria

incierta; prólogo al silencio de la devastación. Si todos iban a morir, si todos estaban muriendo ya, cuando llegara el alba, ¿quién manejaría las armas, quién daría las órdenes, quién las obedecería —si nadie para hacerlo estaría vivo en la fortaleza o en las trincheras?

Si era grande el terror colectivo de la ciudad, más lo era el íntimo terror particular de María Rossi. Oculta en el cuarto de costura, de rodillas junto al lecho vacío, acompañada aunque no protegida por Luis Felipe (él también mudo de pánico), sólo en la plegaria hallaba relativo sosiego. Sus labios pasaban y repasaban todas las oraciones, inclusive las que imaginaba haber olvidado; o inventaba otras con los restos de las antiguas. Rezando de prisa, cerraba el paso a las ideas macabras que revoloteaban, iguales a moscas, en su mente. Por eso elevaba el tono de su voz y el de sus suspiros si alguna, más terca que las otras, insistía en ahincarse en su cerebro. Se entablaba entonces una lucha, breve e intensa, entre las palabras dichas de memoria y los pensamientos. Cuando volvían a la carga, era cuestión de empezar de nuevo la cantinela:

—Señor de los Cielos. Amo todopoderoso: Tú que le diste la vida...

Oraba apresuradamente, recreando los paisajes más tiernos, más implorados. Imponía el timbre de su voz aterrada al brutal retumbar de los cañones. Si un obús estallaba cerca —y no eran pocos los que derramaban su carga de balines sore la casa o en sus contornos— la señora Rossi asíase a la cama en busca de un punto de apoyo para no rodar por el piso. De tiempo en tiempo, al brillo de los fogonazos que alumbraban la pequeña habitación, veía a Luis Felipe estremecerse, tartamudear palabras que el ruido de la batalla ahogaba; y mirarla, mirarla con infinita esperanza.

—Dios mío, cuídalo.

Más que por sí o por el niño, la señora Rossi sufría por el ausente y era doble, por tanto, su pena.

De rodillas, María se desplazó hacia la cuna del chico. Al sentirse protegido, Luis Felipe la abrazó estrechamente. Era tal su miedo que comenzó a orinarse cuando mamá lo estrechó. Estuvieron así, en fusión de pánicos, muchos minutos.

Las palabras de la mujer fueron apaciguando el temor del niño, que cesó de agitarse y gemir; que fue haciéndose blando, más pequeñito, dócil, a medida que se sumergía en el sueño.

—*Sh, sh, sh…* —hacía la madre y la tensión de los músculos del hijo fue disminuyendo, hasta que cesó por completo.

Lo tendió en la cama y cuidando de no hacer ruido (como si no los aturdieran a ambos los ruidos colosales del cañoneo) lo arropó amorosamente. Una de sus manos había quedado atrapada entre las de Luis Felipe y, por temor a despertarlo si la retiraba, hubo de permanecer junto a él en incómoda postura: una rodilla en el suelo, la espalda curva, la otra pierna tensa por el esfuerzo de estar de pie a medias. —*Sh, sh, sh*... —aserraba dulcemente, arrullándose ella también.

Dormía Luis Felipe con la serenidad de la inocencia, lo que resultaba inconcebible para su madre. ¡Si ella pudiera contagiarse de esa calma infantil y dejar de agonizar en el miedo! Pero el único capaz de protegerlo como ella protegía al chico, estaba lejos, en peligro, sin duda, y quizá más necesitado de amparo que su esposa...

Dormido con el mismo confiado abandono que ahora el niño, había visto por última vez a Aldo la mañana anterior. Su gran cuerpo semidesnudo —una sólida mole de nervios y piel cubierta de espeso vello centelleante— ocupaba casi por completo la cama conyugal. Acostada de espaldas sobre el charco blanco de la sábana, la claridad

parecía sostenerlo en vilo, como si careciera de peso. El sueño despojaba a Rossi de la sobria fiereza que le era característica. No intimidaba su corpulencia, ni tampoco infundían respeto sus ojos agresivos. Era un chico de talla enorme, un ser indefenso ávido de la protección tiernísima de una madre. Era el suyo un dormir profundo, insensible a la luz que el sol colaba por el ventanuco del costurero. Sin más ropa que el largo calzoncilio de punto (los calcetines aún puestos, fuera de sus ojales los botones de la pretina) recuperaba las fuerzas agotadas por el ayuno.

María habíale pedido que descansara un poco; y él, luego de fanfarronear que no estaba muy fatigado, accedió —"para darte gusto"— a tenderse unos minutos. Preparó ella la cama, instruyó a Luis Felipe para que respetara el sueño de papá, aleccionó en igual forma a la servidumbre, y condujo a Rossi a la alcoba:

—Si algo se te ofrece, llámame.

—Sí, amor... —dijo él, con el mismo ficticio afecto con que estaba hablándole desde que volvió de su aventura en las calles.

—Iré, mientras, a poner un poco de orden en la casa.

—Que bien lo necesita.

—Procura dormir.

—Apenas una siestecita. Yo también tengo mucho quehacer.

No bien María se hubo marchado, Aldo se quitó camisa, pantalones y zapatos, y se acostó. Su propósito era, en efecto, sestear quince minutos, treinta a lo más, y luego correr a su cita con Betina. Cerró los ojos; se aisló casi instantáneamente de cuanto lo rodeaba y olvidó, pese a que se resistía a hacerlo, su firme intención de recordar la hora. Fracasada en su intento de hablar con su padre, la voz de Luis Felipe dejó de zumbar —porque ya Rossi estaba dormido.

Hizo María lo que se había propuesto (disponer los platillos para la comida, ordenar al mozo que iniciara el despeje del corredor, ocuparse con Matilde en la cuenta de la ropa blanca que iría al lavadero en cuanto volviera a fluir agua de los grifos) y se halló, al término de todo eso, ante un fenómeno nuevo: ella, que se lamentaba de carecer hasta de un minuto libre, tenía ahora tiempo en abundancia para ir a la iglesia después de no haberlo hecho en una semana.

Al entrar en el costurero, para mudarse de ropa y avisar a Aldo que iba a salir, la estremeció el espectáculo de ver a padre e hijo dormidos en muy semejante postura: despernancados ambos; de través en la cama, uno, y en la cuna, otro. Mientras desnudaba su cuerpo deseó (secreta voluptuosidad que teñía de rubores su mejillas) que Aldo la sorprendiera así. Pero ni éste ni Luis Felipe advirtieron su presencia.

Cuando retornó del templo con Matilde, preguntó a Ausencio si el señor seguía durmiendo. El mozo dijo:

—Ya salió.

—¿Hace mucho?

—Como un cuarto de hora.

—¿Dijo a dónde iba?

—Que a dar la vuelta. Se fue con el licenciado de enfrente.

María quiso saber después, refiriéndose a los soldados que se ocupaban en la complicada tarea de bajar el cañón.

—¿Hablaron con el señor?

—Sí. Él los dejó entrar.

Un par de minutos permaneció María en el patio, mirando cómo aquella turba de destructores individuos causaba nuevos daños. Su lenguaje soez (que en ocasión

distinta la hubiese horrorizado) dejábala impávida como si no lo escuchara; su absoluta falta de recato (uno de ellos orinaba al pie de la escalera) no la hacía estallar en ira, nimios parecíanle esos detalles: mínimos los perjuicios que infligían a la casa; nada ofensivas las toscas expresiones de la soldadesca. ¿Para qué arruinar, enojándose, el regusto maravilloso de sentirse feliz? La visita al templo, el aroma del incienso, el brillo antiguo del oro en los altares, la solemne música del órgano, los conceptos del Evangelio, la pompa ritual de la misa, habían llevado a su espíritu una apacible serenidad; una especie de tolerante indiferencia.

No obstante, aunque sin animosidad, recomendó a Ausencio:

—Cuida que no vaya a perderse algo...

Había subido de prisa la escalera y de prisa también había puesto orden en el costurero, y curado las ámpulas, ya casi secas, del cuerpo de Luis Felipe. Se había arreglado el pelo por segunda vez en la mañana y coloreado, por primera, con una antiquísima barra de carmín que encontró en el fondo de un armario, las mejillas y los labios. Había ido a la cocina para ver si los guisos se hallaban en proceso de cocinamiento. Había cantado:

Corazón Santo, Tú reinarás;
Tú nuestro encanto siempre serás...

sin hacer caso de las oblicuas sonrisas irónicas o de los resoplidos de doña Albina, a quien mucho irritaba, y había irritado siempre, que la intrusa invadiera sus dominios: aquel caos de ollas, cazuelas, platones, cucharas, coladeras, trapos, molinillos, panes viejos, chiles a medio comer, polvo negro de carbón y gotas de manteca gris, del que era responsable absoluta. Había preparado, de acuerdo a lo que permitía la despensa ya mermada, un par de guisos extra, y hecho cubrir la mesa con el mejor de sus manteles —una reliquia de lino de Irlanda que bordaron las sabias manos de *Mamacita* y que no había vuelto a usarse desde aquella noche inolvidable en que don Porfirio y su esposa cenaron por última vez en la residencia señorial de la viuda del coronel Alard.

Y, después, había aguardado el retorno de Aldo, mientras el mayor y sus vándalos —luego de muchos gritos, pujidos y accidentes— se llevaban el 75 mm; y aguardando estaba cuando el bombardeo empezó de nuevo. Se escuchó, primero, un trueno remoto: un tamborazo en el silencio plácido del mediodía. Pasaron dos o tres minutos (los que tomó al ruido convertirse en polvo de eco entre la miel cálida del sol) antes de que otro estallido alarmara a la ciudad. Rodaron hacia las sierras los rumores del segundo disparo, y a éstos se agregó un silencio más. Pero de súbito, simultáneas en todos los frentes, se elevaron las frases iniciales del majestuoso coral de los cañones, y el aire perdió su limpieza, los humanos su calma y la victoria su paz. Terminaba el entreacto y el drama proseguía. La tregua, iba a saberse posteriormente, había sido violada por los rebeldes —cuyos caudillos demostraban conocer muy bien la psicología de las multitudes— con el propósito de lanzar a éstas contra el gobierno; un gobierno que por ser débil era incapaz de someter a la pequeña guarnición insurrecta de la Ciudadela, y permitía que se prolongara la matanza.

Eso ocurrió al filo de las tres de la tarde, y la ciudad y quienes en ella pululaban con el optimismo de la confianza, viéronse atrapados por la violencia, lejos de sus casas los más, expuestos a morir. Por millares, los ciudadanos quedaron a merced de la suerte, y corrían en busca de un refugio dónde guarecerse de la tupida, persistente, invisible

tolvanera de metralla. Se les veía morir a puños; huir heridos, señalar con rojo la trayectoria de su fuga.

El viento comenzó también a esa hora. En la avenida, el pavimento sudaba la sangre de las víctimas. En la Alameda, las granadas escindían las copas de los árboles. En trincheras, azoteas, plazas y en todos los sitios donde hubiese un parpadeo, la confusión era espantosa. Seguras como los civiles de que la guerra había terminado, las tropas no acertaban a explicarse qué ocurría; por qué los insurrectos habían vuelto a atacarlos a mansalva. En los primeros minutos del sorpresivo asalto, abundaron las bajas. Los cañones, las ametralladoras, los fusiles de La Ciudadela disparaban con saña, tratando, a no dudarlo, de que la cosecha de muertos fuese pródiga. Estaban consiguiéndolo.

Ésa del décimo día habría de ser la tarde más violenta de la revolución urbana. Si los cañones rebeldes bombardeaban a la ciudad con feroz insistencia, los del gobierno repelían el ataque en la misma forma. Sus obuses acertaban, ahora, sí, con matemático tino, en los muros de La Ciudadela, y la roja esponja de tezontle de que estaban revestidos llenábase rápidamente de desconchaduras. Dos o tres aturdidoras explosiones ocurrieron en la Fábrica de Armas, situada en la acera norte del amplio jardín de la fortaleza.

El furor de la guerra no decreció en intensidad durante el transcurso de la tarde. Por el contrario, así que las horas maduraban, su gran bramido se hacía más ronco, más ominoso. Aquel *fortissimo* de armas enfurecidas sosteníase en el nivel máximo de un agudo aterrador; en un redoble como el que subraya, en el ánimo y en el oído, los segundos de espera que anteceden al salto mortal del trapecista del circo. No eran, sin embargo, tambores, los que se dejaban oír; era la artillería que echaba al aire su vómito de acero y lumbre.

Amarillo de pavor el rostro e indecisa la voz, Matilde preguntó a su ama, a las tres y media, si servía la comida.

—Comeremos cuando venga el señor —fue la respuesta de María Rossi.

Otra vez padecía los efectos torturantes de la angustia. Otra vez, como tantas en las últimas 48 horas, era presa de la desesperación del temor a que Aldo muriera. Entregarse a la histeria era igual a poner en duda la bondad de Dios, que si ya le había devuelto a Rossi, tornaría a traérselo vivo e ileso. Por ello necesitaba mostrar valor, para que el niño y los criados no se asustaran más de lo que ya estaban.

A las cuatro, fue doña Albina quien, asomándose al comedor, preguntó si apartaba de la hornilla el platón de los *caneloni.* Hubiese querido María decirle que no, que continuara manteniéndolo cerca del fuego para que estuvieran calientes cuando el señor llegara; pero prefirió dar una respuesta indirecta:

—Coman ustedes. Yo comeré con él.

Mientras los criados se reunían en la cocina, la señora Rossi fue al costurero. Nuevamente recurrió a la oración para no precipitarse en el pesimismo. Rezaba, de rodillas, mirando hacia la ventanita; y a medida que la luz iba perdiendo su brillo y se tornaba pardusca y débil, la mujer de Aldo sentía revolotear dentro de su pecho los murciélagos del miedo.

Así transcurrieron las horas de la tarde, entre la esperanza y el desaliento; horas largas, reptantes, infructuosas. El fin de la luz significaba el principio de la soledad de la noche —de esa noche sombría que iba cerrando su párpado único sobre la cadena de montañas. El rectángulo de cielo negro que miraban sus ojos se animó a pausas con la presencia de otras luces: fogatas, incendios y chispazos de la batalla. Ya con los

esófagos sucios de carbón de pólvora, continuaban jadeando, roncos, los cañones; chillando, tipludas, las ametralladoras; haciéndose oír, tímidos, los fusiles.

Se peleaba con brío, salvajemente. Ni una laguna de silencio. Ni un paréntesis de calma. El compás era el mismo y el mismo, también, el odio de quienes manejaban las armas sin concederles respiro. Gruesas columnas de humo (rojizas en la base, color cuero en lo alto) indicaban en qué rumbo ardía en plena libertad una casa, un edificio, un barrio entero. Las granadas cruzaban la atmósfera, arrastrando largas tirillas de lumbre escarlata

La presencia de la noche agrandaba el terror de la señora Rossi. Había creído siempre —trasunto de superstición— que la luz solar le brindaba un amparo del que estaba desprovista en las tinieblas. Era por ello que mayores le parecían en la oscuridad los peligros a que estaba expuesto su esposo.

El riesgo adquiría una dimensión trágica en las horas nocturnas y figurábasele que en ellas acechaban a Aldo otros enemigos: los múltiples e invisibles que suelen habitar las sombras de una metrópoli, como la de México en ese momento, preñada de amenazas mortales. De ahí que rezara con tal ímpetu, pactando compromisos con Dios, comprometiéndose a sacrificios de toda índole (privarse del amor físico apenas descubierto; prescindir de la sal en sus comidas, lavar con sus propias manos a lo largo de seis meses los retretes; vestir por un periodo igual el hábito carmelita; torturar su carne con un cilicio) a cambio de que el ausente se salvara.

De cuando en cuando, a ráfagas, entraba al costurero la frescura del viento que ya no olía a cadaverina sino a azufre. Confiando a su madre la responsabilidad total de cuidarlo, el niño se había dormido; y al hacerlo, la dejó sin la mínima compañía que ella necesitaba para no sentirse absolutamente sola, como ahora lo estaba: lúcida a causa del terror, receptiva a todos los ecos, neurótica a fuerza de saberse desamparada.

Era, ya, tiempo de la cena. Matilde se lo recordó al preguntarle a qué hora deseaba que la sirviera:

—Cuando llegue el señor...

—¿Y si tarda más...? —interrogó la *yaqui,* imprudente sin darse cuenta.

Levemente rispidas sonaron las palabras de la respuesta:

—Lo esperaremos... aunque tarde.

—Sí, señora.

—Si tienen hambre, cenen ustedes.

—Yo no tengo, y creo que Albinita tampoco.

Para no ver a la criada (más bien, para no sentir su presencia y lo que de compasión había en ella) la señora Rossi cerró los ojos y reanudó sus oraciones silenciosas. Al cabo de unos minutos, advirtió que Matilde continuaba de pie en el umbral, como a la espera de algo.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Le traigo una tacita de tila?

—No.

—¿De café?

—Tampoco.

—Acuérdese que no comió al mediodía.

—Nada quiero. Vete. No me interrumpas.

Quizá de hambre, el estómago le dolía confusamente; esto es: no en un solo sitio, sino en todos y en ninguno. Gracias a esa molestia pudo sustraerse por unos minutos a sus preocupaciones —los que le llevó catalogarla, asociándola a los que hubiese

sufrido en alguna ocasión previa. Y cuando perdió interés en el problema de su viscera hambrienta, la señora Rossi volvió a empantanarse en el temor.

Concluida la cena en la cocina, los criados corrieron a esconder sus miedos en su cubil, y María, que los oyó alejarse, tornó a sentirse más sola aún. El silencio particular de la casa (el silencio que persistía a pesar de los estruendos) era todo suyo, y la ahogaba. En esa asfixia de nervios cada segundo más alterados, de saliva cada minuto más amarga, de palpitaciones cada instante más descompuestas, dejó transcurrir el tiempo. A las diez, sucedieron las once, a estas las doce; terminó un día y otro comenzó a rodar por la cuesta de la madrugada...

Con mucha suavidad rescató su mano de entre las de Luis Felipe. Segura de la solidez del sueño infantil, María corrigió la postura del niño, lo cubrió y se dispuso ella también a descansar. Tenderse en la cama la alivió de los dolores que aquejaban a sus músculos, en especial los de las corvas. Trató de dormir y apenas hubo cerrado los ojos, reaparecieron las imágenes macabras. Sintiéndose arrinconada, acosada, perseguida, reflexionó que necesitaba ocuparse en algo, aturdir su mente, colmarla de actividad, fuese ésta cual fuere. ¿Qué mejor que pensar en su marido —que verlo con la imaginación?

Cuantas veces intentó reconstruir la imagen de Aldo, tantas fracasó. Podía recordar, claros, netos, los rasgos de su rostro: los ojos, las cejas, la nariz, la boca, el mostacho; pero resultábale imposible organizarlos, acomodarlos dentro del óvalo vacío e integrar con ellos una fisonomía. Ojos, cejas nariz, boca, mostacho eran, sí, los de Aldo; pero correspondían a un Aldo en tiempo y situación distintos al que deseaba aprehender con la memoria: el que había visto durmiendo en ese mismo lecho la víspera por la mañana.

Caminar quizá la ayudara a librarse de sus obsesiones. Los nocturnos paseos solitarios le habían servido siempre (cuando desesperaba de celos, miedo o ira; o de todo ello junto) para dar a su mente el alivio de la evasión, y aunque nunca antes había sido su terror más intenso que ahora, decidió ensayar el recurso favorito. Recorrer el pasillo, la escalera y el patio cuantas veces fuera necesario; fatigaría su cuerpo hasta adormecer su cerebro; haría cualquier cosa, excepto permanecer en el costurero, en la red de pensamientos que la enajenaban.

Para hacer más completa la evasión que buscaba en el ejercicio —y harta de repetir las mismas plegarias— tomó el rosario que había sido de *Mamacita,* y salió.

Con queda y fervorosa voz, comenzó a murmurar:

—Señor mío Jesucristo; Dios y hombre verdadero; Creador, Padre y Redentor nuestro…

Tan despaciosamente como si aún estuviera en la cuarentena del parto, inició su caminata. Sus pasos siguieron el único itinerario posible: del costurero a la escalera; por ésta, al patio, cuyo perímetro circundó dos veces; el lento ascenso de los peldaños para volver a la galería y continuar por ella hasta su fondo: el cuarto de los criados. Completó su moroso recorrido en el tiempo que le tomó rezar el primer *misterio* del rosario, que decidió hacer de quince para mantenerse ocupada, de menos, una hora. A medida que bisbiseaba padrenuestros, avemarias y glorias, su miedo iba menguando, y casi había dejado de sufrirlo cuando terminó el segundo *misterio y* con él la segunda vuelta. Emprendió la tercera con el ánimo ya tranquilo, el pulso y la respiración en orden, y, lo que buscaba y al fin conseguía: sin pensamientos.

Sus oídos no escuchaban ya el barullo de la artillería; ni sus ojos se deslumhraban con los frecuentes relámpagos que reflejaba el vidrio negro del cielo. Había dejado de temer, porque no conservaba ni sedimentos de recuerdos, porque había olvidado los

que la atosigaban. La evasión era, pues, completa, perfecta. Como si hubiese ingerido alguna droga, algún vino mágico, sentíase en disfrute pleno de una deliciosa placidez; desvinculada de unas preocupaciones que, de haber persistido, la tendrían ahora a orillas de la demencia.

Caminar durante más de una hora sin detenerse ni una sola vez, le produjo una grata fatiga y le despertó el apetito. Entró en la cocina y encendió la lámpara. Tenía ganas de comer, aunque ignoraba qué. Comenzó a destapar ollas y cazuelas con el propósito de que el olor o el aspecto de los guisos la ayudaran a decidirse por alguno. Después de mirarlos a todos sin que su gula se entusiasmara optó mejor por beber sólo café. Puso la marmita en la hornilla y mientras hervía el agua rezó tres credos. Una sombra embozada, la de Ausencio, cruzó furtiva frente a la puerta y siguió hacia la escalera. Minutos más tarde, cuando la señora Rossi apartaba del fuego el cacharro de peltre, la sombra pasó de regreso.

—Ausencio... —lo llamó.

—Ordene, señora.

—¿No viene...?

—No, señora.

—Vete a dormir —añadió, fingiendo mucha entereza.

—Puedo quedarme a esperarlo.

—Lo haré yo...

A sorbos tan pequeños que apenas le humedecían los labios, la señora Rossi bebió dos tazas de café. Casi sin darse cuenta —cuando estaba a punto de desesperarse nuevamente pensando en Aldo— comenzó a cabecear e inclusive dormitó unos minutos con la barbilla clavada al centro del pecho. Tras un gran esfuerzo, pues no deseaba que la atrapara el narcótico sopor, se puso en pie, se frotó los párpados, sacudió la cabeza y alto, para mantenerse despierta con el sonido de su voz, reanudó el recitado del rosario. Sus piernas, duras, torpes, rígidas a causa de la fatiga, rehusábanse a ponerse en movimiento, y hubo de hacer acopio de coraje para forzarlas a la obediencia. Poco a poco, así que caminaba con lentitud por el corredor, fue desapareciendo de ella la protesta dolorosa de la flebitis. Haber vencido su momentánea postración le proporcionó el gusto de saberse en cabal dominio de su voluntad.

Al fin del primero de sus nuevos recorridos, la señora Rossi se encontró ante el dormitorio de los criados. Disponíase a volver sobre sus pasos, e iniciar el segundo *misterio,* cuando escuchó el rumor amortiguado y confuso de una charla, en la cual se la aludía, quizá no muy cortesmente, porque Matilde exigió a doña Albina y a Ausencio que no siguieran criticando a la patrona y, sobre todo, metiéndose en asuntos íntimos de los amos; asuntos que por ser de tal índole no eran de la incumbencia de la servidumbre.

—Lo que haga el señor y lo que deje de hacer la señora, no les importa —la escuchó puntualizar con energía.

Lo que el mozo repuso al exabrupto de la *yaqui* se perdió en el estallido de una granada a medio centenar de metros de allí. Pasada la conmoción, María oyó decir, burlonamente, al criado:

—Si tanto la quieres, dile que vaya a dormirse y deje de andar dando vueltas toda la noche como *La Llorona* —y agregó a manera de burlón comentario sonoro, un aullido semejante al que emite para llamar a sus hijos por ella asesinados, el espíritu de ese siniestro y patético personaje de la leyenda popular— ¡Aaaaay, mi viejo!, ¿dónde andas que no me oyes...?

—Ya cállate, Ausencio... —volvió a exigir Matilde.

Con la boca llena de risa, terció doña Albina:

—Igual que Tía Lola: haciéndose tonta sola.

Y Ausencio continuó:

—Caminando de aquí para allá, reza y reza, suspirando porque vuelva el patrón... como si el patrón fuera a volver hoy.

—¿Y quién dice que no va a volver hoy? —lo increpó la muchacha.

Antes de responder, Ausencio preguntó a doña Albina

—¿Se lo digo?

—¿Qué me preguntas a mí? Díselo si quieres...

Amenguó en ese momento la débil luminosidad que producía la vela con la que se alumbraban, porque el mozo, antes de contestar a Matilde, se había inclinado a encender en la llama uno de los puros del amo. Transcurrieron unos instantes y con el aroma del tabaco llegaron a la señora Rossi las palabras brutales de la respuesta:

—¿Cómo va a volver hoy don Aldo, si está durmiendo con su querida?

Gritó Matilde con vehemencia

—Mentiroso. Eso no es cierto.

—Es la mera verdad. El patrón está, ¿sabes dónde?, en Azcapotzalco... Allí, con la otra señora, con la señorita Betina. Yo fui con él a dejarla anoche, por eso nos tardamos tanto, y los oí quedar en verse hoy a comer... y a todo lo demás.

Cacareó doña Albina un comentario soez que provocó la aguda risa del mozo y nuevas protestas de la camarera. En el mismo tono festivo, Ausencio prosiguió:

—Por eso, nomás tú y tu patrona se fueron a dar golpes de pecho a la iglesia, el viejo garañón, que estaba haciéndose el dormido, peló gallo... Y para que lo sepas hasta un coche tenía esperándolo en la Alameda. ¡Y el gusto que ha de estar dándole al cuerpo con *la segunda,* que está, humm, así de buena, gordita y sabrosa como tú, y no flaca y escuálida como doña María!

No llegó a oídos de ésta lo que dijo Matilde, lo que agregó Ausencio y lo que doña Albina comentó a lo dicho por ambos. No llegó porque los criados hubiesen dejado de hablar —seguían haciéndolo en tono alto y claro— sino porque ella había quedado aturdida, ensordecida, aplastada por la revelación. Las palabras del mozo le produjeron el efecto atontador de un golpe en plena frente. Como si la hubiesen agredido con un puño, en su cerebro se encendieron millones de moléculas multicolores. Un grito de rabia, que tenía su origen en cada partícula de su carne, le barrenó los tímpanos, y un gran vacío se le formó en el estómago. De hielo su piel, flaquearon sus rodillas, se le empañaron las pupilas, y a punto estuvo de caer al suelo, inerte como un saco de arena.

Con incierto paso ebrio, siempre apoyándose en el barandal de hierro, María Rossi volvió a la parte anterior de la casa. Podía moverse, mas no pensar, y se sentía extraña, desmadejada, como si no fuera ella misma. Mucho tiempo después, se halló en la cocina, de pie ante el brasero, con los ojos perdidos en el brillo agónico de los carbones.

—Dios mío... —se oyó decir, sin reconocer como propia la voz átona, triste, asombrada, que se arrastró entre sus labios.

Una de sus manos rozó la piel de la otra y fue como si tocara un trozo de piedra o una piel que tampoco era la suya. Recordó que así se había sentido inmediatamente después de expirar *Mamacita.* (Ella estaba a su vera en el momento del trance. De tan absorta, no advirtió que la viuda de Alard había dejado de alentar. En un susurro, que

removió apenas el silencio de la alcoba suntuosa y barroca, el doctor Cobo dijo: ᵘHa muerto..." y puso su diestra en el hombro de María. Ésta miró el rostro de cera de su madre y luego el de pesar del médico que añadió en un suspiro de consuelo: "Ha muerto. Gracias a Dios, sin sufrir." Aún sin comprender lo que significaban esas palabras dichas con ternura, María asintió, conforme, como si no la afectaran; y contra lo que Cobo esperaba no prorrumpió en gritos. Quedó muy quieta, con los dedos de *Mamacita* entre los suyos. También entonces, sin la sombra de un pensamiento detrás de la frente; con un gran hueco en el vientre y un ardor frío en la epidermis. El golpe la había anonadado hasta el extremo de hacerla sentir que la muerte de su madre equivalía a la muerte de una parte; la mejor, de sí. Luego de un tiempo, el doctor Cobo, Matilde: una niña de ojos vivaces, y las otras criadas, la separaron dulcemente, compadecidamente de la difunta y la condujeron a su propia recámara. Rehusó que la acostaran en la cama, pero sí en un diván de damasco púrpura, y sobre él, no despierta pero tampoco dormida, sorda a todo ruido, ajena al rebumbio del duelo, pasó muchas horas en absoluta postración. Cuando le fue posible calificar la magnitud de su tragedia, se anegó en lágrimas y pregonó a gritos su orfandad. Una pócima que le hicieron apurar, la sumió por un extenso periodo de tiempo, en el sopor del olvido...)

Muy lentamente, a medida que un sudario de ceniza opacaba el núcleo carmesí de las brasas, la señora Rossi comenzó a recordar —y a darles a cada una su justo valor, su precioso significado, su exacta importancia—las palabras con las que Ausencio había destruido el universo de su felicidad; y cuando terminó de ponerlas en orden, de analizarlas sin prejuicios y le fue posible abarcar, de conjunto, su enorme drama, experimentó la sensación de estar rota y, como después de expirar *Mamacita,* un poco muerta; o muerta del todo.

—Dios mío... —volvió a decir, mecánicamente.

Sintió formarse, en el fondo de su sangre, un torbellino de emociones oscuras, violentas, que comenzaron a girar, a crecer, a rebotar de un muro a otro de ese vacío inmenso que era su cuerpo. Semejante al que acomete a quienes asisten junto a los rieles al paso de un largo convoy, un temblor incontenible empezó a sacudir sus tobillos, sus muslos, su torso, su cabeza; estremecimiento que le hacía castañear los dientes y transmitir gruesas gotas heladas. Sus dedos se crisparon, sus brazos se retorcieron, su boca se distendió horrenda, y un resoplido de pena e impotencia (que ella creyó grito) se filtró a través de sus mandíbulas.

En una especie de ataque epiléptico *Apetite maladie?*— se lanzó al suelo y comenzó a revolcarse sobre él, en espasmo continuo, en amplio y lento girar de trompo que pierde el equilibrio cuando se extingue la fuerza que lo ha mantenido vertical. Al témino de aquel extravío, exhausta, sudorosa, muy débil, se halló boca abajo, la mejilla en el piso, respirando con la avidez de quien se asfixia. Así, no llena aún de ira, sólo de sorpresa, permaneció varios minutos.

Después con ásperos gemidos de rabia —erupción de orgullo, rencor e incredulidad frenéticos— se dio a golpear el piso con los puños, y siguió haciéndolo, insensible al dolor de sus nudillos y de sus codos, hasta que una tibia lasitud invadió sus músculos, y algo como una derrota, su ánimo. Buscó para su frente el apoyo de una pata de la mesa de cocina, y prorrumpió a gemir:

—No me lo merezco, Dios mío. No merezco que me hieran así, Señor de los Cielos.

Lloraba rabiosa y desesperadamente, no porque apenas descubriera que su marido le era infiel (serlo era ya un hábito en Aldo, y fingir indiferencia, una costumbre en

María) sino porque ahora él había agregado a la traición carnal una ofensa más terrible: la única que ella jamás podría perdonar, justificar u olvidar, la de la burla.

—La burla, sí, Dios mío, la burla... —masculló, con las mandíbulas trabadas.

Mofa, la más despiadada, parecíale que mientras ella agonizaba en la soledad del terror, su esposo (al que creía en riesgo de muerte al que secretamente admiraba por el arrojo con que se había lanzado a las calles pródigas en peligros para conseguir el salvoconducto que le permitiera llevar a su familia a sitio seguro, y por el que había orado tantas horas) ese abyecto individuo que era su esposo estuviese compartiendo con su querida la basura del sexo y, de seguro, burlándose de la ingenua, crédula y estúpida que en el desierto de su casa pagaba a Dios, a cambio de la vida del infame, el pobre rescate de sus plegarias.

Menos que de la traición en sí, la encolerizaba sentirse víctima del escarnio y blanco de la perfidia de Aldo. Porque Aldo —ninguna duda tenía ya— era el hombre de peor entraña que había nacido, el más ruin y abominable de cuantos emporcaban la tierra. Sólo un sujeto carente de moral, de piedad y de honor es capaz de asesinar la fe y ensombrecer para siempre la existencia de quien, como en ese caso María Rossi, ama y cree hasta el grado de ofrendar su vida si haciéndolo salva la del otro. Un monstruo así, ¿merece disculpa, misericordia, o furia y venganza eternas? —¿Por qué... por qué? —reiteraba en su estupor. ¿Por qué, después de haberla inducido a la confianza y hecho olvidar los antiguos rencores, y dicho que les aguardaba a ambos una vida sin discordias —por qué había vuelto a engañarla? Esa comedia de embustes, ese juego de burlas, esa farsa de afecto, ¿eran parte de un plan que Aldo había puesto en práctica para hundirla, ahora sí para siempre, en la amargura irremediable?

—Canalla... —hipó, bebiendo lágrimas. Durante los años que se negó a compartir con él la intimidad de su cuerpo, los devaneos de Aldo no la habían afectado mucho sentimentalmente, aunque la irritaban no poco porque la ponían, si pudiera decirse, socialmente en ridículo. Cierto que la encolerizaba saberse desdeñada; no menos cierto, también, que sufría o creía sufrir celos; pero éstos eran, descubríalo ahora, celos superficiales, exentos del cálido y auténtico odio de la pasión; mero orgullo herido a flor de piel. Era lógico, y aun disculpable, que Aldo buscara a otras mujeres, o a *otra* en particular como a últimas fechas, para dar curso a sus impuros deseos. (Hasta que él la condujo al éxtasis, ella había pensado que la mujer es sólo el sumidero en el que vierte el macho lo más inmundo de sí). Pero si no se rehusaba más a someterse a la tiranía de las caricias, si por el contrario nada anhelaba tanto como repetir la maravillosa experiencia, ¿por qué había vuelto Aldo a reincidir en el adulterio? Si no podía invocar ya la excusa del desdén, ¿por qué escapó furtivo para ir a revolcarse con la querida?

—¿Por qué, Señor, por qué busca a otra... si nadie es capaz de quererlo como yo?

Los celos de María eran, ahora, los de una mujer trastornada por el deseo; más bien, por el recuerdo del deseo. Celos aniquiladores y terribles como los que padecen quienes apenas descubren, apenas recuperan o comienzan a perder, el fuego de la carne. Imaginar que Aldo, en ese minuto preciso estaba haciendo con *la otra* lo que dos noches antes había hecho con ella, la cegó de ira y puso en sus labios un largo, continuo y estrujante sollozo furibundo.

—¿Por qué, por qué, por qué?

Pregunta que quedaba sin respuesta; duda que abrumaba su alma y su juicio; enigma para el que no hallaba solución. Tornó a sentir que estaba vacía; lleno de órganos el ataúd del cuerpo y, sin embargo, deshabitada de vida. Su piel revestía un

hueco oscuro de aire y envenenado. El negro pozo al que se precipitaba en el sueño, ¿era el limbo que llevaba dentro?

Tuvo un último acceso de furor; y puesta en pie, martilleó con ambos puños la superficie de la mesa (a los golpes, algunos trastos cayeron al suelo) en tanto que prometía con voz gruesa y decidida:

—No he de llorar. No he de llorar. No he de llorar nunca más, por nadie, en mi vida. ¡Lo juro...!

Abruptamente, como se había encendido en su sangre, se apagó su cólera. Con gran frialdad —su cerebro vuelto de nueva cuenta a la lucidez; en sus venas el pulsar normal—tomó una determinación: aguardaría a Aldo en la calle, para allí, a campo abierto, enfrentarlo a la disyuntiva de decidir entre la esposa y la concubina. Si Aldo ¡el muy cobarde!, renunciaba a la otra y volvía, contrito y humilde, a su hogar, la señora Rossi no lo rechazaría... Destruirlo poco a poco, con la misma calculada saña que había empleado él para aniquilarla, convertiríase en la tarea fundamental de su existencia: largo proceso de venganza que daría interés a una vida, como ya la suya, sin ninguno positivo. Mas si Aldo, ¡el muy cínico!, optaba por marcharse, no seria ella quien se humillara rogándole permanecer. No lo necesitaba. Luis Felipe tampoco. No la arredraba vivir sola; trabajar, inclusive.

—Dios dirá... expresó firme, tranquila, acerada.

Dispuesta a aceptar la decisión del Destino —y resuelta a dirimir su querella esa misma noche, si Aldo regresaba, o cuando lo hiciera, pero no en la casa, sino en la neutralidad de la calle, sin el hijo o los criados por testigos —María salió de la cocina. Avanzó por el corredor. Tomó la escalera.

Cruzó el patio. Llegó a la acera.

Entre el tumulto del cañoneo, del que ahora se daba cuenta nuevamente, comenzó su guardia.

2

SIGILOSA, a pasos rápidos, volviendo el rostro cada dos o tres para asegurarse que no era seguida, o escudriñando las tinieblas como si temiese que alguno de los criados sorprendiera su furtivo retorno, la señora Rossi regresó al costurero. Debió hacer ruido (un pequeño ruido involuntario que los oídos de Luis Felipe percibieron con toda claridad) porque el chico, rígido como la hoja de una navaja de muelle, se irguió en la cuna y, con los ojos bien abiertos, apoyó las manos en la barandilla, intentó ponerse en pie sin conseguirlo, y emitió una sola palabra:

—¿Papá?

Con el aliento en suspenso, sintiendo cómo de tanto contenerlo los pulmones iban hinchándosele, María aguardó en el umbral a que el niño volviera a tenderse. No quería agregar a las muy graves que la aquejaban en ese momento, la preocupación de tener que arrullarlo para que se durmiera nuevamente. Insistió Luis Felipe en preguntar:

—¿Papá...? —con el hilo delgadito de su vocecilla; y al obtener por respuesta el silencio de su madre (a la que no veían sus ojos ciegos de madrugada) se dejó caer sobre la colcha; y así: las manos en las axilas, en la postura de un escarabajo, reanudó el sueño que el crujir de una duela, quizás; o el rechinido del picaporte habían alterado por una decena de segundos.

María comprendió que había cometido un grave error, refugiándose en el costurero inmediatamente después de su agria disputa con Aldo. Así le rebosara de rencor el

pecho, la fragilidad del sueño de Luis Felipe imponíale la mordaza del silencio. Para librarse un poco de la presión de la ira hubiese deseado gritar, romper cosas o revolcarse en el piso. Nada, sin embargo, podía hacer, como no fuera sufrir, contener la furia que amenazaba desbordarla y rumiar la estéril cólera de su impotencia.

Pensó, sin el previo proceso de encadenar las ideas, en la compañera del soldado muerto —y le tuvo envidia. Envidia, sí, porque nada ni nadie le había impedido a la infeliz desahogar su pena. De ayes conmovedores, rudas palabras y agudos gritos pobló el aire y llenó de piedad a quienes atestiguaban la magnitud de su tragedia. Luego de haberlo hecho, purgada del dolor que la abatía, recuperó rápidamente el equilibrio emocional, ajustó sus sentimientos a las circunstancias, guardó sus lágrimas y aceptó, en silencio, su suerte. A la señora Rossi, de carácter más complejo en todos los órdenes que la viuda del joven militar y como ésta, personaje también de un drama casi tan sombrío, ¿le sería otorgado el beneficio de la resignación?

—No… —pronunció por lo bajo, roncamente, con firmeza; negándose a sí misma, desde ese momento, toda posibilidad de olvido.

Sola como nunca antes; sola como jamás habría de estar, sentíase en ese instante. La aplastaba la convicción de que esa noche había perdido para siempre la oportunidad no ya de ser feliz sino de vivir en paz, lo menos a que tenía derecho a aspirar una mujer como ella. Doce palabras, las únicas que recordaba de las muchas que dijo y oyó decir a su esposo, habían bastado para convertir en escombros su amor, su esperanza, su recobrada fe en el género humano. Doce palabras, como golpes de hacha, como quemaduras, como llagas que el tiempo fallaría en cicatrizar. No otras, ésas, quedaban vivas en su memoria. Lamentaba ahora, paradoja, haber puesto a Rossi en el compromiso de decidir; haberle cortado la salida del embuste. Lo arrinconó con la disyuntiva extrema; con la que jamás debe plantearse:

—Vas a decidir ahora mismo —le había dicho con espantosa calma— a quién prefieres. A esa mujer o a mí. Quiero saber la verdad...

Y él, luego de mirarla con increíble asombro —pues todo podía esperar de su esposa menos que lo abordara en la calle y en la calle le exigiera resolver con una palabra esa complicadísima situación, en la que estaban en juego sentimientos, pasiones e intereses varios— había respondido:

—Ella... Prefiero a esa mujer sobre ti, sobre mi hijo, sobre todos.

Las palabras terribles habían sido al fin parsimoniosamente pronunciadas, y por la forma en que salieron de labios del señor Rossi, que parecía deleitarse diciéndolas, lastimaron más a su mujer que si las hubiese arrojado a su rostro como escupitajos. Enemigos ya para siempre se miraron: con insolencia, él; con estupor doloroso, ella.

—Quisiste saberlo. Ahora... ya lo sabes —añadió Rossi, deliberadamente jactancioso, de modo tan frío y soberbio, que María se sintió culpable de haberle hecho la pregunta que ameritó su despiadada respuesta. Como él deseaba que ocurriera, ella lamentó haber exigido saber la verdad y no haber aceptado, igual que tantas veces antes, la limosna de la mentira; la moneda falsa del engaño. Tornó a reiterar, para que en el ánimo de su esposa arraigara más la insidia de la excusa—. Tú fuiste, conste quien me obligó a decirlo...

Después de haberse estrellado brutalmente contra el muro de la realidad, ¿de qué nuevas esperanzas iba a nutrir su vida?, ¿sería ésta sólo un perpetuo encaminarse hacia el sórdido horizonte de su porvenir tristísimo?, ¿con qué remplazaría la pasión que Aldo le hizo conocer? Para hacer más amargas sus horas de recuerdos, ¿quedaríale la *saudade* de que aún podía *sentir* y ser feliz? Evocó aquellos momentos

prodigiosos y, casi sin sorpresa, halló que su carne no respondía al estímulo de su memoria. Se obligó a rememorar el sueño perturbador en todos sus detalles, y aunque las imágenes volvieron a animarse y los actos a repetirse en toda su crudeza, su deseo no se inflamó. Fracasaba otra vez la llama en su lucha contra el hielo. Lo que había sido grato parecíale de nueva cuenta abominable; inmundo lo maravilloso; repugnante el apetito sensual; y el haber sometido su cuerpo al de un hombre, la peor de las vilezas.

Pero si inmenso era su odio contra Aldo, mayor aún era el que experimentaba contra Dios. Si Éste conocía la verdad, ¿por qué había permitido que casi perdiera el juicio de tanto temer por la vida del infiel?, ¿por qué no le impidió hacer el ridículo, rezando largas horas y comprometiéndose a sacrificios innúmeros a cambio de que librara de todo peligro al ausente?, ¿por qué la dejó sufrir, morir diríase, en su espera inútil? ¿Por qué le negó la misericordia de una señal que la hubiese ayudado a no preocuparse en la forma en que lo hizo?

Un hervor de furia le quemó las entrañas, y alzando la cabeza imprecó:

—Maldito Dios, —en un bufido de rencor.

En eso, por primera vez en varias horas, decreció el furor del cañoneo, y el silencio se hizo notar como un huésped extraño y estorboso. Molestaba a los oídos, acostumbrados al intensísimo estruendo, no percibir más las grandes explosiones, ni el seco crujir de los muros, ni el menudo y continuo silbar de las balas. Al quedar el aire vacío de rumores de batalla, tuvo la señora Rossi la impresión de que la noche estaba incompleta; mutilada del principal de sus elementos: el ruido; ruido—personaje de máxima importancia en la tragedia de la ciudad. Los guerreros habían hecho pausa ¿para negociar la paz, o para agrupar sus últimas fuerzas y lanzarlas contra el enemigo en el ataque final?

Fue durante esos minutos de repentino y árido silencio (que trastornaba por completo el orden a que la ciudad había ajustado ya su mísero vivir) cuando la señora Rossi escuchó cruzar frente a la puerta del costurero y seguir por el corredor hacia la escalera, las pisadas del mozo: pisadas hipócritas, mustias, como su conducta. ¡Qué inmensa repugnancia le provocaba ese individuo servil, cómplice y encubridor de las infamias de su patrón! Apenas amaneciera lo despediría sin miramientos, y si tuviere el descaro de pedírsela, rehusaríale la carta de referencias que necesitaría para hallar empleo en otra cosa. Pensar en el gañán la llevó a pensar en la cocinera. A ésta también la echaría a la calle, porque estaba harta de soportar sus altaneros desplantes, sus retobos y malos modos. No estando ya Aldo para defenderla, ¿quién le impediría a la señora Rossi expulsar a quien no era merecedora de permanecer a su servicio? Conservaría sólo a Matilde, la adicta camarera, de cuya devoción le sobraban pruebas.

El seco silencio que había caído sobre la casa aterrorizaba mucho más a María que el espantoso tumulto de la interminable contienda. Apagado, así fuera pasajeramente, el sollozo de los cañones; sin ruidos que la distrajeran, sus pensamientos volvían a obsederla con su terquedad corrosiva. Apenas ahora —cuando era ya tarde para dar marcha atrás al tiempo o para recusar la sentencia del Destino— dábase cuenta de que su vida, sin Aldo con quien compartirla, carecía de sentido; pues, ¿cuál puede tener una vida, como de seguro habría de ser la suya, a la que no resta siquiera la esperanza de la esperanza?

—Aldo... Aldo... —dijo el nombre, con voz muy tenue, igual que lo había dicho docenas de veces a lo largo de su vigilia.

Evocarlo así de amorosamente, ¿significaba que María Rossi había comenzado a mudar de parecer, y a lamentar el desenlace que dio a su pelea con Aldo? No. Si le

sobraban razones para lamentar lo ocurrido en la calle, no le faltaban para convencerse de que aquél era el único final práctico, si bien trágico, que ameritaba su problema conyugal. De que amaba a Aldo, estaba segura; como también de que lo odiaba con encono. Se preguntó cuál sentimiento era el que dominaba, y al cabo del lento análisis de sus motivaciones halló que en su ánimo, amor y odio pesaban lo mismo, porque ella, sin saberlo (de allí su terrible desconcierto) encontrábase en el punto exacto en que chocaban dos fuerzas antagónicas; en la encrucijada de la ambivalencia.

El silencio intruso parecía perturbar también el sueño, hasta entonces tranquilo, de Luis Felipe. En cuanto se apagaron los rumores del combate, el chico comenzó a removerse en la cuna, a buscar para su cuerpo mejor acomodo; a estirar y encoger los miembros; a emitir lo que su madre creía palabras y eran sólo murmullos, pujidos, breves lamentos guturales. Bruscamente, como ya lo había hecho cuando ella entró en la alcoba, se irguió y el temblor de su voz encadenó dos sílabas:

—¿Pa—pá?

Sin acercarse a él para no alarmarlo, María empezó a tararear muy dulcemente la tonadita de la canción de cuna tradicional:

Por los campos verdes de Jerusalén,
va un niñito rubio, camino a Belén…

Arrullado por la monótona melancolía con que mamá canturreaba, Luis Felipe cesó de apoyarse en el barandal de la cuna, dio una vuelta completa sobre sí mismo y suavemente, como una hoja, volvió al desorden de las sábanas. María se aproximó entonces y, con grandes precauciones, lo arropó. Viéndolo así en el candor de su inocencia, sintió que su vida, por más que la creyese vacía, no lo estaría nunca en tanto su hijo le perteneciera. Haría de cuidarlo su devoción; de consagrarse a él, su más placentero deber. ¿Cómo sentir miedo a la soledad si su amor, el verdadero, fiel y perenne amor, yacía allí, pequeño aún como una semilla, pero real, tangible, propio?

De pronto, un nuevo y horrible pánico la zarandeó violentamente, aturdiéndola casi hasta el punto del desmayo. El dolor de una duda —¿y si en la más secreta de sus entrañas, a resultas de aquella noche de pasión, anidara ya el germen de otro hijo?— se le clavó en el cerebro.

—No lo tendré. No lo tendré. No lo tendré —masculló con enorme furia.

Pero inmediatamente después, con idéntica vehemencia (imponiéndose al odio que le provocaba todo lo que hiciera recordar las horas de lujuria) deseó haber quedado encinta, para que su cuerpo diera forma y vida a lo que Aldo le había concedido con generosidad las horas de su amor. En el centro del patio estalló una sola palabra:

—¡Señora...!

A la zaga de su grito, Ausencio subió corriendo la escalera y, sin cesar de repetirlo continuó por la galería con el consiguiente sobresalto de los pájaros y la vaga alarma de las criadas, que lo habían escuchado también. Sólo la señora permaneció sorda a él, como si no fuera su nombre el que pronunciaba ahora el mozo, ni su presencia la que reclamaba con tanto apremio. Oyó, sí, que la llamaban; pero no reconoció al dueño de la voz; oyó los rápidos y sonoros golpes de nudillos que hicieron temblar los cristales de la puerta y, sin embargo, permaneció sentada a medias en la cama, con las manos sobre los muslos y la razón impermeable al mensaje que trataba el gañán de comunicarle.

Al no obtener respuesta y sin que le importara ser reprendido por su atrevimiento, Ausencio entró en la alcoba y dijo en voz muy fuerte para despertar a la patrona, si dormía:

— Señora... señora... Levántese, señora...

Como un hongo oscuro María Rossi se alzó violentamente, y toda ella furia se encaró al criado, imponiéndole silencio con un ríspido siseo y empellándolo hacia el corredor. En el umbral riñó:

—¿Con qué derecho...?

Pero Ausencio la interrumpió bruscamente:

—El patrón está en la calle...

—¿Y qué?

—Está muerto...

En el rostro de María no apareció el menor gesto de asombro, tal que si la noticia careciera para ella de la novedad de la sorpresa. Por el contrario, su expresión se hizo más dura, más rígida, hasta volverse indiferente. Con increíble calma, cerró la puerta (que había mantenido entreabierta) puso el oído entre las dos hojas para cerciorarse de que el niño seguía durmiendo, y ordenó al hombre cuya presencia la enfermaba:

—Llévame a verlo...

4

BOCABAJO, a unos veinte pasos de la puerta, yacía Aldo: la cabeza en un charco de sangre, los brazos abiertos en cruz, las piernas recogidas en posición fetal. De pie a su lado, solemne como un pino sin ramaje o como una columna de silencio, lo miraba su mujer, y en su cara no había, tampoco ahora que se hallaba ante el cuerpo del marido, la menor huella de sorpresa. Cara hermética la suya; máscara severa de indiferencia; ojos a los que no conmovía el macabro espectáculo. Voz sin matices de sentimiento, que mandó:

—Trae una luz y llama a las mujeres para que ayuden a meterlo.

Cuando estuvo a solas, María Rossi puso una rodilla en tierra y se inclinó para observar más de cerca el rostro de su esposo. La sangre le escurría desde la parte anterior del cráneo, veteándole la frente, las cejas, el cuello. A medias cubierto por una de las piernas de Aldo, descubrió un objeto metálico, el revólver, que sus dedos identificaron antes que sus ojos al tomarlo por la culata. A su espalda escuchó entonces los recios pasos del criado, que alumbraba con una lámpara el camino de Matilde y doña Albina. Llorando a gritos, la *yaqui* se lanzó sobre su ama para abrazarla; pero María, que en ese momento se levantaba con el arma empuñada, la contuvo con un gesto de rechazo:

—Cállate...

Los sollozos se extinguieron en los labios de la muchacha, que se detuvo en seco y miró a su patrona —los ojos bien redondos iguales a pesos de plata— asombrada de que la hubiese mandado callar en un trance de tan gran dolor para la familia, de la cual ella creía tener derecho a sentirse parte. Frente a la luz de la lámpara, como frente a una candileja, María Rossi adquirió la trágica majestad de una troyana. Intimidados por su actitud amenazante, los criados guardaron la distancia de respeto que el ama les imponía sin palabras. La vieron entonces (sin una lágrima en las mejillas, ni un gesto de pesar) guardarse la pistola en la amplia bolsa de la falda, y la escucharon indicar:

—Alúmbralo...

Aproximó Ausencio la lámpara al cuerpo de Rossi, y al ser herida por la luz, la sangre refulgió como vino tinto. Agudamente —aunque los cuatro lo miraron al mismo tiempo— gritó Matilde:

—Está vivo... —cuando el párpado del único ojo visible de Aldo se levantó con lentitud, para descubrir una pupila de fijo mirar punzante.

El mozo apoyó entonces, muy nervioso:

—No está muerto, señora... —y doña Albina, en su turno, exclamó, santiguándose:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar... —con grave acento.

A medida que los criados proferían tales exclamaciones, el ojo moribundo pasaba muy lentamente de uno a otro, y los miraba con una especie de conmovedora desesperación, como si quisiera pedirles que no lo dejaran morir.

—Está viéndonos... —volvió a gritar Matilde, y dando la espalda a la agonía del amo, rompió a llorar nuevamente, ahora sobre el pecho de la cocinera.

Los espaciados parpadeos eran el único indicio que permitía suponer que el señor Rossi aún alentaba. Su gran cuerpo no se había movido, como si fuese ya víctima de la parálisis definitiva de la muerte, y era tan débil su respiración que el aire que expelía por boca y nariz no alcanzaba siquiera a agitar el polvillo de la acera. Luego de asentar la lámpara en el suelo, Ausencio tomó una de las manos de Aldo y le pareció, más que la de un hombre, la de un títere: agarrotada, pesadísima, sin vida.

—La tiene tiesa... —informó a la señora— tiesa y muy fría, como de palo.

Siguiendo el curso de las palabras de Ausencio, el ojo implorante buscó en el rostro de María el eco de alguna emoción y sólo descubrió un vago gesto de fastidio, como si la irritara —al grado de no poder disimularlo con indiferencia— que Aldo estuviese aún vivo. Imperturbable, soportó el riguroso examen de reproches, hasta que él se convenció de que ella, por odiarlo tanto, no atendería las súplicas de su mirada. Sin ninguna esperanza de piedad, el párpado tornó a cerrarse, y la señora Rossi dictó entonces a los criados otra de sus breves y secas órdenes:

—Llévenlo a la casa.

Porque el amo pesaba sus buenos noventa kilos, resultó labor difícil para Ausencio y las criadas conducirlo, casi a rastras, a la casa. Tranquila, como si fuera un leño lo que transportaban y no al esposo agonizante, la señora Rossi caminaba detrás, con la lámpara en alto, cuidando de no ensuciar sus zapatos con la sangre que ahora, a cada paso, goteaba de la cabeza de Aldo.

—Que no se raspe... —gruñía Ausencio cada vez que las dos mujeres, vencidas por el peso del patrón, dejaban que el cuerpo rozara con la espalda los pedruscos de la acera. En la mente del mozo, un recuerdo: el de ese otro cuerpo inerte que don Aldo y él condujeron aquel amanecer color mugre, de *Sorrento* a la esquina.

En el cubo del zaguán se detuvieron, jadeantes por el esfuerzo y la emoción. Con impaciencia, María los instó a seguir. Matilde y doña Albina retomaron a Rossi por las piernas, Ausencio por el pecho, y tras de pujar éste:

—Vamos. Arriba a un tiempo... —se dirigieron al patio.

Al pie de la escalera, siempre con la lámpara a la altura de la cabeza, la señora Rossi aguardó a que pasaran frente a ella y luego se colocó a retaguardia del cortejo. La ascensión resultaba lenta porque el cuerpo parecía aumentar de peso a medida que las mujeres trepaban los peldaños, sin atender a las recomendaciones de Ausencio: subir al mismo ritmo y no como lo harían: una más aprisa que la otra. Volvieron a

detenerse en el rellano para recuperar fuerzas. María se había adelantado otra vez y los alumbraba ahora desde la desembocadura al corredor.

—¿Ya? —les preguntó fríamente, cuando estimó que los segundos del descanso comenzaban a prolongarse más de lo que su paciencia toleraba.

Fría también, en un rezongo que no trató de disimular, repuso la cocinera:

—Sí, ya... —y añadió agria, azuzando a sus compañeros—, apúrense, burros, que se hace tarde para preparar el velorio...

Cuando terminaban de remontar la escalera, la batalla volvió a desgranarse. Vivos resplandores empurpuraron la oscuridad azulmarina del cielo, y el silencio fue aplastado por el alud sonoro de un centenar de baterías atronando en rápida cadencia. Otra vez el piso comenzó a temblar, como si la casa fuera una isla al garete; de nueva cuenta el aire removido por la expansión de las ondas hizo vibrar los cristales; igual que siempre, los muros dejaron oír sus quejas de crujidos.

En un minuto, el duelo de las armas se tornó, de tan bravo, rabioso.

No necesitaron preguntar a qué alcoba debían conducir al señor Rossi. Su mujer había abierto ya, y los aguardaba junto a ella, la puerta de la que había sido siempre su recámara, y con un simple ademán de la mano derecha les ordenó que lo metieran allí. Disponíanse a tenderlo en el lecho, cuando la oyeron decirles:

—Esperen. En la cama, no...

—¿Dónde, entonces?

María no respondió a la pregunta de doña Albina, cuyas viejas rodillas temblequeaban de cansancio, y repuso glacialmente:

—No quiero que ensucie el colchón... Ausencio...

—Diga, patrona.

—De la bodega trae uno de los catres...

Hasta Matilde, que jamás enjuiciaba las disposiciones de su ama, alzó violentamente la cabeza y clavó los ojos, estupefacta como Ausencio y doña Albina, en la cara de la señora Rossi. Los tres criados mostrábanse azorados por lo que habían oído ordenar a la patrona. Sin pestañear, pinchándoles a su vez con su fría mirada de víbora, la mujer de Aldo dejó que la escrutaran y luego reiteró:

—Además del catre, sube también unos periódicos. Bastantes.

Cuidadosamente, por si aún sentía, Matilde, doña Albina y Ausencio depositaron a Rossi sobre el piso. El criado salió a cumplir la orden y la señora comenzó a tomar providencias para cuidar a Aldo los minutos o las horas que le quedaran de vida. Sin pedir ayuda a las criadas (que parecían no tener interés en brindársela) empujó la ancha cama hacia la ventana, despejó con el pie los pedazos de vidrio y yeso que cubrían el suelo; sacudió las sábanas y volvió a tenderlas, evitando las arrugas; arregló las cortinas en jirones: todo ello con la eficacia que da la costumbre. Ni una sola vez, y el detalle no escapó a los ojos perspicaces de la cocinera, había mirado a su marido, ni, mucho menos, así fuese con un gesto hipócrita, había dejado entrever cuáles eran sus sentimientos. Movíase por la alcoba con la seguridad impersonal y deshumanizada de una enfermera que se apresta a cumplir su mercenaria tarea. Las dos sirvientas, en cambio, o bien lloriqueaban por lo bajo, como Matilde; o moqueaban fuerte, como la anciana.

El catre era viejo y estaba sucio de polvo y moho. Apestaba a humedad, a cosa inservible, caduca, que ha estado guardada por lustros en un desván. Antes de que lo introdujeran en el dormitorio, el criado y doña Albina, por órdenes del ama, hubieron de limpiarlo de añejas telarañas. Mientras esto era cumplido a su entera satisfacción, María

hizo que Matilde tapizara el piso con hojas de papel periódico. Como dos capas superpuestas de antiquísimos diarios no le parecieron suficientes (la sangre podía pasar a través de ellas y ensuciar las duelas de encino) insistió en que se colocara una tercera. Sólo entonces, permitió que Ausencio llevara el mueble al interior de la alcoba.

—Pueden acostarlo ya...

Así que los sirvientes levantaban a Rossi, María tomó una nueva precaución: cubrir, también con periódicos la cóncava lona del catre. Puesto el herido sobre éste, los criados aguardaron nuevas órdenes, que fueron:

—Matilde, trae una jerga húmeda y limpia la sangre.

—Sí, señora.

—Albina usted, váyase a dormir.

—¿No quiere que ponga a calentar agua para lavarlo?

—No. Ausencio, ve a llamar al señor don Alfonso y al doctor Cobo.

—Sí, señora.

Después, colocándose muy cerca de la lámpara como si deliberadamente buscase que la cruda luz acentuara la fiereza pétrea de su rostro, María Alard—Torre de Caballeros de Rossi dijo:

—Los tres, óiganme bien. Quiero estar sola, ¿entienden?, sola, sin que me moleste nadie. Cuando venga el doctor y don Alfonso, avísenme inmediatamente. —Caminó, rápido y por primera vez nerviosa, hacia la puerta; apoyó la mano palidísima en el picaporte de porcelana; movió la cabeza, señalándoles la salida. —Ahora déjenme...

Uno a uno, cariacontecidos, mirando de soslayo, con dolor, el cuerpo que agonizaba en el catre, y con miedo a la impávida mujer que los conminaba a salir, Albina, Ausencio y Matilde fueron cruzando el umbral. La última, la *yaqui,* anunció:

—Ahorita regreso a limpiar.

—Que sea pronto...

4

ALFONSO llegó a casa de los Rossi cuando ya la primera luz de un sol albino, apenas visible entre las nubes pardas, comenzaba a iluminar raquíticamente el paisaje de la ciudad. En la puerta le dijo Ausencio:

—Dígale a la patrona que me fui por el doctor.

—Y sería bueno que le avisaras, también, al Padre Paz.

—La señora no me dijo que lo llamara.

—De todos modos búscalo.

—Como usted diga.

No bien entró en ella, experimentó la sensación de que la casa se hallaba por completo aislada del resto de la ciudad; suspendida en el centro de una gigantesca gota de silencio, sobre cuya dura superficie exterior resbalaban, sin penetrarla, los millares de ruidos simultáneos del combate. Espeso y tangible como el de las profundidades submarinas, y como el de éstas, aterrador para quien se aventura en él por primera vez, el silencio parecía una cuña hondamente incrustada en el tenaz estruendo del cañoneo: tumulto salvaje que, sin embargo, no se escuchaba allí, tal que si un gran filtro absorbiera, sin dejar pasar ni las más leves, las intensas explosiones.

Esa sensación perturbadora de no estar ya en la parte viva del mundo y de sentirse a solas en la parte muerta, fue acentuándose en el ánimo de Alfonso Alard a medida que

ascendía por la escalera. Sus oídos no alcanzaban a percibir los ecos de sus pasos, ni la respuesta de otras voces a la suya que anunciaba haber llegado. Muy lentamente, la anémica luz solar diluía la sombra en baldosas y muros, y despejaba de misterio nocturno los rincones del corredor.

—Aquí estoy... —reiteró, seguro de que su voz no sería escuchada por nadie.

Sombra—centinela acurrucada al pie de la puerta de su ama, Matilde abandonó su inmovilidad de horas al reconocer la voz de Alard y corrió a su encuentro, rápidamente, con los brazos extendidos, y un revoloteo de membranas de murciélago en los pliegues del rebozo que los cubría.

—Señor don Alfonso... —fue lo único que alcanzó a decir, antes de abrazarse a él con la familiaridad que otorga compartir el mismo dolor, y romper a llorar desconsoladamente.

Dejó Alfonso que la *yaqui* echara fuera de sí unas pocas de sus lágrimas y luego —él también conmovido por las grandes muestras de afecto que Matilde externaba por el amo— le preguntó confidencial:

—¿Como está el señor...?

—Se nos muere, don Alfonso.

—¿Y la señora?

—Pobrecita, pobrecita... —y no hubo modo de que agregara una palabra más a esa única, dicha patéticamente dos veces, con la que resumía (eficaz elocuencia de la brevedad) tanto el estado actual de su patrona, cuanto sus propios sentimientos de compasión hacia ella.

La desbordada pena de la muchacha contribuía a contagiar de emoción a don Alfonso; de una emoción asfixiante y angustiosa a la que le estaba vedado dar suelta, como Matilde, en lágrimas, en balbuceos y suspiros. Tomó a la *yaqui* por los hombros, la miró con paternal estima y la interrogó, aludiendo a la puerta de la alcoba:

—¿Está allí?

—Sí.

—¿También la señora?

—Sí... —en voz alta, como si ahora no le importara ser oída, volvió a gemir—. Pobrecita, pobrecita...

—Cálmate, muchacha... —le pidió Alard con enérgica dulzura.

Dócil, Matilde ahogó sus sollozos y se apartó para que Alfonso pudiera acercarse a la puerta. Discretamente, el hermano de María se anunció con tres golpecitos, y con tres palabras dichas con ternura:

—Soy yo, María.

Ninguna voz lo invitó a entrar. Ningún sonido se escuchó en el interior de la alcoba silenciosa como una cripta. Con suavidad, Alfonso pulsó el picaporte y la puerta se abrió unos centímetros. Por la hendidura, luego que sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, pudo entrever la borrosa figura de su hermana, sentada junto al catre.

—Soy yo... —dijo otra vez, pero la señora Rossi parecía no haber escuchado.

De puntitas, para no romper la armonía trágica de la escena que ahora sus ojos abarcaban ya en conjunto, Alfonso entró en la alcoba y cerró la puerta tras de sí. Temeroso de sobresaltar a su hermana, permaneció en el mismo sitio más de un minuto en espera de que ella, de alguna forma, le hiciese saber que lo había oído y que no le incomodaba su presencia. Pero la mujer de Aldo no hizo el menor movimiento y continuó, como hasta entonces, muy quieta, en una actitud semejante a la de la Virgen de la Piedad, pero sin ninguna expresión en el rostro de mármol pálido.

De su hermana, los ojos de Alfonso pasaron al cuerpo, también macabramente inmóvil, de Aldo Rossi. Conservaba éste puesta toda su ropa, los zapatos inclusive. El catre resultaba pequeño para su estatura y los pies sobresalían a partir de los tobillos. Justo abajo de donde apoyaba la cabeza, había una mancha de sangre en el piso cubierto de papeles.

—María... —se atrevió a decir Alfonso, fuerte, cuando ya le comenzaba a resultar insoportable la presión del silencio.

Ella movió entonces la cabeza ligeramente y sus ojos cayeron, igual que dos mariposas de alas marchitas, sobre los de su hermano, al que miraron con seca frialdad como si no lo reconocieran. Una mirada, estimó él, que rechazaba por anticipado toda manifestación de afecto. Fue tan intensa la punzadura de esas pupilas de hielo y odio, que Alfonso desvió las suyas y se sintió enfermo, incómodo y además, ignoraba por qué, culpable. Después de haberle, hecho comprender de la más ruda manera que detestaba que estuviese allí, espiando su dolor (o lo que en esos momentos la embargara) perturbando sus reflexiones solitarias y poniéndola nerviosa; y después, también, de haberlo conminado a dejarla sola, María Rossi volvió a extraviar sus pupilas secas en el vacío penumbroso.

Un poco herido en sus sentimientos, pero comprendiendo que era injusto exigirle cortesía a su hermana en ese periodo de desesperación, Alfonso huyó de la recámara. En el corredor estaba ahora doña Albina, con los ojos enrojecidos igual que Matilde; pero al contrario de ésta, serena.

—¿No se ha muerto todavía? —le preguntó apenas lo vio salir.

—No.

Intervino Matilde.

—A la señora, ¿no se le ofrece nada?

—Parece que no.

—Pero, ¿va a morirse, verdad don Alfonso? —insistió abiertamente la cocinera, con la tristeza que da la convicción de saber cuando algo es inevitable.

Neutramente —y como la anciana, seguro de que Rossi moriría quizá esa misma mañana— Alfonso Alard comentó:

—Ojalá y no... Hay que esperar a que venga el doctor.

Proféticamente sentenció Albina:

—Don Aldo no se levantará nunca de esa cama.

Matilde, que había estado llorando con mucha mesura hasta entonces, se dio a hacerlo con sonoros gritos como si la muerte de Rossi, que con tanta seguridad predecía doña Albina, fuera la de su propio padre. La tajante orden de la vieja, que no deseaba contagiarse de las sensiblerías de la muchacha:

—Con un carajo, cállate... —contuvo las ruidosas expresiones de su pena y la impulsó a correr y refugiarse en su cuarto, para que sus lágrimas y la desgarrada tristeza con que decía: "Que no se nos muera, Diosito, el patrón don Aldo", no molestaran a nadie.

Con un gesto, Alfonso invitó a doña Albina a que ellos también se apartaran del lugar. En camino al comedor, pidió saber del niño:

—¿Quiere verlo? Está dormido todavía.

—Después.

—Infeliz criatura. ¡Quedarse huérfana tan chiquita...! Parte el alma, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le hago café don Alfonso?

—Por favor.

—¿O algo de almorzar? Ha de tener hambre.

—Café nada más.

Sintiéndose horriblemente cansado, tanto por la tensión emocional como por el esfuerzo físico y el miedo que hubo de desarrollar y padecer a lo largo de las dos horas que le llevó salvar, en compañía del criado, la distancia de su casa a la de Aldo, Alfonso ocupó una silla en el comedor. Los síntomas de la jaqueca comenzaron a manifestarse casi en seguida. Cerró los ojos. A poco entró doña Albina. Tomó la licorera, un par de copas; puso una al alcance de Alard, conservó otra para sí, en ambas sirvió coñac, y dijo:

—El café no ha de tardar, y mientras, un trago nos caerá bien.

—Sí, doña Albina... —convino Alfonso, apartando una silla para que la mujer se sentara.

Con una mezcla de tristeza y fatalismo que estremeció a Alfonso Alard, doña Albina filosofó:

—El coñaquito ayudará a que el tiempo que tarde en morirse el amo no se nos haga tan largo...

Bebieron, mirándose por encima del borde de las copas, como dos personas que por saberlo todo no necesitan engañarse con optimismo.

Cuando la nube de silencio que poco a poco había ido acumulándose encima de la ciudad, se ligó, al fin, al silencio particular de la casa, desapareció el mágico efecto de aislamiento del mundo exterior, que tanto perturbara a Alfonso. Los últimos truenos de los cañones se apagaban como los de una tormenta en retirada y las postreras descargas de ametralladoristas y fusileros no eran más fuertes que el rumor que producen al golpear los techos de teja las gotas finales de una gran lluvia.

Más allá de los límites de la casa (en las barricadas en ruinas, en los fortines convertidos en cedazos, en los parques y calles llenos de cráteres, en las azoteas de los edificios tambaleantes; en todos los sitios donde hubiera un cañón, un nido de ametralladoras, un grupo de infantería) las armas habían interrumpido su homicida tarea. Al espantoso fragor siguió una calma, que lo mismo podía interpretarse como la de la paz definitiva que como anuncio de que los hombres de ambos bandos preparaban nuevas, más brutales y sangrientas acciones bélicas.

Lentamente, Alfonso alzó la cabeza y sus ojos turbios de coñac y jaqueca buscaron la esfera del reloj. Le pareció absurdo que las manecillas marcaran las tres y diez. ¿Cómo, si no llevaba más de dos horas? Necesitó de toda su atención para darse cuenta de que el péndulo estaba inmóvil, detenido igual que la vida de la familia Rossi. Esas tres y diez no correspondían, no era posible que correspondieran, a ese décimo día de ininterrumpida matanza, sino a las de una tarde o una madrugada anteriores. Consultó su propia *Longines* de oro, regalo espléndido del hombre que agonizaba no lejos de allí, y vio que la hora exacta era: diez de la mañana con tres minutos.

Puesto que el doctor no había llegado y que María continuaba en el hermético refugio de su dormitorio, Alfonso fue al costurero a visitar a Luis Felipe. Lo halló en la cuna, entreteniendo su aburrimiento en arrancarse de las piernas y del bajo vientre las costras secas de las ampollas. Al ver a su tío, el niño alzó la cara salpicada de pecas de yodo, se cubrió púdicamente y con una gran sonrisa de bienvenida le tendió los brazos para estrecharlo y para que lo rescatara de la pequeña prisión.

—¿Jugamos, tío Alfonso? —lo invitó melosamente.

Alard alzó en vilo a su sobrino y lo colocó en la cama de sus padres. Luego le permitió —sin entusiasmo, un poco por compromiso, un mucho por compasión— que le hurgara los bolsillos en busca de la lapicera de oro, con la cual gustaba dibujar muñecos de ingenioso diseño.

—¿Estás enojado, tío Alfonso? —le preguntó porque Alard, siempre tan cariñoso con él, ni hablaba ni participaba de su diversión.

—No estoy enojado contigo...

—Entonces, ¿por qué no juegas?

—Porque me duele la cabeza.

El niño interrumpió sus ires y venires, dejó de hostigar a su tío con sus abrazos y sus besos, y fue a sentarse, compungido y algo melancólico, en un rincón de la cama.

—Sigue jugando. Anda...

—Pero tú no juegas conmigo...

¿Cómo estar de buen humor, fingir juguetona alegría y festejar sus cómicas impertinencias de hijo único, si una trágica tristeza agobiaba su espíritu en esos instantes?, ¿con qué ánimo participar en los incansables retozos infantiles si a no más de veinte metros de allí estaba llegando a su funesto desenlace el drama que afectaría para siempre la vida del sobrino?, ¿qué sentir, si no conmiseración por esa criatura ajena a lo siniestro de esa hora que habría de ser decisiva en su futuro?

Tiernamente le acarició la melenita de pelo solar; dulcemente, teniéndola en la mano como una madura naranja, la hizo girar hasta que los ojos de Luis Felipe quedaron frente a los suyos. La que dibujaron los labios resecos de Alfonso fue una sonrisa ambigua de piedad y pena; amor y angustia. Mirándolo como a la víctima de un sacrificio ritual, reflexionó en lo que sería, muerto Aldo, las vidas de su hermana y de ese chico, cuyas grandes y candidas pupilas estaban aún limpias del estigma del sufrimiento y podían, por lo mismo, mostrarse sin la reserva que hay en las de quien ha sufrido el golpe doloroso de la experiencia.

¿De qué modo difícil sería la existencia de Luis Felipe al lado de una mujer como su madre? Por ser cristiana le quedaba a María, para amenguar lo terrible de su soledad y del sufrimiento de su viudez sin esperanzas, el asidero de la religión, el consuelo de creer, creer intensamente; de transportar al símbolo abstracto de la fe lo concreto del amor material. Fe y religión, se preguntó Alfonso, ¿llenarían el hueco inmenso que en el espíritu de su hermana dejaría la muerte de Aldo?, ¿sería el misticismo la panacea para sus desesperaciones?, ¿hallaría en el templo, a esa altura de su vida, la paz interior que se deriva de la amistad humana?, ¿resplandecería otra vez su rostro como resplandecía dos noches antes?, ¿o, por el contrario, lo opacaría para siempre el tinte del luto? Si se le había privado del compañero para ser feliz, ¿llegaría a superar su desventura tanto para no envidiar la felicidad de otros, la de su hijo?

Escuchó voces en el patio, un tropel de pasos en el corredor, y las palabras ansiosas de Matilde:

—Señor don Alfonso, el doctor ya está aquí.

Antes de salir del costurero miró otra vez largamente, con ojos húmedos, a Luis Felipe. Los dedos de su mano que temblaban, rozaron la epidermis floral de su mejilla. El chico —y esto nunca habría de olvidarlo Alfonso— lo miró de una manera peculiar, no como un niño que todo lo ignora, sino como un adulto que ya conoce el secreto y las consecuencias del dolor del hombre. Ojos que en esa partícula del tiempo parecían decirle al tío: "Comprendo que sufres por mí, y aunque no sé por qué, te lo agradezco".

Cobo y Alard se encontraron en la escalera. El mozo, que subía tan lentamente como el médico, dijo al hermano de su patrona que se marchaba, ahora, a llamar al Padre Paz.

—La noticia me ha puesto enfermo, Alfonsito… —comentó el médico, luego de los rápidos y nerviosos saludos—. ¡El señor Rossi herido de muerte, oh, Dios mío! Terrible. Increíble. ¡Qué injusticia comete el Destino! Señalarlo a él... Y María, la pobre, me imagino cómo ha de estar. En un mar de lágrimas, ya la veo. Deshecha...

—Se ha vuelto de piedra, doctor. No habla, no oye, no mira.

—Igual que cuando murió la santa madre de ustedes, que Dios tenga en su reino. Ah—levantó el índice, admonitorio—, ah, pero lo grave vendrá después, cuando salga de su marasmo. Habrá que estar muy pendiente de ella. Mucho...

Ni un solo instante dejó de hablar el médico hasta que llegaron a la puerta del dormitorio de María. De su boca brotaban expresiones compungidas, reiteradas, volubles: ("Qué tragedia... Hombre tan bueno terminar así... Y tu hermana, oh, qué dolor. .. ¿Qué hacía don Aldo en la calle, a esa hora...? Una bala perdida, no lo dudes.") que exasperaban a Alfonso por cuanto contribuían a hacer más intenso su propio pesar.

—Aquí, doctor. .. —detuvo por el codo la acelerada marcha del médico y luego anunció susurrando a través de la puerta —María... ¿María? El doctor Cobo ha llegado.

Un largo tiempo transcurrió antes de que escucharan el ruido de la llave girando en la cerradura. Pero la puerta no se abrió, como si María quisiera dejar al juicio de su hermano y de Cobo entrar cuando desearan. Un poco a distancia, muy junta una a la otra, Matilde y doña Albina espiaban a los dos hombres, y en sus semblantes había una luz conmovedora de esperanza. Que el médico estuviese allí para atender al moribundo, reafirmaba en Matilde la convicción de que Aldo no moriría: ciega fe en la infalibilidad de la ciencia; supersticiosa seguridad de que un milagro iba a producirse.

En cuanto entró en la alcoba de la agonía, el doctor Cobo comenzó a hablar rápida y risueñamente como si quisiera, haciéndolo, aliviar un poco de su dolor a la señora Rossi. Sus palabras, cariñosas y hasta frivolas, resonaban patéticas en los oídos de Alfonso y por completo sin sentido en los de su hermana.

—Abriremos tantito la cortina, ¿eh? —anunció Cobo a María, que continuaba, como Alard la había visto la última vez, sentada en el borde de la cama, con los ojos abiertos y los labios tercamente sellados.

Ni la luz del sol, que entró de un golpe a la habitación cuando Cobo descorrió el harapo de la cortina, hizo parpadear a María. Al envolverla totalmente, al azotarla con sus blanquísimos brillos, la claridad otorgó a su piel un matiz de laca, y a las manos de Rossi un tinte pardusco, como si estuviesen enguantadas en lodo seco. Las puntas del bigote, siempre erectas, colgaban ahora tristes sobre los caídos ángulos de su boca. Visto a esa luz, Aldo parecía ser tan viejo como un siglo.

—Vamos a ver, ¿eh? vamos a ver... —repetía Cobo, cansinamente, mientras destapaba su maletín e iba colocando, sobre la mesita de centro, los pequeños féretros metálicos de los porta—jeringas.

La exploración fue rápida y superficial. ¿De qué otro modo puede buscarse la vida en un cuerpo que ha dejado prácticamente de albergarla, por más que el vaho aún empañe, con tenues intermitencias, el espejito que se ha puesto frente a su boca? Para que María no le reprochara alguna vez haber sido negligente, Cobo se demoró un buen cuarto de hora en auscultar a Rossi. Su tacto y sus ojos expertos encontraron sólo una herida, la de la cabeza, pequeño orificio perdido entre el pelo, apenas mayor que una lentejuela. La bala estaba alojada en el cerebro; de allí que los músculos no

respondieran a ningún estímulo, que el pulso fuera imperceptible y que en las pupilas hubiera ya la tiniebla de la muerte.

—En fin, en fin... —murmuró Cobo, comenzando a guardar lo que había sacado del maletín. Alard no pudo interpretar de ningún modo la vacua expresión del médico—. En fin, en fin...

Cuando hubo terminado, Cobo hizo una discreta seña a Alfonso, para darle a entender que nada podía hacerse ya por Aldo y que era mejor salir. Interpretando exactamente lo que aquel levísimo fruncimiento de cejas expresaba, Alfonso abrió la puerta y en el umbral aguardó a que el médico —que ahora palmeaba amistoso el hombro de la señora Rossi— dijera unas palabras:

—Volveré pronto, María. Mientras tanto, ya lo sabes: resignación, valor... —que resultaban ser, al mismo tiempo, de pésame y despedida.

Al quedarse a solas, la mujer de Rossi se preguntó por qué le recomendaba Cobo tener valor si el odio que heladamente ardía dentro de su pecho iba a proporcionarle el necesario para no lamentar nunca, nunca, la muerte de Aldo. Tampoco le era preciso, por otra parte, acorazarse con resignación, pues, si uno se pierde de lo que siempre ha carecido ¿qué pierde en realidad?

Los ojos de María —dos carámbanos de ira, abiertos como si carecieran de párpados en el rostro de altos pómulos, afilada nariz y exangües labios— continuaban fijos en el vacío. La escena tenía asombrosa semejanza con una *Guardia Abnegada* que había estado exhibiédose en un pequeño museo de figuras de cera de la avenida San Francisco. En aquel grupo escultórico, producto de la habilidad de artesanos franceses, veíase a una mujer enjuta y triste, en vela de los minutos postreros de un hombre, ¿hijo?, ¿hermano?, ¿esposo?, que moría en un camastro. Aunque como obras de arte las piezas eran malas, de ellas, como ahora de María y Aldo, emanaba una emoción contagiosa y cursilona.

La figura de cera de María —igualmente académica en sus líneas; igualmente deshumanizada de tan parecida a un ser humano— aventajaba a la de la mujer del museo en que poseía la facultad de pensar; esto es: de acomodar ideas en el cañamazo de un orden, para que tuvieran sentido y expresaran emociones. Por mucho tiempo, desde que se encerró en esa habitación vuelta ahora una sola gran luz, sus pensamientos habían dejado de fluir a causa, sin duda, de alguna grave falla en el sutil mecanismo que los produce. Los engranes, empero, habían vuelto otra vez a ponerse en marcha, el sistema a tomar de nuevo su paso, la coherencia a restablecerse.

...he vivido en el engaño de creer que amaba a mi madre. Ahora sé que la odio, que la he odiado siempre, y que lo que imaginaba amor por ella era temor, un oscuro temor a fracasar en el intento de ser yo misma. Quizá esto no sea del todo claro. No importa. Yo me entiendo. La odio amargamente porque nutrió mis sueños con su propia amargura; porque me transmitió, como una enfermedad incurable, su asco, su desprecio, su furia contra el mundo y quienes en él viven. Me han creído fuerte, y no soy más que una débil criatura cuyos actos gobierna, desde la distancia del tiempo, la madre muerta. No. Muerta del todo, no; porque ha conseguido sobrevivir en mí. A veces pienso que fui yo, no ella, quién murió la tarde de su último aliento. *Mamacita,* ¡cuánta hipocresía hay en las palabras!, *Mamacita* aró dentro de mí los surcos profundísimos del rencor para en ellos plantar la semilla atroz. La mía ha sido una vida de sacrificios imbéciles, de renunciaciones absurdas a todo cuanto pudo haberla hecho más simple y soportable. El amor, por ejemplo, la clase de amor que tardíamente descubrí. ¿Qué decía *Mamacita* de él? Es sucio, envilece, rebaja a la mujer que se empantana en la

pasión de la carne. Y lo creí, y por creerlo tal como ella lo afirmaba, privé a mi vida de su razón fundamental. La entrega de mí misma, anteanoche, puede considerarse como el único y último acto de rebeldía contra la autoridad de *Mamacita.* Entregarme, desafiando sus prejuicios, no fue, lo comprendo hoy, una victoria de mi albedrío sobre el suyo, sino una suerte de autocastigo que yo, sin saberlo, me procuré. ¿Autocastigo? Sí, porque habré de vivir de un recuerdo que ha dejado en mí una herida de bordes sensibles que dolerán cuando los roce, así sea levemente, con el pensamiento. Y odio también al Padre Paz, que se alió a *Mamacita* en la infame intriga de hacerme abominar de ese amor desconocido y del hombre, éste que aquí agoniza, que pudo habérmelo procurado gustosamente. El Padre Paz se valió de las solemnes palabras —Lascivia, Vicio, Infierno, Pecado, Demonio, Honor, Lujuria, Religión, Dios, Vida Eterna, Paraíso, Más Allá— para asustarme y hacerme desistir horrorizada, si al impulso de un deseo sentía inclinación, curiosidad, ansiedad, de explorar el universo que tanto afán tenía en conservar inaccesible para mí. Si odio a mi madre y a mi consejero espiritual, más, mucho más, con mayor pureza, odio a mi esposo. A ellos quizá llegue a perdonarlos. Mas no a Aldo. A él no. ¿Por qué me obligó a renunciar a mi serena castidad si su propósito era el de traicionarme? ¿Por qué abrió La Puerta que no me dejaban trasponer? ¿Por qué me hizo amarlo, si él no me amaba? Estoy en el lindero de la soledad. Nadie se ha atrevido a decirlo en mi presencia, pero he leído en los ojos de todos —de los criados, de mi hermano, de Cobo, del propio Aldo cuando me miró en la calle— la compasión que se dispensa a las viudas. ¡Me han mirado como yo miré a la mujer del soldado muerto! Sola como estoy, ¿qué tengo? Qué triste es llegar al final de la vida (para mí éste es el final, aunque mi corazón continúe latiendo en la tumba de mi cuerpo) y no poseer amor, fe, o siquiera fuerza para proseguir... Así estoy yo: frustrada, acabada, dueña de una inmensa porción de vacío y luto que nadie compartirá conmigo. He sido víctima constante del engaño. Tres personas, por diversos motivos, me engañaron: mi madre. Creí en ella, y fui infeliz. Mi confesor. Creí en su sabiduría, y lo fui también. Aldo, que me hirió verdaderamente sólo después de que empecé a creer en él. He sufrido, me doy cuenta, la más irreparable de las pérdidas: la de la fe. Fe en Dios, fe en los individuos. No creer me aterra. Pero no creo. No creo. No creo. Al amar a Aldo renuncié a mi independencia y acepté el secundario papel de ser parte, apéndice, complemento de otro ser. Imaginé el amor como un espejo —Aldo en mi caso— que devolvería mi imagen siempre que me mirase en él. Pero el espejo, como el del sueño de hace unas noches, sólo me devolvió la desnudez absoluta de su nada. Un día Alfonso dijo algo muy sabio:"La forma más pura y duradera del amor no es amar a una persona, sino en ella a toda la humanidad". Mi error consistió en haber convertido a Aldo en un ideal, porque al hacerlo quedé inerme, vulnerable...

El doctor Cobo dibujó cuidadosamente su firma al pie del texto que acababa de escribir en una hoja de su recetario, sopló la tinta ocre aún fresca, y entregó el papel a Alfonso Alard. Montó éste sus gafas en el puente de su nariz borbónica y comenzó a leer:

—En la ciudad de México, siendo las... —había un espacio en blanco que le hizo interrumpirse y mirar al médico.

Aclaró éste:

—La hora exacta del fallecimiento la pondrán ustedes, cuando ocurra.

Como si tales palabras, dichas sencillamente por Cobo, lo hubiesen ofendido, Alfonso dejó el papel encima de la mesa y en son de reproche murmuró:

—Creí que estaba escribiendo una receta; no el certificado de defunción de Aldo.

—¿Para qué prescribirle medicinas a un muerto?

—¡Está vivo!

—Lo que es positivamente increíble. Una bala en el cerebro, ¡y está vivo! Asombrosa resistencia.

Después de una amplia pausa llena de pensamientos, en la que alternaban los de resignación con los de rebeldía a acatar los designios del Hado, Alfonso planteó una interrogante:

—¿Olvida usted la esperanza?

—Para Aldo, créame, no hay ninguna.

—¿Ni la de un milagro?

—Ni ésa. Morirá hoy mismo: en unos minutos más, en unas horas. Sólo queda aguardar a que el fin llegue; y eso hacemos. Porque va a llegar, fue que redacté, anticipadamente, el certificado. Omito mencionar como causa del deceso: herida de bala, para ahorrarle a la familia problemas con la policía —sonrió con cierta mordacidad— aunque en tiempos como éste, ¿qué importa que alguien muera de un disparo?

Por otro periodo, ya sin mirarse, dejaron de hablar. Parecia como si todas las palabras, hasta la última, hubiesen sido dichas. Fue el doctor quien puso término al silencio. Preguntó:

—¿Has pensado en qué cementerio enterrarlo?

—Eso lo decidirá María.

—Ella no está en condiciones de razonar y no hay que perder tiempo en titubeos.

—Será, me imagino, en el Francés. A mi hermana le gusta. *Mamacita* y papá están allí.

Frunció los labios dubitativamente el doctor Cobo:

—Hay problemas para conseguir sepultureros en el Francés. Lo sé por un caso reciente, de ayer.

—Entonces, en el Español.

—Lo mismo, Alfonsito. En estos días, los camposantos particulares son una verdadera calamidad. Están rechazando muertos. Queda sólo uno: el panteón Civil. Dolores. No es elegante, claro, pero sí grande...

—¿Quién piensa en elegancias?

—María es muy puntillosa para ciertas cosas de gusto.

—Bah.

—Tendrás, también, que conseguir un vehículo para transportar el ataúd. El ataúd, digo, si encuentras uno. No creo que sobren, en vista de la demanda... —sonrió lúgubremente.

—La Casa Gayosso se encargará de todo.

—No confíes en que así sea. Han vendido hasta la más humilde de sus cajas.

—Ya veré, entonces, dónde los encuentro.

Volvieron a callar. Los flacos dedos de Cobo jugueteaban con un hilito del mantel. Una o dos veces echó furtivas miradas a la esfera del reloj, cuyas manecillas señalaban aún las 3:10; mas no se arriesgó a mirar el suyo. Era obvio que tenía prisa por marcharse y si continuaba acompañando a Alfonso —representante, en cierta forma, de la familia— era para no faltar a los deberes de la amistad.

Sin que viniera al caso —tal vez porque era un tema inagotable, que podía tratarse largo tiempo— Cobo comenzó a hablar de política. Su primera parrafada, preámbulo a un desarrollo temático más extenso, la remató con una áspera sentencia:

—Y de que el Presidente está loco, loco de atar, ya no queda duda... si alguna tenía yo. Escucha esto y luego, la mano en el corazón, Alfonso, dime si ese hombre está en sus cabales...

Según el doctor Cobo (que insistía, como siempre, en subrayar su relato con frases como: "Quien me lo dijo, lo vio. Mi informador es persona de fiar, incapaz de mentir. Lo que te cuento es tan cierto como que hay Dios en los cielos"), el señor Madero había dejado escapar, la víspera, cuando ya nadie pensaba que le llegaría, la oportunidad de cambiar no sólo el curso de la historia de México sino también el de su propio destino personal.

—Gustavo "Ojo Parado" —entró en pormenores el doctor Cobo, aludiendo al sobrenombre que se le daba al hermano del Presidente a causa de tener un ojo de vidrio— no ha simpatizado nunca con el general Victoriano Huerta. Cuando Madero designó a éste Comandante en Jefe, Gustavo advirtió a don Pancho que había cometido una estupidez. Gustavo suele hablarle así, como si fuera un cretino o un débil mental. El candoroso señor de Palacio censuró a Gustavo diciéndole que era innoble poner en duda la lealtad de Huerta y, sobre todo, prestar oídos a los chismes de los ociosos. Para Madero, el general es un dechado de rectitud, un militar pundonoroso en quien puede fiarse... "Ojo Parado" se propuso demostrarle a don Panchito, con pruebas, cuan equivocado estaba al suponer fiel al Comandante. Cuando tuvo esas pruebas, suficientes para pasar a degüello a Huerta y a cincuenta generalotes más, Gustavo las puso en manos de Madero; pero el buen hombre no las miró siquiera. "Son calumnias tramadas por los que quieren que yo me enoje con el general Huerta. Y que tú me digas que Huerta ha pactado secretamente con nuestros enemigos, es más absurdo todavía. ¿Cómo voy a creer que don Victoriano provea de parque y víveres a La Ciudadela? Es un caballero y por serlo es incapaz de traicionarnos." No hubo manera de que Gustavo hiciese mudar de parecer a don Pancho. Le pidió a éste que llamara a Huerta, que esperaba en la antesala. Quería, le dijo, hacerle confesar sus planes de traición. En cuanto Huerta pasó al despacho del Presidente, Gustavo le exigió a gritos que le entregara su pistola y que admitiera estar comprometido en la traición. Aun a viejo tan ladino como el general lo desconcertó el desplante de "Ojo Parado" y, dócilmente, dicen que verde del susto, rindió su arma. Teniéndolo ya a su merced, imagino que con el cañón de la pistola en el pecho, Gustavo obligó a Huerta a soportar cabizbajo todo lo que le echó en cara ser traidor, Judas, hijo de puta, testaferro del embajador Wilson, cómplice de Félix Díaz y otras lindezas. Como colofón a los improperios, que Huerta aceptaba creyéndose perdido y dando la callada por respuesta, Gustavo exigió a su hermano que ordenara la aprehensión del Comandante y su inmediato fusilamiento... ¿Y sabes qué hizo el espiritista? ¡Tomar partido por Huerta y reconvenir a Gustavín por haberlo insultado de tan fea manera! Fajándose los pantalones, bueno: es un modo de decir, Madero conminó a Gustavo a que le devolviera la pistola al general, y además, a que le presentara amplia y satisfactoria disculpa. Gustavo, que tiene agallas, ni quien lo dude, no hizo caso al mandato del Presidente y salió, echando leche por las orejas. — Cobo, rio unos segundos, tomó aliento y continuó.

—Tú y yo sabemos, Alfonsito, y lo sabe la ciudad, y lo sabe el país, y le conviene a Washington, que Huerta va a expulsar del poder a Madero, para convertirse en amo de México. Y que lo hará hoy, puesto que no lo hizo ayer; o la hará mañana, fatalmente. El

único que lo ignora, que no lo cree, es Madero... Lo que éste hizo, ¿es o no de un loco? Por eso te digo que al perdonar a Huerta, el Presidente jugó, y jugó mal, su última carta. ¡Ya verás que pagará con su vida esa gran pendejada...!

Alfonso Alard, que había ido indignándose a medida que progresaba el relato (auténtico en todos sus detalles, como más tarde habría de saberse) preguntó:

—¿Cuándo sucedió todo eso que me cuenta?

—Ayer.

—Huerta no ha derrocado todavía al Presidente.

—Quizá ya lo ha hecho. Ha dejado de combatirse desde por la mañana.

—¿Eso qué prueba? No es la primera vez que hay treguas. Luego todo vuelve a empezar peor que antes.

—Puede que se trate, efectivamente, de una tregua. Lo sabremos dentro de poco... —Ésa era la oportunidad que Cobo aguardaba para consultar la hora en su reloj de tapas de platino. Eran las 11:15 de la mañana.— Dentro de muy poco: cuarenta y cinco minutos ¿sabes? Se dice por ahí que si Huerta y Félix no se arreglan hoy, La Ciudadela va a arrear y muy fuerte, a partir de las doce, contra Palacio. Si oyes tiros entre doce y una es que no hubo pacto; si no lo oyes, es que los compadres se pagaron su respectivo precio

—De lo más moral.

Resoplando como si estuviese inmensamente fatigado, Cobo dejó la silla, se abotonó el levitón y dijo:

—Me marcho. No quiero que el jaleo me pille fuera de casa... —cuando bajaban la escalera, prometió— Si no hay fuegos artificiales, regresaré por la tarde, ¿eh? Cuida de María, que la pobre puede ponerse enferma, ¿eh? y no olvides mi recomendación agénciate un ataúd y una carroza. No retrasen el sepelio, porque Dolores va a estar atestado como si fuera Dos de Noviembre, ¿eh?

Se despidieron en la acera, y Cobo y el mocito que lo esperaba se marcharon en el *tilbury.* Cerca de la puerta, más que mirando los destrozos causados por las bombas, espiando el interior de la casa, había un grupo de vecinos, a los que Alfonso ahuyentó con una agresiva mirada.

Ahora que volvía a su interior, la casa se le antojaba bien distinta a como había sido siempre. Quizá, pensó Alfonso, porque el amo estaba prácticamente muerto y su ausencia comenzaba a notarse ya en los patios soleados, en los corredores desiertos, en las habitaciones en ruinas. Lo desesperaba la convicción de su inutilidad. Estaba allí, como era su deber de hermano de María y de amigo, el más íntimo, de Aldo, y sin embargo ¿de qué servía que estuviera?, ¿qué remediaba?, ¿a quién ayudaba?, ¿de qué modo podía intervenir para que todo volviese a ser como era antes?

Caviloso, deambulaba por el edificio que parecía aumentar de tamaño a cada minuto, cuando doña Albina lo abordó para lanzarle a bocajarro una pregunta:

—¿Qué se va a hacer de comer hoy? —a la que él respondió:

—¿Quién piensa en comer? —de un modo que sonó a regaño.

La cocinera le rebatió, picada:

—Ustedes, los patrones, no tendrán hambre; pero nosotras, las *gatas,* sí, ¡qué chingaos! —y volvió a su cocina vociferando censuras.

Continuó Alfonso caminando por el corredor, sin pensar en nada de tanto querer pensar en todo, hasta que el mozo reapareció. No lo acompañaba el Padre Paz, y antes de que se le preguntara por qué, informó:

—Vendrá después, don Alfonso; en cuanto termine su quehacer en la iglesia.

Seguro de que Ausencio sabría dónde y cómo encontrarlos, Alfonso Alard le ordenó salir de vuelta y conseguir un vehículo (carroza o lo que fuera) y una caja para el cadáver. El mozo abrió la boca:

—¿Ya se murió el amo?

—Todavía no.

—¿Entonces para qué voy a buscar... ?

—¿Para qué crees, animal? Para cuando se necesite. ¿Sabes dónde hacerte de un ataúd y de un carro?

Lo pensó un momento el criado y opinó:

—En Gayosso.

—¿En qué otra parte?, porque en Gayosso no hay.

—A lo mejor con Damián Robles.

—¿Quién es ése?

—Un tipo que tiene coches. ¡Y la cara que va a poner cuando le diga que el señor ya entregó el alma!

—Bueno, vete ya...

—¿A quién le pido dinero? Porque ese Damián es un muía que no fía.

Alfonso no llevaba consigo más de tres pesos, en morralla, y no sin pena indicó al criado.

—Como no podemos molestar a la señora en este momento, y como a mí no me alcanza... díle a ese hombre que se le pagará lo que sea cuando llegue aquí. ,

—Va a encajarse... y a la mejor no quiere venir.

—Buscas a otro y listo.

—Damián es gente del patrón... —evocó Ausencio y le guiñó un ojo a Alfonso, de manera confianzuda y desagradable— Damián lo llevó anteanoche a Azcapotzalco a dejar a la otra señora. Y ayer a mediodía volvió a llevarlo.

—Shhh. No se te vaya a ocurrir hablarle de eso a la señora o a las otras mujeres.

—¿A poco cree que soy chismoso? Es cosa de hombres y por eso se lo platico a usted, que conoce a la señorita Betina.

Detestaba Alard que los criados y especialmente en momentos como ésos, airearan en público los secretos de la vida privada de sus amos. Tal aversión a alterar en intimidades con la servidumbre era, sin duda, uno de los pocos resabios que aún conservaba su antiguo modo de ser. Por ello, seco, no ocultando su disgusto, puso final a lo que comenzaba a convertirse en confidencia.

—Bien, ya basta. Lárgate a traer el coche y la caja.

5

ALDO Rossi falleció cinco minutos después de mediodía. Aunque nada anunció su muerte (un estertor, un gemido, un espasmo), su mujer lo supo, de algún modo misterioso, en el momento exacto. Sintió instantáneamente que una profunda transformación, difícil de definir, se había producido en su persona. Comenzaba su viudez a solas, tan a solas como había vivido siempre con ese hombre. Viuda era ya y ninguna pena le desgarraba las entrañas. Simple cambio de estado de ánimo, pensó.

—Dios mío... —fue su único comentario.

Estaba tranquila, como si hubiese perdido la memoria; tranquila al grado de no poder recordar quién era ella, quién el muerto, y qué hacían uno al lado del otro. El fin de Aldo, razonaba en el transfondo de la conciencia, constituía la mayor de sus victorias; quedar viuda, el precio que pagaba para asegurarse la tranquilidad definitiva. A partir de ese minuto, el primero de su desamparo, Aldo era suyo, nada más suyo. Nadie osaría ya disputárselo, excepto los gusanos, y de los gusanos no sentía celos.

Mirándolo quieto para siempre, incapaz de herirla, comenzó a experimentar por él una especie de pasión más avasalladora que la del sexo; un amor que era más de madre que de esposa; y, también, paradójicamente, una gran seguridad. Muerto Aldo no necesitaba María rendirle ya el homenaje de los celos. Por la mañana, cuando estaba perdida en el rencor, habíase impuesto la norma de odiarlo, de no perdonarle nunca sus iniquidades; ahora, serena, comprendía que a una cristiana como ella (y ser cristiano es ser generoso) le estaba vedado proceder así contra un hombre, el recuerdo de un hombre mejor dicho, que no era de este mundo. Pensó en Luis Felipe. ¿Tenía derecho a hacer más desdichada su vida de huérfano diciéndole, o permitiéndole inferir de sus palabras, qué clase de individuo había sido su padre? o por el contrario ¿debía mantener vivo el culto a la memoria del canalla, para que el niño creciese amando, venerando, idealizando al ser de quien era hijo?

De pie frente al cadáver, con solemnidad excesivamente melodramática, pronunció las palabras que la purificaban de culpa y que eran algo así como la renuncia oficial a sus resentimientos personales:

—Con toda mi alma te perdono el daño que me hiciste.

Inclinándose, besó la frente sucia de sangre y luego los labios que olían a muerte. Aspiró, con algo de sensual fruición, el humor que exhalaba de todo el cuerpo. De rodillas después, sus manos puestas sobre las del cadáver, oró unos minutos. Al terminar, fue a la puerta, y al abrirla vio a su hermano y a las criadas, centinelas de pesadumbre, en el corredor.

Una sola palabra, la más expresiva de todas, usó María para anunciarles la muerte de Aldo.

—¡Ya!

A un tiempo, las dos criadas rompieron a llorar y sus grandes alaridos retumbaron por toda la casa. En seguida, tropezando con su ama, que seguía de pie junto a la puerta, se precipitaron al interior de la cámara mortuoria. Alfonso avanzó los tres o cuatro pasos que lo separaban de su hermana. La miró con gran intensidad, para que sus ojos —que se hacían líquidos por fracciones de segundo— expresaran lo que sus labios no acertaban a decir. Eso fue todo.

—Hace diez minutos... —dijo María, como si importara mucho precisar la hora exacta de la muerte.

Alfonso volvió el rostro y comenzó entonces a llorar contenidamente. La viuda de Rossi aguardó a que aquel rapto de emoción colectiva amenguara un poco, y luego, sin dirigirse a nadie en particular, manifestó:

—Ahora hay que preparar el cuerpo... —Nuevamente enérgica, lúcida, viva, tronó los dedos y dijo a Matilde.—Trae alcohol, algodón, Agua de Colonia. Peine, una toalla grande, sábanas limpias. Vamos, pronto...

Salió Matilde a la carrera y en su seguimiento, con andares de pata vieja, doña Albina. De paso, abrazó impulsivamente a la viuda y farfulló algunas palabras de confusa condolencia. Cuando quedó a solas con Alfonso, dijo María:

—Ocúpate de los trámites del sepelio... —con una serenidad que él encontró aterradora.

—¿Cuándo deseas sepultarlo, y dónde?

—¿Dónde? En cualquier panteón. ¿Cuándo? Inmediatamente.

—Ya mandé a Ausencio a conseguir un coche y una caja.

—Hiciste bien.

—También hice llamar al Padre Paz. Pensé que te gustaría.

—Te lo agradezco.

—El doctor Cobo dejó listo el certificado de defunción.

—Muy previsor.

Volvió Matilde con las cosas que la había mandado buscar. María no permitió que nadie entrara con ella en la habitación. Tomó de manos de la *yaqui* la charola y dijo:

—Lo arreglaré yo sola.

Doña Albina se ofreció:

—Sin ayuda no podrá amortajarlo.

—Ya verá que sí...

Antes de que Alfonso, Matilde o la cocinera tuvieran ocasión de agregar algo más, María cerró la puerta y echó llave.

6

CASI al mismo tiempo, pero procedentes de rumbos opuestos, llegaron a la casa Ausencio y el Padre Paz. El confesor de la señora Rossi venía a pie y llevaba en la mano un viejo portafolios negro. El mozo se acompañaba de Damián Robles en el carricoche que dos noches antes Aldo había comprado para llevar a la catalana al suburbio rural de Azcapotzalco. Detrás del primer vehículo, rodaba —guiada por un jovencito— una lenta carreta sin redilas, con la madera y las herramientas.

Apenas vio a Alfonso, que se paseaba por la acera esperando el retorno de Ausencio, el Padre Paz puso cara de circunstancias e inició una retahila de expresiones de pesar, que se hicieron aún más vehementes cuando el hermano de María logró colar tres palabras entre las que decía en catarata el confesor:

—Aldo ha muerto...

—¡Cómo! —exclamó Paz, deteniédose en seco— ¿Murió ya don Aldo? ¿a qué horas?

—A las doce y cinco.

—Oh, ¡qué aflicción para María!

—Muy grande.

—¡Y yo que alentaba la esperanza de encontrarlo vivo, para ayudarlo a bien morir...!

—Pues murió como vivió: sin ayuda de nadie... —murmuró Alfonso.

—Tan buen cristiano que era...

—Y tan caritativo... —siguió Alard molestando al Padre, a quien sabía hipócrita, intrigante y enredador—. Su bolsa siempre abierta para socorrer al necesitado...

—Generoso, muy generoso. Nadie acudió a él, lo sé por experiencia, sin recibir una ayuda. Todo un señor, Don Aldo.

Llegaron frente a la puerta de la alcoba. Llamó Alfonso:

—María. El Padre Paz.

—Un momento... —contestó ella.

En tanto aguardaban a que se les permitiera el paso, el sacerdote dejó de recitar tristezas (tiempo le sobraría para ello) y puso a Alard al corriente de las últimas novedades.

—Hoy tendremos nuevo Presidente. Los senadores están con Madero exigiéndole, otra vez, que renuncie. El embajador Wilson ha prometido que Washington reconocerá inmediatamente al general Huerta como Jefe del gobierno. Como habrá orden, no tendremos ocupación militar americana...

La puerta se abrió y, como en un nicho, apareció María: muy pálida, fatigada y erecta. Con admirable entereza soportó que Paz vertiera sobre ella un torrente de palabras amables, sobadísimas, a propósito de la resignación cristiana y la bondad divina, y de excusas por no haber podido llegar a tiempo de administrarle al moribundo los últimos auxilios espirituales.

—Murió, estoy seguro María, en gracia de Dios. Aldo era un hombre bueno.

—Sí, un hombre bueno —repitieron los labios blancos de María.

—Acepta, pues, mi más sentido pésame.

—Gracias Padre. ¿Quiere usted pasar?

—Penoso deber.

María preguntó a su hermano

—¿Y el mozo?

—Está abajo.

—¿Trajo la carroza?

—Una carreta... para él; y para ti, un coche.

—¿La caja?

—Madera para hacer una.

—¿Arreglaste lo del panteón?

—No puedo estar en dos sitios al mismo tiempo, María. O estoy aquí o fuera. Además, no hay mucho de dónde elegir en lo que a panteones se refiere. Lo llevaremos a Dolores...

—¿A ése? —como su hermano esperaba, María torció el gesto. El de Dolores es el cementerio municipal; popular, humilde.

—Sí. A ése. Porque no hay otro.

—¿El Español, el Francés?

—Cerrados, dijo el doctor Cobo. Debo advertirte, además que aun en Dolores no tenemos la seguridad de encontrar fosa.

—Bueno, a Dolores. Alfonso —pidió en voz más amable—vigila que no tarden mucho con la caja. En cuanto esté lista, nos iremos.

—¿No piensas velarlo siquiera esta noche?

—No.

Cerró María la puerta con llave. Enfurecía a Alfonso la gelidez despectiva de la viuda, la indiferencia con que estaba comportándose, el absoluto desamor que demostraba por el muerto, su insensibilidad en instantes como ésos, propicios para que afloren los afectos. Actuaba de un modo por completo impersonal, rutinario, mecánico. No como una mujer acongojada; sino como una a la que no le importa haber perdido al esposo y no tiene, por lo mismo, que fingir lo que no siente.

Encontró a Ausencio discutiendo con Damián Robles respecto a honorarios. El cochero, que iba a encargarse también de hacer el ataúd (pues había sido imposible conseguir uno ya hecho) demandaba la paga íntegra, trescientos pesos, antes de poner manos a la obra.

—Es muy caro, señor Robles —le hizo notar Alfonso. Mostrándose ofendido, Damián ordenó al muchacho que recogiera la madera y las herramientas y las llevara al coche. Dijo a Alfonso:

—Si le parece caro, búsquese a otro. ¡A ver si lo encuentra hoy!

Como no tenía alternativa, Alfonso aceptó las condiciones de Robles y prometió liquidar el importe del servicio en cuanto la dueña de la casa se dejara ver. Damián planteó entonces otro problema: las medidas del féretro. Deliberaron los tres hombres y llegaron, luego de hacer cálculos conjuntamente, a un acuerdo: la caja tendría dos metros de largo, ochenta centímetros de ancho y setenta de alto.

—Bien fornido que era el señor Rossi —fue el comentario que hizo Robles, antes de comenzar a escoger los tablones de ocote que le servirían para armar la caja.

Empezaba apenas a serruchar la madera cuando, distantes, escucharon tres cañonazos consecutivos. Procedían, a no dudarlo, de La Ciudadela, porque del rumbo de ésta llegaron a sus oídos, ya agrandados por la distancia, los ecos de las explosiones. A esos tres siguieron otros tantos, minutos más tarde.

—Ya están jodiendo otra vez... —murmuró Damián con fastidio y agregó, para aconsejar a su ayudante—. Ve y mira que las bestias no vayan a espantarse.

Recordó Alfonso las palabras de Cobo: "Si oyes tiros entre las doce y la una es que no hubo pacto..." Los tiros estaban sonando y podía deducirse, en consecuencia, que sitiado y sitiador no habían llegado a ningún arreglo. Durante treinta minutos continuaron los cañonazos de los insurrectos, y en todo ese tiempo ninguna batería del gobierno repelió el ataque.

Restablecido el silencio, dentro de la casa sólo repercutían con lúgubre regularidad los golpes del martillo que Damián Robles utilizaba para hundir los clavos en las tablas. Concluir el ataúd (humildísimo, ni siquiera bien hecho; apenas un tosco cajón de madera sin labrar) le llevó una hora. Cuando terminó y como si adivinara lo que estaba Alfonso pensando respecto a la calidad y aspecto de su obra, el cochero dijo:

—Está feo y corrientón, pero no pudo hacerse mejor por las prisas.

Alfonso indicó entonces:

—Vamos a subirlo a la alcoba.

Parecido a un largo huso, el cadáver amortajado de Rossi reposaba, ahora, sobre el lecho. Su ropa —chaqueta, camisa, pantalones, calzoncillos— había sido puesta, cuidadosamente doblada, encima del catre, y éste junto a la pared. La viuda se apartó del Padre Paz, que leía una oración de difuntos en su breviario, y fue al encuentro de quienes llevaban a hombros el ataúd. A imperiosas señas, para que no perturbaran al cura, les ordenó depositarlo en el suelo. Cuando Paz terminó de rezar, María pidió:

—Métanlo ya... —y se hizo a un lado, para no estorbar la maniobra que dirigía Alfonso y en la que participaban, además, Ausencio, Robles y el muchachito.

Desde el corredor, enjugándose las lágrimas y, de tiempo en tiempo, sonándose con su delantal pringoso, doña Albina miraba emocionada cómo los hombres tomaban el cuerpo del amo y lo depositaban, semejante a una alfombra, dentro del cajón. Disponíase Alfonso a colocar una almohada debajo de la cabeza del cadáver cuando María, en tono si es no es de alarma, le impidió hacerlo.

—La almohada, no. Esto... —y señaló el bulto que formaba la ropa de Aldo.

—¿No piensas conservar nada?

—No.

Alfonso tomó el atado de ropa y lo metió en la caja. En cuanto lo hubo hecho, Damián le preguntó:

—¿Lo tapamos ya?

—Sí —dijo María, respondiendo por su hermano. Al momento en que Robles y Ausencio se aprestaban a colocar la tapa, Matilde apareció en la alcoba. Llevaba en brazos a Luis Felipe. Había en los ojos del niño una gran curiosidad y un poco de susto por ver tanta gente extraña en el dormitorio de su madre. Colérica, la viuda corrió hacia la *yaqui* y, colocándose en la trayectoria de la mirada del chico para impedirle que viera el cadáver, reprendió a la muchacha:

—Llévatelo, idiota. Llévatelo... —mientras, con los brazos extendidos, le cerraba el paso.

Lloriqueante, Matilde suplicó:

—Deje que vea a su papá, siquiera por última vez...

—Que te lo lleves, he dicho... —gritó María, y como Matilde, estupefacta, no se moviera inmediatamente, cargó sobre ella a empujones.

Alard intervino para cortar de raíz el ataque de agresiva histeria que comenzaba a acometer a la viuda. Enfurecida, María forcejeó para librarse del abrazo de su hermano y al fin, en derrota, aflojó la tensión de sus músculos y se sometió:

—Matilde, saca al niño de aquí... —pidió Alfonso a la criada, amablemente.

—Sí, señor... —y Matilde, a Luis Felipe—. Vamonos, *mi santo...*

Tomando la cabeza del niño con la mano libre, para evitar que volteara a mirar el gran bulto blanco que reposaba en el fondo de la caja sin cubrir, Matilde reculó lentamente hacia el corredor. Todavía no terminaba de salir de la habitación cuando la viuda Rossi volvió a gritarle, enérgica:

—Llévalo a la cuna... y que no le dé el sol.

Sin apresurarse, con desafiante lentitud, la sirvienta se dirigió al costurero. Sus dedos oscuros acariciaban el pelo claro de Luis Felipe, en tanto que alternaba sollozos con palabras de compasión para esa pobre criatura, cuya madre le negaba el derecho, muy legítimo, de ver a su padre muerto.

Disipada la pequeña tormenta, la señora Rossi reiteró su orden para que Damián cerrara el féretro.

Al tiempo que disminuía sensiblemente la luz que entraba a la alcoba, una voz de hombre, grave y amable, saludó desde el umbral:

—Buenas tardes...

—Buenas tardes. Pase usted... —invitó María, cortés y fríamente.

Sombrero en mano, impecable como siempre el atuendo, el rostro muy serio, don Primo de la O presentó sus condolencias a la viuda.

—Permítame, señora mía, ofrecerle mi más sentido pésame. Tuve el honor de ser amigo, más que vecino, de don Aldo. Apenas ayer salimos a pasear juntos... y hoy, hoy nos ha abandonado...

Sin emoción ninguna, María agradeció a don Primo sus palabras; intercambiaron un par de frases triviales en torno a las Grandes—Pruebas—a—que—el—Destino—somete—a—los—humanos, y luego el notario rogó que le permitieran ver el cadáver.

Frente a él, permaneció el señor De la O varios minutos en guardia silenciosa. Terminada ésta, se despidió de todos con leves caravanas y de la viuda con nuevas expresiones de sentimiento.

—Téngame, se lo suplico, como un amigo sincero.

—Gracias, señor Licenciado —volviéndose a su hermano, María le pidió—: acompaña al señor...

—Por favor, no se molesten. Que la pasen bien...

Cinco minutos más y Damián colocaba el último clavo. Al golpe final del martillo siguió un silencio que pareció paralizar a todos; a la señora Rossi inclusive. Las miradas de los hombres convergieron en ella, esperando instrucciones

—Pueden sacarlo... —fueron las que María dio serenamente.

Ella y el Padre Paz permanecieron en la alcoba, en tanto que Alfonso, Ausencio, Damián, el ayudante de éste, y las dos sirvientas que se unieron a ellos en el corredor, llevaban a la calle la enorme y ahora pesadísima caja. Luego de que la aseguraron con sogas a la plataforma de la carreta, Alfonso subió a avisar a su hermana.

—Cuando lo dispongan nos iremos.

—El Padre nos acompañará, Alfonso. Ah, otra cosa —señaló con el índice la pistola de Aldo que había colocado en un buró—. Era la de él. Guárdala tú.

Asintió Alfonso. Luego dijo:

—Necesitamos pagarle al hombre que hizo la caja.

—¿Cuánto?

—Trescientos pesos, y cien por el acarreo.

—Ahora te los daré.

7

RETORNABAN en silencio, bajo la rojiza luz ardiente del crepúsculo, luz de luto con la sangre derramada en la ciudad; por la muerte inútil que yacía, en mil lugares distintos, inmóvil sobre la dura losa de las calles que comenzaban a llenarse de gente, de voces de llantos, y de alivio. La destrucción había sido inmensa. Barrios enteros estaban en ruinas. En algunos sitios continuaban humeando, ya sin ímpetu, las piras funerarias. Un suave viento limpiaba el cielo sucio de grasa.

En sentido contrario al del coche en que viajaban, silenciosos, María, Alfonso, el Padre Paz y Damián (que guiaba traqueteantes tranvías tirados por mulas flacas trepaban a vuelta de rueda la cuesta del cementerio. De cuando en cuando seguían los carros—plataforma que transportaban pasajeros, ataúdes paupérrimos y, lo que resultaba por demás macabro, cadáveres; algunos envueltos en humildes sudarios de cobija; otros, los más, puesta aún la ropa que vestían en el momento de morir.

Aunque apenas unos minutos antes había sido testigo de ella, la viuda de Rossi había olvidado casi por completo la escena misma del sepelio. Porque tal era su voluntad, en su memoria permanecía vivo únicamente el recuerdo del Aldo de la noche inolvidable; de ese hombre, ya purificado por la muerte, al que había prometido (mientras la tierra iba cubriendo su ataúd) consagrarle el amor que en vida no habla podido o sabido concederle. Ahora estaba sola, sí, pero no triste. ¿Cómo estarlo si nada, nadie, amenazaría nunca más su amor; si era suya para siempre la fidelidad de su esposo?

—Amor... —dijo con el pensamiento.

Amor por Aldo era lo que experimentaba en esa su primera tarde de viuda. Amor purísimo, que la hacía sentirse dichosa como jamás antes. Por el sufrimiento había llegado a la felicidad; camino difícil si se quiere, pero el único —parecíale— que conduce verdaderamente a ella.

—Amor... —volvió a pensar.

Había superado, al fin, todos los obstáculos para gozarlo en perdurable plenitud. Sus sentimientos hacia Aldo no estarían ya sujetos a los altibajos de la pasión, ni a la

sordidez de los tornadizos deseos, ni a la cólera que producen los celos. Su amor, de esa tarde en adelante, sería perfecto, porque había dejado de tener por límite la angosta cárcel del cuerpo.

Con el aullar de las locomotoras, a lo lejos se escuchaba la alegre algarabía de las campanas echadas al vuelo en todos los templos para agregar su júbilo al de las grandes muchedumbres que se volcaban en las calles para celebrar la firma del Pacto de La Ciudadela, que ponía término a aquella decena de trágicos días. Millares de hombres y mujeres de toda condición, frenéticos, felices, irracionalmente contagiados de regocijo, marchaban en compactas legiones hacia el Zócalo, gritando Mueras a Madero, Vivas a Huerta, y bromas a quienes, desde azoteas y ventanas, los miraban desfilar. Grupos de soldados, a pie o a caballo, se desplazaban rumbo a sus cuarteles de los arrabales, o iban de éstos a los de la zona urbana.

En un cruce de avenidas, una multitud vociferante que corría hacia el centro de la ciudad, obligó a Damián Robles a detener el carricoche. Mientras esperaban a que terminara de pasar aquel encrespado caudal humano —cuyos embates contenían a golpes de sable los miembros de un escuadrón de jinetes— Alfonso interrogó a un oficial que estaba cerca.

—¿Qué es lo que está pasando, capitán?

Desde lo alto de su montura, el oficial respondió:

—El general Huerta es el nuevo amo.

—¿Y el señor Madero?

—¿El loco...? Ése, está preso.

Un automóvil, con banderines de la Cruz Roja en los guardafangos, había quedado varado como una ballena entre la multitud. A su rescate se lanzó el oficial. La embestida de su retinto hendió la masa de cuerpos. Cuatro o cinco personas rodaron por el suelo y fueron allí molidas a pisotones y coces.

Alfonso y el Padre Paz se miraron. La noticia, escuetamente comunicada, había producido en ellos reacciones distintas. La expresión de Alfonso era de pesar; de hipócrita alegría la del sacerdote. Aquél dijo, con azoro:

—¡El señor Madero... preso!

—Lo que equivale a decir condenado a muerte. Las horas de ese pobre hombre están contadas.—El Padre alzó los ojos al cielo— ¡Dios tenga piedad de él...!